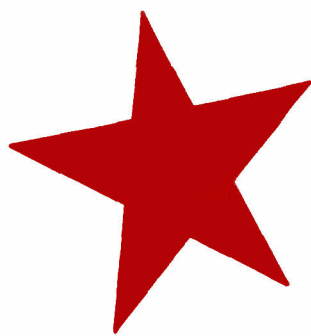


# filibusteros y financieros

LA HISTORIA DE WILLIAM WALKER  
Y SUS ASOCIADOS  
POR WILLIAM O. SCROGGS



SERIE HISTORICA N° 1



COLECCION CULTURAL  
BANCO DE AMÉRICA

DERECHOS RESERVADOS POR EL FONDO DE  
PROMOCIÓN CULTURAL — BANCO DE AMÉRICA — 1974

Impreso en los talleres de Papelera Industrial de Nicaragua, S. A. — (PINSA).



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**  
F U N D A C I O N  
[www.enriquebolanos.org](http://www.enriquebolanos.org)

## FONDO DE PROMOCION CULTURAL BANCO DE AMERICA

La Junta Directiva del Banco de América, consciente de la importancia de impulsar los valores de la cultura nicaragüense, aprobó la creación de un Fondo de Promoción Cultural que funcionará de acuerdo a los siguientes lineamientos.

- 1.— El Fondo tendrá como objetivo mediano la promoción y desarrollo de los valores culturales de Nicaragua; y
- 2.— El Fondo tendrá como objetivo inmediato la formación de una colección de obras de carácter histórico, literario, arqueológico y de cualquier naturaleza, siempre que contribuyan a enriquecer el patrimonio cultural de la nación. La colección patrocinada por el Fondo se denominará oficialmente como "Colección Cultural-Banco de América".

El Fondo de Promoción Cultural, para desempeñar sus funciones, estará formado por un Consejo Asesor y por un Secretario. El Consejo Asesor se dedicará a establecer y a vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo. El Secretario llevará al campo de las realizaciones las decisiones emanadas del Consejo Asesor.

El Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural está integrado por:

Dr. Alejandro Bolaños Geyer

Don José Coronel Urtecho

Dr. Ernesto Cruz

Don Pablo Antonio Cuadra

Dr. Ernesto Fernández Holmann

Dr. Jaime Incer Barquero

Don Orlando Cuadra Downing, Secretario



## NOTA EXPLICATIVA

El presente volumen, el primero de la SERIE HISTORICA de la COLECCION CULTURAL — BANCO DE AMERICA, es una obra originalmente escrita en Inglés y publicada en los Estados Unidos en 1916 por el Profesor William O. Scroggs, especialmente traducida al Español — con su acostumbrada maestría por Don Luciano Cuadra — para el FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA.

El libro de Scroggs es fundamental para la aclaración de esa intrincada maraña histórica de las relaciones entre los Filibusteros y Financieros norteamericanos, que a mediados del siglo pasado pusieron en grave peligro nuestra nacionalidad.

Por el amplio escenario de la HISTORIA DE WILLIAM WALKER Y SUS ASOCIADOS que presenta en su obra el Profesor Scroggs, se mueven los personajes de aquella época; los unos movidos por la realización de lo que creían ser su “destino manifiesto” y los otros por el manifiesto destino que sus actos los llevaron a tener ante el juicio de la posteridad.

Siendo la obra de Scroggs la primera escrita sobre este apasionante tema por un erudito investigador y hombre de letras, y siendo, como es, básica para el conocimiento de ese período turbulento e ignorado de nuestra historia, el FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA no ha escatimado esfuerzos para su publicación.



## OBRAS PUBLICADAS POR EL FONDO DE PROMOCION CULTURAL DEL BANCO DE AMERICA:

### SERIE: ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS

- 1 Nicaraguan Antiquities por Carl Bovallius  
(Edición Bilingüe)
- 2 Investigaciones Arqueológicas en Nicaragua  
Por J. F. Bransford --- En Español y en Inglés

### SERIE: FUENTES HISTORICAS

- 1 Diario de John Hill Wheeler
- 2 Documentos Diplomáticos de William Carey Jones
- 3 Documentos Diplomáticos para servir a la Historia  
de Nicaragua — José de Marcoleta

### SERIE LITERARIA

- 1 Pequeñeces . . . Cuiscomeñas de Antón Colorado ---  
Enrique Guzmán
- 2 Versos y Versiones Nobles y Sentimentales ---  
Salomón de la Selva

### SERIE HISTORICA

- 1 Filibusteros y Financieros --- William O. Scroggs

### EN PRENSA

La Dionisiada --- Novela --- Salomón de la Selva

Los Alemanes en Nicaragua ---  
Gotz Barón von Hovwald



## PREFACIO

Cuando el autor de estas páginas comenzó a estudiar las actividades filibusteras de William Walker y de sus asociados, no tenía en mente escribir un libro. Pero en el curso de sus investigaciones se dio cuenta de que el tema merecía mayor atención que la hasta entonces dedicada por los historiadores. Por consiguiente, resolvió relatar la historia completa de las actividades filibusteras estrechamente ligadas a la vida de William Walker, y al mismo tiempo dar a los sucesos relatados la importancia que les corresponde dentro del vasto panorama de la historia de Estados Unidos.

Los episodios referentes a las actividades desarrolladas por Walker en su carrera aventurera aparecen siempre incompletos en los libros de historia americana, y en muchos casos son ciertamente desorientadores. Las exégesis usuales que hacen de sus motivaciones pecan de ingenuas. Las fuerzas subterráneas que fomentaron el filibusterismo fueron, a decir verdad, múltiples y complejas, y para hablar de ellas es preciso escribir una larga pero interesante historia. El papel representado por los financieros y capitanes de industria americanos en la carrera de Walker y en la política de la América Central; los designios de Walker respecto de Cuba; su franca negativa a la idea de anexar sus territorios conquistados a Estados Unidos; el llamamiento hecho por los estados centroamericanos a las grandes potencias europeas pidiéndoles salvarlos de los filibusteros; y las sutilmente veladas maquinaciones de Gran Bretaña, España y Francia contra los aventureros americanos, son algunos de los hechos, hasta hoy pasados por alto o ignorados, que aquí se trata de poner en su justo relieve. Algunos de los resultados de estos estudios han sido ya publicados. (Véanse **American Historical Review** de julio de 1905, y **Mississippi Valley Historical Review** de septiembre de 1914).

Al expresar su agradecimiento a las personas que le ayudaron a realizar esta obra, el autor quiere manifestar que más que a cualesquier otros se siente en deuda con dos que fueron sus consejeros: el Profesor Georgie Petrie, del Instituto Politécnico de Alabama, y el Profesor Albert Bushnell Hart, de la Universidad de Harvard. El Profesor Petrie fue quien primero le hizo fijar su atención en las empresas filibusteras y lo llevó como de la mano en sus investigaciones iniciales, y el Profesor Hart lo adiestró y le ayudó en la profundización de sus estudios. El Profesor Andrew C. McLaughlin, como Director del Departamento de Estudios Históricos de la Institución Carnegie, le ayudó a examinar los manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado y de la Secretaría de Marina, en Washington. Otros que le prestaron grandes servicios con su asesoramiento y facilitación de documentos fueron los Profesores S. George L. Sioussat, de la Universidad de Vanderbilt; el Teniente Campbell B. Hodges, del Ejército de Estados Unidos; y el señor Antonio Güell, de la Universidad del Estado de Luisiana, sobrino de dos de los más formidables opositores de Walker: el Presidente Mora y el General Cañas, de Costa Rica. Al General John McGrath, de Baton Rouge, Luisiana, veterano de la primera expedición de Walker a Nicaragua, el autor le está muy obligado por su gentileza de haberle concedido varias agradables entrevistas, gracias a lo cual obtuvo una más clara visión de los motivos y designios que llevaron a los aventureros a la América Central. Le está asimismo muy agradecido a Mr. Robert Lusk, de Nashville, Tenesí, por haberle facilitado el libro de recortes compilados por el Mayor John P. Heiss, uno de los amigos y patrocinadores de Walker. El autor quiere también expresar su gratitud por las muchas atenciones que con él tuvieron los funcionarios de los archivos del Departamento de Estado y de la Secretaría de Marina, así como los empleados de la sala de lectura de la Biblioteca del Congreso. Con sus colegas los Profesores Walter L. Flemming, Jr., y Milledge L. Bonham, Jr., quienes amablemente leyeron su manuscrito y le hicieron valiosas observaciones, el autor se siente especialmente en deuda.

## FILIBUSTEROS Y FINANCIEROS

### CAPITULO I

#### El por qué del filibusterismo

Tienen los franceses un proverbio que dice: "El primer bocado abre el apetito". En el caso de la geografía del pueblo estadounidense este aserto parece tener gran respaldo. Tan pronto como los peregrinos llegados de Europa pisaron suelo americano se sintieron impulsados a arrebatar sus tierras a los indios, y muchos de éstos pagaron con la vida su resistencia al invasor. Había que someter a la naturaleza y a los aborígenes. Abriéronse caminos y taláronse bosques a fuerza de pala y hacha; los pioneros construyeron sus cabañas de troncos muy adentro en las extensísimas praderas y montañas, y, como la vanguardia de un ejército en marcha, caminaron siempre a la cabeza de una multitud de pobladores que se desplazaba hacia el Oeste. Y fue ésta una avalancha que no paró hasta que los pioneros llegaron a las playas del Pacífico. En 1803 la frontera pasó del Misisipi a las montañas Rocallosas, y la siguiente generación la vio distenderse de allí hasta el mar. Un continente entero había sido conquistado, pero el hambre de tierras parecía más grande que nunca. El primer bocado habíales abierto las ganas de comer.

Convertido al fin el piel roja en un simple quídam, y habiéndose revelado los misterios del dilatado interior del país a los hombres de espíritu aventurero, clavaron la vista allende las fronteras de las primeras colonias que fueron después los Estados Unidos para ejercitar en esos campos las energías



que su condición les demandaba. La selección natural había obrado creando un tipo peculiar de americano cuyo credo filosófico puede resumirse en la frase vernácula **echar pa'lante**. Uno de los propulsores de esta filosofía había pre-fijado la consigna de conquistar tierras bajo la condición de que antes debía uno ver si estaba o no en su derecho, pero para el americano común de la primera mitad del siglo XIX semejante cortapisa era no más que purísima agua chirle. El se sintió siempre seguro de estar en su derecho. Esta creencia del americano en su propia excelsitud fue una de las cosas que más impresionó y confundió al visitante extranjero. El éxito de su lucha por la existencia en el Nuevo Mundo había engendrado en él ilimitada egolatría y confianza en sí mismo. Todo muchacho vigoroso pasa por esa etapa cuando se acerca a la adolescencia. Para sus familiares y vecinos es una especie de matón. Por aquellos tiempos había otros pueblos que tenían este concepto de la joven América del Norte. Todo el mundo juzgaba jactanciosa y camorrista a esta nación, dictamen por cierto no del todo infundado. Consuela, sin embargo, pensar que nuestras faltas —numerosas como en verdad lo fueron— eran indicios de edad temprana y de rebosante salud, y no síndromes de degeneración senil.

En tales circunstancias era natural que los americanos creyesen que su gran república estaba destinada a dominar con el tiempo ambos continentes del hemisferio occidental, y para concretar tal idea acuñaron la muy expresiva frase "destino manifiesto". (+) Era inconcebible para ellos no proseguir su rápido crecimiento de las últimas décadas. No veían razón para que el desarrollo terminara con la conquista de California, cuando al Sur esperaba la parte más rica de la tierra entumecida entonces por gente retrógrada y desave-

(+) Esta frase fue usada por primera vez por el exhuberante John L. O'Sullivan en el periódico Morning News, de Nueva York, en Diciembre de 1845, quién con motivo de la anexión de Texas escribió: "Es nuestro destino manifiesto esparcirnos por el continente que nos deparó la Providencia para que en libertad crezcan y se multipliquen anualmente millones y millones de norteamericanos". Y así se hizo doctrina allá en el siglo XIX que el destino de las naciones anglo-sajonas, y en especial Estados Unidos, era dominar todo el Hemisferio Occidental. [Nota del Trad].

nida. ¿No era acaso nuestro deber asentar en esas regiones una nueva población y un nuevo gobierno, igual que antaño hicieron Moisés y los israelitas al desalojar a los paganos cananitas? La respuesta era obvia para la joven América del Norte. "El destino de América es como el báculo de Aarón que se transformó en serpiente para tragarse a todos los demás báculos. De igual manera este país conquistará o se anexará todas las tierras. Es su "destino manifiesto". Dadle tiempo para realizarlo. Tragarse cada tantos años una región tan grande como la mayoría de los reinos de Europa es su presente orden de marcha. Un día puede comprarse un bocado suculento, otro hacerse de una provincia en las tierras del interior con sólo el incremento natural de su población; y otro día puede anexarse tierras, y también a veces conquistarias". Este escritor no trató de justificar semejante política en razón de ninguna moral abstracta. "América (ese es el verdadero nombre de nuestra nación) se aferra a los despojos ganados a brazo partido, por muy de malas que los hubiese ganado. Es sólo su destino, y tal vez no sea tan censurable como nación que carga filosóficamente con él. Bien puede uno odiar al traidor, y, no obstante, lucrarse de la traición. Que el distante monarca de allende los grandes lagos y la gente morena del apartado Sur lo sepan. América tiene que limitar sus confines con el mar". (1).

El fenómeno del filibusterismo fue corolario natural de esas ideas. Cuando aquellos americanos, juntándose en pequeños grupos, empacaron sus trastos y se echaron el rifle al hombro rumbo al Oeste y al Sudoeste, no iban únicamente en ignominiosa busca de riquezas, puesto que también los empujaba el afán de actuar en un escenario más amplio donde hubiera mejores oportunidades de **echar pa'lante**. Tenían imbuida la idea de la magnitud de su país, y querían proceder en consonancia. Algunos de sus conceptos y modo de ser nos parecen hoy una extraordinaria exageración de las cosas. Hasta su misma jovialidad fue principalmente una

(1) *Annals of San Francisco*, Pág. 476, por Soulé, Gihon y Nisbet. (Nueva York, 1855).

forma de hipérbole grotesca. Este tipo de americano fue un producto insocializado, pero su falta de ideas sociales le contrarrestó un individualismo agresivo que en esos años le rindió copiosos beneficios. Si esta clase de hombres se aventuraba en las montañas inexploradas, se les llamaba pioneros. Pero si, en cambio, ponían manos sobre otra nación cuya soberanía reconocían los mismos americanos, se les llamaba filibusteros.

El término "filibustero" fue al principio, y su aplicación a mediados del siglo pasado ofendía a quienes se les endilgaba, dado que era considerado sinónimo de pirata o bucanero. En esta obra no se emplea tal vocablo en sentido peyorativo, sino para designar a esos aventureros que, en la década anterior a la Guerra Civil, habilitaban y dirigían por propia iniciativa expediciones armadas en Estados Unidos contra naciones con las cuales este país estaba en paz. Que las personas afiliadas a tales empresas fuesen piratas o patriotas no viene al caso, aquí se les llamará filibusteros, sin que este término implique censura o alabanza. (1).

En definitiva, el apareamiento del filibusterismo puede explicarse conforme a la definición de Herbert Spencer: "Un proceso destinado a equilibrar las energías". Siempre que un pueblo superior o más pujante entra en contacto con un grupo inferior o menos vigoroso, forzosamente se produce un proceso de compensación entre ambos grupos. Este ajuste equilibrante genera siempre un conflicto al que en su aspecto primitivo llamamos lucha por la existencia.

El conflicto puede tomar muchas formas, desde el aniquilamiento completo hasta la "benévola asimilación" del débil por el fuerte. Visto desde este amplio punto de vista, el filibusterismo no es sino parte de ese movimiento común a todos los períodos de la historia en que aparecen hordas hu-

(1) Etimológicamente, la palabra inglesa **filibuster** es una variante de la holandesa **vrijbuit**, aplicada primeramente a los piratas que saqueaban las colonias españolas de las Indias Occidentales en el siglo XVII. **Vrijbuit** quiere decir literalmente: botín libre.

manas aventadas al destino de una vida errante, con hambre de tierras, por causa de una explosión demográfica, o bien movidas por un fervor religioso, o qué se sabe por qué, para rebasar sus dominios ancestrales y despojar de sus campos y casas y rebaños a otros pueblos más débiles. Cuando el nómada bárbaro despojó al salvaje de sus campos de caza para convertirlos en pastizales de sus ganados, ese bárbaro era ya el moderno filibustero. Y cuando los anglos, sajones y germanos salieron de su nebulosa península norteña en busca de las tierras más soleadas y risueñas de Inglaterra haciendo del patronímico inglés un sinónimo de esclavo, ¿eran o no genuinos filibusteros? Y acaso no fueron los vástagos de esos filibusteros víctimas a su vez de otra invasión filibustera encabezada por el Duque de Normandía, quien también era de linaje filibustero? Desde el punto de vista del piel roja, filibusteros fueron hasta los peregrinos del "May Flower" y los puritanos.

Los americanos de 1850 rebotaban energía. Habían conquistado ya un continente y suspiraban por conquistar otras tierras. El "espléndido aislamiento" en que se criaron no les engendró ese concepto internacional que se les habría desarrollado si hubieran tenido por vecinos a otras naciones fuertes; y durante medio siglo se estuvieron apoderando, a como diera lugar, de tierras inmediatas a las suyas. Compraron la Luisiana, y Texas y el Oeste de Florida cayeron en sus manos merced al filibusterismo principalmente. California les quedó como botín de guerra. La divisoria moral entre el pillaje público y el privado de una parte del territorio de una nación más débil era apenas una raya tenue. Del filibusterismo se esperaba el éxito únicamente. Si triunfaba se convertía en héroe y patriota; si no, pasaba a ser un malvado. Es bastante dudoso que aún a estas alturas del siglo XX hayamos avanzado mucho en este sentido. Siempre ha existido una relación estrecha entre nuestro concepto de la moral internacional y nuestros intereses materiales.

Después del tratado de Guadalupe Hidalgo (+) los expansionistas americanos vieron ya remota la posibilidad de que su gobierno pudiera hacerse de más tierras. Ya la Gran Bretaña rehusaba intimidarse ante aquella bravuconada de "cincuenta y cuatro cuarenta o la guerra", (++) y había obligado a un gobierno confesadamente expansionista a entrar en razón respecto de sus pretensiones territoriales hacia el Noroeste. Sabíase también que la Gran Bretaña observaba celosamente todo movimiento sospechoso de Estados Unidos en el Caribe, y que había dado los pasos pertinentes para adelantarse en esa región. Pero aún cuando el gobierno americano se viese temporalmente imposibilitado, los expansionistas seguían tan afanosos como siempre. La iniciativa privada maniobraría con éxito en terrenos vedados para el presidente y su gabinete. Por tanto, en 1850 Estados Unidos se convirtió en el vivero del filibusterismo, y tanto así que un observador francés de aquellos días manifestó que eso era ya casi una institución nacional del pueblo americano. (1).

Esta tendencia filibusterista tenía más hondas raíces en los estados del Sur que en otras partes del país. La civilización del Sur, como muy bien se sabe, era más militante que la del Norte por ser ella fruto de un régimen esclavista. Los sureños se apegaban también, más tenazmente que sus hermanos del Norte, a los tiempos y costumbres de los abuelos; sustentaban todavía ideas anacrónicas. El varón recurría aún al duelo en defensa de su honor y de su dama. Otros tal vez se rieran de sus ideales caballerescos, pero ellos los

(+) Pequeña ciudad mexicana en donde el 2 de febrero de 1848 se firmó el tratado de paz entre México y Estados Unidos. Esta guerra costó a México los territorios de la Alta California, Texas y Nuevo México. (N. del T.).

(++) Gran Bretaña y Estados Unidos reclamaban, cada una para sí, el territorio de Oregón que se extendía desde las montañas Rocallosas hasta las riberas del Pacífico y desde el Norte de California hasta Alaska. Extremistas americanos lanzaron el grito de "54°40' o la guerra". Querían con eso decir que estaban dispuestos a apoderarse de todo el territorio limítrofe con la frontera de Alaska. Sin embargo, el tratado firmado en 1846 entre ambas naciones fijó el territorio de Oregón en el paralelo 49. (N. del T.).

(1) "Il y est presque une institution nationale." Auguste Nicaise, *Les Filibustiers Américains*, Pág. 32. (París, 1860).

proclamaban de buena fe. El industrialismo prosaico no había invadido aún esa región, y su juventud contemplaba la vida desde un punto de vista más romántico de lo concebible en estos días de fábricas y de rascacielos. Mas no vaya por esto a creerse que el típico joven sureño fuese un caballero trovador o parrandero que dilapidara el tiempo punteando las cuerdas de su guitarra o musitando rimas sentimentales al oído de la dama de sus pensamientos. La vida en el Sur se ha distinguido siempre por una buena dosis de austeridad puritana, lo que no es por cierto incompatible con el carácter combativo, como pudieron atestiguarlo Oliver Cromwell y Stonewall Jackson.

Era por consiguiente natural que muchos de los más señalados filibusteros, como decir Quitman, Walker, y Crabb, fuesen sureños, y que sus empresas y designios encontraran profundas simpatías en el Sur. Pero queda todavía una razón más para explicar la actitud del Sur con respecto del filibusterismo: el deseo de agrandar el territorio esclavista. Los hombres que engrosaron las filas de las expediciones esclavistas no eran los frenéticos apóstoles de la esclavitud que algunos escritores describen con su bien manipulado arte de la propaganda, aunque muchos de sus dirigentes sí lo fueron. La exhuberancia del sistema esclavista necesitaba de constante adquisición de tierras vírgenes. Sin ellas la llamada "peculiar institución" fracasaría, y el Sur, sería a su vez víctima de una revolución social e industrial cuyos alcances nadie podía prever. Tenía también este problema sus bemoles políticos. Por acuerdo unánime el Congreso seguía la práctica de admitir a los nuevos estados en pares, uno esclavista y el otro no; de esa manera se nivelaban los platillos de la balanza entre las dos secciones de la Unión Federal norteamericana. Era evidente, sin embargo, que si no se empujaba la frontera más hacia el Sur el equilibrio de la Unión se desplomaría con el tiempo, puesto que el torrente demográfico del Norte venía sofocando al Sur. Sin este escrupulosamente mantenido contrapeso entre los estados esclavistas y los libres, el desmenbramiento de la Unión sería, en opinión de muchos

líderes, ineluctable. Esa idea pesó bastante en la adquisición de Texas, y fue muy probablemente origen de la cláusula, consignada en la resolución conjunta de admitir a ese estado, referente a que su territorio no podría ser subdividido en más de cuatro nuevos estados.

La adquisición que de Texas hizo el Sur contrabalanceó un poco el fruto obtenido de la guerra México-americana que resultó ventajoso para el Norte, pero ya no pudo restablecerse el equilibrio de los dos sectores del país. Y fue entonces que miradas codiciosas se volvieron al Sur para fijarse en Cuba, México, y la América Central.

Algunos historiadores han considerado el deseo de extender la esclavitud como la razón fundamental que impulsó a todos los filibusteros americanos; pero, como se verá en los capítulos siguientes, la verdadera explicación de las actividades de estos hombres no es tan sencilla. Cuando William Walker, por ejemplo, cuenta entre sus oficiales a hombres de la talla de Frederick Henningsen, soldado de fortuna europeo, Domingo de Goicouría, el "libertador" cubano, Bruno von Natzmer, oficial de caballería prusiano, Frank Anderson, de Nueva York, y Charles W. Doubleday, de Ohio; cuando un Byron Cole, de Nueva Inglaterra, lo persuade a irse a Nicaragua; y cuando otro ciudadano de Nueva Inglaterra también, William V. Wells, nieto de Samuel Adams, se adelanta el primero a relatar la hazaña de Walker y lo enaltece, salta a la vista que su empresa agradaba a muchos otros, además de los partidarios de la esclavitud. El espíritu filibustero flotaba en el ambiente, y las osadas empresas parecían contar con las simpatías, en igual grado, de los pioneros californianos, de los llaneros de Texas, de los exiliados políticos de Europa, de los sureños simpatizantes de la esclavitud, y también de los norteños entusiastas del destino manifiesto. Buena parte de los hombres de Walker fue reclutada entre los delincuentes de toda laya en lugares como Nueva York, San Francisco, y Nueva Orleans, puertos éstos de donde zarpaban los vapores con rumbo a la meta ansiada de los filibusteros.

El propósito de esta obra es demostrar que las incursiones a la América hispana efectuadas entre 1850 y 1860 no fueron meros accidentes, sino hechos vitales de la historia, en alto grado sintomáticos del espíritu americano de aquella época. Fueron, realmente, tan irreprimibles como la Guerra Civil que estalló en 1861, y sus resultados alteraron de tal manera el carácter de la sociedad americana que redujeron el filibusterismo a su actual condición de arte perdido.

La historia de tales empresas se centraliza naturalmente en la carrera de William Walker, con sobrada razón llamado el más grande de los filibusteros americanos.



## CAPITULO II

### Los albores de la vida de William Walker

Lo que sabemos de los primeros años de la vida de William Walker es un poco fragmentario. Su padre, James Walker, nacido en Escocia, se estableció en Nashville, Tennesí, en 1820; allí se dedicó al comercio y fue por algún tiempo presidente de una casa bancaria de la localidad que giraba bajo la razón social de Commercial Insurance Company. James Walker contrajo matrimonio con Mary Norvell, de Kentucky. Procrearon cuatro hijos: William, Norvell, James, y Alice. William, el mayor, nació el 8 de mayo de 1824. Sus dos hermanos le siguieron a Nicaragua sin agregar nada al lustre de su apellido, puesto que Norvell resultó ser un inepto, insubordinado y disoluto, y James murió víctima del cólera a poco de haberse juntado a sus dos hermanos mayores en Nicaragua. Alice casó con un caballero de Louisville, Kentucky, apellidado Richardson.

En su infancia William no reveló nada que indicara estuviese destinado a ser un soldado de fortuna. Sus vecinos más bien le consideraban un mariquita siempre agarrado al delantal de su madre. Sin embargo, los que le conocieron de cerca no lo creyeron ningún alfeñique. Su madre, a medida que él crecía, se volvía inválida, y él se pasaba las mañanas con ella, leyéndole en voz alta para distraerla y consolarla. "Era muy inteligente y de sentimientos delicados como de niña", dejó escrito Miss Jane H. Thomas, amiga de la familia. "Con frecuencia iba yo a ver a su madre y lo encontraba siempre entreteniéndola de algún modo". (1). La

(1) *Old Days in Nashville, Tennessee*, Págs. 78-79, por Jane H. Thomas (Nashville, 1897).

muerte privó a esta madre de las alegrías y amarguras que le hubieran causado las vicisitudes de los últimos años de la vida de su hijo. James Walker, el padre, vivió en Nashville hasta después de la Guerra Civil, pero pasó sus postreros años en Louisville, donde murió en 1874.

En la escuela, se ha dicho, que William no fue muy buen alumno. Aunque de mente despierta y aplicado, las aulas eran desesperantes para su carácter inquieto, mas a pesar de esto pasó con buenas calificaciones sus años de escuela y de colegio, y en 1838, de sólo catorce años, se graduó en la Universidad de Nashville. En aquellos tiempos la mayoría de los colegios americanos eran un algo más que los liceos o escuelas de secundaria de nuestros días, y el hecho de que Walker recibiera su diploma de esa institución en edad que ahora corresponde a los años de secundaria, pudiera dar la impresión de que solamente aprendiera lo equivalente a la enseñanza de escuela superior. Pero si se examinan el plan de estudios y los requisitos para ingresar en aquella Universidad, se verá que los universitarios de Nashville recibían una educación humanista y práctica bastante completa. Las materias exigidas para la admisión del alumno eran "la gramática —prosodia incluso— de los idiomas griego y latín, con la **Introducción** de Mair, mas otros textos elementales de ese género; los Comentarios de la Guerra de las Galias, de Julio César, las obras de Virgilio, los Discursos de Cicerón, el Testamento Griego, y la **Collectanea Graeca Minora**, de Dalzel, o bien otros autores griegos y latinos de tal alcurnia; y también gramática inglesa, aritmética, y geografía". Los alumnos no graduados debían estudiar álgebra, geometría, trigonometría, geometría descriptiva y analítica, secciones cónicas, cálculos, aplicaciones geométricas, topografía, navegación, mecánica, astronomía, química, mineralogía, geología, filosofía experimental, historia natural, Roma y Grecia antiguas, clásicos griegos y latinos, literatura, historia, filosofía mental y moral, lógica, economía política, derecho internacional y constitucional, composición, crítica y oratoria, teología natural, ejemplos cristianos, y la Biblia. En comparación con los

cursos universitarios de hoy en día, el alumno de aquella época recibía no más que un barniz superficial de las asignaturas de hoy, salvo, quizá, en lo tocante al estudio de los clásicos; pero poca duda cabe de que la instrucción recibida por Walker y los estudiantes de su tiempo era una buena base de formación cívica y cultural, tan buena como la mejor que se podía obtener entonces. Poníase gran énfasis en la formación moral. Rezábase obligatoriamente en la capilla dos veces al día. En el comedor, antes de cada comida, los alumnos escuchaban de pies la bendición; al terminar volvían a levantarse para dar gracias al Señor. La asistencia a la doctrina dominical era también obligatoria, y el estudio de la Biblia, de la teología natural, de los ejemplos cristianos, era habitual los domingos. Prohibíaseles asistir a bailes, a carreras de caballos, a peleas de gallos, y al teatro. Les estaba vedado además el lujo de tener perros, caballos, coches, y criados. Podían sí "aprender música, esgrima, y otras clases de las llamadas de adorno" que en la universidad no se enseñaban sin permiso escrito del padre o del tutor. Todas las noches, después de las oraciones en la capilla, dos alumnos nuevos, por lo menos, debían disertar sobre temas ético-religiosos; los más antiguos debían leer composiciones inéditas. Las horas de estudio eran desde la salida del sol hasta el desayuno, de las nueve a las doce, y de dos a cinco en el invierno, desde las ocho hasta la hora de dormir. Durante esas horas el alumno no debía salir de su cuarto sino para asistir a clases. (1).

Fue en ese ambiente de austeridad puritana en donde se educó el hombre a quien estadistas y diplomáticos de tres continentes habrían de calificar más tarde de filibustero y de pirata. Su formación, por otra parte, no se diferenció en ningún aspecto material de la de otros incontables jóvenes sureños; sería bueno pues que los novelistas e historiadores literarios que han estereotipado al joven del Sur como un petimetre educado en el siglo XVII, rectificaran sus conceptos.

---

(1) Regimientos de la Universidad de Nashville, 1840.

Walker se graduó junto con veinte condiscípulos, dos de los cuales siguieron la carrera eclesiástica. (1). Estando entonces en la edad más impresionable, hizo profesión de fe religiosa afiliándose a la secta de la Iglesia de los Discípulos Cristianos. Sus padres querían que él también, como sus dos condiscípulos, fuese ministro evangélico, para lo que por sus aptitudes y conducta parecía idóneo; pero sus inclinaciones le llevaron a estudiar medicina, de modo que de acuerdo con la costumbre de los tiempos tomó lecciones en el consultorio del Doctor Jennings en preparación para seguir después la huella de Galeno. A continuación se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Pensilvania, y en 1843 se graduó de doctor. Es una curiosa coincidencia que Walker, cuya única impresionante característica física eran sus ojos por los cuales más tarde se le llamaría "el predestinado de los ojos grises", escogiera como tesis de graduación "El Iris". La resurrección de una antigua leyenda centroamericana alusiva al gris chispeante de sus ojos fue, como se verá más adelante, uno de los factores que más contribuyeron al éxito que tuvo Walker.

Los padres de Walker, dispuestos a facilitarle todo aquello que contribuyera a pulir su educación, determinaron enviarlo a Europa para que ampliase allá sus estudios de medicina. Así pues, tan pronto como hubo recibido su título en la Universidad de Pensilvania, partió a París donde estuvo un año estudiando medicina. Luego se pasó más de un año visitando las más interesantes ciudades del viejo continente en cuyo tiempo aprendió bastante bien varios idiomas europeos.

Al regresar a Nashville en 1845 escasamente había rebasado su mayoría de edad, y, sin embargo, pocos eran los hombres de esa localidad que, como él, se hubieran formado en iguales centros educativos, culturales y profesionales. Uno de sus amigos, más tarde como él también soldado de fortuna, afirmó que Walker era "el más consumado médico que jamás

(1) Catálogo de los Funcionarios y Graduados de la Universidad de Nashville, 1850.

llegara a la ciudad", lo que probablemente no era exageración en cuanto a conocimientos especulativos o teóricos se refiere. Mas, por una razón u otra, la práctica de la medicina no fue de su agrado; entonces resolvió estudiar derecho. Comenzó su aprendizaje en el bufete de Edwin H. Ewing, de Nashville; pero no sería su ciudad natal la que habría de verle desplegar sus capacidades de abogado, pues unos meses más tarde se trasladó a Nueva Orleans. Este cambio de residencia le obligó a emprender nuevos estudios debido a que en el estado de Luisiana no regía el derecho consuetudinario inglés de los demás estados norteamericanos, sino el sistema jurídico del Código de Napoleón. Al graduarse de abogado puso su letrero en el número 48 de la calle Canal. Ejerció allí su carrera poco tiempo y casi sin clientela. Su natural reservado le impidió hacerse de muchos amigos íntimos, y si tenía talento de legista nunca se supo. (1). Viendo que como abogado no tendría nunca éxito, se convirtió en periodista, y ya para el invierno de 1848 era uno de los editores y propietarios del **Crescent**, de Nueva Orleans. Tenía de socios en esta empresa a J. C. Larue y a W. F. Wilson. La política del diario frente a la cuestión de la esclavitud era muy moderada, y tanto así que varios editores exaltados de Misisipí y Carolina del Sur lo calificaban de "periódico yanqui". Ridiculizaba el diario en sus editoriales los proyectos de filibusterismo que en aquellos días se fraguaban contra Cuba, y estos editoriales fueron más tarde atribuidos nada menos que al propio William Walker. Debido en parte a su moderación, el **Crescent** no marchaba económicamente bien, de manera que en el otoño de 1849 hubo de ser vendido y Walker se buscó otro trabajo. (2).

Durante su estadía en Nueva Orleans hizo Walker amistad con dos personas que influirían en su futura carrera. Sus faenas jurídicas y periodísticas lo mantuvieron en frecuente

- (1) Con fecha 27 de Julio de 1856 el **Delta**, de Nueva Orleans, cita a un ex-reportero del **Crescent**, empleado de ese diario cuando Walker era su editor, quien informa que Walker era hombre callado y muy bondadoso, como abstraído en el estudio de un arduo problema y siempre embrocado sobre un libro.
- (2) En el **Picayune**, de Nueva Orleans, 22 de diciembre de 1853.

contacto con el escribano de la Corte de Circuito de Estados Unidos, un joven de Virginia llamado Edmund Randolph, nieto del conocido estadista de ese mismo nombre. Fueron íntimos amigos y andando el tiempo volverían a encontrarse en San Francisco. Este fue el hombre a quien Walker, más que a ningún otro, prestó siempre oídos; y, como eventualmente se verá, nadie como él ejerció mayor influencia —buena y mala— sobre el destino de su carrera de filibustero. La otra amistad es interesante porque nos deja entrever la veta sentimental del corazón de Walker. Vivía en Nueva Orleans una Miss llamada Helen Martin de quien el doctor-abogado-periodista se prendó perdidamente. Los datos que se conocen de este idilio difieren en algo. Según un informante, se conocieron en Nashville recién regresado Walker de Europa, y ella fue el imán que llevó al abogado en ciernes a iniciar su carrera en Nueva Orleans. Otra versión dice que fue en esta ciudad en donde se vieron por primera vez cuando aún Walker se ocupaba en dominar el enmarañado código de Luisiana. Aunque bien educada y de atrayente personalidad, adolecía la joven de una gran desdicha: era sorda de nacimiento. A sus muchas habilidades Walker añadió entonces la dactilología de los sordomudos, y con ayuda de ese sistema la cortejó con afán. Unos dicen que no fue correspondido; otros que sí, pero que un malentendido causó el rompimiento; y hay quienes en cambio sostienen que sus relaciones fueron felices y que hasta ya habían fijado fecha para la boda.

Poco importa cuál de las versiones sea la verdadera, pues para Walker el resultado fue el mismo, ya que una de las veces en que la fiebre amarilla azotó a la ciudad Helen Martin cayó entre las primeras víctimas. Este terrible percance, según sus amigos, produjo un cambio visible en el carácter de Walker. La gravedad natural de su semblante se hizo más adusta, y su hábito de hombre estudioso se trocó en una ambición temeraria y un desmedido desprecio de la vida. (1).

(1) Muchos fueron los relatos referentes a este idilio publicado después de que Walker se hiciera famosa en Nicaragua. Véase, por ejemplo, el *Daily News*, de Nueva York, del 28 de febrero de 1856.

Todo individuo de espíritu aventurero escuchó en aquel año de 1849 el reclamo de California, y Walker no fue excepción a la regla. Sin lazos ya que lo ataran a Nueva Orleans, se unió a la gran caravana que entonces se desplazaba hacia el Oeste en busca del vellocino de oro; y en junio de 1850 apareció en San Francisco. Antes de salir de Nueva Orleans, sin embargo, dejó ver algo del rescoldo que bajo un aparente velo de pasividad abrasaba su interior. Y fue ello que salió en busca de uno de los editores de **La Patria**, periódico trisemanario editado en español; lo encontró y lo apaleó por haber ese hombre publicado un artículo que consideró injurioso a su decoro. (1).

En San Francisco el periodismo sedujo otra vez a Walker, quién pasó a ser uno de los editores del **Daily Herald**. Y al cabo de pocos meses, a causa de una controversia sostenida con el fiscal de distrito Levy Parsons, era ya todo un héroe popular. Afligía a la ciudad una ola de crímenes y desórdenes, y los periódicos criticaban duramente a las autoridades por no llevar a los delincuentes ante los tribunales de justicia. Los jueces, por supuesto, quedaban con esto en la picota, y Parsons, indignado por los ataques, tildó de perniciosa a la prensa en general y llevó el caso ante un jurado investigador. Pero este jurado no se dio por entendido de la acusación, de manera que los editores, animados por esta prueba de que la opinión pública estaba de su parte, volvieron a la carga con renovados bríos. La crítica más acerba salió de la pluma de Walker en el **Herald** bajo el epígrafe de "La Prensa es Perniciosa". A causa de esto, pocos días después Walker tuvo que comparecer ante el tribunal de Parsons; se le declaró culpable de irrespeto a la autoridad y fue sentenciado a pagar una multa de quinientos dólares. Walker el abogado pasó a ser entonces defensor de Walker periodista; negó jurisdicción al juez, se negó también a pagar la multa, y fue encarcelado. Unánimemente y al instante los diarios de San

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Pág. 59 (uno de la colección de recortes de periódicos que se conservan en la Biblioteca del Congreso, compilados por J. H. Wheeler, Ministro de Estados Unidos en Nicaragua cuando Walker estuvo en ese país).

Francisco tronaron en protesta alegando que se estaba robando al pueblo el símbolo de sus libertades; y los resueltos e impávidos pioneros respondieron en el acto. Millares de ciudadanos asistieron el 9 de marzo de 1851 a un mitin en la plaza pública. Aprobáronse prontamente resoluciones en apoyo de la actitud de Walker, se pidió la renuncia de Parsons, y se pidió abrir, a través de los legisladores estatales, juicio de residencia al juez. Concluído el acto, los ciudadanos marcharon en masa a la cárcel a testimoniar su adhesión a Walker.

Presentóse en seguida recurso de Habeas Corpus ante un tribunal superior, cuyo fallo fue que Parsons podía entablar demanda por difamación, pero que la pena impuesta por irrespeto motivada por la publicación de un artículo periodístico era incompatible con la libertad de prensa y violatoria por tanto de la Constitución. En consecuencia, Walker fue excarcelado. Inmediatamente presentó recurso ante la legislatura, y el comité al cual fue presentado recomendó el 26 de marzo la impugnación de Parsons. Nombróse una comisión especial para estudiar los cargos; ésta halló que no había lugar a causa; con eso se dio por terminado el caso. (1). De haber tenido Walker una pizca tan sólo de magnetismo personal, pudo haber hecho de este episodio la base de una afortunada carrera política en California. Ambiciones políticas no le faltaban; pero carecía lastimosamente de aquello que es indispensable para ser un buen político.

Ni aún los escandalosos acontecimientos de los primeros años de la década de 1850 en San Francisco saciaron su sediento espíritu de aventuras, de suerte que poco después del incidente con Parsons, Walker fue a radicarse a la recién incorporada y rápidamente creciente población de Marysville. Allí, en 1851 y 1852, ejerció su profesión de abogado en sociedad con Henry P. Watkins. Marysville, al igual que las otras nacientes comunidades del Oeste, era un lugar de abier-

(1) Ver *Annals of San Francisco*, Pág. 322, por Soulé, Gihon, y Nisbet; y el *Times*, de Louisville, fechado el 15 de junio de 1856.



ta y democrática hospitalidad; pero Walker, con su habitual indiferencia, vivió siempre retraído y sin intimar con nadie. Su socio de bufete, sin embargo, era más sociable, y entre ambos pudieron hacerse de cierta clientela. (1). Uno de los colegas de Walker en Marysville fue Stephen J. Field, más tarde magistrado de la Corte Suprema de California y de Estados Unidos también. Al hacer memoria de Walker en 1877, el magistrado manifestó que "era un brillante orador, y dueño de agudo pero no muy profundo intelecto. Solía desquiciar al tribunal y al juez con sus argucias, pero rara vez logró vencer a uno u otro". (2).

Apenas instalado en Marysville comenzaron a circular rumores de que unos franceses en San Francisco urdían extraños proyectos de colonización y conquista de cierta región de México. Las hablillas no eran infundadas, según se verá en el siguiente capítulo. Fue de estos aventureros franceses de quienes Walker recibió el soplo que lo decidió a abandonar la abogacía y poner a prueba su talento en otro campo más, el cual por cierto parecía ofrecer mayor satisfacción a sus ambiciones que la simple práctica de la medicina, la abogacía o el periodismo. (3).

---

[1] **Early Historical Sketch of the City of Marysville and Yuba Country**, Pág. 9, por H. S. Hoblitzell. (Marysville, 1876).

[2] **Personal Reminiscences of Early Days in California**, Pág. 97, obra impresa por unos amigos en 1893.

[3] En relación con este esbozo de los albores de la vida de Walker, vale la pena dar a conocer una curiosa historia que con motivo del apareamiento del filibustero circuló en París en el otoño de 1858. Parece ser que unos diez años antes de esa fecha un edecán del Duque de Nemours fue desterrado de Francia por hacer fullerías en un juego de cartas con ciertos altos personajes. Díjose entonces que se había ido a México. En 1858 volvió a París una amante suya que lo había seguido al país azteca, y lo que contó de él fue feigivarsado de manera tal que el desterrado francés resultaba ser el propio William Walker, quien por entonces alegaba ser presidente constitucional de Nicaragua. Esta absurda leyenda tuvo por corto tiempo muchas creyentes en París. **Harper's Weekly**, Vol. II, Pág. 775.

## CAPITULO III

### Precursores de Walker

Mientras los inmigrantes franceses tramaban planes de colonización mexicana, otros hombres en California emprendían actividades filibusteras contra la América hispana. Y ciertamente que algunos de los pioneros del Pacífico se sentían en tales movimientos al igual que se sienten los patos en el agua. En 1845 el Presidente de Ecuador don Juan José Flores dimitió su cargo para evitar mayores males que causaría al país una revolución que se fraguaba, y en espera de la ocasión propicia para recuperar el poder se pasó en Europa todos los años que le quedaban de vida. Los amigos del presidente exiliado vieron en la heterogénea población de San Francisco buen material para armar una expedición que restaurara a Flores en la presidencia de su ingrata patria. Y en 1850 lograron persuadir a unos doscientos cincuenta inquietos trabucaires. El espíritu propulsor de la empresa fue un americano de Alabama llamado "Alex" Bell, a quien tendremos —hasta que se encuentre a un antecesor— por el primero de los filibusteros californianos. En la década anterior Bell había capitaneado un vapor en el Río Tombigbee, de Alabama, pero no siendo él hombre de negocios, cayó en manos de unos tramposos que lo empobrecieron. Descontenta la tripulación de su vapor de río por la forma irregular en que recibía su salario, se declaró en huelga un día. Bell, so pretexto de algo, logró hacerlos entrar en la bodega del barco, y después de cerrar las escotillas que condenó con listones de madera se procuró otros tripulantes; hecho esto siguió río abajo. Cuando el vapor llegó a Mobila, los pobres huelguistas con varios días de no probar bocado iban ya casi

mueritos de hambre. Presintiendo Bell que, por su abuso, las autoridades de Mobila le harían sentir el rigor de la ley, no quiso vérselas con ellas y continuó hasta Texas en donde se sumó a las filas del General Zachary Taylor sirviéndole de espía en la guerra méxico-americana. Llegada la paz, marchó por tierra a California en busca de nuevas aventuras, y se encontró en San Francisco con la expedición que allí se organizaba en 1850 para invadir Ecuador.

Los filibusteros partieron de San Francisco en 1851. En Panamá se les agregaron muchos partidarios de Flores, más unos aventureros españoles. Desembarcaron en Ecuador, tomaron Guayaquil y cayeron sobre Quito. El hecho de que los americanos tuviesen su campamento separado de los hombres de Flores hace suponer que ambos elementos se desconfiaran mutuamente, y una mañana despertaron los americanos para verse rodeados de sus aliados hispanos, bien atrincherados y parapetados. Las campanas de la reconciliación nacional habían repicado en el campo de sus ex-aliados ahora unidos con los otros para echar a los extranjeros. Díjoseles a éstos que serían desarmados y reembarcados a su patria, pero después de haberse vuelto a pie a Guayaquil allí sólo se les dio pasaje hasta Panamá, en donde quedaron a la buena de Dios. Algunos pudieron volver a California, entre ellos Alex Bell, quien murió en San Francisco en 1859. (1).

En aquel entonces, de cada diez hombres que vivían en California uno era francés, y esta gente constituía un peculiarísimo y al mismo tiempo importante elemento de la población. Mientras los irlandeses, alemanes y mexicanos componían el conglomerado de obreros idóneos para la vida de rancheros y mineros, los franceses formaban el elemento urbano; entre ellos había de todo: desde nobles marqueses arruinados hasta humildísimos labriegos. Muchos habían salido de su patria a causa de los trastornos políticos de 1848, y una buena parte tenía excelente adiestramiento militar.

(1) Este relato figura en *Reminiscences of a Ranger in Southern California*, por Horace Bell, Pág. 203. (Los Angeles, 1881).

Tras el descubrimiento del oro los franceses fueron de los primeros en llegar a la costa del Pacífico, pues ya había un considerable número de esa nacionalidad en los países vecinos de la América hispana y en las islas del Pacífico. Los vinos franceses, el coñac, los alimentos en conserva, y las frutas almibaradas se vendían a buen precio en las zonas mineras, y los barcos que iban cargados de esas mercaderías eran utilizados por la gente para trasladarse allá. (1). En París se ofrecían como premios de lotería boletos de viaje a California, y por supuesto que el aliciente de tales beneficios estimulaba aún más la emigración. Unos quinientos ganaron esos boletos, (2) y para allá salieron en busca de fortuna. Muchos de estos inmigrantes eran tipos de rompe y rasga. Remisos para asimilarse, y no queriendo tomar carta de naturaleza hacían vida aparte de los demás, mientras que los ingleses, alemanes y escandinavos se americanizaban rápidamente. Quejábanse los franceses, no sin razón, de que los americanos miraban con mejores ojos a los de aquellas nacionalidades, pero la verdad es que ellos eran en parte culpables. Como rehusaban naturalizarse tenían poca privanza con las autoridades, lo que aprovechaban los más matones para echarlos de las tierras que habían denunciado, y ya sin eso pocas eran las oportunidades que les quedaban para ganarse la vida en una ciudad de frontera como el San Francisco de aquel momento. Formaban, por tanto, una comunidad exclusivista y despechada, fáciles de ser explotados por algunos de sus paisanos aventureros. Y varios de estos tipos salieron oportunamente a escena.

El mismo año que Walker llegó a San Francisco arribaron también dos nobles franceses: el Marqués Charles de Pindray y el Conde Gastón de Raousset-Boulbon. Estos hombres no eran de nuestra época. En la Edad Media habrían sido seguramente caballeros sin tacha, pero el veredicto de estos tiempos más prosaicos los califica de hijos pródigos

- 
- (1) *Les Français en Californie*, por Daniel Lévy, Pág. 107. (San Francisco, 1884); *Annals of San Francisco*, Págs. 461 - 5, por Soulé, Gihon, y Nesbit.
- (2) *San Francisco*, por John S. Hittell, Págs. 185 - 7. (San Francisco, 1878).

malbaratadores de su caudal en francachelas, para tener después que ir a recutirse a un país remoto. De Pindray pertenecía a una noble familia de Poitou; era un tipo gallardo, elocuente, dinámico y valeroso, con la fuerza de un gigante y tan diestro en el manejo de las armas que en San Francisco ganó reputación de gran duelista con muchas víctimas en su haber. Estos atributos varoniles le granjearon la admiración del bello sexo, y él por su parte no regateó nunca galanterías a las damas. Pero cuando este cortesano llegó a San Francisco cruzando los praderas, iba ya sin un real, y por algún tiempo se las vio negras para conseguirse el sustento diario. Gracias a su excelente puntería pudo defenderse de la vida abasteciendo de carne de oso y de otros animales de monte el mercado; pero su natural caballeresco se rebeló contra ese oficio de matarife, y comenzó a pensar en alguna otra manera de pasarla que estuviera más a tono con su estirpe. Entre sus resentidos compatriotas encontró material para lanzarse a una azorosa empresa en México. El gobierno azteca acababa de hacer un llamamiento de voluntarios deseosos de ir a combatir a los indios apaches que estaban cometiendo tropelías en la zona minera de Sonora. A cambio de sus servicios ofrecíaseles una valiosa parcela de tierra que debían cultivar. Parece que el objeto del gobierno era fundar poblados que sirvieran de parachoque entre los indios del desierto sonorense y los pueblos mexicanos de las zonas más habitables. De Pindray instaló su oficina de enganche en la taberna de su paisano Paul Niquet. En muy poco tiempo puso en pie una compañía de voluntarios y también juntó dinero suficiente para fletar una embarcación. En vista de que los mexicanos resentían todavía el zarpazo de Estados Unidos, se excluía a esos ciudadanos; sólo se admitían franceses. Dícese que cuando De Pindray forjaba sus planes le habló al Conde de Raousset-Boulbon invitándolo a asociarse a la empresa. Este rehusó, pues en esos precisos momentos él también tenía en mente un proyecto similar que, de llevarlo a feliz término, le daría gloria y riquezas que no tendría que compartir con nadie.

El 21 de noviembre de 1851 los aventureros franceses se hicieron a la vela en San Francisco y el 26 de diciembre desembarcaron en Guaymas, Sonora, el principal puerto mexicano del Pacífico. Los naturales los recibieron con júbilo disparando sus viejos mosquetes, y habrían disparado también salvas de artillería si hubieran tenido cañones. Los comerciantes mexicanos rivalizaban entre sí atendiendo a los recién llegados cuya estadía en Guaymas fue una ininterrumpida parranda. Las autoridades suministraron bastimentos, caballos, mulas, pertrechos, y prometieron pagar salario a los franceses. Estos sumaban ciento cincuenta, más algunos mexicanos que se les incorporaron. Mientras preparaban su viaje hacia Arispe, De Pindray fue objeto de nuevas manifestaciones de buena voluntad de parte de Cuvillas, Gobernador del Estado, y del General Miguel Blanco, Capitán General del mismo; luego emprendieron marcha sobre el desierto cuyos únicos habitantes eran los famosos indios apaches que parecían tener alas en los pies. La meta de los franceses era la zona minera de Arizona, pero hasta allí —estaba escrito— no habrían de llegar jamás. La empresa resultaría más ardua de lo que se habían creído. Entre De Pindray y sus hombres surgieron desavenencias, y entre franceses y mexicanos estalló la discordia. El líder cayó enfermo, y en mayo de 1852 la expedición hizo alto. Un día de tantos, en el pueblo de Rayón, De Pindray apareció muerto de un balazo en la cabeza. Fuera que a causa de su enfermedad y desilusión se quitara él la vida, o que un compañero descontento lo hubiese asesinado, es cosa que nunca se supo. Los sobrevivientes se las arreglaron como mejor pudieron para salir del desierto, y yendo de regreso se encontraron con una nueva expedición que iba para allá bajo el mando del Conde de Raousset-Boulbon. (1).

El 4 de marzo de 1852, tres meses después de la salida de De Pindray, y diez semanas antes de que De Rousset-

---

(1) *Les Français en Californie*, Págs. 146 - 48, por Lévy, *Le Drame de la Sonora*, Págs. 207 - 56, por Charles de Lambertie (París, 1856); *History of California*, Vol. III, Págs. 727 - 45, por Hittell.

Boulbon se hiciera a la mar, una segunda expedición francesa partía de San Francisco a Sonora. Esta llevaba como jefe a Lepinede Sigondis, representante de una de las muchas compañías formadas en París con el propósito de ir a explotar los placeres de oro californianos. Era gente que no iba bajo ningún régimen militar, y los sesenta o más hombres que entraron en Sonora, tras de hacer inútiles esfuerzos para fundar una colonia, se desbandaron. Las autoridades mexicanas patrocinaban de buen grado la idea de establecer colonias francesas que sirvieran de barrera contra nuevos intentos expansionistas de Estados Unidos. (1).

El Conde de Raousset-Boulbon, cabeza de la tercera expedición francesa a Sonora, había nacido en Avignon el 2 de diciembre de 1817. Huérfano de madre desde pequeño, creció voluntarioso y turbulento, cualidades que acentuó la severidad del padre que no supo comprenderlo. Por su pequeña estatura le encajaron el bien puesto apodo de **Petit Loup** (Lobato). (2). Pero fue un hombre dinámico, valiente, inteligente y bien educado. Una pincelada de idealismo irisaba su carácter, y no carecía de magnetismo personal. Deslucían un poco esas buenas cualidades, sin embargo, su apego a los placeres mundanos, de tal suerte que cuando recibió su herencia no perdió tiempo en derrocharla. En 1845 partió hacia Argelia en donde hizo la campaña de Kabylia con el General Bugeaud. De vuelta en París quiso hacer carrera política, fundó un periódico para promover su causa, y sustentó en él ideas ultra liberales. Muy a tono con la ideología de su director se llamaba el diario **La Liberté**. De su versatilidad quedan como testimonio una novela titulada **Une Conversion** y ciertos fragmentos de poesías. (3). Como resultado de su prodigalidad se encontró en 1850 con que no le quedaban ya dinero ni amigos, y volvió sus ojos a California resolviendo irse allá a tantear nueva fortuna. El 22 de agos-

(1) *Les Français en Californie*, Pág. 148, por Lévy.

(2) *Genealogie de la Maison de Raousset*, por Du Roure. (París, 1906).

(3) Los siguientes versos, compuestos quizá en la víspera de su salida de París, es una de sus reliquias literarias:

to de 1850 llegó a San Francisco como pasajero de tercera clase en un vapor inglés. (1). El noble arruinado trató de ganarse allí la vida honradamente en diversas ocupaciones. Hasta que se construyeron los muelles en la bahía fue lonchero, después pasó a la compra de ganado, al laboreo de minas, pescador, y, como el Marqués de Pindray, fue también cazador. En ninguno de esos oficios tuvo éxito; pero su roja camisa de lana y botas de gruesa vaqueta no podían ocultar el hecho de que ese hombrecito descollaba sobre el nivel común, y aquellos que lo trataban le reconocían, inconscientemente, superioridad. Al igual que él, muchos de sus compatriotas, habiendo andado por el mundo de tumbo en tumbo, conocían ya la otra cara de la vida. De entre éstos podía él seleccionar un grupo dispuesto a arriesgarlo todo en cualquier aventura con tal de hacer fortuna.

El conde, como De Pindray, oyó el canto de sirena de las ricas minas de Sonora. Su explotación, decían los cuentos, rindió antes grandes utilidades, pero en los últimos años tuvieron que ser abandonadas a causa de las incursiones y asesinatos de los mentados apaches. De Raousset-Boulbon, concibió entonces un proyecto de colonización y minería en el que Monsieur Patrice Dillon, Cónsul de Francia en San Francisco, puso mucho interés, y a instancias suyas tuvo la precaución de ir hasta la capital de México a recabar el asenso del gobierno. Ya allí, después de muchas gestiones, logró obtener

---

Mon cover, en désespéré  
 Cour la pretentaine,  
 qui peut savoir si j'irai  
 Jusqu'à la trentaine?  
 Mais que l'avenir soit gai  
 Ou qu'on me fusille-  
 Baisez-moi, Camille, ó gué!  
 Baisez-moi, Camille!

(1) **Les Français en California**, Pág. 107, por Lévy.

En su novela, **Une Conversion**, describe su propia conversión de aristócrata a demócrata. Dice de sí mismo que al tiempo de escribirla llevaba una vida sosegada



el entusiasta apoyo del Ministro de Francia, Monsieur Lava-  
sseur, y fundó una compañía bajo el nombre de La Restau-  
radora; en febrero de 1852 obtuvo para ella la concesión de  
las minas de plata y de oro de la zona minera llamada  
Arizona. en el estado de Sonora. En abril consiguió que la  
casa bancaria Jecker, Torre y Compañía financiara la empre-  
sa, y luego se comprometió a desembarcar a la mayor breve-  
dad 150 hombres en Guaymas para llevarlos a trabajar en  
dicha zona y en nombre de la compañía tomar posesión de  
todas las tierras mineras de allí. La expedición tendría tam-  
bién carácter militar a fin de limpiar de indios la región. La  
Restauradora correría con los gastos de la expedición y se  
dividiría con De Raousset-Boulbon y sus hombres la mitad  
de las tierras, minas y lavaderos de oro de que tomaran pose-  
sión. El ministro francés y el gobernador de Sonora se aso-  
ciaron económicamente a la empresa.

Concluidos estos arreglos, De Raousset-Boulbon corrió  
de vuelta a San Francisco, abrió una oficina de enganche, y  
envió representantes a las minas. Con el franco apoyo del  
Cónsul Dillon, no tuvo dificultad en reunir el número de hom-  
bres necesarios. El 19 de mayo de 1852 salieron para  
Guaymas, en donde desembarcaron doce días después. Fue-  
ron recibidos con la misma bullanga que a De Pindray. En el  
interín, sin embargo, una nueva compañía de la que muchos  
funcionarios públicos mexicanos eran socios y que tenía el  
respaldo de la casa bancaria Bolton and Barron, de San Fran-  
cisco, se había organizado como rival de La Restauradora; y  
si bien es verdad que el populacho agasajó efusivamente a  
los franceses, las autoridades locales mostraron cierta frialdad  
presagiadora de males. Y era en verdad lamentable que el  
General Blanco, cuya palabra era ley en Sonora, hubiese sido  
conquistado por la compañía rival. El 1 de mayo, mientras  
la expedición francesa hacía sus preparativos, expidió un de-  
creto con aparentes miras de apoyar la colonización, pero  
que contenía varias cláusulas de las llamadas "clavos" en la  
jerga politiquera. Entre otros incentivos para el extranjero  
que llegaron a Sonora, el decreto estipulaba que todo colono

debía naturalizarse ciudadano mexicano, y que además debía renunciar a la lealtad debida a su país de origen, obedecer a las autoridades mexicanas, sentar plaza en el ejército, y por añadidura dar el diezmo del producto de toda cosecha agrícola a la iglesia, a la educación pública, y para los trabajos de obras de utilidad común. (1). Bien sabía el marrullero capitán general que tales cláusulas podían causar dificultades sin fin a los franceses incorporados a La Restauradora.

En Guaymas, De Raousset-Boulbon y sus hombres se vieron obligados a permanecer un mes debido a que siempre, por una razón u otra, Blanco se negaba a darles salvoconducto para dirigirse al interior del Estado. La ociosidad forzosa y el clima insalubre comenzaron a hacer mella entre los expedicionarios, quienes además consumieron gran parte de los bastimentos que necesitarían para sustentarse en el desierto. Por fin recibieron permiso de partir, pero sólo debían ir por una ruta intrincada e indirecta y doblemente larga del camino utilizado comúnmente. El conde hizo caso omiso de la cláusula referente a la ruta, y tomó el camino más corto. En la primera noche que acamparon, los muleros desertaron con todo lo que pudieron cargarse. En agosto llegaron al pueblo de Santa Ana, a sólo pocos días de su meta y allí los alcanzó un expreso de Blanco con órdenes al jefe de no seguir adelante y presentarse personalmente al capitán general en Arispe, a más de cien millas de allí. De Raousset-Boulbon salió para la capital y de cruzada se encontró con los ochenta sobrevivientes de la malaventurada expedición de De Pindray. Resolvió entonces regresarse con éstos para reforzar su tropa, y despachó a dos oficiales para que, en representación suya, fueran a entrevistarse con Blanco. Tuvo cierta dificultad en persuadir a sus hombres de que debían esperar la comunicación de Blanco antes de continuar rumbo a las minas. Los oficiales volvieron con un ultimátum diciéndoles que debían escoger una de estas tres líneas de conducta: a) renunciar a

---

(1) *Alta California*, 29 de abril de 1854.

su nacionalidad, obtener carta de naturaleza mexicana, y sentar plaza en el ejército mexicano bajo la jefatura de Blanco; b), podían proveerse en la capital de una autorización que les diera derecho a explorar la zona pero no a tomar posesión de ninguna mina, lo cual les haría perder unos meses más; y c), De Raousset-Boulbon debía reducir el número de sus hombres a cincuenta, y con un mexicano que respondiera por todos ellos podrían reanudar su camino viajando como trabajadores de La Restauradora siempre que, desde luego, los apaches no pusiesen ninguna seria objeción. Al recibo del ultimátum De Raousset-Boulbon convocó a sus hombres, les expuso la situación y les dio a escoger. Las propuestas de Blanco fueron recibidas con indignación y desprecio. Les manifestó De Raousset-Boulbon que si alguno quería regresarse podía hacerlo llevándose sus raciones; pero nadie habló de irse. Notificó por tanto el conde al capitán general que la aceptación de las condiciones del ultimátum era una cuestión personal que debían aceptar o rechazar los propios hombres; que el líder no podía hablar por ellos, y que él, personalmente, las rechazaba todas de plano. A esto respondió Blanco acusando al francés y a sus hombres de ser enemigos armados del gobierno, e inmediatamente mexicanos y franceses se dispusieron a pelear. Para ganarse el apoyo de los naturales del país, De Raousset-Boulbon se erigió en paladín de la Independencia de Sonora. Parece que la idea de alzar bandera de rebeldía estaba hasta ese momento lejos de su mente. En estilo típicamente hispanoamericano ambos bandos lanzaron sendos manifiestos: Blanco tratando de hacer que los franceses desertaran halagando con promesas de protección a todo aquel que así lo hiciera; De Raousset-Boulbon instando a los mexicanos a sumarse a sus filas bajo el estandarte de una Sonora libre; y ese estandarte lo alzó el 21 de septiembre. El 14 de octubre se rompieron las hostilidades con el ataque de De Raousset-Boulbon a Hermosillo, ciudad de unos 12,000 habitantes resguardadas por 1,200 soldados con artillería y parapetados detrás de paredes de adobe. Los franceses eran sólo 243, y conforme a toda lógica de ciencia militar debieron haber sido desbaratados. La fortuna, empero, les sonrió ese

día. Se lanzaron al asalto de la ciudad que tomaron fácilmente y el propio Blanco estuvo a punto de caer prisionero. La victoria no produjo ningún provecho tangible, pues los vecinos del lugar fueron poco a poco escabulléndose para no servir al nuevo amo. De Raousset-Boulbon y varios de sus oficiales cayeron enfermos, y encima de eso tenían heridos que curar. El y sus hombres, lo que de veras querían era salir del interior, así que ofrecieron al nuevo gobernador de Sonora, Gándara, abandonar Hermosillo si se les dejaba llegar en paz a Guaymas. De Raousset-Boulbon daba además palabra de poner en libertad a sus prisioneros, y pedía que los mexicanos, por su parte, se comprometieran a cuidar de los heridos que él tendría que dejar. Doce días después los franceses evacuaban la ciudad encaminándose a Guaymas. En las afueras de esta población Blanco se entrevistó con el conde, pero habiendo éste enfermado de gravedad ese mismo día, no pudieron llegar a un acuerdo definitivo, por lo cual dejó el francés al criterio de sus hombres la forma de entenderse con las autoridades mexicanas. Cinco meses antes los mismos habitantes de Guaymas los habían recibido jubilosamente; ahora ni el más humilde indito los saludaba. El capitán general les hizo firmar un documento con arreglo al cual se obligaban a respetar a las autoridades del país, lo que prácticamente equivalía a desbandarse, y luego él facilitaría a quien quisiera los medios para volverse a Estados Unidos. Muchos regresaron en diciembre, pero unos cuantos optaron por quedarse. De Raousset-Boulbon, que no había firmado ningún acuerdo, salió para Mazatlán, en Sinaloa, en donde lentamente recobró la salud y se fue al fin a San Francisco llamado por Dillon. (1).

En San Francisco fue recibido con gran fanfarria. Los californianos de esos días admiraban idolátricamente a quienquiera que hiciese "algo". El conde estaba, al igual que muchos más, inculado de fiebre filibustera. Esta enfermedad es incurable; las vicisitudes y los sufrimientos pa-

(1) *Le Drame de la Sonora*, Págs. 80 - 9, por Lambertie; *California*, Vol. III, Pág. 731, por Hittell.

recen sólo agravar los síntomas. Habló abiertamente de volver. "No puedo vivir sin Sonora", (1) decía. Walker y su socio de bufete, Henry P. Watkins, lo visitaron ofreciéndole su cooperación; pero De Raousset declinó asociarse con americanos para empresa en México, en donde se les abominaba. Una serie de revoluciones llevó a la presidencia de México al General Antonio López de Santa Ana, y Lavasseur hizo saber a Dillon que las oportunidades eran entonces óptimas para establecer una colonia francesa en aquel país. Ante la nueva perspectiva De Raousset emprendió segundo viaje a la capital mexicana, a donde llegó en junio de 1853. Santa Ana lo recibió y firmaron un contrato mediante el cual se comprometía el conde a llevar a Sonora 500 franceses que se desempeñarían como guarnición para contener a los apaches; se les pagaría mensualmente. Poco después Santa Ana revocó el contrato y sugirió a De Raousset que se naturalizara mexicano y sentara plaza en su ejército. El francés rechazó indignado la propuesta y a los dos se les subió la sangre a la cabeza. De Raousset tuvo que escapar del país para salvar la vida; Santa Ana lo desaforó. (2).

Cuando el conde regresó a San Francisco se encontró con que los americanos que le habían ofrecido su concurso se ocupaban en los preparativos de una expedición independiente al mando de William Walker. Parece que no hubo resquemor por cuestiones de rivalidad o celos entre los dos bandos filibusteros. De Raousset, aunque rehusó asociarse a Walker, aparentemente se interesó como amigo en su proyecto. Los preparativos que otros hacían enardecieron la sangre del francés, quien luego puso todo empeño en volver a Sonora, le gustara o no a Santa Ana. Lanzó un llamamiento a los franceses pudientes que al principio parecieron dispuestos a ayudarlo. Pero el rumor de que México había vendido Sonora a Estados Unidos cogió cuerpo en California como resul-

---

[1] California, Vol. III, Págs. 739 - 40, por Hittell.

[2] *Le Drame de la Sonora*, Págs. 99 - 102, por Lambertie.

tado de las negociaciones entabladas por Gadsen, (+) y aunque el conde protestó diciendo que tal cosa era imposible, la incertidumbre paralizó la empresa. El interés público se concentró luego en las actividades de Walker y sus compañeros, lo que por algún tiempo mantuvo eclipsado al francés. La empresa de Walker, no obstante, reavivó accidentalmente el retorno de De Raousset a Sonora, como se verá en otro capítulo.

---

{+} James Gadsen, Ministro de Estados Unidos en México, negoció en 1853 la llamada "compra de Gadsen" que fue la adquisición de territorio fronterizo mexicano para la construcción del ferrocarril transcontinental americano. [N. del T.].

## CAPITULO IV

### La Invasión a Baja California

Walker dejó escrito en su libro que la idea de fundar una colonia americana en Sonora nació de un grupo de compatriotas suyos de Auburn, en el condado de Placer, California, en los primeros meses de 1852. (1). Ellos corrieron con los gastos para enviar a dos representantes a Guaymas (llamábase uno Frederick Emory, de quien se hablará más adelante) con la misión de obtener una concesión de tierras cerca de Arispe, a cambio de resguardar la frontera contra los indios. Los representantes llegaron en el momento más inoportuno, pues el Conde de Raousset acababa de firmar su contrato en nombre de La Restauradora, de modo que la misión fue infructuosa. En vista de que el conde y el General Blanco no pudieron llegar a un acuerdo, y de que los franceses se habían visto obligados a salir de México, los aventureros americanos se reanimaron y reconsideraron su proyecto de Auburn. Fueron seleccionados Walker y Henry P. Watkins, su ex-socio de bufete en Marysville, como delegados del grupo, y salieron para Guaymas en junio de 1853. Su recibimiento no tuvo nada de cordial. El prefecto de la población se negó al principio a revisar el pasaporte que Walker había tenido la precaución de hacerse visar en el consulado de México en San Francisco, y los sometió a un largo interrogatorio. El cónsul americano apoyó calurosamente el proyecto de Walker y se cruzó con las autoridades mexicanas una correspondencia bastante áspera; mas con eso se perdió tiempo y no se ganó nada. Viendo a los mexicanos tan mal dispues-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 24, por William Walker (EDUCA, San José, Costa Rica, 1970). (N. del T.).

tos, los visitantes comenzaron a hacer sus preparativos de regreso, y estando ya ellos a bordo recibió el prefecto orden del Gobernador Gándara de permitirles pasar a la capital a verlo, pero no confiando en la buena fe del gobierno, salieron de vuelta a San Francisco harto contrariados. En esa ciudad hasta había circulado el rumor de que el gobierno mexicano ofrecía recompensa por Walker, muerto o vivo. (1). Mr. T. Robinson Warren, viajero americano de visita en Guaymas a mediados de 1853, frecuentó el trato de Walker cuya astucia y resolución le impresionaron grandemente. En él vio a un hombre "locamente seguro del éxito", pero que al mismo tiempo era tan ladino que antes de regresarse ya casi había logrado borrar de la mente desconfiada de los mexicanos todo asomo de sospecha. Para que se vea hasta qué grado el aventurero impresionó a este observador imparcial citamos el siguiente párrafo que si bien es largo es también interesante:

"Lo que menos parecía era caudillo militar. De menos que mediana estatura, y muy delgado, me cuesta creer que pesara más de cien libras. Su pelo rubio desteñido lo llevaba siempre despechado; sus cejas y pestañas casi blancas ocultaban unos ojos al parecer sin pupilas, grises y glaciales, y era su cara una apiñadura de pecas anaranjadas. Un conjunto, en fin, insípido. Vestía de manera casi tan estrafalaria como lo era su misma persona. Remataba su cabeza un colosal sombrero blanco de fieltro cuyas alas anchas tembleteaban con la brisa; añádase a esto una muy mal ceñida levita azul de talle corto con botones dorados y pantalones grises abolsados. La suma de todo ello hacía de William Walker el ente más antiestético con quien pudiera uno toparse en todo un día de andar por las calles. Imagínese usted lo que parecería semejante tipo en aquel Guaymas con temperatura de 100° y en donde todo el resto de la población vestía de blanco. Por cierto que la mitad del miedo que los filibusteros infundían a los mexicanos se les quitó al ver a ese

[1] Alta California, 12 de septiembre de 1853.



esperpento de hombre. Pero quienquiera que juzgara a Mr. Walker por su apariencia personal se rajaba de medio a medio. Era introvertido en sumo grado y podía estarse con otros una hora entera sin descoser los labios; pero al interesarse en un tema arrebatava la atención de los demás con la primera palabra que soltara y al seguir hablando se convencía uno de que William Walker no era un cualquiera. Sólo con muy pocos íntimos se franqueaba respecto del proyecto de sus sueños; fuera de ellos con nadie más hablaba de eso". (1).

Aunque malgrado lo de Guaymas, ni Walker ni sus asociados abandonaron el proyecto. Dice él en su libro que estando allí vió y oyó lo suficiente para convencerse de que un reducido número de americanos podía resguardar la frontera de Sonora contra los indios, y que hacerlo, con o sin la sanción del gobierno mexicano, sería un acto humanitario. Como para reforzar la justificación de su conducta, agrega que varias mujeres de Guaymas le pidieron volverse a Estados Unidos y regresar con suficientes americanos para protegerlas de los apaches. (Como el bíblico Adán, quería compartir con alguna Eva la responsabilidad del acto). Exagerados o no, la verdad es que los relatos de terribles atrocidades cometidas por aquellos indios eran causa de alarma en Sonora, y en California lo creían. Periódicos de San Francisco, de los que no se puede sospechar fuesen filibusteristas, como decir el **Alta California**, salían atiborrados de tales especies. El número correspondiente al 15 de septiembre de 1853, por ejemplo, enumera ochenta asesinatos cometidos por los apaches en una semana, y editorializa diciendo que, de no llegarle pronta ayuda del exterior, Sonora sería arrasada totalmente. "Es difícil predecir hasta cuándo terminarán los sufrimientos de la desdichada e inerme gente de Sonora", observa el diario, añadiendo: "No pueden defenderse y el gobierno mexicano no puede protegerlos. Su única esperanza es la guerra y la ocupación de su territorio por

(1) *Dust and Foam; or, Three Oceans and Two Continents*, Págs. 212 - 13, por T. Robinson Warren. (Nueva York, 1858).

tropas estadounidenses". (1). Los relatos no carecían de base, y puede que fueran verídicos. Warren, quien por aquel tiempo vivió en Sonora, tiene mucho que decir acerca de la devastación de esa región del país desde la independencia de México, y la atribuye a la incompetencia del gobierno y al abandono en que tenía a sus estados septentrionales. Podía uno recorrer cien millas de sus más fértiles tierras y no ver señal de vida humana, únicamente ranchos deshabitados, pueblos en donde no había un alma, y sólo unas cuantas reses y caballos cimarrones, restos de lo que había logrado escapar a la rapacidad de los indios. (2).

A la par de estos relatos de las depredaciones de los apaches circulaban noticias referentes a fabulosas riquezas minerales, y en especial de filones de plata cuya explotación sería baratísima. El objeto era, naturalmente, tentar la avaricia de los especuladores y atizar el ánimo de los aventureros para llevarlos a tierras de Sonora. Unas semanas antes del viaje de Walker y Watkins a Guaymas, se emitieron, para ser vendidos en San Francisco, bonos de la "República de Sonora". Estos valores son la mejor prueba del verdadero propósito de los promotores de la expedición. De las tierras que esperaban obtener de las autoridades mexicanas se servirían sólo para introducirse pacíficamente, y ya una vez establecidos en firme se alzarían contra el gobierno proclamando la independencia de Sonora. Va más allá de lo probable que Gándara hubiese sospechado su doblez, y que durante la permanencia de ellos en Guaymas les peleara con las mismas clase de armas. Y es que si el cónsul mexicano en San Francisco vio uno de aquellos bonos de la "República de Sonora", no cabe duda que puso en conocimiento de su gobierno los verdaderos designios de los americanos. La concesión mexicana hubiera ahorrado a los filibusteros las molestias causadas por las autoridades federales de San Francisco y les ha-

(1) Es muy significativo que este editorial apareciera pocos días después del regreso de Walker y de Watkins a Estados Unidos. *Alta California*, 15 de septiembre de 1853.

(2) Obra citada de T. Robinson Warren, Págs. 183 - 4; 201 - 2.

bría librado también de vejámenes al desembarcar en el Norte de México. En otras palabras, habría dado sello de legitimidad a la expedición.

Durante la ausencia de Walker no se suspendieron los preparativos del viaje, y ya de regreso él, en septiembre de 1853, se dieron los últimos toques. La falta de documentos firmados por el gobernador de Sonora explicando que el espíritu de la empresa era de colonización pacífica y que tenía la aprobación de su gobierno, resultó ser un serio contratiempo. A eso de media noche del 30 de septiembre un pelotón de soldados con órdenes del General Ethan Allen Hitchcock aprehendió el bergantín **Arrow**, el que durante varios días había estado recibiendo cargamento sospechoso. Halláronse en sus bodegas pertrechos, baterías de cocina, y equipos de campaña. Muchas de las cajas que contenían estos avíos llevaban el letrero "Regimiento del Coronel Stevenson". Advirtiéndose también que en la cocina estaba todo dispuesto como para dar de comer a un desproporcionado número de hombres.

Hitchcock entregó el barco al jefe de policía del gobierno federal. Walker recurrió ante un juez de tribunal superior y obtuvo auto judicial de desembargo, alegando que se habían apoderado del barco y lo retenían sin justificación legal. El juez falló que el barco no podía ser embargado sin haberse demandado antes por deuda al dueño. Así las cosas, Hitchcock volvió a aprehenderlo poniéndolo bajo custodia del Mayor Andrews con catorce soldados. Cuando el alguacil se presentó con el mandamiento, el mayor lo amenazó con echarlo de allí a viva fuerza. Cualesquiera fuesen las razones de Hitchcock, su proceder podía muy bien ponerlo en dificultades con los tribunales de justicia, y, como era de esperarse, el 8 de octubre se le ordenó exponer sus razones de por qué no se le podía condenar por desacato. Entre tanto Walker puso queja del allanamiento cometido por Hitchcock y R. P. Hammond, administrador de la aduana este último, e interpuso demanda por daños y perjuicios resultantes de la

aprehensión del barco. Cabe hacer saber aquí que uno de los abogados de Walker era Edmund Randolph, aquel su amigo íntimo de Nueva Orleans. Ordenóse dejar en libertad al **Arrow**, y el juez dijo que estudiaría la cuestión del desacato. (1). Las sospechas recayeron en seguida sobre el bergantín **Caroline**, que el 15 de octubre obtuvo permiso de zarpar hacia Guaymas. A la una de la mañana del 16, las autoridades decomisaron cierta cantidad de material bélico que estaba llevándose a bordo; pero, tal vez basados en lo ocurrido con el caso del **Arrow**, no lo aprehendieron. Poco después el **Caroline** levó anclas y zarpó. Con la premura de hacerse a la mar para evitar nuevos tropiezos, quedáronse en el muelle muchos filibusteros, así como los pertrechos decomisados. (2). A bordo iban cuarenta y cinco hombres al mando de William Walker, transformado en coronel; el mismo hombre que antes fuera doctor, abogado, y editor de diarios, y ahora soldado de fortuna filibustero.

Aunque el objetivo final de Walker y del Primer Batallón Independiente —como se llamaba a sus hombres— era Sonora, su reducidísimo número no parecía pero ni siquiera la avanzada de lo que en rigor debía ser un ejército invasor. Su líder tuvo la cordura de sacar provecho de los fracasos sufridos por De Pindray y De Raousset manteniéndose alejado de Guaymas. En consecuencia, resolvió establecerse en Baja California para después de recibir refuerzos someter ese estado e instalar allí su cuartel general de operaciones contra Sonora. Sin embargo, parece ser que dejó los detalles de esta campaña a la ventura, a lo que deparara la suerte. Dedúcese esto de su constante peregrinar después del desembarco. El 28 de octubre el **Caroline** recaló en Cabo San Lucas y de allí siguió a La Paz, en donde los expedicionarios desembarcaron el 3 de noviembre; prendieron al gobernador, arriaron la bandera mexicana e izaron la de la República de Baja California. Todo esto les llevó, si acaso, una media hora.

(1) **Alta California** del 2, 9, y 11 de octubre de 1853; **Annals of San Francisco**, Págs. 474 - 80, por Soulé.

(2) **Alta California**, 18 de octubre de 1853.

Entre tanto, echó mano del arma en que era más ducho, la pluma, y lanzó su primer manifiesto: "Proclámase por el presente decreto la República de Baja California libre, soberana e independiente, y repúdiase para siempre su lealtad a la República de México". Suponíase que con este lacónico úcase se había creado una nueva república que debía ocupar un puesto digno entre las demás naciones del mundo. Seguidamente Walker asumió funciones de "Presidente". La solemne seriedad de este hombre hace aparecer más cómico el acto. Cuatro días después se dictaron por bando dos decretos más; uno, de nueve palabras, establecía la libertad de comercio con todo el mundo; el segundo declaraba en vigencia el código civil y el derecho consuetudinario del estado de Luisiana como "pautas de los fallos y de la ley del país, en todos los tribunales de la República que de aquí en adelante se establezcan". (1). Algunos críticos de Walker atribuyen a este último decreto el siniestro subterfugio de que por medios indirectos, temiendo hacerlo derechamente y a las claras, quería convertir a su nueva república en un mercado de esclavitud africana. (2). Siendo Luisiana un estado esclavista, decían, la implantación de su sistema jurídico en Baja California no podía tener otro propósito que el de introducir allí aquella peculiar institución. No se les ocurre pensar, sin embargo, que las legislaciones de México y Luisiana tenían un mismo origen y eran en muchos aspectos semejantes, y por cuanto Walker conocía a fondo el código civil de Luisiana, lo que con ello hacía era introducir en su gobierno leyes que para él y los hijos del país eran cosa conocida. De haberse sostenido Walker en Baja California sin duda habría estudiado el asunto de la extensión de la esclavitud y muy probablemente la hubiera patrocinado, pero los que en el decreto del 7 de noviembre ven tal propósito simplemente prejuzgan a Walker basándose en sus actos posteriores.

Habiéndose dado cuenta de que La Paz no era lugar adecuado para sede de su gobierno, permaneció allí sólo tres

(1) *Alta California*, 8 de diciembre de 1853.

(2) *History of California*, Vol. III, Pág. 763, por Hittell.

días y luego enfiló rumbo a San Lucas, llevándose a Espinosa (el gobernador cautivo) y los archivos del estado. En esos momentos entraba en la bahía un barco mexicano con el Coronel Rebolledo, el nuevo gobernador que venía a sustituir a Espinosa. Fue también hecho prisionero y llevado a bordo del **Caroline**. Antes de zarpar bajaron a tierra seis hombres en busca de leña; los paceños los recibieron a balazos. Con esto se rompieron las hostilidades. Walker desembarcó con treinta hombres, y se entabló un tiroteo de hora y media; los filibusteros volvieron en seguida al barco pretendiendo haber obtenido una gran victoria e igual cosa reclamaron para sí los mexicanos. (1).

El 8 de noviembre llegó Walker a San Lucas. Un guardacostas mexicano que doblaba el cabo pasó de largo. Apenas desembarcados vieron los filibusteros que en ese lugar no podrían obtener bastimentos para una fuerza numerosa, así que al día siguiente se reembarcaron dirigiéndose a Ensenada, una cien millas al Sur de San Diego, California, sobre la costa occidental de la península. Aquí tuvieron por un tiempo su cuartel general, pues el lugar era defendible y además a propósito para esperar la llegada de refuerzos.

La refriega de La Paz fue pregonada en California como un gran triunfo de Walker que "libera a Baja California del yugo tiránico de un México decadente y crea una nueva república". (2). Tan pronto como llegó la noticia a San Francisco se abrió oficina de enganche en una esquina de las calles Kearny y Sacramento, donde se izó la bandera de la nueva república. No se hizo ningún alboroto; todo parecía una cosa común y corriente. Era manifiesto que la opinión pública respaldaba a los filibusteros. (3). El mismo día que se recibió la noticia de La Paz se celebró un mitin en uno de los

(1) La versión filibustera está en el *Alta California* del 8 de diciembre de 1853; la versión contraria que llegó más tarde a Estados Unidos puede verse en el mismo diario del 3 de enero de 1854.

(2) Corresponsal del *Alta California* en San Diego, 8 de diciembre de 1853.

(3) *Reminiscenses of a Ranger*, Pág. 212, por Bell; *Alta California*, 10 de diciembre de 1853.

cuarteles de bomberos, y allí mismo se enrolaron unos cincuenta voluntarios más. Desilusionados buscadores de oro y muchos otros a quienes la veleidosa fortuna no les había querido sonreír en el Oeste ni en ninguna otra parte, pretendían ahora ir a cortejarla a Baja California pensando que si la buena estrella no les alumbraba en esas tierras, no podrían pasarla allí peor que en San Francisco. Cierto es que un golpe de suerte y fama lo veían muy remoto, pero por lo menos tendrían sorpresas y aventuras. El General Hitchcock, quien antes los hostilizara tanto, había sido trasladado a otra plaza, y su sucesor, el General John E. Wood, no llegaba todavía. Las autoridades civiles permanecían impasibles. Valores de un dólar de la nueva república vendíanse públicamente por sólo diez centavos. (1). Cinco días después la nueva expedición estaba lista ya y el 13 de diciembre por la noche 230 hombres se hicieron a la vela en el **Anita**, buque de tres palos, bajo el mando de Watkins. (2). Se incorporaron a Walker en Ensenada. Mientras estuvo allí en forzada permanencia, el presidente, si hemos de creer los comunicados de su cuartel general, instauró su nuevo gobierno sobre bases sólidas y estables. Componíase el gabinete de secretarios de estado, de guerra, y de marina, más cuerpos militares y navales. Frederick Emory, Secretario de Estado, por no haber mucho que hacer en su despacho, fue enviado a la vecina gran república del Norte a enrolar más gente y tratar de conseguir nuevas aportaciones de dinero para la causa. Y entonces, como se verá más adelante, tuvo Emory dificultades con las autoridades federales. Charles H. Gilman, quien ostentaba el grado de capitán de batallón, y que en esta campaña perdería una pierna, a pesar de sus sufrimientos y

(1) *Annals of San Francisco*, Pág. 479, por Soulé, Gihon, y Nisbet.

(2) Las escenas de la salida del **Anita** gráficamente descritas en *Walker's Expedition to Nicaragua*, Págs. 30 - 2, por William V. Wells, (Nueva York, 1856). Muchos de los reclutas habían celebrado la partida bebiendo copiosamente, y a pesar de los esfuerzos de sus líderes para que se estuviesen quietos y callados a fin de evitar que las autoridades lo supieran, ellos cantaban y gritaban a todo pulmón; pero por suerte las autoridades no se percataron de nada. Como consecuencia de su partida, dice Soulé, el cronista de San Francisco, "en los juzgados de la ciudad hubo menos movimiento cotidiano, y la urbe se vio felizmente purgada de aquella vieja cateria de vagos y pendencieros".

grande impedimenta, iría dos años más tarde a acuerpar a Walker en Nicaragua. (1). El 30 de noviembre dirigió Walker un memorial al pueblo de Estados Unidos dando sus razones. "Es", decía, "rendir honor a la nación que más celosamente ha mantenido la independencia de los estados americanos, revelar por qué ha sido creada otra república en los linderos de la gran Unión". Hacía observar que la península, por estar geográficamente aislada del resto de México, había sido lamentablemente descuidada, y que a fin de "desarrollar los recursos de Baja California y de implantar en ella una eficaz organización social, ha sido necesario independizarla". (2). El espectáculo de un hombre que aún no ha llegado a los treinta años, rodeado de unos cuarenta desajustados sociales que constituían su apoyo, explicando con toda solemnidad a veinticinco millones de personas por qué había creado una nueva nación en sus fronteras, requiere la pluma de un Cervantes para pintarlo de cuerpo entero. Pero cosas más extravagantes habrían de verse todavía.

Mientras esperaba refuerzos en Ensenada, Walker fue atacado por los mexicanos, y durante varios días sus hombres estuvieron encorralados dentro de una casa de adobes en la que se habían guarecido. Por fin, en la mañana del 14 de diciembre Walker resolvió romper el cerco poniéndose a la cabeza de su tropa, y pidió voluntarios. Pero sus hombres lo convencieron de que siendo él el jefe de todos no debía arriesgar la vida; el mando recayó entonces en Crocker, quien impetuosamente se lanzó a la carga con veinte más que pusieron en fuga a los sitiadores. En la arremetida murió el Teniente McKibbin; la casa fue bautizada en su honor con el nombre de Fuerte McKibbin. Durante el sitio el **Caroline**, sin

(1) La lista completa de funcionarios era ésta: William Walker, Presidente; Frederick Emory, Secretario de Estado; John M. Jarnigan, Secretario de Guerra; Howard H. Snow, Secretario de Marina; Charles H. Gilman, Capitán de Batallón; John McKibbin, Teniente Primero; Timothy Crocker, Teniente Segundo; Samuel Buland, Teniente Tercero; William P. Mann, Capitán de Marina; A. William, Teniente Primero de Marina; John Grundall, Teniente Segundo de Marina. Un hombre, de cada cuatro, como se ve, era miembro de gabinete u oficial del ejército.

(2) **Walker's Expedition to Nicaragua**, Pág. 245, por Wells.



saberse por qué, levó anclas llevándose lo más de las vituallas. Es posible que los dos gobernadores que estaban prisioneros a bordo hubiesen sobornado a la tripulación. El 28 llegó el **Anita** con los largamente esperados refuerzos, pero sólo de hombres y armas, nada de comestibles. (1). Walker tenía ahora doscientas bocas más que alimentar de sus ya menguados bastimentos. No quedaba otra alternativa que comenzar a batir las tierra del contrario para surtirse de víveres. El ataque sufrido dos semanas antes fue entonces un oportuno pretexto para vivir del enemigo.

El 29 Walker envió sesenta hombres a atacar a un reconocido bandolero mexicano apellidado Meléndrez, quien se había acuartelado en el cercano pueblo de Santo Tomás; lo desalojaron de allí y le cogieron gran número de reses y caballos basándose en que siendo los animales propiedad del bandido, pertenecían por ley al gobierno. (2). Para comer los filibusteros ya no tenían más que maíz y carne, lo que, naturalmente, causó descontento y desertiones. Watkins volvió inmediatamente a Estados Unidos en busca de más gente; los nuevos que llevó contrarrestaron por un tiempo las desertiones. (3).

No pensaba Walker permanecer en la desolada península ni un día más de lo necesario, puesto que Sonora había sido siempre su único norte. De modo que sintiéndose ya lo suficientemente fuerte para emprender su soñada empresa, comenzó a hacer los preparativos de marcha sobre Sonora buscando el camino del Río Colorado. Confiscó a los rancheros hostiles de las inmediaciones todo aquello que él y los suyos podían necesitar. Destazáronse reses para llevar car-

- (1) Entre esos hombres llegó una mujer, Mrs. Chapman, esposa de uno de los capitanes de Walker. Prestó ella servicios atendiendo a los enfermos y heridos.
- (2) **Alta California**, 10 de enero de 1854.
- (3) Algunos, sin embargo, encontraron en el camino a desertores que volvían de Baja California, y las tristes historias que escucharon hicieron que muchos futuros filibusteros se regresaran. El 26 de enero no menos de ciento veinticinco zarparon de San Francisco a bordo del vapor Goliath para San Diego. De esta ciudad los voluntarios salieron como pudieron a engrosar las filas de Walker. **Alta California**, 27 de enero y 4 de febrero de 1854.

ne salada; domáronse potros chúcaros para poderlos montar, y de esta doma muchos hombres resultaron estropeados. (1). Y aquí emitió entonces los más quijoscosos de todos sus decretos, cuatro en total, y todos fechados el 18 de enero de 1854. Mediante ellos anexó Sonora a su República de Baja California, cambió a ésta el nombre por República de Sonora dividiéndola en dos estados: Sonora y Baja California, y trazó sus límites. Todos los decretos expedidos en nombre de la República de Baja California quedaban en vigor como decretos de la República de Sonora; Walker pasó a ser presidente y Watkins vice-presidente. A los americanos de fino sentido humorístico el sainete de estos pronunciamientos les supo a gloria. "Walker es un auténtico Napoleón", decía el editorial de un diario, "de quien al igual que el Gran Corso bien puede decirse que dispone de cortes, coronas y cuarteles como de simples piezas de ajedrez". Santa Ana debiera estar agradecido de que el nuevo presidente no se hubiera adueñado más que de Sonora. Lo mismo de fácil y barato le hubiese resultado anexarse de una sola vez a todo México; y así se habría evitado la molestia de lanzar nuevas proclamas". El episodio recuerda al autor de este libro el reyecito de un pueblo africano que figura en las páginas de Mungo Park. Después de atiborrarse de leche de camella y de maíz molido, el soberano negro ordena a su primer ministro salga a sonar la gran trompeta y pregone que todo mundo puede ya irse a comer. Por mucho tiempo se tuvo este cuento como el colmo del ridículo, pero Walker logró eclipsar al gran marca de color. (2).

El descontento entre los hombres de Walker crecía juntamente con la ociosidad y la miserable alimentación que ya tenía a muchos a punto de amotinarse. Finalmente, la orden de quitarle a la compañía del Capitán Davidson unos caballos llevó las cosas al borde de la explosión. Estos hombres tenían los caballos por suyos y se negaban a entregarlos porque sabían que iban a dárselos a otros. La ebullición

(1) *Alta California*, 30 de enero de 1854.

(2) *Alta California*, 30 de enero de 1854.

subió a tal grado que el líder formó a la tropa, les habló y antes de terminar su alocución les pidió jurasen lealtad. Unos cincuenta, en su mayoría miembros de la compañía de Davidson, se negaron. Pidióseles salir del campamento en el término de dos horas, y después de llenarse los bolsillos de maíz cogieron sus armas y tomaron el camino de San Diego. Les cortó el paso un oficial conminándoles a dejar sus armas en el campamento. Al no obedecer la orden sacó él su revólver y ellos empuñaron sus armas retándole a disparar primero. El oficial se volvió a sus soldados ordenándoles hacer fuego sobre los desertores; pero ellos rehusaron sin formar filas siquiera. Algunos de los más fogosos partidarios de Walker apuntaron un cañón de montaña contra el grupo desertor; Walker pasó trabajos conteniéndolos. Entonces, acompañado de un pelotón de leales, los alcanzó, les habló con afabilidad instándoles a regresar para que se llevaran mayores raciones de comida y dejaran las armas en el campamento, pues los hombres que se quedaban, les dijo, necesitarían más que ellos. Dos entregaron sus rifles y otros destrozaron los suyos contra las peñas. Luego continuaron rumbo a San Diego donde obtuvieron pasaje gratis en vapor a San Francisco. (1).

Desertores, heridos, y enfermos, redujeron el número de filibusteros a ciento treinta. Un bergantín de la marina mexicana bloqueó la entrada de la bahía para impedir la llegada de nuevos refuerzos, y el 11 de febrero el barco de guerra americano **Porstmouth** entró en el puerto; la oficialidad visitó a Walker en su cuartel. Esta visita parece haber sido de mal agüero para los filibusteros pues Walker apresuró su marcha, clavó y enterró todos sus cañones a excepción de uno que se llevó, y dejó ocho enfermos y heridos de quienes cuidó el Capitán Dorninn del **Porstmouth** conduciéndolos a San Diego. (2).

(1) **Alta California**, 4 de febrero de 1854.

(2) **Alta California**, 22 de febrero de 1854

Los filibusteros salieron de Ensenada el 13 de febrero, el 16 llegaron al pueblo de Santo Tomás, y el 17 siguieron viaje a San Vicente. Aquí trató Walker, por primera vez, de ejercer cierto dominio político sobre los hijos del país. El 28 convocó a una "asamblea" de mexicanos de la vecindad, a la que asistieron sesenta y dos. Recibióse a los delegados con todos los honores militares, lo cual sin duda no se hizo sólo por simple ceremonia protocolar. Después de los cumplidos vino el juramento de lealtad; los delegados lo hicieron voluntariamente, según el decir de los filibusteros, y a la fuerza según versión de los enemigos de Walker. Sea como fuere, el acto revistió la solemnidad que permitían las circunstancias. Púsose una mesa en campo abierto. Ante ella se colocaron en arco dos banderas de la República de Sonora. El presidente, su gabinete, y un cuadro de oficiales, estaban de pies a un lado de la mesa, y "un miembro del Poder Judicial" (creado para el caso) con un intérprete al otro lado. Uno a uno fueron arrimando los mexicanos, daban su nombre, juraban, y luego pasaban bajo el arco de banderas en prueba de sumisión. Después que hubo desfilado el último hombre retumbó el cañón, los soldados vitorearon y unos alemanes que desde California habían llevado sus instrumentos musicales tocaron aires marciales. Al día siguiente se lanzó una proclama titulada "Declaración de los habitantes del Estado de Baja California, de la República de Sonora, a su Excelencia el Presidente". Aparentemente, esto era el resultado de las deliberaciones de la "asamblea". Decía el papel que los delegados se habían congregado voluntariamente, se encumbraba por las nubes y se ensalzaba la conducta de los hombres de Walker, y terminaba con la promesa de que los firmantes le servirían con lealtad hasta la muerte. Todas y cada una de las frases de la "Declaración" refutan su autenticidad. Fue inspirada, si no escrita, por el propio Walker y redactada con los cinco sentidos en forma que fuese un mentís a las noticias propaladas en Estados Unidos respecto del mal trato de que estaban siendo víctimas los mexicanos. Y aún cuando no hubiese otra razón para dudar de la autenticidad del documento, su última frase la pregona: "Rogamos a su Excelen-

cia que los víveres de que disponemos, y los que más tarde podamos recolectar, pasen a su poder cuando la orden de requisición esté firmada por su comisario, la cual requisición siempre será gustosamente atendida, confiando en que seremos recompensados . . ." (1). Ciertamente que la creencia del líder filibustero en las tragaderas del pueblo americano —si suponía que iba a engañarlo con ese candoroso ardid— debe haber sido muy firme. Aun cuando semejante tontera no le allegara amigos a Walker, parece que tampoco le causó ningún perjuicio. Y la verdad es que este y todos los demás hechos reveladores de que él y los suyos se encontraban en situación desesperada sirvieron más bien para granjearles la simpatía de sus compatriotas.

El presidente de Sonora se encontraba todavía lejos de su meta. La intervención gubernativa en San Francisco había paralizado el envío de refuerzos, y a causa de las deserciones y de la creciente hostilidad de los mexicanos, la posición de Walker se hacía más y más difícil cada día. Mas no por esto se crea que su campamento fuera una toltería anárquica, porque en materia de reglamentos militares el líder era un rígido disciplinario y puntilloso hasta la exasperación. Para hombres que nunca habían sabido lo que era disciplina ni refrenar sus pasiones, esa sujeción era insoportable y, por consiguiente, origen de numerosas deserciones. Un caso que ilustra la severidad con que se aplicaban los reglamentos ocurrió dos días después de la convención de San Vicente. Cuatro hombres fueron acusados de ser los instigadores de un grupo que quería desertar; Walker ordenó fusilar a sus dos cabecillas y azotar a los otros dos para en seguida expulsarlos del campamento. (2). Por fin, el 20 de marzo se emprendió viaje a Sonora. Dejéronse veinte hombres de guarnición en San Vicente, y con cien más y una partida de ganado Walker cogió rumbo al Este en marcha por los ásperos caminos de las sierras hasta el Río Colorado. El viaje duró dos semanas; eso tardaron en cruzar un territorio que en línea recta serían dos-

(1) *Alta California*, 15 de marzo de 1854.

(2) *Alta California*, 15 de marzo de 1854.

cientas millas. En el camino perdieron algunas reses, y traicioneros baqueanos indígenas se llevaron otras. (1). Después de muchos sufrimientos los hombres pudieron llegar al Colorado, seis millas arriba de su boca. Tan ancho, vertiginoso y profundo es allí el río que no pudieron hacer pasar el ganado a la otra orilla. Los hombres lo cruzaron en balsas, pero las reses que echaron a nado se ahogaron todas. Estaban por fin en Sonora, pero el territorio que tenían por delante era tan inhóspito como el que acababan de dejar. Los hombres sin haberse cambiado de ropa desde su salida de San Francisco, iban ya en andrajos. El propio Walker llevaba una sola y desguzada bota. Seguir adelante sin tener carne que comer era imposible: quedarse donde estaban significaba morir de hambre. El poblado más cercano donde tal vez podrían abastecerse era el Fuerte Yuma, unas setenta millas río arriba, al otro lado de la frontera con Estados Unidos. Cincuenta desertores que cogieron para allá arralaron más la tropa. La expedición se había desintegrado. Los hombres parecían más que todo resentidos por querer Walker mantener una terca actitud de dignidad en tan angustiosa indigencia, y por su aparente insensibilidad ante sus padecimientos. Nunca les permitió olvidarse de que él seguía siendo su líder y también su presidente. (2).

Después de tres días en Sonora Walker y el resto de su castigada tropa recruzaron el río para volver sobre sus pasos hasta San Vicente, y se regresaron sobre todo porque no tenían otra alternativa. Al entrar en el pueblo el 17 de abril supieron que la pequeña guarnición que dejara el 20 de marzo había sido atacada y exterminada por Meléndrez. Este apareció en seguida en las afueras con sus hombres gritando improperios a los filibusteros y arrastrando por el suelo una bandera capturada de la República de Sonora. Desde ese día hasta el momento en que Walker se entregó a oficiales

(1) Arthur W. North, en su obra **Camp and Camino in Lower California**, Págs. 53 - 4 (Nueva York, 1910), señala la ruta seguida por Walker hasta el Colorado. Como él recogió esa información de boca de indios cincuenta años después, habrá que tomar con mucha cautela sus datos.

(2) **Alta California**, 26 de abril de 1854.

del ejército de Estados Unidos, Meléndrez y su gente hostigaron tenazmente a los hombres de Walker, pero sin atreverse nunca a presentar combate en toda forma. Los mexicanos enviaron una nota bajo bandera de paz ofreciéndole a Walker dejarlo salir del país sin ser molestado si antes sus hombres les entregaban las armas. No confiando Walker en promesas mexicanas, rompió la nota y echó del cuartel al emisario.

El acoso de Meléndrez mortificaba al remanente de filibusteros, que entonces pusieron sus ojos en la frontera americana. En el camino hacia allá la caballería mexicana remolineaba continuamente en torno haciendo la vida más insostenible todavía en aquellos ya abatidos hombres. Cerca de la frontera Meléndrez insistió en no dejarlos pasar si antes no le entregaban las armas. Walker mandó a decirle que viniera a quitárselas. El cabecilla mexicano participó también al Mayor J. McKinstry, comandante de la plaza de San Diego, su propósito de capturar a Walker, y recibió garantías de que el gobierno americano no intervendría en nada. La noticia de que Walker se acercaba hizo salir de la ciudad a muchos habitantes que treparon a una loma a presenciar el inminente choque. Meléndrez se interpuso entre Walker y la guardarraya para cortarle el paso, pero al llegar a cierto punto el líder filibustero ordenó a su "vanguardia" cargar de frente dando gritos de guerra; los mexicanos picaron espuelas apartándose al galope. En la frontera saludó Walker al Mayor McKinstry y al Capitán H. S. Burton, a quienes él y sus hombres se entregaron prometiendo bajo palabra de honor presentarse en San Francisco al General John E. Wood, para responder por el cargo de haber infringido la ley de neutralidad de Estados Unidos. Treinta y tres hombres además del propio Walker firmaron la promesa de honor; esos eran todos los que le quedaban al caudillo al final de su carrera como presidente de Sonora. Walker se rindió el día que cumplía treinta años de edad, 8 de mayo de 1854. Una semana más

tarde el grupo entero estaba en San Francisco esperando el juicio que abriría en su contra las autoridades federales. (1).

El desapasionado veredicto de la historia debe condenar el episodio de Baja California como inexcusable invasión a un pueblo inofensivo. Los elevados principios morales sobre los cuales Walker basó su defensa —de que los preceptos humanitarios están por encima de la ley de las naciones— fuéronle más tarde aplicados en perjuicio propio. Por otra parte, es innecesario examinar los méritos de las circunstancias atenuantes de su argumento de que él acometió la empresa para defender a los desvalidos sonorenses de las tropelías de los indios, aunque no es improbable que Walker lograra convencerse a sí mismo de la verdad de eso. No obstante, es muy probable, que de los dos males los sonorenses hubiesen preferido los indios a los filibusteros.

Es muy fácil señalar los errores estratégicos de la expedición. El aventurarse a invadir un territorio enemigo con sólo cuarenta y cinco hombres; no tener un plan definido de campaña, salir para Guaymas, pero desembarcar en La Paz, luego retroceder doblando el cabo de San Lucas de vuelta a Ensenada, y de allí irse rodando de pueblo en pueblo de arriba para abajo, y después enderezar rumbo a Sonora sobre una ruta desértica llena de obstáculos imprevistos, para por último volver sobre sus pasos al topar con una barrera infranqueable. Tales errores demuestran palmariamente que William Walker carecía de las cualidades esenciales de un verdadero capitán. Por otro lado, debemos considerar las enormes dificultades con que tropezó. Para imponerse a esos hombres cerriles tenía que domarlos como a caballos salvajes; sus provisiones de guerra y boca eran sumamente limitadas, y los refuerzos y el apoyo de sus conciudadanos eran, cuando más, inciertos y esporádicos. Muchos se incorporaron a la expedición en busca de aventuras o de vetas vírgenes de minerales preciosos. No es de sorprenderse pues que, al

(1) *Alta California*, 16 de mayo de 1854; *Walker's Expedition*, Pág. 276, por Wells.



no encontrar ni lo uno ni lo otro, y sí sólo la fastidiosa vida de campamento en territorio casi desolado, no es de sorprenderse, repetimos, que sus hombres desertaran en la primera oportunidad. Y las deserciones no fueron por falta de disciplina sino más bien por exceso de ella. El hecho de que después de este fracaso Walker no fuese ridiculizado se debió a su reconocida entereza de carácter. El hombre que supo hacer frente a tantos peligros, sin amilanarse y que nunca ni por un momento perdiera su sangre fría y señorío, debía ser causa de la admiración de los pioneros californianos; éstos lo ensalzaron como héroe.

Falta ahora un punto que aclarar. Hasta dónde guiaba a Walker en esta empresa el deseo de extender la esclavitud? Si hemos de creer a ciertos escritores, la idea de extenderla era la base de todo el andamiaje. (1). Todo norteamericano inteligente de ese tiempo sabía perfectamente bien que a la expansión territorial hacia el Sur seguiría probablemente la extensión de la esclavitud; y por eso es que muchos escritores de hoy día suponen que en aquellos días toda expansión hacia allá tenía que ser promovida y realizada por partidarios de la esclavitud. Partiendo de esa premisa llegan naturalmente a la conclusión de que Walker era agente o instrumento de ese bando. Y hasta hubo escritor que se atreviera a afirmar que Walker salió de Nueva Orleans a California con el único propósito de agrandar los dominios de la esclavitud. (2). En apoyo de su aserto alegan, primero, que Walker se inspiró en el movimiento que contra Cuba se centralizó en Nueva Orleans cuando él editaba un diario en esa ciudad; segundo, que contaba con el apoyo del núcleo esclavista de Washington, como se asegura por el hecho de que el General Hitchcock fuera relevado de su cargo de comandante del Departamento del Pacífico por Jefferson Davis, Secretario de Guerra, inmediatamente después de haber impedido aquél la salida del **Arrow**; y, tercero, que una de las primeras dispo-

(1) Véase, por ejemplo, una carta publicada el 24 de diciembre de 1853 en el *Alta California*.

(2) *Los Filibusters Americanos*, por Augusto Nicóise. (París, 1860).

siones de Walker en Baja California fue implantar allí la legislación del estado esclavista de Luisiana. En uno de los capítulos anteriores queda refutado el primer argumento demostrándose que Walker, siendo periodista en Nueva Orleans, se opuso al movimiento filibustero contra Cuba. El segundo entraña mayores alcances, ya que sugiere la existencia de una conspiración general de parte de los elementos esclavistas para distender sus fronteras a costa de la nación mexicana, y supone cierta subrepticia conexión entre el anónimo abogado de Marysville y un alto funcionario del gabinete presidencial. A este respecto se cuenta, por suerte, con el testimonio del diario personal del General Hitchcock, quien el 16 de diciembre de 1853, dos meses después del caso del **Arrow**, apunta: "El correo de hoy trae carta del nuevo Secretario de Guerra aprobando mi actuación. Confírmase orden anterior Conforme a mi grado honorario se me asigna el mando del Departamento del Pacífico, verdadera cortesía ésta puesto que hay muchos oficiales de mayor rango que no tienen bajo su mando ningún departamento . . . He pedido licencia para irme al Este del país por la vía de China, India, Etc." (1). El 2 de febrero de 1854 Hitchcock anota en su diario que sabe será reemplazado por el General Wool, dando como razón de ello el ser íntimo del General Scott, a quien Pierce y Davis malquieren. No hay el más leve indicio de que su relevo como Jefe del Departamento del Pacífico estuviese en alguna forma relacionado con su oposición a Walker. Añádase que, si tal hubiera sido el caso, Davis habría por lo menos tenido el cuidado de relevarlo con algún otro oficial más simpatizante de los filibusteros que el General John E. Wool. Este, como se verá en el próximo capítulo, les aplicó medidas mucho más extremas que Hitchcock.

Si en realidad Walker hubiese ido a pelear en provecho del partido esclavista, lo natural habría sido que los diarios sureños defendieran su causa. Pero no, el **True Delta**, de

(1) *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major-General Ethan Allen Hitchcock*, editado por A. A. Croffutt, Pág. 405. (Nueva York, 1909).

Nueva Orleans, con fecha 27 de diciembre de 1853, habla de los filibusteros del "Presidente Walker" poniéndolo sardónicamente entre comillas; y el **Picayune** del 15 de enero de 1854 manifiesta que los hombres de Walker "son unos jóvenes atolondrados", y que su expedición es "una empresa absurda y temeraria, y si logran salir con vida que se consideren dichosos de no haber podido internarse más adentro".

Todos estos hechos demuestran que la expedición a Sonora no fue un movimiento calculado por sureños para distender sus fronteras esclavistas. Si tal hubiera sido, la empresa habría visto el triunfo más de cerca. Y hay menos razón para creer que Walker fuera entonces agente de los partidarios de la esclavitud que si se dijera que De Pindray y De Raousset-Boulbon hubiesen sido agente de Luis Napoleón. (+).

---

{+} Sospechábase en aquellos días que este Bonaparte, desde su trono de Francia, urdía planes de colonización en América. (N. del T.).

## CAPITULO V

### Los Filibusteros ante los Tribunales

El 9 de enero de 1854 fue un día aciago para los filibusteros americanos y franceses de la costa del Pacífico, pues en esa fecha el Secretario de Guerra Jefferson Davis nombró jefe del Departamento del Pacífico al Mayor General Honorario John E. Wool. (1). Al día siguiente de su nombramiento escribió Davis pidiéndole instrucciones respecto de la actitud que debía tomar en relación con las expediciones a Baja California que, según últimas noticias, eran causa de muchos comentarios en San Francisco. Davis le contestó el 12 diciéndole que su deber era "acatar los compromisos internacionales impidiendo la salida de expediciones atentatorias a territorios de naciones extranjeras". Estamos seguros, añadía, de que usted, con los medios de que dispone, hará cuanto pueda por descubrir los preparativos que se estén haciendo para enviar expediciones armadas contra países con los cuales Estados Unidos está en paz, y también confiamos en que cooperará activamente con las autoridades civiles en el mantenimiento de la ley de neutralidad. (2).

El 14 de febrero, apenas llegado a San Francisco, Wool arremetió resueltamente contra el filibusterismo. El 1 de marzo comunicó a Davis que había arrestado a Watkins, desbaratando así la oficina de enganche de Walker. Decíale también que seguía de cerca la pista del Conde Raousset, a quien consideraba uno de los adláteres de Walker. El 15 le informó haber arrestado en San Diego a Frederick Emory, Se-

(1) House Ex. Doc. No. 88, 35 Cong., 1 Sess., 5

(2) Ibid 6

cretario de Estado de Walker, y a otros de sus adeptos. (1). Entre éstos se hallaban el Mayor Baird, el Capitán Davidson, y el Doctor Hoge, médico al servicio de Walker. (2).

El 1 de marzo el gran jurado de acusación convocado para el caso acumuló suficientes pruebas en contra de Watkins, Davidson y Baird; el juicio de Watkins se abrió el 20. Sus abogados defensores fueron Edmund Randolph y Henry S. Foote, ex-gobernador de Misisipí. Los testigos de cargo declararon que Watkins había fletado el **Anita** y héchose cargo del reclutamiento de refuerzos para Walker; que el barco transportó armas y municiones; que durante la travesía los hombres se ejercitaron militarmente a bordo; que Watkins tuvo el mando del barco hasta llegar a Ensenada, y que también lo trajo de regreso después de haber dejado a los hombres en aquel puerto. En defensa del acusado Randolph alegó que Watkins no cometió ningún acto hostil contra México sino hasta que hubo salido de la jurisdicción territorial de Estados Unidos. Que su único delito por tanto fue, estando en territorio estadounidense, el **haber pensado**, pero que no se le podía juzgar por lo que **había hecho** en México. Foote alegó que la ley de neutralidad era inconstitucional. El Fiscal Mr. S. W. Inge. (3). Recapituló en nombre del gobierno diciendo que los defensores no habían podido desvirtuar ninguno de los testimonios acusatorios. Señaló que la expedición había infringido la ley, y luego trató de influir en el ánimo de los miembros del jurado, algunos de los cuales eran prominentes hombres de negocios, diciéndoles que un filibusterismo triunfante causaría un daño positivo a la ciudad y al estado, ya que al embarcarse y salir hombres en esa empresa disminuiría el número de sus habitantes, lo cual significaba la devaluación automática de la propiedad. La exhortación del Juez Hoffman al jurado no favoreció en nada al acusado. Que no hicieran caso, advirtió, del alegato referente a la

(1) House Ex. Doc., No. 88, 35 Cong., 1 Secc., 10, 19. Emory fue arrestado el 8. *Alta California*, 15 de marzo de 1854.

(2) *Alta California*, 3 de marzo de 1854.

(3) Inge era sureño, nativo de Alabama.

inconstitucionalidad de la ley de neutralidad, toda vez que ese punto ya lo había dilucidado el más alto tribunal de la nación. "No pido condena, ni tampoco absolución, pero sé que en este caso, por el honor y prestigio de la patria y del gobierno, es forzoso que el veredicto se ajuste a la ley y a las pruebas aducidas, sin tomar en cuenta la torrentosa fraseología de los abogados defensores". (1). Después de cinco horas de deliberación el jurado pronunció veredicto condenatorio contra Watkins, pero recomendó clemencia al juez. Este le impuso multa de \$ 1.500 advirtiéndole que lo castigaba levemente porque con su condena quedaba vindicada la justicia. "Se asombrará la piadosa gente de nuestra costa atlántica", dijo el **Alta California**, "al saber que en San Francisco se ha hecho, para vergüenza de esas ciudades, lo que nunca han podido hacer Nueva York ni Nueva Orleans". (2).

El juicio del Capitán Davis se abrió una semana después, pero el fiscal, por falta de pruebas que presentar al jurado, declaró que desistía de la acusación. Y a la semana siguiente Frederick Emory, el secretario de estado de Walker, al ser instruido de cargos, se confesó culpable. Igual que a Watkins, se le impuso multa de \$ 1.500. (3). Al otro día el juez dictó auto de segura y formal prisión contra Watkins y Emory ordenando al jefe de policía federal encarcelarlos hasta que hicieran efectiva la multa; se les buscó pero no aparecieron por ninguna parte. Al día siguiente sí fueron hallados y conducidos ante el Juez Hoffman. Declararon no tener por el momento con qué pagar, pero que lo harían en cuanto no más pudieran. Hoffman les prometió dejarlos en libertad si se declaraban insolventes; al rehusarse ellos, el juez dijo que estudiaría el caso. Y ahí terminó todo.

Con el arresto y condena de los dos más conocidos cómplices de Walker, el derrumbe de la República de Sonora

[1] Ogden Hoffman, el juez, fue nombrado en Nueva York y tenía menos de treinta años cuando ocupó ese cargo judicial.

[2] **Alta California**, 24 de marzo de 1854.

[3] **Alta California**, 4 y 11 de abril de 1854.

parecía sólo cuestión de pocas semanas, de modo que el interés en la empresa decayó visiblemente. En el interín, el Conde de Raousset, a quien vimos escapar a la ira de Santa Ana, apareció otra vez en escena. Cuando ya comenzaba el francés a verlo todo negro porque pensaba que nunca más podría regresar a Sonora, la ocasión se le presentó propicia y de improviso gracias a Walker y sus compañeros. La invasión a Baja California por una banda armada de americanos puso a Santa Ana entre la espada y la pared; debía escoger entre los filibusteros franceses y los americanos. De los dos males se decidió por el primero. Autorizó al cónsul mexicano en San Francisco, Luis del Valle, a enviar sin tardanza tres mil franceses a Guaymas. Del Valle, naturalmente, se abocó con Dillon, cónsul francés, quien en el acto se puso en comunicación con su compatriota el filibustero Conde de Raousset. Para ese abatido aventurero aquello fue una fruta caída del árbol de la felicidad. Inmediatamente comenzaron él y Dillon a enrolar gente. En la oficina del consulado mexicano se inscribieron cerca de ochocientos hombres de los mil que en un anuncio puesto el 12 de marzo en un periódico decía necesitar. Contratóse el barco inglés **Challenge** para llevarlos a Guaymas. Pero en el preciso momento en que De Raousset empezara a ver el sol claro, el Gobierno Federal derribó otra vez de un manotazo todos sus planes. El 23 de marzo, a petición del General Wool, el **Challenge** fue detenido por el administrador de la aduana en razón de llevar mayor número de pasajeros del que la ley le autorizaba. Violar esa ley era cosa rutinaria, los armadores lo hacían los más días, y su repentina invocación en tan críticos momentos era un simple subterfugio. (1). Al cabo de seis días el barco fue embargado, y el cónsul de México arrestado a solicitud de dos franceses, Cavallier y Chauviteau, quienes decían haber contratado con Del Valle el transporte de los hombres a México a razón de cuarenta y dos dólares por persona. Fue **vox populi** que el gobierno había prometido a

---

(1) El **Challenge** tenía autorización de llevar sólo 250 pasajeros, pero en su lista aparecían casi 800. **Alta California**, 23 de 1854.

estos hombres dejar zarpar el barco si declaraban en contra del cónsul, y dio verosimilitud al rumor el hecho de que el 2 de abril se autorizara su salida con 350 pasajeros sin ponerse ningún obstáculo. (1). El 5 de abril el cónsul de México fue acusado ante un tribunal federal de infringir la ley de neutralidad, y cuando unos días más tarde se vio su caso sus abogados objetaron la jurisdicción del tribunal; (2) pero su alegato fue declarado improcedente. El juicio adquirió mayor notoriedad cuando los abogados de Del Valle emplazaron al cónsul francés como testigo del acusado. A la fiscalía del gobierno le hubiera gustado hacerlo comparecer como testigo de cargo, pero el tratado concertado el 23 de febrero de 1853 entre Estados Unidos y Francia estipulaba que los cónsules de uno y otro país eran inmunes a procesos obligatorios. El fiscal del estado, por tanto, se limitó a invitarlo a comparecer, a lo cual se negó Dillon. Entre tanto, los abogados de Del Valle reclamaron para su cliente el derecho constitucional del acusado a ser careado con los testigos, y la corte sostuvo su alegato declarando que los tratados debían ajustarse a la Constitución. El 25 de abril salió de la corte el jefe de policía con orden de aprehensión para Dillon, a quien se la entregó en el Consulado de Francia. Allí se encontró con que cerca de dos mil acalorados franceses rodeaban la casa. Después de discutir un rato Dillon accedió a acompañar al jefe de policía a la corte, aunque bajo protesta oficial, y cuando ambos salían de la casa consular, la multitud hizo un movimiento como de querer rescatar a su paisano. El cónsul, sin embargo, les habló calmadamente apaciguándolos y les agradeció su demostración de simpatía asegurándoles que sabría cumplir con su deber. Al entrar en la sala de justicia volvió a protestar en su carácter oficial

- 
- [1] **Alta California**, 3 de abril, y 1 de mayo de 1854. Más tarde Wool declaró bajo juramento en el juicio contra Dillon, que él permitió zarpar al **Challenge** sólo porque el cónsul francés le juró por su honor y el de su patria que los pasajeros eran colonos. **Alta California**, 25 de mayo de 1854.
- [2] Alegaron que la Constitución de Estados Unidos hacía de la Corte Suprema la corte de jurisdicción inicial en caso que afectara a los cónsules. El Fiscal de Distrito, Inge, empero sostuvo que una ley de 1789 había fijado la jurisdicción referente a los casos consulares; el tribunal admitió su juicio.



y declaró que, basado en sus derechos, no respondería a ninguna pregunta. La cuestión de si Dillon había cometido desacato quedó para ser resuelta después por la corte, y se le permitió regresar al consulado. La multitud seguía allí; de nuevo les habló instándoles a tener calma, y les aseguró que el pueblo americano no permitiría la comisión de una injusticia; a más de que el gobierno francés estaba perfectamente capacitado para defender a sus representantes diplomáticos en el desempeño de sus deberes. Terminó pidiéndoles se regresaran a sus casas e hicieran lo posible por mantener buenas relaciones con sus convecinos americanos. Luego arrió del consulado la bandera tricolor de Francia en señal de que habían sido violadas las estipulaciones del tratado, y se negó a seguir desempeñando su cargo hasta recibir instrucciones de su gobierno. Pero como también era cónsul de Cerdeña (+) continuó actuando como tal, mirando de paso los intereses de su patria. El 20 de abril la corte falló que no consideraba desacato la actitud de Dillon. Al día siguiente el Juez Hoffman manifestó que había cometido un error al tratar de hacer comparecer a Dillon, puesto que en verdad no se le podía obligar a ello, y que era correcta la actitud del francés de atenerse a las estipulaciones del tratado. (1).

Entre tanto, el juicio del cónsul mexicano seguía su curso. Del Valle era un caballero de edad avanzada y de finos modales recién llegado a San Francisco, y que hacía sólo lo que veía hacer a otros; y tan a puertas abiertas todo ello que es dudoso supiera que estaba infringiendo la ley. Pruebas de peso indicaban que Dillon había hecho de él un instrumento suyo. Este solía expresarse en público mal de la empresa de De Raousset, y hasta había publicado un aviso en el **Echo du Pacifique**, periódico de San Francisco, manifestando que su gobierno veía con desagrado esa empresa. Alguien aconsejó

(+) En aquel tiempo la isla mediterránea de Cerdeña era un reino independiente que con otras ciudades italianas regía la Casa de Saboya. El patriota Garibaldi la incorporó después al reino de Italia. (N. del T.).

(1) Sobre esta estipulación convinieron después ambos gobiernos en que los cónsules debían siempre presentar pruebas a menos que estuviesen imposibilitados de hacerlo. House Ex., Doc., 88, 35 Cong., 1 Sess. 134.

a Del Valle que la manera más segura de desbaratar los planes de De Raousset era inducir a cuantos más se pudiera de sus partidarios a engancharse en esta nueva expedición, para de esa manera desligarlos de su viejo líder. Dillon apoyó de buen grado esta maniobra, aparentemente porque yéndose ellos, terminaría el peligro de fechorías que pudieran perturbar las armoniosas relaciones existentes entre su país y México, pero en realidad porque eso le permitiría al conde llevar sus hombres a Sonora sin costo alguno, y su líder podría ir después a juntárseles allá. (1).

Los abogados defensores hicieron hincapié en dos puntos: primero, que la expedición de Del Valle era en realidad un antídoto contra el filibusterismo, por cuanto tenía por objeto echar por tierra los planes de De Raousset; y, segundo, que aunque se violara la ley de neutralidad, ésta no era constitucional. En su alocución al jurado, el Juez Hoffman, como en el caso de Watkins, sostuvo la constitucionalidad de la ley y no demostró ninguna simpatía por el acusado. Tras quince minutos de deliberación salió el jurado pronunciando veredicto condenatorio, pero recomendó "magnánima clemencia". (2). La sentencia fue aplazada para el 29 de mayo; el Fiscal Inge pidió excusar los trámites del proceso, puesto que ya se había conseguido lo que se quería: presentar al pueblo la realidad de los hechos.

Se había acumulado en este juicio suficientes pruebas para implicar a Dillon, y basándose en ellas el 15 de mayo se le acusó de infringir la ley de neutralidad. Fue enjuiciado el 23. Su abogado leyó la protesta de su cliente contra el proceso, y después de ser aceptada como queja siguió su curso el juicio. El gobierno trató de probar que el acusado, y no el

(1) Nunca dudó el General Wool que entre Dillon y De Raousset hubiese un entendimiento, y estaba seguro de que tan pronto como el conde llegara a México uniría sus fuerzas a las de Walker. Dillon había dicho en cierta ocasión a Wool que los franceses engançados por Del Valle se naturalizarían mexicanos y se enrolarían en el ejército de ese país; en una segunda carta aseguró que todos ellos eran fanáticos republicanos y revolucionarios, y que jamás pelearían al lado de Santa Ana. House Ex. Doc., 88, 35 Cong., 1 Sess., 95 - 6.

(2) *Alta California*, 2, 6, 11, 13, 14, 25, 26, 27, y 28 de abril, de 1854.

cónsul mexicano, era el verdadero transgresor. Emplazóse a Walker y a Watkins a declarar todo lo que supieran acerca de las relaciones existentes entre Dillon y De Raousset. Ambos rehusaron testificar apelando al derecho constitucional que faculta al deponente a no incriminarse, aunque Watkins declaró haber estado presente en conversaciones sostenidas entre Walker y el conde. Edmund Randolph, aquel gran amigo de Walker, fue citado por el abogado defensor a declarar, y lo hizo en favor de Dillon. (1). El jurado, al cabo de seis horas de deliberación, manifestó no haber podido llegar a un acuerdo; diez de sus miembros votaron por la condena, y dos por la absolución. Pocos días después el fiscal anunció que optaba por levantar la acusación, con lo cual se dio por desestimado el cargo. (2). Los californianos calificaron de mascarada política el juicio entablado contra los dos cónsules, dado que, dijeron, sólo tenía por objeto exaltar el chauvinismo americano y promover las aspiraciones del General Wool, de quien se rumoraba tenía puestos los ojos en el sillón presidencial. (3). El Coronel E. D. Baker, abogado muy capaz que defendió a Dillon, dirigiéndose al jurado preguntó por qué el fiscal había dejado partir a Walker a plena luz del día, y sólo después que éste hubo fracasado y que el filibusterismo perdiera popularidad atacaba a los extranjeros. El **Alta California** editorializó diciendo que no era temor al filibusterismo lo que motivaba las acusaciones, sino el deseo de notoriedad o de sentir una afectuosa palmadita en la espalda dada por alguno de los "pejes gordos" de Washington; o que tal vez como resultado de la tolvanera que con ello se esperaba levantar, alguien estuviera tratando de alcanzar el poder. (4).

En la noche del día en que se abrió a pruebas el juicio de Dillon, el Conde de Raousset-Boulbon, la verdadera piedra del

(1) Dice Hittell en su **History of California** que el arresto de los cónsules fue obra del partido esclavista que quería a Sonora para sí. Las pruebas sin embargo, demuestran que esta afirmación es errónea. Randolph era un ferviente esclavista, amigo de De Raousset, y testigo favorable a Dillon.

(2) **Alta California**, abril y mayo de 1854; **Annals of San Francisco**, por Soulé, Págs. 531 - 35.

(3) **Les Français en California**, por Lévy, Págs. 148 - 55.

(4) **Alta California**, 27 de mayo de 1854.

escándolo, saltó sigilosamente en una pequeña goleta con ocho hombres y buena cantidad de pertrechos para ir a juntarse a los franceses que unas semanas antes habían zarpado en el **Challenge**. La partida del francés fue tal vez de provecho para Dillon, ya que su declaración podía perjudicarlo; y es que si se hubiera quedado muchos días en California el General Wool lo habría arrestado. Tras de naufragar en la isla Margarita, frente a las costa de Baja California, y de sufrir otras desventuras, desembarcó por fin cerca de Guaymas en los últimos días de junio, y de noche entró a hurtadillas a la población. Sólo unos pocos franceses de los que le habían precedido aprobaron su plan de tomarse Guaymas, hacerse fuertes allí y esperar la llegada de refuerzos de California. Decepcionado de sus paisanos trató de ganarse a Yáñez, jefe de la guarnición, instándole a incorporarse a una revolución que se fraguaba contra Santa Ana. El taimado mexicano fingió gran interés, pero sólo para sonsacarle sus planes y caerle luego encima a los franceses. El conde, advertido de la falsía, envió un ultimátum a Yáñez exigiéndole la entrega de dos cañones para protección de los suyos, y de tres comerciantes de Guaymas en calidad de rehenes. La pretensión, por supuesto, fue rechazada. Desde días atrás venía picándole a los franceses la gana de pelear, y ya su líder no pudo contenerlos más. Formó su batallón y los enardeció con esta retumbante arenga: "Vuestra victoria de Guaymas será el gallardete de vuestra victoria de Hermosillo". Sus hombres respondieron con gritos de "**¡Vive la France!**" Atacaron en seguida el cuartel donde los mexicanos en gran número y con artillería se defendían detrás de gruesas paredes de adobe. Los atacantes fueron recibidos con nutrido fuego y ya estaban a punto de retroceder cuando el propio De Raousset, a la cabeza de ellos, se lanzó al asalto. Sólo un puñado de hombres lo siguió. Parecía que buscaba la muerte; las balas le arrancaron pedazos de sombrero y de chaqueta; hasta las bayonetas le rasgaron su camisa de lana, pero unas y otras respetaron su persona. Tan pocos le seguían que tuvo que recejar. En las calles logró rehacer un grupo de cincuenta y les pidió en vano lanzar otra embestida.

Todos pretextaron algo, los más decían no tener balas. Algunos fueron a refugiarse al consulado francés, y el resto, desfallecido ya el espíritu, lo siguió entonces como recua. De último entró el que acababa de ser su líder. El combate duró tres horas y dejó unos sesenta muertos; el número de éstos fue por ambas partes casi igual. Los franceses tuvieron sesenta heridos y los mexicanos el doble. Joseph Calvo, el vice-cónsul de Francia, prometió protección a todo aquel que se acogiera a su bandera, pero estuvo dudando un rato si amparar o no a De Raousset. Ofrecióle a éste facilidades para huir, pero las rechazó reclamando la protección de la bandera de su patria. Fue arrestado junto con sus compatriotas, y el 10 de agosto, ante un consejo de guerra, se le acusó de instigar una conspiración y rebelión armada. Los testigos de cargo fueron sus propios hombres, y todos, con una sola excepción, trataron de salvarse volviéndose contra él. El vice-cónsul negó haberle prometido protección, y De Raousset fue condenado a muerte. En las primeras horas de la mañana del 12 fue fusilado; idéntico fin al de muchos otros líderes filibusteros. Sus partidarios fueron perdonados. Algunos regresaron a California, y los demás se marcharon a la América del Sur o se quedaron en México. (1).

Apenas se supo la noticia en California el Cónsul Dillon publicó una larga carta supuestamente escrita por De Raousset el 19 de mayo de 1854, víspera de su partida a Guaymas. (2). La carta absuelve a Dillon de toda complicidad en los planes del aventurero, pero no puede uno menos de preguntarse por qué el cónsul no la dio a conocer cuando se le procesaba. El hecho de que no la hubiera sacado a luz sino hasta después de la muerte de su autor arroja sospechas sobre su autenticidad.

La cuestión de la comparecencia obligatoria del cónsul como testigo produjo desde luego un intercambio de notas

(1) *Le Drame de Sonora*, por Lambertie, Págs. 102 - 6; *California*, por Hittell, Págs. 741 - 55.

(2) *Alta California*, 24 de septiembre de 1854.

entre los gobiernos de París y Washington. El gobierno americano terminó lamentando "que lo ocurrido hubiera alterado, aunque sólo momentáneamente, las buenas relaciones entre ambos países", y expresó su deseo de dar completas satisfacciones. (1). Se convino en que el primer barco de guerra francés que entrara al puerto de San Francisco sería saludado con veintiún cañonazos; hasta el 30 de noviembre de 1855 se presentó la oportunidad de llevar a efecto el desagravio oficial. A las dos de la tarde de ese día el barco de guerra francés **Embuscade**, que había aportado y fondeado cerca de la fragata americana **Independence**, recibió el saludo de veintiún cañonazos disparados por este barco y también de otros veintiuno por la guarnición terrestre de El Presidio. Simultáneamente se volvía a izar en el Consulado de Francia, después de dieciocho meses, la bandera tricolor de la nación. A los franceses de la ciudad se les había participado lo que iba a ocurrir, de manera que todos acudieron a presenciar el acto en el consulado. Al ser izados los colores su entusiasmo rayó casi en delirio. Dillon habló ante el gentío con palabras de cortesía untuosa para Estados Unidos en general y para California en particular. A esto siguió una recepción en el consulado a la que asistieron muchos destacados ciudadanos americanos, incluso el Juez Hoffman; todos felicitaron al cónsul. Con el risueño final de este incidente el filibusterismo francés pasó a la historia.

El interés demostrado por los diplomáticos franceses en estos planes de colonización de México originó el rumor de que Luis Napoleón sancionaba por debajo de cuerda las expediciones. (1). Créase que el Gobierno de Francia, de tener éxito cualquiera de estas aventuras, inmediatamente la respaldaría. El apoyo que aquel monarca dio más tarde a Maximiliano (+) trajo a la memoria de muchos las primeras tentativas francesas y confirmó las sospechas de que el ambicioso Bonaparte estaba detrás de todo aquello.

(1) El **Herald**, diario neoyorquino, expresa tal opinión en su número del 4 de agosto de 1856.

(+) Archiduque de Austria, y Emperador de México en donde fue fusilado en 1867. (N. del T.).

En el curso del proceso de Dillon el tribunal federal entabló acusación contra William Walker y sus secretarios de guerra y de Marina John M. Jarnigan y Howard A. Snow. Walker fue instruido de cargos el 2 de junio; se declaró inocente alegando que sólo hasta después de haber salido de la jurisdicción territorial de Estados Unidos se había dado carácter militar a la expedición. (1), Edmund Randolph fue su defensor. No se arrestó entonces a Walker por considerársele todavía en libertad bajo palabra, pero una vez enjuiciado tuvo que rendir fianza. Debido a la ausencia, primero de Frederick Emory, testigo principal, y después del Juez Hoffman que se encontraba en el Este del país, el caso no se vio sino hasta en octubre. (2). Randolph y Benham, abogados de Walker, recurrieron a la misma táctica empleada por otros en el proceso de Dillon y Del Valle, insistiendo en que se hiciera comparecer a Dillon. El Juez J. S. K. Ogier (3) se negó a hacer tal cosa, pero sí lo invitó a comparecer "si lo tenía a bien". El cónsul respondió que "apremiantes razones de fuerza mayor" le impedían aceptar la invitación, pero insinuaba que podía testificar acerca de su absoluto desconocimiento de todo lo relacionado, ya fuera en pro o en contra, con las actividades del acusado. Y se abrió a pruebas el juicio. Es interesante observar que el primer testigo de cargo fuera Henry A. Crabb, originario de Nashville y discípulo de Walker. Era un prominente político del partido Whig (+) y miembro del senado estatal. Su declaración no aportó nada que valiera la pena, y si se da cuenta de ello es sólo porqué más tarde Crabb también invadiría México, como antes lo hiciera Walker.

Walker, como abogado que era, actuó como tal en su propia defensa, y al presentar a su testigo dijo: "En defensa de los cargos que se me imputan, caballeros del jurado, voy

(1) *Alta California*, 27 de mayo y 3 de junio de 1854.

(2) *Alta California*, 7 de junio y 16 de octubre de 1854.

(3) El Juez Federal Ogier era nativo de Carolina del Sur, pero vivió en Nueva Orleans antes de irse a California.

(+) Partido centralista (1836 - 1856) predecesor del actual partido republicano. (N. del T.).

a probar que al salir de este puerto mi propósito era desembarcar en Guaymas y de allí continuar por tierra a la frontera México-americana, y probaré asimismo que fue solo hasta que estuvimos en alta mar y fuera ya de los límites jurisdiccionales de Estados Unidos que se cambió de idea, decidiéndose entonces desembarcar en La Paz; y también que antes de esto yo no tenía intenciones de ir ni desembarcar allí en son de guerra". Los argumentos aducidos por el defensor fueron del mismo corte de los esgrimidos en el proceso de Watkins. Benham impugnó la constitucionalidad de la ley de neutralidad y alegó que si la invasión fue un ataque al pueblo de México tal delito debía ser castigado por ese país y no por otro. Si Walker concibió en alta mar la idea de hacer la guerra a México, el jurado norteamericano no podía tocarle un dedo. Mientras hablaba Benham, el Cónsul Dillon y el Almirante Despointes, al mando de la escuadra francesa visitante, entraron al recinto y ocuparon asientos en el foro. Randolph, quien siguió a Benham en el uso de la palabra, aprovechó hábilmente la oportunidad para decir que al haberse negado el cónsul a declarar, aun cuando podía venir a presenciar el juicio como bien podía verse, se había privado al acusado de sus derechos constitucionales. El alegato de Walker en su descargo fue por cierto de gran interés. Si pues a ninguno de los franceses que invadieron México, dijo, se le había procesado, ¿por qué el gobierno se volvía contra él únicamente? Relató a continuación algunos pasajes de su estadía en Guaymas, diciendo, entre otras cosas, que la gente de allá le pidió que regresara, y pensaba complacerlos. Fue, sin embargo, debido a la ingerencia gubernamental, que se vio en el mar con sólo cuarenta y cinco hombres, y con tan reducido número tuvo que desembarcar en una región escasamente poblada y protegerse bajo una bandera improvisada. Lo único que a él y a sus hombres les alentó en la terrible marcha a través del desierto fue la convicción de que de su parte estaban el derecho y el humanitarismo. Albergaba en su pecho, siguió diciendo, la espe-



ranza de emular a los "peregrinos" del **Mayflower** (+) rescatando a Sonora de mano de los salvajes para convertir esa región en un lugar civilizado. Inge, el fiscal, se burló del humanitarismo del filibustero, y afirmó que aun cuando su intención hubiese sido ir a México a proteger a sus habitantes contra las depredaciones de los indios, la expedición era una flagrante violación de la ley; sostuvo la constitucionalidad de ésta y citó, como precedentes, las condenas de Watkins y de Emory. Las palabras del Juez Ogier fueron de matiz casi idéntico a las del Juez Hoffman en los casos anteriores, con la diferencia de que se dedicó primero a recapitular las pruebas. Esto provocó la objeción de Walker, quien alegó que la constitución del estado de California prohibía a los jueces recalcar los hechos. Ogier replicó que tal artículo era aplicable sólo a los tribunales del estado. Cuando el juez terminó de hablar, Walker hizo algunos reparos. El jurado, tras una deliberación de ocho minutos solamente, pronunció veredicto absolutorio. (1).

Con la exculpación del más destacado de los filibusteros el gobierno encarpetó los casos contra los otros de menor valer; había lanzado su último dardo con un mínimo de éxito. Curiosa en verdad fue la labor de estos tribunales. Condenaron al ingenuo cónsul mexicano cuyo gran delito había sido sacarle a otro las castañas del fuego; no se pusieron de acuerdo en la cuestión de Dillon, sumo sacerdote del filibusterismo francés; condenaron a Watkins, agente de Walker y, en cambio, habían absuelto al propio Walker, principal exponente de todos los filibusteros. . .

En cuanto al General Wool, promotor del arresto de filibusteros y de cónsules, no quedó bien con los filibusteros y desde luego no lo elogiaron los antagonistas de ellos. Estos mismos creían que el general jugaba su propia carta política. Jefferson Davis, aunque encantado de la "cordial coopera-

(1) Barco que en 1620 llevó a un grupo de familias inglesas puritanas, que se llamaron "peregrinos", a territorio que hoy es parte de Estados Unidos. (N. del T.).

(1) **Alta California**, 19 y 20 de octubre de 1854.

ción prestada por Wool a la Secretaría de Guerra", le dio a entender muy claramente que no debía usurpar las funciones de las autoridades civiles provocando arrestos y procesamientos por leves fechorías. (1). El periódico **Unión**, de Washington, órgano del gobierno, criticó igualmente a Wool por no haberse dedicado por entero a los problemas de orden civil y local de San Francisco, en los mismísimos momentos en que en las praderas americanas los indios masacraban a los pioneros. (2). Molesto por los reproches, Wool, al igual que el Aquiles de la "Iliada", gimiendo enconado se refugió en su tienda mientras se dejaba salir impunemente a otras expediciones filibusteras. Esta actitud del marino no dejó de surtir efecto en la carrera filibustera de Walker en Nicaragua.

---

(1) House Ex. Doc. 88, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 52. Wool colificó ésto como indicación de censura a su proceder, por lo que escribió una larga aclaración y defensa. El 18 de agosto de 1854 Davis le contestó así: "No cabe discutir aquí si la letra respalda la interpretación suya, ni tampoco si actuó o no conforme a tal interpretación, pero cuando usted recibió mi nota del 14 de abril, dándole la interpretación que pidió a esta Secretaría, debió ajustarse a ella. Puede que surjan dudas respecto del poder de que está investido el presidente para hacer valer nuestra ley de neutralidad, y de la facultad que tenga para conferir autoridad con ese objeto a los militares. Esta ley no ha sido analizada a fondo desde el punto de vista jurídico. Pero conforme al fallo de la Corte Suprema de Justicia entendiéndose que el presidente puede autorizar a un general a emplear las fuerzas bajo su mando contra los infractores de tal ley, y sin interposición de las autoridades civiles. Pero también consideraba la corte que el "alto delicado" poder debe ser ejercido cuando "el objetivo de la ley no pueda ponerse en efecto mediante el proceso o ejercicio ordinario de las autoridades civiles", y cuando, para garantizar el cumplimiento de la ley, sea necesario el empleo de fuerzas navales o militares". *Alta California*, Págs. 98 - 100.

(2) *Alta California*, 24 de diciembre de 1854.

## CAPITULO VI

### Walker como político californiano

De vuelta en California Walker no se consideró un pros-crito por haberse erigido presidente de Sonora. Reasumió su estado civil de vecino de Marysville y en el acto entró a tomar parte activa en la política local abogando por la causa de David C. Broderick, fogoso demócrata pero firme opositor de la esclavitud. Teníase a Broderick por el verdadero líder de la facción "autorizada" del partido en California, y con él estaban todos los que se oponían al dominio de los sureños en las directivas del mismo. A la facción adversa a Broderick la llamaban sus antagonistas "partido de la aduana" debido a la gran proporción de empleos gubernamentales que acaparaba; su líder era el Senador Gwin, originario de Misisipí. (1). Si las imputaciones de apóstol de la esclavitud con que se le designaba hubieran sido ciertas, Walker habría figurado en las huestes de Gwin; es por tanto significativo que lo encontremos militando bajo la bandera contraria. No había por ese tiempo, sin embargo, una bien definida división ideológica en la política californiana. Muchos sureños eran recalcitrantes partidarios de Broderick, el abolicionista, mientras que entre sus más acérrimos enemigos se encontraban algunos nortños. (2). Edmund Randolph, amigo de Walker, aunque frenético esclavista era al mismo tiempo partidario de Broderick.

(1) Eran tantos los de la clase media empobrecidos de Virginia que gracias a Gwin tenían empleos públicos, que chistosamente se llamaba a la aduana de San Francisco "asilo de la pobreza de Virginia".

(2) **Life of David C. Broderick**, Pág. 81, por Jeremiah Lynch. (Nueva York, 1911).

El 18 de julio de 1854 se reunió en Sacramento la Convención Democrática del Estado de California, y "Mister Walker, de Yuba", figuraba en ella como uno de los más prominentes delegados. Los miembros se congregaron en el recinto de la iglesia bautista, y cada facción, haciendo caso omiso de la otra, eligió a su propio presidente. De esa manera dieron comienzo a sus labores. Los dos presidentes se sentaron lado a lado, presentáronse mociones, decidióse sobre cuestiones de orden, y cada facción por su parte nombró directivos como si ignorara la existencia de la otra. Esto, por supuesto, creó una terrible confusión, pero como ninguno de los dos bandos cedía un ápice la baraúnda fue de todo el día. En la tarde Walker, adicto a Broderick, subió a la tribuna y comenzó a hablar en pro de la ideología de su líder. En eso un delegado hostil censuró la posición de los abolicionistas y de los que se oponían a la esclavitud en territorios que aún no tenían calidad de estado; esto caldeó los ánimos desatando una mayor gritolera. En la tremolina se produjo accidentalmente un disparo de revólver de un delegado nervioso que se palpó el arma que portaba en previsión de una emergencia. Cundió entonces el pánico y muchos delegados se tiraron por las ventanas, pero nadie resultó herido. Restablecido el orden Walker reanudó su discurso, pero los secretarios del bando opuesto lo redujeron al silencio. La convención se dispersó para reunirse al otro día en distintas salas; la facción de Broderick nombró un comité de avenencia y reconciliación del que Walker salió electo presidente; luego llegó con los demás miembros al local de los otros en misión de hacer las paces. Todas sus propuestas fueron rechazadas y hasta un airado miembro sugirió echarlo por la ventana junto con sus acompañantes. Walker era también presidente de un comité que nombraba funcionarios permanentes, y además miembro del comité encargado de formular la plataforma política, así como de redactar una exposición que se dirigiría a la democracia del estado. (1). Estos hechos demuestran que su corta carrera de filibustero en Sonora le dio

(1) Broderick and Gwin, f. 98, por James O'Meara. (San Francisco, 1881); *Alta California*, 20 de julio de 1854.

por lo menos cierto prestigio político, pues es dudoso que un hombre de carácter tan taciturno y reservado como era él hubiera sido objeto en esa sesión turbulenta de tamaño reconocimiento si no fuera por la fama que le dio su invasión a México. Digno de observarse es cómo Walker, por ser partidario de Broderick, fuera sindicado de abolicionista. Este episodio de su carrera no ha sido lo suficientemente estudiado.

La más candente cuestión política del momento era entonces el proyecto de ley Kansas-Nebraska. (+). La posición de Walker frente al problema puede verse en el siguiente artículo que bajo su firma apareció en el **Commercial Advertiser**, de San Francisco.

"Los acontecimientos están demostrando la previsión de los sureños que se opusieron al proyecto de ley Kansas-Nebraska. Esa ley viola, según opinión de muchos, promesas solemnes y compromisos vitales. Y, para empeorar las cosas, con ella el Sur pierde en vez de ganar. El Norte, para colmo, ha logrado hacer que sobre el Sur caiga la culpa de la abrogación de la transacción de Misurí, (++) y ha conseguido también el dominio del territorio, cosa que de otro modo no hubiera podido alcanzar. Algunos agitadores hicieron seguir al Sur una política de la cual ya comienza a arrepentirse. Arrebatados por las pasiones del momento, los estados esclavistas no previeron las consecuencias de la ley Kansas-Nebraska. Ahora es demasiado tarde para echar máquina atrás. El Norte tendrá a su lado a Kansas antes de que el Congreso se reúna en diciembre.

"Las consecuencias de la ley Kansas-Nebraska son otro ejemplo de la afirmación frecuentemente hecha por doctos y

- 
- (+) Rechazaba esta ley la transacción de Misurí de 1820; abría el territorio de Nebraska a la colonización por parte de pioneros sobre una base de **soberanía popular**, y disponía además que se organizaran dos territorios: Kansas y Nebraska. Douglas, autor de la ley, la creó principalmente con el objeto de facilitar la construcción de una línea férrea que llegara hasta el Pacífico. (N. del T.).
- (++) Transacción o convenio referente a la extensión de la línea fronteriza de Misurí. (N. del T.).

moderados sureños respecto de que los ultra-esclavistas son los más activos y eficaces agentes que los abolicionistas tienen en los estados del Sur. Los verdaderos amigos del Sur son los que repudian las ideas y los actos de la doctrina de Carolina del Sur y también quienes creen que la verdadera política de los estados esclavistas debe ser moderada, no extremista. Toda agitación de esclavismo, venga del Norte o del Sur, tiende únicamente a atizar las llamas del abolicionismo y a hacer de ello una cosa colosal cuando pudiera ser sólo algo desdeñable". (1).

Aquí tenemos aquella misma moderación que Walker había revelado en sus días con el **Crescent** de Nueva Orleans. Los exaltados de ambos bandos, esclavistas y abolicionistas, le merecían desprecio. Pero más tarde cambió substancialmente de ideas a este respecto. Acontecimientos que no podía él prever ni controlar le acercarán más y más a la posición extremista del partido sureño, hasta que al fin se vio plenamente identificado con los agitadores secesionistas de la extrema radical. Las ideas que Walker sostenía en 1854 difieren de las que habría de tener en 1858, pero la mayoría de los escritores ha pasado por alto esta mudanza. Ellos han leído los motivos del Walker de 1858 en sus actos del 54, y de esto surge, lógicamente una imagen falsificada.

Aparte de sus actividades políticas, Walker volvió a su vocación de periodista. Primero formó parte del cuerpo de redactores del **Democratic State Journal**, de Sacramento, fuerte bastión de los partidarios de Broderick, y después pasó a San Francisco donde editó el diario **Commercial Advertiser**. Uno de sus propietarios era Byron Cole, oriundo de Nueva Inglaterra, quien tenía sus ojos puestos en Nicaragua, y logró hacer que también Walker se interesara en ese país. Cole y Walker solían hablar de la situación de las repúblicas centroamericanas, y en esas pláticas Cole le aconsejaba abandonar su idea de volver a Sonora e interesarse en la coloni-

(1) Reproducido del **Daily Democratic State Journal**, de Sacramento, 12 de agosto de 1854.

zación americana de Nicaragua, país que le aventajaba en recursos naturales, mejor situado geográficamente, y en donde las posibilidades de éxito parecían más favorables. El **Commercial Advertiser** no era un buen negocio; Cole vendió su parte y Walker volvió al **Democratic State Journal**. Cole, entre tanto, salió para Nicaragua en una misión preñada de grandes consecuencias para William Walker.

## CAPITULO VII

### La creciente importancia de Nicaragua

No sólo a Byron Cole interesó Nicaragua vivamente en aquellos días . Desde el tratado de Guadalupe Hidalgo, suscrito en 1848 como queda anotado, la América Central venía absorbiendo cada vez más la atención de Estados Unidos. Habiéndose apenas firmado el tratado de paz se descubrió oro en California y esta parte del recién adquirido territorio fue en seguida objeto de tan rápido desarrollo que creó un nuevo problema al gobierno americano. A fin de apuntalar la integridad nacional hacía se necesario mantener una ininterrumpida línea de comunicaciones entre sectores geográficamente complementivos de Estados Unidos; cosa harto difícil por cierto en lo tocante a California en aquellos primeros años de la década de 1850. La vasta extensión de tierras baldías desplegada entre los estados del Este y la vertiente del Pacífico dividían más bien que unía a esas dos secciones del país. El largo y tedioso viaje a través de las praderas o alrededor del Cabo de Hornos —hasta allá en el extremo meridional de la América del Sur— entrañaba además grandes peligros. Así fue que, en busca de una ruta mejor, la atención de los norteamericanos cayó sobre el istmo centroamericano. Ofrecía éste dos vías de posible y rápida comunicación: a través del istmo de Panamá la una, y por Nicaragua la otra. Pronto el dinamismo norteamericano se hizo sentir en una y otra parte. En Panamá se comenzó a construir una línea férrea de conexión entre los puertos del Atlántico y del Pacífico; en Nicaragua se proyectó la construcción de un canal, pero, al darse cuenta de que esto no podía hacerse de inmediato, se planeó el establecimiento de una



línea de vapores que navegando el Río San Juan y el Lago de Nicaragua llevara a los pasajeros por agua a través del istmo con la excepción de un trayecto de doce millas por tierra. Ambas rutas tuvieron buena acogida, y de las minas de oro californianas iban y venían correntadas de gente dinámica y desaprensiva. Muchos de los que atravesaban el territorio nicaragüense caían bajo el embrujo de su lujuriente vegetación y mágicos paisajes, y no podían dejar de observar el ínfimo provecho que sus habitantes obtenían de los pródigos dones de la naturaleza. Para su población mestiza no tenían los americanos más que desprecio, y especialmente los que regresaban de California donde habían aprendido a hacer ascos de todo "grasiento". En muchos casos, esa reacción no sólo nacía de un simple prejuicio racial, sino también de que como las perennes revoluciones hispanoamericanas causaban muchos trastornos a los pasajeros en tránsito, éstos deseaban que Estados Unidos interpusiera su mano fuerte para implantar la ley y el orden en el istmo. De que tarde o temprano esto tendría que suceder, ningún americano de entonces lo dudaba, pues en esos días la creencia en el "destino manifiesto" de Estados Unidos era más firme y el hambre de tierras de su gente más canina que nunca. En los últimos cincuenta años habían devorado todas las tierras situadas al Oeste del Misisipí, y con el comer se les había hecho más voraz el apetito.

Pero también otra hambrienta potencia se alertó al ver el creciente interés de Estados Unidos en la América Central. Sagaces estadistas ingleses previeron que de la guerra con México, Estados Unidos tapiscaría nuevos y extensos territorios de la costa del Pacífico, y que si Estados Unidos obtenía rápida y fácil comunicación entre el Este y el Oeste, la hegemonía americana se impondría en aquel océano. Temerosa de perder la supremacía comercial en el Oriente, Gran Bretaña comenzó a poner toda clase de obstáculos a la comunicación interoceánica de Estados Unidos. En esa época la única factible ruta canalera parecía ser a través de Nicaragua sirviéndose del Río San Juan y del Lago de Nicaragua. En

vista de ello, el 17 de febrero de 1848 Gran Bretaña resolvió apoderarse del puerto de San Juan del Norte que domina la desembocadura del río, alegando estar el puerto comprendido dentro de los límites territoriales de la Costa Mosquitia, protectorado británico. La manera de cómo la Gran Bretaña logró intrusarse allí se dará a conocer más adelante. Sabíase que el territorio nicaragüense llamado de la Mosquitia se extendía desde Cabo de Gracias a Dios bajando por el Sur hasta Bluefields, de modo que el pretender extenderlo hasta la desembocadura del Río San Juan fue considerado en Estados Unidos como un peregrino pretexto para evitar que este país construyera el canal. No otra explicación podía tener la actitud inglesa, pues si olvidamos su situación geográfica, el pobladito de San Juan del Norte era uno de los más tristes lugares del mundo. Los viajeros de entonces lo describen como un caserío de cincuenta o sesenta ranchos pajizos con una población de aproximadamente trescientos habitantes de toda la gama pigmentaria, pero sobre todo de negros jamaicanos, con unos cuantos criollos nicaragüenses y uno que otro europeo. Algunos eran fugitivos de la justicia, y contábanse con los dedos los propietarios de algo, o que tuvieran medios de vida conocidos. La sola importancia del lugar consistía en ser el único puerto del Atlántico, y también el único punto de su costa oriental apropiado para ser puerto terminal de un futuro canal. (1).

Ante los ojos de los americanos la ocupación de este puerto era una evidente violación de la Doctrina Monroe, y fue causa de largas negociaciones diplomáticas que terminaron de manera temporal en 1850 con la firma del tratado Clayton-Bulwer. Comprometíanse en él ambas potencias a unirse para construir un canal a través de Nicaragua, sobre el cual ninguna de las dos ejercería control exclusivo, y más todavía:

(1) *Nicaragua, sus Gentes y Paisajes*, Págs. 33 - 6, por E. G. Squier. (Editorial EDUCA, San José, Costa Rica, 1970); *British States Papers*, XLVI., 868. Laurence Oliphant, viajero y periodista inglés, dejó su impresión contemporánea escribiendo esto: "Por grande que sea la experiencia del viajero en cuanto a pueblitos morriñosos, San Juan del Norte perdurará en la memoria como uno de sus más sombríos y melancólicos recuerdos". *Patriots and Filibusters*, Pág. 191. (Edinburgo, 1860).

ni Estados Unidos ni Gran Bretaña asumirían ni tampoco ejercerían dominio sobre ninguna parte de la América Central. Sin embargo, pocos días antes del cambio de ratificaciones, Sir Henry Bulwer notificó a Mr. Clayton, Secretario de Estado de Estados Unidos, que, según su criterio, el tratado no obligaba a Gran Bretaña al renunciamiento de ninguna de sus actuales dependencias territoriales. Clayton aceptó esa interpretación, y Gran Bretaña no sólo creyó conveniente mantener su protectorado sobre la Costa Mosquitia sino también su arbitraria demarcación de los límites territoriales de esta región. San Juan del Norte fue rebautizado Greytown (+) y declarado puerto libre; alegaba su independencia basándose en una concesión de tierras otorgada por el rey miskito. Su plan de arbitrios municipal, derechos de portazgo, y aranceles aduaneros los establecían el alcalde y los concejales, simples criaturas del cónsul inglés todas ellas. (1). Este era prácticamente un dictador allí.

En 1851 este libre, soberano e independiente "Estado de Greytown" quiso cobrar derecho de portazgo a los vapores de la Compañía Accesoria del Tránsito, corporación que llevaba pasajeros y carga entre los puertos del Atlántico y del Pacífico de Estados Unidos por la vía de Nicaragua. Cierta vez, al rehusarse la compañía a pagar, un barco de guerra británico hizo fuego sobre el **Prometheus**, uno de sus vapores. Frente al puerto, en una bajura arenosa llamada Punta de Castilla (y también Punta Arenas) la compañía había construido casas para sus empleados, así como muelles, tiendas y bodegas para abastecer a sus vapores y proveer a los pasajeros de todo lo que pudiesen necesitar. El municipio del puerto protestó alegando que ese terreno estaba comprendido dentro de sus límites, y que la ciudadanía pedía fuesen las tiendas trasladadas a San Juan del Norte (Greytown, se empeñaban en decir) para poder comerciar

(+) A San Juan del Norte le pusieron los ingleses Greytown en honor de Sir Charles Grey, Gobernador de Jamaica, por orden del rey de Inglaterra, el 8 de diciembre de 1847, y con este nombre figuró durante medio siglo en libros y mapas ingleses y norteamericanos. (N. del T.).

(1) Senate Ex. Doc., 8, 33 Cong., 1 Sess., *American Whig Review*, V. 191.

ellos también con los pasajeros en tránsito. La compañía no hizo caso. Entonces una turba cruzó la bahía y destruyó parte de la propiedad americana, y además rompió y pisoteó la bandera de Estados Unidos. Después de este incidente San Juan del Norte fue boicoteado por todo individuo relacionado con la Compañía del Tránsito, (1) lo cual no hizo otra cosa que empeorar la situación. El 3 de febrero de 1853 el municipio ordenó a la compañía demoler en el término de cinco días ciertos edificios recién construidos por ella, y desocupar ese trecho, puesto que, decía, era propiedad del puerto y lo necesitaba. Como antes, la compañía desoyó la orden y pidió protección a un barco de guerra americano surto en la bahía. Las autoridades porteñas enviaron un bote con gente armada para hacer cumplir las órdenes del municipio; pero al desembarcar se encontraron con que había marinos americanos resguardando la propiedad. De ahí en adelante los americanos que bajaban al puerto eran objeto de insultos y ataques de la chusma. (2). Y las cosas empeoraron día a día. El 15 de mayo de 1854 empleados de la compañía persiguieron a través de la bahía a unos rateros sorprendidos infraganti saqueando las bodegas, y lograron coger a uno en el momento de pisar la costa del puertecito. Un grupo de porteños armados corrió a rescatarlo haciendo huir a los perseguidores. Al día siguiente una partida armada de aquéllos cruzó la bahía de San Juan del Norte, prendió al empleado que había intentado arrestar al ladrón, y se lo llevó preso. El representante de la compañía Joseph Scott, se fue detrás del grupo con el fin de servir de fiador a su empleado, pero él también quedó detenido.

El 16 de mayo bajaba por el San Juan el vapor de río **Routh** trayendo a bordo a Mr. Solon Borland, el ministro americano. En este viaje, el capitán del barco, un tal Smith, tuvo un altercado con un negro y lo mató de un tiro. Al llegar a Punta de Castilla el **Routh** se apareó al vapor oceánico **Northern Light** para transbordar sus pasajeros, y estando en

(1) *British State Papers*, XLIII., 207.

(2) *British State Papers*, XLVII. Págs. 1006 y siguientes.

esta operación arribó un bongo con treinta negros jamaicanos y un jefe de policía quien dijo llegaba en misión de arrestar al capitán. Este se armó de un revólver y se dispuso a pelear. Apareció en eso el Ministro Borland quien hizo saber a los negros que el gobierno de Estados Unidos nunca había reconocido derecho a las autoridades de San Juan del Norte para arrestar a ciudadanos americanos, y les ordenó retirarse. Algunos negros quisieron abordar el barco esgrimiendo sus armas, pero Borland, empuñando un revólver desde la barandilla les dijo que el que abordara el barco se moría. Su actitud surtió el efecto deseado, y el bongo se volvió a San Juan del Norte. Esa noche bajó Borland en un bote de remos a visitar al agente comercial de Estados Unidos en San Juan del Norte, Joseph W. Fabens. Estando de visita una turba rodeó la casa, y su líder, un negro, declaró que llegaba a arrestar al ministro americano. Borland quiso hablarles pero le lanzaron un botellazo cortándole la cara. Le tuvieron encorralado en la casa toda la noche, y cuando en la mañana unos hombres del **Northern Light** llegaron en botes a rescatarlo, fueron recibidos a tiros y no los dejaron desembarcar. En la mañana siguiente los negros se habían calmado y permitieron a Borland volver al barco; de regreso en Estados Unidos expuso el caso ante el Secretario de Estado Mr. Marcy.

El Secretario tomó cartas en el peliagudo asunto. Al día siguiente del ataque a Borland todos los funcionarios de San Juan del Norte renunciaron a sus cargos, quedando el puerto con una municipalidad que lo era casi sólo de nombre. No había allí autoridades de quienes obtener reparaciones ni que pudieran castigar a los culpables del ultraje. Y hasta algunos cabecillas, sacudiéndose las moscas, huyeron a Jamaica. La corbeta de guerra **Cyane**, al mando del Capitán George H. Hollins, fue enviada a San Juan del Norte a pedir satisfacciones. Las instrucciones que llevaba Hollins eran necesariamente un tanto ambiguas; debía consultar antes con el agente comercial Fabens para enterarse objetivamente del suceso; convenía hacer ver a esa gente que Estados

Unidos no se encogerían de hombros ante la indignidad cometida, pero también era de desearse que se les escarmen-tara sin tener que destruir la propiedad ni suprimir vidas. El Departamento de Estado, sin embargo, dejaba todo a la prudencia y buen juicio de Hollins.

Fabens recibió entre tanto despachos del Departamento de Estado ordenándole hacer saber al pueblo de San Juan del Norte que el gobierno americano exigía la restitución o pago de la propiedad robada, y que en adelante debía dar protección a la Compañía Accesoría del Tránsito. En vista de que en el puerto no había un gobierno responsable, el 24 de junio el agente comercial americano publicó una advertencia. "A quienes ahora pretenden y recientemente pretendían ejercer autoridad en San Juan del Norte". El 11 de julio, después de consultar con Hollins que acababa de llegar, repitió la advertencia al pueblo y añadió que debían darse disculpas a Hollins así como suficientes garantías de futuro respeto a Estados Unidos y a sus representantes. Por toda contestación a las demandas de Fabens sólo se oyeron insolentes réplicas de unos cuantos sujetos. Estaba surto en el puerto el barco de guerra inglés **Bermuda**, lo que en opinión de los porteños era suficiente garantía contra vejámenes de un oficial americano. Poca duda queda de que el conflicto fue instigado por el cónsul británico y los omnipresentes oficiales navales.

A Hollins no le quedaba más que tomar uno de estos tres caminos: primero, callar y tragarse los insultos; segundo, zarpar sin haber cumplido su misión; y, tercero, cañonear al poblado. Este último parecía ser el único que debía tomar para que la dignidad de su patria no sufriera mengua. Así pues, el 12 de julio por la mañana intimó a los porteños que si en veinticuatro horas no se cumplían las demandas de Fabens cañonearía el puerto. El vice-cónsul británico y el Teniente de Navío Jolly, del **Bermuda**, protestaron; este último manifestó que "siendo la fuerza bajo mi mando totalmente inadecuada para oponérsela al buque de guerra

**Cyane**, no puedo más que dejar constancia de mi protesta''. Hollins respondió que lamentaba ''muy de veras que la fuerza de que usted dispone no sea el doble de la del **Cyane**''. Al amanecer del siguiente día Hollins envió un vapor a evacuar del puerto a todo aquel que quisiera salir, y a las nueve de la mañana comenzó el cañoneo. A las cuatro de la tarde desembarcó una fuerza a completar la destrucción arrasando con las llamas lo que aún quedaba en pie. Prácticamente todo lo de ese desdichado lugar fue destruido; sólo una casa respetaron los cañones y las llamas: la de un francés que había protestado por las fechorías de los porteños. Pero no hubo pérdidas de vidas. (1). Fue un deplorable espectáculo el ver a una gran república volarle metralla a los miserables ranchos de esos delincuentes, en tanto que los verdaderos ofensores de su dignidad observaban plácidamente sentados bajo los protectores pliegues del pabellón militar de la Gran Bretaña. Fue un castigo que sufrió también mucha gente inocente; pagaron justos por pecadores. Más justicia hubiera sido volver los cañones del **Cyane** sobre los instigadores de todo eso.

La Gran Bretaña mantuvo hasta 1894 su reclamo de protectorado legal sobre la Costa Mosquitia. (2). Los hechos relacionados con este caso han sido descritos con todos sus detalles a fin de dar a conocer la causa de la antipatía que el pueblo americano demostró ante la agresión británica a la América Central. Esta animosidad contra Inglaterra se reflejó en la actitud que muchos norteamericanos tomaron al aparecer Walker en el escenario nicaragüense. Cuando él llegó a ese país los hechos acabados de narrar estaban aún frescos en la memoria de aquellos hombres, de suerte que cualquier movimiento tendiente a refrenar las pretensiones de Gran Bretaña en el istmo tenía que encontrar cierto apoyo en todo Estados Unidos.

(1) **British State Papers**, XLVI., Págs. 859 - 88.

(2) Para estudiar la controversia entre la Gran Bretaña y Estados Unidos, véase **History of the Clayton-Bulwer Treaty**, por I. B. Travis, (Ann Arbor, 1900); y **Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine**, por E. M. Keasby (Nueva York, 1896).

A pesar de la intriga y la arrogancia inglesas, la influencia americana en Nicaragua no era pequeña que se diga. Fue, no obstante, la dinámica del capitalismo americano, no la diplomacia, la que se impuso. Se ha señalado la importancia que Nicaragua adquirió ante los ojos de Estados Unidos como consecuencia de la guerra México-americana y del descubrimiento de las minas de oro en California. Con la primera avalancha de aventureros hacia los campos auríferos el tema de un canal interoceánico despertó gran interés. El principal promotor del proyecto canalero fue Cornelius Vanderbilt, el más grande capitán de industrias de aquellos tiempos. La compañía de vapores americana Pacific Mail Steamship Company tenía por entonces el monopolio del servicio de transporte del correo, carga y pasajeros a través del istmo, enviando a sus vapores de Nueva York a Colón (+) y desde Panamá a San Francisco. Habíase organizado en 1850 una compañía para construir una vía férrea a través del istmo de Panamá, la que después de enormes gastos y pérdida de vidas quedó terminada en 1855. Mientras funcionaba la compañía de Panamá, Vanderbilt y sus socios trabajaban arduamente en los planes de establecer una ruta rival a través de Nicaragua. En 1849 él, Joseph L. White y Nathaniel J. Wolfe organizaron la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company, la que firmó contrato con el gobierno de Nicaragua conforme al cual obtenía esa compañía derecho de tránsito a través del territorio nicaragüense, y el derecho exclusivo para construir el canal interoceánico. En 1850 Vanderbilt viajó a Inglaterra en busca de cooperación económica para financiar la obra; los capitalistas ingleses aceptaron en principio, pero pidieron que antes se hicieran estudios más completos que probasen su viabilidad. Realizados éstos se llegó a la conclusión de que era impracticable porque las aguas del Lago de Nicaragua eran insuficientes para una obra de tal envergadura. Se vio entonces

(+) Dábasele a este puerto en esos días el nombre de Aspinwall, en honor a uno de los ingenieros americanos William H. Aspinwall —fundador de la Pacific Mail Steamship Company— que construyeron allí la vía férrea transístmica. Este puerto fue originalmente Navy Bay, después se llamó Aspinwall y por último Colón (N. del T.).



que los cálculos estaban errados. Abandonáronse por consiguiente los planes del canal, pero Vanderbilt y sus socios americanos obtuvieron una nueva contrata a favor de otra corporación que se llamó Compañía Accesoría del Tránsito; fue ésta "un injerto en el tronco" de la American Atlantic and Pacific Ship Canal Company. La Compañía Accesoría del Tránsito obtuvo derecho de vía para cruzar el país de un océano al otro y el monopolio de navegar en vapor las aguas interiores de Nicaragua. Vanderbilt era presidente de la compañía y comenzó a hacerle fuerte competencia a la empresa naviera de Panamá. A poco de haber regresado de Inglaterra salió para Nicaragua, en donde durante varias semanas estuvo dirigiendo los sondeos del Río San Juan y del lago; este trabajo demostró que era perfectamente posible establecer una ruta para vapores desde San Juan del Norte a la ribera occidental del Lago de Nicaragua. Había él planeado primero hacer de El Realejo el puerto terminal del Pacífico, pero encontró en un lugar más conveniente un puerto que teniendo entonces otro nombre pasó a ser conocido como San Juan del Sur. (+). De allí al lago eran sólo doce millas por tierra; inmediatamente trazó planes para macadamizar el camino entre el mar y el lago. De regreso en Nueva York, despachó dos pequeños vapores de río y uno más grande para el lago. Envió además tres vapores al Pacífico, y pronto comenzó a llevar pasajeros de Nueva York a California y viceversa. Respecto de otro vapor de regular tamaño que había hecho construir para el lago, sus ingenieros le dijeron que los raudales del Río San Juan le impedirían hacerlo llegar hasta allá. Al punto Vanderbilt salió para San Juan del Norte en el vapor y, timoneándolo personalmente, remontó el río y entró al lago. En 1852 se construyeron nuevos vapores oceánicos con los cuales se inauguró otra línea marítima de Nueva Orleans a San Juan del Norte. (1).

(+) Su nombre era antes San Juan de la Concordia. (N. del T.).

(1) *Harper's Weekly*, III, Pág. 146; *A Travers l'Amérique Centrale*, Vol. II, Pág. 96, por F. Belly (París, 1867); *The Vanderbilts and the Story of their Fortune*, Pág. 43 y siguientes. (Chicago, 1886).

Los pasajeros desembarcados en San Juan del Norte remontaban el río en vaporcitos de poco calado hasta llegar al lago. Allí, en el puerto de San Carlos, tomaban en seguida vapores más grandes con cómodos camarotes para cruzar el lago hasta la bahía de La Virgen. Luego hacían un viaje de doce millas por tierra hasta San Juan del Sur, en donde abordaban el vapor que los llevaba a San Francisco. El viaje por tierra lo hacían al principio en mulas por un camino muy malo; las incomodidades eran grandes, sobre todo para las mujeres y los niños. (2). Pero en 1854, macadamizado ya todo el trayecto, entraron en servicio confortables diligencias. Estaban pintadas de azul y blanco, colores de la bandera de Nicaragua, y las tiraban cuatro mulas. Los vehículos salían en caravanas de veinticinco conduciendo a los pasajeros del último barco; detrás iban furgones con carga y equipaje. (3). Era un espectáculo digno de verse, y los paisajes de todo el camino valían también la pena.

La nueva ruta interoceánica quedó al fin terminada tras de vencer la mar de dificultades, sin ayuda de ningún gobierno y frente a la oposición de una poderosa compañía rival. Resultado de la competencia fue la rebaja del precio del pasaje entre Nueva York y San Francisco que de seiscientos dólares cayó a trescientos; esto fue un incentivo para hacer el viaje marítimo del Este al Oeste de Estados Unidos. La ruta nicaragüense acortaba la distancia en más de quinientas millas, y el promedio de tiempo ganado era de dos días. (1). Cuando la compañía alcanzó el vértice de su prosperidad llegó a transportar a través de Nicaragua dos mil americanos en un solo mes.

(2) Mrs. Alfred Hart, en su obra *Via Nicaragua: A Sketch of Travel*. (Londres, 1887), describe su viaje a través de Nicaragua cuando se inauguró la línea de tránsito. Entonces las dificultades eran muchas; los barcos del río y del lago no prestaban ninguna comodidad, y el camino de La Virgen al Pacífico era de herradura. Sin embargo, en otro viaje tres años después por la misma ruta observó que las cosas habían mejorado. Véase también *Memoirs of General William T. Sherman*, Vol. I, Pág. 94 y otras. (Nueva York, 1875).

(3) *Chronicles of the Builders of the Commonwealth*, Vol. V., por H. H. Bancroft, Págs. 386 - 95. (San Francisco, 1891).

(1) *Honduras*, Págs. 241 - 250, por E. G. Squier (Londres, 1870).

Ha sido necesario pormenorizar estos sucesos relacionados con la historia de la Compañía del Tránsito, por el estrecho contacto que tuvo con los primeros éxitos de Walker en Nicaragua, y después con su caída. La creación de esa compañía llevó la atención de los filibusteros hacia aquel país; a los servicios que les prestó debieron ellos sus triunfos logrados allá; pero, por otro lado, su hostilidad fue causa de su ruina.

## CAPITULO VIII

### La salida de "Los Inmortales"

Si queremos tener una idea clara de las circunstancias que promovieron la invasión de William Walker a Nicaragua, debemos considerar tanto la situación política reinante entonces en ese país como su importancia geográfica. Las cinco provincias de la América Central se declararon independientes de España en 1821, y en 1824 se constituyeron en república federal moldeada en la Carta Magna de Estados Unidos. La federación tuvo existencia precaria, habiéndose disuelto en 1826 para ser restablecida en 1829; mantuvo después una posición incierta de 1836 a 1840 a causa de guerras intestinas, fue luego abolida, y parcialmente restablecida en 1851, para ser definitivamente disuelta en 1852. De 1830 a 1855 el Estado de Nicaragua fue víctima de constantes revoluciones. (1).

El pueblo había vivido bajo un harto despótico régimen colonial, y nunca supo lo que era tener un gobierno propio. Por lo demás, es dudoso que población tan heterogénea hubiera podido nunca llegar a constituirse en democracia. Cálculase que la población de Nicaragua en 1850 era de unos 260.000 habitantes. La mitad eran indo-españoles, los indios puros formaban la tercera parte, la décima eran blancos, y el resto negros. (2). El común de la gente era orgulloso, ignorante, y fanático, y dado además a las banderías políticas sin auténticos principios. El prejuicio de clases jugaba un papel que sólo servía para agravar la situación. Había

(2) *Dublin Review*, XLIII., Pág. 361.

(1) *Dublin Review*, XLIII., Pág. 361.

allá dos partidos, el liberal, o demócrata, y el legitimista, o aristocrático. Puede que antes se rigieran por los principios que manifestaban propugnar, pero ya para 1850 habían degenerado en "estar arriba" o "estar abajo". También los celos locales tenían su papel en la lucha. Granada, la ciudad más importante, era el baluarte legitimista y dominaba la región del Sur que comprendía la mitad de la república; era natural, por tanto, que la ciudad rival de Granada, León, fuese el cuartel general de la facción liberal, predominante en el Norte. Cuando los liberales subían trasladaban la sede del gobierno a León; al caer, Granada volvía a ser la capital. El partido que por el momento estuviera en el poder no se contentaba con haber triunfado, tenía que desterrar en masa a los vencidos. Ninguno de los bandos vacilaba en confiscar, desterrar, y hasta asesinar, si esto parecía ser lo más eficaz para fortalecer su efímera tenencia del poder. Oponerse al régimen imperante era peligroso, y puesto que nadie se atrevía a salir a campo abierto, se veían obligados a realizar sus propósitos mediante siniestras conjuras. Quienquiera intentase cambiar el estado de cosas, aun cuando sus intenciones fuesen las más nobles, se convertía **ipso facto** en conspirador, y acaso en traidor. En un lapso de seis años Nicaragua tuvo no menos de quince presidentes, lo cual hacía mínimas las esperanzas de progreso. En 1855 la vieja generación que había vivido bajo el dominio del régimen español iba ya desapareciendo, y una nueva, amamantada en un ambiente de sangre y revoluciones, había llegado a la madurez, aunque no a la cordura.

Los desastrosos efectos de las constantes convulsiones políticas producían aterradora impresión en todos los visitantes y viajeros que llegaban al país, y nadie mejor para darse cuenta del desorden general y la desolación que los pasajeros de la Compañía Accesoria del Tránsito. Veían campos desiertos, casas abandonadas, y muros de iglesias acribillados a balazos o destruidos a cañonazos, porque hasta los templos servían de fortalezas. Al visitar los pueblos cercanos mientras esperaban la llegada del vapor encontra-

ban las plazas cerradas con trincheras y alertas centinelas gritándoles el ¿quién vive? en todas las esquinas. Y a Estados Unidos llegaban los cuentos respecto de tal situación; no es de extrañarse, pues, que Nicaragua tentase a la gente de espíritu aventurero ansiosa de fortuna y emociones.

Como ya se ha visto, uno de los americanos interesados en Nicaragua fue el amigo y socio de Walker, Byron Cole. El 15 de agosto de 1854 salió éste para San Juan del Sur en un vapor de la Compañía del Tránsito con el fin de ver qué podía hacer el dinamismo americano en Nicaragua. Iba en el mismo barco su paisano de Nueva Inglaterra, William V. Wells, nieto de Samuel Adams. (+). Este Wells viajaba como representante de la Honduras Mining Trading Company, la cual había obtenido una gran concesión de tierras en el departamento de Olancho para explotar los lavaderos de oro de allí e impulsar el intercambio comercial entre Honduras y Estados Unidos. Cole tenía también interés en la promoción de esta empresa, pero por el momento su objetivo primordial era echar un vistazo a la situación de Nicaragua. (1). Al desembarcar en San Juan del Sur los dos americanos siguieron hasta León, en donde se separaron; Wells continuó viaje a Honduras, y Cole se quedó en Nicaragua.

En esos días Nicaragua se debatía en la angustia de una de sus periódicas revoluciones, y León era, como siempre, el cuartel general del partido liberal, que en esos días estaba "abajo". Aquí es necesario hacer un alto para decir unas cuantas palabras referentes a los protagonistas nicaragüenses de esta revolución. En 1853 falleció de muerte natural el presidente en turno. De la consiguiente elección salió triunfante don Fruto Chamorro, el más de armas tomar de los legitimistas y cabeza de una muy numerosa e influyente familia de Granada. Los leoneses, naturalmente, no podían sufrir la infamia de que se escogiese a tal persona, y ésta

(+) Estadista y líder revolucionario norteamericano. Vivió de 1722 a 1803. (N. del T.).

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Págs. 17 - 54; *Walker's Expedition to Nicaragua*, Pág. 41, por William V. Wells (Nueva York, 1856).

—es decir el nuevo presidente— advirtiendo el descontento de los demócratas expatrió a sus más prominentes líderes, incluyendo a su reciente adversario en las elecciones, don Francisco Castellón. Chamorro, para asegurarse más aún la presidencia, convocó una constituyente que le prolongó, de dos años que eran a cuatro su período presidencial; e igualmente fortaleció en otras formas la jurisdicción y mando del Poder Ejecutivo. La nueva constitución, en vez de ser un medio para llevar a cabo los fines deseados, provocó otro levantamiento, con el resultado de que Castellón y sus correligionarios expatriados, que habían encontrado amparo en el régimen liberal del presidente de Honduras General Trinidad Cabañas, volvieron a Nicaragua, convocaron a sus partidarios y pusieron sitio a Chamorro en Granada. Pretexto de las hostilidades fue la constitución de 1854. Castellón y los suyos enarbolaron la legalidad de la constitución de 1838, se apellidaron demócratas y adoptaron el color rojo como emblema. Los legitimistas apoyaron la nueva constitución y tremolaron el color blanco como enseña de su partido. (1). A pesar de la ayuda prestada por el presidente Cabañas, el sitio que durante seis meses pusieron los demócratas a Granada, fracasó. Fue ese un sitio sin un método que pudiera llamarse militar, y en enero de 1855 levantaron los demócratas el campo volviéndose a León. Las cosas empeoraron aún más cuando Cabañas, que estaba a punto de romper con Guatemala, refirió de Nicaragua sus tropas dejando que los demócratas se les arreglaran solos. A sus líderes no les quedaba más que un rayo de esperanza. Estando la revuelta en su apogeo, Castellón firmó dos contratos con Byron Cole en virtud de los cuales éste llevaría a Nicaragua un contingente de americanos que sentarían plaza en el ejército democrático. El primero, firmado en los últimos meses de 1854, autorizaba a Cole a llevar trescientos hombres como soldados con sueldo mensual y donación de dos caballerías de tierras

(1) **A Travers l'Amérique Centrale**, Vol. I., Págs. 268 - 73, por F. Belly; **Blackwood's Magazine**, XLIII., Págs. 317 - 8; **Dublin Review**, XLIII., Pág. 367; **Walker's Expedition**, Pág. 314, por Wells; **Reminiscences of the "Fillbuster" War**, Cap. 3, por C. W. Doubleday (Nueva York, 1886); **La Guerra de Nicaragua**, Cap. I, por William Walker; **American Review**, Vol. VI., Págs. 337 y otras.

al terminar la campaña. Cole corrió a California y le presentó el contrato a Walker. El ojo del abogado leyó en el lenguaje del documento demasiada ligereza, ya que de actuar con arreglo al mismo se cometería una flagrante violación de la ley de neutralidad de Estados Unidos, lo cual acarrearía a los americanos involucrados en él un sin fin de dificultades de orden legal con el gobierno federal. Por tanto, rehusó firmarlo, pero sugirió a Cole volver a Nicaragua y tratar de obtener otro contrato con autorización de llevar colonizadores, y que si lo conseguía entonces sí "podría hacerse algo". (1). Cole regresó a Nicaragua y obtuvo un segundo contrato conforme al cual llevaría allá, como inmigrantes, trescientos colonos que tendrían el privilegio de portar armas permanentemente. Este documento fue firmado el 29 de diciembre de 1854 y llegó a manos de Walker en Sacramento a principios de febrero de 1855. Walker renunció inmediatamente a su trabajo en el periódico y salió para San Francisco donde se ocupó en hacer los preparativos de su segunda expedición filibustera.

El tiempo era tan propicio para una empresa de esta naturaleza que muy probablemente, aun cuando Walker no hubiera existido, Nicaragua habría sido invadida por una expedición de California. En los días que Walker se hallaba en San Francisco ocupado en su proyecto, se encontró con su viejo condiscípulo Henry Crabb, quien acababa de regresar del Este de Estados Unidos y también estaba interesado en una empresa similar a la de Walker. La misma idea se le había ocurrido a Crabb al cruzar Nicaragua en viaje a Cincinnati, y yendo de paso por los estados americanos del Atlántico logró despertar el interés de Thomas F. Fisher, de Nueva Orleans, y del Capitán C. C. Hornsby, veterano de la guerra méxico-americana. Hornsby había sido oficial mayor de la asamblea legislativa del estado de California, en la cual Crabb era representante. Estos hombres salieron juntos de Nueva Orleans en enero de 1855, y en el curso de su viaje a

(1) La Guerra de Nicaragua, Pág. 29, por William Walker.



San Juan del Norte persuadieron a Julius De Brissot a que los acompañara en la aventura. Todos ellos, a excepción de Crabb, se quedaron en Nicaragua dedicados a contratar con los líderes democráticos la llevada de americanos para el servicio militar nicaragüense. Fisher se entrevistó con el General Máximo Jerez, el líder democrático, en su campamento de Jalteva, y firmó con él un contrato para llevar quinientos hombres como soldados del ejército democrático con buena paga y donación de tierras. Hornsby y De Brissot, entre tanto, llegaban a un acuerdo con Espinosa, gobernador del departamento de Rivas, tendiente a despojar a los legitimistas del dominio del Río San Juan. En el interín se regresó Crabb a California, en donde se engolfó de tal manera en la política que pronto perdió todo interés en el asunto de Nicaragua, de modo que cuando Fisher llegó con su contrato firmado con Jerez, Crabb se lo ofreció a Walker. Este, sin embargo, prefirió el que ya tenía con Castellón, así que declinó la oferta. Mientras tanto Hornsby y De Brissot, habiéndose malogrado su intento de apoderarse de la fortaleza de El Castillo, en el Río San Juan, aparecieron también en breve en San Francisco donde se sumaron a la empresa aventurera de Walker. Y lo mismo hizo Fisher. Crabb optó por observar la cuestión con interés, pero, como se verá más adelante, este hombre habría de encabezar una incursión a Sonora. (1).

Cuatro meses pasaron antes de que Walker pudiera poner en marcha su nueva aventura, y fueron ellos meses de angustiosa espera y contrariedades. La dificultad principal con que tropezaba ahora era económica, no legal, pues parecía que el gobierno no intervendría. Walker mostró su contrato al Fiscal de Distrito Inge, quien expresó la opinión de que ninguna de sus estipulaciones violaba la ley de neutralidad. El General Wool, quien había sido una espina en el costado de los filibusteros sonorenses, declaró, cuando en

(1) Memoria para la Historia de la Revolución de Nicaragua y de la Guerra contra los Filibusteros, 1854 a 1857, Parte I, Págs. 136 - 7, por Jerónimo Pérez (Managua, 1865); La Guerra de Nicaragua, Págs. 28 - 31, por William Walker (Reedición de EDUCA, San José, Costa Rica, 1970).

su oportunidad fue consultado, que no teniendo facultad para intervenir no haría tal cosa si las autoridades civiles no se lo pedían. (1).

La verdadera dificultad estribaba pues en el dinero, y se consiguió en cantidad tan exigua que la empresa hubo de ser organizada a base de una rígida estrechez. Para la expedición escogieronse hombres que habían oído ya la pólvora. Algunos, como por ejemplo Frank P. Anderson, era veterano de la guerra méxico-americana; otros, como Achilles Kewen, había peleado con López (+) en la malograda expedición a Cuba; y hasta Timothy Crocker, de aquellos que sufrieron todas las penalidades de la campaña de Walker en Baja California, tenía todavía arrestos para ir a enfrentársele al destino en Nicaragua. Otro de los interesantes buscavidas de esa banda era el Doctor Alexander Jones, recién vuelto de una muy romántica expedición a la Isla del Coco, adonde había ido en busca de un fabuloso tesoro. Decíase que uno de sus pacientes rescatados por él de la muerte, en prueba de agradecimiento le había dado ciertos planos supuestamente reveladores del lugar exacto donde yacía enterrado por los piratas un tesoro valorado en quince millones de dólares. Los ilusos buscadores sólo hallaron desventuras. Para sus preparativos Walker contó siempre con la ayuda de Edmund Randolph y Alexander P. Crittenden. (2). Joseph C. Palmer, de la prominente casa bancaria Pal-

(1) Ellos mismos, Walker y Wool, relatan detalles de esta entrevista. Hay entre ambos ciertas discrepancias. Wool dejó escrito que manifestó a Walker que aun cuando la expedición fuese ilegal, él no tenía facultad para intervenir si no se lo pedían las autoridades civiles, y justifica su actitud con las instrucciones recibidas de la Secretaría de Guerra. Ver el *New York Times* del 23 de julio de 1857. Sin embargo, Walker asegura en su obra que Wool no sólo le prometió no intervenir sino que al despedirse le entechó la mano y le deseó éxito. Véase *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 32, por William Walker. En el Capítulo V puede leerse una referencia respecto de la reprimenda que Davis le dio a Wool.

(+) Narciso López fue un general español que nació en Caracas, Venezuela, en 1797, se puso al frente de varias invasiones independientes en Cuba contra España. Fue preso y muerto en 1851. (N. de T.).

(2) Crittenden era nativo de Kentucky y fue miembro del primer cuerpo legislativo que tuvo California en 1850, cuando trató en vano de ser presidente de la cámara de representantes del estado. En 1857 fue candidato a senador de Estados Unidos. Después de la Guerra Civil se asoció al bufete de leyes de S. M. Wilson, destacado

mer, Cook and Company, con su aportación de mil dólares probó ser amigo en las duras. Digno de saberse es también que el Coronel John C. Fremont, (+) quien había cruzado el istmo por la vía de Nicaragua, mostró mucho interés en la empresa.

Walker recibió un inesperado ofrecimiento de ayuda. Había por ese tiempo en Sacramento un periódico rival del **Democratic State Journal**, el **State Tribune**. Su editor era Parker H. French, llegado a California alrededor de 1852 en circunstancias bastante nebulosas por cierto. Sin embargo, por aquellos días allá nadie esculcaba el pasado del vecino, y como French era un individuo inteligente y ladino, se hizo de una curul en la asamblea legislativa del estado. Todo aquel que se metía en negocios con este hombre muy luego se arrepentía, de modo que pronto cobró fama de ser uno de los más grandes pícaros de la costa del Pacífico. Y más todavía: era megalómano. Padeecía del morboso deseo de querer realizar en California cosas que le hicieran el centro de atracción. Vivía ideando fantásticas empresas y con su untuosa facundia logró embaucar a muchos incautos; era deshonesto y no tenía fuerza de voluntad para llevar a cabo sus planes, y también solía abandonarlos cuando llegaba a sus manos el dinero que sus asociados le confiaban. Entre él y Walker jamás hubo intimididad alguna; y hasta el diario en el cual trabajaba Walker lo había atacado fuertemente

---

abogado californiano. Murió asesinado en 1870 por una mujer que alegó haber sido seducida por él. **California**, Vol. III., Págs. 785 - 7; Vol. IV, Págs. 90, 202, 515 - 16, por Hittell.

Randolph era de Richmond, Virginia, en donde nació en 1819. Se graduó en el William and Mary College, estudió leyes en la Universidad de Virginia, y ejerció en Nueva Orleans. Fue escribano de la Corte de Circuito de Estados Unidos, y en 1849 se fue a San Francisco. Lo mismo que Crittenden, fue miembro del primer cuerpo legislativo, y ambos trataron de que California adoptara el código civil en vez del derecho consuetudinario. En 1860 fue candidato a senador demócrata opuesto a LeCompton. En 1861 era fervoroso unionista hasta que su estado natal se separó. Desde entonces cambió de opinión, pero ya estaba de muerte y falleció en septiembre de ese año. **Bench and Bar in California**, Pág. 261, por O. T. Shuck (San Francisco, 1889); **History of California**, Vol. VI., Pág. 679, por Bancroft; **California**, Vol. II, Pág. 806; Vol. III, Pág. 785; Vol. IV, Págs. 287 - 8, por Hittell.

(+) Político, general y explorador (1813 - 1890).

más de una vez, (1) de modo que se sorprendió cuando French se le acercó ofreciéndosele a cooperar con él. Decía tener gran amistad con C. K. Garrison, gerente en San Francisco de la Compañía del Tránsito, y que ya lo había interesado en la expedición, puesto que ésta tendría forzosamente que afectar los negocios de la compañía en Nicaragua. Este es otro ejemplo de la megalomanía de French. Que si era verdad o no lo del interés de Garrison es algo que no se sabe, pero lo cierto es que este hombre no levantó un solo dedo en ayuda de la expedición, aunque sus posteriores relaciones con Walker —de lo cual se hablará oportunamente— pueden haber sido resultado de las gestiones hechas antes por French. Este encuentro de French y Walker no había de marcar el fin de sus relaciones. El individuo se aparecería en Nicaragua en más de una ocasión y habría de influir —para bien y para mal— en la fortuna del líder filibustero.

En la vorágine de los preparativos Walker se vio envuelto en una disputa con un sujeto llamado W. H. Carter, quien tuvo su domicilio en Sacramento, la cual disputa terminó en un duelo efectuado el 15 de marzo a pistola y a ocho pasos de distancia. Walker salió herido en un pie, y como tuviera que recluirse en su habitación por algún tiempo, la salida de la expedición se retrasó. (1). Cuando siete semanas después pudo al fin partir de San Francisco, la herida le molestaba todavía.

Encontrar un barco no le fue fácil, pero una intensa búsqueda vino a dar con un decrepito bergantín que llevaba veintinueve años de romper olas; era el **Vesta**. Lo contrató y embarcó en él a los hombres con sus provisiones de guerra y de boca. Estando todo listo para zarpar se apareció un

(1) En marzo de 1855 French fue herido accidentalmente en una pierna al querer separar a dos que peleaban en el bar de un vapor. Pocos días después del accidente el *State Journal* expresaba su complacencia porque French recuperaba **lentamente**.

(1) *Philadelphia Daily News*, 9 de abril de 1855. B. C. Truman, en su obra *Field of Honor* (Nueva York, 1884) atribuye a Walker dos duelos más, uno de Nueva Orleans con un editor de apellido Kennedy, y otro en San Francisco en enero de 1851 con Graham Hicks.

aguacil con un mandamiento de embargo sobre la nave por una deuda de su dueño. El aguacil dejó a bordo a unos cuantos guardias civiles para impedir que el **Vesta** escapara, y para mayor seguridad se llevó las velas. Y aquí cabe el dicho "bien vengas mal si vienes solo". Los comerciantes que vendieron a Walker las provisiones habían convenido en aceptar bonos nicaragüenses en pago de ellas, pero a última hora cambiaron de opinión y exigieron dinero en efectivo. Al no obtenerlo, ellos también embargaron el velero. En eso llegó el jefe de policía federal con el mandamiento y ordenó a un guardacostas arrimarse a la popa del **Vesta** para no dejarlo zarpar. Con el barco en poder de las autoridades federales y estatales y las velas embodegadas en la costa, las esperanzas de escapar eran mínimas. De modo que el hecho de haber logrado zafarse Walker de tanto lío es algo que debe acreditársele a su astucia y resolución. Sucedió que el embargador del barco era íntimo amigo de Henry Crabb, y ahí fue de gestiones y persuasión para llegar a un arreglo en cuanto a condiciones de pago y rescate del barco; vióse entonces que los comerciantes proveedores de las vituallas lo habían embargado a instancias del dueño del bergantín que al verse metido en dificultades hizo por donde ensartar también a los otros en el enredo. A este hombre se le intimidó haciéndoselo creer que si esos desafortunados no se embarcaban, su vida correría peligro. Y se levantó el embargo. Pero más problemas surgirían todavía. El aguacil exigió el pago de sus honorarios que sumaban trescientos dólares; de otro modo, dijo, no entregaría las velas. Pero como no se le dijo que el mandamiento había sido desechado, él seguía creyendo que el guardacostas custodiaba aún al **Vesta**. Al fin consintió en devolver las velas. No obstante, dejó un guardián a bordo con el encargo de vigilar todo movimiento sospechoso. Al hacérsele saber al comandante del guardacostas que el bergantín estaba en completa libertad, un amigable oficial de aquel barco cedió sus marineros a Walker para que lo aparejasen. Entre tanto habíanse llevado a un camarote al guardián dejado por el aguacil; allí le dieron tragos y cigarros mientras se alzaban las velas

en silencio. (1). Este trabajo quedó terminado poco después de media noche. En seguida un vaporcito remolcador sacó al **Vesta** de la bahía, y cuando hubieron pasado frente a Heads el remolcador soltó amarras, no sin haber antes tomado al guardián para llevarlo de vuelta al puerto. Tendió el **Vesta** sus velas entrando en mar abierta. Llevaba cincuenta y ocho hombres (llamados después "los inmortales") a pelear a Nicaragua. (2). Era la madrugada del 4 de mayo de 1855.

Tal vez la recapitulación de los detalles referentes a la salida de Walker haya resultado tediosa, pero lo hicimos con un propósito: las dificultades financieras con que tropezaron los filibusteros son la más contundente refutación al aserto posterior y comúnmente repetido de que funcionarios de la Compañía del Tránsito patrocinaron la expedición por lo bajo. Es inconcebible pensar siquiera que esta corporación hubiera acometido tal empresa en tan minúscula escala. (3).

Mientras en San Francisco ocurrían los acontecimientos acabados de narrar, en los estados americanos del Atlántico se organizaba otra expedición contra Nicaragua, cuya partida estaba fijada para el 7 de mayo, es decir tres días después de la del **Vesta**. Era esa la encabezada por el Coronel Henry L. Kinney, de la cual se hablará en el capítulo siguiente. Creencia general de aquellos días era que Walker

- (1) Fue del dominio público que al zarpar el **Vesta** en momentos que entraba el guardián en el camarote se le notificó que lo retendrían allí hasta que el barco saliera esa noche. "Ahí tiene usted, señor", cuéntase que le dijo Walker arrastrando las palabras según era su modo de hablar, "cigarros y champán; y aquí le tenemos listas también estas esposas. Escoja lo que le gusta más". El guardián, que había sido miembro de la asamblea legislativa de California y era buen filósofo, no tuvo que ser esposado. **Harper's Weekly**, Vo. I, Pág. 332; **Herald**, de Nueva York, 2 de junio de 1855.
- (2) El número exacto fue de cincuenta y ocho, aunque los diarios dijeron que eran cincuenta y seis. Por alguna razón, que es inútil tratar de explicar, el público aceptó el número dado por los periódicos, y hasta los mismos filibusteros de ese viaje se vanagloriaban llamándose "los cincuenta y seis inmortales".
- (3) El **Herald** de Nueva York dice en su edición del 29 de noviembre de 1856 que la idea de invitar a Walker a Nicaragua no fue cosa de una de las facciones beligerantes, sino "una brillante idea de los gerentes y agentes principales de la Compañía del Tránsito".

y Kinney habíanse entendido para salir simultáneamente de Estados Unidos y juntarse en determinado lugar de Nicaragua. (3). Semejante creencia, como se verá más adelante, era errónea; pero la expedición de Kinney viene sólo a corroborar lo que se dijo atrás: Nicaragua, hubiera o no existido William Walker, habría sido de todos modos invadida por alguien de Estados Unidos.

---

(3) **Herald**, Nueva York, 6 de junio de 1855.

## CAPITULO IX

### El Reino de la Mosquitia y el Coronel Kinney

El Coronel Kinney procedía conforme al derecho que le daba una donación de tierras otorgada por los soberanos achocolatados del reino de la Mosquitia, y que de manera indirecta había llegado a sus manos. Alrededor de dicha donación gira una interesante historia. La Costa de la Mosquitia, llamada así de tiempos atrás, es una franja costera de doscientas millas de longitud que va de Cabo Gracias a Dios a la Laguna de Bluefields (o Perlas). (+). Por ser una zona baja, pantanosa, e inhóspita, no ofreció ningún halago a los conquistadores españoles del siglo XVI que buscaban oro y plata, así que éstos se establecieron en otras partes. Verdad es que a veces los misioneros visitaron el lugar; pero dándose cuenta de que los naturales tenían tan sólo un bajísimo grado de inteligencia y que vivían en pequeñas poblaciones desparramadas, resolvieron desarrollar sus actividades en regiones más prometedoras. En el curso del siglo siguiente descubrieron los bucaneros del Caribe que la zona era ideal para su oficio. El litoral atlántico, áspero y desconocido por los cartógrafos, con sus numerosos ríos e islotes, les permitía huir fácilmente en sus barcos de poco calado de cualquier buque de guerra que los persiguiera, y desde sus escondrijos costeros podían prontamente caer sobre los desafortunados galeones españoles que pasaran por allí. Los esclavos fugitivos de las Antillas agregaron nuevos elementos a la población, la cual absorbió a nume-

(+) En realidad, la Mosquitia nicaragüense se extiende desde Cabo de Gracias a Dios hasta San Juan del Norte, incluyendo la desembocadura del Río San Juan. (N. del T.).



rosos esclavos africanos escapados de un barco negrero que naufragó en la costa. Unos cuantos plantadores jamaicanos fueron también a establecerse allí con gran número de esclavos. (1). En consecuencia, con el correr del tiempo los naturales de la región, llamados indios mosquitos o más bien mískitos, degeneraron en un tótum revolutum de indios y negros, con una que otra gota de sangre de piratas o de plantadores jamaicanos. Los piratas eran principalmente ingleses, a quienes por lo general no se les molestaban si se avenían a compartir de manera razonable su botín con el gobernador en turno de Jamaica. El soborno es tan anti-guo como la misma humanidad.

A medida que el elemento étnico inglés adquiría más y más ascendiente, se iba haciendo inevitable que surgiera un día la idea de anexión. Y así fue que en 1687 el gobernador de Jamaica tomó la iniciativa de manera singular. Hizo llevar a uno de los jefes mískitos a Jamaica donde en forma gentil pero también forzosa se le vistió a la europea nombrándosele Rey de la Mosquitia. La coronación del soberano de azabache tuvo efecto entre solemnes ceremonias; pero el digno monarca, sin apreciar la majestad de su investidura, casi echa a perder el programa eludiendo a sus guardianes para despojarse de la supérflua indumentaria y esconderse entre las ramas de un árbol elevado, lejos de toda vigilancia. Tras de muchos ruegos, al fin bajó para aceptar un sombrero de tres picos y un pergamino, lo que hasta cierto punto fue una concesión irónica a las flaquezas del hombre blanco. Y con eso quedó hecho rey. Se le exigió en seguida poner sus dominios bajo la protección de la Corona Británica. Medio siglo pasó antes de que los ingleses volvieran a intervenir. En 1740, mientras Inglaterra y España guerreaban, el gobernador de Jamaica encargó a Robert Hodgson del territorio de la Mosquitia a azuzar a los naturales en contra de los españoles de las inmediaciones. Hodgson llegó a la costa, izó el pabellón británico, y con sólo dar a los jefes

(1) *Clayton-Bulwer Treaty*, Págs. 17 y siguientes, por Travis; *Wolka*, por E. G. Squier, en varias partes del libro. (Nueva York, 1855).

mískitos unos tantos barriles de ron concertó con ellos un algo así como tratado mediante el cual reconocían la soberanía británica.

España protestó de la intrusión británica en la Costa Mosquitia, y después de prolongadas negociaciones con el gobierno inglés, éste en 1786 se retiró de allí. No obstante eso, al cesar el dominio de España en la América Central, Gran Bretaña renovó sus pretensiones de dominio sobre los indios mískitos; con esas miras quiso dar al reino zambo nueva pompa y esplendor. A uno de los jefes que parecía poseer en mayor grado que los otros la idoneidad deseada, lo llevaron a Belice en donde le entregaron los emblemas de la realeza, consistentes en "una corona plateada, una espada, y un cetro de módico valor" para dar mayor grandiosidad a las ceremonias de coronación. Estos modernos Warwicks, (+) sufrieron un triste desengaño en cuanto a su selección de soberano, pues el tal juntaba a "las malas cualidades del europeo y del criollo, los peores vicios del zambo y la volubilidad del indio". Fue tal vez un gran alivio para los padrinos del monarca haber sabido en 1824 que sus súbditos lo habían escabechado en una bronca de borrachos. Dos reyes sucedieron a éste en un solo año sin haber dado ninguno de ellos la medida; pero en abril de 1825 coronaron con la consabida pompa en Belice a otro rey que se llamó Robert Charles Frederick. Hay ciertas cosas de este soberano que tienen atingencia con la historia de la expedición del Coronel Kinney.

Un testigo ocular de las ceremonias de coronación de Robert Charles Frederick dejó escrita una crónica del acto, la que resumiremos aunque sea a riesgo de torcer el hilo de la narración, en gracia a lo que de ello pueda deducirse en relación con las pretensiones británicas en Nicaragua. La coronación se efectuó en la iglesia después de una procesión salida del Palacio de Justicia. El Rey Roberto montaba a

(+) Conde de Warwick, estadista y soldado inglés del siglo XV a quien apodaban "Kingmaker" (Hacedor de Reyes). (N. del T.).

caballo vistiendo uniforme de mayor del ejército, en tanto que sus jefes, en pos de él a pie, lucían casacas escarlata de las desechadas por los oficiales ingleses de diversos rangos, y pantalones de simples marineros. Al llegar a la iglesia "se sentó a Su Majestad en un sillón, cerca del altar, y el capellán de la colonia leyó los párrafos litúrgicos de la coronación inglesa, tal como en Inglaterra, en ocasiones semejantes, hace el Arzobispo de Canterbury. Cuando llegó a la parte aquella de "y todo el pueblo dijo: ¡Viva el rey eternamente, viva el rey, Dios salve al rey!", los barcos del puerto, conforme a una señal convenida, dispararon una salva y levantándose los jefes gritaron: "¡Viva el Rey Roberto!".

"Su Majestad parecía principalmente ocupado en admirarse las galas de su atavío, y después de haber sido ungido manifestó su agradecimiento metiéndose repetidamente las manos en su tupida y ensortijada pelambre para después urgarse con el índice las narices. Era su manera de exteriorizar complacencia.

"Antes, sin embargo, de que los jefes juraran lealtad a su monarca, era preciso profesar el cristianismo; y (quede escrita para siempre esta vergüenza) fueron todos bautizados "en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo". Hubo despliegue de ignorancia total del significado de la ceremonia, y cuando se les pidió que diesen sus nombres se arrogaron títulos tales como Lord Rodney, Lord Nelson, y otros de gran celebridad. La consternación fue general cuando se les dijo que sólo podían ser bautizados con nombres cristianos del santoral.

"Concluida esta solemne burla, la concurrencia en pleno pasó a una escuela donde sería el banquete de la coronación; allí esos desdichados se emborracharon con ron. Apropiado **grand finale** para la más blasfema y abominable farsa que jamás haya deshonrado a un país cristiano". (1).

(1) *Guatemala, or the United Provinces of Central America*, Págs. 25 - 7, por Henry Dunn (Nueva York, 1828).

Muy pronto los representantes de la Gran Bretaña en la costa vieron que allí, según reza el dicho, les había salido el tiro por la culata. El soberano que ellos hicieron de aquel Robert Charles Frederick comenzó a disponer a su gusto y antojo, en 1838 y 1839, de grandes porciones de su reino a cambio de barricas de whiskey, fardos de telas chillonas, y de otras mercaderías de valor en sus dominios. Hizo el rey una de tales donaciones el 20 de septiembre de 1838 al comerciante londinense John Sebastian Renwick adjudicándole la región comprendida entre los ríos Patuca y Negro (o Tinto) en Honduras, y al mismo tiempo le autorizaba a recaudar allí derechos aduaneros e imponer los tributos que quisiere. Luego, el 28 de enero de 1839, este mismo soberano, "en el décimocuarto año de nuestro reinado", adjudicó a los señores Samuel y Pedro Shepherds, súbditos británicos, (1) domiciliados antes en Jamaica, otro principesco donativo de tierras que partiendo de la margen meridional del Río San Juan se prolongaba por el Sur y siempre a lo largo de la costa oriental hasta llegar a Boca del Toro y la Laguna de Chiriquí, en Panamá. Cuando los comerciantes se dieron cuenta de la largueza con que Su Majestad disponía de las tierras, se apresuraron todos a pertrecharse en grande de lo mismo. Otra de tantas donaciones englobaba todo el territorio enmarcado entre la margen meridional del Río San Juan y la frontera de lo que hoy es Panamá, es decir que abarcaba la mitad oriental de Costa Rica, y todo aquel que así lo hubiere querido pudo entonces haberse hecho de una buena tajada de la América del Norte o de la América del Sur, siempre y cuando, por supuesto, considerase la concesión digna de su ron. (2).

Estas adjudicaciones fueron hechas, claro está, a espaldas de las autoridades británicas, y cuando el superintendente de Belice, Coronel McDonald, lo supo, hizo todo lo posible por que fuesen revocadas. Pero los comerciantes eran

[1] Los Shepherds decían ser ciudadanos británicos, pero la verdad es que eran nativos de Georgia, Estados Unidos.

[2] *American Whig Review*, Vol. V., Págs. 202 - 3.

una gavilla de hombres temibles a quienes el rey Roberto miraba con pavor, así que no había modo de hacérselas anular. Quizá también temiera el rey la pérdida de su bendito ron. McDonald hizo entonces lo que le pareció mejor: convenció al soberano de que debía hacer su testamento nombrando "regentes" a McDonald y a otros indicados por éste, para en caso que el rey muriera antes de llegar el "príncipe heredero" a su mayoría de edad. A poco de esto el rey Roberto tuvo la gentileza de morir, y McDonald como regente entonces en nombre del rey-niño George Clarence, publicó un edicto revocando las concesiones. Explicaba el edicto que la mayor parte de ellas, si no todas, habían sido obtenidas mediante negociaciones ilícitas y sin la justa compensación, así como que "muchos de los adjudicatarios obtuvieron del fallecido rey dichas tierras cuando él no estaba en su sano juicio (es decir borracho), y puesto que las tales adjudicaciones despojan al sucesor del fallecido rey de territorios jurisdiccionales de su reino y de sus derechos hereditarios . . . es necesario y conveniente para la seguridad, honor, y bienestar de su reinado anular y abolir las susodichas adjudicaciones". (1).

Nadie habrá de enrostrar al muchacho su falta de amor filial por haber revelado oficialmente una debilidad moral de su padre muerto, pues no fue su cetrina mano real la autora de tal instrumento. Todo fue obra del insigne McDonald. Púsose al reicito bajo la tutela de Patrick Walker, secretario de McDonald. Este Walker, sujeto bien conocido en la Costa Mosquitia, fue desde ese día factótum del reino Costeño en donde se le llamaba "Pat" Walker. Los estados centroamericanos estaban entre tanto atascados en sus tribulaciones internas y no podían ocuparse de la intrusión británica en la costa. Nicaragua, pese a todo, desde su independencia venía reclamando sus derechos a ese territorio. En 1844 "Pat"

---

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Legaciones Centroamericanas, Notas al Departamento, Vol. II.

Walker notificó al Gobierno de Nicaragua que su ocupación de San Juan del Norte (Greytown, decía él) y de otros lugares del litoral atlántico era ilegal, dado que esos territorios quedaban dentro de las fronteras del reino miskito. Cuatro años más tarde, mientras México y Estados Unidos guerreaban, el gobierno británico, previendo el resultado de la lucha y con el fin de contener cuanto más la inevitable expansión americana, se apoderó del puerto de San Juan del Norte que aparentemente era entonces la llave de toda futura comunicación interoceánica.

Se ha dado cuenta ya de la donación hecha por el rey miskito a los dos hermanos Shepherd. Estos se asociaron más tarde con Stanislaus Thomas Haly. (1). Por unos quince años mantuvieron bajo llave los documentos marcados con una cruz (X porque no sabe firmar) por el rey Robert Charles Frederick, y naturalmente que hicieron caso omiso de la anulación decretada por el soberano sucesor. Para ellos el decreto de un rey era tan legal como el de cualquier otro. Ciertas concesiones posteriores hechas a otros comerciantes fueron también a parar a manos de los Shepherds, y cuando nuestro primer ministro enviado a Nicaragua, Mr. Ephraim George Squier, visitó en 1849 al Capitán Samuel Shepherd en su casa de San Juan del Norte, el veterano comerciante, casi ciego ya, le mostró comprobantes de que alrededor de dos terceras partes del reino miskito eran propiedad suya. (+). En su ancianidad los Shepherds trataron de disponer de sus concesiones, primero, según se dijo, en Inglaterra, pero al no encontrar comprador allí lograron venderlas en Estados Unidos a Henry L. Kinney y sus asociados. Kinney era originario de Pensilvania, pero en 1838 emigró a Texas, en donde años más tarde fue uno de los fundadores de Corpus Christi. Había tomado parte en la guerra méxico-americana con cargo de comisario y rango de mayor. Sirvió además varios

(1) Ver *Prospectus of the Central American Company* (Filadelfia, 1855; y también *Nicaragua: Past, Present and Future*, Págs. 171 - 82, por P. E. Stout, (Filadelfia, 1859).

(+) Para más detalles ver *Nicaragua, sus gentes y paisajes*, Pág. 45 y otras, por E. G. Squier. (EDUCA, San José, Costa Rica, 1970). (N. del T.):

períodos como representante en la asamblea legislativa del estado, y en un tiempo negoció en ganadería, y especuló con bienes raíces en gran escala. La compra de la concesión de veintidós millones de acres hecha a los hermanos Shepherds fue la más grande de sus transacciones de tierras que jamás hiciera, y se dijo que había de pagar quinientos mil dólares por ella. (1). Para poner en práctica sus planes organizó una corporación con capital autorizado de \$ 5,625.000 de dólares que giró bajo la razón social de Central American Company. (2). El supuesto objetivo de la compañía era colonizar las tierras y desarrollar los recursos naturales de la Costa Mosquitia. Emitiéronse doscientas veinticinco mil acciones con valor nominal de veinticinco dólares; cada acción tenía como respaldo cien acres de tierra que podía ser redimida por ellas al solo presentarla en la oficina de la compañía en San Juan del Norte. Ofrecíase de esta manera al emigrante la oportunidad de ser propietario, por sólo veinticinco centavos el acre, de una porción de las más fértiles regiones tropicales. La compañía se anunciaba en muchas ciudades, abrió oficinas en Nueva York y Filadelfia y no parecía tropezar con nada en el desarrollo de sus planes de colonización. Entre el modesto comienzo de la empresa de Walker y el rumboso despliegue de la de Kinney, el contraste era más que patente. Kinney no hizo secreto de sus preparativos; realizó varios viajes a Washington, donde tenía muchos amigos entre los políticos, incluyendo, según se decía, al propio presidente de Estados Unidos. (3). En marzo de 1855 se sumó

- (1) **A Pictorial History of Texas**, Pág. 579, por H. S. Thrall, [San Luis, 1878]. Kinney era muy querido en el Este de Texas, y un condado de ese estado lleva su nombre.
- (2) Veintiuno eran los miembros de la directiva, en su mayoría residentes en Nueva York, Filadelfia y Washington. El presidente de la compañía era James Cooper, de Filadelfia, ex-senador de Estados Unidos, y su abogado se llamaba William B. Mann, en esos tiempos auxiliar del fiscal del distrito de Filadelfia.
- (3) Después del fracaso de la expedición de Kinney, su socio, Joseph W. Fabens, publicó lo que pretendía ser una revelación escandalosa de las relaciones entre el Presidente Pierce y Kinney. Decía Fabens que Pierce había sugerido a Kinney lo provechoso que sería una expedición a la América Central, y que entre los primeros socios de Kinney se contaban Sidney Webster, secretario privado de Pierce, y el juez de la Corte Suprema A. O. P. Nicholson, editor del diario oficialista **Unión**, e impresor de los trabajos de la cámara de representantes. Añadía en su escrito que se asoció a Kinney a instancias de Webster y de Nicholson, quienes la noche que llegó a Washington procedente de Nicaragua, le hablaron del asunto; y que

a la campaña Joseph Warren Fabens, valioso refuerzo éste que como agente comercial del gobierno de Estados Unidos había figurado prominentemente en los acontecimientos que precedieron al cañoneo de San Juan del Norte. Era dueño de una buena parte de los llanos de Chontales inmediatos al Lago de Nicaragua, zona mucho más saludable y rica en recursos naturales que la Costa Mosquitia; él y Kinney ligaron sus intereses. En esa situación las cosas, el Secretario de Estado Mr. William L. Marcy, resolvió tomar cartas en el asunto advirtiendo el 25 de abril a Fabens que si se asociaba a la empresa de Kinney no podría seguir desempeñando el cargo de agente comercial, y al hacer Fabens caso omiso de ello, Marcy lo destituyó. (1). Otro descollante personaje interesado de veras en el movimiento fue Fletcher Webster, hijo del famoso orador y a la sazón alto funcionario de la aduana de Boston. El hecho de que Webster hubiese sido antes secretario de la legación americana en China, cuando Caleb Cushing era ministro allí, y ahora miembro del gabinete de Pierce, reforzaba aún más la impresión general de que la empresa contaba con el apoyo de destacados personajes del gobierno americano. Hasta se había dicho que Webster iría con Kinney a Nicaragua. (2).

En Nueva York Kinney contrató el nuevo y veloz vapor **United States** que recientemente había roto la marca de velocidad entre esa ciudad y la Habana, e hizo planes para salir el 7 de mayo con cuatrocientos o quinientos emigrantes. Sus preparativos eran diez veces más sobrados que los de Walker en San Francisco, quien en esos mismos días pasaba apuros con sus acreedores que le habían embargado su décrepito bergantín. Pero también Kinney había de encontrar oposición. Apareció ésta, en primer lugar, personificada en el ministro de Nicaragua en Washington, señor J. de Marco-

---

la oposición del gobierno surgió hasta que Kinney y Cushing rieron con él. Kinney se disgustó también con White, de la Compañía del Tránsito, amiga al principio. Datos tomados del libro de recortes de Wheeler, Vol. IV, Pág. 176 [Biblioteca del Congreso].

- (1) **Herald**, de Nueva York, 12 y 16 de mayo de 1855.  
 (2) **Herald**, de Nueva York, 21 de abril de 1855.



leta, quien comenzó a disparar su riflito diplomático de tapón contra los expedicionarios, y esto no sólo a través de su legación, sino también por los periódicos. Era imposible que los ataques del ministro fuesen inspirados por su gobierno que en ese entonces defendía su propia vida contra el bando democrático y se encontraba en condición tan precaria, que hasta el status legal del mismo Marcoleta era cuestionable. El secreto de su activa oposición salió a luz cuando se supo que su asesor jurídico en esta cuestión era Joseph L. White, el abogado de la Compañía Accesoría del Tránsito. Como el Gobierno de Nicaragua nunca había reconocido la pretensión miskita, era lógico que combatiera los planes de la Compañía Centroamericana (Central American Company), la cual obraba basándose en las concesiones otorgadas por el reyezuelo; pero jamás el gobierno había hecho otra cosa que elevar formal protesta contra la usurpación de su territorio. Marcoleta, no obstante, empleaba toda su sorprendente energía haciendo valer los derechos de Nicaragua. White, sencillamente, se servía de él para que le sacase las castañas del fuego. Era a todas luces notorio que la empresa de Kinney tenía un mortal enemigo en la Compañía del Tránsito. A esta empresa convenía que San Juan del Norte desapareciera del mapa, y había conseguido que el gobierno perpetrara esta judiada. Pero apenas se había hecho la compañía ama absoluta del puerto cuando apareció Kinney con una propuesta para hacer resurgir el poblado, llevar gente más dinámica, y defender de manera más vigorosa que antes el derecho de autonomía de San Juan del Norte. La Compañía Centroamericana, una vez que llegara a poner firmemente el pie en San Juan del Norte, podría conceder privilegios especiales a una empresa rival y destruir el monopolio de la Compañía del Tránsito. Rumorábase asimismo que ésta tenía también proyectada la reedificación de San Juan del Norte para servirse del puerto en provecho propio. Así fue, pues, que White y sus socios decidieron frustrar a toda costa los planes de Kinney.

El resultado de esta pugna se hizo pronto efectivo. Kinney fue emplazado a comparecer ante un tribunal federal y arrestado el 27 de abril acusándosele de organizar una expedición militar contra la república de Nicaragua. Cinco días después Fabens, quien junto con Kinney había sido acusado de lo mismo, fue arrestado en Washington y llevado preso a Nueva York. Ambos fueron excarcelados bajo fianza. Fabens, al momento de su detención era todavía agente comercial de Estados Unidos, de cuyo cargo fue destituido una semana después. Señalóseles juicio para el 27 de mayo; pero cuando llegó la hora de verse el caso, John McKeon, fiscal de distrito de Estados Unidos, declaró que el gobierno, debido a la falta de testigos, no estaba preparado para ventilarlo, por lo cual podía posponer la audiencia. Los defensores alegaron que la solicitud de McKeon era sólo un subterfugio para desbaratar la expedición, ya que los gastos ocasionados por la detención del barco y el tener que dar de comer a varios centenares de hombres subía a más de dos mil dólares diarios, y que de no fallarse inmediatamente el caso, la expedición tendría que disolverse. Alegaron asimismo que McKeon no había puesto ningún interés en encontrar testigos ni tampoco podía dar sus nombres completos, y que su único propósito era hacer fracasar la empresa sin probar su ilegalidad. El juez ordenó la prosecución del juicio, pero McKeon reiteró que no podía acusar a nadie sin las debidas pruebas, y que dejaba la cuestión al criterio de la corte. Kinney y Fabens fueron exonerados.

Se anunció en seguida que los expedicionarios saldrían el 19, pero el 14 se promovió acusación contra Kinney en Filadelfia, donde también había reclutado gente. Esto lo obligó a comparecer en esa ciudad para la vista preliminar del juicio; quedó en libertad bajo fianza de \$ 4.500. Su abogado, George M. Dallas, trató en vano de que le fuese reducida. En la audiencia el fiscal federal sostuvo que Kinney estaba preparando una expedición de trescientos hombres para salir directamente de Filadelfia a San Juan del Norte, y que los halagaba prometiéndoles nombramientos de orden

civil y militar. (1). Este embrollo de Filadelfia ocasionó nueva posposición, y estando Kinney fuera de Nueva York dos comerciantes de esa ciudad lo demandaron por deuda de mercaderías que le habían vendido diecisiete años atrás, antes de emigrar él a Texas. (2). White y Marcoleta estaban resueltos a acabar con Kinney a fuerza de pleitear, pues sabían que cada día transcurrido le acarrearba grandes gastos y suscitaba creciente desmoralización entre sus hombres. Los enemigos de la empresa hasta recurrieron a la difamación propalando el chisme de que una bella y rica joven neoyorquina iría con Kinney a Nicaragua en viaje de luna de miel, cuando todos sus amigos sabían que tenía esposa en Texas. (3).

Entre tanto, tres vapores del gobierno y un guardacostas de la aduana en estrecho cerco bloqueaban desde el 24 de mayo al **United States** para impedir que Kinney saliera furtivamente. Obedecía esto a órdenes expedidas de Washington en donde se supo que el vapor zarparía el 26.

A Fabens y Kinney se les volvió a señalar juicio para el 5 de junio en Nueva York, y al no comparecer ninguno de los dos se les declaró en rebeldía por desacato a la corte, lo cual fue causa de orden de captura contra ambos. Se les detuvo al día siguiente, y al dar excusas satisfactorias por su no comparecencia, se les puso en libertad bajo palabra, ordenándoseles presentarse al día siguiente para la vista de su caso. Fabens se personó el día indicado y también al siguiente, pero Kinney no apareció por ningún lado. El gobierno pidió que la vista fuese pospuesta para el 8 cuando pudiesen ser procesados, y ahí terminó todo porque Kinney iba ya mar afuera.

La historia de la evasión de Kinney puede resumirse así: con el fin de desviar la atención de sus movimientos orga-

(1) **Daily News**, Filadelfia, 22 de mayo de 1855.

(2) **Herald**, Nueva York, 29 de mayo de 1855.

(3) **Herald**, Nueva York, 11 y 18 de mayo de 1855.

nizóse un mitin en su apoyo para la noche del 5 en el muelle donde el **United States** estaba atracado. El organizador del mitin fue John Graham, propietario del vapor y hombre a quien la Junta Revolucionaria de Cuba en Nueva York tenía en mucho. Parece que Graham se había hecho muy popular el invierno anterior merced a generosos donativos a los pobres. Este mitin sería de trabajadores invitados a llegar a protestar por el mal trato que su benefactor recibía de las autoridades. Una multitud —de tres mil hombres dijeron los diarios— se congregó en el muelle del barco, cerca del cual se había levantado una tribuna para los oradores. Después de llamar al silencio e imponer el orden comenzó el acto con la lectura de una declaración de protesta contra la ingerencia del gobierno que había paralizado los negocios de Graham obligándolo a despedir a muchos mecánicos. Varios amigos hablaron en pro de Kinney y de Graham; luego la multitud se disolvió para volver a reunirse otro día. Circulaba el rumor, lanzado quizá exprofeso, de que mientras se efectuara el mitin el vapor soltaría amarra. Esto atrajo un mayor gentío del que normalmente llegaría. En el mismísimo momento del mitin Kinney y trece compañeros salían sigilosamente de la bahía a bordo de la goleta **Emma**. Tal vez los promotores del mitin fueran víctimas inocentes de hombres más astutos, pero según todas las apariencias fue cuidadosamente planeado hasta en sus más mínimos detalles, a fin de hacer seguir una pista falsa a las autoridades. (1).

El bloqueo del **United States** no fue levantado cuando se supo que Kinney se había evadido, pues se temía que el barco le siguiera con el resto de los expedicionarios. Fabens y Fletcher Webster se fueron a Washington donde desplegaron toda clase de actividades en su afán de obtener la liberación del barco, pero el gobierno permaneció impasible. (2).

(1) **Herald**, Nueva York, 6, 7, y 17 de junio de 1855.

(2) **Herald**, Nueva York, 24 de junio de 1855.

Veamos ahora cuáles eran los verdaderos móviles de la empresa de Kinney. ¿Era tan sólo un agente colonizador, como públicamente proclamaba, o un aventurero ambicioso que trataba de crear un nuevo estado a expensas de las caóticas repúblicas de la América Central? El diario **Flag**, de Brownsville, con fecha 5 de mayo publicó una carta, al parecer de él, para un amigo de Texas que reprodujeron profusamente otros periódicos. No hay razón para dudar de su autenticidad. En ella Kinney resume sus planes de la manera siguiente: "Bastan sólo unos pocos centenares de americanos, y si de Texas mejor, para apoderarse de todo el país. Tengo concesiones de tierras, y en suficiente extensión, para comenzar a actuar en forma segura y legal. Pienso establecer un buen gobierno; el resto vendrá por añadidura". Si bien el gobierno jamás pudo probar en los tribunales que la empresa de Kinney fuera una expedición militar contra una nación amiga, la opinión general era de que sí, y todo robustece ese parecer. Débese por tanto considerar a Kinney y a sus hombres como filibusteros americanos. Mucho peso tuvo entonces la creencia de que Walker y Kinney actuaban en concierto; pero acontecimientos posteriores demostraron que más bien eran rivales.

La noticia de la llegada de Kinney no produjo excitación alguna entre la embotada población de San Juan del Norte. El morriñoso poblacho, tras el castigo infligido por Hollins, estaba aún más desolado. Nadie creía allí que quinientos hombres de raza blanca pudieran vivir mucho tiempo en esa región olvidada de Dios. La mala suerte persiguió a Kinney y a sus trece compañeros del **Emma**. La goleta encalló cerca de la Isla del Turco, y el grupo, después de muchas penalidades, pudo al fin llegar a San Juan del Norte en un vapor inglés. Pero su líder era ya un hombre arruinado. Había gastado hasta su último real y no se vislumbraban perspectivas de que pudiera recibir nueva ayuda de Estados Unidos, donde el gobierno seguía en sus trece y la Compañía del Tránsito le era siempre hostil. Pero él no perdió la esperanza. Los citados porteños lo aceptaron co-

mo líder, convencidos de que ningún cambio podría empeorar su ya calamitosa situación. Así fue que en mítines celebrados el 6 y el 7 de septiembre de 1855 se instauró un gobierno provisional erigiéndose Kinney en gobernador civil y militar. Se hizo una selección de cinco entendidos para que formularan una nueva constitución, la que habría de ser ratificada por votación popular. En el interín, la vieja constitución, moldeada en la de Estados Unidos, serviría de base para instituir el gobierno provisional. Kinney había llevado consigo una imprenta, la cual montó, y el 15 de septiembre salió a luz el primer número de un periódico bisemanal llamado **The Central American**. El objetivo primordial de ese órgano era dar a conocer la abundancia de recursos naturales del país a fin de atraer inmigrantes. Tienen, no obstante, cierto aire de humor melancólico los anuncios, en caracteres grandes y floridos, de comerciantes, abogados, escuelas, tiendas, médicos, hoteles, y también casas de regocijo; pero todo eso no era sino producto de papel y tinta de imprenta, así como de una vívida imaginación. (1). Escogióse a un grupo de funcionarios que cooperarían en asuntos administrativos con el gobernador. Haly, uno de los socios de los hermanos Shepherd, fue nombrado Presidente de la Corte Suprema y a Samuel Shepherd, Jr., le hicieron miembro del consejo municipal. Había entre otros funcionarios un secretario de gobierno, un capitán y recaudador de aduanas, un fiscal del estado, un director general de correos, un registrador de la propiedad, un capitán preboste, un administrador de aduanas, y dos editores. (1). Como puede verse, el número de funcionarios era casi igual al de inmigrantes. Antes de salir para San Juan del Norte Kinney dispuso que sus agentes en todas partes de Estados Unidos publicaran anuncios acerca de su proyecto y reclutaran emigrantes, pero no consiguió nada. Los representantes del gobierno británico, forjadores de la pseudoautonomía de San Juan del Norte, se negaron a reconocer al nuevo gobierno provisional. Entre tanto, la expedición de Walker que ya había entrado a Nicaragua por

(1) Muchos periódicos americanos reprodujeron párrafos del de Kinney. Ver, por ejemplo, *Alta California*, 4 de noviembre de 1855.

el Pacífico empezaba con éxito. Kinney, en cambio, estaba enfermo y económicamente liquidado; algunos de sus acompañantes lo abandonaron para probar fortuna bajo la estrella ascendente de Walker. Mas a pesar de los reveses Kinney, como filibustero de buena pasta que era, se aferraba a sus propósitos. Su consocio Fabens fue a unírsele a San Juan del Norte, y a fines de año buscaron a Walker para ofrecerle su cooperación. Esta era su última esperanza, y, como se verá más adelante, sólo le dejó una amarga desilusión.

---

[1] **Nicaragua**, por Stout, Pág. 176 y otras.

## CAPITULO X

### La Falange Americana

Walker y Kinney iban en alta mar a un mismo tiempo, aunque por distintos rumbos, con destino a Nicaragua. El **Vesta** hizo un viaje largo y tedioso, pero, después de todo, sus pasajeros tuvieron mejor suerte que los náufragos del **Emma**. El 16 de junio de 1855 los cincuenta y ocho filibusteros desembarcaron en El Realejo, puerto el más septentrional de Nicaragua, y al llegar a León, Walker fue gratamente recibido por Castellón. Eran momentos en que la fortuna del partido democrático iba de mengua. A la partida de recién llegados llamósele Falange Americana, y a su jefe se le dio grado de coronel, como ya le llamaban desde su invasión a Baja California. Walker organizó dos compañías; Achiles Kewen fue nombrado teniente coronel. Crocker mayor, y Hornsby capitán. La mayoría de los falanginos (como el vulgo dio en llamarles) se naturalizaron nicaragüenses, toda vez que, conforme a la constitución de Nicaragua, bastaba con que un individuo nacido en cualquiera de las repúblicas americanas manifestara su deseo de naturalizarse para que obtuviera la ciudadanía del país. Walker trazó en seguida planes para apoderarse de la vía del Tránsito con el propósito de aumentar sus fuerzas enganchando aventureros que al cruzar el istmo quisieran incorporarse a la Falange. Así pues, el 23 de junio reembarcó a sus hombres en el **Vesta**, y con un refuerzo de ciento diez soldados nicaragüenses puso proa al Sur. Echaron anclas dieciocho millas al Norte de San Juan del Sur y tomaron el camino de Rivas, ciudad situada pocas millas al Norte de la vía del Tránsito y como a la mitad del camino entre La Virgen y San Juan del



Sur. Walker tenía forzosamente que ocupar la ciudad si quería controlar la vía. Los legitimistas, según sospechó siempre Walker, se habían enterado de su movimiento por traicionera información suministrada a ellos por el General Trinidad Muñoz, General en Jefe de las fuerzas democráticas a quien disgustaba que Castellón se sirviera de los americanos, y quien, además, en El Realejo puso muchos obstáculos a su salida. Castellón había prometido a Walker doscientos soldados, y el hecho de que al fin sólo le dieran la mitad confirmó la sospecha de Walker sobre la perfidia de Muñoz.

A eso de medio día del 29 los filibusteros atacaron Rivas. Los soldados nicaragüenses que reforzaban a Walker huyeron a los primeros disparos, dejando a los cincuenta y cinco americanos frente a una fuerza de más de quinientos hombres. Los filibusteros se guarecieron en varias casas, en donde durante cuatro horas los legitimistas los tuvieron acorralados. Los rifles americanos hicieron estragos en las filas contrarias, pero los dos más altos oficiales de Walker, Kewen y Crocker, murieron en la lucha; y otros tres oficiales Anderson, De Brissot, y Doubleday, se hallaban heridos. Cinco de sus hombres habían muerto y doce estaban heridos, así que sólo quedaban treinta y ocho para pelear contra una fuerza abrumadora. Luego los legitimistas prendieron fuego a las casas que servían de refugio a los filibusteros. No le quedaba pues a Walker otro camino que tocar la retirada. Y entonces los sitiados, volando tiros y pegando gritos rompieron de improviso con gran ímpetu en las calles. Los legitimistas, desconcertados ante el inesperado arranque dejaron que los filibusteros salieran con la pérdida de sólo un hombre más. Cinco de los heridos lo estaban de tanta gravedad que no pudieron seguir a sus compañeros. Los nicaragüenses los remataron y luego quemaron sus cadáveres. Las bajas legitimistas fueron diez veces mayores que las de los filibusteros. Pero Crocker y Kewen eran hombres que Walker no podría reponer jamás. El primero había soportado junto con Walker todas las penalidades de la campaña de Baja California, y dentro de su fría y taciturna ma-

nera el líder filibustero había llegado a quererlo casi como a un hermano. (1).

Con los sobrevivientes de la batalla pudo Walker a duras penas llegar a San Juan del Sur, por cuya calles desfilaron en la más deplorable situación; unos sin sombrero, otros descalzos, y otros más renqueando, y todos hambrientos y desastrados. Y aun cuando su porvenir parecía sombrío, en el puerto encontraron a dos hombres que se incorporaron a la Falange. (2). El **Vesta** tenía órdenes de cruzar frente al puerto, pero al no aparecerse allí ni en los contornos Walker obligó a la goleta costarricense **San José**, que acababa de arribar, llevarlo a El Realejo con su tropa. El capitán los recibió cortésmente, sobre todo cuando se le dijo que su barco podía verse en dificultades en aquel puerto por haber traído recientemente de Guatemala al renombrado General Santos Guardiola, militar hondureño que llegó a ayudar a los legitimistas contra los demócratas. Mar afuera dieron alcance al **Vesta** al que se pasaron los filibusteros. Llegaron a El Realejo el 1 de julio, dos días después de lo de Rivas.

Walker presentó a Castellón un informe por escrito dándole cuenta de todo lo ocurrido; acusaba abiertamente de mala fe a la tropa nicaragüense aliada, y atribuíase su defección a maquinaciones del general Muñoz. Exigía se investigara la conducta de ese militar, y decía que si no se disipaban las sospechas que sobre él recaían la Falange se iría de Nicaragua. Castellón envió al Doctor Livingston, americano residente en León, a dar explicaciones a Walker rogándole al mismo tiempo que no lo abandonase. Walker, sin embargo, seguía fingiéndose agraviado en su tienda de campaña, o más propiamente dicho en su camarote del **Ves-**

- (1) En este relato de lo que se ha dado en llamar "la primera batalla de Rivas", me he atenido a la narración del propio Walker, la que es notablemente exacta y reconocida como correcta por un escritor tan hostil como el historiador Doctor Montúfar. Ver **La Guerra de Nicaragua**, Cap. 2, por Walker; **Walker en Centro América**, por Lorenzo Montúfar, Págs. 69 a 78 (Guatemala, 1887); y **Walker's Expedition**, por Wells, Págs. 57 - 55.
- (2) Walker quiso perpetuar su memoria dando sus nombres: Peter Burns, irlandés, y Henry McLeod, tejano.

ta, pareciendo dispuesto a irse de un momento a otro. Mas esto estaba muy lejos de ser así. Su verdadero objeto era dar a sus hombres un descanso muy necesitado y a sus heridos tiempo para curarse, así como hacer ver a Castellón cuán necesaria le era la cooperación americana. Diez días pasaron hasta que Walker accedió a volver con la Falange a León, la capital democrática, cuyos habitantes esperaban atemorizados el ataque de los Legitimistas. Los agradecidos demócratas facilitaron a Walker caballos y carretas, y los heridos fueron bien atendidos en Chinandega. Allí, durante algunos días, los falanginos se dieron la gran vida.

En su viaje a León Walker volvió a verse con su viejo amigo Byron Cole, quien después de haberle enviado su contrato se había quedado varias semanas esperando la llegada de los filibusteros, hasta que perdida toda esperanza se fue tras de Wells a la región minera de Olancho, en Honduras. Al saber la llegada de Walker voló de vuelta a León; llevaba con él a un ex-oficial de caballería prusiano. Bruno von Natzmer, cuyo conocimiento del idioma y del país hacía de él un hombre valioso para el jefe de la Falange. Estas dos adquisiciones compensaban en algo la pérdida de sus leales y aguerridos hombres de Rivas.

Disipado ya el temor de un ataque legitimista a León, propuso Walker un segundo ataque a la ruta del Tránsito, pero de nuevo encontró oposición del general Muñoz quien quería dividir a los filibusteros en escuadras de diez hombres interpolándolas entre las compañías de soldados nicaragüenses, y marchar sobre Granada. Pero viendo Walker que los hijos del país se negaban a apoyar sus planes, ordenó a sus hombres prepararse para retornar a Chinandega; y pidió caballos y carretas. Hízose caso omiso de la solicitud, y en cambio se mandaron a acantonar trescientos cincuenta soldados nicaragüenses frente al cuartel de la Falange. La amenaza de un choque era inminente, por lo que Walker envió a Castellón un ultimátum conminándole a retirar las tropas en el término de una hora, pues que de lo

contrario, decía, las consideraría hostiles y se vería obligado a proceder conforme las circunstancias. Y se hizo lo que él quería: los democráticos desalojaron el local y se facilitaron caballos y carretas a los filibusteros. Estos, al salir, se fueron espiando atentamente todo movimiento sospechoso de parte de sus ex-aliados. Castellón, por supuesto, se alegró de que se fueran.

Estas dificultades eran presagio de otras más serias que habrían de presentarse. Cuando Walker llegó, los demócratas sabían que sin su apoyo estaban perdidos, y por cierto tiempo vieron en la Falange su única salvación. Pero luego se dieron cuenta de que sus ideas y las de Walker distaban mucho de concordar; ellos, que estaban seguros de vencer al enemigo con ayuda extranjera, descubrieron muy pronto que lo que el jefe de la Falange pretendía era americanizar a Nicaragua. Los líderes democráticos desconocían la magnitud del plan que Walker rumiaba desde antes de irse a Nicaragua, pero ahora sí podían ver con claridad que él no iba a desperdiciar su tiempo luchando en provecho de ellos únicamente. La meta inmediata de Walker era la ruta del Tránsito en donde podía reclutar voluntarios. A los demócratas interesaba sólo defender a León y atacar a Granada, el más poderoso bastión del enemigo; la campaña del Tránsito era algo que jamás pensaban ellos emprender. Esta diferencia de ideas, que muy pronto se manifestó, fue la causa fundamental de la discordia surgida posteriormente entre filibusteros y demócratas. Mientras los falanginos en Chinandega ocupados en los preparativos de iniciar su planeada campaña en el departamento de Rivas, Byron Cole medía con sus pasos de arriba para abajo, las calles de León afanado en obtener de Castellón dos cosas importantes: ahora que ya Walker y sus hombres estaban fuera del alcance de la ley de neutralidad de Estados Unidos, podía quitarse la careta del contrato de colonización, con arreglo al cual actuaba. Así pues, Cole obtuvo un nuevo contrato. Este autorizaba a Walker reclutar trescientos americanos para el servicio militar en Nicaragua, con sueldo mensual de cien dó-

lares más un donativo de quinientos acres de tierra al terminar la campaña. La otra tajada que Cole obtuvo, y que entonces tenía consecuencias imprevisibles, fue conseguir de Castellón plenos poderes para que Walker solucionara la querrela que por cuestiones de cuentas había surgido entre la República de Nicaragua y la Compañía Accesoria del Tránsito. Las posteriores relaciones de Walker con esta corporación constituye el aspecto más importante de toda su carrera.

A mediados de agosto, sin que Castellón autorizara la expedición, Walker llevó a sus hombres a El Realejo y los embarcó en el **Vesta**. Un indio llamado José María Valle, ex-subprefecto de Chinandega, tan admirador de los filibusteros como enemigo de los legitimistas, accedió a acompañar a Walker en su jornada a Rivas, y para ello comenzó a enganchar gente. Castellón le ordenó abstenerse, pero él no hizo caso y reunió más de ciento sesenta hombres que llevó a El Realejo. Walker simuló preparar viaje a Honduras que estaba en guerra con Guatemala. El presidente hondureño, General Trinidad Cabañas, había pedido ayuda a los democráticos contra sus enemigos en recompensa por servicios prestados el año anterior a Castellón, lo cual sirvió para dar verosimilitud a la estratagema de Walker. Pero no tenía él, en realidad, la menor intención de abandonar su plan del Tránsito. De modo que el 23 de agosto, a pesar de la terminante orden de Castellón de regresarse a León, partió para San Juan del Sur acompañado de Valle y ciento veinte nicaragüenses. Este su aliado había perdido ya la cuarta parte de su tropa a causa de deserciones y de los estragos del cólera, peste contra la cual hasta entonces los filibusteros habían resultado inmunes.

Bien puede verse que al emprender su segunda expedición a la ruta del Tránsito, Walker actuaba en franca desobediencia a su superior, iniciando de esa manera una revolución de su propia cuenta. Es interesante notar la rapidez con que adoptó las tácticas revolucionarias de los caudillos

hispanoamericanos; pero no nos sorprendamos, él simplemente se adaptaba al ambiente. No existía en Nicaragua por aquellos días un poder soberano al cual respetar o acatar; de suerte que la desobediencia a un dignatario nominal no podía en rigor ser considerada una traición. Mas con todo, no debe pasarse por alto el hecho de que para justificar más tarde su conducta Walker siempre afirmó que había ido a Nicaragua invitado expresamente por Castellón. Mediante este aserto reconocía la autoridad de Castellón como Director Supremo del Estado; pero su conducta no concuerda con tal afirmación. En otras palabras, si llegó a Nicaragua invitado formalmente por el director supremo del gobierno democrático, actuaba de mala fe yéndose a la ruta del Tránsito sin su autorización.

A poco de haber botado anclas en San Juan del Sur supo Walker que allí se encontraba, en viaje a San Francisco después de visitar al gobierno legitimista en Granada, nada menos que aquel ilustre de Parker H. French. Nunca se sabrá a qué llegó a Granada. Puede que hubiera tratado de obtener de los legitimistas un contrato similar al de Cole; debe por lo menos haber recurrido a ese pretexto para entrar en pláticas con los líderes. Considerándosele pues relacionado con los intereses de los legitimistas, no tenía nada que tratar con Walker. A pesar de lo cual el habilidoso bribón se las ingenió para hacerse llevar preso al **Vesta**. Allí explicó a Walker que había ido a Granada con el propósito de averiguar con qué defensas contaban los legitimistas, y pasó a informarle de todo cuanto había visto. Walker no pareció interesado en el relato ni en preguntar nada de nada, pero sí resolvió servirse de la mejor manera de ese hombre enviándolo a San Francisco a reclutar una compañía de setenta y cinco combatientes.

Súpose en San Juan del Sur que en la ciudad de Rivas estaba acuartelada una numerosa tropa legitimista y que Guardiola se pondría pronto al frente de ella. Acababa de ser derrotado por Muñoz en el Norte del país y había llegado

huyendo a Granada. Oíase jurar que se vengaría en los filibusteros echándolos al mar. No queriendo permanecer a la defensiva únicamente ni dejar que el ocio desmoralizara a sus hombres, Walker los hizo caminar la noche del 2 de septiembre sobre la ruta del Tránsito desde San Juan del Sur a la bahía de La Virgen. Estando allí a la mañana siguiente preparando el rancho, fueron atacados por seiscientos legitimistas con Guardiola a la cabeza. Había éste salido de Rivas la misma noche, y al llegar a cierto punto de la ruta del Tránsito por donde los filibusteros acababan de pasar, contramarchó en seguimiento de ellos hasta La Virgen. Los hombres de Walker pelearon, estrechados de espaldas al lago, y sin retirada posible filibusteros y aliados nicaragüenses, luchando hombro a hombro, se mantuvieron a pie firme. La victoria fue de las fuerzas democráticas. No murió un solo filibustero, pero sí dos de sus aliados. Sesenta cadáveres legitimistas quedaron en el campo de batalla donde también dejaron ciento cincuenta fusiles. Durante el combate Walker fue derribado por una bala fría que le dio en la garganta, y otra le hizo trizas un legajo de cartas de Castellón que llevaba en una bolsa de su levita. Ante la sorpresa de las tropas nicaragüenses Walker ordenó que a los enemigos heridos se les atendiera con el mismísimo esmero que a sus propios hombres; a nadie asombró esto más que a las mismas víctimas contrarias que esperaban, conforme a la costumbre criolla, ser fusilado o degollados allí mismo.

En la tarde siguiente al día del combate la Falange regresó a San Juan del Sur. La noticia de su triunfo sumó nuevos partidarios a sus filas. Redactóse el parte de la victoria que fue enviado a Castellón, pero cuando la noticia llegó a León el Director Provisorio estaba entre la vida y la muerte; expiró una hora después víctima del cólera. Su sucesor, don Nazario Escoto, felicitó a las fuerzas triunfantes y prometió enviarles la ayuda que pudiera. Pero añadía que la propagación del cólera dificultaba el enrolamiento de voluntarios, de verdaderos voluntarios como los que quería Walker.

Recién llegado a San Juan del Sur, Walker tuvo que imponer una exacción de guerra a los principales comerciantes para el sustento de la tropa. Al cabo de un mes le llegó ayuda de Estados Unidos. El 3 de octubre entró al puerto, con procedencia de San Francisco, un vapor de la Compañía del Tránsito con treinta y cinco voluntarios al mando del Coronel Charles Gilman, el cojo de la expedición a Baja California, cuya terrible experiencia en esa campaña no había enfriado su fervor filibustero. Con Gilman llegó también otro veterano de aquella misma expedición y que ha figurado en estas páginas, el capitán George R. Davidson. (1). Pero la aportación más valiosa que llevó el vapor, en lo tocante a los intereses económicos de Walker, no fueron los reclutas sino un escocés: Charles McDonald. Gilman se lo presentó como el amigo de C. K. Garrison, gerente en San Francisco de la Compañía Accesorio del Tránsito. (2). Consecuencia de esta entrevista sería una serie de acontecimientos relacionados con el futuro de la causa filibustera. La llegada de McDonald fue para Walker más que grata, pues ello revelaba que había en Estados Unidos un grupo de financieros que estaban dispuestos a ayudar a los americanos que quisieran echar raíces en Nicaragua.

Ni la buena suerte ni las desdichas vienen nunca solas. El mismo día que llegaron Gilman y McDonald entraron a San Juan del Sur treinta y cinco voluntarios democráticos de León; así cumplía su palabra al nuevo director provisorio. Contaba Walker ahora con doscientos cincuenta combatientes, de los cuales ciento cincuenta eran nicaragüenses. Ya podía emprender una fuerte ofensiva.

- 
- (1) Charles Gilman, nacido en Baltimore, había emigrado a California y en 1852 se afilió al colegio de abogados del estado. Davidson era originario de Frankfort, Kentucky. En la guerra méxico-americana peleó con el grado de teniente; poco después se fue a California. Ambos murieron al cabo de dos meses de haber llegado a Nicaragua. Tomado del *Herald*, Nueva York, 14 de enero de 1856.
- (2) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 124, por William Walker (EDUCA, 1970).



## CAPITULO XI

### La toma de Granada

Alentado Walker por el visible interés que en sus planes tenían los directivos de la Compañía Accesoría del Tránsito, resolvió asestar un golpe magistral, el que en verdad fue uno de los pocos de su carrera dignos de un verdadero general. Estando en Rivas el total de las fuerzas legitimistas, dedujo que Granada, unas treinta millas al Norte, estaría prácticamente indefensa. Pensó entonces que si se iba a la bahía de La Virgen y embarcaba a su tropa en uno de los vapores de la compañía, podría fácilmente acercarse a la capital legitimista y tomaría antes de que su pequeña guarnición advirtiera el movimiento. Así pues, el 11 de octubre se dirigió al puertecito lacustre de La Virgen en donde se apoderó del vapor La Virgen y a la tarde siguiente tenía ya a todos los filibusteros a bordo. Por la noche, con sus luces apagadas, el vapor cruzó frente a Granada y ancló tres millas al Norte de la ciudad donde desembarcó a la gente; a las tres de la mañana del 13 marcharon a pie sobre la capital legitimista. Con los primeros indicios de la mañana llegaron a las rondas y en cuestión de minutos la ciudad era suya. La pequeña guarnición, tomada de sorpresa, disparó unos cuantos tiros y echó a correr. Bien atrincherado en la capital del enemigo, Walker era prácticamente ya amo y señor de Nicaragua. Liberó a unos cien prisioneros políticos, muchos de los cuales cargaban cadenas, con lo cual se granjeó más aún la simpatía de los democráticos. Pero, por otro lado, el no permitir que los soldados saquearan la odiada ciudad ni que saciaran su venganza en prominentes legitimistas, provocó el enojo de muchos de sus parciales.

Al otro día, domingo, Walker y varios de sus oficiales asistieron a una misa de ocho y escucharon un sermón del Padre Agustín Vijil, quien exhortó a los fieles a conservar la paz y la concordia. Durante toda su campaña en la América Central Walker se esforzó siempre por mantener buenas relaciones con el clero, pues bien sabía cuánto pesaba su influencia en los países hispanoamericanos. Las historietas de profanación de templos propaladas por sus enemigos y respaldadas por historiadores antagónicos, son puros infundios. (1). Ese mismo día se reunió la municipalidad que en sesión plena aprobó la resolución de ofrecer la presidencia de la república a Walker. El, naturalmente, declinó el ofrecimiento por considerar que no podía aceptar lo que no tenían ellos derecho a dar, sugiriendo en cambio que se la ofrecieran a Ponciano Corral, General en Jefe de las fuerzas legitimistas con quien quería entrar en arreglos. (2).

Entre tanto, se interesó en buscar la manera de establecer la paz. A ese fin se envió una delegación a la ciudad de Rivas con el encargo de convencer a Corral de la conveniencia de poner término a las hostilidades. Mister John H. Wheeler, el ministro de Estados Unidos, habiendo aceptado también interponer sus buenos oficios, acompañó a los delegados. Corral se negó a negociar con los comisionados nicaragüenses, y Mr. Wheeler no sólo no pudo verse con el general, sino que fue objeto de muchos vejámenes. Mientras tanto, el líder legitimista escribió varias cartas a Walker manifestándole el deseo de entenderse personalmente con él, pero el jefe filibustero se hizo el desentendido.

Ciertos acontecimientos, sin embargo, obligaron a Corral a deponer su actitud. Cuatro días después de la toma de Granada, llegó a San Juan del Sur el vapor de San Francisco con Parker H. French y sesenta filibusteros. Uno de ellos era Birkett D. Fry, soldado de la guerra méxico-americana.

(1) Véase, por ejemplo, **Central America**, Vol. III, nota a la Pág. 356, por Bancroft.

(2) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong. 1 Sess.

cana a quien French, con su característica torpeza, daba el grado de coronel sin autorización de Walker ni de nadie. French seguía siendo el megalómano de siempre. Dispuso en seguida salir para La Virgen, y lo hizo sin ningún tropiezo, aunque tuvo la suerte de librarse de una emboscada que bien pudo tenderle el enemigo acuartelado ahí no más en Rivas. Llegado a La Virgen embarcó a los filibusteros en un vapor para ir a tomarse el puerto y fortaleza de San Carlos que domina la embocadura del Río San Juan, desagadero del lago en el Atlántico. Salieron los filibusteros junto con los pasajeros; entre estos últimos había muchos niños y mujeres. Amagaron la fortaleza, pero viendo que no podrían rendirla con sólo el cañón de bronce que llevaban, pusieron proa hacia Granada. Después de desembarcar allí, el vapor regresó con sus pasajeros a La Virgen, puesto que hubiera sido tontería, después del intento de tomarse San Carlos, tratar de entrar en el río. Alojóse a los doscientos cincuenta pasajeros en los edificios de la compañía. En seguida llegaron los legitimistas atacándolos a tiros. Mataron e hirieron a varios; pasajeros neutrales y filibusteros hostiles eran casi lo mismo para ellos. A más de esto, cuando el otro vapor de la compañía hubo remontado el río con pasajeros procedentes de la costa atlántica de Estados Unidos y se acercaba a San Carlos, fue cañoneado; una mujer y un niño resultaron muertos. Esto motivó la suspensión temporal del tránsito a través del istmo, y para proteger a los pasajeros se les llevó a Granada. (1). French y Fry, en su deseo de destacarse, habían sido causantes de muertes y sufrimientos de mujeres y de niños, y encima de todo casi echan a perder los planes de Walker provocando el cierre de la ruta del Tránsito. Mas con todo, la situación de Walker era tal que no le permitía proceder contra ellos; hizo pues caso omiso de tan grande estupidez y más bien culpó a los legi-

(1) Del Comodoro Paulding al Secretario de Marina Dobbin, 21 de diciembre de 1855, y 22 de enero de 1856; Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe I, Págs. 98, 116, 120, 121; del Ministro Wheeler al Secretario de Estado Marcy, 23 y 30 de octubre de 1855, Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.; Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 22 - 32.

timistas, a quienes resolvió castigar en forma típicamente nicaragüense. Escogió a don Mateo Mayorga Quadra, Ministro de Relaciones exteriores capturado en la toma de Granada y quien tenía la casa del ministro Wheeler por cárcel, para vengar en él la muerte de los americanos. Era don Mateo el personaje legitimista de más relieve en poder de Walker, y lo mandó fusilar en la plaza mayor al amanecer del 22. Para ejecutar tan repugnante exceso fue escogido un pelotón de soldados leoneses que parecían gozosos de verse ante la oportunidad de derramar sangre granadina. Walker actuaba como discípulo aventajado en el arte de gobernar al uso hispanoamericano.

De Granada se envió un residente francés a donde Corral, quien se hallaba en Masaya, con la noticia y las razones del por qué de la ejecución de Mayorga, notificándosele además que Walker tenía en rehén a destacadas familias granadinas que responderían por los desafueros que en adelante cometiesen los legitimistas. Esto surtió el efecto deseado. Los familiares de la mayoría de los oficiales de Corral eran granadinos; todos ellos comenzaron entonces a hablar de paz. El 23 por la mañana los dos jefes se abocaron en Granada donde firmaron un convenio de paz entre legitimistas y democráticos; también se convino en crear un gobierno provisional en que estarían representados ambos partidos. (1). Nombróse presidente provisorio a don Patricio Rivas, hombre de edad madura y de tendencia legitimista grato a todos por sus moderadas ideas políticas. Corral quedó de ministro de guerra, y Walker de general en jefe del ejército de la república. Suprimiéronse el emblema blanco de los legitimistas y el rojo de los democráticos; en su lugar todas las tropas llevarían en adelante sólo una cinta azul con este lema: "Nicaragua Independiente". (2).

- 
- (1) Véase el texto de este convenio en Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess.  
(2) De Wheeler a Marcy, 30 de Oct. de 1855, Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Nicaragua II; *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 125 - 135, por Walker; *Walker's Expedition*, Págs. 77 - 82, por Wells.

Vemos aquí otra prueba de la rápida adaptación de Walker a los métodos políticos de su patria adoptiva. El y su adversario en el campo de batalla negociaron al margen de los gobiernos a los cuales servían, y se unieron a fin de encontrar un tercero en discordia que tomara el lugar de tales gobiernos. Ni Corral ni Walker tenían derecho a crear un nuevo gobierno ni tampoco a poner presidente, pero Walker dice en su libro que actuó en su carácter de general en jefe cuyo actos quedaban sujetos a la ratificación de su gobierno. Y todo fue ratificado pero no legalmente sancionado. El nuevo gobierno presidido por el señor Rivas era, por tanto, producto de una revolución, como también lo habían sido los dos recién suplantados, ya que debía su existencia únicamente a la fuerza de las armas. Y puesto que la guerra no había dado la supremacía a ninguno de los partidos, no podía establecerse la legitimidad de ninguno de los dos gobiernos preexistentes. Si el partido de Walker hubiera triunfado a la redonda, el nuevo gobierno, para ser legal habría tenido que instaurarse con arreglo a la constitución de 1838. Y si los triunfadores hubieran sido los legitimistas, el nuevo gobierno habría sido legal sólo ajustándose a la constitución de 1854. Pero como ninguna de estas cosas ocurrió, el convenio Corral-Walker no pasó de ser una componenda revolucionaria, ni más ni menos.

Fue Corral quien propuso y redactó el convenio. Lo envolvió en fraseología religiosa. El texto entero, salva por una sola cláusula referente a la naturalización de los americanos propuesta por Walker, fue producto de su cabeza únicamente. Una semana después, arrodillados ambos en la catedral ante un crucifijo, juraban, puestas sus manos sobre los Santos Evangelios cumplir fielmente las estipulaciones del convenio. Pero en esos mismos instante la mente de Corral empollaba el rencor. El 25, firmado ya el documento, volvió a su cuartel general de Masaya e hizo los preparativos para entrar con sus fuerzas en Granada. Había salido de la ciudad en la creencia de que Walker licenciaría las tropas leonesas, pero cuando el 29 regresó a ella se en-

contró con que el líder filibustero, como si temiera una traición tenía en la plaza a todas sus tropas en orden de batalla. Esto, por sí solo, habría sido suficiente motivo de disgusto, si él no viniera ya fermentando designios de doblez; pero el ver juntos en formación a leoneses y filibusteros le enfureció. Sin embargo, refrenando sus pasiones se abrazó con Walker en el centro de la plaza, y luego los dos, del brazo y seguidos de sus oficiales, entraron en la iglesia donde se cantó un **Te Deum**. Al día siguiente, como ya se dijo, prestaron juramento. Corral de seguro esperaba, aparentando estar de muy buenas con Walker, suscitar en los leoneses animosidad contra el líder filibustero, pensando que ellos no considerarían aliado suyo a nadie que intimase con el enemigo común. Corral detestaba diez veces más a los demócratas que a los americanos, y procuraba servirse de éstos para librarse de aquéllos. El nuevo gabinete quedó definitivamente formado al día siguiente de la jura. No había en Granada ningún demócrata con suficientes capacidades para desempeñar un ministerio, pero ese día llegó de León el General Máximo Jerez, jefe del partido, con la noticia de que el gobierno de León había ratificado el convenio del 23, en virtud de lo cual desaparecía aquel gobierno. Walker en el acto presionó para que se diera a Jerez el más alto cargo del gabinete aún vacante, que era el ministerio de relaciones exteriores, manifestando que puesto que el jefe militar de uno de los partidos era ministro de guerra, justo sería que también el otro partido tuviera un representante con destacado cargo en el gobierno. Corral se opuso con fuerza, pero la opinión de Walker pareció racional al Presidente Rivas, y prevaleció. La copa de la amargura del jefe legitimista se había llenado hasta el borde, y al siguiente día, fresco aún en sus labios el juramento de fidelidad, escribió una carta a Guardiola, en Tegucigalpa: "Es necesario que usted escriba a los amigos advirtiéndoles el peligro en que estamos y que trabajen con actividad. Si se dilatan dos meses ya no habrá tiempo. Piense en nosotros y en sus ofrecimientos".

“Salude a la señora y mande a su amigo que verdaderamente lo estima y besa sus manos”.

(f.) P. Corral

“Adición: Nicaragua se verá perdida, perdida Honduras, El Salvador y Guatemala también si dejan que esto tome cuerpo; vengan pronto si quieren hallar auxiliares”.

Y en iguales términos escribió a don Pedro Xatruch, militar hondureño de prestigio. Cayeron ambas cartas en manos de Walker por haber sido confiadas en Managua a un prisionero democrático a quien se puso en libertad bajo condición de llevarlas a la frontera hondureña. El prisionero, ardidado por el maltrato que había sufrido a manos de los legitimistas, y sospechando que la extraordinaria condición impuesta para obtener su libertad involucraba algo grave, llevó las cartas a Granada y las entregó a Valle, aquel indio adicto a Walker. El general en jefe, en presencia de su autor, mostró las cartas al gabinete en pleno. Corral admitió su responsabilidad. En vista de que no se habían creado todavía tribunales civiles, el militar legitimista fue juzgado en consejo de guerra, cuyos miembros fueron todos americanos a petición del propio Corral. (1). Se le encontró culpable de traición y sedición, y fue condenado a muerte; pero los miembros del consejo, por unanimidad, lo recomendaron a la clemencia del general en jefe. Walker tenía ante sí tres caminos para escoger: primero, desterrar al prisionero que luego podría aglutinar a los nicaragüenses descontentos que vivían en el exterior para volver al país a perturbar la paz; segundo, encarcelarlo y provocar con ello complots destinados a libertarlo para ponerlo al frente de la lucha contra el gobierno; y, tercero, ejecutar la sentencia de muerte, para horror de los legitimistas y suscitar su resentimiento de manera pasajera o tal vez permanente, pero librando al gobierno por lo menos de un enemigo peligroso. Tras de pensarlo

(1) Hornsby actuó de presidente del consejo, Fry de fiscal, y French fue defensor del acusado.

bien resolvió Walker, a pesar de todos los ruegos, tomar este último camino. Corral era inmensamente popular en Granada, y gozaba de simpatía casi universal. Pero Walker había llegado a la conclusión de que con gente como la nicaragüense el gobierno no podía andarse con puños tibios. La subsecuente historia de esa y otras repúblicas vecinas ha demostrado hasta la saciedad que para mantener la paz y la tranquilidad en esa región es necesario el puño de hierro, y también ha justificado la cordura de la política de Walker. Así fue pues que a medio día del 8 de noviembre fue fusilado Corral, ídolo de los legitimistas. Sus simpatizadores, naturalmente, hicieron de él un mártir, y llegándose a su cuerpo caído pero palpitante aún le cortaron mechones de cabello; hubo hasta quienes empaparon pañuelos en su sangre. (1).

Al destruir Walker a un enemigo grande se hizo de miles de pequeños. Este episodio es típico de su anecdotario en Nicaragua. Y no solamente creaba nuevos opositores destruyendo otros viejos, sino que cuandoquiera que ganaba un amigo por lo general se hacía también de un nuevo enemigo. En el curso de esta obra se verá esa realidad. No podía inclinarse a una facción política de Nicaragua sin malquistarse con la otra. Si el pueblo americano veía su causa con simpatía los ingleses lo observaban con sospecha. Consiguió ayuda de los estados del Sur a costa de contrariar a sus amigos del Norte. Al ganarse el apoyo de un grupo de capitalistas americanos incurrió en la ira de un prepotente empresario que juró acabar con él. Cosas eran éstas contra las cuales nada podía hacer el líder filibustero. A falta de una explicación mejor, digamos que eran decretos del destino.

El cargo de ministro de la guerra que desempeñaba Corral recayó en un recalcitrante demócrata, Buenaventura Selva, con lo cual quedó destruida la balanza del poder entre las facciones antagónicas. Esto, por supuesto acentuó el des-

(1) Walker en Centro América, Págs. 141 - 46, por Montúfar; La Guerra de Nicaragua, Págs. 135 - 40, por Walker.



contento de los legitimistas. Todas sus tropas, las que entraron a Granada con Corral, habían sido licenciadas el 4, la víspera de descubrir Walker la traición. También había sido licenciada la mayor parte de las fuerzas democráticas, quedando sólo la Falange para el servicio militar del gobierno provisional. Walker era, por tanto, como general en jefe, el verdadero director del estado, ya que vista la angustiosa situación en que se debatía Nicaragua, la fuerza de las armas era la única base de toda autoridad. Grandes cambios se habían efectuado en el curso de dos semanas, pero al actuar con tal premura Walker dio muestras de una lamentable falta de respeto por las costumbres y susceptibilidades de un pueblo sumamente emotivo. No previó que la reacción contra tan rápida mudanza sería inevitable. Tal vez la sensación del peligro inmediato que pareció anunciarle el corazón desde el primer momento de su entrada en la plaza fuerte del legitimismo, le impidió pensar en el mañana y le obligó a ocuparse únicamente de la seguridad del momento.

A pesar de parecer que la estrella de Walker se abriantaba, su situación era en verdad crítica, y el convenio del 23 de octubre no la había mejorado. La paz había hecho volver a Granada gran número de sus inquietos vecinos contra quienes él había peleado sin lograr someterlos; y un solo disparo pudo haber provocado un estallido de violencias capaz de exterminar al puñado de americanos.

Dos acontecimientos, no obstante, parecían augurar un futuro venturoso para el régimen filibustero. McDonald, el agente de Garrison, se había ido tras de Walker a Granada, y le demostró ser amigo en las duras, ofreciéndole ayuda económica al nuevo gobierno. Debido a las perennes revoluciones las arcas del tesoro nicaragüense estaban vacías (si es que no lo estuvieron siempre así) y ningún gobierno en bancarrota puede hacerse respetar en su propia casa y en la vecina menos. Al principio Walker dudaba que McDonald tuviera suficientes poderes para hacer efectivo el ofrecimiento de Garrison, como era anticiparle a buena cuenta veinte

mil dólares. Quizá le pareció que no podría ser verdad tanta belleza. McDonald mostró a Walker un poder, como abogado de Garrison, embozado en terminología vaga, que lo autorizaba para actuar como su agente general en Nicaragua; pero el general en jefe, con cautela de abogado, no se convenció hasta haber hablado con Gilman respecto de las relaciones personales existentes entre el funcionario de la Compañía del Tránsito y su agente. Convencido al fin de la autenticidad de los poderes de McDonald, Walker aceptó la oferta. El dinero le fue inmediatamente entregado, tomando McDonald esa cantidad de un cargamento de oro procedente de California. Libró a los propietarios del oro letras de cambio contra Charles Morgan, gerente de la Compañía del Tránsito en Nueva York, por el valor de la cantidad tomada, y las letras fueron aceptadas. Este gesto demostró que los gerentes de la Compañía del Tránsito en Nueva York y San Francisco confiaban en que Walker podría promover sus intereses, porque de otro modo, es decir por pura largueza, jamás le hubieran concedido un anticipo de veinte mil dólares. El préstamo estaba garantizado, puesto que el gobierno de Nicaragua se comprometió a amortizarlo con los pagos anuales que la compañía hacía al estado a cuenta de la concesión de la ruta del Tránsito. (1).

Otro suceso al parecer favorable fue el reconocimiento que el 10 de noviembre otorgó el Ministro de Estados Unidos John H. Wheeler al nuevo gobierno. Sin embargo, dos días antes de esto el Secretario de Estado Marcy había enviado instrucciones a Wheeler de abstenerse de todo trato con el nuevo régimen hasta que de manera indiscutible demostrase ser un gobierno **de facto**. El proceder de Wheeler fue, por tanto, apresurado y contrario a las órdenes que habría de recibir después. Cuando a Washington llegó el informe del ministro sobre el reconocimiento que había extendido, el Departamento de Estado lo desautorizó y lo reprendió. (2). Lo

[1] *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 124 - 5, por Walker.

[2] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Estados Americanos, Instrucciones, XV, Pág. 251; House Ex. Doc. 103, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 35, 39, 51.

que acaso salvó a Wheeler de la destitución fue la vigorosa defensa que de él hizo el Secretario de la Marina John C. Dobbin. Ambos eran originarios de Carolina del Norte. Allí por dos años había luchado Dobbin la senaduría contra Romulus M. Saunders, y durante la prolongada estancación tuvo el apoyo de Wheeler, quien por entonces era miembro de la cámara legislativa del estado. Dobbin estaba ahora en condiciones de saldar la deuda, y en ésta como en otras ocasiones intercedió por el ministro ante su inmediato jefe superior cuando la paciencia de éste se consumía viendo la mal disimulada amistad que Wheeler mantenía con su paisano el filibustero. (1).

En los meses de octubre y noviembre de 1855 Granada vivió muchas nuevas experiencias. Durante un cuarto de siglo había sido foco de tormentas políticas, de tal suerte que los somatenes y las guerras no hacían ya pero ni cosquillas a los granadinos; habían visto la plaza mayor de la ciudad frecuentemente atrincherada por sus defensores y cañoneada por sus enemigos. Ahora, en cambio, parecía que la paz reinaba suprema en la ciudad. No patrullaban sus calles los morenos soldados con sucios pantalones remanados hasta las rodillas, ni se veían oficiales siempre alertas para evitar las desertiones del aborrecido servicio militar. Hombres de mayor estatura, más blancos y espesa-

(1) John H. Wheeler nació en Murfreesboro, Carolina del Norte, el 2 de agosto de 1806. Fue representante de la cámara legislativa estatal de 1827 a 1830; perdió la elección como candidato al Congreso en 1830, y fue miembro de la junta de comisionados para determinar los reclamos franceses de expoliación en los años de 1831 - 34. De 1837 a 1841 desempeñó el cargo de superintendente de la casa de la moneda en Charlotte, Carolina del Norte, tesorero del estado de 1841 - 42, y otra vez miembro de la cámara legislativa estatal en 1852. En 1854 fue nombrado ministro en Nicaragua, y cuando fue destituido pasó a vivir a Washington hasta el estallido de la guerra civil. Los años de 1863 - 65 se los pasó en Europa recolectando material para escribir la historia de Carolina del Norte. Ya en 1851 había publicado una historia de su estado natal, pero proyectaba hacer una nueva edición aumentada; su mala salud retrasó el trabajo y no pudo terminarla. Se dedicó con empeño a compilar recortes de periódicos. En la Biblioteca del Congreso, en Washington, hay unos veinte volúmenes de éstos, cuatro de ellos tratan de las actividades de Walker en Nicaragua. Un recorte de uno de éstos indica que también pensaba escribir una historia del movimiento filibustero. **Biographical History of North Carolina**. Vol., III, Pág. 472, por Ashe.

mente barbados, con sombreros de fieltro de anchas alas, camisa de franela azul, y pantalones de pana o de tela asargada metidos los ruedos en botas altas y pesadas, con un par de revólveres y un cuchillo de monte al cinto más un rifle sobre el hombro derecho, eran ahora dueños de Granada. Parecía que una nueva civilización estuviera a punto de injertarse en aquella más vieja y decadente. Seis días después de la toma de la ciudad llegó Fry con sesenta filibusteros. Tres de ellos, aficionados a la música, se hicieron de un pito y dos tambores para a la hora del crepúsculo desfilar por la plaza tocando aires extraños a los oídos granadinos. En pos de la murga llegaron los americanos frente al cuartel de su líder a serenatarlo con sones como el "Yankee Doodle" y el "Hail Columbia!" Terminada la música se oyeron gritos de ¡Coronel Walker, ¡Coronel Walker!. Y apareció el "coronel". En tales ocasiones el discurso es de rigor. "Compatriotas y soldados", dijo, "tal vez sea esta la primera vez que se oye música americana en la plaza de Granada; ojalá que también la oigan las futuras generaciones". (1). Y así se vio transplantada al corazón de la América Central una pequeña escena común en la gran república del Norte. Raro ha de ser en Estados Unidos el pueblito en donde ayer u hoy no se haya serenateado a un distinguido ciudadano pidiéndole luego hablar.

Al día siguiente, a la semana exacta de la toma de Granada, apareció otra innovación americana en forma de un periódico impreso en inglés y español. Era semanario y se titulaba **El Nicaragüense**; salía los sábados. Costaba la subscripción diez dólares al año, y el ejemplar se vendía a veinticinco centavos, pagados, probablemente, en vales nicaragüenses. El primer número contiene una relación de las peripecias de Walker desde su salida de San Francisco hasta la toma de Granada. En dos columnas, escritas claro está para los lectores de Estados Unidos, se enumeran los recursos naturales de Nicaragua. En el segundo vienen no-

[1] **El Nicaragüense**, 20 de octubre de 1855.

ticias de la guerra de Crimea. (+). El del 8 de diciembre trae en la primera página un poema de amor y da cuenta del nacimiento de un niño americano a quien bautizaron con el nombre de William Walker Wallace. El hombre que en tan corto tiempo era capaz de poner en servicio un medio de civilización tan fundamental como es la imprenta tenía que ser algo más que un simple bandido o depredador, como a veces ha sido tildado. (1).

El periódico de Walker fue el primero en llamarle "El Predestinado de los Ojos Grises", según se le nombró después a cada paso. En 1850 el misionero inglés Frederick Crowe publicó su libro **The Gospel in Central America**. En él reseña una vieja tradición de los indios nicaragüenses referente a la creencia de que un día serían liberados de la opresión española por "un hombre de ojos grises". **El Nicaragüense** del 8 de diciembre revive la tradición, y añade: "Si quisiéramos creer que la raza de los profetas no murió con Isaías. (¿y por qué habría de morir?) diríamos que esta profecía se ha cumplido al pie de la letra. "El Predestinado de los Ojos Grises" está aquí. Y no llegó como un Atila o un Guardiolo, sino como amigo de los oprimidos y protector de los mansos y desvalidos. Los indios creen que la profecía se ha cumplido, porque la semana pasada vimos en Granada a una delegación de ellos, los que por cierto rara vez visitan la ciudad, venida a saludar al General Walker. Les encantó la cordialidad con que él los recibió, y le manifestaron su sincero agradecimiento por haberlos liberado de la opresión, así como por la tranquilidad de que ahora disfruta el país. Dejaron a sus pies como ofrenda frutas y víveres de sus huertas y lo ensalzaron como "el hombre de los ojos grises" tan larga y ansiosamente esperado por sus antepasados". Así es como la única impresionante característica física del líder filibustero habría de servir como prueba de que

(+) Guerra que duró de 1854 a 1856 por el dominio de la Europa sudoriental. Inglaterra, Francia, Turquía y el reino de Cerdeña derrotaron a Rusia. (N. del T.).

(1) En el Departamento de Estado, en Washington, existe una colección incompleta de **El Nicaragüense**; están en ella la mayor parte de los números que van del 20 de octubre de 1855 al 9 de agosto de 1856.

su presencia en Nicaragua era el cumplimiento de una profecía. "El Predestinado de los Ojos Grises" fue doble y triplemente magnificado por un agente de publicidad de muy frondosa imaginación.

En el interín las cosas no le habían salido bien a Kinney en San Juan del Norte, así decidió establecer, de serle posible, una especie de alianza defensiva y ofensiva con Walker. En consecuencia, salieron para Granada Joseph Fabens y un Capitán Swift acompañados de unos veinte simpatizadores que llegaron a la ciudad al día siguiente del fusilamiento de Corral. Walker los recibió con deferencia, y después de muchos cumplidos los "embajadores" se desabrocharon sacando a luz el objeto de su misión que era crear, en beneficio mutuo, una liga entre los dos aventureros. Walker les respondió sin ambages: "Díganle al Gobernador Kinney, Coronel Kinney, Míster Kinney, o como quiera autotitularse, que tenga por seguro que si logro echarle mano en suelo nicaragüense, lo cuelgo". Los espectros de Corral y de Mayorga deben haber desfilado ante la amedrentada imaginación de los "embajadores"; y pensando que nada saludable sería regresar a San Juan del Norte con el cuento, resolvieron allí mismo dejar a Kinney y sentar plaza bajo la estrella ascendente de Walker. (1). **El Nicaragüense** emprendió al punto una campaña de burlas contra el gobernador de San Juan del Norte, a quien desdeñosamente llamaba "el finquero Kinney". Dos razones tenía Walker para combatirlo. En primer lugar, el gobierno de Nicaragua jamás había reconocido la existencia legal del reino miskito, base de los reclamos de Kinney; en segundo, Walker contaba con el favor de la Compañía Accesoría del Tránsito, en tanto que Kinney y ella vivían lanzándose mutuamente terribles amenazas.

No obstante la desertión de Fabens, Swift, y de muchos más de sus seguidores, Kinney se encaprichó en permanecer en San Juan del Norte para seguir reclamando desde allí su

[1] Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Pág. 59; *Herald*, de Nueva York, 30 de enero de 1856.

pretendido derecho a las tierras donadas por el rey miskito a Shepherd y Haly. El 8 de febrero de 1856, el presidente provisorio don Patricio Rivas, emitió un decreto, a instancias de Walker, proclamando incontestable el derecho de Nicaragua a la Mosquitía, y nulo y de ningún valor el reclamo de Kinney que era además un atentado contra la integridad de la América Central. (1). Dado que algunos de los hombres de Walker eran amigos de Kinney, trataron de interponer sus buenos oficios a fin de que ambos ajustaran un arreglo. Carlos Thomas, Ministro de Hacienda de Walker, y el Coronel Fisher, mencionado ya, fueron a San Juan del Norte a hablar con Kinney para pedirle que visitara a Walker, garantizándole la vida con la suya propia. Kinney consideró esto prácticamente una invitación oficial, de manera que sin previo aviso se presentó el 11 de febrero en Granada tres días después ¡cosas del destino! de haberse emitido el citado decreto. Kinney, quien esperaba encontrar a un Walker bien dispuesto a entenderse con él, se sorprendió grandemente al darse cuenta de cómo andaban en realidad las cosas. De igual modo se sorprendió Walker al ver llegar a Kinney, pero lo recibió cumplidamente, tal vez pensando que el hombre llegaba, igual que Fabens, dispuesto a capitular. El gobernador de San Juan del Norte ofreció reconocer la autoridad militar de Walker sobre el reino miskito a cambio de que el jefe de la Falange reconociera al gobierno civil de Kinney. Esto equivalía a proponer a Walker que sus fuerzas apoyaran las pretensiones de Kinney sin recibir ninguna compensación. El general en jefe citó el reciente decreto al efecto de que el territorio era parte integrante de Nicaragua. Kinney objetó que él había comprado esas tierras; que ya se habían invertido cien mil dólares en proyectos de colonización, y que no entregaría su propiedad hasta que por vías judiciales se estableciera la ilegalidad o legalidad de sus títulos. Walker replicó que al gobierno nicaragüense competía resolverlo, y preguntó a Kinney qué servicios podría prestarle al Presidente Rivas. El interpelado contestó que podía traer gran nú-

(1) **Herald**, Nueva York, con fecha 20 de febrero de 1856 contiene el decreto aparecido el 16 de febrero en **El Nicaragüense**.

mero de inmigrantes, obtener un empréstito y ejercer su influencia política para hacer que Estados Unidos reconociera al nuevo gobierno nicaragüense. Ambos se despidieron conviniendo en que al día siguiente seguirían hablando sobre la cuestión. Pero, antes de volver a verse, Kinney cometió un error garrafal. En plática con Rivas y algunos miembros del gabinete ante quienes expuso sus planes, indicó, según se dijo, que un colono valía por cinco soldados, y que, en cambio, un ejército desproporcionado como el que Walker estaba organizando, consumiría la hacienda pública. Lenguas que nunca faltan fueron con el cuento a Walker, y cuando Kinney llegó a verlo para conocer su decisión referente a la propuesta del día anterior, fue recibido con frialdad. El general en jefe le dijo que no quería tener ninguna relación con él, pues se había expresado irrespetuosamente al hablar de cuestiones tocantes al gobierno, y añadió al salir de la sala en donde hablaban, que había ordenado su arresto. Kinney fue en seguida detenido bajo cargo de traición, y Walker hubiera sin duda puesto en ejecución su amenaza de colgarlo si no fuera que le dicen en qué circunstancias había llegado a Granada. Gracias a eso se le puso en libertad enviándosele de vuelta a San Juan del Norte bajo guarda armada. Walker le extendió salvoconducto redactado en forma vejatoria. (1).

Sólo la última frase difiere de la forma corriente de los salvoconductos.

Como la mayoría de los actos de Walker, la grosería cometida con Kinney le hizo de más enemigos que de amigos. Entre políticos americanos influyentes tenía Kinney muchos incondicionales, y a éstos cayó muy mal el proceder de Walker; dícese que hasta el mismo Presidente Pierce fue de igual

(1) El *Herald*, de Nueva York, publicó lo que se dijo ser copia fiel: "Permítase a Mr. Theo J. Martin pasar libremente de este lugar a San Juan del Norte. Ninguna autoridad podrá detenerlo en su camino.

Mr. H. L. Kinney va hasta San Juan bajo custodia de Mr. Martin".  
"William Walker  
General en Jefe del  
Ejército de Nicaragua".



sentir. (1). El resto de la carrera de Kinney puede resumirse así: Por algunos meses más pudo vegetar en San Juan del Norte, pero al fin se echó a cuestras su título de gobernador y salió del puerto enfermo y sin un real. En 1857 logró interesar a unos mormones ingleses en la compra de su concesión, y un agente de ellos convino en adquirir la mitad de las tierras. Basado en esta transacción obtuvo un préstamo de ciertos comerciantes panameños. Con varios compañeros volvió a San Juan del Norte en donde desembarcó el 19 de abril de 1858. Intentaron tomar posesión del gobierno, pero fueron arrestados y reclusos en la prisión militar. El Capitán C. H. Kennedy, del barco de guerra americano **Jamesstown**, intercedió por ellos y los llevó a bordo de su nave después que solemnemente prometieron no volver a San Juan del Norte sino de manera pacífica. Kinney partió a Colón, en donde se embarcó a Estados Unidos. En el otoño regresó a Texas. Varios amigos suyos le metieron en la cabeza que lanzara su candidatura para gobernador. En 1861, en una reyerta ocurrida en Matamoros entre las facciones políticas de "rojos" y "crinolinos" en la que él tomaba parte, fue muerto a balazos. (2).

- (1) **Herald**, Nueva York, 29 de febrero de 1856; **With Walker in Nicaragua**, por Jamison, Pág. 126.  
 (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 305; **Herald**, de Nueva York, 31 de mayo de 1858; **British State Papers**, XLVIII, Págs. 661 - 2; **Harper's Weekly**, Vol. ii, Pág. 678 (23 de octubre de 1858); **Pictorial History of Texas**, Pág. 579, por Tharall.

## CAPITULO XII

### Filibusteros y Financieros

Se ha visto ya que la Compañía del Tránsito permitió a Walker utilizar uno de sus barcos para tomarse Granada y que poco después dio al nuevo gobierno un anticipo de veinte mil dólares en oro. Habiendo recibido pruebas de buena voluntad, el general en jefe, cuya situación era todavía sumamente crítica, escribió a Crittenden instándole a arreglarse en alguna forma con Garrison para el envío, tan pronto como fuese posible, de quinientos hombres a Nicaragua en los vapores de su compañía. Por supuesto que Walker no consultó esta gestión con Rivas ni con su gabinete. Garrison recibió con beneplácito la solicitud, y así fue como de todo vapor que arribaba a San Juan del Sur desembarcaban filibusteros llevados casi todos allá por cuenta de la compañía. Finalmente, en diciembre de 1855 Garrison envió a Granada a su hijo en compañía de Edmund Randolph y C. J. McDonald con el objeto de ajustar un arreglo con Walker a fin de obtener alguna recompensa a cambio de la ayuda que le estaba prestando, pues no debe suponerse que un hombre tan materialista y elevado por sus propios esfuerzos, como era el gerente de San Francisco, obrara por altruismo solamente. Con el joven Garrison llegaron, como muestra de la amistosa actitud de su padre, cien filibusteros más transportados siempre por cuenta de la compañía. Randolph dio a conocer a Walker el convenio que Crittenden tenía con Garrison referente al enganche de filibusteros. La Compañía del Tránsito, le informó, no habiendo cumplido sus obligaciones con el Gobierno de Nicaragua, había perdido todo derecho de existencia civil. En consecuencia, sugirió a Walker revocar la

concesión otorgada a la concesionaria y conferir una nueva a favor de Garrison y del gerente en Nueva York, Charles Morgan, a quien Garrison proponía como socio suyo. (1). A cambio de este favor Morgan y Garrison llevarían de balde a todo aquel que quisiera irse a Nicaragua. Ahora salta a la vista el por qué y para qué de la visita de McDonald así como del anticipo de veinte mil dólares concedido en octubre. Garrison había hecho todo eso a costa de la compañía, y en provecho propio.

En el otoño de 1855 era público en Estados Unidos que la Compañía del Tránsito le prestaba valiosos servicios a Walker, y prevalecía la opinión, además, de que los directivos de esa empresa habían organizado la expedición con el fin de introducir en Nicaragua un nuevo elemento humano capaz de acabar con las revoluciones que tanto perjuicio económico causaban a la compañía. (2). Sin embargo, ha que-

(1) Charles Morgan y Cornelius K. Garrison, socios de la casa bancaria Garrison, Morgan, Roslton, Fretz, de San Francisco, eran a mediados del siglo XIX prominentes capitanes de industria americana. Morgan nació en Clinton, Connecticut, el 21 de abril de 1795. A los catorce años era empleado de una tienda de comestibles de Nueva York; más tarde se dedicó a importar frutas tropicales y después entró en el negocio naviero. Comenzó con el primer barco de vapor que hacía el cabotaje entre Nueva York y Charleston, y en 1836 inauguró una línea marítima entre Nueva Orleans y Galveston, aun antes de la independencia de Texas. De ahí nació la hoy bien conocida "Morgan Line". Véase *Dedication of the Morgan School Building*, por L. E. Staunton, (Nueva York, 1873); y Morgan *Genealogy*, por N. H. Morgan (Hartford, 1869).

Cornelius K. Garrison fue, al igual que su socio, un hombre hecho a puro pulso; nació el 1 de marzo de 1809 cerca de West Point, Nueva York. De muchacho trabajó en vapores de río y llegó a ser constructor de barcos de vapor. Estuvo relacionado con empresas de transporte en el Río Misisipi. Al estallar la fiebre del oro abrió un banco en Panamá, y en 1853 se fue a San Francisco y se hizo gerente de la Compañía Accesorias del Tránsito. En octubre de ese año fue elegido alcalde de la ciudad. Después de acumular una fortuna en el Oeste volvió a Nueva York en 1859 y siguió con su negocio de vapores. Véase *Representative Men of the Pacific Coast*, págs. 143 - 64, por O. T. Shuck (San Francisco, 1870); y también la obra *California*, por Bancroft, Vol. VI., Pág. 766.

(2) El *American and Gazette*, de Filadelfia, con fecha 15 de noviembre de 1855, publicó el siguiente editorial: "Walker, según parece, representa a una organización más responsable que una simple gavilla de filibusteros. A decir verdad, se asegura por ahí, y se cree, que su expedición ha sido planeada, apoyada y mantenida por la Compañía del Tránsito. Esa corporación tiene un capital de tres millones de dólares. Su expedición parece tan bien organizada y abastecida de municiones, dinero y hombres que es difícil creer sea todo obra de él solamente. La compañía, no cabe duda, envió armas a Nicaragua que, misteriosamente, pasaron a manos de Walker, y los vapores de la ruta del tránsito le fueron cedidos de manera tan

dato demostrado que ésta era una idea errónea. La verdadera explicación de los servicios prestados a Walker tiene que ver con ciertas zurderías bursátiles urdidas en Wall Street, y con las relaciones mantenidas antes entre la compañía y el gobierno de Nicaragua. Durante muchos meses las acciones de la Compañía Accesoria del Tránsito fueron algo así como un balón en la bolsa de valores de Nueva York. Cornelius Vanderbilt, primer Presidente de la Compañía, había dejado ese cargo en 1853, en vísperas de su memorable viaje a Europa, y le sucedió Charles Morgan. Durante su ausencia, Morgan y Garrison mangonearon el negocio de modo que, mediante fluctuaciones de la bolsa provocadas por ellos, realizaron grandes utilidades a costa de Vanderbilt quien por estar en el exterior no podía poner coto a tales fechorías. Asegúrase que Vanderbilt a su regreso juró vengarse de ellos. "¡No los voy a demandar!", dicese que les gritó a sus rivales, "porque la ley es tardía, voy a arruinarlos!" (1). Inmediatamente se desató una lucha por el control de la Compañía con el fiel de la balanza ladeado a favor de Vanderbilt. Pero había otro elemento que debía ser tomado en cuenta: la República de Nicaragua. La corporación era hechura de ese gobierno, y a cambio del derecho de existir como persona legal había contraído ciertas obligaciones con el Estado. Cuando en 1849 la Compañía obtuvo la primera concesión, se comprometió a pagar anualmente la suma de diez mil dólares hasta el día en que el canal estuviera terminado; y por obtener derecho exclusivo de navegar sus aguas interiores y abrir una ruta de tránsito de mar a mar convino en pagar el diez por ciento de las utilidades provenientes de dicho tránsito. De 1849 a 1855 inclusive la Compañía pagó

fácil que, vista la pequeña fuerza que el comando, el caso se presta a conjeturas". El 14 de diciembre de 1855 el Fiscal General Cushing escribió en la siguiente forma a los señores S. W. Inge y Pacificus Ord, fiscales federales de San Francisco y Monterrey, respectivamente: "Con órdenes del presidente me dirijo a ustedes de nuevo en relación a las expediciones militares ilegales que han salido, y que al parecer siguen saliendo de puertos californianos.

"... En estos actos se ha implicado a la Compañía Accesoria del Tránsito de Nicaragua, lo cual comunicamos a usted por lo que pueda interesarle". Senate. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess., Pág. 11.

- (1) *The Vanderbilts and the Story of their Fortune*, por Croft, Pág. 43 y otras.

cumplidamente sus anualidades, pero jamás quiso rendir cuentas de su cuota del diez por ciento correspondiente a las utilidades habidas por el cruce del istmo por la simple razón, decía, de que nunca las había obtenido. Contra ese aserto el gobierno de Nicaragua no tenía recurso alguno porque la forma en que la compañía llevaba sus libros no daba pie para hacer ningún reclamo. Se sabía que el número de pasajeros y el volumen de carga eran considerables, pero los empleados se cuidaban de no guardar en el país ninguna documentación reveladora de las cuentas a fin de que el gobierno nicaragüense no pudiera fiscalizar a la compañía. (1). Alegábase asimismo que los gastos para mejoras permanentes, como por ejemplo la construcción del muelle de la bahía de La Virgen, habían salido de los ingresos corrientes. Y también que la tarifa de la compañía para el transporte de pasajeros a través del istmo nicaragüense era muy, muy baja, y que lo era así con el deliberado propósito de hacer que esa operación no dejase utilidades; pero que, en cambio, era alto el precio del pasaje marítimo, por cuya razón la compañía percibía jugosas utilidades de sus operaciones marítimas y transístmicas. (2). Una semana exacto antes de desembarcar Walker en Nicaragua, el gobierno legitimista había enviado a Nueva York a dos comisionados con el encargo de ajustar el reclamo mediante negociaciones o arbitraje. Los comisionados, sin tener tal vez noción precisa de lo que se adeudaba al estado, reclamaban treinta y cinco mil dólares. La compañía ofreció arreglar el asunto por treinta mil, con lo que admitía haber evadido el justo pago de sus obligaciones; pero la contrapropuesta fue rechazada. Ambas partes convinieron entonces en someter el caso a arbitadores especiales. La compañía, sin embargo, hizo todo lo posible por retardar el arreglo, y antes de que los arbitadores pudieran comenzar sus labores el gobierno de Nicara-

- 
- (1) Manuscritos del Departamento de Estado, Sección de Indices y Archivos, Despachos Legación de Nicaragua, Vol. II.  
(2) *Herald*, de Nueva York, 31 de marzo de 1856.

gua cambió de manos. Walker se había apoderado de la capital. Esto puso fin a los trámites del ajuste de cuentas. (1),

Tal era la situación cuando Morgan y Garrison comenzaron a cortejar a Walker. Presintiendo la pérdida del control de la compañía, resolvieron utilizar al filibustero para darle jaque mate a su poderoso rival. Su plan era sencillo: Walker, en virtud de los poderes de que estaba investido, debía servirse del reclamo del gobierno contra la Compañía del Tránsito para revocar la concesión y embargarle sus bienes, y Morgan y Garrison, en recompensa por la ayuda que le habían prestado y seguirían prestándole a Walker, se harían de la propiedad de la difunta compañía y mediante una nueva concesión crearían una compañía de transporte dentro del territorio nicaragüense. Tal era la maniobra fraguada por los cerebros inescrupulosos de esos capitanes de industria que trataban de malograr los proyectos de un rival tan inescrupuloso como ellos. Cuando se le expuso el plan a Walker, no vio él otra alternativa que formar parte de la transacción. Rehusarse hubiera significado la no llegada de más filibusteros ni pertrechos de Estados Unidos; lo cual equivalía a la derrota y quizás hasta la muerte. Aceptar, en cambio, valía por incremento de sus fuerzas, victoria, gloria, la realización, en fin, de su más caro anhelo. "Cuando nosotros tuvimos poder para hacerlo, le ayudamos; ahora que usted lo tiene es justo que nos ayude", parecía ser el ultimátum de los gerentes navieros. Walker aceptó sin vacilar. Su formación de abogado le permitía encontrar justificación a todo paso que daba.

Unas dos semanas antes de recibir Walker esta propuesta de los delegados de Garrison, había conseguido que se nombrara a un representante del gobierno del Presidente Rivas, cerca de Washington. El representante, con rango de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, era aquel pillo de Parker H. French; y Walker da como razón funda-

[1] Cornelius Vanderbilt al Secretario de Estado Marcy, Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., Sess., Pág. 11.

mental del nombramiento de semejante tipo al deseo que tenía de deshacerse de él sacándolo de Nicaragua. Era mucho lo que debía a French para echarlo así como así a la calle, y la indudable capacidad y astucia de ese zamorro parecían indicar que su talento, bien timoneado por entre los tortuosos meandros de diplomacia, podía servir de mucho a la causa filibustera. Llevaba ante otros cometidos el de presentar de nuevo el reclamo del gobierno de Nicaragua a la Compañía Accesorio del Tránsito. Porque, como se recordará, el ajuste de cuentas quedó en el aire cuando la invasión de Walker. Siendo Morgan ahora el gerente, le fue fácil a French tratar de llegar a un arreglo. Convínose en que, hasta tanto no se conociera con exactitud la suma adeudada al gobierno, la compañía seguiría llevando emigrantes a San Juan del Norte a razón de sólo veinte dólares por cabeza —precio mucho más bajo del corrientemente establecido— y que el resto del valor del pasaje (sobre los \$ 20.00 dólares) se lo cargara al gobierno de Nicaragua y fuese más adelante deducido de la suma que la compañía aceptara adeudar al gobierno. Ni Vanderbilt ni los otros fuertes accionistas sospecharon al principio del verdadero designio de Morgan; sólo sabían del litigio entre Nicaragua y su compañía, así que creyeron prudente acceder a la propuesta de French como medio de conciliación con los detentadores del poder, principalmente porque veían que la suya era la parte más débil en el pleito. Aprobaron pues el plan con la estipulación de que los pasajeros debían ir como emigrantes y no en grupos militarizados. Como resultado de la transacción de French emperaron a llegarle a Walker hombres de los estados de la costa atlántica de Estados Unidos. En cosa de dos meses y medio la compañía llevó alrededor de mil "emigrantes" a Nicaragua. (1).

Apenas concluido este arreglo entre French y Morgan se aparecieron en Granada, como queda dicho, Randolph, el joven Garrison, y McDonald. Randolph y Walker eran ami-

(1) Senado Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sec., Págs. 120 - 1.

gos íntimos, de suerte que le fue muy fácil al primero conven-  
cer al general en jefe —si es que en verdad necesitaba ser  
convencido— de que la Compañía Accesoría del Tránsito ha-  
bía perdido su existencia legal. Ambos comenzaron a ela-  
borar entonces las cláusulas de una nueva concesión a favor  
de Morgan y Garrison. Tan pronto como se realizaron los  
planes, Garrison partió a Nueva York a recabar el asenso de  
Charles Morgan, y McDonald se volvió a San Francisco a ob-  
tener la ratificación de Garrison, padre; Walker y Randolph  
se quedaron en Granada esperando su regreso. El viaje del  
destacado abogado a Nicaragua causó revuelo en San Fran-  
cisco, donde comenzaron a decir que tenía por objeto ayudar  
a Walker a formular la constitución del nuevo gobierno. (1).  
Quizá diera pie a este rumor el hecho de que el amigo de  
Walker tenía nombre igual al de uno de los padres de la  
Carta Magna americana.

Entre tanto, el reclutamiento para llevar gente a Nica-  
ragua se hacía pública y extensamente en San Francisco,  
Nueva York, y Nueva Orleans. Cuando en California se  
supo que los pasajeros serían llevados gratis a Nicaragua,  
se presentaron en San Francisco más voluntarios de los que  
podían llevar los barcos, y a tal extremo llegó aquello que la  
salida de vapores se caracterizaba a veces por la gran con-  
fusión y alborotos que provocaban los que no podían irse. (2).  
En periódicos de Nueva York y Nueva Orleans salían anun-  
cios pidiendo el enganche de voluntarios. (3).

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Pág. 61.

(2) El *Alta California* del 6 de diciembre de 1855 dice que había 400 pasajeros ansiosos de partir con destino a Nicaragua, pero que sólo 150 pudieron salir en el último vapor. En su número del 10 anota el mismo diario que E. C. Kewen, hermano de Achilles Kewen, muerto en la primera batalla de Rivas, estaba tratando de conseguir uno de los vapores surtos en la bahía para llevar reclutas a Nicaragua. El 21 del mismo mes anuncia la salida del *Cortez* con 350 pasajeros, 124 de los cuales eran emigrantes con destino a Nicaragua. Garrison subió a bordo para ver que no se violara la ley.

(3) En diciembre de 1855 apareció en los diarios neoyorquinos el siguiente anuncio aparentemente inícuo: "Necesitamos diez o quince jóvenes para ir a corta distancia de la ciudad. Preferiblemente solteros. Hágase solicitud en el No. 347 de Broadway, esquina de la calle Leonard, cuarto No. 12, entre 10 a.m. y 4 p.m. Pasaje gratis".

El anuncio de los diarios de Nueva Orleans era todavía más claro: "Nicaragua,



Estas actividades motivaron protestas de parte de los señores Molina e Irisarri; el primero era ministro de Costa Rica y el segundo de Guatemala y El Salvador. Irisarri se quejaba de la indiferencia con que las autoridades veían el filibusterismo, y Molina acusaba a la Compañía del Tránsito de haber conspirado para derrocar al gobierno legitimista que la había amenazado con demandarla. Expresaba también la esperanza de que habiendo señalado a los culpables el gobierno americano los llamara a cuentas. (1). Una semana después de la protesta de Irisarri el Presidente Pierce expidió un decreto advirtiendo a la ciudadanía que de ninguna manera debía participar en la organización de expediciones filibusteras a Nicaragua, y al mismo tiempo manifestaba que los que habían ido allá, organizados o no, a tomar parte en operaciones militares contra ese país, debían olvidarse de pedir nunca protección al gobierno de Estados Unidos. Exhortaba además, a los buenos ciudadanos a condenar tan desacreditada y criminal empresa. Concluía el presidente instando a las autoridades civiles y militares a hacer valer su autoridad aplicando las leyes de Estados Unidos. (2).

También Cushing, el Fiscal General, envió una circular con la misma fecha a los fiscales de distrito de los principales puertos estadounidenses, haciéndoles saber que tenía conocimiento de que se estaban efectuando reclutamientos ilegales para llevar gente a Nicaragua. Urgiales, por tanto, dictar medidas pertinentes para poner fin a tales desmanes y notificar al presidente en caso de que su intervención se creyese necesaria, John McKeon, Fiscal de Distrito de Nueva

---

El Gobierno de Nicaragua quiere que gente laboriosa se establezca allá y cultive sus tierras. Para eso ofrece como incentivo a los inmigrantes, una donación de doscientos cincuenta acres a los solteros, y cien más a cada miembro de la familia. Los vapores salen de Nueva Orleans a San Juan del Norte el 11 y el 26 de cada mes. El precio del pasaje es ahora de menos de la mitad. El suscrito dará con gusto toda clase de información a quienes desearon emigrar. (1). Thos. F. Fisher, 16 Royal St."

- (1) Manuscritos del Departamento de Estado, Repúblicas Centroamericanas. Notas, 1849 - 51, Legaciones Centroamericanas, Notas, 1844 - 57.  
(2) Mensajes y Documentos de los Presidentes, Vol. V., Págs. 388 - 89.

York, contestó que él no tenía ningún informe de actividades filibusteras en esa ciudad, pero una semana más tarde avisó que Parker H. French reclutaba gente allí. Por esos mismos días el Fiscal Federal de Nueva Orleans recomendó al administrador de la aduana vigilar al vapor **General Scott**. El 14 Cushing envió nuevas instrucciones al fiscal de distrito de San Francisco, S. W. Inge, pidiéndole investigara lo que se decía respecto a la complicidad de la Compañía del Tránsito en el enganche de filibusteros. (1). Todo parecía indicar que había barruntos de un éxodo a Nicaragua, y que el gobierno americano se preparaba a paralizarlo en sus comienzos. Los acontecimientos, no obstante, demostrarían en breve que el gobierno, en vista de que la opinión pública respaldaba la emigración, no podía en realidad hacer gran cosa.

El Fiscal de Distrito McKeon, de Nueva York, fue quien primero intentó aplicar rigurosamente la ley de neutralidad. El 22 de diciembre, unos diez días después de la llegada de French, supo McKeon que esa noche se reunirían los reclutas de Nicaragua, y que el 24 saldrían en el **Northern Light**, vapor de la Compañía del Tránsito. McKeon se personó en el lugar de la reunión en donde encontró a algunos presuntos viajeros pero no a sus líderes que seguramente habían olido el poste. El resultado fue que no hubo mitin y que los "emigrantes" volvieron a sus casas desilusionados; aunque no tanto como el fiscal. Luego se fue éste a ver a Joseph L. White, el abogado y uno de los directivos de la compañía, y fue también al piso de French en el hotel Saint Nicholas. Les lanzó varias amenazas, pero ambos lo trataron desdeñosamente. Reprendió con severidad a French advirtiéndole que se apoderaría de todos los barcos de la Compañía del Tránsito hasta descoyuntarla, a lo que aquél respondió fríamente: "Mi país es pobre, ya se sabe, pero si usted nos dijera cuándo va a vender esos barcos tal vez podríamos comprarlos". McKeon le pidió ciertos datos; French le alargó papel y tinta rogándole hiciera las preguntas por escrito, pues la impor-

(1) Senate Ex. Doc. 6B, 34 Cong., 1 Sess., Pág. 11.

tancia del asunto lo exigía. El fiscal perdió la paciencia y chilló diciéndole que no haría semejante cosa, puesto que él no reconocía a French como ministro de Nicaragua. "No le estoy pidiendo que me reconozca como tal; y ninguna importancia tiene el que usted lo haga o no. Sírvase, entonces, si le parece, hacer las preguntas a Parker H. French, como a un simple particular, pero insisto en que me las haga por escrito". McKeon afirmó que tenía pruebas irrefutables de la culpabilidad de French. Este replicó que si tal era el caso debió haber traído orden de captura contra él, pero que si lo había olvidado estaba dispuesto a perdonárselo y a dejarse arrestar sin ese requisito. (1). McKeon salió echando chispas, y a la mañana siguiente ordenó a las autoridades portuarias no dejar zarpar al **Northern Light**, pues que había razones para creer que el barco saldría al día siguiente con varios centenares de aventureros que iban a engrosar las filas de Walker. Algún error debió ocurrir para que el **Northern Light** zarpara y en cambio se impidiera a otro barco la salida, por lo que a la hora señalada partió el vapor casi en las narices del fiscal de distrito. Un guardacostas de la aduana salió en su persecución y lo paró disparándole un cañonazo a proa. Una inspección ocular reveló que a bordo iban en tercera clase alrededor de doscientos pasajeros que por su pelaje parecían ser lo que se conoce como carne de cañón. Arrestóse a varios, entre ellos a Joseph R. Male, editor de **El Nicaragüense**; había éste ido a Nueva York a comprar material de imprenta. Algunos aventureros interrogados revelaron la forma singular del reclutamiento. Varias noches antes de zarpar el barco se efectuó un mitin en el cual dieron a los que decían estar dispuestos a irse a Nicaragua un botón negro de los más comunes que sería el "sésamo ábrete" para entrar al barco. Se dijo a los hombres que al subir a bordo entregarán el botón a un oficial del barco, a cambio del cual recibirían un boleto de viaje. (2).

(1) **Herald**, de Nueva York, 24 de diciembre de 1855.

(2) **Tribune**, de Nueva York, 25 de diciembre de 1855.

En el **Northern Light** se buscaron armas, y al no encontrar ninguna se le dejó ir; un guardacostas lo escoltó hasta mar abierta para evitar que al salir de la bahía cargara hombres o pertrechos. La intervención gubernamental tuvo por lo menos un efecto; trastornar el itinerario y retener en San Juan del Norte durante dos días y medio a los pasajeros que procedentes de California llegaron creyendo encontrar en el puertecito al vapor que los llevaría a Nueva York.

El 26 de diciembre un comisario federal expidió orden de captura contra French acusándolo de violar la ley de neutralidad. French alegó inmunidad diplomática, ante lo cual el perplejo fiscal de distrito pidió consejo al fiscal general. Cushing respondió que el gobierno americano no había extendido el axequátur a French como representante diplomático, y que la concesión de privilegios a él sería cuestión de simple cortesía, no de derecho. El fiscal de distrito recibió orden de hacer saber a French, de parte del presidente, que no se le procesaría si se largaba del país en un tiempo razonable. (1). French no se dio prisa alguna, por lo cual el 15 de enero de 1856 él y su secretario, Daniel H. Dillingham, fueron llevados ante un tribunal federal. Otros nueve, de los sacados del **Northern Light**, corrieron la misma suerte. A todos se les acusó de violar la susodicha ley. Súpose igualmente que un funcionario de la oficina del jefe de policía federal había abordado el vapor con el propósito de impedir su salida notificándose así al Capitán E. L. Tinkelpaugh, y al jefe de máquinas Gilbert Fowler. Con todo y eso el **Northern Light** soltó amarras llevándose al portador de la notificación. Este incidente produjo el 18 de enero acusación contra el capitán y el jefe de máquinas, y junto con ellos cayó también Joseph L. White, a quien se acusaba de complicidad por haber impedido que un funcionario del gobierno cumpliera su cometido. El juicio se abrió varios meses después; el proceso contra el jefe de máquinas fue suspen-

---

(1) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Secc.

didó a causa de un descuido en la redacción del escrito, y White y Tinkelpaugh fueron absueltos. (1).

Otro vapor de la compañía, el **Star of the West**, debía zarpar el 9 de enero. Poco antes de la hora señalada subieron a bordo las autoridades que después de haber efectuado un minucioso registro detuvieron a cinco hombres. Llevaba el barco muchos pasajeros con boleto para San Juan del Norte, pero todos declararon ser jornaleros contratados para trabajar en un nuevo muelle que la compañía estaba construyendo en la bahía de La Virgen. La explicación fue aceptada y no se les molestó. Uno de los pasajeros era James E. Kerrigan, ex-concejal de Nueva York, quien llevaba a veintiocho vagos de los barrios bajos neoyorquinos. Tampoco a él lo molestaron las autoridades. Estos hombres eran parte de un regimiento que se le había encargado reclutar para Nicaragua. En esa misma operación participaron dos veteranos de la guerra México-americana, Thomas L. Bailey y Henry Dusenbury. Ante la posibilidad de alboroto se había congregado una multitud en el muelle a la hora de salida del vapor. Mientras se efectuaba el registro el gentío armaba una infernal gritería injuriando de palabra a los policías. Cuando el vapor despegó del muelle, con retraso de quince minutos, Kerrigan apareció encaramado sobre el tambor de rueda y fue aplaudido y vitoreado estruendosamente. Oyéronse también palabrotas y rechiflas contra Pierce. (2).

Para el 24 de enero quedó fijada otra vez la partida del **Northern Light**. En una inspección del barco no se encontró nada anormal, pero a solicitud de su padre fue aprehendido un mocito de dieciocho años. Tenía éste un boleto de viaje que al bajar al muelle pasó con disimulo a otro; de esa manera es probable que de todos modos le llegara a Walker su recluta. Llevaron al muchacho ante el fiscal de distrito, pero fueron vanos los intentos para que diera el nombre de quien

(1) **Herald**, de Nueva York, 9 y 13 de mayo de 1856.

(2) **Tribune**, de Nueva York, 30 de enero de 1856; **Herald**, de Nueva York, 10 y 30 de enero de 1856.

le había dado el boleto. Antes bien, encolerizado, juró que de cualquier manera se iría a Nicaragua. Cuando se le preguntó por qué quería irse, respondió: "Por gusto". (1). Y aunque el registro fue minucioso, el barco salió con cien filibusteros. Un grupo de éstos, durante el viaje, fundó el "Club de Jóvenes Pioneros Americanos", con miras a organizar, cuando llegaran a Granada, un club con salones de lectura y todo lo más que se pudiera para el confort de sus miembros.

Es fácil explicar la impotencia del gobierno. En los vapores había siempre, además de los reclutas de Walker, gran número de pasajeros que iban a California o al continente asiático en viaje de negocios. No había manera de diferenciar entre éstos y los filibusteros, ya que nadie de abordó confesaría pertenecer a esta última ralea. Todo individuo tenía su boleto y decía no ser más que pasajero, y sólo podía arrestarse a estas gentes cuando antes de que tomasen el barco hubiere pruebas concluyentes en su contra.

El Fiscal de distrito McKeon reconvino a White diciéndole que repetidas veces la compañía había burlado la ley de neutralidad. Esto provocó una réplica insolente del abogado de la compañía: La Compañía del Tránsito era "una corporación creada conforme a las leyes de Nicaragua", y McKeon debía reconocer y respetar al gobierno de ese país; el gobierno de Estados Unidos no podía hacer variar la línea de conducta de la corporación, y no la aterraba la "jactanciosa grandilocuencia" de un fiscal de distrito que la amenazaba con desconjuntar su negocio. (2). Un periódico dijo que White "vivía sediento de publicidad", y lo acusaba de azuzar a la multitud que rechiflaba a los policías cuando registraban los vapores. (3). En justificación de las relaciones que la compañía mantenía con Walker mostró a los periodistas varias cartas dirigidas a él por personas radicadas en Nica-

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 de enero de 1856.

(2) Libro de recortes Wheeler, Vol. 2, Pág. 46; **Tribune**, de Nueva York, 25 de diciembre de 1855.

(3) **Commercial Bulletin**, de Nueva Orleans, 4 de enero de 1856.

ragua. El tono general de ellas era de que sin la presencia de Walker allí la propiedad y la vida de los americanos correrían peligro, y que si se echaba de ese país a los filibusteros, la Compañía del Tránsito sufriría tanto como las personas. (1). Jamás sospechó White que los hombres en pro de cuya causa vociferaba cavaban en esos precisos momentos una fosa en la que pronto caería la Compañía Accesoría del Tránsito. Sintiendo en esos días en posición segura había tratado despectivamente al gobierno americano, sin siquiera soñar que antes de tres meses estaría pidiéndole a ese mismo gobierno protección contra los que habían sido sus amigos. Mal que bien, White y French se sentían en la cumbre, y nadie en cambio agradecía a McKeon lo que hacía por atajar las actividades filibusteras en Nueva York. A decir verdad, cuanto con más rigor empapelaba a la Compañía del Tránsito —con la cual nunca había simpatizado el pueblo— tanto más apoyo recibía ella de éste. Y puesto que gran parte de la gente reclutada salía de ese elemento trashumante de los barrios bajos y de los muelles, nadie lamentaba que se fueran de la ciudad. Por otra parte, ¿por qué iba el gobierno a impedir que un ciudadano libre fuese o viniese a su antojo de un lugar a otro si con eso no dañaba a nadie? ¿Y acaso Nicaragua no tenía derecho a invitar a gentes que quisieran ir a establecerse allá como colonos, y no tenían también derecho los americanos —si les parecían bien— de aceptar la invitación? ¿O no estaría quizá Inglaterra manobrando entre telones en esta enrevesada pantomima? Esas eran unas pocas de las muchas preguntas que se hacía la ciudadanía americana. Cuarenta años de aislamiento de la política exterior y con sólo unas republiquetas por vecinas habían desdibujado nuestro concepto de los deberes internacionales hasta casi borrarlos por entero.

En cuanto a French, se convirtió en héroe popular a despecho de sí mismo. Ahora sí podía refocilarse en grandiosas ilusiones. Llevado ante un tribunal federal no quiso alegar

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Pág. 9b.

inmunidad, contrariamente a la ocasión anterior, pues creía que la opinión pública saldría a la palestra por él y que la acusación más bien lo nimbaría de fama. La misma tarde que le fue entregado el escrito de acusación, el sub-jefe de policía federal se dirigió a la "legación" que French tenía montada en el hotel a notificarle que desde ese momento quedaba bajo arresto, y lo intimó a comparecer la mañana siguiente ante el jefe de policía. Pero el gobierno no tenía en mente colorear la aureola de simpatía que ya ceñía la cabeza de French, de modo que apenas se dio cuenta el mismo sub-jefe de policía del error que estaba cometiendo, volvió con premura al hotel a comunicarle que la orden de captura contra él había sido anulada. La contraorden lo defraudó amargamente, pues quería convertirse en mártir. Repudió la inmunidad y pidió se le enjuiciara en seguida. El fiscal de distrito decidió que no había lugar a causa; los abogados de French apelaron a la corte de circuito de Estados Unidos tratando de obligar a McKeon a poner el caso en la orden del día. El juez, no obstante la apelación, declaró que no tenía autoridad para ordenar al fiscal de distrito proseguir la acusación, y ahí terminó todo. (1). En este caso, debe decirse, el gobierno se deslució. De haber dejado a French en paz, el público lo habría medido en su justo valor y también lo hubiera abandonado por completo. De todo esto, el movimiento de emigración a Nicaragua sacó de ganancia mucha publicidad gratuita y simpatía popular. Al igual que en el caso del juicio promovido el año anterior en California, sacóse en claro que el celo de los fiscales no obedecía a horror que les inspirase el filibusterismo ni a los desvelos que sufrían al ver conculcados los derechos de un vecino débil. Poco después de estos sucesos, comentando los enjuiciamientos enderezados contra ciertos filibusteros, la revista **Harper's Weekly** decía que eran "una simple farsa para guardar las apariencias". (2). El **Atlas**, de Nueva York, clamaba: "¿Cuándo terminará este juego de niños? Como las pelotas de hule, los filibusteros americanos rebotan más

(1) **Herald and Sun**, de Nueva York, 18 de enero de 1856.

(2) Vol. I, Pág. 103.



alto cada vez que se les da contra el suelo; y con la guerra que el presidente y su gabinete les han hecho recientemente, lo único que se ha logrado es aumentar su número y animarles a aferrarse más tenazmente a su empresa". (1). El **Columbian**, de Cincinnati, denunciaba la ingerencia gubernamental considerándola "un donativo a los ingleses". (2). También el **New York Times** comentó que a la Compañía del Tránsito se la había perjudicado grandemente con eso de registrar sus barcos antes de zarpar y dispararles por delante de la proa cuando ya iban de viaje. Es absurdo, decía, pretender que la compañía haga caso omiso del gobierno de Walker, puesto que éste es una realidad por más que Marcy se obstine en querer demostrar lo contrario. (3). Los empeñosos esfuerzos de McKeon regocijaron a muchos como puede verse por los siguientes dísticos que inspiró el caso del **Northern Light**:

Presentóse un policía a registrar el barco  
y en su cateo no anduvo nada parco.  
Abrió latas, fardos y cajones  
en busca de fusiles, pólvora, cañones,  
y a los más inocentes pasajeros  
les vió trazas de ser filibusteros.  
Por meterse a buscar en las calderas  
se chamuscó sus gordas posaderas.  
En las bodegas repletas de carbón  
creyó ver tan sólo negros designios de traición.  
Buscó en la quilla, la proa y la popa  
y hasta a una "milady" le hurgó bajo la ropa...  
¿Por qué si va esa gente en busca de fortuna  
a tierra más propicias la persigue y la importuna  
la ley con su garrote inflexible y prepotente  
y no ahorca aquí no más a tanto delincuente? (4).

(1) Enero 20 de 1856.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Pág. 52.

(3) Febrero 7 de 1856; y también libro de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Pág. 81.

(4) Libro de recortes de Wheeler, Vol. No. 5, Pág. 72.

Todo indica que en el mes de enero de 1856 la opinión pública se inclinaba fuertemente a favor de Walker. De ahí que las autoridades federales fulminasen en vano. Fue sólo en Nueva York donde se hizo un serio esfuerzo por impedir la salida de los aventureros. En San Francisco disparó el gobierno su último cartucho cuando en 1854 enjuició sin lograr nada positivo, a Watkins, Emory, Walker, y aquellos dos cónsules. El fiscal de distrito Inge informó al Fiscal General Cushing que él no tenía pruebas para justificar la detención de un barco. Si bien era cierto que muchas personas se habían ido a Nicaragua a abrazar la causa de Walker, lo habían hecho sin llevar visiblemente armas y sin ir sometidos a ningún régimen; algunos manifestaban el propósito de establecerse allá como inmigrantes pacíficos, y otros llevaban boletos hasta Nueva York; en esas condiciones afirmaban ser simples pasajeros. (1). En Nueva Orleans prevalecía un sentimiento similar de simpatía. En abril se embarcaron allí 208 pasajeros a los acordes de una banda que decía ser nicaragüense, y los periódicos anunciaron previamente su partida. En mayo de 1856 el señor Molina se quejó a Marcy de que ni uno solo de los filibusteros arrestados por el gobierno había sido condenado. (2). Los montes habían ciertamente dado a luz, pero no existía siquiera un mísero ratón que diera fe del dolor del parto.

En este caso, sin embargo, fue al gobierno a quien le tocó, reir por último. Dejamos a Randolph y a Walker en Granada esperando el regreso de sus emisarios ante Morgan y Garrison. Garrison hijo, a quien aquéllos habían enviado a Nueva York, se encontraba en esa ciudad al momento de ocurrir algunos de los sucesos recién narrados; luego, obtenido ya el consentimiento de Morgan para el arreglo, se regresó a Granada. La misión de McDonald ante el viejo Garrison fue igualmente afortunada. Walker y Randolph vieron entonces que había llegado el momento de soltar la liebre. Con

(1) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Sección de Índices y Archivos, Notas, América Central, I.

mucha prolijidad redactaron un decreto de revocación revelando el incumplimiento de las obligaciones contraídas por la compañía, que eran: Construir un canal, o, de no ser esto posible, una ruta interoceánica de ferrocarril o carruaje; había obligado también a pagar al estado el diez por ciento de sus utilidades anuales netas, y nada de eso había cumplido. Walker dice en su obra que el objeto del decreto fue dar a conocer la causa que lo motivó a fin de que el mundo pudiera juzgar, y que puso mucho cuidado en redactarlo. Basado en tales argumentos revocó el contrato firmado con la compañía, se nombró una comisión encargada de fijar con exactitud el monto de su adeudo al estado, y éste procedió a embargar las propiedades de la compañía, dejándolas sujetas al mandato de los comisionados. Los nicaragüenses nunca habían congeniado con los empleados de la compañía, de modo que con no disimulada complacencia el señor Rivas, Director del Estado a quien se había mantenido al margen del plan, estampó el 18 de febrero su firma al decreto de revocación. Hay asimismo indicios de que él ya venía mirando con recelo la gran afluencia de americanos armados, y se alegraba de que la compañía que los traía estuviera a punto de ser hecha cuartos. Pero al siguiente día, el júbilo del Director Provisorio se trocó en espanto al llevarle Walker otro decreto mediante el cual se otorgaba una nueva concesión a favor de Randolph y sus consocios. Ya se había creído el señor Rivas haber librado al país, de la odiada compañía, cuando llega a proponérsele que otorgue otra concesión, con mayores privilegios todavía, a un extraño a quien durante muchas semanas él había visto en muy estrecha intimidad con el general en jefe. En la mayor parte de los casos Walker había encontrado en el director provisorio un elemento dúctil a sus arbitrios, pero ahora se le resistía con desusada entereza diciendo que su firma en semejante contrato equivaldría a "la venta del país". No fue sino hasta que fueron suprimidos muchos de los privilegios insertos en el decreto que accedió Rivas a firmarlo, y eso de muy mal

grado, (1). Si bien estos decretos fueron firmados el 18 y el 19 de febrero, su publicación se demoró lo suficiente para dar a los nuevos concesionarios el mayor tiempo posible para que pudieran hacer salir su vapor antes que la vieja compañía retirara los suyos. La demora resultó ser más ventajosa aún de lo que Walker se imaginara, ya que nueve días después de haberse firmado el decreto salían de Nueva Orleans con rumbo a Nicaragua doscientos cincuenta filibusteros al mando de Domingo de Goicouría, "libertador" de Cuba; sus pasajes habían sido pagados con letras libradas por De Goicouría con cargo a Vanderbilt quien había expulsado a Morgan y era desde principios de febrero el nuevo presidente de la compañía. De haber sido publicado el decreto el mismo día en que fue firmado, Vanderbilt lo hubiera sabido antes que los filibusteros se embarcaran, y habría impedido su partida. "El hecho es que", dice Walker, "el valor de los pasajes sirvió para rebajar en una suma igual la deuda de la compañía para con el estado". (2). Así supo Morgan de la revocación del contrato de la Compañía Accesoría del Tránsito antes de que llegara la noticia a Vanderbilt, y no debe haber sido poca su satisfacción al ver a su rival, quien pocas semanas antes lo echara de la presidencia, derrochar dinero de la compañía ayudando al hombre que ya lo había inmolado.

De esta manera pagó Walker a ambos gerentes de la compañía los favores que le habían hecho. Y actuó así en parte por agradecimiento y en parte también por necesidad. Sin la oportuna ayuda de esa fuente de servicios su empresa hubiera fracasado desde mucho antes. A Morgan y a Garrison debía lo más de su éxito presente, y él los había colocado en una posición desde la cual podían llevarlo más cerca todavía de la meta de sus ambiciones. Pero desafortunadamente para su causa se había hecho al mismo tiempo de un

- (1) *El Nicaragüense*, 23 de febrero de 1856; Senate Ex. Doc. 194, 47 Cong., 1 Sess., 103 - 4; *Tribune*, de Nueva York, 14 y 15 de mayo de 1856; *Walker's Expedition*, por Wells, Págs. 203 - 20; *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 148 - 51, por Walker.
- (2) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 151, por Walker.

enemigo terrible: Vanderbilt. Por supuesto que cuando entró en la maniobra urdida por Randolph no podía prever que pronto Vanderbilt volvería a ser presidente de la compañía y que podría prestarle la misma ayuda que Morgan. A Walker, naturalmente, le convenía ponerse al lado del más fuerte, y probablemente eso fue lo que creyó haber hecho cuando se fraguó la maniobra, pues Morgan y Garrison estaban entonces "arriba", en tanto que Vanderbilt era sólo un "mirón". Incluso cuando Walker y Randolph se atareaban en formular contrato, la tortilla se había volteado en Wall Street, y se encontraron, cuando ya era demasiado tarde, con que se habían apuntado a la carta de los que estaban "abajo". Vanderbilt tenía medios para hacer girar, en bien o en mal, la rueda de la fortuna de los filibusteros, con diez veces más poder que sus rivales, y desde el momento en que lo embaucaron comenzó a apagarse en Nicaragua la estrella de los filibusteros.

Vanderbilt se enfureció cuando se dio cuenta de la jugada. El 27 de marzo, y también el 26, escribió largas cartas al Secretario del Departamento de Estado, Mr. Marcy, instando al gobierno a intervenir protegiendo la propiedad de los ciudadanos norteamericanos en Nicaragua. Pero ahora le tocaba reír al gobierno. De poca simpatía gozaba en el Departamento de Estado una corporación que tan sólo semanas antes se mofaba de la ley de neutralidad y desafiaba a las autoridades. Vanderbilt no podía echar sobre los hombros de Charles Morgan la culpa de haber ayudado a Walker, como intentó hacerlo según se desprende de su correspondencia, pues Marcy sabía que ambas eran hechas de la misma pasta. White había replicado al gobierno que no tenía éste por qué inmiscuirse en los asuntos de la compañía, la que sólo tomaba en consideración al Estado de Nicaragua. La prensa hizo entonces que Vanderbilt y White se dieran con su propia piedra en los dientes diciéndoles irónicamente que pidieran ayuda a Nicaragua.

La noticia del paso dado por Walker cayó como un rayo en Wall Street. Al principio los financieros se negaron a creerla, pero ella fue suficiente para crear pánico entre los dueños de acciones de la compañía que corrieron a ver quién salía primero de ellas. Estas habían comenzado a subir lentamente desde el primer momento en que el gobierno de Nicaragua pareció firmemente establecido. El 1o. de enero de 1856 se cotizaban a 18; el 14 de febrero habían subido a 23¼; el 13 de marzo, la víspera de recibirse la noticia en Wall Street, su precio de cierre fue de 22½. Al día siguiente se vendieron cinco mil acciones bajando su precio a 19¼; el 18 se cotizaban a 13; total que en los cuatro días anteriores quince mil acciones cambiaron de manos. Los expertos de Wall Street sospecharon cuál era la verdadera razón de la maniobra de Walker, pero conociendo el poder de Vanderbilt no podían creer que el líder filibustero fuese tan necio que se atreviera a medir sus fuerzas con el titán de Wall Street. El crítico de la sección de finanzas del **Herald** dijo que Wall Street consideraba a Walker un idiota y un truhán. "La gran masa del pueblo americano simpatiza plenamente con el gobierno actual de Nicaragua y lamentaría saber que su bizarro jefe ha puesto en peligro su hasta hoy halagüeño futuro. En manos de Mr. Vanderbilt está el dar en tierra con el nuevo gobierno abriendo otra ruta para cortar a Walker sus comunicaciones con San Francisco y Nueva York". (1).

Vanderbilt anunció luego el retiro de los vapores oceánicos de la compañía, y como Morgan no había inaugurado todavía su nueva línea naviera, la vida de la empresa de Walker quedaba pendiendo de un hilo. Durante seis semanas no salieron vapores para Nicaragua, así que en ese lapso los filibusteros no recibieron refuerzos ni pertrechos. Después que Vanderbilt retiró los vapores del Atlántico, Garrison trató de mantener en servicio los de San Francisco a San Juan del Sur. Su intento, sin embargo, falló, pues Vanderbilt envió un agente suyo a Panamá con órdenes de interceptar todo va-

(1) **Herald**, de Nueva York, 15 y 17 de marzo de 1856.

por de la compañía que de San Francisco se dirigiera al puerto nicaragüense y ordenarle seguir hasta Panamá, en donde los pasajeros tomarían el ferrocarril para Colón, en el Atlántico. Así se hizo con dos vapores; y las actividades de la ruta del Tránsito estuvieron paralizadas por un tiempo. (1).

Por fin, el 8 de abril estaba ya listo para zarpar de Nueva York a San Juan del Norte el **Orizaba**, primer vapor de Morgan y Garrison. Iba a su mando el Capitán Tinkelpaugh, quien como capitán del **Northern Light**, de la vieja compañía, había llevado reclutas a Walker y todavía pesaba sobre él una acusación federal por estorbar el ejercicio de las funciones de un sub-jefe de policía a bordo de aquel barco. La noticia de que el gobierno detendría el vapor llevó una multitud al muelle. Nada ocurrió hasta que soltaron las amarras; en ese instante el sub-fiscal de distrito saltó a bordo con órdenes de captura contra nueve filibusteros. Hasta cuando el vapor estuvo en medio río se dieron cuenta los oficiales de que el sub-fiscal se encontraba a bordo. Echóse el ancla al fondo y comenzó la búsqueda de los culpables que duró una hora. Sólo hallaron a tres; los llevaron a tierra y el **Orizaba** siguió su derrota. Como siempre, la simpatía del populacho no estaba con el gobierno.

Nada de sorprendente tiene el hecho de que entre los pasajeros del barco fuese un agente pagado por Vanderbilt; su nombre era Hosea Birdsall. Iba a San Juan del Norte con instrucciones de tomar posesión de todas las propiedades de la Compañía del Tránsito en ese lugar, y también de todos los vapores del río que arribaran, para de esa manera impedir que llegasen filibusteros al interior del país. En caso que éstos intentaran apoderarse por la fuerza de algún vaporcito del río, Birdsall llevaba asimismo instrucciones de pedir a cualquier barco de guerra inglés surto en la bahía (siempre había uno allí) ayuda para proteger la propiedad americana. Se le dio a entender que su misión era obtener la cooperación de

---

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 161.

la marina inglesa, a fin de impedir la llegada de hombres a Walker, y forzar su caída. Y estando como estaban en esos momentos los filibusteros en guerra con Costa Rica, era doblemente importante que no le llegaran refuerzos.

Comenzaba el **Orizaba** a transbordar en San Juan del Norte a sus 480 pasajeros al vaporcito del río **Wheeler** cuando llegó la notificación del Capitán Tarleton, del barco de guerra **Eurydice**, de que debía suspender la operación, reembarcar a la gente, y también despachar de vuelta al vaporcito de río. Tinkelpaugh corrió donde Tarleton a inquirir sobre el por qué de la orden. El oficial inglés le dijo que habiéndole informado Birdsall que los quinientos hombres a bordo del **Orizaba** iban a sumarse a las filas de Walker, él no les permitiría remontar el río. Tinkelpaugh alegó que 420 de ellos llevaban boleto de viaje a San Francisco y ninguno para el interior de Nicaragua, y también que no tenía suficientes provisiones para llevarse los de regreso a Nueva York. El oficial inglés le indicó que se los llevara a Colón, pero el otro contestó que tampoco podía hacer eso. Tarleton dijo que examinaría la hoja de ruta del barco a fin de tomar una decisión. Y acto seguido abordó el **Orizaba**, pasó a la oficina del sobrecargo, examinó los papeles, y por último interrogó a cierto número de pasajeros. No habiéndole parecido muy convincentes los alegatos de Birdsall, permitió al fin el transbordo de los pasajeros. La misión del agente de Vanderbilt fue infructuosa, ya que sólo consiguió que un barco de guerra británico registrase a un barco americano y causara algún retraso y muchas contrariedades. (1).

Pero el viejo financiero no había puesto fin a sus planes de venganza. Realmente, ese era apenas el principio de la lucha contra sus rivales. Por conducto de otro emisario establecido con el Director Provisorio Rivas negociaciones tendien-

[1] Del Comodoro Paulding al Secretario de Marina Dobbin, Manuscritos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, I., Pág. 202; Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 152 - 4.



tes a suscitar la discordia entre éste y Walker, (1) y fue tal vez la labor del agente lo que en parte causó el rompimiento que ocurrió pocos meses después. Vanderbilt también entabló demanda en septiembre de 1856 en los tribunales del estado de Nueva York contra Garrison por la suma de \$ 500.000 alegando supuesto desfalco mientras estuvo al servicio de la compañía. Entre las acusaciones figuraba la de defraudarla con el envío de gran número de hombres que debían haber pagado pasaje de San Francisco a Nicaragua. (2). En diciembre entabló asimismo acción judicial en la Corte de Circuito de Estados Unidos en nombre de la Compañía Accesoría del Tránsito contra Morgan, Garrison y Walker, por la suma de \$ 1,000.000 alegando allanamiento, enajenación, uso ilícito de bienes ajenos, y conspiración fraudulenta para interrumpir y perturbar las operaciones lícitas de la compañía. (3). En capítulos siguientes se verá cómo hizo él otros esfuerzos en Wall Street para destruir la alianza concertada entre sus rivales y los filibusteros.

- 
- (1) Joseph L. White declaró bajo juramento aseverando ésto en un juicio en que se vio involucrada la Compañía del Tránsito en octubre de 1856. Se negó a dar detalles y nombres manifestando que si Walker supiera quién fue el intermediario lo fusilaría. Walker sospechó algo al respecto, pero nunca pudo descubrir al traidor. Ver **Herald**, de Nueva York, 17 de octubre de 1856.
- (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 133 y 136; y también el **Herald**, de Nueva York, 5 de septiembre de 1856.
- (3) **Herald**, de Nueva York, 22 de diciembre de 1856. Los decretos dictados por Walker el 18 y el 19 de febrero provocaron otras demandas. En Nueva York los vapores fueron puestos bajo el fideicomiso de Vanderbilt, y varios accionistas entablaron demanda también a fin de que se nombrara a un administrador judicial para liquidar el negocio de la compañía y distribuir sus bienes. Vanderbilt se opuso alegando que los decretos no tenían ninguna validez por no emanar de autoridad legal alguna. El 3 de noviembre la Corte Suprema de Nueva York declaró válidos los decretos emitidos por el gobierno **de facto**, y falló que la renovación era ya un hecho consumado, a pesar de cualesquiera consideraciones de justicia. Los vapores del Atlántico fueron puestos en manos de un administrador judicial y se ordenó fuesen vendidos. En California el fiscal general del estado entabló demanda por la posesión de los vapores, del Pacífico alegando que la Compañía Accesoría del Tránsito, como persona legal, había fallecido sin testar el 18 de febrero y que sus bienes de San Francisco, por tanto, pasaban al estado. **Herald**, de Nueva York, 16 de julio, 14 de octubre, 4 de noviembre, y 1 y 2 de diciembre de 1856; y también libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 159 y 173.

Walker nombró una comisión integrada por don Cleto Mayorga, E. J. C. Kewen, (1) y George F. Adler, con el encargo de fijar el monto que la compañía adeudaba al estado. Presentaron ellos su informe a principios de agosto. Debido a que el gobierno de Nicaragua no llevaba ninguna contabilidad, los comisionados tuvieron que atenerse a las cuentas de particulares y a los testimonios de empleados de la compañía. Llegaron los comisionados a la conclusión de que cada mes cruzaban el istmo dos mil pasajeros que al pagar treinta y cinco dólares por cabeza sumaban \$ 70.000 mensuales. Y agregando eso al valor de los pasajes oceánicos arrojaban un total de \$ 34,719.982, lo que con un interés del seis por ciento anual dejaba una utilidad de \$ 4.890 dólares mensuales. Los ingresos provenientes del acarreo de carga ascendían a \$ 79.000 mensuales. Calculándose los gastos en \$ 21.000, quedaría una utilidad de \$ 58.000 netos por mes, es decir \$ 696.000 al año. De esta suma correspondía al estado el diez por ciento que desde agosto de 1851 a marzo de 1856 arrojaba un total de \$ 69.600 anuales. A lo anterior los comisionados agregaban un interés del seis por ciento al año, y como no estaba presente ningún representante de la compañía (2) para probar que se habían hecho los pagos de \$ 10.000 anuales, sumáronse éstos también. Conforme a estos datos, la cantidad que adeudaba al estado ascendía a \$ 412,589.16. (3). Estas cifras eran por supuesto absurdas. En su queja a Marcy argüía Vanderbilt que el valor de los bienes embargados oscilaba entre \$ 700.000 y

- (1) E. J. C. Kewen, era hermano de Achilles Kewen, uno de "aquellos cincuenta y seis primeros", que murió en la primera batalla de Rivas. Fue editor de un periódico en Columbus, Miss., y abogado en San Luis, Mo., antes de 1849, año en que emigró a California. En 1851 lanzó su candidatura para representante del congreso por parte del partido "Whig", pero fue derrotado. Cuando Walker tomó Granada emigró a Nicaragua de cuya república fue representante financiero. Junto con otros comisionados resolvió que la Compañía del Tránsito debía una gran suma a Nicaragua, pero se opuso a que se tomaran medidas extremas. Después se estableció en Augusta, Ga., en donde se dedicó a reclutar aventureros para Nicaragua. **Representative Men**, Págs. 341 - 59, por Shuck.
- (2) Los comisionados habían representado la farsa de emplazar a los agentes de la compañía.
- (3) Wheeler a Marcy, 2 de agosto de 1856, Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

\$ 1,000.000; y que era por tanto increíble que una inversión de ese monto rindiera una utilidad neta de \$ 696.000, o sea del setenta al noventa y nueve por ciento al año. No obstante, esas eran las conclusiones de la comisión. Es asimismo inverosímil que los comisionados nicaragüenses nombrados el año anterior hubieran hecho una propuesta de sólo treinta y cinco mil dólares para ajustar un reclamo diez veces mayor que esa cantidad. Para presentar su informe los comisionados de Walker recurrieron con frecuencia a la imaginación, y hasta de que manera extravagante. Tan pronto como el informe salió a luz, todos los bienes de la vieja compañía en Nicaragua fueron vendidos a Morgan y Garrison. Los bonos que habían recibido en pago por anticipos hechos al gobierno de Nicaragua los dieron a cambio de las propiedades de la Compañía Accesoría del Tránsito. (1). De esa manera Walker pagó su deuda contraída con los financieros que lo habían sacado de apuros. La nueva compañía naviera comenzó a trabajar, y siguieron llegando americanos. Según todas las apariencias, el régimen filibustero estaba ya firmemente enraizado, pero en realidad de verdad había cavado a sus pies una fosa más profunda que el averno.

- (1) Los privilegios que por decreto se habían concedido en febrero a Randolph y sus asociados, Morgan y Randolph se los ofrecieron vender en junio a Vanderbilt, pero el financiero declaró que su deber era proteger a los accionistas de la vieja compañía, por lo que rehusó la oferta. A poco de eso Morgan y Garrison compraron su parte a Randolph, y luego en agosto, según queda dicho, adquirieron los bienes y la concesión. Tomado del libro de recorries del Mayor J. P. Heiss, actualmente en posesión de Mr. Robert Lusk, de Nashville, Tennesi, y en *herald*, de Nueva York, 7 de septiembre de 1856.

## CAPITULO XIII

### Diplomacia y política filibusteras

Establecida la paz en Nicaragua y siendo ya su posición más fuerte por la constante llegada de reclutas, la preocupación inmediata de Walker fue que los otros gobiernos reconocieran al del señor Rivas. En tales circunstancias, a poco de haberse firmado el convenio del 23 de octubre, envióse a los estados centroamericanos una circular dándoles a conocer las cláusulas del mismo, y expresando el deseo de la República de Nicaragua de mantener armoniosas y fraternales relaciones con sus vecinos. Sólo El Salvador acusó recibo oficialmente. El 22 de noviembre de 1855, el señor Enrique Hoyos, Ministro de Relaciones Exteriores de esa república, comunicó al gobierno de Nicaragua el agrado que le causaba saber que por fin ese país hermano tenía ante sí la perspectiva de un futuro tranquilo y la esperanza de afianzar su felicidad y prosperidad. (1).

En El Salvador mandaba el partido democrático y era por tanto natural que le complaciera el éxito de un elemento afin en Nicaragua. El periódico *El Rol*, órgano de los líderes democráticos, había aplaudido la toma de Granada y expresado gran admiración por William Walker, a quien elogiaba como al sucesor de Morazán. (2). También Honduras, liberal o democrática, simpatizaba con el nuevo estado de cosas en Nicaragua. Su presidente, el General Trinidad Caba-

(1) Montúfar, Pág. 186.

(2) El *Herald*, de Nueva York, con fecha 30 de marzo de 1856, contiene la traducción de un largo artículo aparecido en *El Sol* el 2 de enero, en el que se defiende a Walker y a sus partidarios de ataques vertidos por los conservadores. Termina con esta declaración: "Esta tan pregonada invasión a Nicaragua por los norteamericanos no es sino una invectiva y una columna del partido aristocrático".

ñas, había sido adicto y amigo fiel de Morazán, y era fervoroso partidario de la unión centroamericana. Pero las ideas políticas de Cabañas estaban en pugna con las de Carrera, el presidente de Guatemala, paladín de los derechos estatales, o sea del individualismo estatal, y le declaró guerra a Honduras derrotando a Cabañas quien huyó a El Salvador. Cabañas volvió sus ojos a Nicaragua en solicitud de ayuda para recuperar el poder, y pocas semanas después de la toma de Granada Walker lo invitó a venir a la ciudad a hacer su petición personalmente. El general en jefe, al tener noticia de que estaba cerca, envió a Hornsby a encontrarlo, y el 3 de diciembre le dio la bienvenida con toda muestra de consideraciones. En la última guerra civil había ayudado de muchas maneras a los demócratas hasta el punto de enviarles un contingente de sus propias tropas. Había dado asilo a Jerez y a Castellón cuando éstos huían de don Fruto Chamorro, y los pertrechó para que comenzaran su revolución, la que fue causa de la llegada de Walker a Nicaragua. Creía, por consiguiente, pedir ayuda como cuestión de derecho y no de gracia. Jerez, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, opinaba de corazón que debía respaldarse a Cabañas, con quien tenía una profunda deuda de gratitud. Walker, quien no había ido a Nicaragua a diezmar sus fuerzas en provecho de caciques locales, se opuso a la petición. Adujo en defensa de su actitud que una invasión a Honduras sería vista por sus enemigos como prueba de querer llevar a cabo una guerra de conquista. Parece que esta excusa satisfizo a Rivas, quien no dio ninguna respuesta definitiva, y hasta que Cabañas se hubo ido a León mandó a decirle que no podría ayudársele. Al saberlo Jerez, el más destacado demócrata del país, renunció a su cargo en el gabinete. Poco después de esto Selva puso también su renuncia cuando Walker dio un puesto en el gobierno a un legitimista. Así, como antes con los legitimistas, comenzó el filibustero a indisponerse con los demócratas. Casi todo lo de importancia que hacía le acarrecaba nuevos enemigos. Cabañas, amargamente decepcionado, se regresó a El Salvador, el único estado afecto a Walker, y comenzó

allí una campaña de activa agitación contra los americanos invasores. Soliviantó a los liberales con un manifiesto hostil a Walker, y el gobierno envió a un portapliegos, el Coronel Justo Padilla, con cartas inquisidoras del por qué se elevaba el número de tropas americanas; pedía el gobierno salvadoreño que se pusiera fin a la inmigración. El comisionado llegó al tiempo que arribaban los doscientos cincuenta filibusteros enviados de Nueva Orleans por Vanderbilt y, como para hacer alarde de toda su gente, Walker los hizo desfilar cuando Padilla lo visitó en su cuartel. (1). Ya no quedaba más que un ministro en el gabinete de Rivas, y era él don Fermín Ferrer. Este incondicional de Walker fue nombrado entonces ministro general. Ferrer explicó a Padilla que el incremento de las tropas respondía a la hostilidad demostrada por las repúblicas vecinas, especialmente Costa Rica, contra el gobierno de Rivas. El Salvadoreño se estuvo un rato en la plaza mirando a los filibusteros hasta que entraron en su cuartel. Luego, moviendo negativamente la cabeza, exclamó: ¡"Muchos soldados", y pensativo se alejó paso a paso de allí. (2).

La república de Costa Rica era el baluarte del partido conservador en la América Central, y muchos de los más prominentes legitimistas fueron a refugiarse allá después de la caída de Granada. El **Boletín Oficial**, órgano del gobierno, atacó vigorosamente al nuevo régimen de Nicaragua, y el Presidente don Juan Rafael Mora no sólo pasó por alto la circular enviada por Rivas a las cuatro repúblicas centroamericanas, sino que el 20 de noviembre, menos de un mes después de haberse firmado en Nicaragua el convenio de paz entre legitimistas y demócratas, lanzó una ampulosa proclama declarando que la paz de la patria estaba en peligro: "Una gavilla de advenedizos", decía, "escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde con qué saciar su voracidad, hoy están proyectando invadir a Costa Rica para buscar en nuestras

(1) **Herald**, de Nueva York, 13 de abril de 1856.

(2) Montúfar, Págs. 187 - 207; **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 154 - 60, por Walker; **Herald**, de Nueva York, 4 y 13 de abril de 1856.

esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia. Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar fríamente tan bárbara invasión puedan resultarnos?

“No; vosotros lo comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

“¡Alerta pues costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, ¡pero preparad vuestras armas!” (1).

Walker prontamente vio la necesidad de hacer algo por atraerse a esa república. En consecuencia, el 17 de enero de 1856 dirigió una carta personal al Presidente Mora en la que negaba tener ninguna intención hostil contra la América Central, y declaraba haber ido a Nicaragua con el fin de implantar el orden y un buen gobierno, expresando además “fervientes deseos de paz y concordia entre las hermanas repúblicas de Costa Rica y Nicaragua”. (2). En febrero Rivas dio un paso más adelante todavía nombrado a Louis Schlessinger, judío alemán, comisionado especial ante el gobierno de Costa Rica. Había llegado este hombre a Nicaragua muy bien recomendado y era de los pocos soldados de Walker que hablaban perfectamente el español. Schlessinger fue uno de aquellos pasajeros del **Northern Light** contra quienes el gobierno americano diera orden de captura el 24 de diciembre. Mientras la policía lo buscaba en el barco él cambiaba ropas con un marinero y se rasuraba la barba. Luego salió tranquilamente a cubierta con chaqueta impermeable y camiseta a rayas, libre de toda sospecha. (3). Junto con Schlessinger fueron también W. A. Sutter, Capitán filibustero, y don Manuel Argüello, destacado legitimista. Creyóse que la presencia de Argüello contribuiría a que los refugiados legiti-

(1) *La Compañía Nacional Contra los Filibusteros en 1856 y 1857*, Pág. 8, por Joaquín B. Calvo.

(2) *Montúfar*, Págs. 204 - 6.

(3) *Herold*, de Nueva York, 14 de enero de 1856.

mistas en Costa Rica cambiaran de actitud y regresaran a sus casas. Schlessinger llevaba el encargo especial de tratar de borrar la falsa impresión que se tenía del gobierno Rivas-Walker y protestar contra las maquinaciones de los emigrados legitimistas. El comisionado encontró sólo hostilidad. A él y a Sutter se les mandó salir inmediatamente del país; Argüello se quedó y más tarde se unió a las filas del ejército costarricense. (1). Como ya podía verse, los estados vecinos no eran amigos del régimen filibustero.

Sólo en Nicaragua podía Walker contar con algo así como simpatía momentánea de la ciudadanía. Desde un principio el clero nicaragüense estuvo de su parte. Siendo por naturaleza y profesión hombres de paz, no podían los curas ser partidarios de las guerras civiles, y se habían visto obligados a contemplar sus destrozos como espectadores silenciosos mientras los beligerantes hacían fortalezas de sus templos, y los cañoneaban. A raíz de haber entrado Walker a Granada el cura de la ciudad, Presbítero Agustín Vijil, lo ensalzó llamándolo "ángel tutelar, estrella del Norte". A poco de eso, el Vicario Capitular del Obispado Monseñor José Hilario Herdocia, le envió desde León felicitaciones por haber restaurado la paz en Nicaragua; Walker le contestó en esta forma: "Me es muy grato saber que la autoridad de la Iglesia apoya al actual gobierno. Sin el auxilio de los sentimientos y de los maestros religiosos no puede haber buen gobierno, pues el temor a Dios es la base de toda organización política y social. Deposito en Dios mi confianza para alcanzar el éxito en que estoy empeñado y lograr la estabilidad de los principios que invoco. Sin su ayuda todos los esfuerzos humanos son vanos, pero con su auxilio unos pocos pueden triunfar contra una legión". (1). La influencia del clero era principalmente palmaria entre el elemento conservador, por tal razón muchos de ese partido se amoldaron al nuevo orden de cosas. Fue el clero asimismo eslabón entre la indiana supersticiosa y la aparición de Walker. La aversión

(1) **La Guerra Nacional**, Pág. 160, por Walker.

(2) Montúfar, Págs. 167 - 8; **Memorias**, por Pérez, Pág. 168.



de los indios contra los extranjeros nació del prejuicio racial, y en el distrito de Matagalpa se alzaron contra el nuevo gobierno. Walker, en vez de mandar soldados a combatirlos, mandó a un sacerdote. El clérigo los apaciguó a punta de sermones. Don Jerónimo Pérez, abcegado partidista, opina que si Walker hubiera garantizado vida y propiedad a los legitimistas, éstos lo habrían apoyado. Pero el historiador olvida que en los precisos momentos en que Corral, el jefe militar del partido legitimista, juraba sobre los Evangelios apoyar a Walker, conspiraba para derrocarlo. Parece que los escritores centroamericanos no creían que las obligaciones de filibusteros y nicaragüenses debían ser recíprocas. Los demócratas vieron primero en Walker su arca de salvación, pero jamás estuvieron plenamente convencidos de que los propósitos de él fuesen idénticos a los suyos; y así creció gradualmente en ellos la desconfianza. No obstante eso, ambos bandos prefirieron a su debido tiempo ver en el poder a un extranjero antes que a un compatriota enemigo. Durante la guerra civil, según el propio Pérez, muchas familias corrieron a refugiarse en sus haciendas de Chontales, Matagalpa y Segovia, alejándose así del teatro de la guerra, y cuando se les decía que por ahí andaban merodeando soldados, deseaban sinceramente que fuesen filibusteros, puesto que odiaban a éstos menos que a sus paisanos del bando contrario. (1).

Aunque parezca extraño, las relaciones de Walker con el clero y la Iglesia han sido más desfiguradas que cualquier otro aspecto de su carrera. Sir William Gore Ousley, representante diplomático en 1859 de la Gran Bretaña en la América Central, escribió a Lord Malmesbury diciéndole que Walker profanó templos y vistió a sus hombres con las vestiduras sacerdotales para remedar la elevación de la hostia. (2). Sólo los extranjeros podían creer tales cuentos; la actitud del clero netamente nicaragüense basta para refutar semejante aserto. (3).

(1) Montúfar, Pág. 172.

(2) *British State Papers*, L., Pág. 216.

(3) El primero de los cincuenta y tres "Artículos del Reglamento Militar del Ejército de

Parker H. French, siendo Ministro de Hacienda, explotó esa amigabilidad del clero pidiéndole en préstamo al Vicario Herdocia los fondos de la parroquia de Granada, para ayudar con ello a la pacificación del país. El prelado accedió dándole a French 963 onzas de plata fina en barras. (1).

Fue en parte debido a esta manifiesta rapacidad de French que Walker resolvió sacarlo de Nicaragua. Antes del convenio del 23 de octubre Marcoleta era quien representaba al gobierno legitimista en Washington. Al firmarse aquel convenio, por acuerdo de ambos partidos, el gobierno representado por Marcoleta lógicamente dejaba de existir. Sin embargo, el Presidente legitimista don José María Estrada, quien logró escapar cuando la toma de Granada, lanzó un manifiesto declarando que al firmar Corral el convenio se había excedido en sus facultades y que tal documento, por tanto no tenía ninguna validez. Juzgó de ilegal al gobierno provisional, y de traidores a todos sus colaboradores. En Nueva Segovia instaló su gobierno que afirmaba era el único legalmente constituido en Nicaragua. Marcoleta, por consiguiente, seguía en su puesto de Washington alegando ser el representante del gobierno de Estrada. (2). Esto planteaba al gobierno de Pierce un problema de difícil solución. El Departamento de Estado no podía reconocer la legitimidad del gobierno de Estrada que no era sino nominal. Por otra parte, el romper relaciones con Marcoleta hubiera sido interpretado como estímulo a la invasión de Nicaragua, que era precisamente lo que el gobierno de Pierce quería evitar a todo trance, sobre todo porque ello habría equivalido a agitar un trapo rojo en la cara de Inglaterra. Así estaban las cosas y

---

la República de Nicaragua', redactado por Walker, dice:

"Artículo 1o. Instase encarecidamente a todos los soldados que asistan a los oficios divinos, y cua'quier oficial o soldado que no se comporte debidamente en la celebración de ellos será juzgado en consejo de guerra y castigado conforme a la magnitud de la ofensa cometida".

- (1) Dice Pérez en sus **Memorias**, II Parte, Pág. 6, que la plata fue tomada del Altar Mayor de la iglesia de la Merced, Granada, y también del reyo de la Virgen de la Iglesia del vicario.
- (2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Notas Legaciones de la América Central, II., Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess., 145 - 7.

Marcoleta siempre en sus trece; nadie sabía a quién enviaba él sus oficios ni de quién recibía instrucciones. El gobierno de Rivas había anulado el nombramiento de Marcoleta, pero el Departamento de Estado no podía aceptar oficialmente esa medida sin antes reconocer la legalidad de tal gobierno.

Esa era la situación cuando Walker resolvió deshacerse de French enviándolo a Estados Unidos como representante diplomático de Nicaragua. De lo que se ha dicho respecto de este individuo ha de deducirse que con dificultad pudo escogerse a uno peor para el cargo. Las razones que Walker da para haberlo seleccionado fueron escritas después que French demostró incapacidad. Es más que probable que cuando se hizo el nombramiento de French, Walker ignorara las peores cualidades del carácter de ese individuo, como también su pasado, pues es a duras penas creíble que se hubiera enviado como representante del Gobierno de Nicaragua a un hombre que, de haber sido justamente calificado, se le habría llamado perverso. Sin embargo, no hay razón para dudar que al hacer el nombramiento influyera mucho en Walker el deseo de salir de él pensando que tal vez en otro ambiente moderaría sus malas inclinaciones puestas de manifiesto en Nicaragua. Walker no sólo erró al enviar a un sujeto de la estofa y del pasado de French, sino también en que el hombre escogido fuese un ex-ciudadano de Estados Unidos. El sentido común decía que debía enviarse a un nicaragüense inteligente.

French llegó a Washington en diciembre de 1855, y el 19 escribió a Marcy pidiéndole una entrevista previa a su presentación de credenciales como Ministro de Nicaragua. Dos días después le contestó Marcy diciéndole que "los hombres que derrocaron al gobierno de Nicaragua no son ciudadanos de esa nación", y que tampoco los ciudadanos nicaragüenses, por cuanto se sabía, "estaban contentos con la situación política de Nicaragua". Cuando se viera que el nue-

vo gobierno tenía el apoyo de la ciudadanía, Estados Unidos reanudaría relaciones diplomáticas con él. (1).

Y Marcoleta en las mismas. El día de Año Nuevo estuvo en la Casa Blanca junto con los demás miembros del cuerpo diplomático en la recepción ofrecida por el Presidente, y se observó que muchos ministros se esmeraban en rodearlo. Manera pulcra esa de dar un bofetón al "destino manifiesto". (2). No es extraño, pues, que el ministro de un gobierno no reconocido pero que se codeaba de igual a igual con los diplomáticos acreditados, despertase interés tan grande. Era pública voz y fama que por sus servicios prestados a Nicaragua, Marcoleta jamás había recibido un solo real de sueldo. "La generosidad de este caballero que sirve a un gobierno que no tiene con qué pagarle, sólo se compara a su devoción para seguir sirviéndole a sabiendas de que ya murió", decía el **Herald**, de Nueva York; "y él sigue en la brecha con una constancia y abnegación sin paralelo en los anales de la diplomacia, representando al espíritu de un ente muerto y sepultado largo tiempo ha.". (3). Cesó al fin en sus funciones Marcoleta cuando se le notificó verbal y extraoficialmente que el gobierno al cual pretendía representar había dejado de existir, y que el único partido que afirmaba ejercer el dominio político de Nicaragua negaba tener ninguna relación con él.

No habiendo recibido él tampoco ningún aliento de Washington, French prosiguió viaje a Nueva York a donde llegó más cabizbajo, pero no más discreto; allí se enfrascó en la disputa que con McKeon tuvo acerca del reclutamiento, según se vio en el capítulo anterior. A muchos sorprendió que el gobierno no hubiese reconocido a French. La prensa estadounidense, que con pocas excepciones simpatizaba con la aventura filibustera, comenzó a criticar la actitud de Marcy. Hubo diarios que hasta atribuyeron la animosidad de Pierce contra Walker al hecho de haber éste apoyado el año ante-

(1) House Ex. Doc. 103, 34 Cong., 1 Sess., 57, 75.

(2) El **Sun**, de Nueva York, 3 de enero de 1856.

(3) **Herald**, de Nueva York, 12 de enero de 1856.

rir a Broderick, el candidato anti-gobiernista para senador de California. (1). Decían otros que la culpa era de Walker por la manera cómo había tratado a Kinney, dado que Sidney Webster, secretario privado de Pierce, y Caleb Cushing, el Fiscal General, tuvieron en un tiempo participación económica en la Compañía de la América Central, y que ahora ellos naturalmente, hundían el platillo de la balanza en contra de Walker por haber el filibustero negado validez a los reclamos de tierra hechos por la citada compañía. (2). French y Fabens —este último recién llegado a Nueva York en carácter de agente de colonización— fueron quienes dieron a entender tales cosas; había obtenido el primero tanta publicidad por la pugna con McKeon, que se le llenó de humo la cabeza. Los amigos del gobierno republicano replicaron revelando ciertos oscuros negocios de French en el pasado. Sacóse a luz especialmente un informe del Comité de Asuntos Militares del Senado, elaborado apenas un año antes, en el que aparecía tiznado el presunto diplomático. (3). Decía este documento que en 1850, cuando French encabezaba una caravana de emigrantes sobre su muy pregonada ruta a California, llegó a un puesto militar en San Antonio, Texas, donde pidió le vendieran provisiones. En aquellos días los puestos militares del camino tenían autorización del Departamento de Guerra para vender —si sus existencias lo permitían— provisiones a los emigrantes que iban rumbo al Oeste; con arreglo a eso, se le permitió a French comprar mercaderías del gobierno por valor de dos mil dólares. Hizo la transacción con una carta de crédito de la casa bancaria Howland & Aspinwall, de Nueva York. Se descubrió más tarde que la tal carta era falsificada; y estafó también a otros comerciantes de San Antonio. La divulgación de este informe produjo

- (1) Es interesante observar que la negativa de Pierce para recibir a French la atribuyeran los miembros del partido "know nothing" ("no sé nada") a complacencia del partido demócrata con los votantes católicos. Ver **Americans Contrasted with Foreignism, and Bogus Democracy**, Págs. 99 - 100, por William G. Brownlow (Nashville, 1856).
- (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Págs. 17 y 53; y **Herald**, de Nueva York, 23 de enero de 1856.
- (3) Véase Informe 455 del Senado, 33 Cong., 2 Sess.

un cambio repentino en la opinión pública, y fue ese tan rudo golpe a la causa de Walker como también eficaz represalia que de esa manera ejerció el muy criticado gobierno. (1).

Nunca un héroe populachero se vino más rápidamente al suelo. Cuando la prensa se dio cuenta de que el hombre que se pedía al gobierno reconocer como diplomático no era sino un ladrón, la simpatía de que gozaba se trocó en repugnancia. Y comenzaron a decir de French: "No es palomita sino gavilán", "es un chantajista de marca mayor", y cosas por estilo. (2). "Con honda desilusión", decía el *Mercury*, de Nueva York, "digamos como Sir Harcourt": "¿Hay por ahí quienquiera llevarse a este hombre?". (3). Si bien no manifestaban admiración por el ministro de Walker, varios periodistas seguían alegando que debía reconocérsele su carácter oficial. "No es el Coronel French, de dudosos antecedentes, quien pide ser oído por nuestro gobierno", sostenía uno, "sino el representante de una nación soberana". (4). "A hombres peores que el Coronel French se les ha recibido como ministros, y hombres notoriamente nocivos desempeñan elevados cargos en gobiernos con los cuales tenemos relaciones amistosas", decía otro. "No es tan inmaculada la moral internacional para que por remilgos no se acepte al Coronel French en los círculos diplomáticos". (5).

French persistió en sus esfuerzos por ser recibido, y el 5 de febrero fue recusado de nuevo. (6). Walker, al saber lo que pasaba con French, hizo que Rivas anulase el nombramiento de su ministro y cortara relaciones con Wheeler en Granada hasta que el gobierno americano cambiara de actitud. (7). En su número del 12 de enero **El Nicaragüense** co-

- (1) Para más datos de las fechorías de French consúltese *Journals of the Sufferings and Hardships of Captain Parker M. French's Overland Expedition*, por William Miles. (Chambersburg, 1851); y *Reminiscences of a Ranger*, Págs. 261-'5, por Bell.
- (2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 5, Pág. 46.
- (3) *Mercury*, de Nueva York, 27 de enero de 1856.
- (4) *Times*, de Nueva York, 26 de enero de 1856.
- (5) *Sun*, de Nueva York, 15 de enero de 1856.
- (6) House, Ex. Doc. 103, 34 Cong., 1 Sess., Pág. 76.
- (7) Senate, Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess.

mentó la posición de Marcy en un muy notable editorial que el **Times** calificó de "bien escrito, de alta calidad, y de un razonamiento que denota talento y gran capacidad". En este artículo Walker recuerda a Marcy que Estados Unidos obtuvo su independencia con la ayuda de Lafayette, DeKalb, y Steuben, quienes, conforme al criterio del Secretario de Estado, tenían que estar catalogados como filibusteros. Luego pasando al punto de que French era ex-ciudadano de Estados Unidos, cita el hecho de que George III, de Inglaterra, aceptó a John Adams, ex-súbdito británico, como ministro de Estados Unidos tan pronto se hizo la paz entre ambas naciones. La lectura de este editorial nos trae a la memoria el juicio que el Magistrado Field emitió acerca de Walker como abogado de Marysville, cuando dijo que sus argumentos eran ingeniosos, pero no convincentes.

El resultado más importante de la recusación de French fue la reacción que produjo en los otros gobiernos centroamericanos, los que, después de haber visto el desenlace de la guerra méxico-americana, advertían ahora que el gobierno americano demostraba cierta flojera en impedir el reclutamiento de filibusteros para invadir Nicaragua. La nota en la cual Marcy manifestaba que el gobierno Rivas-Walker no era la auténtica expresión de un pueblo y que no tenía aún su pleno apoyo fue pregonada a pulmón lleno en todos los círculos centroamericanos y dio más fuerza al puño de los que planeaban la destrucción de Walker. (1).

Caído ya de la estima pública en Nueva York, French salió para Nueva Orleans, de donde partió a San Juan del Norte con un numeroso contingente de aventureros. Walker lo recibió con frialdad diciéndole que el gobierno de Nicaragua no necesitaba ya de sus servicios. Se fue de vuelta a Nueva Orleans haciéndose pasar por enviado en misión del gobierno nicaragüense. (2). El 28 de abril junto con Pierre

(1) Montúfar, Págs. 163 - 4.

(2) Montúfar, Pág. 163; **Herald**, de Nueva York, 4 y 25 de abril de 1856.

Soulé habló en un mitin celebrado en Nueva Orleans en apoyo de los americanos de Nicaragua. (1). Luego regresó a Nueva York donde trató de interesar a Vanderbilt en la creación de una nueva compañía naviera, e intentó también publicar un folleto sobre los recursos naturales de su patria adoptiva. Pronunció varias conferencias en diversas ciudades sobre Nicaragua proclamando siempre su lealtad a Walker, aunque sin desmentir lo que se decía de su rompimiento con él. Cuando a Nicaragua llegaron noticias de sus actividades, **El Nicaragüense** puso al ex-filibustero en su justo lugar diciendo: "No tiene ninguna relación con este gobierno; y para demostrarlo afirmamos que al presente se dedica a hacernos todo el mal de que es capaz su inteligencia . . . Afortunadamente, no puede causar ningún daño material. (2). Esto lo reprodujeron muchos periódicos americanos, y fue razón suficiente para que el candil de French se apagara de momento.

En la primavera de 1856, al aproximarse las fechas de las convenciones de los partidos políticos americanos, y cuando se acaloraban los debates sobre los programas de los candidatos presidenciales, saltaba a la vista que la actitud del gobierno respecto del filibusterismo sería un factor que señalaría la pauta de la convención democrática. En todas las principales ciudades empezaron a efectuarse mitines en los que descoltantes políticos se pronunciaban en favor de Walker. Comenzó a predecir que la hostilidad demostrada por el gobierno de Pierce contribuiría a derrotar sus intentos de re-postulación, puesto que probablemente la plataforma democrática aprobaría lo que estaban haciendo los Americanos en la América Central. Acusábase también a Pierce y a sus asesores de ser demasiado complacientes con Inglaterra, y como ejemplo de ello citábase la negativa de reconocer a Walker.

---

(1) **Advertiser and Gazette**, de Montgomery, 3 de mayo de 1856.

(2) **El Nicaragüense**, 26 de abril, reproducido por el **Herald** de Nueva York el 2 de junio de 1856.



Enterado Walker de que se ejercía presión política contra Pierce, creyó oportuna la ocasión para hacer un nuevo esfuerzo en pro de su reconocimiento. Escaldado por el desacierto cometido con el envío de French, escogió a un representante contra quien no podría alegarse nada. Este fue el Padre Agustín Vijil, cura de Granada, quien en más de una oportunidad había demostrado simpatía por los americanos, y partió a Estados Unidos como ministro del gobierno de Rivas. Un historiador nicaragüense contemporáneo de Vijil y no simpatizante suyo, describe al padre diciendo que poseía memoria e intelecto espléndidos, refinados modales, voz bien timbrada, y figura corpulenta. Profundamente versado en las Sagradas Escrituras, y renombrado como orador, solía llamársele el "Bossuet de Nicaragua". (1). Antes de tomar los hábitos había sido abogado en Granada; y, como a muchos de sus compatriotas, la política lo llevó al exilio. Consagrado después al sacerdocio volvió a su patria bajo el manto de la Iglesia. Dícese que aspiró a la silla episcopal de Granada, pero que don Fruto Chamorro se opuso a su nombramiento apoyando en cambio a Monseñor Piñol. Así se explica la adhesión del padre a la causa democrática. (2).

El 14 de mayo el Padre Vijil presentó credenciales en Washington y fue oficialmente reconocido como Ministro de Nicaragua. Al día siguiente Pierce envió mensaje al congreso dando las razones que tuvo para recibir al representante de Walker. Los intereses de Estados Unidos, decía, exigen que se reconozca a un gobierno, y puesto que el de Rivas-Walker es el único existente en Nicaragua no queda más que reconocerlo. (3). Las razones del presidente no convencieron a los adversarios del filibusterismo. Decían ellos que, de haberlo querido, el gobierno pudo hallar una razón mejor para recusar a Vijil que la aducida para no recibir a French. En el

(1) Montúfar, Pág. 427.

(2) *Memorias*, Parte 2, Pág. 69, por Pérez. Se dice que cuando el Padre Vijil tomó los hábitos no abandonó el foro, y que empleó igual diligencia en cuestiones de "fervor y honorarios, alegatos y camándulas, tribunales y confesionarios, contrainterrogatorios y la cruz". Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 178.

(3) *Mensajes y Documentos del Presidente*, Vol. V., Págs. 368'-74.

caso de éste era principalmente cuestión de si el gobierno de Walker era o no era **de jure**, al paso que, cuando Vijiil fue recibido, todos los estados vecinos lo adversaban; Costa Rica hacía prácticamente la guerra a los filibusteros, y los nicaragüenses les eran día a día más hostiles. La cuestión ahora estriba, decían, en si el Padre Vijiil representa siquiera a un gobierno **de facto**. (1). Ellos, naturalmente, sostenían que el gobierno actuaba impulsado por razones políticas, creyendo que el reconocimiento del gobierno de Nicaragua sería un factor de peso para asegurar la repostulación de Pierce en la convención de Cincinnati. No cabe duda que la aceptación de Vijiil tuvo entonces ribetes políticos, aunque no de la importancia que le atribuían los enemigos de Pierce y del gobierno Rivas-Walker.

El 23 de mayo se efectuó en Nueva York un mitin para celebrar el reconocimiento del gobierno de Nicaragua. Lo más revelador del acto no fue tanto lo numeroso y entusiasta de la concurrencia cuanto el que destacados personajes del partido democrático americano aprovecharan la ocasión para identificarse con la empresa de Walker. Muchos que no pudieron asistir enviaron mensajes expresando su simpatía por la causa filibustera. De especial significación fue el de Lewis Cass, (+) de Michigan, considerado en esos días uno de los más fuertes candidatos del partido. "Confieso con agrado", decía, "que los heroicos esfuerzos de nuestros compatriotas en Nicaragua encienden mi admiración y simpatía. Y no habrán de disuadirme las burlas, ni los reproches, ni tampoco las palabras injuriosas. Quien no simpatice con esa empresa tiene poco en común conmigo. Las dificultades que el General Walker ha encontrado y ha tenido que vencer harán que su nombre figure entre las más altas personalidades de su tiempo . . . Nuestros compatriotas plantarán allá la semilla de nuestras instituciones, y Dios ha de querer que fructifiquen produciendo una copiosa cosecha de indus-

[1] **Cong. Globe**, 34 Cong., 1 Sess. Págs. 1227 - 8.

[+] Este mismo señor fue más tarde Secretario de Estado, como se verá en capítulos posteriores. (N. del T.).

trias, empresas, y prosperidad. Un nuevo día, quiero creer, amanece hoy en los estados de la América Central". Terminaba su mensaje Cass "rindiendo sus respetos" a esa su pesadilla que era la Gran Bretaña. También envió su adhesión el patriota irlandés Thomas Francis Meagher. Hablaron, entre otros, Rodman Price, Gobernador de Nueva Jersey; E. A. Pollard, periodista y viajero, así como Isaías Rynders, líder político de Tammany. Distribuyéronse banderolas con leyendas que decían: "Dilatemos los Linderos de la Libertad", y "Que no se Entrometa Inglaterra en el Continente Americano". (1).

El 2 de junio se reunió la convención democrática en Cincinnati. Pierce fue el candidato de los delegados del Sur, y sin duda que había ganado terreno entre ellos por haber cambiado de actitud respecto de Walker. El sector norteño, no obstante, apoyaba a James Buchanan, quien salió nombrado en la décima séptima votación. No fue ésta una derrota para los admiradores de Walker, ya que la plataforma de la campaña de Buchanan decía que "en vista de que es un tema de tanto interés, el pueblo de Estados Unidos no puede ver sino con simpatía los esfuerzos que está haciendo el pueblo de la América Central en pro de la regeneración de esa parte del continente en que está la ruta del tránsito de mar a mar". Esta era, desde luego, una forma tenuemente velada de expresar su simpatía por William Walker.

Entre tanto, el quehacer diplomático del Padre Vijil no era un lecho de rosas. La mayoría de los miembros de ese cuerpo se negó a reconocer su carácter oficial. Molina, encargado de negocios de Costa Rica, y también Irisarri, representante de Guatemala y de El Salvador, protestaron enérgicamente a Marcy por haberlo recibido. Irisarri se expresó con insólita ligereza al afirmar que habiéndosele reconocido en momentos en que Walker estaba a punto de caer, no podía interpretarse eso sino como una manera de asegurar el triun-

(1) Times, de Nueva York, 24 de mayo de 1856.

fo de los invasores americanos que amenazaban con señorear toda la América Central, y también "México, Cuba y el istmo de Panamá, dejando para más adelante la tarea de extender sus dominios hasta la Tierra del Fuego". (1). Hasta el popio Marcoleta, que no representaba ya a ningún gobierno, elevó su protesta. (2). Perú y Colombia hicieron luego lo mismo. Esta última república expresaba el temor de que por tener ella también una ruta de tránsito de mar a mar pronto pudiera sufrir la misma suerte de Nicaragua. (3). En la Cámara de Diputados de Chile uno de sus miembros propuso que el gobierno interviniera contra los filibusteros en Nicaragua. La antipatía de los diplomáticos hispanoamericanos culminó en una reunión efectuada en Washington en la cual redactaron el texto de un pacto de alianza que llenos de optimismo enviaron a la consideración de sus respectivos gobiernos. (4). No cabe duda de que las influencias española y británica estaban detrás de esas actividades. No sin razón España temía que con el triunfo de Walker en Nicaragua ella perdiera luego a Cuba.

En cuanto al Padre Vijil, fue desairado y también afrentado por sus cofrades religiosos de Estados Unidos. Al pasar por Baltimore en viaje a Washington visitó al arzobispo quien, según cuentan, le espetó: "¿Es usted el Padre Vijil? ¿Y cómo es posible que un sacerdote católico venga a este país a trabajar contra su religión y contra su patria?" El pobre padre se sintió tan corrido por el áspero recibimiento, que en su apresurada salida hasta olvidó el sombrero. (5). El padre desempeñó su cargo hasta el 23 de junio. (6). Dejando a

- [1] Irisarri a Marcy, 19 de mayo de 1856. Departamento de Estado Oficina de Índices y Archivos, Notas, Legaciones de la América Central, I.  
 [2] Montúfar, Págs. 453 - 57.  
 [3] **British State Papers**, XLVII, Págs. 790 - 92.  
 [4] Montúfar, Págs. 465 - 68.  
 [5] **Historia de Nicaragua**, Pág. 648, por J. D. Gómez (Managua, 1889); **Memorias**, Pág. 70, por Pérez.  
 [6] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legaciones de la América Central, Notas, II.

John P. Heiss <sup>(1)</sup> de encargado de negocios, se regresó a Nicaragua y presentó a Walker, ya para entonces presidente de la república, el informe de su misión. Es significativo que a poco de esto pidiera pasaporte para irse a Colombia, donde se hizo cargo del curato de una iglesia. <sup>(2)</sup>. <sup>(+)</sup>.

---

(1) John P. Heiss había sido uno de los propietarios del periódico **Delta**, de Nueva Orleans. Marcy lo envió después a Nicaragua como representante especial del gobierno con la misión de redactar un informe sobre la situación de ese país. De regreso en Estados Unidos se dedicó a elogiar la causa filibustera y fue una especie de "mediador" entre Walker y los políticos americanos.

(2) Montúfar, Págs. 661 - 2.

(+) El padre Vijil volvió después a Nicaragua. Entró por San Juan del Norte, y sin tocar en Granada pasó directamente al pueblo de Teustepe en cuya iglesia fue párraco hasta el día de su muerte acaecida en 1867. Sus restos yacen en esa iglesia. (N. del T.).

## CAPITULO XIV

### Costa Rica declara la guerra a Walker

Tal vez los democráticos nicaragüenses no tuvieran enemigo más acérrimo que el señor Luis Molina, encargado de negocios de Costa Rica en Washington. Ellos lo habían expulsado de Nicaragua, y el rencor que en su corazón habían impreso los maltratos sufridos le duraba todavía. Su hermano Felipe se había desempeñado muy bien y por largo tiempo como ministro de su gobierno en Estados Unidos, habiendo llegado a ser decano del cuerpo diplomático en Washington. Como hombre educado en Filadelfia conocía bien los entresijos de la política americana y mantenía a su gobierno muy al tanto de lo que urdían los simpatizantes del destino manifiesto. A la muerte de Felipe le sucedió su hermano y suplente, el también antidemocrático Luis. Los oficios de éste a su gobierno deben haber sido, si su tono armonizaba con el de sus notas diplomáticas a Marcy, sumamente pesimistas. Ya se ha aludido a sus protestas y se han citado algunas líneas de ellas. En nota del 6 de diciembre de 1855 a Marcy, por ejemplo, se refiere a la invasión de Walker a Nicaragua calificándola de "un gran crimen complejo, multiforme, fraguado y comenzado a ejecutarse dentro del territorio de Estados Unidos y continuado sin interrupción en el ajeno por ciudadanos norteamericanos, con recursos, ayuda y, hasta cierto punto, con la fuerza moral de la nación norteamericana, contra la vida de estados pacíficos y amigos". Si los aventureros "son negados hoy por el gobierno, ellos esperan, no sin fundamento, ser mañana recibidos con los brazos abiertos, vestidos de gala para la anexión, y

ser ensalzados, y legitimado su botín". Dos semanas más tarde en otra nota llama a los aventureros de Walker "desperdicios de Europa americanizados". (1). Despachos del mismo carácter que envió a su gobierno fueron reproducidos en extracto, aunque con ciertas variantes, en el **Boletín Oficial**.

El Presidente de Costa Rica, don Juan Rafael Mora, demostró también desde muy al comienzo resuelta hostilidad contra los filibusteros. Desde 1850 gobernaba al país en un ambiente de paz octaviana. (2). Era él un comerciante modesto, sencillo, de agradable trato y enorme popularidad; llegó a la presidencia de escasamente treinta y seis años. Acababa de ser reelegido cuando supo que Walker había tomado Granada. Existiendo como existían entre ambas repúblicas celos y animosidad, Mora pudo haber adoptado una política de abstención, pero tres razones había para que Costa Rica mirara alarmada el movimiento filibustero en Nicaragua. En primer lugar, en el país predominaba el partido conservador, y lógicamente se oponía a que fuerzas extranjeras llegasen en ayuda de la facción liberal, de una república vecina. Después del convenio del 23 de octubre, gran número de legitimistas irreconciliables huyeron a Costa Rica en donde fueron bien acogidos. Sus relatos de las fechorías cometidas por los filibusteros acentuaron el odio del pueblo contra los invasores. En segundo lugar, Costa Rica había disfrutado de mayor grado de tranquilidad política que sus vecinos, gracias a lo cual tenía un concepto más profundo del nacionalismo. Le alarmaba por consiguiente, la idea de que la invasión pudiera conducir a la americanización de una parte del istmo, puesto que bien podría ser ello el primer paso de la pérdida de su propia nacionalidad. Finalmente, sacando partido de la turbulencia reinante en Nicaragua, Costa Rica bía concebido el ambicioso plan de hacerse de la ruta del Tránsito apoderándose de más territorio a lo largo del Río San Juan. De modo pues que se llevó un amargo chasco cuando

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos.

(2) De Octavio, sobrino-nieto de Julio César y primer emperador de Roma. (N. del T.).

esa región cayó prácticamente en manos de los filibusteros. La incesante cruzada de agitación que Costa Rica emprendió contra Walker animó a seguir las huellas de los primeros legitimistas a muchos nicaragüenses descontentos que habían huído a refugiarse allá.

Walker, como queda dicho, hizo extraordinarios esfuerzos por atraerse a esa república. Pero el haber escogido a Schlessinger —siendo como era para él un desconocido todavía— para tan importante misión, no es cosa que hable bien de su sensatez; por otra parte, el resultado habría sido siempre el mismo mandara a quien mandara, pues los comisionados fueron repulsados apenas pusieron pie en Punta Arenas, puerto de Costa Rica en el Pacífico. Mora convocó al congreso a sesión extraordinaria, el cual lo autorizó el 27 de febrero a empuñar las armas **en defensa de la república de Nicaragua, a defender también a sus habitantes** contra los filibusteros y a expulsarlos del suelo centroamericano. Lo autorizó asimismo a actuar por sí solo o en unión de los estados del istmo. El presidente lanzó en el acto un llamamiento para elevar el ejército nacional a nueve mil hombres, y comenzó a imponer contribuciones por un total de 100.000 pesos a fin de hacer frente a los gastos de guerra. (1). Declaró además la guerra a los filibusteros cuidándose al mismo tiempo de explicar que no era contra Nicaragua. Treinta y tres alemanes domiciliados en Costa Rica firmaron un acta de adhesión y ofrecieron sus servicios al gobierno. Parece que la generalidad de los extranjeros justificaba la guerra.

Mora notificó al cónsul americano en San José que por estar ocupados los vapores de la Compañía del Tránsito en transportar "bandidos", había ordenado la cesación del tráfico en el Río San Juan y en el Lago de Nicaragua, y que todo

[1] No se llamó a ésta una contribución forzosa, pero en vista de que las cuotas asignadas a las diversas provincias debía recaudar el gobernador de cada una de ellas con la colaboración de cinco ciudadanos nombrados por él, y que los ciudadanos con haberes de sólo una casa y menos de mil pesos quedaban exentos, parece que la contribución no tenía nada de voluntaria. Véase Montáfar, Págs. 219 - 22.



aquel que quisiera cruzar el istmo tendría que hacerlo por cuenta y riesgo propios. Le advirtió además, que todo americano que fuese cogido con las armas en la mano sería fusilado. Pero sucedió que mientras Mora anduvo en campaña ningún vapor llegó con pasajeros, de modo que no pudo poner en ejecución esa parte de su amenaza. Tan pronto como llegó a Marcy la notificación del bloqueo del río y del lago, envió instrucciones al cónsul americano para que hiciera saber al gobierno costarricense que Estados Unidos no admitía tal medida, y que Costa Rica debía respetar las leyes internacionales de guerra vigentes entre naciones civilizadas y no cometer barbaridades con los hombres de Walker, aun cuando, por abandonar su patria, pudiesen ser culpables de un leve delito. (1). Mora se puso personalmente al frente del ejército expedicionario dejando el gobierno en manos del vice-presidente, y el 3 de marzo inició en San José la movilización de sus fuerzas. (2). A fin de facilitar el enganche decretó que todos aquellos que sentaran plaza, de sargentos para abajo, quedaban automáticamente exentos de demandas y ejecuciones judiciales —mientras durare la campaña y un mes después de haber vuelto a sus casas— por deudas o contratos en que estuvieren comprometidos antes de su marcha a la frontera. Rivas replicó el 11 de marzo declarando la guerra a Costa Rica. Walker, por su parte, lanzó una proclama diciendo que el partido democrático de Nicaragua lo había invitado a ir allá, y que él y sus hombres estaban empeñados en luchar por los principios de la revolución de 1854; que había refrenado las malsanas pasiones de sus amigos democráticos actuando de amigable componedor entre ellos y sus adversarios; que el gobierno provisional había tratado de establecer relaciones amistosas con otras repúblicas y que su gestión había sido rechazada con burlas; que los legitimistas intentaban destruir al gobierno provisional ayudando a los enemigos que éste tenía en el exterior; y que ahora, en vista de todo eso, a los americanos no les quedaba otro ca-

(1) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong. 1 Sess.

(2) Montúfar, Págs. 224 - 47.

mino que declarar hostilidad eterna a los gobiernos serviles (2) de la América Central. Terminaba ordenando a la tropa adoptar y llevar como enseña la cinta roja de los demócratas. (2). Se tomó esta última medida a causa del proceder de los legitimistas, pero era prácticamente una declaración de guerra civil en Nicaragua, y así los filibusteros dejaron de ser paladines de un gobierno unido para volver a serlo únicamente de un partido. Esto puso a toda la familia centroamericana en pie de lucha contra el hombre que había declarado guerra eterna al partido dominante en esas repúblicas.

El 4 de marzo salió de San José la vanguardia de las fuerzas costarricenses al mando del General Joaquín Mora, hermano del presidente. Aun cuando el Presidente Mora había vociferado contra el empleo de extranjeros en el ejército nicaragüense, no ponía ahora reparos en utilizarlos en el suyo propio, y le fueron eficientísimos aliados. Un francés de apellido Marié, que odiaba a los americanos y había puesto su pluma vitriólica al servicio del gobierno para atacar a los filibusteros en el **Boletín Oficial**, acompañó a Mora al frente de guerra con el cargo de sub-secretario de relaciones exteriores. Otro, el oficial de zuavos Teniente Coronel Barillier, prestó inestimables servicios en la campaña. Agentes españoles también cooperaron con los costarricenses, no tanto por apego a sus vínculos raciales cuanto por celos de la expansión americana y al implícito temor que tenía España de perder a Cuba. (3). Los costarricenses caminaron hasta Punta Arenas y cruzaron el Golfo de Nicoya en botes, algunos de éstos facilitados por el capitán de un buque mercante surto en la bahía. Mora envió también un destacamento al Río Sarapiquí, tributario meridional del San Juan, con el propósito de desalojar a un retén de filibusteros acantonados en La Trinidad (Punta

(1) El partido servil de los otros estados correspondía al legitimista de Nicaragua.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II; **El Nicaragüense**, 15 de marzo de 1856; **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 174, por Walker.

(3) Montúfar, Págs. 259 - 62.

Hipp de entonces), (+) paraje en donde se juntan los dos ríos. Estos filibusteros habían estado interceptando allí la correspondencia costarricense que del exterior llegaba por esa vía a San José, lo cual permitió a Walker enterarse de ciertas cosas interesantes relativas a las relaciones exteriores de Costa Rica. Era también objetivo de ese destacamento después de tomar La Trinidad, impedir que los vapores remontaran el río, para de esa manera hacer efectivo el bloqueo nominal decretado por Mora. El 10 de abril los costarricenses atacaron La Trinidad, y aunque fueron rechazados por los filibusteros que conservaron la posición, dijeron haber alcanzado una gran victoria que celebraron en todo el país. (1).

Al comienzo de las hostilidades Walker contaba con una fuerza de más o menos seiscientos filibusteros. Los últimos le habían llegado el 9 de marzo, dos días antes de la declaración de guerra, a bordo de uno de los vapores de la difunta Compañía del Tránsito y al mando de Domingo de Goicouría, patriota cubano que se alió a Walker cuando éste le prometió ayudar a la americanización de Cuba después que terminara la conquista de Nicaragua. Pasarían seis semanas antes de que le volvieran a llegar refuerzos en los vapores de Morgan y Garrison. En estos días el cólera comenzó a ensañarse también en los filibusteros de Granada llevándose a algunos de sus mejores oficiales como fueron Gilman y Davidson, veteranos de la invasión a Baja California. Y con el fin de obtener el apoyo de los demócratas Walker adoptó no sólo la cinta roja sino que consintió en trasladar la capital a León. Relevantes demócratas volvieron entonces a unir sus lazos con él. Jerez, que había renunciado a su puesto en el gabinete cuando Walker se negó a prestarle ayuda a Cabañas, aceptó el ministerio de la guerra, y dos demócratas más fueron nombrados también miembros del gabinete. (2). Para evitar re-

(+) La Trinidad fue bautizada con ese nombre en honor del General José Trinidad Muñoz, quien llegó y fortificó ese lugar en 1848 cuando la ocupación inglesa de San Juan del Norte. (N. del T.).

(1) Montúfar, Págs. 309 - 12.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

trasos en los negocios públicos ocasionados por el traslado de la sede del gobierno a León, se dejó en Granada a Fermín Ferrer con facultad para atender los asuntos de carácter gubernativo en los departamentos de Granada y Rivas, zona oriental y meridional esta última que era el centro de las hostilidades. Tal disposición creaba en la práctica dos gobiernos. Al llegar a León el presidente Rivas mandó publicar un bando haciendo saber que el traslado de la capital a esa ciudad tenía por objeto estar más cerca de los gobiernos de Honduras, El Salvador, y Guatemala, con los cuales deseaba cultivar relaciones amistosas. Esto contrasta extrañamente con la proclama de Walker jurando enemistad eterna a los gobiernos conservadores de la América Central. Walker astutamente sospechó que el plan de hacer a León capital de la república era en gran parte fruto del deseo de dividir geográficamente al país para de esa manera debilitar su dominio sobre el territorio. El 12 Walker mandó a Guanacaste, en Costa Rica, un batallón de cuatro compañías para enfrentarse a la invasión. Dio el mando de la tropa a Schlessinger, como bálsamo a su amor propio herido cuando fue desairado en su viaje de comisionado, y por esto Walker creyó que su resquemor le haría pelear con más denuedo. De las cuatro compañías una era de franceses solamente y la otra de alemanes. Formaba la mayoría de la tropa gente bisoña llegada tan solo tres días antes; apenas unos pocos sabían algo de milicia. Dice Walker que Schlessinger era el único de sus oficiales capaz de hablar a todos sus hombres en su propio idioma, y que ésta fue una de las razones que tuvo para darle la jefatura. Había además otra razón, la cual él no da, para enviar a esos novatos en tan largo viaje. Y era que sus otros hombres estaban debilitados por el clima, las fiebres, la disentería, el cólera, y los vicios, y él quería utilizar a los reclutas frescos antes que perdieran sus bríos a causa de aquéllo. Mas el resultado fue desastroso. Schlessinger no tenía dotes de jefe militar. En el camino no llevó nunca avanzada ni tomó precauciones. Su batallón estaba apenas mejor organizado que una simple turba. El 20 de marzo, estando treinta millas dentro de territorio costarricense, Schlessinger fue repentina-

mente atacado en la hacienda Santa Rosa por la vanguardia del ejército de Mora. El ataque lo tomó de sorpresa; los alemanes echaron a correr y en seguida los franceses, sin que de nada valieran los esfuerzos de los oficiales americanos para que sostuvieran el punto y repelieran la embestida. En cinco minutos toda la tropa, con su jefe a la cabeza, iban en desbandada corriendo por los montes al que más. Schlessinger fue después sometido a consejo de guerra por cobardía y sentenciado a morir fusilado, pero logró fugarse. Unos cien hombres perdió Walker en esa batalla. Mora, cuando el grueso de su ejército llegó a Santa Rosa, cumplió su amenaza sometiendo a consejo de guerra a todos los prisioneros; y fueron ejecutados, incluso los heridos. (1). Llevaba consigo una imprenta que utilizó para expedir un decreto diciendo que todo filibustero tomado con las armas en la mano sería fusilado, pero que quien no las hubiese empleado contra Costa Rica y las depusiera voluntariamente sería perdonado. (2). Este decreto se publicó en inglés, francés, alemán y español, y como apéndice y severa advertencia aparecía la lista de los prisioneros ejecutados en Santa Rosa. (3). Los sobrevivientes del desbarate fueron unos tras otro llegando a La Virgen; y pasaron varias semanas para que el último volviera, pues muchos se habían perdido. (4). Y lo que llegaron contando abatió en extremo el ánimo de los filibusteros. El propio Walker, cuando recibió la infausta noticia, sufría de calenturas y de una inflamación en la cara, y en carta que en esos días escribió al Senador Weller de California se nota que él

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 175 - 8, por Walker.

(2) Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos. Despachos de Nicaragua, Manuscritos. Vo. II., contienen ejemplares del **Boletín del Ejército de Costa Rica**, 27 de marzo de 1856.

(3) Uno de los prisioneros probó ser correspondiente del **Delta**, de Nueva Orleans, llamábase Phillip E. Toothy. Aunque estaba herido no había peleado, y habiendo convencido a los costarricenses de que no era soldado le perdonaron la vida. **Herald**, de Nueva York, 1o. de mayo de 1856.

(4) Unos cuarenta de los hombres de Schlessinger llegaron a San Juan del Norte en la mayor desgracia. Bajo amenazas obligaron a los porteños a darles de comer; los sanjuaneños pidieron protección al Capitán Tarleton, del barco de guerra inglés **Eurydice**. Entre los marineros del barco colectaron para pagarles los pasajes y sacarlos del país; el propio Tarleton contribuyó. Manuscritos del Departamento de Marina, Archivos, Flota del Caribe, II., Pág. 199.

también estaba sumamente deprimido. (1). Entre los americanos radicados pacíficamente en Nicaragua hubo entonces casi una estampida buscando cómo volverse a Estados Unidos. También esto abatió el espíritu de la tropa. Walker resolvió irse de Granada a Rivas con toda su gente. Pensó que así podría proteger mejor la ruta del Tránsito que parecía el objetivo de Mora y, por otra parte, tal movimiento causaría impresión entre la ciudadanía nicaragüense que, al verle avanzar en busca del enemigo, pensaría que lo de Santa Rosa había sido un revés sin importancia. En Rivas reorganizó Walker como pudo las diezmadas compañías con los derrotados que poco a poco iban llegando, y desde ese momento dispuso no volver a formar compañías con gente de otras nacionalidades. En consecuencia, dio de baja a todos los alemanes y franceses. Contaba él con unos cuatrocientos americanos bien entrenados; el resto tenía sólo un incompleto equipo de campaña o nada. Muchos de los fugitivos de Santa Rosa habían botado sus armas, y algunos llegaron sin sombrero y sin zapatos. En suma, nada de confortante tenía el espectáculo de quinientos hombres, sin esperanzas inmediatas de recibir refuerzos de Estados Unidos debido a la tardanza de Morgan y Garrison en establecer su línea del Tránsito, preparándose a resistir una invasión de cuatro mil hombres a quienes los hijos del país probablemente recibirían bien y les ayudarían. El Presidente Rivas mandó decirle a Walker que en los otros estados centroamericanos existía un movimiento general para secundar a Costa Rica. El desaliento común empujó a muchos oficiales a la bebida y los holgorios menoscabando la disciplina con el mal ejemplo. Entre los disolutos se contaba Norvell, capitán y hermano de Walker, quien lo degradó a soldado raso. El castigo produjo buen efecto. El 30 de marzo, recién llegado a Rivas, Walker pasó revista a la tropa en la plaza y les habló de manera termi-

(1) "Hasta ahora", le escribió, "tenemos en contra los factores morales. El gobierno del que esperaríamos apoyo y aliento nos ha tratado con desdén; ni siquiera nos ha estimulado deseándonos "buen viaje". Sólo nuestro sentido de la justicia de la causa en que estamos empeñados, y de su importancia para nuestro país de origen, nos ha hecho luchar para llegar al punto en que nos encontramos". *Cong. Globe*, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 1070 - 2.

nante y clara. Les hizo ver que el peligro en que estaban les exigía ponerse a la altura de las circunstancias; no contaban en el mundo con ningún gobierno amigo; habían sido traicionados por aquellos a quienes habían ayudado; se encontraban solos y sin nada en que apoyarse sino en la justicia de su causa. La alocución fue corta y carente de relumbres retóricos, pero reavivó el desfallecido ánimo de los filibusteros. (1).

Mora avanzaba hacia la frontera cuando supo la llegada de Walker a Rivas. Entonces paró a cierta distancia para observar la actitud de Walker, pero éste, sin haber podido obtener información fidedigna acerca del número de la fuerza costarricense, decidió volverse a Granada. Tomó esta resolución debido a que el presidente provisorio Rivas le avisó desde León que le tenían preocupado los diarios rumores de una invasión por el Norte. Los planes de una invasión por ese nuevo frente eran la respuesta a la irreflexiva declaración de guerra lanzada por Walker a todos los gobiernos conservadores de la América Central. Su salida de la ciudad de Rivas teniendo al enemigo en frente pareció también una locura, y al general De Goicouría que le pidió dejarlo allí con un destacamento para observar los movimientos del enemigo y hostigarlo, le dijo ásperamente que no se metiera en lo que no le competía. Así pues, los filibusteros abandonaron Rivas después de sólo seis días de ocupación. Embarcóse a los hombres en un vapor del lago para llevarlos a la boca del Río San Juan con el propósito de hacer creer que se iban del país o que se proponían atacar por otro frente a Costa Rica. El enemigo creyó lo primero, de manera que no estorbó su partida. Llegado que hubo Walker a la boca del río viró poniendo proa hacia Granada, mientras que los costarricenses, imaginándose ya dueños por completo de la zona, se apoderaron de la ruta del Tránsito y se acuartelaron en Rivas. Al llegar a la bahía de La Virgen rodearon el edificio de la Compañía del Tránsito, asesinaron a nueve empleados y bol-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 180 - 2, por Walker, *Herald*, de Nueva York, 9 de mayo de 1856.

searon sus cadáveres, saquearon la bodega, pegaron fuego al muelle de la compañía, y gritaron muerte a los americanos. (1).

Al llegar Walker a Granada supo del avance de Mora y encontró además cartas de León diciéndole que la amenaza de invasión por el Norte se había disipado. Acto continuo dispuso contramarchar sobre Rivas. En el camino se topó con la guarnición nicaragüense que había dejado en esa ciudad. Su jefe se había pasado a Mora, pero siguieron a un cubano que permaneció fiel a Walker. Sus fuerzas sumaban cerca de seiscientos hombres. A las ocho de la mañana del 11 de abril llegaron a los arrabales y comenzaron el asalto de la ciudad. Los costarricenses no esperaban ser atacados a esa hora, aunque sí sabían de la proximidad del enemigo; fue pues una sorpresa. Los filibusteros entraron por cuatro diferentes puntos, y en su rápido avance se apoderaron de la plaza y de las casas circunvecinas. Pero apenas llegados al centro de la ciudad se dieron cuenta de que los rodeaban fuerzas superiores protegidas tras de gruesas paredes de adobe. Aunque habían sorprendido al enemigo, los filibusteros estaban en la boca del lobo. Sin artillería jamás podrían desalojar a los costarricenses de las casas circundantes, de modo que no podían avanzar ni retroceder. De los techos de las casas tiraban los defensores granizadas de balas sobre los asaltantes que osaban sacar la cabeza. Estos, viéndose como dentro de una ratonera, se amilanaron y no se atrevían a irrumpir en las calles en dirección al cuartel general de Mora, como Walker quería que hicieran. Sus oficiales, en cambio, se exponían temerariamente al nutrido fuego siendo por esto grande la matanza de ellos. Pero los rifles americanos no se estuvieron ociosos tampoco; mataron a doscientos costarricenses e hirieron a cuatrocientos. Walker perdió ciento veinte entre muertos y heridos.

(1) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess. Por este ataque de los costarricenses a la propiedad y personas americanas Estados Unidos pidió reparación.



A medio día el tiroteo amenguó. Los costarricenses incendiaron varias casas de los alrededores de la plaza ocupadas por los filibusteros, y mantenían además fuego graneado por todos lados para impedirles comunicarse entre sí. Al entrar la noche Walker reunió a los heridos en una iglesia de la plaza y junto al altar mayor dejó a los que por estar de muerte no podía llevarse. Trajéronse caballos para los levemente heridos, y entonces, al amparo de las tinieblas de media noche y gracias a que los costarricenses estaban desmayados de fatiga, pudieron los filibusteros salir de la ciudad. Al amanecer los hombres de Mora no se habían dado cuenta aún de la escapatoria de los invasores. Norvell, el hermano de Walker, se durmió en la torre de la iglesia abandonada tan calladamente por sus compañeros que no se despertó. Grande fue su sorpresa al verse solo, pero se las ingenió para escabullirse de la ciudad sin ser visto, pues que a esa hora los costarricenses todavía temerosos de los rifles americanos capeaban el bulto detrás de las paredes. A unas millas de Rivas el dormilón alcanzó a la retaguardia. (1). Cuando al fin los costarricenses se dieron cuenta de la retirada del enemigo, entraron en la iglesia y degollaron a los heridos que encontraron cerca del altar; también fusilaron a diecisiete prisioneros. (2).

La campaña había probado hasta aquí que Walker poseía valor personal pero no cualidades de general. El abandonar la ciudad de Rivas con el enemigo al frente permitió a éste apoderarse de la ruta del Tránsito y destruirle de

- (1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 191 - 7, por Walker; Montúfar, Págs. 325 - 30.  
 (2) Esto lo dice sin embages el crítico más hostil a Walker. Ver **Memorias**, por Pérez, Parte 2, Pág. 48. También Mora, en su parte de guerra, admite haber dado orden de bayonetear a los heridos. Ver Montúfar, Pág. 331. La batalla inmortalizó a un soldado raso costarricense llamado Juan Santamaría. En lo más enconado de la lucha el General Cañas pidió un voluntario para ir a pegarle fuego a una casa desde los filibusteros estaban causando mucho daño. Aunque la hazaña significaba una muerte casi segura, Santamaría se ofreció rogando a sus compañeros no olvidarse de su madre. Con una tea en la mano corrió, llegó, y le pegó fuego al alero. Una bala le dio en el brazo derecho; se pasó la tea al izquierdo y siguió pegándola a la casa hasta que otra bala lo dejó tendido. Sus compatriotas levantaron un monumento a su heroísmo. Véase **Las Fiestas del 15 de Septiembre de 1895 Celebradas con Motivo de la Inauguración del Monumento Nacional Erigido en San José a los Héroes del 56 y 57**, Pág. 28. (San José).

momento sus vías de comunicación, por no decir nada de la matanza de americanos inofensivos en La Virgen. Después de desamparar la ciudad que debió defender, y de permitir que el enemigo se hiciera fuerte en ella, hizo caminar a sus hombres cincuenta millas y los lanzó al asalto teniendo cinco veces menos gente que los costarricenses parapetados detrás de paredes de adobe. Los filibusteros atacaron con sólo rifles y revólveres. Si bien Walker infligió a los otros un número de bajas cinco veces mayor que las sufridas por él, cada uno de sus hombres que perdió valía mucho más para él que para Mora la falta de cinco de los suyos. Tuvo suerte de poder salir del brete en que se metió.

Pero si Walker no era un buen general, Mora no llegaba siquiera a soldado. No solamente se dejó sorprender, sino que después de contener y rechazar el ataque no supo perseguir al enemigo en retirada. (1). En vez de haber hecho eso se quedó en Rivas que en el mejor de los casos era sólo una ciudad malsana, y demostró no tener siquiera conocimientos primarios de la ciencia sanitaria para sepultar o quemar los cadáveres putrefactos que fueron arrojados precipitadamente en los pozos de las casas, contaminando de esa manera el aire y las aguas. El 15 envió a San José el parte de una gloriosa victoria, pero al mismo tiempo prohibía a sus soldados escribir a sus casas. "A cada momento", decía su parte de guerra, "llegan prisioneros sanos y heridos. Hasta el día se han fusilado diecisiete. En resumen, nuestras pérdidas, con los heridos que pueden morir, no pasará de ciento diez hombres contando los jefes. La del enemigo no baja de doscientos incluyendo los fusilados". Informaba además que Walker había atacado con mil doscientos o trescientos hombres, en tanto que sus fuerzas eran de igual número o quizá menos

(1) Dice Pérez: "El señor Mora abundaba en patriotismo y en noble ambición, pero no era militar". Tomado de sus *Memorias*, Pág. 49 de la Parte 2. Montúfar, en Pág. 331, agrega: "El señor Mora no era militar, su carrera había sido el comercio. Si se tienen presente las cualidades que deben tener los oficiales generales y superiores para el mando de los ejércitos, no los encontraremos en ninguno de los militares que servían a Centro América en ese período histórico". Dice también de Mora que no era soldado, pero sí un comerciante patriota y muy popular.

por las guarniciones que tenía en La Virgen, San Juan del Sur y otros acantonamientos. (1). Parece extraño que después de decir que sus bajas fueran tan pocas, pase a explicar que no salió en persecución de Walker porque sus hombres estaban agotados, y era necesario atender a los heridos. El mismo se contradice.

A pesar de los altisonantes partes de una victoria y de la prohibición a los soldados de escribir a sus casas, la noticia de las grandes pérdidas sufridas por Mora se coló y causó mayor zozobra entre el pueblo que si se hubiera dicho la verdad desde el principio. El Doctor Lorenzo Montúfar, historiador costarricense, que trabajaba en la redacción del **Boletín Oficial**, describe por propia experiencia la forma gradual en que esa publicación dio la noticia al pueblo. (2).

El cólera apareció pronto en Rivas raleando las filas costarricenses con mejor puntería que los más diestros rifleros de Walker. Las condiciones insalubres ya dichas contribuyeron a propagar la pestilencia; la mortandad fue espantosa. También llegaron noticias de que en Costa Rica estaba a punto de estallar una revuelta contra Mora. Y a medida que se iban divulgando poco a poco los datos del verdadero número de muertos y heridos del 11 de abril, el júbilo del triunfo se trocaba en duelo por los caídos. La guerra les era ya una carga muy pesada, y se gestaba una revolución. Mora corrió de vuelta a San José dejando a su cuñado el General José María Cañas al mando de las tropas. Pero siendo los rigores de la peste inaguantables, Cañas no vio otro camino que dictar las medidas pertinentes para abandonar la flagelada ciudad y volverse a toda prisa a su país con los sanos y fuertes que le quedaban. Y entonces ocurrió algo maravilloso: los que antes no daban cuartel se vieron obligados a pedirlo. Cañas envió una atenta carta a Walker rogándole asistir a los enfermos que se veía forzado a dejar en cama. Extraño era en verdad que aquellos mismos cos-

(1) Montúfar, Págs. 325 - 27.

(2) Montúfar, Págs. 342 - 5.

tarricenses que habían bayoneteado a los heridos y fusilado a sus prisioneros pidieran ahora favores al hombre que acusaban de bandido. "En honor a la verdad", dice Pérez, historiador parcial, "debemos decir que Walker trató con humanidad a los soldados que le fueron recomendados". (1). A ningún americano extrañará, desde luego, que Walker acabara en este caso dictados de pura y simple humanidad, pero sí sorprende que Cañas esperara que un "pirata" y "bucanero" pagara con una buena acción el mal que le habían hecho. En el camino de regreso a su patria Cañas dejó un reguero de muertos. Para reducir el contagio dividió su ejército en pequeños grupos, mas aún así se esparció la peste a lo largo de toda la ruta que recorrieron. Más de quinientos cadáveres fueron sepultados en la playa de San Juan del Sur, en donde el oleaje y las mareas pusieron luego al descubiertos sus macabros restos; y muchos meses después todavía se veían en la arena blanquear los esqueletos bajo el sol. (2). Para mediados de mayo llegaron a sus casas los últimos sobrevivientes del ejército expedicionario que el 3 de marzo saliera con destino a Nicaragua. La epidemia seguía causando estragos. El vice-presidente de Costa Rica fue una de sus víctimas, y se calculó el total de muertes en diez o doce mil. (3). El obispo ordenó al clero costarricense rezar la oración **Pro tempore pestilentiae**, pero nada pudo hacer la devoción contra la peste.

El cólera apareció entonces con más virulencia en las filas filibusteras, aunque éstos parecían ser más resistentes a la peste que los nicaragüenses. La llegada de un vapor del Atlántico con pasajeros y doscientos filibusteros bajo la jefatura de Hornsby, quien por algún tiempo estuvo ausente en Estados Unidos, contrarrestó en cierto grado las pérdidas causadas por la guerra y por el morbo. Por desgracia, Morgan y Garrison no habían inaugurado todavía su servicio de vapores en el Pacífico, así que los pasajeros procedentes del

(1) *Memorias*, Parte 2, Pág. 51, por Pérez.

(2) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 89, por Jamison.

(3) *A Travers l'Amérique Centrale*, Vol. I, Pág. 284, por Bely.

Este tuvieron que quedarse un mes en Nicaragua. Allí fueron testigos de los estragos ocasionados por la peste y por las fiebres, y hasta algunos de ellos dejaron sus huesos en aquella tierra extraña. Los otros, al llegar a California, dibujaron con tan sombríos tonos la situación de Walker, que muchos se abstuvieron de emigrar a Nicaragua dañando seriamente así la causa filibustera. Entre los últimos reclutas llegó James, el hermano más joven de los Walker; se le dio grado de capitán. Su carrera de soldado fue breve; una víctima más del cólera.

En los días de la invasión costarricense los legitimistas de Chontales y Segovia se alzaron contra el gobierno provisional, pero fueron fácilmente dominados. Goicouría con una compañía de batidores recorría las montañas y llanos chontaleños, mientras Valle, el indio aliado de Walker que era gobernador de Segovia, reprimía la oposición allí. Algunos legitimistas de Rivas se habían unido a los costarricenses; Walker ajustó cuentas con ellos también. El país, al parecer, estaba ya completamente pacificado. Walker sacó a sus tropas de Granada que era por entonces foco del cólera y de las fiebres para acuartelarlas en La Virgen. El cólera apareció allí también, pero el lugar era más saludable que Granada. De La Virgen destacáronse partidas de filibusteros a todos los rincones del departamento de Rivas para infundir confianza en las fuerzas del gobierno.

La guerra era ya cosa del pasado y la balanza parecía positivamente inclinada a favor de Walker. Había repuesto sus pérdidas con los refuerzos últimamente llegados; el enemigo se había retirado y no estaba en condiciones de volver a la carga. Los únicos adversarios dignos de temer por el momento era el cólera y las fiebres. Sin embargo, dos cosas afligían todavía grandemente a Walker. Randolph, a quien desde la revocación del contrato de la Compañía del Tránsito immobilizaba una grave enfermedad en El Realejo, pudo al fin salir de allí rumbo a Nueva York y al pasar por La Virgen dijo a Walker que algo malo se tramaba en León, sede ahora del gobierno.

Su otra causa de inquietud era menos inmediata, pero siempre motivo de gran preocupación. Recién declarada la guerra por Costa Rica, Walker interceptó en La Trinidad, al ser llevada por el Río San Juan, la correspondencia de Inglaterra a San José. De esa manera se adueñó de una carta de E. Wallerstein, Cónsul General de Costa Rica en Londres, en la que informaba a su gobierno que el Departamento de Guerra de la Gran Bretaña estaba dispuesto a venderle armas a Costa Rica, dejando a voluntad de este país la fecha de cancelación. Y en carta personal a Mora decía Wallerstein: "Mucho se alegró Lord Clarendon cuando le hice saber que Costa Rica tenía ya un ejército de ochocientos hombres en la frontera; me dijo que ese era un buen paso. Estoy seguro de que por habérselo dicho fue que nos dio los fusiles". (1).

Hoy sabemos de este asunto más de lo que Walker pudo saber jamás. El 5 de enero el cónsul de Costa Rica solicitó armas para Guatemala, y el 12 del mismo mes pidió dos mil fusiles para su propio país que "los necesita para armar a su pueblo contra cualquier agresión a la patria". Los fusiles serían pagados "en el más corto tiempo posible, tomando en consideración los esfuerzos que al presente hace Costa Rica". Ambas solicitudes fueron concedidas, y se dejó al criterio del cónsul escoger entre dos modelos de fusiles de cañón liso. En seguida escribió al superintendente de la fábrica de armas ligeras, en Enfield, pidiéndole consejo acerca del modelo más conveniente. Le contestó el 4 de marzo de 1856 diciéndole: "Puesto que las tropas de Mr. Walker, de las cuales ustedes tal vez tengan que defenderse, están probablemente armadas, todas o en parte, de rifles, cometería yo un error si le aconsejara comprar otra cosa que no fuera un arma igual, y creo que el Gobierno de Su Majestad no se opondría a que yo seleccionara el modelo y cantidad necesarios de los fusiles de cañón liso; y podría también hacerme cargo de que aquí estriaran sus cañones en espiral y se les pusiera una mira

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 168 - 9, por Walker; Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

adecuada, cuyo trabajo costaría, incluyendo las reformas necesarias, 16 chelines por fusil". Este solícito oficial, Teniente Coronel M. H. Dixon, recomendó así mismo al cónsul comprar en los almacenes del gobierno inglés un millón de cartuchos con casquillos, bayonetas con vaina, y todo otro equipo que fuese necesario. El 18 de marzo el Departamento de Guerra aprobó la recomendación hecha por Dixon de que se estriasen los cañones de dos mil fusiles para el gobierno de Costa Rica. (1). Por supuesto que el gobierno británico tenía perfecto derecho a vender armas a cualquier otro gobierno, pero el caso es que la correspondencia capturada revela su franca hostilidad contra Walker. Por cierto que el 25 de abril un miembro de la Cámara de los Comunes preguntó a Lord Palmerston si era verdad, según se decía, que el gobierno tenía intención de enviar tropas a pelear contra Walker en Costa Rica. El interpelado respondió que no. (2).

Las negociaciones entre Inglaterra y Costa Rica no se limitaban en esos días a la venta de armas. El 22 de diciembre de 1855, Wallerstein dio cuenta a Clarendon de las invasiones de Walker y de Kinney a Nicaragua, señalándole la importancia que el istmo centroamericano tenía para Inglaterra; le decía además que Costa Rica estaba indefensa y que por simpatizar con Inglaterra había incurrido en la hostilidad de Estados Unidos. "¿Habrà de llegar la hora", terminaba preguntándose, "en que yo tenga que solicitar de la Gran Bretaña la adopción de medidas eficaces, fundadas en algún principio internacional, con arreglo al cual pueda extenderse el ala protectora de los poderosos aliados de Europa, y en especial de las grandes potencias marítimas, a jóvenes y relativamente débiles naciones y territorios, contra el sistema de agresión despiadada que tiene como fin retardar, si no arruinar, su porvenir de naciones civilizadas, y que ya se hace intolerable?" Una semana después Lord Palmerston recibía una insinuación similar de don Joaquín Bernardo Calvo, Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica, quien

(1) *British State Papers*, XLVI., Págs. 784 - 5; 794, 796, y 803.

(2) *Hansard Debates*, 3a. serie, CXLI, Págs. 1536 - 9.

en términos concretos pedía que la alianza de Inglaterra y Francia no se limitara únicamente a la liberación de Turquía, sino que también abarcara hasta donde fuese necesario para defender al derecho contra la fuerza, o a la inocencia contra la injusticia. Pedía de igual manera el señor Calvo se mandara un barco de guerra inglés al Golfo de Nicoya con la misión de impedir la invasión de Costa Rica por el Océano Pacífico. El gobierno accedió a esto, pero haciendo astutamente saber que el barco visitaría la costa con el propósito de proteger las propiedades británicas. Wallerstein rindió las gracias por ello, añadiendo "la esperanza y los deseos de que esta protección incluya a las propiedades costarricenses". (1).

Difícil resulta rechazar la idea de que los celos británicos fueren en esa época, tanto en el Caribe como en Crimea, una rémora en la marcha de la civilización.

---

(1) *British State Papers*, XLVI., Págs. 786, 789, y 797.



## CAPITULO XV

### Walker Presidente

Por los mismos días en que la capital era trasladada de Granada a León, se adoptaron medidas encaminadas a poner fin a la forma de gobierno provisional y reparar el aparato administrativo de acuerdo con la constitución de 1838. Se decretó, en consecuencia, la celebración de elecciones el domingo 13 de abril para elegir presidente, senadores y diputados. (1). Los comicios se efectuaron ese y varios domingos siguientes pero sólo en lugares no alterados por la presencia de fuerzas costarricenses. Los votos para presidente se dividieron entre los señores Rivas, Jerez, y Salazar, mas habiendo sido el plebiscito muy incompleto, no se le dio validez. Los líderes democráticos, no obstante haber sancionado estas elecciones, se opusieron a la celebración de otras nuevas. Algunos opinaban que debía dejarse el resultado tal como estaba, y que a los otros departamentos, como Chontales y Segovia, donde el pueblo no había votado, se les permitiera ahora escoger candidatos. El por qué de esto es fácil de comprender: Si se hacía como ellos propopían, la elección de presidente recaería por fuerza en uno de los tres nombrados, pero si se efectuaban nuevas elecciones, el escogido sería probablemente Walker. La invasión costarricense y la amenaza de que otros estados acometieran por el Norte, tenía convencidos a muchos de que en semejante crisis Walker sería la persona indicada para encabezar el gobierno; mas la verdadera razón de la fuerza que Walker tenía como candidato era que los nicaragüenses del Sur del

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

país creían que si salía triunfante cualquiera de aquellos tres demócratas la capital quedaría por siempre en León. De ahí que los granadinos insistieran en una nueva elección para llevar como candidato a Walker. El 4 de junio entró Walker en León, cuyo pueblo lo recibió jubilosamente como a su libertador. Se dio una gran fiesta en su honor; mujeres de toda edad y condición social, apiñadas en el patio de la casa donde se hospedaba, le agradecían haberles protegido sus hogares. Llegaron músicos que en canciones improvisadas exaltaron el valor de los americanos. Súpose en seguida por el Padre Vijil había sido recibido oficialmente en Washington y que a Granada acababan de llegar ciento ochenta filibusteros más. (1).

El general en jefe instó a Rivas decretar la celebración de elecciones ahora que el país disfrutaba de la paz y antes que la inminente invasión por el Norte perturbara el orden público. Es difícil decir si el inmediato peligro de que Walker hablaba era falso o positivo. La noticia de la recepción del Padre Vijil y de la llegada de más filibusteros fortaleció de tal modo la posición de Walker que el 10 de junio Rivas accedió a la demanda de practicar nuevas elecciones expidiendo el decreto pertinente. Al otro día, escoltado por su escuadrón de caballería, Walker salió de regreso a Granada. El señor Rivas y varios funcionarios gubernamentales lo encaminaron hasia cierta distancia de la ciudad, y al separarse el presidente abrazó con gran demostración de afecto al jefe filibustero. Jerez, el Ministro de Guerra que ya antes había manifestado inconformidad, se mantuvo a la zaga. Inmediatamente se produjo un rompimiento entre él y el oficial alemán Bruno Von Natzmer, a quien Walker había dejado en León con su compañía de "Rifles". El alemán mandó a una pequeña guarnición de nicaragüenses desalojar las torres de la catedral reemplazándola con tropa filibustera. Jerez, al saberlo, contramandó la orden de Natzmer y le ordenó volver a su cuartel. El alemán se negó a obedecer sin antes con-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 211 - 16, por Walker.

sultar con el general en jefe. Esto alarmó a las autoridades nicaragüenses, y Natzmer agravó la situación mandando un piquete a ocupar El Principal, cuartel en donde se guardaban las armas y demás pertrechos de la ciudad. Regóse como pólvora el rumor de que Rivas y Jerez más otros destacados demócratas iban a ser arrestados; el presidente y su ministro huyeron tomando el camino de Chinandega. El único personaje demócrata que se quedó en León fue Fermín Ferrer, el siempre incondicional de Walker. Los leoneses se echaron a la calle gritando airadamente: "¡Mueran los americanos!". Natzmer mandó reconcentrarse a un destacamento que tenía en Chinandega, concentró a toda su gente en la plaza, y se dispuso a la defensa. También envió un expreso a mata caballo a Walker que lo alcanzó en el camino informándole del caso. Todo esto ocurrió el mismo día de la salida de Walker y sólo ocho días después de haber sido vitoreado por la población. El carácter tornadizo del hispanoamericano es algo incomprensible para el norteamericano. La causa de tan repentino cambio era la especie, diligentemente echada a rodar por Jerez y sus adictos al no poder impedir que se decretasen nuevas elecciones, de que Walker iba a llevarse de vuelta la capital a Granada. En el fondo, como se ve, se agitaban los funestos celos de granadinos y leoneses.

Dos días estuvieron Rivas y Jerez ocultos en una finca de las cercanías de León hasta que el 14 de junio salieron para Chinandega de donde escribieron a los gobiernos de Guatemala y El Salvador pidiéndoles ayuda para expulsar a los invasores. Los guatemaltecos venían ya en camino. Rivas anuló también su decreto del 10 referente a la celebración de nuevas elecciones. (1).

Todo lo acontecido lo supo Walker en su viaje a Granada. Ordenó inmediatamente a Natzmer acatar la orden de Jerez y salir de León, esperando con eso calmar al líder demócrata. Se demoró en el camino haciéndole tiempo a Natzmer quien lo alcanzó con su compañía de "Rifles"; luego

(1) Montúfar, Págs. 472 - 80; *El Nicaragüense*, 14 y 21 de junio de 1856.

siguieron hacia Granada. Tenía Walker todas sus tropas distribuidas en pequeños acantonamientos desde León hasta El Castillo, en el Río San Juan. Lo había dispuesto así para que los nicaragüenses palparan el poderío del gobierno provisional; pero ahora resolvió concentrar en Granada todas sus fuerzas en previsión de una contingencia.

Esta era ya una típica revolución hispanoamericana. Había pasado de su primera fase, la de un altercado entre banderías y la huida de los líderes de la facción más débil, y entraba en la segunda, la de los rimbombantes pronunciamientos y contrapronunciamientos. En esa situación las cosas, Walker tomó la iniciativa. El 20 mandó echar un bando, redactado con argucia jurídica, haciendo saber que las facultades conferidas a Rivas como presidente provisorio no eran más que una delegación de las que el gobierno le confirió a él, Walker, cuando, a poco de haber llegado a Nicaragua, le nombró "General Expedicionario". Quería decir con ello que Rivas debía su puesto a los dos generales firmantes del convenio del 23 de octubre; resultando de esto que el presidente provisorio era la creatura y Walker su creador. Y más todavía, decía también el bando que cuando Rivas salió para León en marzo delegó sus poderes en Walker y en Ferrer para que éstos mantuvieran el orden y la paz en el Sur; que Rivas, al partir al enemigo exterior que invadiera por el Norte de la república, cometía delito de traición, y que, por cuanto Walker había jurado solemnemente defender la seguridad y soberanía de la república, declaraba nulos y sin valor los decretos, acuerdos y órdenes del Presidente Rivas emitidos desde el 12 de junio en que había abandonado sus deberes de gobernante, por cuya razón en su lugar nombraba a don Fermín Ferrer Presidente Provisorio de la República hasta que se efectuaran nuevas elecciones con arreglo al decreto del 10 de junio. Y todo aquel, terminaba diciendo, que en cualquier forma obediencia o ayude a Rivas será igualmente declarado traidor a la república. (1). Inútil es buscar legalidad

(1) El *Nicaragüense*, 21 de junio de 1856.

en la pretensión de Walker al derecho de poner y deponer presidentes provisorios. Todos eran actos arbitrarios, y deben juzgarse por los resultados. Lo dicho por Walker sería cierto sólo hasta el momento en que pudiera demostrar que eran hechos consumados. El líder filibustero lanzó dos manifiestos más, uno al pueblo de Nicaragua y otro al ejército. A los nicaragüenses decía que los americanos habían soporado la peste en los cuarteles y derramado su sangre en los campos de batalla con el único fin de sostener al gobierno y resguardar el honor y la paz del estado. Que a cambio de eso el gobierno apenas si les había dado los medios indispensables para su subsistencia, y que los funcionarios oficiales habían soliviantado a los nicaragüenses contra él. Por tanto, en nombre del pueblo, declaraba depuesto al gobierno y nombraba un nuevo presidente provisorio hasta que el mismo pueblo volviera a ejercer su derecho a elegir su propio gobernante. Al ejército decía que el gobierno depuesto se había negado a pagar los sueldos de los soldados, lo cual le hacía indigno del respeto de ellos; y que el nuevo gobierno sería más celoso de sus obligaciones. (1).

Ferrer tomó inmediatamente posesión del cargo de presidente provisorio, y el 21 él también lanzó un manifiesto a sus conciudadanos declarando que las repúblicas vecinas, so pretexto de expulsar a los extranjeros, querían sojuzgar a Nicaragua. Llamó a los americanos hermanos leales que, "si bien no nacieron en este suelo, dejaron sus hogares y cruzaron los mares a fin de tomar parte en nuestras luchas y pelear por nuestra libertad". De los legitimistas dijo que eran "hijos desnaturalizados que no quieren recordar que hace apenas siete meses terminó una gran revolución de la que fueron víctimas muchos de sus padres, hermanos e hijos". (2).

Le tocaba ahora a Rivas descargar su andanada retórica. Y la soltó el 26. Declaró a Walker traidor destituyén-

(1) *El Nicaragüense*, 21 de junio de 1856.

(2) *Herald*, de Nueva York, 17 de julio de 1856.

dolo del cargo "con que le había honrado la república". Y traidores fueron también declarados todos los extranjeros y naturales del país que siguieran bajo sus órdenes; a los jefes y soldados que le servían les ordenó dejarlo y presentarse ante el gobierno de Rivas, quien les recibiría en sus filas, si así querían, o bien podrían seguir viviendo en el país como ciudadanos nicaragüenses. Mandó a todos los nicaragüenses, entre los quince y los sesenta años, tomar las armas, contra Walker y sus hombres. Revocó la representación diplomática del Padre Vijil y en su lugar nombró al señor Irisarri, ministro a la sazón de Guatemala y El Salvador, como ministro también de Nicaragua en Washington.

Tres eran ahora los que reclamaban la presidencia: el Licenciado don José María Estrada quien, como sucesor de don Fruto Chamorro, alegaba todavía desde Nueva Segovia ser el legítimo gobernante; el señor Rivas en Chinandega; y Ferrer en Granada. El decreto del 10 señalaba la celebración de elecciones para el domingo 29 de junio; aunque derogado por Rivas el 14 había sido confirmado el 20 por Walker, quien por otra parte declaró nulos y sin valor todos los decretos expedidos por Rivas desde el 12, día de su huida. Quedaban pues ocho días para informar a la gente del campo de la próxima celebración de elecciones. Habrá de saberse que el decreto establecía el sistema de votación directa, el que siendo una innovación en Nicaragua requería, como es natural, cierto tiempo para que el pueblo pudiera entenderlo y funcionara correctamente. Dado que el país no contaba entonces con telégrafo ni ferrocarril, sino sólo con los más primitivos medios de comunicación, no es de suponer que fueran muchos los que estuvieran al corriente de la pugna política, salvo en lugares como Granada, Rivas y San Juan del Sur. Y más aún, siendo como era el pueblo analfabeto en su mayoría e ignorante por tanto de la ciencia política, es improbable que en tan corto tiempo lograra llegar a comprender el mecanismo del nuevo método para elegir presidente. La región del Norte estaba asimismo en manos de los enemigos de Walker, y es inconcebible, por ejemplo, que hu-

bieran podido practicarse elecciones en una ciudad como León, donde Walker y todos sus partidarios habían sido declarados traidores. Se dan estos datos para demostrar que era de todo punto imposible que esa gente pudiera expresar el 29 de junio de 1856 una opinión honrada y cabal sobre la cuestión de la presidencia. A pesar de eso, hízose un simulacro de elecciones en las que Walker resultó triunfante. El cómputo "oficial" de la votación, según apareció en **El Nicaragüense**, fue este: Walker, 15.835; Ferrer, 4.447; Rivas, 867; Salazar, 2.087.

Aquí, naturalmente, surge la duda sobre la autenticidad de estas cifras. Suman, como puede verse, 23.236 los votos depositados, en tanto que el total de la población votante era de 35.000. **El Nicaragüense** dijo que todo el pueblo había demostrado interés en los comicios, y que de todas partes, salvo unos cuantos lugares sin importancia, llegaron datos electorales. Por extraño que esto parezca, es todavía más sorprendente saber que: "En León la elección fue muy reñida, y el fuerte conglomerado democrático partidario del General Walker esgrimió sus reclamos con gran entusiasmo, y nos llena de orgullo señalar que aun cuando León es el principal foco del descontento, debido a las intrigas y falsedades del ex-presidente y su gabinete, los candidatos democráticos recibieron un número de votos casi igual al de la oposición". El cómputo de la votación, distribuido por departamentos y cantones, apareció en un cuadro del periódico. La votación registrada en el departamento de León es especialmente interesante porque el señor Rivas se encontraba en esa ciudad y Walker había retirado de allí a sus tropas. Y más todavía, los hombres que mandaban en León habían anulado el decreto que ordenaba practicar elecciones. Sin embargo, conforme a los datos publicados, la votación en tres ciudades de este departamento arrojó el siguiente resultado:

	Walker	Ferrer	Rivas	Salazar	Total
León	789	900	946	1.042	3.677
Chinandega	96	147	18	125	368
El Realejo	63	68	9	55	195
	948	1.115	973	1.222	4.258

Había en su totalidad datos de diecinueve cantones de Nueva Segovia y diez de Chontales. “Después de cargante demora”, dice el editor del diario, “han llegado por fin los resultados de la votación, y después de una mayor demora todavía de nuestra parte en examinar una gran cantidad de documentos y comprobantes con peso de casi media tonelada, hemos logrado computar los votos depositados en las varias poblaciones de los distintos departamentos”. Y si pues tanto tardaron en llegar los datos finales de la votación —podría uno preguntarse— ¿no habría tomado acaso un tiempo igualmente largo el hacer saber al pueblo que iban a celebrarse elecciones? La historia de esos comicios lleva el fierro de la impostura. Y en efecto, el propio Walker desvirtúa parte de dicha historia diciendo: “La votación fue general en los departamentos de Granada y Rivas; pero como don Patricio Rivas anuló su propio decreto al llegar a Chinandega y ya los guatemaltecos habían cruzado la frontera Norte del estado, no se votó en el departamento de León”. (1). Tenemos pues que uno de los dos, el editor del periódico, o Walker, mentía. Claro es que el mentiroso fue el primero; su excesiva parcialidad le hizo fabricar el informe de unas reñidas elecciones en León, cuando la pura verdad es que allí no se depositó un solo voto. Y puesto que queda palpablemente

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 222, por Walker.



comprobada la falsedad de una parte de lo publicado en **El Nicaragüense**, el resto cae con justicia bajo grave sospecha.

Quizá sea de interés lo que de tales comicios dicen los enemigos de Walker. Según don Jerónimo Pérez, la celebración de elecciones mediante el método de votación directa era inconstitucional, e igualmente cierta era la inconstitucionalidad de votar a favor de un extranjero y además militar en servicio activo. Dice el historiador nicaragüense que se colocaron urnas electorales en unos pocos pueblos de las inmediaciones de Granada y Rivas, y que allí los soldados y otros aventureros americanos, así como también unos cuantos naturales del país, votaron por Walker. En Granada se hicieron listas de votantes para todos los departamentos, y se calcularon los votos correspondientes a ellos conforme al supuesto número de sufragantes de cada ciudad o pueblo, atendiendo siempre, desde luego, a que Walker resultara con una considerable mayoría. No sólo se hicieron estas ficciones mencionando ciudades, villas y pueblos existentes, sino que también se hacían figurar valles, cañadas y caseríos muy recónditos, y por último hasta algunas rancherías que en las guerras pasadas habían sido arrasadas por las llamas o abandonadas por sus moradores. Las listas, contenidas en sobres lacrados como si realmente hubiesen llegado así de todas parte de Nicaragua, fueron computadas en el despacho del señor Ferrer donde se verificó el escrutinio. (1).

A su debido tiempo se declaró electo a Walker, y si bien la elección no fue legal, su reclamo al sillón presidencial era tan bueno como el de sus rivales Rivas y Estrada. Este último basaba su derecho en un decreto dictado por él mismo

---

(1) **Memorias**, Parte 2, Págs. 77 - 8, por Pérez; Montúfar, Pág. 489. Un filibustero que en septiembre de 1856 regresó a San Francisco dijo a un reportero del **Bulletin** que se permitió votar a todos los soldados, y que algunos lo hicieron hasta veinte veces, pero que de todos modos en el escrutinio hecho más tarde en Granada los interesados computaron a su antojo. Un corresponsal del **Tribune** informó que en algunos casos el número de votos depositados a favor de Walker resultaba ser de cuatro veces mayor que el total de la población del lugar. Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 155; **Herald**, de Nueva York, 14 de octubre de 1856.

declarándose Jefe Ejecutivo; al primero se le reconoció solamente porque entonces contaba con el respaldo de las armas de Walker.

Ferrer señaló el día 12 de julio para juramentar a Walker. Levantóse en la plaza una plataforma con las banderas de Nicaragua, Estados Unidos, Francia, y la Estrella Solitaria de Cuba. Hízose cuanto se pudo por que las ceremonias resultasen aparatosas. La revista de las tropas comenzó a las once de la mañana. Por las calles confluentes entraron a la plaza las compañías de soldados, la banda de música, los funcionarios municipales, los cónsules extranjeros, los altos jefes militares y subalternos inmediatos, el Ministro Wheeler y su séquito; Ferrer y Walker cerraban el desfile. Ferrer tomó el juramento de ley a su sucesor, y Walker juró solemnemente —rodilla en tierra— gobernar la república libre de Nicaragua, mantener su independencia e integridad territorial, administrar justicia conforme la ley de Dios y la religión del Crucificado. Con un discurso encomiástico Ferrer puso en seguida el destino de Nicaragua en manos de Walker, quien en frases trilladas, como suelen ser tales discursos, se expresó empero en forma digna de cualquier otro presidente. Comenzó haciendo un llamamiento al patriotismo de todos los buenos ciudadanos para que le ayudaran a timonear con pericia la nave del estado y a mantener el orden como primer requisito de una nación bien gobernada. El 15 de septiembre de 1821, dijo, dio comienzo a un período de revoluciones en Nicaragua, y esperaba que ese 12 de julio de 1856 fuese el último día de aquella época. Refiriéndose a la hostilidad de los otros cuatro estados centroamericanos contra el nuevo gobierno de Nicaragua, manifestó que nadie podría detener la marcha de los acontecimientos. Más significativos todavía fueron sus conceptos referentes a las relaciones de Nicaragua con las grandes potencias. Dábase por sentado en Estados Unidos y en Europa que Walker, tan pronto se sintiera en posición de poder hacerlo, trataría de anexar Nicaragua a Estados Unidos. Sólo sus más íntimos amigos, muy contados por cierto, sabían que estaba muy lejos de

hacer semejante cosa. En su discurso dejó ver por primera vez cuál era su pensamiento con respecto a la anexión, pero lo expresó de manera tan velada que pocos, si es que hubo uno siquiera, captaron su verdadero sentido. "Espero que las grandes potencias, en nuestra relaciones mutuas, comprendan que si bien Nicaragua es una nación relativamente débil, guarda con celo su honor y está resuelta a defender la dignidad de su soberanía independiente. Su posición geográfica y estímulos comerciales pueden excitar la codicia de otros gobiernos, **vecinos o lejanos**, (1) pero confío en que habrán de saber que Nicaragua reclama su derecho a regir su propio destino, impidiendo que naciones extrañas concierten tratados que afecten a su territorio sin pedirle su parecer ni consentimiento".

Estocada fue ésta claramente dirigida a Inglaterra y Estados Unidos que por aquellos días discutían acerca de la interpretación del tratado Clayton-Bulwer arrogándose el derecho a señalar las fronteras de Nicaragua sin consultar con ella. Pero el presidente, al proclamar su resolución de defender la dignidad y soberanía de su patria adoptiva, apuntaba más allá, según veremos adelante. El soñaba con la creación de un nuevo gobierno federal que abarcara a toda la América Central y que incluyera a Cuba, en tanto que muchos de sus más leales partidarios creían que la lucha en que estaban empeñados era para dar asiento a Nicaragua al lado de los grandes estados del Norte.

Walker pronunció su discurso en inglés, aunque hablaba español medianamente bien y la concurrencia era en gran parte nicaragüense; su ayudante de campo el coronel cubano Lainé lo leyó en seguida en español con un énfasis declamatorio que no le hubiera podido dar su propio autor. Terminada la lectura se dispararon veintiún cañonazos en honor del presidente, y luego se dirigieron a la iglesia en donde se cantó un **Te Deum**. (1). Concluidas las ceremonias se dio un

(1) Las cursivas son del autor.

banquete. Siendo Walker abstemio sólo se sirvieron vinos ligeros, pero como eran cincuenta los comensales y se echaron cincuenta y tres brindis, no podía faltar allí la jovialidad. Walker brindó por el presidente de Estados Unidos; Hornsby alzó su copa brindando por el "fío Billy"; (+) Walker rió a carcajadas, caso tan raro en él que vale la pena consignar.

Dos días después el presidente dio a conocer los nombres de los miembros de su gabinete, integrado cuerdamente por sólo nicaragüenses. Don Fermín Ferrer, su "fiel Achaetes", (++) fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores; don Mateo Pineda, igualmente leal, Ministro de Guerra; y don Manuel Carrascosa, Ministro de Hacienda. Digno de observarse, no obstante es que los nombramientos de vice-Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda recayeran en americanos. De vice-Ministro de Hacienda quedó William K. Rogers, cuyo trabajo era abastecer al ejército de víveres, ropa y demás. Dictáronse órdenes de acatar sus disposiciones como si emanaran del titular del ministerio, y en el cumplimiento de su deber —que pronto llegó a ser principalmente saquear los mercados y pagar con vales— Rogers fue conocido como la plaga del país. Tarea ingrata la suya que desempeñó a cabalidad.

Armado el andamiaje gubernativo, Walker se dedicó con empeño a recaudar dinero y fomentar la inmigración. El 16 de julio decretó la confiscación de propiedades de todo aquel que, desde el 23 de octubre, fecha de la firma del convenio, hubiese colaborado con los enemigos de la república. Nombróse una junta de comisionados para ejecutar las confiscaciones. Diez días después de confiscadas se publicaría una lista en **El Nicaragüense** emplazando a sus dueños a presentarse en el término de cuarenta días para alegar por qué no debían ser rematadas en beneficio del estado.

[1] Una detallada crónica del acto figura en un suplemento de **El Nicaragüense**, 19 de julio de 1856.

(+) Billy es el hipocorístico inglés de William. [N. del T.].

(++) Héroe troyano de **La Eneida**, de Virgilio. [N. del T.].

Una vez hecha la debida notificación la propiedad sería adjudicada al mejor postor, que la podía pagar con dinero efectivo o con vales militares. Una junta de tasadores fijaría el precio de las propiedades en venta, no se aceptarían ofertas por menos de dos tercios de su avalúo. (1). Mediante este arbitrio podrían redimirse los vales militares y se haría desaparecer toda prueba de adeudo de la república. Tenía esto también por objeto estimular la inversión de capital americano en el país ofreciendo en pública subasta buenas tierras a precios ínfimos. **El Nicaragüense** del 27 de septiembre contiene la lista de propiedades confiscadas que el 1o. de enero de 1857 iban a ser subastadas en la plaza mayor de Granada. Anunciábase la subasta de cuarenta o cincuenta haciendas del departamento de Rivas con valor de trescientos a un mil dólares cada una, y algo así como cien propiedades más que eran casas, fincas de ganado, de cacao, de añil, de azúcar, de café, y también plantíos de plátanos, con valor total de 753.000 dólares. (2). Semejante medida alarmó naturalmente a todos los propietarios del país, pues era, de por sí sola, bastante para provocar una revolución.

Dictáronse otros decretos altamente ventajosos para los futuros terratenientes americanos. El 14 de julio se emitió uno mediante el cual "todo documento que tenga atinencia con los asuntos públicos, esté escrito en inglés o español, tendrá la misma validez". En virtud de tal disposición los procedimientos judiciales y la inscripción de escrituras podían hacerse en inglés; por este medio los americanos, al entablar un juicio respecto de posesión de tierras, aventajaban a los nicaragüenses que hablaban sólo español. Otro decreto prescribía que todas las escrituras de posesión de tierras se registrasen en el término de seis meses. La pretendida razón de esto era que el estado del registro de títulos era caótico, y que carecía de legislación. Los nicaragüenses no conocían ese sistema, en el cual eran muy duchos los americanos, y la

(1) **El Nicaragüense**, 19 de julio de 1856.

(2) Ver **Dublin Review**, XLII, Pág. 375; **Putnam's Monthly**, IX, Pág. 431; y el **Herald** de Nueva York, 19 de octubre de 1856.

ventaja, naturalmente, era siempre de éstos. Walker explica: "La tendencia general de estos decretos era la misma. Se emitieron con la intención de poner gran parte de las tierras del país en manos de la raza blanca. La fuerza militar del estado podía asegurar por un tiempo a los americanos el gobierno de la república; pero a fin de que lo poseyesen de manera estable, necesitaban ser dueños de la tierra". (1).

El 31 de julio de 1856 Walker decretó una nueva tarifa aduanera, pues las viejas regulaciones no habían dado, desde el punto de vista comercial ni fiscal, los resultados apetecidos. Entre la lista de artículos que ahora podían introducirse al país, libres de derechos, figuraban harina, carne, grasas, lana, papas, herramientas de labranza, campanas, órganos para las iglesias, maletas y muebles de uso personal, semillas y plantas, y animales domésticos de buena raza para mejorar la criolla. A los licores y al tabaco se les aplicaron aranceles extraordinarios, y a los demás artículos de consumo se les asignó un impuesto del veinte por ciento **ad valorem**. Como había en Nicaragua industrias nacientes que proteger, el único propósito de la tarifa era aumentar los ingresos del fisco. Creáronse tres puertos libres: El Realejo, San Juan del Sur, y San Juan del Norte. Sin embargo, para evitar complicaciones internacionales, la aduana de este último se llevó a Granada y las mercaderías que entraban por allí eran inspeccionadas en El Castillo cuando remontaban el San Juan. (2).

Se contaba con otras fuentes de ingresos como eran la venta de licencias a los dueños de cantinas y a las fabricantes de aguardiente. Los egresos, por supuesto, superaban en mucho a los ingresos, y se cubrían con vales que reeditaban el siete por ciento; posteriormente se emitieron vales que no rendían ningún interés. Además de los vales circulaba profusamente en Nicaragua moneda fraccionaria de un real, medio real, y francos. Tal vez tres cuartas partes de las monedas fueran reales. En las operaciones comerciales se es-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 245, por Walker.

(2) *El Nicaragüense*, 9 de agosto de 1856.

tablecía siempre la diferencia entre **peso** y **peso fuerte**. El primero era la moneda del país, y equivalía a ocho reales (dimes) de dólar; el **peso fuerte** se cotizaba a la par del dólar, que eran diez reales.

El 20 de agosto de 1856 fue un día trascendental en los anales del gobierno de Walker, ya que llegó a Granada el Honorable (+) Pierre Soulé. A principios de junio el Presidente Provisorio Rivas había autorizado un empréstito con garantía de las tierras nacionales. El objeto de la visita de Soulé era obtener su modificación a fin de hacerlo aceptable. Y lo consiguió, pues el 28 de aquel mes se expidió un nuevo decreto lanzando un empréstito de \$ 500.000 dólares amortizable en veinte años con el seis por ciento de interés anual, garantizado por un millón de acres de tierras nacionales. Los señores M. Pilcher y S. F. Slatter, de Nueva Orleans, fueron comisionados para gestionar la obtención del empréstito, y se hicieron los debidos arreglos para pagar los intereses en el Bank of Louisiana. A los mismos señores se les comisionó para vender tierras baldías nicaragüenses. Estos agentes vendieron los únicos bonos de que dispuso el gobierno de Walker.

Pero no fue este el solo resultado de la visita de Soulé. Aunque nacido en el extranjero era más sureño que la mayoría de los propios americanos de ese sector del país, y como también era un gran visionario influyó de diversas maneras en el rumbo por el cual enfiló Walker su programa político. Esto se advierte en la serie de decretos dictados por el filibustero en septiembre de 1856. El 5 expidió uno contra la vagancia. Los hombres, mandaba, que sin tener medios de vida conocidos no busquen cómo trabajar en el término de quince días, serán declarados vagos y sentenciados a trabajar de uno a seis meses en obras públicas. Al día siguiente expidió otro, relativo a contratos laborales. Los contratos de servidumbre (servicio escriturado) por determinado tiempo de meses o de años fueron declarados de fuerza legal, y si el

(+) En Estados Unidos es título de simple cortesía para ciertos funcionarios. (N. del T.).

trabajador no cumpliría quedaba sujeto a trabajar forzosamente en obras públicas.

Estos decretos tenían como lógico fin garantizar las inversiones de los americanos en tierras nicaragüenses. Sin mano de obra esas tierras no tendrían ningún valor. Los americanos consideraban un absurdo el tener que labrar ellos sus propias tierras en un país del trópico. Si los naturales no trabajaban debía obligárseles a fuerza de decretos contra la vagancia y de leyes de contrato laborales. En su esencia ello equivalía a establecer el sistema de "peonaje". (1). Semejante medida abatiría al pobre trabajador pero regeneraría económicamente al país con la introducción de capital y de superior talento administrativo. No eran éstos, desde luego, los únicos medios disponibles para lograr la regeneración de Nicaragua, y era también dudoso que con sólo su aplicación se lograra cambiar considerablemente el orden social y económico del país. Sólo la reintroducción de la esclavitud africana podría garantizar un aporte más seguro de mano de obra. En consecuencia, el 22 de septiembre Walker avanzó un paso más dictando el siguiente decreto:

"Artículo 1o. — Todas las leyes y decretos de la Asamblea Federal Constituyente, lo mismo que del Congreso Federal, se declaran nulos y de ningún valor.

"Artículo 2o. — Ninguna de las disposiciones aquí contenidas podrá afectar los derechos poseídos hasta el día, en virtud de las leyes y decretos que por el presente quedan derogados". (1).

El propósito de este decreto hábilmente redactado era restablecer la esclavitud en Nicaragua. No la restablecía de hecho, pero sí le abría las puertas. Nicaragua había sido, de 1824 a 1838, miembro de la Federación de Estados de la

(+) Esto significa reducir a un individuo a la condición de siervo para que con su trabajo pague lo que debe. (N. del T.).

(1) Montúfar, Pág. 599.



América Central, y al disolverse esta unión todas las leyes y decretos federales no incompatibles con la constitución nicaragüense que se adoptó entonces fueron declarados en vigor aún. Por tanto, entre la leyes todavía en vigencia contábase la que abolía la esclavitud. El decreto del 22 de septiembre borraba de la pizarra todas las leyes promulgadas por el extinto gobierno federal, pero su principal propósito y finalidad era hacer que la esclavitud ya no fuera ilegal en Nicaragua.

Cuando Walker expidió este decreto afrontó la hostilidad conjunta de los estados centroamericanos, de modo que se vio en la necesidad de hacer que su causa fuese mirada con más interés por una buena parte del pueblo norteamericano. El restablecimiento de la esclavitud, en consecuencia, aseguraría, además de las ventajas económicas ya señaladas, los beneficios políticos derivados del aumento de simpatías y la cooperación de los estados americanos del Sur que tácitamente él pretendía obtener mediante el decreto. El Sur veía con agrado el rumbo que tomaban las cosas. El fin que con el decreto se perseguía, dice Walker, era ligar los estados del Sur de Nicaragua como si éste fuese uno de aquéllos. (1). La ligadura, sin embargo, no obligaría a Nicaragua a formar parte de la Unión Federal norteamericana, pues Walker, como se verá más adelante, no había pensado anejar Nicaragua a Estados Unidos. Su república esclavista del trópico tendría, en muchos aspectos, intereses idénticos a los estados esclavistas del Sur, de tal manera así que ambas regiones se sentirían estrechamente unidas en una especie de pacto de amistad. En caso de que la Unión Federal norteamericana se disolviera —cuestión de la cual se hablaba entonces sin tapujos— el pacto podría ser reemplazado por una alianza en toda forma con los estados secesionistas.

Walker no sólo quería restablecer la esclavitud, sino también reanudar el tráfico de esclavos africanos. A decir verdad, el segundo paso era, por la misma fuerza de las co-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 250 - 7.

sas, esencial para coronamiento del primero. Los esclavos no serían llevados de los estados del Sur de Estados Unidos a la América Central porque la demanda de negros en aquellos estados era mayor que la oferta. Por tanto, habría que importar más negros del Africa. Cuatro años después, cuando Walker publicó su libro sobre la guerra de Nicaragua, manifestó que esperaba poca oposición de parte de Inglaterra o Francia a su proyecto de reimplantar el tráfico negrero. "El frenesí del pueblo británico contra el comercio de esclavos", dice, "está agotado y las gentes empiezan a notar que fueron inducidos a error por el entusiasmo caritativo de clérigos que sabían más de griego y hebreo que de fisiología y economía política, y por solteronas enamoradas de la humanidad en general, al pesar de que desdeñan poner sus afectos en cosas menos remotas que el Africa". (1). Sabía él asimismo que el emperador de Francia soñaba en agrandar la importancia marítima de su imperio mediante la negociación de un tratado que le permitiera aumentar el tonelaje de la flota francesa para llevar negros bozales del Africa a puertos de Nicaragua, "suministrando así mano de obra a esta república con aumento del tráfico de los buques franceses". (2). Estos sueños tienen el inconfundible sello de la mentalidad de Soulé. Debe tenerse presente, sin embargo, que Walker nunca importó esclavos. Su decreto del 22 de septiembre tenía como mira únicamente preparar el camino y hacer saber a los estados del Sur que simpatizaba con ellos, puesto que él y ellos luchaban en pro de la misma causa. Pero una cosa sí: antes que los plantadores y sus esclavos llegaran al país debía pacificarlo; a los otros estados centroamericanos hostiles tenía que conquistarlos, o apaciguarlos; y el nuevo gobierno de Nicaragua debía ser reconocido como gobierno **de facto** y **de jure**. Por consiguiente, las cuestiones de diplomacia y guerra tuvieron prelación ante la esclavitud y otros problemas de carácter económico. (3).

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 260, por Walker.

(2) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 259, por Walker.

(3) Montúfar, en cuya obra se refleja la opinión que de Walker tenían los centroamericanos ilustrados, atribuye a prejuicio racial del filibustero su plan de confiscación,

Para Walker era de primordial importancia que las potencias extranjeras, y Estados Unidos sobre todo, reconocieran su gobierno. En lo tocante a este país sus deseos fueron satisfechos antes tal vez de lo que esperaba. Poco después de haber sido recibido el Padre Vijil en Washington, Marcy ordenó a Wheeler restablecer relaciones diplomáticas con el gobierno nicaragüense. (1). Pero yendo esta comunicación en camino el gobierno cambió de manos, de suerte que cuando llegó a poder de Wheeler el estado de cosas era completamente diferente de cuando Marcy la despachó. Cualquier diplomático con algo siquiera de sínderesis hubiera, en tales circunstancias, esperado a que su gobierno se enterara de la nueva situación; pero Wheeler era demasiado buen amigo de Walker para no aprovechar la oportunidad. Ambos habían sido vecinos en Granada y, aun cuando Estados Unidos y Nicaragua suspendieron por un tiempo sus relaciones diplomáticas, se visitaron mutuamente a diario. (2). En este respecto el ministro americano demostró debilidad permitiendo que Walker se sirviera de él como de un tilche para dignificar su hazaña. Con manga ancha interpretó Wheeler las instrucciones de Marcy para reconocer a Walker como presidente, de tal modo que el 17 de julio, tan sólo cinco días después de la toma de posesión de éste, Wheeler le hizo saber que Marcy había extendido el reconocimiento de "el actual gobierno de Nicaragua". Designóse el 19 para la recepción de Wheeler por el nuevo presidente, y no se escatimó nada para darle toda pompa al acto. Ferrer, Ministro de Relaciones Exteriores, a la cabeza de una banda de música y de una compañía de soldados, llegó a la casa de Wheeler para escoltarlo por las calles hasta la mansión del ejecutivo. Una vez allí, Wheeler pronunció un discurso pletórico de trivialidades, pero en cierto pasaje se saltó la barrera de la diplomacia declarando que "el gobierno de Estados Unidos se une cordial-

---

contratos laborales, y la esclavitud; los americanos, acostumbrados al dominio de la raza blanca, resolvieron extenderla a Nicaragua. **Walker en Centro América**, Págs. 597 -'600.

- (1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos. Estados Americanos, Instrucciones a Ministros, XV., Págs. 264 - 5.  
(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.

mente a usted en el firme propósito de impedir que ninguna potencia extranjera intente en forma alguna frenar el progreso de Nicaragua. Eso dice la gran voz de la nación. Y no se tengan sus palabras en poco". (1).

Walker debía nombrar a un nuevo ministro que fuese a ocupar en Washington el cargo dejado por el Padre Vijil. Designó a Appleton Oaksmith, un americano que sólo tenía tres semanas de residir en el país. Había llegado a Nicaragua en el mismo vapor en que regresaba el sacerdote, y se volvió en el siguiente habiendo permanecido poco menos de dos semanas en la propia ciudad de Granada. Existía una razón para que Walker lo honrara tan significativamente en tan corto tiempo. El hombre había cooperado con De Goicourría en la consecución de ayuda a fines de 1855 y principios de 1856, y entre otras cosas fue el alma de aquel mitin pro-Walker celebrado el 23 de mayo en la ciudad de Nueva York. Tenía además fama de influyente y ricachón, y se creyó que podría conseguir un empréstito para el nuevo gobierno; esto ocurría antes del convenio concertado entre Walker y Soulé. Oaksmith era originario de Portland, Maine, había estado en Nicaragua en 1850 —antes de la apertura de la ruta del Tránsito— y conocía extensamente la América Central, Africa, y el Oriente. El 15 de agosto, al llegar a Washington, Oaksmith comunicó a Marcy que traía cartas credenciales de ministro extendidas por el Presidente Walker. (2). Cuatro semanas después Marcy le notificó que debido a la confusa situación política de Nicaragua el Presidente no podría recibirlo. El 18 de septiembre Oaksmith pidió se le dijera concretamente por qué se le rechazaba; se le contestó que si el Presidente consideraba que debía dar explicaciones

(1) *El Nicaragüense*, 26 de julio de 1856; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 131.

(2) La Carta de Walker a Pierce, acreditando a Oaksmith, abunda en piadosa fraseología: "Que Dios conceda la continuación de una armonía feliz entre dos hermanos repúblicas unidas en la misma causa continental. Dios le guarde muchos años para felicidad de sus conciudadanos". *Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Notas, Logaciones Centroamericanas, II.*

las daría únicamente al gobierno que pedía se le recibiese. (1). Y como no podía dar explicaciones a un gobierno que Washington se negaba a reconocer, se dio por terminado el caso.

Se recordará que Rivas, después de anunciar que Walker quedaba destituido del mando, anuló el nombramiento del Padre Vijil como Ministro en Estados Unidos designando en su lugar a don Antonio José de Irisarri, quien ya era Ministro de Guatemala y de El Salvador, pero Pierce rehusó recibirlo en su capacidad de Ministro de Nicaragua también. Que no se sabía a ciencia cierta, le comunicó Marcy el 28 de octubre, qué partido representaba actualmente a la autoridad civil en Nicaragua, ni a cuál de ellos debía reconocerse como gobierno **de facto**. Para decidirse por el reconocimiento de uno u otro había que estudiar los méritos de la controversia entre Rivas y Walker, y eso el presidente no se sentía en capacidad de hacerlo. (2). En vista de que el gobierno de Rivas no podía protestar oficialmente ante el gobierno americano, publicó en León un escrito censurando a Wheeler por haber reconocido a Walker como presidente, y pedía fuese retirado de su cargo. (3).

El hecho de que Wheeler interpretara la orden de reconocer al gobierno de entonces como autorización para establecer relaciones diplomáticas con Walker molestó mucho a Marcy, y tanto así que el 18 de septiembre lo mandó llamar diciendo que no había para qué tener ministro en un país mientras estuviesen suspendidas las relaciones con él. Wheeler llegó en noviembre a Washington donde sostuvo una larga conversación con el Secretario de Estado, quien con marcado énfasis le reprochó su conducta de los últimos doce meses. Y le enumeró los siguientes hechos: su visita a Corral en octubre de 1855 como emisario de Walker; el haber reconocido al gobierno Rivas-Walker en ese mismo mes sin tener

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Correspondencia Diplomática, Nicaragua, I., Págs. 116 - 117.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Correspondencia Diplomática, Centro América, I., Pág. 119.

(3) *Herald*, de Nueva York, 1 de diciembre de 1856.

instrucciones del Departamento de Estado; y su posterior reconocimiento de Walker como Presidente que vino a rebasar la copa de indiscreciones diplomáticas. Y, para mayor abundamiento, al tiempo que camino de Granada iba la comunicación mediante la cual se llamaba al Ministro, llegó a Washington un despacho de Wheeler dando cuenta del decreto de Walker respecto de la esclavitud, decreto que con entusiasmo elogiaba. Eso era ya el colmo, razón por la cual Marcy puso desabridamente fin a la entrevista en su despacho pidiéndole su renuncia. Esta petición se la hizo varias veces, pero el Ministro no renunció sino hasta el 2 de marzo de 1857, (1) cuando faltaban sólo días para que Marcy se retirara junto con todos los miembros del gobierno de Pierce.

En el mismo vapor que llevaba a Wheeler de regreso a Estados Unidos viajaba el fiel Fermín Ferrer, nombrado nuevo Ministro de Walker cerca del gobierno americano en lugar de Oaksmith. La obstinada resistencia de Marcy a establecer relaciones con el nuevo régimen se hizo tan evidente que los amigos de Walker le aconsejaron no arriesgarse a ser desairado otra vez, pues que ello fortalecería la oposición a su causa en la América Central, de modo que Ferrer nunca presentó credenciales. La partida de Wheeler y de Ferrer a Estados Unidos y la del Padre Vijil a Colombia, en el mismo mes los tres, fue una grave pérdida para Walker.

Walker hizo otra tentativa de carácter diplomático nombrando el 12 de agosto a Domingo de Goicouría Ministro en Londres. Pero no había salido aún de Nueva York el cubano cuando riñó con su jefe y rompió relaciones con el gobierno nicaragüense. Los acontecimientos que llevaron a ese punto las cosas, y sus consecuencias, constituyen una curiosa y significativa parte de la historia de Walker. De Goicouría era hijo de un adinerado comerciante cubano que de joven había vivido en Inglaterra a cargo de los negocios de su padre. Allí

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Legación de Nicaragua, II., Estados Americanos, Instrucciones a los Ministros, XV., 264 - 5, 279 - 82.

se impregnó de ideas liberales, causa más tarde de su deportación de Cuba a España ordenada por el Capitán General de la isla. A poco de eso apareció en Estados Unidos residiendo por un tiempo en Misisipí, en donde planeó con López la liberación de su patria. López invadió Cuba contra el parecer de De Goicouría; el desastroso resultado de la invasión reveló la sensatez de éste. En 1853 se asoció al General John A. Quitman en el plan de una nueva y más grande expedición, la que nunca llegó a realizarse. En los días de la invasión de Walker a Nicaragua De Goicouría vivía rumbosamente en Nueva York, en donde su carácter amistoso y mucho sentido común le habían granjeado numerosas amistades. Contaba entonces cincuenta y seis años y lucía una undosa barba gris que según decires había jurado no afeitarse hasta ver a su patria libre del yugo español. No quería que Cuba siguiera el ejemplo de los estados de la América Central; creía más bien que a la isla convenía la anexión a Estados Unidos.

La empresa de Walker contra Nicaragua interesaba mucho al cubano porque éste se figuraba que allí tendría mejores oportunidades que en Estados Unidos para organizar y emprender la invasión de Cuba. Si pudiera llevarse a Nicaragua, pensaba él, a los exiliados cubanos haciéndolos pasar por simple pasajeros en los vapores de la Compañía del Tránsito, partirían de allí a invadir la isla sin la interferencia del fantasma que para todo filibustero era la ley de neutralidad americana.

En consecuencia, en diciembre de 1855 De Goicouría envió como representante suyo ante Walker al Capitán Francisco Alejandro Lainé, quien tenía reputación de "libertador" cubano. El jefe filibustero escuchó con agrado la propuesta de Lainé, y el 11 de enero de 1856 suscribió con él un convenio conforme al cual Walker y De Goicouría aunarían sus esfuerzos. Prescribían sus estipulaciones que los revolucionarios cubanos debían juntar sus medios materiales con los

de Walker y ayudarle "a consolidar la paz y el gobierno de Nicaragua". Una vez realizado esto, Walker "ayudaría y cooperaría personalmente aportando sus diversos recursos, tales como hombres y demás, en pro de la causa y la libertad de Cuba". (1). De Goicouría aprobó el convenio y se dispuso a partir con destino a Nicaragua. Enroló a doscientos cincuenta filibusteros, cubanos en su mayor parte, para servir en las filas de Walker; el financiero Cornelius Vanderbilt, recién nombrado Presidente de la Compañía Accesoría del Tránsito, contribuyó con el costo de todos los pasajes. (2).

Fue una de esas extrañas ironías del destino que Vanderbilt autorizara a De Goicouría cargar a cuenta suya el costo del transporte de esos hombres en el preciso momento en que Walker resolvía expulsar de Centro América a la empresa que Vanderbilt tenía allí. El vapor que conducía a los filibusteros y el que llevaba la noticia de la revocatoria de la concesión de la Compañía del Tránsito se cruzaron en el camino. De Goicouría y sus hombres llegaron a Granada el 9 de marzo de 1856; el cubano supo en seguida con espanto que el jefe filibustero le había jugado las barbas a Vanderbilt, hombre de terrible carácter vengativo y con millones de dólares a su disposición para satisfacer sus pasiones revancheras. No sólo creyó De Goicouría que Walker había matado la gallina de los huevos de oro, sino que había hecho algo peor todavía al echarse de enemigo a tan poderoso gigante de las finanzas. Permaneció, sin embargo, fiel a su palabra, y en las siguientes semanas prestó útiles servicios en la guerra con Costa Rica, habiéndosele nombrado Intendente General de Hacienda con grado de Brigadier. Unos cincuenta cubanos más engrosaron las fuerzas filibusteras pasando a formar la guardia de honor de Walker. Lainé, con grado de Teniente Coronel, fue uno de los ayudantes de campo del jefe filibustero. (3).

(1) Montúfar, Págs. 208 - 9.

(2) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 151 y 173, por Walker.

(3) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 184, por Walker.



El 21 de junio salió De Goicouría de Granada con rumbo a Estados Unidos para seguir de allí a Inglaterra; antes sí, trataría de conseguir un empréstito en Estados Unidos. Desembarcó en Nueva Orleans el 13 de julio, mas no viendo allí perspectivas de vender bonos, delegó la gestión en dos agentes locales y siguió viaje a Nueva York con la esperanza de encontrar en esa ciudad mejor mercado para los valores nicaragüenses. Durante todo ese tiempo De Goicouría no recibió de Walker una sola letra referente a su plataforma política, por lo cual antes de salir de Nueva Orleans escribió a su jefe pidiéndole información concerniente a la forma de gobierno que tenía en mira establecer en Nicaragua, para poder, como Ministro de Walker, hablar con conocimiento de causa ante los gobiernos europeos. Con esto no infringía el cubano el protocolo oficial, pero cometió el error craso de propasarse dando al líder filibustero consejos que éste no le había pedido en cuanto a la forma de gobierno que debía instituir. E hizo más aún: criticó el contrato suscrito con Morgan y Garrison respecto del tránsito con el argumento de que no debió habérseles concedido el monopolio del tránsito sobre el Río San Juan y el Lago de Nicaragua por ser ello una violación del principio de libre comercio. Decía De Goicouría que a los concesionarios sólo debió otorgárseles el privilegio de manejar el tránsito ístmico, por el cual habrían de pagar conforme al tonelaje de carga y número de pasajeros transportados, y que los ingresos provenientes de esa fuente los ofreciera el gobierno en garantía del empréstito gestionado.

Al llegar a Nueva York y consultar con los capitalistas locales, De Goicouría vio con diáfana claridad que mientras Walker tuviera que habérselas con Vanderbilt como enemigo, jamás conseguiría el empréstito. Los financieros afirmaban que toda inversión en empresas combatidas por él era sumamente arriesgada. Todavía no se habían hecho los arreglos finales para que Morgan y Garrison pudieran inaugurar su nuevo servicio de transporte entre los puertos del

Atlántico y del Pacífico vía Nicaragua, y Randolph estaba aún en Nueva York consultando con ellos acerca de los pormenores del contrato, cuando llegó De Goicouría. Era del dominio público que Randolph percibiría una jugosa suma como partícipe en la negociación, y sorprendió y molestó mucho al idealista cubano enterarse de que alguien aprovechara su amistad con Walker para hacerse de dinero. Advirtió a Walker que jamás podrían los nuevos concesionarios, debido a sus limitados recursos, cumplir su compromiso que debía beneficiar a la causa, y llegó hasta preguntar a Vanderbilt si estaba dispuesto, en caso de que le fuesen restituidos sus viejos privilegios, a restablecer su servicio de vapores en Nicaragua.

Vanderbilt se mostró anuente y ofreció adelantar cien mil dólares el día que zarpara a Nicaragua su primer vapor, y pagar además ciento cincuenta mil en el curso del año. De Goicouría se entusiasmó. Esa era la oportunidad de obtener los fondos que tanto necesitaba el régimen filibustero, así como de contar con un adecuado servicio de transporte, y convertir a un temible enemigo en amigo y patrocinador. Pero no obstante todos los sinsabores y trabajos que la gestión le costó, el cubano no recibió de su jefe ni las gracias siquiera. La réplica de Walker fue tajante: "Haga usted el favor de no molestarme más ocupándose de la Compañía del Tránsito. En cuanto a todo lo que dice de Mister Randolph, son cuestiones de mi sola y única incumbencia. ...Y puesto que el gobierno no ha conferido a usted poderes, no puede por ningún punto prometer nada en su nombre". (1).

Así fue como el líder filibustero malogró la última oportunidad que le quedaba de amistarase con Vanderbilt y reparar el más grande error de su carrera. De Goicouría, por su edad, podía ser padre de Walker, y era hombre de mucha experiencia en materia de filibusterismo y de negocios. No debió nunca Walker echar en saco roto sus consejos, y el

(1) **Herald**, de Nueva York, 29 de noviembre de 1856.

desaire hecho al cubano agrió más todavía a Vanderbilt, el hombre que de lo contrario pudo haber apadrinado su causa. Lo único loable de este episodio es la lealtad de Walker para con su amigo Randolph.

La represión resintió profundamente a De Goicouría, quien puso en tela de juicio la prudencia de su jefe. Eran esos los días en que el nuevo Ministro de Walker en Estados Unidos, Appleton Oaksmith, se había presentado con sus credenciales ante el Secretario de Estado Marcy, quien, como queda dicho, se negó a recibirlo en vista de que la estabilidad del gobierno de Walker parecía dudosa en aquel momento. (1). De Goicouría juzgó entonces inútil esperar el reconocimiento de un gobierno hostil como era el británico cuando uno amistoso como el americano se negaba a recibir al Ministro de Nicaragua. Así pues, notificó a Walker que había resuelto posponer su viaje a Inglaterra hasta que Nicaragua obtuviera algún triunfo digno de nota contra la coalición de los estados centroamericanos que acababan de declarar la guerra al gobierno filibustero. Walker, con desplantes de mayoral, exigía siempre ciego acatamiento a sus mandatos, y rara vez prestaba oídos a consejos de nadie. La actitud de De Goicouría la consideró poco menos que delito de lesa majestad; acto seguido le notificó que si él no quería ir mandaría a otro. (2).

En el cuartel general filibustero habían circulado rumores respecto de que el cubano era agente de Vanderbilt. Al principio Walker no dio crédito a los cuentos, pero al hacer patente De Goicouría su apoyo a los planes del financiero tomó por ciertas las sospechas y de manera muy brusca se lo hizo saber así a su Ministro. La acusación provocó una airada protesta de parte del cubano. Su único objeto al tratar de restablecer relaciones con la compañía de Vanderbilt, de-

[1] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Nicaragua, Correspondencia Diplomática, I., Págs. 116 - 7; Legaciones Centroamericanas, Notas al Departamento., Vol. II.

[2] **Herald**, de Nueva York, 29 de noviembre de 1856.

ecía, era "allegar abundantes recursos económicos a fin de que usted pueda acudir a sus necesidades inmediatas y mantener la inmigración americana, así como también poner fin a una poderosa oposición que ya le ha causado a usted muchas dificultades y hasta pérdida de reputación". Manifestábase asimismo que todo lo hecho por él había sido motivo de reparos y recriminaciones, además de que le hablaba en forma descortés y tono autoritario, siendo como era él persona de calidad, e independiente. Por otra parte, la noticia recién sabida del decreto de esclavitud dictado por Walker, le afianzaba más en su determinación de no ir a Londres; pues que jamás vería Gran Bretaña con simpatía ese paso retrógado. "Usted ha cerrado sus ojos a la verdad", añadía el irritado cubano, "ya sea porque se cree divinamente infalible y está resuelto a seguir su camino contra viento y marea, o bien porque un tercero le ha inculcado falsas nociones . . . Como quiera que esto sea, no puedo de ninguna manera seguir teniendo relaciones con usted".

Por supuesto que esta discordia entre el jefe filibustero y su ex-aliado no trascendió al público. **El Nicaragüense**, periódico de Walker, informaba sólo que el General de Brigada don Domingo de Goicouría había sido dado de baja de las filas del ejército nicaragüense. En Estados Unidos, en donde interesaba todo lo referente a Nicaragua, la noticia motivó en los periódicos muchos comentarios y especulaciones acerca de la causa del rompimiento entre Walker y su más vigoroso cooperador. De Goicouría satisfizo la curiosidad del público dando a publicidad parte de su correspondencia con Walker, cuya esencia está en los párrafos anteriores. Amigos de Walker salieron en su defensa acusando a De Goicouría de ser agente asalariado de Vanderbilt y que fraguaba la destrucción de Walker. (1). Randolph publicó un cartel de desafío diciendo: "En el asunto del Tránsito don Domingo de Goicouría es un intruso, malintencionado y ale-

(1) Los filibusteros y los revolucionarios cubanos desahogaron sus agravios y lavaron su ropa sucia en los periódicos neoyorquinos en la segunda mitad de noviembre de 1856. El **Herald** fue el diario que le concedió mayor espacio a la controversia.

voz, y conociendo yo el significado de las palabras que empleo, esperaré en el Hotel Washington, No. 1 de Broadway, hasta mañana a la 1 P.M., y más tarde también si así le place a don Domingo de Goicouría". (1). Una enfermedad contraída en Nicaragua retenía en cama a Randolph, así que "no llegó la sangre al río".

El cubano, sin embargo, se había astutamente guardado de soltar las más importantes cartas cruzadas con Walker para cuando los defensores del filibustero hubiesen agotado sus argumentos en réplica al primer ataque. Y fue hasta entonces que dio a luz las otras cartas con el bien calculado propósito de reducir al silencio a muchos amigos de Walker en Estados Unidos. El 12 de agosto de 1856 había dado Walker instrucciones a su enviado sobre la línea política que debía seguir como ministro en la Gran Bretaña: "Con su versatilidad y, si se me permite el vocablo, su adaptabilidad, espero que se haga mucho en Inglaterra. Usted puede hacer más que ningún americano, porque puede hacer creer al gabinete británico que nosotros no tenemos en mente ningún plan de anexión. Puede también hacerles ver que la única manera de detener a la creciente y expansiva democracia del Norte es mediante la instauración de una poderosa y compacta federación sureña, asentada en principios militares". (2). Este fue un rudo golpe a los devotos del "destino manifiesto" que esperaban poder algún día estrechar la mano de William Walker como senador de Nicaragua ante el Congreso Federal. Pero esta carta de Walker contenía otro fuerte sacudión para los fanáticos expansionistas: "Dígale a . . . . . que debe enviarme noticias y decirme ahora que **Cuba ha de ser libre y lo será, pero no para los yanquis.** ¡Oh, no! ese hermoso país no merece el destino de caer en manos de esos bárbaros. ¿Qué tiene que hacer allí ese orfeón de cantores de salmos?". (3).

(1) *Herald*, de Nueva York, 22 de noviembre de 1856.

(2) *Herald*, de Nueva York, 24 de noviembre de 1856; *Sun*, de Nueva York, 24 de noviembre de 1856.

(3) En los mismos diarios; las cursivas son del autor.

Fácil es imaginarse el impacto que todo esto causaría en el ánimo de De Goicouría. En los últimos seis meses creyó él estar empleando su tiempo, recursos y energías en un esfuerzo que a la postre resultaría en la incorporación de Cuba al ámbito de la Unión norteamericana, y ahora se le decía que su amada isla no sería de los yanquis. Porque Walker, muy al contrario, luchaba por formar "una poderosa y compacta federación asentada en principios militares". Ninguna cosa buena auguraban esas palabras para la verdadera liberación de Cuba, de modo que nada de sorprendente fue que De Goicouría, muy malhumorado, rompiera relaciones con Walker. (1).

Los americanos, y en especial los nortños, leyeron asombrados la carta de Walker referente a Cuba; vieron ahí el primer indicio de sus verdaderas intenciones. En vez de querer establecer en la isla las instituciones y los principios americanos, lo que en realidad planeaba era implantar un despotismo militar en abierta pugna con la democracia de Estados Unidos, y erigir una barrera contra el expansionismo americano hacia el Sur. Hasta ese momento los amigos nortños de Walker suponían que Nicaragua habría de convertirse en un estado floreciente, como nuevo mercado abierto a sus productos, y también en campo propicio a sus inversiones de capital; habían mirado los acontecimientos que se desarrollaban en aquel país como el comienzo de un movimiento que con el tiempo abriría el istmo al comercio y a las empresas industriales americanas, y que quizá acabaría por llevar esa región al seno de la Unión Federal. El decreto del 22 de septiembre de 1856, derogatorio de la ley antiesclavista, no había hecho perder a Walker todos sus partidarios nortños, pues era algo que ya se veía venir. Pocos eran en aquel tiempo en Estados Unidos los que consideraban la

---

(1) En su último artículo sobre este tema, De Goicouría repudió rotundamente a Walker con estas palabras: "Acuso por consiguiente a Mr. Walker de ser hombre carente de las más elementales nociones en materia de tacto, especialmente de buena fe. Lo acuso de carecer por completo de sagacidad y perspicacia. Lo acuso de ser desleal tanto a Cuba como a Estados Unidos".

zona tropical tierra favorable para la mano de obra libre, y muchos líderes antiesclavistas se opusieron a la empresa de Walker porque juzgaban que su éxito acarrearía inevitablemente la expansión de la esclavitud. Muchos nortños creían que detrás de la invasión americana de Nicaragua penetraría la esclavitud con la misma naturalidad que el idioma inglés. Pero el plan de Walker consistente en crear un gran estado que fuese rival de su propio país, con instituciones y fines diametralmente opuestos a los suyos, dio en qué pensar a sus amigos nortños y pronto acabó con las simpatías de que entre ellos gozaba la empresa filibustera.

La publicación de las cartas dirigidas por Walker a De Goicouría, seguida de cerca por el decreto que abría las puertas a la esclavitud, reveló los fines ocultos del filibustero, y no le hizo perder partidarios en el Sur. Esta región entraba entonces en la etapa final de su larga lucha por conservar "el equilibrio de la Unión", e iba pronto a ver que su batalla era un caso perdido. Los líderes sureños comenzaron a percatarse de lo muy probable que era que los entonces llamados Territorios pasaran a ser estados libres, con lo cual pronto quedaría destruido el balance de poderes entre el Sur y el Norte, sección esta última en perenne crecimiento. Los hombres de clara visión vislumbraban el "conflicto irrefrenable" presintiendo al mismo tiempo que tarde o temprano los estados del Sur se verían obligados a separarse de la Unión, y que posiblemente se aliarían a los países hispanoamericanos del vecino Sur para contrarrestar una posible agresión de la república del Norte. Poco importaba por tanto a los sureños que Walker desdeñara la idea de incorporarse a la Unión norteamericana a la cual ellos daban poca vida; pero sí les interesaba vivamente su plan de crear una nueva república esclavista. En caso de secesión, una potente federación militar en la América Central, teniendo como piedra básica la esclavitud, sería una aliada muy valiosa. No había en el Sur quien tuviese a este respecto ideas más extremadamente esclavistas que Pierre Soulé, y su visita de agosto a Ni-

caragua parece haber surtido el efecto de hacer que la política de Walker en lo referente a Cuba, la anexión y la esclavitud, tomase forma clara y concreta. (1).

Lo poco que de sus verdaderos propósitos revelaba Walker a otros puede verse claramente por la forma en que sus oficiales se expresaron en una fiesta de cumpleaños dada el 15 de agosto de 1856 al Coronel Frank Anderson, uno de "aquellos cincuenta y seis inmortales" y también uno de sus oficiales de mayor confianza. Los brindis pronunciados en esa ocasión reflejan la idea que los oficiales tenían de los propósitos acariciados por el líder: "Por el General Walker. Que pueda vivir hasta ver a Nicaragua anexada a Estados Unidos". "Al águila americana. Que sus alas batan los cielos de Nicaragua". Esto ocurría solamente tres días después que el jefe filibustero escribiera a De Goicouría repudiando la anexión. Salta asimismo a la vista que a nadie pidió su parecer sobre el envío de De Goicouría en aquella misión a Inglaterra. **El Post** de Londres, al hacerse públicas las cartas en Inglaterra, mostrábase sorprendido de que Walker juzgase erróneamente a los ingleses suponiéndolos capaces de asociarse a él en su política de extender la esclavitud después de haber gastado ellos tantos millones en suprimirla. (2).

Como se vio en un capítulo anterior, a poco de haber llegado Walker a Nicaragua la prensa americana pregonó que había ido allá en concierto con la Compañía Accesoría del Tránsito. Más tarde, cuando derogó la ley antiesclavista, algunas publicaciones estadounidenses afirmaron de igual modo que ese acto era el verdadero propósito y fin de su empresa. Sin embargo, Walker no llegó a Nicaragua como agente de los capitalistas ni como instrumento de los apóstoles de la esclavitud. Ha sido tal vez su libro **La Guerra de Nicaragua**, escrito en 1860 cuando preparaba la que sería

(1) Montúfar, Pág. 562.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 180.



su última expedición filibustera, el que ha llevado a muchos historiadores a considerar la implantación de la esclavitud como el propósito primordial de su empresa, más bien que un medio para alcanzar otra finalidad. (1). En esa obra, que salió a luz en vísperas de la Guerra Civil americana, Walker se presenta como quien pudiera salvar al Sur. Si había de coronar con el éxito el esfuerzo que iba a realizar para reconquistar su puesto en la América Central, tenía que ser con el apoyo del Sur únicamente. La filosofía pro-esclavista que a la luz del sol expone en un capítulo de su libro le hace aparecer casi como un fanático apóstol de la propaganda esclavista, positiva antítesis de John Brown. (+) A decir verdad, Walker no tenía un criterio bien definido sobre la cuestión de la esclavitud. Los argumentos que en la citada obra aduce no revelan verdadera convicción de parte de su autor. Son sólo una apremiante solicitud de ayuda al Sur. Al terminar el capítulo el lector se siente inclinado a pensar que el escritor "machaca demasiado". Walker no descendía de propietarios de esclavos; su actitud como periodista en Nueva Orleans lo coloca en posición moderada respecto de la esclavitud; en California apoyó a Broderick, adversario de esa institución, contra Gwin, paladín de las ideas sureñas. Y hasta admite en su obra que al dictar su famoso decreto ignoraba cuán fuerte era el sentimiento que contra la esclavitud había ido lentamente tomando forma en el Norte. El había salido de los estados de la costa atlántica seis años antes, lapso durante el cual en las escuelas norteamericanas se inculcaron ideas antiesclavistas y en los púlpitos se predicó contra ese tema, cosas éstas que él desconocía. Pero aun cuando lo hubiese sabido, dice, su proceder habría sido el mismo, ya que consideraba su decreto como fruto de un de-

[1] El Profesor L. M. Keasby, en su obra *Nicaragua Canal and the Monroe Doctrine*, Pág. 246 (Nueva York, 1896), dice, después de descubrir el derrumbe de la empresa de Walker: "La cuestión de la esclavitud estaba en el fondo de todo". Es un error de interpretación de los medios para conseguir el fin.

(+) Líder abolicionista americano (1800 - 59) que en 1859 encabezó un asalto al arsenal del gobierno en Harper's Ferry con el propósito de establecer allí un refugio para los esclavos fugitivos. Fue preso, acusado de traición y ahorcado. (N. del T.).

bèr sagrado. Es significativo el hecho de que en 1860 confiese su ignorancia del creciente sentimiento antiesclavista, pues indica la poca atención que prestaba, por lo menos en los años posteriores a 1850, a la cuestión de la esclavitud en Estados Unidos, lo cual tiende a confirmar lo dicho atrás respecto de que Walker no era un convencido apóstol de la extensión de aquella "singular institución".

Cabe observar aquí, en relación con esto, que muchos de sus oficiales de mayor confianza y gran parte de los filibusteros que le seguían eran originarios de estados libres. Byron Cole, por ejemplo, el inspirador de la empresa, vio la luz en Nueva Inglaterra. Y de allí también procedían Joseph W. Fabens y Appleton Oaksmith, colonizador y representante diplomático respectivamente. El Coronel Frank Anderson y los Capitanes O'Keefe, McArdle, DeWitt, Clinton, y Williamson eran neoyorquinos. James C. Jamison, otro de los capitanes de Walker, dejó dicho en su libro que conversó a pecho abierto sobre la situación de Nicaragua y los planes y ambiciones de los líderes con hombres tales como los Generales Fry, Sanders, Henningsen, Hornsby y otros, y que jamás oyó decir a ninguno de ellos que la esclavitud fuese la causa motriz que llevara Walker a Nicaragua. (1).

¿Cuáles fueron entonces los verdaderos motivos de Walker? En concreto, proyectaba hacer de las cinco repúblicas centroamericanas un fuerte estado federado, organizado y regido conforme a principios militares; y una vez realizado ésto emprendería la conquista de Cuba. Para ayudarse en la empresa y en la subsiguiente "regeneración" del istmo y de la isla, proponíase llevar pobladores americanos a los que daría posesión de la tierra. El próximo paso sería proporcionar a los nuevos propietarios el privilegio de cultivar su tierra con esclavos, si así quisieren. Dudaba él, ciertamente, que hubiese otra forma de trabajo adaptable al

[1] *With Walker in Nicaragua*, págs. 96 - 102, por James Carson Jamison, E. W. Stephens Publishing Company, Columbia, Misuri, 1.909.

clima tropical, y desde luego no ignoraba que en los estados del Sur su política esclavista acarrearía simpatías a la causa. Por último, como corolario de su sistema, planeaba hacer realidad el sueño de abrir una ruta interoceánica, para luego, con los fuertes lazos del comercio, ligar su nuevo gobierno a las potencias marítimas del mundo. Débese agregar que Walker aspiraba a erigirse en dictador de esa federación tropical. Lo que hasta aquí le hemos visto hacer lo consideraba solamente medidas preliminares para en seguida emprender su obra verdaderamente constructiva.

## CAPITULO XVI

### Marina y ejército filibusteros

La pérdida que para Walker significó la falta de De Goicouría, Ferrer, Vijil, y Wheeler, la compensó algún tanto en octubre la llegada de Charles Frederick Henningsen con armas y municiones. El arribo a Nicaragua de este famoso soldado de fortuna infundió nueva vida a la empresa filibustera. Fue nombrado General de Brigada en lugar de De Goicouría asignándosele la tarea de organizar la artillería y adiestrar a los hombres en el manejo del rifle Minié. Henningsen era soldado de mundial renombre. Nacido en Inglaterra de padres suecos, a los diecisiete años se enganchó en las fuerzas de Don Carlos de Navarra para pelear en las provincias vascongadas al mando del General Zumalacárregui, líder guerrillero de la guerra carlista de España. Antes de cumplir veinte años había alcanzado el grado de coronel, y pronto, al publicar su obra **History of the War in Spain**, (+) llamó la atención como escritor de asuntos militares. Habiendo sido herido y capturado se le puso en libertad bajo condición de no volver a tomar armas en el curso de la guerra; luego sentó plaza en el ejército ruso y sirvió en Circasia. El gobierno ruso publicó lo que acerca de los países caucásicos había escrito el aventurero. Luego apareció en Hungría donde, perdida ya la causa de la independencia de esa nación, siguió a Kossuth (+) en su destierro a Estados Unidos. Aquí tuvo a su cargo la fabricación de los primeros

(+) Traducida al español por Ramón Oyarzún bajo el título de **Zumalacárregui** (Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1947). (N. del T.).

rifles Minié. La literatura ocupó también su atención durante ese tiempo, y publicó varios volúmenes de recuerdos personales y de su vida en Rusia; y hasta probó su pluma como novelista. Todas sus obras serias tienen considerable valor todavía.

Joven aún vino a Estados Unidos y cayó bajo el hechizo de una viuda de Georgia a quien conoció en Washington. Siendo ella mujer de medios económicos, su nuevo esposo pudo haber fundido el acero de su espada para convertirlo en arado y pasar una vida sosegada en cualquier plantación del Sur. Pero las noticias llegadas de Nicaragua despertaron su interés. Su fogueado corcel de guerra olió de lejos el humo de la pólvora y comenzó a tirar piafante del cabestro marital. Los amigos de Walker le pidieron irse allá, y no tuvieron que rogarle mucho. Henningsen y su esposa residían entonces en Nueva York en donde eran muy amigos del magnate naviero George Law, quien había comprado al ejército americano varios miles de fusiles que se dijo los había ofrecido antes a Kossuth. Bajo la dirección de Henningsen convirtió Law gran número de ellos en rifles Minié, y cuando aquél resolvió irse a Nicaragua, Law le pertrechó de gran cantidad de rifles, obuses y municiones, y además de eso la señora de Henningsen contribuyó con cierta cantidad de dinero. Lo que en total llevó allá sumaba treinta mil dólares. (1).

La aportación de Law como un nuevo capitalista promotor del filibusterismo volvió a poner en el tapete el intrincado problema del control de la Compañía del Tránsito. A Law interesaba sobremanera todo lo concerniente a vapores. Fue el primero en establecer una línea naviera entre Nueva York y Chagres, (Colón ahora, en Panamá) y por algún tiempo fue también gerente de otra, que enlazaba a San Francisco y Panamá, haciéndole fuerte competencia a la Pacific Mail Company. A la postre compró la compañía a su com-

(+) Louis Kossuth, patriota y estadista húngaro [1802 - 1894]. (N. del T.).

(1) *Harper's Weekly*, I., Págs. 332 - 3; *Herald*, de Nueva York, 2 de junio de 1856.

petidor en el Atlántico y le vendió la suya del Pacífico. Tomó parte activa en la construcción del ferrocarril transístmico de Panamá e inauguró además una línea de vapores entre Nueva York y la Habana. Estos hechos explicarán el interés de Law en los acontecimientos que entonces agitaban a la América Central. Había observado con atención la lucha entre Vanderbilt y Morgan en Nueva York, y acechaba la hora en que ambos se debilitaran para tomar el control de la línea del Tránsito. Esperaba entre tanto ganarse el favor de Walker enviándole considerable cantidades de pertrechos y dinero, y cuando la oposición de Vanderbilt contuvo los esfuerzos que Morgan hacía en pro de Walker, Law solicitó la concesión del Tránsito; contaba, para conseguirla, con que Henningsen hablaría por él. Dícese que al regresar a Nueva York De Goicouría pidió a Law armas para el ejército nicaragüense, y que cuando ya Law estaba a punto de ceder descubrió que el cubano se entendía con Vanderbilt; y entonces no quiso saber más de él. (1). La prensa americana llamó chistosamente a esta rivalidad triangular por el Tránsito "la guerra de los comodores", y fue mucha suerte para Walker que en la disputa entrara un tercero, ya que de ahí en adelante sus fuerzas pudieron contar con artillería, arma de la que hasta entonces carecía casi por completo.

Henningsen, a poco de haber llegado a Granada, organizó dos compañías de artillería y una de zapadores y mineros. Algunos de los oficiales artilleros tomaron su trabajo muy a pecho llegando a ser consumados profesionales en materia de obuses y morteros. El aventurero formuló además detalladas instrucciones para el manejo de los nuevos rifles Minié que había llevado de Nueva York, pero el indiferentismo y la desidia de muchos oficiales que estaban celosos de él por su rápido ascenso fueron rémora en su labor de organización. (1). Pese a todo, su legítima valía se hizo tan palmaria que la mayoría de ellos acabó por reconocerle sus méritos; sólo unos pocos siguieron teniéndole inquina.

(1) *Herald*, de Nueva York, 26 y 29 de noviembre de 1856.

Aunque es verdad que como jefe adolecía Walker de algunos defectos graves, el hecho de que pudiera conservar la lealtad de sus hombres sin darles otra paga que los más mínimos medios de subsistencia y de que durante los meses de ociosidad forzosa no se registraran serios casos de indisciplina, es una prueba de que tenía cierto grado de talento militar. Casi de nadie dependía más que de sí mismo, y rara vez pedía consejo a otros; sus horas de trabajo eran desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. Su único recreo en Granada consistía en un paseo a caballo por las tardes con un ordenanza que siempre le seguía. Sus hombres le obedecían "al pensamiento", y si es verdad que a veces se quejaron de su total insensibilidad ante el sufrimiento humano, sabían que ningún otro podía ocupar su lugar y acataban sus órdenes con absoluta sumisión. En marzo de 1856, cuando los costarricenses avanzaban sobre la frontera Sur, Walker, como se recordará, llevaba días de guardar cama. Eso, más que cualquier otra cosa, descorazonó a sus hombres, pues sabían que de la vida de su jefe dependía la salvación de la causa. Grande fue el regocijo de ellos cuando recuperó, y entonces fue más apreciado que nunca.

A través de las muchas vicisitudes de su carrera Walker permaneció siempre impávido y callado. Ningún triunfo lo trastornó, ni ningún desastre lo abatió. Se le vio siempre tan sereno en la línea de fuego como en la redacción de un diario o en su despacho de abogado. La excesiva sencillez fue característica invariable de su ser. Vestía por lo común de levita azul, pantalón oscuro, y sombrero gacho; y al entrar en batalla solía cambiar la levita por una camisa de franela. Su exigua humanidad era causa de sorpresa para los visitantes que sabían de sus hazañas pero que nunca lo habían visto, y cuéntase de divertidos casos en que los forasteros que llegaban a verlo esperando encontrarse con un hombre totalmente distinto hablaban al general en tono

---

[1] *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 289, por Walker.

de superioridad creyéndolo un empleado subalterno. Mas a pesar de su falta de afectación era Walker un gran rigorista en lo tocante a su investidura; nadie debía darle consejos si él no los pedía. (1). Al Capitán Doubleday, por ejemplo, uno de sus oficiales que por haber residido en Nicaragua desde antes que llegaran los filibusteros conocía el carácter de la gente del país, le replicó de manera áspera en cierta ocasión que, sin haber sido consultado, se atrevió a exponerle su opinión. Esto impelió al capitán a pedir su baja y regresarse a Estados Unidos, Pero no vaya a juzgarse por este caso que Walker fuese un perfecto empecinado. La mayoría de sus oficiales eran jóvenes —el promedio no pasaba tal vez de los veinticinco años— y el solo hecho de que hubiesen llegado a Nicaragua basta para suponerlos impetuosos e irreflexivos. El frisaba entonces en los treinta y tres, y era con eso uno de los oficiales de mayor edad en el ejército.

Mucho se ha dicho de lo duro que era con sus hombres, pero, salvo unas pocas excepciones, han sido habladurías de desertores y de extranjeros. La anécdota más difundida a este respecto fue la "Declaración de los Siete Prisioneros", aparecida con fecha 21 de mayo de 1856 y firmada por siete soldados suyos capturados por los costarricenses en Santa Rosa. Tres de los firmantes eran alemanes, uno inglés, y los demás americanos. Uno de éstos, un jovencito que tocaba el tambor, posteriormente negó haber tenido que ver con dicha declaración, la que, según él, se la presentó un desertor para que la firmara, lo cual rehusó hacer, y en su oportunidad declaró que habían falsificado su firma después de habérselas negado. A las claras se ve que fue redactada por alguien con pleno dominio del inglés, que era asimismo diestro en la elaboración de frases vindicativas, y que ade-

[1] "En vez de tratarnos como camaradas y aventureros en peligro", escribió un desertor bajo el pseudónimo de Samuel Absalon, "... fue con nosotros igual que un tirano oriental, esquivo y arrogante; apenas si saludaba cuando nos encontrábamos con él. Jamás se mezcló con nosotros; vivió siempre recluido en su cuartel o alojamiento. Decíase que por temor de que alguno de sus hombres lo tirara, cosa de lo que en verdad corría peligro ese hombre". *Atlantic Monthly*, V. Pág. 665.



más estaba familiarizado con los pormenores de la carrera de Walker en Nicaragua, así como con la situación política de esa república y de Estados Unidos. Porque ningún tambor ni extranjero alguno, ni siquiera un muy inteligente ciudadano americano que acabara de llegar al país, podría haber acumulado tan copiosa acusación contra la empresa filibustera. Las presunciones en contra de su autenticidad son abrumadoras. (1). De un cargo sí es culpable Walker. A muchos que habían ido a Nicaragua por cuenta propia les obligó a sentar plaza de soldados y servir a su gobierno, quisieranlo o no. (2). A otros cuyo contrato de servicio militar había expirado se les negaba pasaporte de regreso a Estados Unidos, forzándoseles de esa manera a seguir en el ejército o morir de hambre. (3). Y otros más, encandilados por las brillantes descripciones que del país publicaban los periódicos americanos, iban allá con la intención de comprar tierras y establecerse como colonos pacíficos. Algunos de éstos hasta llevaron a sus familiares. Al llegar a Nicaragua se les decía que antes debían sentar plaza por un año en el ejército. (4).

La desconsideración que caracterizó a Walker en su trato con los naturales de Nicaragua le caracterizó por parejo con sus propios hombres. Jamás éstos cuestionaron su au-

- 
- (1) En su declaración se hace decir a los prisioneros que como cautivos costarricenses tenían más libertad que la que nunca tuvieron como soldados de Walker; que en Nicaragua regía una estricta censura y que sólo dejaban salir informes elogiosos. Afirmaban que Walker no era general, ni estadista, ni juez de sentimientos humanos, sino un pobre imitador de Don Quijote. Y en apoyo de su aserto enumeran siete errores colosales: (1) Walker llegó a Nicaragua sin llevar mapas, guías, ni medios de subsistencia, y con sólo cincuenta y seis hombres; (2) su intento de fusionar a las dos fracciones; (3) la ejecución de Corral; (4) el envío de Franch como Ministro a Estados Unidos; (5) el haberse apoderado de las propiedades de la Compañía del Tránsito; (6) el haber nombrado a Schlesinger jefe de las fuerzas que invadieron Costa Rica; (7) el intento de tomarse Rivas el 11 de abril sin tener sus hombres suficientes municiones. La declaración es en parte muy injuriosa. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 149. Ver también el *Herald*, de Nueva York, 17 de agosto, así como otros diarios de esa fecha.
- (2) Eso le ocurrió al General John T. McGrath, de Baton Rouge, Luisiana, según se lo refirió al autor. Ver también el *Daily Advertiser*, 30 de abril de 1857; y libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.
- (3) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 222.
- (4) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 224.

toridad, y nunca tampoco se les cruzó por la mente la idea de rebelarse contra el hombre que era su única esperanza. Pero tampoco les inspiró la devota abnegación con que sirve el soldado a un caudillo genuinamente grande. Hubo algunos, es verdad, que lo acompañaron a lo largo de casi toda su carrera, pero esos eran hombres que amaban una vida llena de peligros y penalidades. Debe tenerse en cuenta, cuando se hable de su despotismo y de su rudeza, que él tampoco estuvo nunca en un lecho de rosas, sino empeñado en una lucha de vida o muerte contra un enemigo temible, y que con lo único que contaba era con esa mezcla de aventureros, tipos desesperados muchos de ellos. Tratar de dominar a hombres de esa ralea mediante la bondad y la sanción moral hubiera sido más que tontería; y debe reconocérsele a ese taciturno hombrecito el haber utilizado el único régimen disciplinario posible en tales circunstancias: el puño de hierro. No se ganó el cariño de nadie, pero el respeto sí.

Tal vez si esos hombres hubiesen tenido más éxito hubieran sido menos dóciles a la férrea disciplina impuesta por él. El enervante clima tropical les robaba mucha energía, y la restante la gastaban en buscar que comer, en evadir los peligros, y en emborracharse. Despreciaban y temían a los hijos del país, a los que jamás lograron realmente sojuzgar, y eso les hacía mantenerse estrechamente unidos. Si se hubieran granjeado su simpatía y aprendido su idioma; si hubiesen contado con abundancia de víveres y plazas bien fortificadas, le habría sido a Walker muy difícil ejercer sobre ellos plena autoridad.

El clima, las enfermedades y el libertinaje fueron los peores enemigos de los americanos. La energía de los soldados variaba casi de manera inversa al lapso que llevaran de residir en el país. Los reclutas recién desembarcados se mostraban ansiosos de oler pólvora quemada, pero se los impedía su falta de entrenamiento. Los que llegaron después de la guerra con Costa Rica fueron apenas suficientes

para reemplazar las bajas causadas por el cólera y las fiebres, y eso que llegaban en todos los vapores.

En la última mitad de 1856 el reclutamiento de hombres para Walker en Estados Unidos se hizo más públicamente que antes, y con muy poca de aquella pertinaz interferencia gubernamental que al comienzo del año fuera tan patente como ineficaz. Aunque don Fermín Ferrer no hizo ningún esfuerzo por ser reconocido en Washington como ministro de Walker, firmó el 15 de agosto de 1856 un contrato de colonización con William L. Cazneau, de Texas, para llevar a Nicaragua en el término de doce meses mil colonos físicamente capaces y de buenas costumbres. El gobierno de Nicaragua, por su parte, los asentaría en colonias de no menos de cincuenta familias, y a cada jefe de familia se le adjudicarían ochenta acres de tierra que pasarían a ser suyas después de un año de residencia en el país. Cuando el Fiscal McKeon, de Nueva York, vio el contrato dijo que no podía reconocerle legalidad porque el gobierno americano no había dado a Ferrer el exequator como Ministro de Nicaragua. (1). Los rumores propalados de una inminente guerra con todas las repúblicas centroamericanas impidieron conceder mucho interés a ese proyecto, y los que se sumaban a la empresa emigrando a Nicaragua lo hacían primordialmente porque iban allí al encuentro de aventuras.

El propio Walker envió a Estados Unidos a varios de sus oficiales en busca de voluntarios. S. A. Lockridge tuvo a su cargo el enganche de hombres en Texas y el Medio Oeste; Norvell, hermano de Walker, abrió una oficina de reclutamiento en Nashville, y E. J. C. Kewen hizo de Augusta, Georgia, su centro de operaciones; desde allí dirigía los reclutamientos en Alabama, Misipí, y Georgia. Decíase que Walker había manifestado no querer más gente de las cercanías de las ciudades americanas, señalando su preferencia por hombres más capaces de valerse por sí mismos como eran

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 de diciembre de 1856.

los de estirpe de pioneros. De éstos podía conseguir en California, Misuri, y el Sudoeste. Charles Morgan convino en transportar tejanos en sus barcos sin costo alguno de Galveston a Nueva Orleans, y gratis también de allí para Granada. Lockridge dio amplia publicidad a esto en periódicos de Texas. En Kansas y Misuri se anunció asimismo lo del pasaje gratis a Granada, y el Coronel H. T. Titus, el notorio "matón de la frontera", formó una compañía con cien de sus bergantes cuyos servicios no tenían ya demanda en Kansas, y con ellos salió en diciembre para Nueva Orleans bajando por el Misisipí. Kewen, por su parte, levantó una fuerza de más de ochocientos hombres en el territorio que se le asignó, pero ni los unos ni los otros lograron salir de Estados Unidos porque antes supieron de la caída del régimen filibustero. (1).

El **Picayune**, de Nueva Orleans, que con fecha 26 de noviembre dio cuenta de la salida de Lockridge con 283 hombres, publicó la lista de las compañías en que iban formados y dio además los nombres de sus oficiales. Esto demuestra que antes de partir de Estados Unidos se habían organizado militarmente. Fueron los últimos reclutas enviados a Walker por el Atlántico.

En diciembre, en vista de que la situación de Walker en Nicaragua se hacía desesperada por razones que adelante se verá, sus amigos de Nueva York comenzaron a buscar la manera de salvarlo. El 20 de diciembre se efectuó en el Tabernacle, de Broadway, un muy concurrido mitin en pro de Walker. Lo presidió el General Ward B. Burnett, del Cuerpo de Voluntarios de Nueva York. Allí hablaron el General Duff Green, Appleton Oaksmith, Isaiah Rynders, y otros simpatizadores. Se colectaron más de mil trescientos dólares. El Saint Nicholas Hotel contribuyó con cien barriles de pan y el Metropolitan Hotel con cinco mil libras de tocino. (2). "El mitin", dijo el Herald, "fue no sólo digno de consideración

(1) **Herald**, de Nueva York, 21 de Oct., 5, 7 y 9 de Dic. de 1856, y 31 de enero de 1857.

(2) **Harper's Weekly**, I., Pág. 7.

por el número de concurrentes, sino también por la calidad y posición social de muchos de ellos. "Notificado el gobierno de estas actividades ordenó a McKeon impedir el envío de provisiones a Walker. "No sabemos con qué derecho Pierce, Marcy, o McKeon impiden el envío de pan, tocino y zapatos a cualquier lugar", decía el citado diario. "En cuanto al tocino, Vattel (+) habla con claridad meridiana, y su autoridad al respecto es tan buena como la del pobre Pierce".

El vapor **Tennessee** debía salir el 24. Llegaron al muelle cajas de provisiones. Una llevaba este rótulo:

PAN

A la fina atención del General William Walker.  
Para nuestros viejos camaradas de Texas, ahora  
en Nicaragua; con la calurosa simpatía, personal  
y política, de sus ex-jefes.

Thomas J. Green  
William L. Cazneau

Y otra caja decía:

Para mis viejos camaradas de las guerras de Florida  
y México.

Ward B. Burnett (1)

Y el 24 zarpo el vapor con trescientos filibusteros y dos mil dólares en bastimentos. Esos filibusteros se congregaron en la esquina de las calles de Broadway y Leonard desde donde se dirigieron al muelle de la calle Ocho en el Río Este. Habíase anunciado que el vapor saldría del pie de la calle Beach, y el gentío que allí se congregó, porque esperaba presenciar algún acto de interferencia gubernativa, se retiró muy desilusionado. McKeon tenía dos guardacostas listos para cualquier emergencia, pero nada ocurrió. Poco antes de la hora de zarpar el vapor Morgan visitó al fiscal garantizándole que nadie subiría a bordo sin su boleto. Le pro-

(+) Célebre cocinero francés del Gran Condé. La irónica frase implica, pues, un elogio a esa carne. [N. del T.].

(1) **Herald**, de Nueva York, 23 de diciembre de 1856.

metió asimismo no llevar a ningún pasajero que hubiese firmado contrato de colonización con Cazneau. Esto parece haber satisfecho al fiscal que entonces dejó partir al barco. Días después declaró Cazneau que la oposición de McKeon a su plan de colonización impidió la salida de cien pasajeros más a bordo del **Tennessee**. (1). Apenas entrado en mar abierta el vapor topó con un huracán que se le llevó parte del timón. Se las arregló, no obstante, para aportar en Norfolk donde se desbandaron los reclutas; muchos de ellos se volvieron a Nueva York. Morgan despachó en el acto el vapor **James Alger** a Norfolk para llevarse carga y pasajeros del **Tennessee** a Nicaragua. Transportaba aquel barco cuarenta filibusteros más de Nueva York, pero llegó cuando ya los del otro se habían dispersado; sin embargo, siguió con sus cuarenta hombres a San Juan del Norte. Iban entre ellos el Coronel Frank Anderson, quien regresaba de su casa res-tablecido ya de una herida, y el General R. C. Wheat, amigo de infancia de los hermanos Walker en Nashville. Había sido él gobernador militar de Veracruz, y obtuvo su grado de General de Brigada en la guerra méxico-americana. Renunció a la gubernaduría para juntarse a Walker en Nicaragua. Morgan ya no volvió a despachar más barcos de Nueva York.

Mientras esto ocurría en Nueva York, escenas similares se desarrollaron en Nueva Orleans. El 28 de diciembre se embarcaron allí en el **Texas** doscientos cincuenta filibusteros. Por un tiempo estuvo el vapor en el puerto esperando la llegada de Titus y sus "matones" con procedencia de Kansas, que venían bajando el Misisipí. Una espesa niebla los detuvo y el **Texas** partió sin ellos. Suerte fue para la historia que en este vapor embarcara el destacado viajero y periodista Laurence Oliphant, cuya pluma dejó una gráfica descripción de los hombres que iban a Nicaragua. Al entrar a mar abierta se organizaron los reclutas en cinco compañías.

(1) **Herald**, de Nueva York, 25 y 28 de diciembre de 1856. Cazneau confesó que si sus colonos, al llegar a Nicaragua, hubieran encontrado a Walker en situación crítica, habrían tratado de salvarlo.

Procedían de diversos estados, y a los oficiales se les daba grado de acuerdo con el número de hombres que hubiesen alistado. Los soldados devengaban sueldo mensual de veinticinco dólares en vales nicaragüenses; al terminar su contrato de servicio militar se les daría tierras. Nada indicaba, dejó escrito el cronista, que a esos hombres guiasen motivos protervos. Algunos eran ricos; otros iban huyendo de problemas que tenían en el país; y otros más eran simplemente soldados de fortuna. El móvil predominante parecía ser el amor a las aventuras y a los sobresaltos de lo imprevisto. Representaban a casi todas las nacionalidades, e iba una compañía compuesta totalmente de alemanes. "Unos eran húngaros sobrevivientes de Segedin; otros italianos que habían peleado en Novara; y prusianos de las campañas de Schleswin-Holstein; franceses veteranos de Argelia; ingleses del cuerpo de artillería en la guerra de Crimea; americanos también que habían tomado parte en las dos expediciones a Cuba; y otros más venían de Kansas". Algunos de los oficiales habían batido el cobre en Nicaragua y volvían allá terminada su licencia. Unos cuantos eran ex-oficiales del ejército americano que "tenían la ilustración, los modales de gente bien nacida, y la caballerosidad de esos militares". A Oliphant impresionó en particular el comportamiento ejemplar de los hombres; no se tomó licor durante el viaje, ni siquiera en la noche de Año Nuevo. Los filibusteros montaron diariamente guardia y parecían hacerlo por instinto. El oficial de día llevaba por toda arma una espada, pero de uniforme ni una sola prenda; unos vestían camisa de franela roja y botas fuertes, la indumentaria de otros variaba desde meros andrajos hasta ropas como de empleados de banco. De físico no eran feos, y tan bien impresionaron al inglés que un buen día dejó abierta la puerta de su camarote sólo para que de él desaparecieran algunos de sus efectos personales. (1).

La estricta disciplina que Oliphant notó a bordo del **Texas** era la característica del ejército filibustero. Walker lo regía

(1) **Patriots and Filibusters**, Pág. 17 y otras, por Laurence Oliphant.

con varilla de hierro, y tuvo más dificultades con los oficiales que con los soldados rasos. Muchos de los primeros, dice, consideraban su rango más como una coyuntura para pasarla bien que como un incentivo para cumplir sus arduos deberes. No tenían uniforme determinado, pero cuando en el último trimestre de 1856 los ejércitos aliados emprendieron la ofensiva, se les proveyó confortablemente de ropas y comida. El General John T. McGrath, quien sirvió bajo las órdenes de Walker, y durante toda la guerra civil americana, informó al autor de esta obra que a los filibusteros se les proveyó mejor que a los confederados. El atuendo más semejante a un uniforme consistía en camisa azul de franela, pantalones azules de algodón, botas fuertes, y sombrero de fieltro negro y alas anchas. Cuando las tropas estaban mejor equipadas llevaban la camisa marcada con el número del destacamento y la letra de la compañía. Muchos de los oficiales vestían el uniforme correspondiente a su grado en el ejército de Estados Unidos, y unos cuantos de los más pagados de sí mismo hacían el ridículo arrojando el tórrido calor del trópico con todas las galas de su regimiento encima. Uno de esos oficiales, el Coronel Wattson, por ejemplo, llegó de Nueva York con seis grandes cofres repletos de esos atavíos. (1).

El hecho de que los filibusteros tomaran grandes cantidades de pésimo licor les hacía más susceptibles al cólera que si no lo tomaran. La mayoría de esos hombres eran ya borrachines en su patria, y la afición naturalmente aumentaba en suelo extraño y clima malsano en donde olvidaban los convencionalismos sociales y tenían presente sólo el peligro. No era rara la ocasión en que cuando un destacamento filibustero se encontraba en situación comprometida, sus oficiales se dieran a beber; difícil es decir si lo hacían por darle fuerza a su valor o por pura desmoralización.

Consecuencia de este exceso eran las continuas trompederas que por desentace solían tener el duelo. El propio

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 119, por J. C. Jamison, [Columbia, Mo., 1909].



Walker, habrá de recordarse, había recurrido al código de honor en California; pero fue tal la frecuencia de los desafíos en Nicaragua y las causas que los provocaban, que llegó a preocuparse mucho. Hubo un tiempo, relata Jamison en su libro, que el día que no ocurría un duelo era motivo de comentarios. (1). Un apóstol de la temperancia, el Reverendo Israel S. Diehl, de California, se apareció en Granada en los últimos meses de 1856 y organizó la hermandad de los "Hijos de la Temperancia". Unos cincuenta hombres, entre oficiales y soldados, se afiliaron a ella, pero una vez ido el fundador no volvieron a reunirse, y muchos de sus miembros tornaron a las andadas. (2). Uno de los lugartenientes de Walker, *tiró borracho* a un soldado raso y a un oficial. Fue sometido a consejo de guerra y sentenciado a la horca; antes de morir confesó haber tirado a otros cinco en Estados Unidos, atribuyendo los casos a "desequilibrio mental causado por el whiskey". Walker le conmutó la pena a morir fusilado. (3).

Antes de que Henningsen llegara con los Minié regalados por George Law, sólo dos compañías tenían de ese modelo de rifle. Eran éstos los "Rangers" (o caballería) quienes también portaban revólver y sable, y los "Rifles". Las otras compañías de infantería tenían el fusil anticuado de cañón liso abolido por el ejército americano, y viejos revólveres Colt. La oficialidad confiaba bastante en la esgrima, arte en el cual muchos se hicieron diestros; pero la espada era arma que no empleaban, ya que el choque al arma blanca con los nicaragüenses era lo que menos ocurría. Para fines de 1856 Walker contaba con nueve divisiones: los Rifles; la Infantería; la Artillería; la Maestranza; la Proveduría Montada; la Intendencia del Ejército; la Proveduría Local; la Caballería; y el ramo civil de la Administración Pública.

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 108, por Jamison.

(2) *Herald*, de Nueva York, 19 de octubre, y 17 de noviembre de 1856.

(3) *Herald*, de Nueva York, 19 de octubre de 1856.

Componían la Proveduría Montada hombres seleccionados por su jefe W. K. Rogers, Subsecretario de Hacienda. Los nicaragüenses llamaban a este Rogers "confiscador general". El y su gente eran de los más firmes adictos de Walker; no se entrenaban militarmente, pero sí tenían como deber la desagradable tarea de batir los campos en busca de maíz, ganado y demás provisiones para el ejército, lo cual pagaban con vales de ningún valor. La remonta de estos hombres la componían por lo general mulas y machos de mala muerte. (1).

Una partida de estos tipos salió cierto día a las haciendas de Chontales bajo el mando de Byron Cole en busca de ganado. Cole, de quien se ha dicho que era "el summum de la concordia" en Nicaragua, (2) jamás permitió a sus hombres entrar en casas de familias ricas por temor a que no pudieran resistir la tentación de apoderarse de objetos de valor. Una monja huida de Granada tenía una escuelita en el caserío de Malacatoya, camino de Chontales, y cuando los filibusteros llegaron allí los atendió dos días en su casa; pero Cole no les permitió entrar, haciéndoles dormir en el corredor. Dos meses después llegó otra partida de los mismos, pero éstos saquearon la casa llevándose todo lo valioso que encontraron. (3). Fueron las depredaciones y excesos de esas columnas volantes lo que suscitó el resentimiento de los hijos del país contra los filibusteros. Por otra parte, debe hacerse constar que los nicaragüenses pronto supieron distinguir entre los americanos léperos y los decentes. Su animosidad era especialmente marcada contra los californianos y tejanos, gentilicios que para ellos eran sinónimos de ladrón. (4). Para calificar de tales a los tejanos no dejaban de tener razón, pues en julio de 1856 una partida de unos treinta filibusteros, haciéndose llamar "batidores tejanos", llegaron a Granada y se les dieron bestias. Muy pronto abusaron de la

(1) *Times*, de Nueva York, 9 y 30 de marzo de 1857.

(2) *Times*, de Nueva York, 30 de mayo de 1857.

(3) *Harper's Weekly*, I., Págs. 188 - 9.

(4) De una conversación con el General John T. McGrath.

confianza depositada en ellos desertando del ejército. Resultaron ser prácticamente una gavilla de salteadores. Fue suerte que los hombres de Walker no pudieran darles alcance, pues que si hubieran caído en sus garras los habrían ahorcado. (1).

Vamos a contar una anécdota referente a la mascota de los filibusteros. Cuando aquellos "cincuenta y seis" desembarcaron en Brito y comenzaron a caminar sobre Rivas, se les pegó un perrito huertero que nunca los dejó hasta que murió. Le pusieron "Filibustero". Los acompañó en la toma de Granada, y jamás salió de la ciudad un piquete de reconocimiento o de batidores que no lo llevara. Cuando De Goicouría invadió Chontales con el encargo de pacificar la zona, "Filibustero" se fue con la tropa y en el combate de Juigalpa dio su vida por la causa de sus camaradas. Al saberse en Granada la noticia, un bardo aventurero compuso en su memoria esta elegía que publicó **El Nicaragüense**:

Erased un perrito de sólo huesos y pelambre  
en cuyos tristes ojos se retrataba el hambre.  
No era falderillo muñeco de salones  
ni mastín que guardara los zaguanes  
sino paria receptor de patadas y trompones.  
Pero con lealtad canina nos seguía y nos seguía  
por caminos o en combates, ya de noche, ya de día.  
Y nunca las injurias y maltratos a montón  
amargaron su apacible corazón.

Su lealtad en los buenos tiempos y en los malos  
le ganó el cariño de toditos los soldados.  
Y fue allá en Juigalpa, un pueblo chontaleño,  
donde dio su sangre plebeya a borbollones  
aquel paria que sólo recibiera patadas y trompones;  
allí durmió "Filibustero" su postrer eterno sueño.

Reemplazó a ese perrito otro del mismo pelaje al que  
nombraron "Príncipe". Este también se aficionó a la vida  
cuartelera.

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 155.

En septiembre de 1856 Walker cambió la bandera de la república. En sustitución de la antigua que tenía cinco volcanes en la franja blanca del centro, diseñó otra haciendo la franja blanca el doble del ancho de las dos franjas azules laterales, y en lugar de los volcanes puso una estrella roja de cinco picos. (+) Cuando los Rifles entraron con esta bandera a pelear en las calles de Masaya inscribieron en ella este tema: "Five or None" (Cinco o Ninguna), significando con ello el propósito de Walker de conquistar y federar las cinco repúblicas de la América Central.

Pocos días después de su rompimiento con Rivas, Walker apresó la goleta costarricense **San José** que había entrado en San Juan del Sur enarbolando la bandera de Estados Unidos. Basóse la captura en que la nave no llevaba sus papeles de registro en regla y navegaba, por tanto, sin bandera ni patente de navegación legales. Un tribunal de presas creado en San Juan del Sur condenó la goleta a favor del gobierno de Nicaragua. Fue armada con dos cañoncitos de a seis libras, y rebautizada con el nombre de **Granada**; se dio su mando al Teniente de Navío Callender Irvine Fayssoux. De las diversas compañías seleccionáronse hombres para su dotación. Así fue como Nicaragua tuvo su primera marina de guerra. Su propietario era el opulento comerciante leonés don Mariano Salazar, quien antes fuera uno de los demócratas más afectos a Walker. Salazar había hecho a un americano, Gilbert Morton, condueño de la goleta pensando que con esa triquiñuela podría adquirir el derecho de enarbolar la bandera de Estados Unidos, y a su sombra realizar jugosas utilidades mercadeando entre los puertos del litoral mientras durasen las hostilidades en Nicaragua. Cuando Walker descubrió la treta Salazar se convirtió en su más acérrimo enemigo. (1).

Listo ya Fayssoux para hacerse a la vela, recibió órdenes de cruzar las aguas del Golfo de Fonseca que se sospe-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 222, por Walker; y también Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 145, 155, y 173.

(+) Tal como aparece en la carátula de este volumen. (Nota del Editor).

chaba utilizaban los partidarios de Rivas para comunicarse con Guatemala y El Salvador por medio de botes que saliendo de El Tempisque, en el Estero Real de Chinandega, llegaban a La Unión, puerto salvadoreño. De esa manera esperaba Walker interceptar la correspondencia que se cruzaran Rivas y sus aliados e impedir el envío de refuerzos por el golfo. El 21 de julio zarpó el **Granada** en su primer crucero con dotación de cuatro oficiales, quince marineros, y un carpintero de ribera. Su capitán tenía una vida interesante y había de agregarle un episodio más interesante todavía. Fayssoux, originario de Misurí, había sido guardiamarina en la marina de guerra cuando la república de Texas. Al disolver Texas su marina para convertirse en estado participó él en 1849 en una expedición a Cuba, a bordo del **Fanny**, la cual expedición frustró la marina de guerra americana. Al año siguiente se unió a la expedición de López a bordo del **Creole**, y se distinguió en la bahía de Cárdenas nadando hasta la playa con una cuerda entre los dientes, gracias a lo cual pudieron desembarcar sus compañeros. En 1851 siguió de nuevo a López en su malhadada invasión a Cuba, y en abril de 1856 salió de Nueva Orleans a probar fortuna en Nicaragua. Walker encontró al momento oportunidad para utilizar sus servicios. El marinero era, lo mismo que su jefe, pequeño y reticente, y también muy puntilloso en cuestiones atinentes a la dignidad de su cargo. (1).

Un incidente acaecido en febrero de 1857 revela el carácter de los dos ellos. El barco de guerra británico **Esk**, al mando de Sir Robert McClure, se encontraba en la bahía de San Juan del Sur. Sir Robert envió un subalterno al **Granada** a inquirir con qué derecho enarbolaba una bandera desconocida de todas las naciones, y le ordenaba a su comandante venir a bordo del **Esk** a enseñar su patente de navegación. Fayssoux respondió que la patente la guardaba en su camarote, pero que si se le obligaba a enseñarla lo haría bajo protesta, y que por nada del mundo la llevaría a bordo

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 219; **Herald** de Nueva York, 16 de diciembre de 1856.

del **Esk**. Inútiles fueron amenazas y persuasiones. En vista de ello el oficial inglés le invitó, en son de amigo, a venir con él en su bote y subir al **Esk**. La respuesta fue que iría en su propio botecito; minutos más tarde estaba allá. Días después Sir Robert McClure visitó a Walker para hablar sobre la evacuación de algunos súbditos británicos. El general no se levantó ni le ofreció asiento al visitante; se limitó a decirle, después del saludo protocolario: "Espero que haya venido usted a excusarse por lo de la goleta". Sir Robert, de tan sorprendido, no halló qué responder, y Walker añadió: "Su conducta para con el Capitán Fayssoux desdice de un inglés y de un oficial británico. Protestaré ante su gobierno para que investigue y dé excusas". El marino dio en seguida explicaciones. (1).

La creación de la marina de guerra nicaragüense fue considerada de tanta importancia en el cuartel general que el periódico de Walker publicó parte de la bitácora del barco.

"Lunes, 21 de julio de 1856. A las tres P.M. la goleta **Granada**, al mando del Teniente de Navío Fayssoux, zarpó de San Juan del Sur. Es la primera nave que, como barco del gobierno, se hace a la mar; el génesis de la marina de guerra nicaragüense.

"Martes, 22 de julio de 1856. Bordeando la costa hacia el Golfo de Fonseca".

"Miércoles, 23 de julio de 1856. Abriéronse las cajas de municiones empacadas; resultaron inservibles. Hiciéronse veinte balas para los cañones. A las 3 P.M. rumboamos hacia la Isla del Tigre, unas doce millas distante.

"Jueves, 24 de julio de 1856. Cruzando el golfo. A las dos P.M. avistamos un gran número de bongos con rumbo al Este; los perseguimos. A las tres P.M. aparece un bergan-

[1] *Harper's Weekly*, 1., Pág. 199.

tín cuatro millas a barlovento, con bandera chilena. A las cuatro y treinta capturamos la chalupa **Mana** (patente de navegación francesa), sin carga ni pasajeros, A las seis sopla del Sur un recio chubasco; recogimos dos rizos de las velas y nos alejamos de la costa". (1).

El 27 de julio Fayssoux capturó un bongo con numerosos pasajeros entre quienes se encontraba nada menos que Salazar, ex-propietario del **Granada**. Cogiéronse también muchas cartas, dirigida una de ellas por Thomas Manning, Vicecónsul de la Gran Bretaña en El Realejo, a un comerciante de San Salvador, en la que manifestaba gran pesar por lo poco que hacían los otros estados para expulsar a los americanos; sugería que doblasen, por lo menos, el número de sus tropas. Walker anuló inmediatamente el exequator de Manning por "inmiscuirse en los asuntos internos de la república. (2). Salazar sufrió el mismo destino de todos aquellos a quienes Walker consideraba traidores: fue fusilado en la plaza de Granada. Su filiación democrática era motivo para que los granadinos lo odiaran, así que se alegraron de su muerte tanto como los leoneses se habían alegrado de la del legitimista Corral. Al saberse en León la captura de Salazar, sus correligionarios arrestaron al Doctor Joseph W. Livingston, americano residente allí, y enviaron un expreso a Granada haciendo saber a Walker que tenían al doctor en rehén por la vida de Salazar. El expreso llegó a Granada días después de la ejecución del demócrata, y Livingston se salvo gracias a la pronto intervención del Ministro Wheeler.

(1) *El Nicaragüense*, 9 de agosto de 1856.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 145 y 155; y también *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 229 y otras, por Walker.

## CAPITULO XVII

### "Aquí fue Granada"

El 12 de julio, el propio día de la toma de posesión de Walker, entraba a León el primer contingente de tropas salvadoreñas. Seis días después se les agregaron los guatemaltecos, haciendo un total de 1,300 soldados aliados. El gobierno de Rivas sumó a ellos unos quinientos solamente. Estos datos son prueba evidente de que Walker nunca tuvo bajo su dominio al departamento de León. Pero a pesar del mayor número de tropas que los aliados tenían en el Norte, era hasta ese momento muy poco lo que Walker podía temer de ellos. A Rivas correspondía designar al jefe supremo del ejército, y como tal nombró al General salvadoreño Ramón Belloso. Esto naturalmente disgustó mucho a los guatemaltecos, quienes reclamaban el honor para su jefe el General Paredes; y el descontento fue tan grande que en las calles se armaban continuas reyertas entre los hombres de las tres nacionalidades, hasta el punto de hacerse necesario alojarlos en cuarteles diferentes. Agraviados los guatemaltecos por la desestima que de su jefe hacían, encajaron a don Patricio Rivas el apodo de "Patás Arriba". (1).

El gobierno del señor Rivas había enviado también un delegado a Honduras con la misión de establecer relaciones amistosas con esa república, pero Guardiola, en aquel entonces Presidente del Estado, no movió un solo dedo. No tenía ningún disgusto con el hombre que había negado apoyo a Cabañas, su viejo enemigo democrático. Pero, cuando vio al Presidente Carrera, de Guatemala, su amigo y aliado, arro-

(1) Montúfar, Págs. 550 - 8.



jarse a la lucha contra Walker, no pudo ya seguir en su actitud neutral. Así pues, el 7 de julio lanzó una proclama diciendo que Nicaragua había implorado la ayuda de Honduras y que se batiría por la república hermana, no sólo en virtud de la natural simpatía que enlazaba a los dos estados, sino también porque si se imponía a Nicaragua el yugo extranjero Honduras correría un gran peligro. El 20 de julio seiscientos hondureños emprendieron marcha a la frontera. (1).

El 18 de julio los gobiernos de Honduras, Guatemala y El Salvador firmaron un pacto de alianza para la defensa de su soberanía e independencia; reconocieron a Rivas como Presidente Provisorio de Nicaragua; prometieron enviarle tropas en proporción que determinarían más tarde, y se propusieron hacer desaparecer las disensiones internas. Luego invitaron a Costa Rica a sumarse al pacto. (2). Porque si bien es verdad que debido a los estragos del cólera este país había estado inactivo, no por eso había renegado de su juramento de combatir a Walker. Su Ministro de Relaciones Exteriores, don Joaquín Bernardo Calvo, se dirigió al Gobierno de El Salvador manifestando su confianza en que las otras repúblicas centroamericanas habrían de continuar la compañía que Costa Rica tan felizmente comenzara. (3). A Costa Rica llegó en aquellos días un delegado del gobierno español con el encargo de excitar a esa pequeña pero valerosa nación contra los filibusteros. El hecho de que con Walker estuviesen tantos revolucionarios cubanos preocupó mucho a Madrid. Cuando al fin el cólera declinó, Mora volvió otra vez su atención a los asuntos de Nicaragua, y en agosto convocó al congreso para trazar planes encaminados a proseguir la lucha.

Y no era únicamente España la potencia europea interesada en el caso. La corbeta francesa **Embuscade**, en pre-

(1) Montúfar, Pág. 518 y siguientes.

(2) Montúfar, Págs. 547 - 8.

(3) "Mi gobierno confía en que las fuerzas de Guatemala, y El Salvador y Honduras, concluirán la obra que él inició tan felizmente". Montúfar, Pág. 638.

visión de un posible ataque del **Granada** contra las tropas salvadoreñas que en bongos cruzaban el Golfo de Fonseca, protegió su transporte. (1). A principios de agosto una escuadra británica de trece barcos de guerra, con total de 268 cañones y dotación de 2.500 hombres, ancló en la bahía de San Juan del Norte. (2).

El 4 de agosto Walker, alarmado ante la coalición que se le venía encima, dictó un decreto imponiendo el bloqueo a todos los puertos centroamericanos, con excepción de los utilizados en el tránsito de mar a mar, y ordenó a su "marina de guerra" poner en efecto el decreto. (3). Las enfermedades y las deserciones día a día raleaban sus filas. Granada había sido siempre lugar malsano para los filibusteros, y el cólera y la fiebre amarilla hacían allí estragos. El temor a la peste y el saber que los ejércitos aliados venían en camino eran causas primordiales de las deserciones; pero había otras también. Los víveres escaseaban cada vez más. Los hijos del país abandonaban en gran número las inmediaciones de Rivas y Granada, y los americanos habían consumido ya la mayor parte de las provisiones disponibles. En ese verano (de Estados Unidos) pocos eran los que querían emigrar a Nicaragua. Los numerosos grupos que en diciembre y enero salieron de Nueva York lo hicieron en parte por huir de los rigores del invierno. Es probable que la natural efervescencia de la campaña política que en esos días agitaba a Estados Unidos distrajera la atención que los americanos tenían puesta en Nicaragua. El grueso de las fuerzas filibusteras ocupaba Granada; unos cuatrocientos resguardaban Masaya, plaza bien fortificada, y la caballería de Waters defendía Managua que era la posición más cercana al enemigo. A veces aparecían en las inmediaciones de León piquetes montados cuya misión era sólo amagar a las tropas aliadas acuarteladas allí.

(1) Montúfar, Pág. 549.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legación de Nicaragua, II.

(3) Manuscritos del Departamento de Estado. Oficina de Índices y Archivos, Legaciones Centroamericanas, II; **El Nicaragüense**, 9 de agosto de 1856.

La situación de los aliados no era mejor que la de los filibusteros. El cólera y la fiebre amarilla eran tan virulentos en León como en Granada. La ociosidad, las enfermedades, el alto porcentaje de defunciones, y sobre eso las continuas pendencias en los meses de julio, agosto y parte de septiembre casi apagaron el ánimo de los aliados; y Walker seguía a la expectativa mientras el morbo y la discordia inclinaban el platillo de la balanza a su favor. No sólo cundía la disensión entre las distintas nacionalidades, sino que entre los mismos nicaragüenses existían graves desavenencias también. Los viejos celos entre legitimistas y demócratas bullían siempre en el fondo. Jerez, ex-colaborador de Walker y el más prominente demócrata, era el mejor calificado para ser su líder, pero los legitimistas no podían tolerar semejante idea; ni tampoco había podido Jerez hacer que los que antes le seguían apoyaran de corazón una campaña que parecía ser obra casi exclusivamente legitimista. (1). En realidad los aliados no tenían un líder que lo fuera de verdad, y sus generales sin tamaño no se querían entre sí.

Por fin el 18 de septiembre los aliados emprendieron su avance hacia el Sur. Al aproximarse ellos a Managua, la caballería de Waters se replegó a Masaya, y los otros entraron en la ciudad el 24 sin encontrar resistencia. Permanecieron en Managua una semana, considerando, al parecer, el próximo paso que debían dar. En Masaya, 12 millas al Norte de Granada, cuatrocientos filibusteros los esperaban bien atrincherados; allí publicaban el periódico **Masaya Herald**. El 1º de octubre decía éste en sus columnas: "Masaya es hoy el Sebastopol (+) de Nicaragua, y queremos decir al enemigo, cualquiera sea su número: Venid estamos preparados para recibirlos como lo merecéis". (2). En esa coyuntura Walker cometió un desacierto muy similar al del principio de la guerra con Costa Rica, que fue ordenar la eva-

(1) Montúfar, Pág. 612 y siguiente

(+) Ciudad y puerto de Crimea, en Rusia, que soportó un memorable sitio de once meses puesto por una combinación de tropas francesas, turcas e inglesas. Los rusos la evacuaron en septiembre de 1855. (N. del T.).

(2) Montúfar, Pág. 614.

cuación de Masaya para concentrar todas sus fuerzas en Granada. (1). Los aliados avanzaron, se adueñaron de la ciudad y se atrincheraron en la posición abandonada, y para colmo Walker les permitió quedarse allí diez días recuperándose y recibiendo refuerzos. Desde Masaya los aliados impedían que la caballería de Walker saliera a buscar víveres, causando con esto a los filibusteros muchas privaciones. Se repetía la historia de aquello de la ciudad de Rivas, cuando después de permitir al enemigo apoderarse de la ciudad y parapetarse detrás de paredes de adobe, resolvió atacarlo para recobrar su posición perdida. Y con ese mismo fin salió de Granada el 11 de octubre a la cabeza de ochocientos hombres.

Mientras tanto, las rencillas personales que ya en León habían seriamente estropeado las relaciones interaliadas volvieron a surgir, dando por resultado que Zavala, jefe de los guatemaltecos, y Estrada, el ex-Presidente legitimista de Nicaragua, (+) se retiraran con sus tropas al vecino pueblo de Diriomo. Su alejamiento no significó ninguna pérdida, ya que de esa manera se restableció la armonía entre los que quedaron. Walker atacó a Masaya en igual forma que a la ciudad de Rivas seis meses antes. Pulgada a pulgada los filibusteros empujaron a los defensores ganándoles calles que conducían a la plaza, y ya estaban a punto de entrar en ella cuando un inesperado movimiento de Zavala les obligó a suspender el ataque y volverse a marcha redoblada a Granada. Y esto fue porque los generales Estrada y Zavala, en vez de acudir en socorro de Beloso que estaba siendo atacado, se lanzaron al asalto de Granada creyéndola indefensa. Si tal movimiento hubiera sido obra de generales de talento podría creerse que se debiera a pericia militar, pero en este caso los mismos centroamericanos dicen que fue ins-

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 284 y otras, por Walker.

(+) El autor confunde aquí a dos personajes nicaragüenses, al Licenciado don José María Estrada, quien reclamaba la presidencia de la república con el entonces Coronel José Dolores Estrada, el héroe de San Jacinto. El Lic. Estrada había sido asesinado en agosto de 1856 en Somoto, es decir tres meses antes de los sucesos a que se está refiriendo el Profesor Scroggs. (N. del T.).

pirado por el deseo de no compartir las glorias con ningún otro, a lo que se puede agregar el aliciente del pillaje. Contrariados por haberse encontrado allí con una pequeña guarnición compuesta principalmente de empleados civiles y de enfermos hospitalizados que les opusieron obstinada resistencia, esos valentones desahogaron su saña en gente indefensa, cometiendo atrocidades que hasta don Jerónimo Pérez, crítico acerbo de Walker, las admite y enumera. Dos misioneros americanos, D. H. Wheeler y William J. Ferguson por ejemplo, fueron asesinados y sus cadáveres desnudos arrojados en la plaza del mercado. (1). Un niño inglés de seis años fue tirado mientras comía en la mesa de su casa, y un comerciante originario de Irlanda pero nacionalizado americano que había vivido en Granada por años y era apreciado por moros y cristianos, fue sacado de su casa, acribillado a tiros y mutilado a machetazos. La bandera americana, izada en la residencia del Ministro Wheeler, fue blanco de disparos, y al propio Ministro que yacía en cama gravemente enfermo le gritaron epítetos infamantes. Gracias a que el Coronel Fry envió unos cuantos rifleros a protegerlo, su suerte no fue peor. Guarecidos en los edificios públicos, los filibusteros se sostuvieron veinticuatro horas hasta que llegó Walker de Masaya a rescatarlos. El Padre Rossiter, capellán de la tropa, y John Tabor, Director de **El Nicaragüense**, fueron de los civiles que ayudaron a defender la ciudad. El periodista resultó con un fémur roto. El Padre Vijil, no tan belicoso como su hermano de sotana, corrió a esconderse en un arroyo apenas comenzado el zafarrancho. En cuanto los aliados fueron rechazados pidió a Walker pasaporte para irse del país.

Walker arrojó a Estrada y a Zavala de Granada el 13 de octubre, aniversario de la toma de la ciudad por los filibusteros; el saqueo de los guatemaltecos redujo mucho sus provisiones. Poco fue lo que perdió en su ataque a Masaya, pero mucho contra Zavala. Su ayudante de campo, el cu-

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Legación de Nicaragua, II.

bano Lainé, cayó prisionero al extraviarse yendo en camino de Masaya a Granada. Su captura causó gran revuelo entre los aliados, y Zavala ordenó fusilarlo. (1). Tan pronto como esta noticia se supo en Granada Walker tomó represalia mandando fusilar a dos prisioneros guatemaltecos de rango que tenía en su poder, el Teniente Coronel Valderrama y el Capitán Allende; con eso quiso demostrar al enemigo que si le hacía guerra en esa forma él le devolvería dos golpes por uno. La ejecución de los dos guatemaltecos, sin embargo, fue reprobada por muchos oficiales filibusteros. Los prisioneros eran hombres de cultura; habían tomado filosóficamente su cautiverio, y tan amigos se hicieron de los oficiales filibusteros que éstos se encariñaron con ellos. Con gran pesar los hombres de Walker acataron la orden de ejecución.

En Masaya los rifleros de Walker habían causado tan gran estrago a las fuerzas de Beloso, que éste no salió a perseguir al líder filibustero en su retirada a Granada. Había Beloso despachado órdenes a Zavala en Diriomo llamándolo en su ayuda al comienzo del ataque, y de tal manera se enfureció cuando el guatemalteco en vez de obedecerle se lanzó sobre Granada, que se negó a hacer nada contra Walker dejando a su aliado tomarse la medicina solo. En el campo aliado reinaba un cisma grave, pero dos semanas después, cuando Costa Rica volvió a la lucha, se les despejó de nuevo el horizonte. El 1º de noviembre el Presidente Mora, percatándose del valor que el Tránsito tenía como "camino real del filibusterismo", expidió un decreto declarando haber reanudado la guerra contra los "inmigrantes usurpadores", e imponiendo el bloqueo del puerto de San Juan del Sur y del Río San Juan hasta tanto durasen las hostilidades contra los invasores. (1). Y al día siguiente el General Cañas salió con la vanguardia de las tropas a ocupar la ruta terrestre del Tránsito. El 7 entró en San Juan del Sur, desguarne-

(1) Según Montúfar, las últimas palabras de Lainé fueron: "Los hombres mueren, las ideas quedan".

cido entonces. La verdad es que Walker sólo contaba en todo el Departamento de Rivas con la "marina" de Fayssoux.

Con su reentrada los costarricenses amenazaban destruir la línea de comunicación de Walker, quien vio la necesidad de hacerse fuerte en un punto desde donde pudiera defender la ruta del Tránsito. La superioridad numérica del enemigo no le permitía dividir sus fuerzas. Para mediados de mes los aliados tenían ya más de tres mil hombres sobre las armas. Amparar contra éstos una ciudad grande y retener al mismo tiempo el Tránsito contra los costarricenses que estaban llegando, era algo que Walker no podía hacer con su reducido número de filibusteros. Viéndose en tal aprieto resolvió evacuar también Granada y encastillarse en Rivas, ciudad en la que el pasado abril se había fortificado el propio Mora. Pero, ante el temor de que los aliados de Masaya pudieran ir a unirse en Rivas con los costarricenses y adelantársele en su propósito de apoderarse del Tránsito, Walker resolvió atacar ambos puntos en rápida sucesión, como para ocultar su verdadero plan. El 11 de noviembre desembarcó con Henningsen y doscientos cincuenta hombres en La Virgen y al día siguiente marchó sobre San Juan del Sur, combatiendo y dispersando a tropas de Cañas que le salieron al paso, y dejando además a los costarricenses tan desmoralizados que ya no tenía por qué temerles hasta que fuesen reforzados. A la mañana siguiente contramarchó a La Virgen y por la noche estaba de vuelta en Granada planeando otro ataque a los aliados en Masaya. Para allá partió dos días después al frente de quinientos sesenta filibusteros. Cuando iba por medio camino supo que Jerez marchaba sobre Rivas con setecientos u ochocientos hombres. Esto le obligó a enviar doscientos cincuenta de los suyos de vuelta a Granada con órdenes de tomar el vapor y salir para La Virgen a retener el Tránsito.

[1] Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Notas América Central, II.

Con sólo trescientos hombres que le quedaban se dispuso Walker atacar en Masaya a una fuerza ocho veces superior a la suya y parapetada detrás de anchas paredes de adobe. Pero con Henningsen a cargo de la artillería abrigaba ciertas esperanzas. Comenzó el ataque el 15 y lo sostuvo hasta el 17. La artillería no rindió los resultados esperados, porque las espoletas eran demasiado cortas y la mayor parte de las granadas estallaban en el aire. Los zapadores comenzaron a trabajar horadando las paredes a fin de avanzar pasando de una casa a otra, y mientras los filibusteros adelantaban paso a paso iban pegando fuego a las casas que dejaban atrás para evitar que les picaran la retaguardia. La faena fue lenta, pero para la noche del 17 se habían acercado a veinticinco o treinta varas de los retenes aliados de la plaza. La toma de la ciudad hubiera costado a los filibusteros varios días más de sangrienta lucha, y aunque los aliados habían sido malamente zarandeados, Walker se vio obligado a suspender el ataque. Sus hombres ya no podían más, y una tercera parte yacían muertos o heridos. Tan grande era su agotamiento que ni siquiera podían montar guardia. El 17 por la noche levantaron el campo y desandaron ordenadamente el camino hacia Granada; los heridos iban en una hilera de mulas y caballos. Hasta que rompió el alba los aliados se dieron cuenta de que los filibusteros se habían retirado, y esto lo celebraron como una gran victoria. Si hubiesen los aliados perseguido y alcanzado al enemigo exhausto, Granada habría fácilmente caído en sus manos y el fin de la guerra hubiera sido de días no más. Sobrada razón tienen los historiadores centroamericanos de achacar incompetencia a sus generales. (1). Walker entró con su gente en Granada en las primeras horas de la mañana del 18, y al siguiente día comenzaron los preparativos para evacuar la ciudad.

Granada se asienta sobre una rampa que cae al lago. Y a pesar de ser uno de los lugares más insalubres de Nica-

(1) Montúfar comenta al respecto: "Con razón se hacen hasta hoy serios cargos a los jefes aliados".



ragua, ha sido siempre la ciudad favorita de los americanos. Su posición señoreante del lago le da cierta importancia estratégica; pero teniendo los filibusteros en su poder los vapores, podían fácilmente seguir valiéndose de ellos sin tener que sostenerse en Granada. Parece que el principal objeto de Walker en permanecer allí era gozar del prestigio que le daba ante los nicaragüenses la ocupación de la capital legitimista. En las pocas semanas anteriores a la evacuación de Granada la mortandad entre los filibusteros había sido aterradora. El repentino cambio de clima, el inmoderado consumo de exquisitas frutas, la excesiva crápula, la comida mal guisada, el perenne cambio de horario cuartelero, las copiosas lluvias, los cuarteles plagados de chinches, pulgas y piojos, y la negligencia general de la higiene, en breve hicieron víctima a los filibusteros de enfermedades tales como el tifo, la fiebre amarilla, la disentería y el cólera. Había médicos y medicinas para las curas, pero esos doctores no eran el orgullo de la profesión, y en aquellos tiempos hubiera sido imposible encontrar allá un doctor americano que tuviese siquiera los más primarios conocimientos de las enfermedades tropicales. Data apenas de los últimos años el descubrimiento curativo de la temida fiebre amarilla y de cómo controlar los estragos de la tifoidea, de manera que sería injusto juzgar al cuerpo médico de Walker conforme al tipo medio del siglo XX. Mas no obstante todas las excusas que pudieran aducirse, el servicio hospitalario aparece en la picota culpable de una ineficacia casi criminal. Los dos edificios destinados a servir de hospitales fueron en justicia llamados cámaras de los horrores. La cuarta parte, si no más, de los hombres yacían en montón sudando su fiebre, el más temido enemigo de los filibusteros. No había sábanas limpias para los enfermos que tenían que echarse vestidos con sus mismas mugrosas ropas de lana, las que por meses y meses le habían servido de uniforme en el día y de pijama en la noche. Jamás se limpiaban ni se fumigaban los camastros, y al herido se le asignaba uno en el que tal vez apenas unas horas antes algún pobre diablo había sucumbido al cólera o a la fiebre amarilla. Enjambres

de moscas se posaban en las heridas enconadas transmitiendo la infección de un enfermo a otro. Bichos y sabandijas de toda especie inundaban los cuerpos y se multiplicaban en el pelo de los pacientes. Muchos gritaban pidiendo en vano un vaso de agua; otros aullaban delirantes y a veces caían de sus catres sobre un suelo inmundo donde permanecían por horas hasta que asistentes ineptos llegaban a levantarlos. El hedor era casi insoportable hasta para los más sanos y fuertes. Y lo peor de todo era que cotidianamente salían de esos lugares ristas macabras de cadáveres cianóticos. Nada de extraordinario tenían pues que ante tales escenas los filibusteros recurrieran en exceso a la bebida, y que a las epidemias de las fiebres y del cólera se agregara una tercera: la desertión. En los peores días la mortalidad diaria alcanzó al dos y hasta el tres por ciento del total de la población americana de Granada, y en los momentos en que la ciudad era evacuada la proporción de defunciones era tan alta que, en opinión de los médicos, de no ocurrir un pronto alivio, no quedaría en seis semanas un solo americano con vida en Nicaragua. (1).

Cuando Walker decidió evacuar Granada ordenó el traslado de todos los enfermos y heridos a la isla de Ometepe, en el Lago de Nicaragua. Metiéronse a unos doscientos en un vapor del lago que con ellos partió a La Virgen, en donde se le echó más carga todavía. Ometepe es una isla volcánica utilizada entonces como reducción de indios a la cual no debía llegar gente de raza blanca sin su consentimiento. (2). Walker hizo caso omiso de esa prerrogativa y escogió el pueblito de Moyogalpa, en la costa occidental de la isla y a trece millas de tierra firme, para establecer su hospital allí. Sólo dieciséis millas separan a ese lugar de Rivas, ciudad que eligió para su nuevo cuartel general; esperaba mantener comunicación entre ambas poblaciones a través del puertecito de San Jorge situado en la ribera del lago y a unas tres millas

(1) *Harper's Wheelily*, I., Págs. 163-4, y 313.

(2) *A Ride Across a Continent*, Vol. II., Págs. 69-70, por Frederick Boyle, (Londres, 1868).

de Rivas. Cuando la tétrica carga de enfermos y heridos fue embarcada el 19 de noviembre con destino a la isla, la fetidez era tal que los encargados de asistirlos tuvieron que subirse a la cubierta superior del barco. Al fin del viaje algunos enfermos habían muerto, y muchos llegaron dando ya las últimas boqueadas.

Para desembarcar a los heridos hubo que bajarlos desde la cubierta inferior del vapor a un lanchón de hierro, con lo que sufrieron intensamente. No se habían dictado disposiciones para su llegada. El poblado queda una milla tierra adentro, y los pacientes tuvieron que esperar tendidos al raso en la playa hasta que uno a uno se les condujo en peso a Moyogalpa. Habiendo los isleños huido a la llegada de los extranjeros, los enfermos y heridos fueron dejados en los ranchos desocupados. A media noche hizo el lanchón su último viaje a tierra con los muertos, las medicinas y el instrumental médico.

El traslado fue dirigido por Rogers, el "confiscador general", a quien al menos debe acreditársele ese acto humanitario. Salió furtivamente de regreso a Granada dejando en la isla a un oficial muy capaz, el Capitán John M. Baldwin, quien llegó allí en la creencia de que sería llevado de regreso a Granada para reincorporarse a las filas de Walker. Baldwin naturalmente se indignó al saber que Rogers lo había abandonado, pero en el acto se hizo cargo de la situación disponiendo lo conveniente para el confort de los enfermos. Los seis camilleros ocupados en llevar los enfermos al poblado cayeron al fin exhaustos hallándose aún veinticuatro pacientes tendidos en la costa del lago. Un contratista de leña para los vapores, establecido en la isla, consiguió que dos indias que se habían quedado en el pueblito prepararan a las dos de la mañana un caldo para los que yacían en la playa. Y entonces, como otra desdicha más caída sobre esos infelices, se desató un torrencial aguacero que, no obstante estar los enfermos cubiertos de la mejor manera posible con colchas e impermeables, los empapó tan brutalmente que

varios amanecieron muertos. Y cinco más murieron en los ranchos de Moyogalpa. Treinta y seis pasaron a mejor vida en cinco días, y otros, muertos de hambre o perturbada la razón por las fiebres, cogieron el monte para nunca más saberse de ellos. La vista de esos escuálidos espectros, pidiendo de comer, o delirantes, llenaba de terror a los isleños. Allí no había una pala adecuada para cavar una fosa, y no pudiendo mucho menos hacerlas individuales con la única pala de madera y otras herramientas improvisadas que tenían, se cavó una zanja comunal para los muertos. En ella se fue sepultando la cuota diaria de cadáveres, sin dobles de campanas, sin ataúd, sin una oración siquiera. (1). Y la tierra que soñaron un día hacerla suya fue la única mortaja de sus cuerpos purulentos.

Tres días después hizo el vapor otro viaje a la isla llevando al Coronel Fry con sesenta hombres, más algunos oficiales y doctores. Con ellos llegaron también cincuenta o sesenta americanas, con sus niños, las familias de algunos comerciantes alemanes, y unas nicaragüenses cuyos maridos seguían militando en las filas de Walker. Las mujeres hacían de enfermeras, pero hubo entonces que sacar de los ranchos a los enfermos y heridos menos graves para alojarlas en ellos. Entre los recién llegados había algunos en tal estado de inanición que empeoraron la situación general. Y, como si toda esa miseria fuera poco, el 1° de diciembre una turba de indios asaltó el poblado, pegaron fuego a los ranchos e hicieron huir aterrorizados en las tinieblas a los que pudieron correr. Los indios, sin embargo, lo único que querían era saquear los cofres de las mujeres, y realizado su deseo de botín se retiraron al amanecer. Muchos de los hombres capaces de pelear, y hasta varios oficiales, abandonaron cobardemente a los enfermos y a las mujeres y a los niños, huyendo a la primera voz de alarma. Algunos fugitivos se embarcaron en botes rumbo a tierra firme. En la mañana Walker, que andaba en vapor por allí, recogió un

(1) Harper's Weekly, I., Pág. 200 y siguientes.

bongo lleno de ellos, a los que inmediatamente llevó a la isla. Al acercarse encontró a la deriva el lanchón que se utilizaba para desembarcar a los pasajeros en la isla hasta los bordes de hombres, mujeres y niños en la más lastimosa situación. Fueron subidos a bordo, y de labios de algunas mujeres deslenguadas oyó Walker execraciones que ni el hombre más curtido hubiera osado vociferar en su presencia. Finalmente los enfermos, los heridos, y los niños fueron llevados a tierra firme y alojados en San Jorge. El traslado a un lugar más saludable reanimó bastante a los americanos, y el arribo de ochenta filibusteros de California y doscientos treinta y cinco de Nueva Orleans al mando de Lockridge alentó aún más sus esperanzas. (1).

Entre tanto, Henningsen libraba en Granada una lucha titánica. Al abandonar la ciudad, Walker pensó que dejarla intacta sería regalar a los aliados una poderosa fortaleza y perder todo el prestigio que había ganado al apoderarse de la capital legitimista. En consecuencia, resolvió arrasarla; y confió esa misión a Henningsen. Después de enviar a los enfermos y heridos a la isla de Ometepe y dejar unos trescientos hombres al mando de Henningsen para realizar la obra de devastación, Walker se fue con el resto de sus fuerzas, que eran sólo dos compañías de infantería, a La Virgen, en donde esperaba que Henningsen se le uniera pronto con los pertrechos y todo lo demás.

Los cuarteles de La Virgen eran peor todavía que los de Granada. Y la alimentación igualmente mala. Masaya, a la que nombraban "el granero de Nicaragua", estaba en poder del enemigo, y los alrededores del Tránsito producían muy poco. Las fiebres reinaban rampantes; cerníase el peligro de un ataque de Cañas y sus costarricenses a quienes Jerez con un fuerte contingente de nicaragüense había reforzado poco antes en Rivas; y el espíritu del puñado de fili-

---

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 318 - 20, por Walker.

busteros capaces de pelear era muy bajo. De San Juan del Sur llegaron noticias el 23 de noviembre referente a que Fayssoux había salido a mar abierta en el **Granada** a enfrentársele a un bergantín costarricense, y que para evitar ser capturado había hecho volar su barco. Esto ensombreció más los ánimos. El informe, sin embargo, fue rectificado al siguiente día al saberse oficialmente que Fayssoux había obtenido una victoria naval hundiendo al barco enemigo. Esta última noticia hizo mudar totalmente el semblante de las cosas, y los filibusteros se pasaron el día celebrando su primera victoria naval.

Los costarricenses habían recientemente artillado un bergantín rebautizándolo con el nombre de **Once de Abril** en honor a su victoria de la segunda batalla de Rivas. En él pensaban llevar tropas y pertrechos de Punta Arenas a San Juan del Sur, y también interceptar los movimientos de la goleta filibustera. Tenía el **Once de Abril** cuatro cañones de a nueve libras y una dotación de 114 hombres. **El Granada** llevaba dos cañones de a seis libras y veintiocho hombres de dotación, cinco de los cuales no eran combatientes.

El 23 de noviembre se encontraba el **Granada** en la bahía de San Juan del Sur cuando a eso de las cuatro de la tarde se divisó una vela en alta mar: Fayssoux levó anclas para salirle al encuentro. A las seis sólo un cuarto de milla separaba a los dos barcos y el extraño enarbolaba la bandera costarricense. El **Once de Abril** abrió fuego con sus cañones y rifles respondiéndole el **Granada**. La lucha se prolongó dos horas. Los porteños acudieron a la playa desde donde veían los fogonazos entre las penumbras del anochecer. A las ocho se vio una enorme luminosidad seguida segundos después de un ruido como trueno, y los espectadores supusieron con razón que uno de los barcos había sido volado. En espera de noticias que no llegaban y en vista de que Fayssoux no volvía, dieron por hecho que éste había hecho volar la goleta para evitar su captura. Sabíase que el filibustero tenía pocas municiones, y puesto que el combate

duró dos horas dieron por hecho que el comandante, viéndose en la sin remedio, había recurrido a medidas extremas. Habíasele oído decir que nunca lo cogerían vivo. La conjetura llegó a ser convicción, y la noticia del supuesto desastre fue enviada por expreso a Walker y sus desalentados partidarios en La Virgen.

Sin embargo, a la mañana siguiente entró al puerto el **Granada**, sin daño visible, pero sus puentes atestados de hombres. Allí venían los cuarenta y un sobrevivientes del desastre del bergantín costarricense a quienes Fayssoux había rescatado de las aguas. Un cañonazo del **Granada** dio en santabárbara del **Once de Abril** causando una explosión que lo destrozó. El casco en llamas flotó casi una hora, lo que apenas dio tiempo para sacar de él a cuatro hombres, pues Fayssoux contaba con sólo un botecito para salvar también a lo que se habían echado al agua. El capitán y muchos tripulantes tenían horribles quemaduras; Walker ordenó a sus médicos atenderlos con esmero. Al resto se les dio pasaporte para volver a sus casas (Walker no estaba en condiciones de alimentar prisioneros) y el relato que hicieron del buen trato recibido asombró a los costarricenses, cuyas ideas de los filibusteros eran reflejo de las injuriosas crónicas publicadas por el periódico de su gobierno. Cuando el capitán del **Once de Abril** sanó del todo fue puesto a bordo de un barco con destino a Panamá. En el combate Fayssoux tuvo un muerto, dos heridos de gravedad, y seis levemente. El mayor daño sufrido por el **Granada** fueron agujeros en sus velas; la tripulación contó doscientos sesenta de ellos.

Tan pronto como Walker recibió el parte de la victoria expidió un comunicado agradeciendo a Fayssoux en nombre de la república, ascendiendo a capitán y donándole la hacienda "El Rosario", cerca de Rivas, en reconocimiento a sus servicios. (1). A poco de eso el nuevo capitán visitó a su jefe

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 303 - 6, por Walker; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 219; *Herald*, de Nueva York, 16 y 31 de diciembre de 1856; Montúfar, Pág. 687 y siguientes.

en La Virgen. Walker lo invitó a una comida junto con sus oficiales; fue una merienda frugal en la que hubo vino. Fayssoux, abstemio absoluto, rehusó tomar, pero sus oficiales, en cambio, lavaron el buen nombre del marino brindando repetidamente por sus laureles.

Entretanto llegaban malas noticias de Granada. El trabajo de incendiar la ciudad resultaba difícil. Tan pronto como los filibusteros recibieron orden de quemarla se apresuraron primero a poner a salvo sus pertenencias y luego se dieron al pillaje. Encontraron grandes cantidades de finos licores que pensaron sería una lástima destruir, y entonces oficiales y soldados comenzaron desde ese momento a beber como en una bacanal. Los aliados acuartelados en Masaya al saber que Walker había evacuado Granada dejando sólo una pequeña guarnición, se dispusieron a atacarla urgidos por los Generales Martínez y Paredes. Pero todo fue que Paredes propusiera el plan a Belloso, para que éste lo objetara; y se pasaron dos días porfiando antes de iniciar el avance sobre Granada. El 24 de noviembre los aliados atacaron simultáneamente a Henningsen por tres distintos puntos. El acuarteló a sus hombres en casas de adobe de los costados de la plaza; pero los aliados se apoderaron de la Iglesia de Guadalupe, situada en un punto más o menos equidistante entre la plaza y el lago, cortándole de esa manera su retirada al muelle de piedra en donde podía ser rescatado por uno de los vapores. Por otra parte, un pelotón de veintisiete filibusteros se encontraba en el muelle cuidando una carga cuando comenzó el ataque, de suerte que al ser tomada la iglesia éstos quedaron aislados de sus camaradas de la plaza. El muelle había sido construido con restos del viejo fuerte de piedras levantado en tiempos coloniales y cuyos escombros daban todavía fe de él. Detrás de sus derruidos muros estos veintisiete hombres se sostuvieron en su puesto manteniendo a raya a los aliados durante dos días. Walker se aproximó en el **San Carlos** y se comunicó de noche con ellos, aprovisionándolos de víveres y municiones. Había que conservar el muelle si se quería socorrer a Henningsen, y el



pequeño destacamento de filibusteros se sentía seguro de poder sostener el punto. Pero había un traidor entre ellos. Un joven venezolano de apellido Tejada, a quien el año anterior los americanos encontraron engrillado en Granada y lo libertaron, se pasó a los aliados; les informó cuántos eran los filibusteros y les indicó la manera de atacarlos por la retaguardia utilizando uno de los lanchones de hierro de la Compañía del Tránsito. A la mañana siguiente los defensores del muelle fueron rodeados y exterminados hasta el último.

Henningsen mientras tanto había pegado fuego a las casas residenciales de la plaza y tomado por asalto la Iglesia de Guadalupe, con todo y que al principio del ataque demoró su tarea la continua orgía de sus hombres, a quienes el inminente peligro parecía desmoralizar todavía más. Dentro de la iglesia se hacinaron soldados, enfermos y heridos, y mujeres y niños. Contaba con una fuerza de doscientos diez combatientes; había allí además setenta y una mujeres y niños, y alrededor de noventa heridos.

El 28 de noviembre enviaron los aliados un emisario con carta a Henningsen instándole en nombre de la humanidad a rendirse, y prometiendo a todos sus hombres garantías y pasaporte para salir del país. Henningsen respondió con altivez, desdeñando la propuesta. Los aliados arremetieron repetidas veces contra la iglesia, pero los rifles filibusteros los repelieron siempre causándoles numerosas bajas y de tal manera los desanimaron que sus jefes desistieron de seguir lanzando sus hombres al asalto. Los de la iglesia redujeron su dieta a carne de mula y de caballo, con un mínimo de harina y de café. Las condiciones de salubridad en el templo eran espantosas. Había allí cerca de cuatrocientos hombres, mujeres, niños, heridos, enfermos y sanos, apilados todos en montón. De las calles afluentes, en donde yacían los cadáveres putrefactos de los soldados aliados caídos al tratar de tomarse la iglesia, llegaba un hedor nauseabundo. No tenían los filibusteros alimentación adecuada

para los enfermos, y la muerte segó con su guadaña a muchos. Luego apareció entre ellos el cólera, enemigo diez veces más temible que los aliados. Tan pronto como la epidemia estalló sobre los filibusteros se les administró una fuerte dosis de opio, y se les prohibió tomar agua, por creerse que esto les sería fatal. La droga llevó a muchos al borde de la locura, de tal suerte que implorando agua a gritos gateaban en el suelo pasando por encima de moribundos y cadáveres. A veces dos hombres, perdida la razón, daban por reñir y en su lucha caían sobre el cuerpo de un compañero herido que al sentirse lastimado aullaba de dolor. (1).

Y de entre esas dantescas escenas surgió una figura humana como luz resplandeciente: la Iglesia de Guadalupe tuvo su Florence Nightingale. (1). Fue ella la esposa de un actor llamado Edward Bingham. Con su marido, que había quedado paralítico, llegó a Nicaragua seducida por el señuelo del pasaje gratis y una parcela; desde el comienzo le tocó asistir a enfermos y heridos, y en la Iglesia de Guadalupe tal vez logró hacer que muchos recuperaran. Su abnegación le granjeó la más profunda gratitud de los filibusteros, pero ella también cayó víctima de la temida pestilencia; murió en pocas horas de padecimiento. (2).

En diecisiete días se registraron ciento veinte defunciones entre soldados y civiles, sin contar los muertos en batalla. A los enfermos pudo al fin llevarseles a unas casuchas que se comunicaban con la iglesia mediante parapetos de adobes, mejorándose con eso un poco aquella angustiosa situación. (3). El 1° de diciembre comenzó el éxodo de los filibusteros hacia el lago. Por la noche alargaban las líneas de pa-

(1) **Harper's Weekly**, I., Pág. 71.

(1) Enfermera inglesa de la guerra de Crimea (1854 - 56); precursora de las modernas enfermeras. Nació en 1820 y murió en 1910. (N. del T.).

(2) Sus niños murieron con ella, pero su esposo sobrevivió a los horrores del sitio, y el **San Joaquin Republican**, fechado el 12 de febrero de 1857 dio cuenta de su llegada a California. Y **Harper's Weekly**, I., Pág. 87.

(3) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 322 - 5, por Walker; Montúfar, Pág. 720 y siguientes; Manuscritos en el libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208.

rapetos por ambos lados de la calle, y durante el día las defendían de los ataques aliados. Quedaron en la iglesia treinta hombres con órdenes de atajar a los atacantes por la retaguardia; manteníase continua comunicación entre la iglesia y los que se desplazaban hacia el lago. De esa manera Henningsen conservaba una posición a la que podía volver en caso que los aliados le tomaran los parapetos que iba levantando. Día tras día trataron los aliados de cortar la línea de comunicación o de tomarse la iglesia, pero una y otra vez fueron rechazados con pérdidas enormes. Los aliados recibían continuamente refuerzos, en tanto que la peste y los heridos diezaban las filas filibusteras en cuyo cuartel las municiones de guerra y de boca escaseaban cada día más. Pese a todo, los oficiales hacían prodigios de ingenio fabricando balas de cañón en hoyos que cavaban en tierra mojada y luego rellenaban con trozos de hierro y con plomo derretido. Eso era ya una bala rasa de a seis libras para sus cañones.

Los sitiadores sufrían igualmente a causa del cólera y las fiebres, de lo cual murió el General Paredes, guatemalteco, quedando entonces Zavala al mando de esas tropas. Este General escribió el 8 de diciembre una nueva carta a Henningsen, intimándole la rendición y diciéndole que no contara con ayuda de Walker, pues los últimos vapores del Atlántico y del Pacífico no le habían traído ningún refuerzo. Esto último era falso. Henningsen se limitó a responderle verbalmente que por ser él soldado sólo parlamentaba a boca de cañón. Durante todo este tiempo Walker acechaba en el lago frente a Granada a bordo del vapor **La Virgen**, tratando de encontrar la manera de sacar a sus hombres del brete en que se hallaban. Las dos compañías acuarteladas en La Virgen no podían ser trasladadas a otra posición porque entonces esta población caería en manos de Cañas y Jerez concentrados en Rivas. Lo cual, naturalmente, daría al enemigo el control del Tránsito que provocaría el inmediato derumbe del régimen filibustero.

En la primera semana de diciembre llegaron trescientos aventureros de Nueva Orleans y California, con lo que el futuro de los filibusteros presentó perceptibles destellos de optimismo. Los recién llegados parecían valientes y ganosos de pelear. Púsose al mando del Coronel John Waters, Comandante de la caballería, un cuerpo de ciento sesenta hombres que se organizaron en cinco compañías, y el 11 de ese mes se embarcaron en el vapor **La Virgen**. Todo el siguiente día se lo pasaron frente a la playa de Granada observando las posiciones aliadas y al caer la noche el vapor, con sus luces apagadas, se dirigió al mismo sitio del Norte de la ciudad en donde catorce meses antes habían desembarcado los filibusteros para tomársela. Después que hubieron los hombres pisado tierra Walker volvió al lugar donde el vapor permanecía anclado en el día. A eso de media noche se oyeron los secos disparos de los rifles filibusteros seguidos del estruendo fofo de las descargas de la fusilería aliada. Enmudecieron por un rato los primeros para volver a oírse en seguida más fuerte y más cerca, lo cual reveló a Walker que el aguerrido Waters estaba haciendo retroceder a los aliados. El tiroteo duró unos minutos, volviendo todo al silencio otra vez. Escrutando en dirección a la ciudad que ardía y aguzando el oído los del vapor oyeron un grito en el agua como de alguien pidiendo auxilio. Bajóse en el acto un bote que recogió y subió a bordo a un joven moreno a quien en la obscuridad Walker, tomándolo por nicaragüense, comenzó a interrogarlo en español. Se sorprendió cuando le contestó en inglés, pues no era otro que un hawaiano nombrado "Kanaka John", de los que con Walker llegaron en el **Vesta** a Nicaragua. El muchacho había nadado cuatro horas portando una botella lacrada con un mensaje de Henningsen. Dábale éste cuenta a Walker de la situación en que se encontraban los sitiados y le indicaba ciertas señales que debían hacerle en caso que pudiesen ir a restacarlos. Hicieron-se inmediatamente las señales, pero los movimientos que se efectuaban en la playa impidieron que los otros las vieran. Se reanudó el fuego en la playa, y al amanecer Waters ha-

bía ocupado todas las trincheras aliadas juntándose a Henningsen. Esta hazaña le costó más de la cuarta parte de sus fuerzas: catorce muertos y treinta heridos. La manera en que se tomó las trincheras en la obscuridad hizo creer a los aliados que las fuerzas filibusteras de rescate eran varias veces más numerosas. A eso se debió que en el acto abandonaran el histórico fuertecito del muelle, del cual se apoderó en seguida Waters para comunicarse desde allí con el vapor. Al instante comenzaron a hacerse los preparativos para embarcar en **La Virgen** a los sobrevivientes del asedio; los aliados no impidieron la evacuación. Antes de partir Henningsen clavó entre las ruinas humeantes un asta de lanza con un pedazo de cuero en la punta que decía: "AQUI FUE GRANADA". (1).

De las 421 personas que había en Granada al comenzar la batalla, 124 fueron muertas o heridas,, 120 fallecieron víctimas del cólera o las fiebres, dos cayeron prisioneros, y unos cuarenta desertaron, sumando una pérdida total de 286 en diecisiete días. De la fuerza total de 277 combatientes que eran al comienzo de la lucha, 124 fueron muertos o heridos, lo cual disminuyó su número a 153, y los desertores y prisioneros la redujeron todavía a sólo 111. (2). De las pérdidas sufridas por los aliados no se tienen datos fidedignos. La afirmación de Henningsen referente a que perdieron de mil quinientos a mil setecientos, cifras que él dice haber tomado de periódicos guatemaltecos, es absurda, puesto que los sitiadores nunca tuvieron más de tres mil hombres, hubieran tenido que perder la mitad de la totalidad de sus tropas.

Los sobrevivientes de este memorable sitio fueron llevados a San Jorge. Cuando Cañas y Jerez supieron que Henningsen había sido rescatado, abandonaron a toda prisa Rivas por temor a la artillería con que ya contaba Walker,

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 326 y siguientes, por Walker.

(2) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208; (Manuscritos de puño y letra del Ministro Wheeler).

y fueron a unirse con Beloso en Masaya. El ataque a Granada no será uno de los grandes sitios de la historia, pero en pocas guerras se vieron casos de arrojo tan temerario de parte de los defensores y se opuso tan obstinada resistencia en tan desventajosa situación. Considérase que Walker, al haber podido sacar de semejante aprieto a los sitiados, realizó una proeza poco menos que imposible.

El Padre Vijil se encontraba en San Juan del Norte cuando supo del incendio de Granada. La noticia quebrantó el corazón del viejo cura. Estrujándose las manos caminaba de arriba para abajo arrepentido de haberse asociado a unos hombres que lo habían hecho romper con sus amigos y que también le habían destruído sus propiedades. (1).

---

[1] **Harper's Weekly**, 25 de abril de 1857.

## CAPITULO XVIII

### La venganza de Vanderbilt

Si bien la situación de Walker seguía siendo crítica, las perspectivas que para mediados de diciembre de 1856 tenía a la vista eran mejores que las de cualquier otro tiempo desde el comienzo de la guerra con la coalición centroamericana. Los aliados habían logrado retener Masaya a un costo pavoroso sin haber podido impedir la destrucción de Granada ni de inflingir a los incendiarios el castigo que hubieran querido; y en los combates habían sufrido pérdidas casi siempre tres veces mayores que la de los filibusteros. Estaban faltos de líder, despedazados por las disensiones, fustigados por la peste. Cañas y sus costarricenses quedaron tan amilanados después de su encuentro el 11 de noviembre en la carretera del Tránsito, que de ahí a pocos días permitieron el desembarco de ochenta reclutas americanos en San Juan del Sur, los que siendo apenas la décima parte de las fuerzas que Cañas les pudo haber lanzado, llegaron sin tropiezo hasta La Virgen. Las tropas aliadas estaban ya a punto de desintegrarse cuando una nueva potencia apareció en su ayuda.

Por meses y meses Vanderbilt había estado en comunicación con los presidentes de las repúblicas centroamericanas instándoles a unirse contra el enemigo común. (1). Ahora que todos los gobiernos habían salido en campaña y que tenían a los filibusteros en aprietos, vio llegada la hora de su venganza. En el otoño envió a San José a dos agentes suyos, un inglés llamado William Robert C. Webster y un americano apellidado Spencer, a indicar al gobierno de Cos-

(1) *Historia de Nicaragua*, Págs. 630 - 1, por José Dolores Gámez.

ta Rica la manera de asestar el tiro de gracia al filibusterismo. Spencer y Webster llegaron a la capital el 28 de noviembre, y en el acto se abocaron en secreto con el Presidente Mora. Tanto entusiasmó a éste el plan propuesto que les prometió la cooperación de sus tropas. Vanderbilt sabía que la llave del poder de Walker estaba en un Tránsito abierto, y que si por cualquier medio los costarricenses lograban apoderarse de los vaporcitos del Río San Juan, los filibusteros no podrían recibir refuerzos ni pertrechos de los puertos estadounidenses del Atlántico; y no pudiendo los pasajeros cruzar el istmo de uno a otro mar, los vapores oceánicos tendrían que ser retirados, y entonces tampoco podría llegarles a los filibusteros más socorros de California. Las enfermedades, el hambre y los aliados eran igualmente elementos con los que podría contarse para ver la rápida ruina de Walker; y más todavía, con el bloqueo de la navegación por el río, Vanderbilt no sólo se vengaría de él, sino que se daría el gusto de ver salir de Nicaragua a Morgan y a Garrison, suplantadores suyos en el negocio marítimo. Y también esperaba que luego, en agradecimiento por haberle ayudado a exterminar a los invasores, el gobierno de Nicaragua le otorgaría una nueva concesión de la ruta del Tránsito, lo que significaría para él un triunfo a la redonda. Sentíase, en fin, tan seguro del éxito de su plan, que el día de Navidad publicó en los diarios neoyorquinos un aviso haciendo saber a los accionistas de la vieja compañía que "Las apariencias presagian la realización de mis esperanzas respecto de que pronto la Compañía recuperará sus derechos, concesión, y bienes en el istmo de Nicaragua, tan injustamente invadida". (1).

Los detalles del plan de tomarse los vapores se dejaron enteramente a cargo de Spencer, quien por haber sido maquinista de uno de los vapores del Tránsito, conocía personalmente a los tripulantes y también todos los meandros, bajíos y raudales del río. Nadie mejor que él para realizar

(1) *Herald*. de Nueva York, 25 de diciembre de 1856.



a perfección el plan. Mora, sin revelárselo a nadie, pidió voluntarios para una expedición al Río Sarapiquí. Los jefes escogidos fueron todos extranjeros: el Capitán Cauty, oficial inglés ascendido posteriormente a Coronel; el Coronel Barillier, zuavo francés, y el raso de apellido Spencer, audaz delincuente americano.

El Río San Juan tiene dos robustos tributarios que lo nutren por el Sur; el Sarapiquí que hace su maridaje con él en La Trinidad, a unas treinta millas de San Juan del Norte; y el San Carlos, veintisiete millas arriba del Sarapiquí. Mora, con el objeto de despistar, dio orden al ejército expedicionario de salir con destino al Sarapiquí, pero cuando la vanguardia de ciento veinte hombres se encaminaba allá, sus oficiales recibieron contraorden de dirigirse al Río San Carlos. Llegados allí el 16 de diciembre los hombres se embarcaron en balsas y canoas hasta ganar el San Juan, en cuya ribera vivaquearon la noche del 22, dos millas arriba de La Trinidad. En este último lugar había un retén de filibusteros encargado de resguardar el río e impedir que los costarricenses bajaran por el Sarapiquí. Jamás soñaron que nadie bajando por el San Juan los atacara; estaban pues desprevenidos. Un destacamento de costarricenses salió a picarle la retaguardia al enemigo, para lo cual subieron un vigía a un árbol muy alto desde donde podía espiar sus movimientos. Otro destacamento se les acercó de frente, y a una señal ambos les cayeron encima a la hora de comer matando a unos y capturando a los demás. Los filibusteros no habían colocado centinelas, y tenían a cierta distancia sus rifles en pabellón, de los cuales sólo cuatro pudieron tomar a la hora de los balazos; de los cuatro únicamente dos fueron disparados. (1).

El día anterior, al zarpar uno de los vapores de río a San Juan del Norte con algunos oficiales filibusteros a bordo, varios de los pasajeros vieron unas balsas extrañas en la boca del Río San Carlos, pero no hicieron caso y siguieron su ca-

(1) Nótese que la toma de La Trinidad y el bloqueo efectivo del río tuvieron efecto el propio día que de Nueva York salía el **Tennessee** con provisiones y reclutas.

mino inocentes del peligro cercano. Entre esos oficiales iban Lockridge y Rogers. El primero volvía a Estados Unidos a seguir reclutando gente para Walker, mientras que Rogers, en función de confiscador general, viajaba a San Juan del Norte con el fin de incautarse de la imprenta llevada allí por Kinney. El incendio de Granada había destruido casi por completo el equipo tipográfico de **El Nicaragüense**. De haber los oficiales inquirido sobre las balsas extrañas, hubieran puesto sobreaviso al destacamento de La Trinidad, el plan de Spencer habría fracasado y la historia de Nicaragua pudo haber sido muy otra.

Tomada la Trinidad, Spencer dejó el puesto guarnecido con cuarenta hombres y se llevó a sus prisioneros a San Juan del Norte, a donde llegó a las dos de la madrugada apoderándose de cuatro vapores del río antes de amanecer. La mayor parte de capitanes y tripulantes, después de oír halagadoras propuestas de Spencer, aceptaron seguir trabajando. Enarbolóse en los vaporcitos la bandera costarricense y remontaron el Río San Juan. En la bahía no había ningún barco de guerra americano al cual el agente de Morgan y Garrison pudiera pedir protección de la propiedad americana. El nuevo agente comercial de Estados Unidos, Mr. Cottrell, recurrió al comandante de la poderosa escuadra inglesa anclada ese día en la bahía, pero el marino rehusó intervenir basándose en que la propiedad se la disputaban dos partes interesadas, el agente de una de las cuales autorizaba la presa, de modo que él, dijo, no podía formarse juicio respecto a los méritos de la controversia.

Entre tanto, el General José Joaquín Mora, hermano del presidente, y comandante en jefe del ejército costarricense, había seguido a Spencer con una fuerza considerable hasta el Río San Carlos, avanzando con suma dificultad, pues la ruta era sólo un trillo con trechos de montaña tan cerrada a veces que los hombres sólo podían abrirse paso a punta de

machete. El trillo cruzaba una región deshabitada y demasiado escabrosa para las bestias, de manera que las provisiones de guerra y de boca hubieron de ser transportadas a hombros de la gente, en cuya tarea se emplearon seiscientos hombres. Mora llegó al embarcadero con ochocientos soldados, todos bien armados de rifles Minié y suficientes municiones suministradas por Vanderbilt. En su viaje de regreso agua arriba del San Juan, Spencer se detuvo en la boca del San Carlos y envió uno de los vapores del río a recoger al General Mora y su gente. Al acercarse el vaporcito al embarcadero, un piquete de costarricenses que estaban apostados en una balsa, se asustaron tanto al ver el extraño artefacto que se lanzaron al agua y se ahogaron. Mora tomó el mando de la tropa y remontó el San Juan hasta El Castillo, donde capturó otros dos vapores del río. Allí tomó Spencer el vaporcito utilizado para pasar el raudal de El Toro, y siguiendo río arriba encontró al vapor **La Virgen** anclado a treinta millas del lago en espera de Rogers que andaba en San Juan del Norte. Ocultando a sus soldados llevó su barchito hasta el costado del vapor del lago sin despertar la más mínima sospecha, y fácilmente se apoderó de él. Su próximo objetivo era el puerto y fortaleza de San Carlos que domina el punto en que el lago desagua en el río. Al acercarse allí Spencer hizo las señas indicadoras de que no había novedad, las mismas que se cruzaban entre fortaleza y barcos y que en muchos meses no habían sido alteradas. El comandante del lugar, Capitán Kruger, tomó al punto un botecito, y toda la guarnición de la fortaleza bajó a la ribera. El arribo de un vapor era todo un suceso en la vida monótona de esos hombres. Ocultáronse de nuevo los costarricenses del vapor **La Virgen**, y al atracar el botecito a su costado preguntó Kruger a Spencer si Rogers venía a bordo. Le respondió que sí y subió confiadamente al vapor donde en el acto fue hecho prisionero. Kruger era el único oficial de la fortaleza, de suerte que con su captura quedaba la plaza al mando de un sargento. Spencer obligó entonces a Kruger, bajo amenaza de muerte, a firmar una orden al sargento de entregar la plaza al oficial inglés, Capitán Cauty. Así fue co-

mo fortaleza y puerto de San Carlos cayeron en poder de los costarricenses sin disparar un solo tiro. (1).

El río San Juan, desde el lago hasta su desembocadura en el mar, pasó al dominio de los aliados, pero a Walker le quedaba todavía el **San Carlos**, el más grande y veloz de los vapores, con el cual señoreaba sin disputa el lago. Spencer consideró riesgoso aventurarse en esas aguas mientras el **San Carlos** estuviese en poder de los filibusteros; siendo tal la situación se volvió diez millas río abajo en **La Virgen** a esperar la llegada de aquel vapor. Y no tuvo que aguardar muchos días. El 2 de enero de 1857 arribó a San Juan del Sur el vapor de San Francisco con su cuota habitual de pasajeros para los puertos estadounidenses del Atlántico. Se le condujo por el camino del Tránsito a la bahía de La Virgen en donde tomaron el **San Carlos**. El vapor cruzó el lago, y al aproximarse al puerto de su nombre la gente de Cauty le hizo las señas de que no había ninguna novedad. Sin sospechar nada el vapor entró en el río. Y cayó en la trampa. Frente a sí tenía a un barco del río mandado por Spencer y lleno de costarricenses armados, y no podía volver al lago sin tener que pasar bajo el fuego de los cañones de la fortaleza del puerto. Spencer le intimó la rendición. Su capitán, un danés llamado Erickson, quería correrse el albur de desafiar los cañones y regresar a La Virgen, seguro de que la artillería costarricense no le haría daño al barco; pero un yerno de Charles Morgan, apellidado Harris, que por casualidad viajaba en el vapor, prohibió el intento. El **San Carlos** se entregó y sus pasajeros fueron enviados a San Juan del Norte en uno de los vaporcitos del río. Allí encontraron a los pasajeros y reclutas recién llegados de Nueva York en el **James Alger** y de Nueva Orleans en el **Texas**. Los que iban a puertos estadounidenses del Atlántico fueron embarcados en el **James Alger**, y los que se dirigían a California, que eran unos doscientos, siguieron a Panamá por cuenta de Harris;

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 187, 195, 198; Times, de Nueva York, 9 de marzo de 1857; Harper's Weekly, Vol. 1., Pág. 312; Dublin Review, XLIII, Págs. 382 - 3.

de allí pasaron a su punto de destino. Enviarlos a San Francisco costó a Morgan más de \$ 25.000 dólares, más los gastos de operación de los barcos.

El General Mora, reforzado con la llegada de los trescientos hombres de su retaguardia, se embarcó con todos ellos, salvo los que dejó de guarnición en los retenes del río, en los dos vapores del lago y se apoderó del puertecito de La Virgen. Estaba ya en fácil comunicación con los aliados de Masaya, mientras que Walker quedaba completamente desconectado del Caribe y de Estados Unidos. El plan de Spencer había sido un éxito rotundo. Su amo de Wall Street no tenía más que sentarse a saborear la agonía de los filibusteros y regocijarse con el pandemónium que tal suceso causaría entre las compañías navieras rivales. Por cuenta suya hizo remitir desde San José diez mil dólares para que pagaran a la oficialidad y tripulación de los vapores capturados y asegurasen su lealtad a la nueva bandera y a sus nuevos amos. Del General Mora salió un efusivo parte sin reconocerle ningún mérito al artífice de la victoria: "El venero que daba vida a la simple renaciente hidra del filibusterismo, está cortado. La espada de Costa Rica lo cortó". (1). Pero no fue la espada de Mora sino el oro de Vanderbilt y la osadía de Spencer los que realizaron la proeza.

El verdadero héroe de la campaña del San Juan se merece algo más que una simple nota. Sus asociados y adver-

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 177. **Memorias**, de Pérez, Parte 2, Pág. 177. Hay una interesante anécdota publicada primeramente veinte años después de haber ocurrido los acontecimientos narrados, y, por lo tanto, de dudosa autenticidad; ella aparece en una nota de la **Historia de Nicaragua**, por Gámez, Pág. 669. Según eso, Vanderbilt dio una cena en el restaurante Delmonico a varios prominentes hispanoamericanos, y cuando vio a sus invitados brincar de alegría por los muchos brindis, les anunció su propósito de acabar con los filibusteros. Al preguntársele cómo lo haría, hizo llamar a Spencer. "¿Crea usted fácil", le preguntó el comodoro, "tomar los vapores que William Walker tiene a su servicio?". "No lo creo difícil", respondió Spencer. "¿Puede y quiere usted acometer esa empresa?". "Estoy a su disposición". En medio del más profundo silencio de todos los comensales que miraban con asombro a aquellos dos hombres, sacó el comodoro de su bolsillo un cheque de veinte mil dólares que entregó a Spencer, como premio anticipado de la audaz empresa que iba a acometer, y que sería la destrucción de William Walker.

sarios le conocían por su apellido únicamente, y sólo después de muchas averiguaciones se supo que su nombre completo era Sylvanus H. Spencer. De su pasado hablaba poco, pero, según parece, después de su hazaña en el río gustaba de jactarse de haber sido hasta recientemente un simple jornalero. (1). Como razón principal de estar entonces en contra de Walker daba la de que habiendo heredado un considerable número de acciones de la vieja Compañía del Tránsito, al disolverla y abolirla Walker le había robado su propiedad, la cual trataba ahora de recuperar. Y tan pronto como realizó su operación se regresó a Nueva York, donde tenía su hogar. Por el maltrato que daba a los soldados costarricenses éstos se alegraron de verse libres de él. El General Mora, a poco de haber llegado a San Carlos, escribió a su hermano el Presidente aconsejándole no dar a Spencer ningún cargo militar, pues que no sabía nada de táctica ni tampoco cómo tratar a los soldados, pero que sí podía "ocuparlo en pedir a la casa de Vanderbilt que nos ayude con su influencia y materiales de guerra". (2). Recientemente un escritor costarricense ha tratado de achicar la obra de Spencer poniéndolo como simple guía de la tropa, mientras que toda la gloria de la campaña del San Juan se la atribuye a sus propios compatriotas. (3). Sin embargo, los historiadores centroamericanos que trataron este tema antes no le regatearon al americano sus laureles.

Con el río y el lago en poder de Costa Rica, llegaron a San Juan del Norte para Walker tres partidas de reclutas que no encontraron en el puerto barcos para trasladarse al interior. El primer vapor en llegar fue el **Texas** con el contingente de Nueva Orleans mencionado ya. Cuando este vapor entró en la bahía allí estaba Spencer con uno de los vaporcitos

- (1) Según James Jeffrey Roche, Spencer era hijo de John Canfield Spencer, ex-Secretario de Guerra, y por lo tanto hermano del único oficial de la marina de guerra americano ahorcado por motín a bordo. *Byways of War*, Pág. 171.
- (2) *Harper's Weekly*, I., Págs. 71 y 199; *Times*, de Nueva York, 30 de marzo de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 210.
- (3) El señor Manuel Carazo Peralta, en la introducción del libro que tradujo de Roche (San José, 1908) dice que el único americano que tomó parte en la campaña fue Spencer, "que hacía oficios de guía".

del río y tropa costarricense. Los reclutas iban ocultos bajo cubierta, con rifles listos para apoderarse del vaporcito de Spencer en la noche. Pero el plan lo frustró el Capitán Cockburn del barco de guerra inglés **Cossack**, quien subió a bordo del **Texas** para manifestar que aun cuando él era neutral en la cuestión que sobre el Tránsito discutían dos bandos americanos, no permitiría derramamiento de sangre ni destrucción de la propiedad en aguas del protectorado británico. A todo esto Spencer, habiéndose alertado, se llevó su barquito a un bajío del río hasta donde no podrían seguirlo los filibusteros. (1).

Entre los detenidos en San Juan del Norte a causa de las actividades de Spencer hallábanse muchos de los mejores oficiales de Walker. El Coronel Frank P. Anderson, uno de "aquellos cincuenta y seis primeros", venía de regreso terminada su licencia para ir a Estados Unidos a curarse de una herida en el brazo. Estando en su casa de Brooklyn sus admiradores le obsequiaron un banquete y una espada. En el mismo barco venía Charles W. Doubleday, quien cuando Walker llegó a Nicaragua ya estaba allí y se incorporó a la Falanje. Su conocimiento del país y de la gente había sido de gran utilidad a Walker, pero después pidió su baja por una discrepancia con él; ahora, al ver a su antiguo jefe en dificultades, volvía resuelto a meterle el hombro otra vez. Venía también con ellos el General Robert Chatham Wheat, uno de los que desembarcaron con López en Cuba donde fue hecho prisionero, y luego encarcelado durante varios meses en España. Más tarde participó en una revolución en México; allí obtuvo el grado de general de brigada y fue nombrado gobernador militar de Veracruz. Con James, el hermano de Walker, estuvo en el colegio de Nashville, y el deseo de estar con sus paisanos le hizo renunciar a su puesto en México para irse a Nicaragua. Nunca pudo unirse a Walker, pero vivió lo suficiente para pelear en la guerra civil americana con rango de coronel de los "Tigres de Luisiana". El

(1) **Patriots and Filibusters**, Págs. 183'-6, por Oliphant.

Coronel George B. Hall, hijo de un ex-alcalde de Brooklyn, veterano de la guerra méxico-americana, y comisario general de Walker, era otro de los oficiales detenidos; volvía de su casa de recuperar su salud quebrantada por las fiebres. Y otro más todavía era el Capitán J. Egbert Farnum, domiciliado antes en Pensilvania, veterano también de la guerra méxico-americana y de las fuerzas de López. Allí estaban asimismo Hornsby, Norvell Walker, y Rogers, varias veces mencionados en estas páginas. Spencer, como se habrá visto, privó a Walker no sólo de sus vapores sino también de los servicios de algunos de sus más capacitados oficiales.

Extraña que estos oficiales cedieran el mando de los reclutas varados en San Juan del Norte a Lockridge, a quien si se le había dado grado de general, lo era sólo en el ramo de reclutamiento, y nunca había prestado servicio activo. Sin embargo, parece que como todavía se consideraba a los reclutas en tránsito y no inscritos aún como militares al servicio de Walker, a Lockridge correspondía el mando de ellos. Esta opinión la impuso Harris, agente y yerno de Charles Morgan, quien quería a todo trance recobrar el control de las propiedades del Tránsito y pretendía además ser amo y señor de la situación allí. Los oficiales con más rango que Lockridge se avinieron a servir bajo su mando, y se acuarteló a los hombres en Punta de Castilla, al otro lado del puerto de San Juan del Norte. Se les puso inmediatamente a reparar el viejo y abandonado vaporcito del río **Rescue** que Spencer no había creído valía la pena de llevarse; pero no pudieron trabajar sin la intromisión británica. Mientras estuvieron los reclutas en San Juan del Norte los marinos ingleses los asediaron continuamente tratando de hacerles ver los horrores que les esperaban si persistían en su intento de proseguir al interior del país. Y una mañana de enero el Capitán Cockburn llegó donde ellos en un bote repleto de marinos a ordenar a Lockridge que formara su tropa; le explicó su propósito de llevarse a los súbditos británicos que deseaban ponerse bajo su protección. Con los cañones del **Cossack** apuntando en esos instantes hacia Punta de Castilla, a



Lockridge no le quedó más remedio que agachar la cabeza. Formada la tropa, hízoles Cockburn la propuesta y cierto número de ellos dieron un paso al frente, aunque muchos de esos seudobritánicos tenían un sospechoso acento alemán en vez de la típica entonación irlandesa o londinense, que era la que se esperaba oír. El incorregible Wheat, desde un bote cercano, reventó en improperios contra John Bull y su derecho a intervenir. Terminó retando a duelo a Cockburn, (1).

Mas pese a esas deserciones la tropa de Punta de Castilla siguió más o menos intacta, y tal vez hasta mejor por la defección de los pusilánimes. El 4 de febrero arribó otra vez el **Texas** con el largamente esperado Titus y unos ciento ochenta de sus "matones de la frontera". Todos los hombres tenían buenas y bastantes armas y municiones, y al fin el *destartalado barquito* estuvo listo para remontar el río. El haber hecho jefe a Lockridge fue un error. Era un hombre alto, flaco, y de hombros caídos, prototipo de los desaharrapados montañeses de Kentucky que de lo que menos tenía era de soldado; nunca supo hacerse querer ni pudo jamás imponerse a sus subalternos ni tampoco reprimir los altercados y triviales celos entre sus oficiales. Los filibusteros desalojaron de La Trinidad a los costarricenses causándoles numerosas bajas. El éxito de esta operación se debió a Doubleday, Anderson y Wheat. Su próxima meta era El Castillo, y para atacarlo Lockridge designó a la compañía de Kansas, compuesta de mocetones robustos pero indisciplinados. Titus, inflado de orgullo por la notoriedad que le habían dado los periódicos de Kansas, se negó a servir bajo el mando de ningún oficial y salió solo en el vaporcito con sus desorganizados partidarios, mientras los hombres fogueados se quedaban atrás. Cauty era el comandante de El Castillo, histórica fortaleza de la época colonial emplazada en la cumbre de un cerro que domina el río. En el siglo XVIII la atacó y tomó el entonces Teniente de Navío Horacio Nelson, (2) más

(1) **Reminiscences**, Págs. 178 - 81, por Doubleday; libro de recortes de Wheeler, Vol. 1.  
(2) La ocupación de El Castillo por Nelson duró de abril a noviembre de 1780. (N. del T.).

tarde héroe de Trafalgar. Al acercarse Titus a la fortaleza, Cauty se apresuró a poner a salvo los cuatro vapores que tenía amarrados abajo del raudal. Dos de ellos fueron con todo éxito sacados de allí, y a los otros dos que no pudieron ser llevados se les pegó fuego destruyéndolos. Cauty, que sólo tenía treinta hombres en la fortaleza y una exigua cantidad de municiones, tan pronto vio que llegaba Titus abandonó la batería emplazada en la plataforma a nivel del río. El filibustero se apoderó de ella y también del vapor **Scott** que Cauty había incendiado después de haberlo hecho pasar el raudal. Los filibusteros apagaron las llamas y lo dejaron a la deriva para que se alejara del alcance de los cañones de la loma de El Castillo. Cauty pegó en seguida fuego al último de sus vapores cuyas amarras soltó para que se arrimase al **Scott**; los filibusteros, no obstante eso, lo abordaron y lo ataron a la ribera, pero no pudieron impedir que se incendiara. Titus, teniendo ya al inglés a merced suya, le intimó la rendición. Cauty le respondió que sólo se rendiría con órdenes de su jefe el comandante de la fortaleza de San Carlos, y pidió veinticuatro horas de tregua para esperar la orden. Titus, que no sabía nada de guerra ni de estratagemas, accedió. Cauty ya había mandado a pedir refuerzos, los que llegaron antes de expirar la tregua. Titus no esperó siquiera a cerciorarse del número de hombres que llegaba; corrió por la ribera hasta sus vapores y se reembarcó apresuradamente río abajo. Los costarricenses perdieron sus cuatro vapores del río, pero El Castillo quedó mejor guarnecido. Los filibusteros acamparon en la isla de San Carlos, varias millas abajo de El Castillo, en donde levantaron una empalizada para defenderse de los costarricenses y unas cuantas casuchas para guarecerse, pues llevaban ya semanas de vivir bajo copiosas lluvias y entre ciénagas tropicales. Las fiebres causaban estragos; la disciplina brillaba por su ausencia y el espíritu de los hombres andaba a ras del suelo. El regreso de Titus después de su fiasco de El Castillo aumentó el abatimiento; las deserciones cooperaban con las fiebres en arralar las filas. Fue tan criticado Titus que renunció al mando que tenía y dijo que iría

a juntarse a Walker por vía de Panamá. De Texas y Luisiana llegaron a mediados de marzo ciento treinta reclutas, haciendo ya un total de cuatrocientos. Componían el contingente de Luisiana extranjeros en su mayor parte enganchados en Nueva Orleans, lo que no se tenía como una buena adquisición, pero los tejanos, que se autotitulaban "Los Batidores del Alamo", procedían de San Antonio y constituían una excelente tropa. Venía al mando de Marcellus French, quien dejó a la posteridad un relato de sus experiencias. (1).

Con este refuerzo Lockridge resolvió tantear de nuevo a tomarse El Castillo, y para allá se embarcó con sus hombres. Llegados al punto se encontraron con que los costarricenses, desde la intentona de Titus, habían hecho de la posición una fortaleza casi inexpugnable. Las inmediaciones y las faldas del cerro habían sido despejadas de toda maleza, y hasta habían levantado en torno una empalizada de troncos de árboles. Wheat, Hornsby, y Doubleday opinaron que todo intento de asalto fracasaría. No les quedaba más que volverse a San Juan del Norte; y sin disparar un tiro dejaron El Castillo en manos de los costarricenses. De regreso hicieron alto en el raudal, y allí Lockridge convocó en la cubierta superior del **Scott** a todos sus hombres para decirles que desde ese momento quedaba licenciada la tropa, y que lo dicho atañía por igual a oficiales y soldados, quedando así todos en el mismo pie de igualdad. En seguida pidió voluntarios que quisieran hacer un esfuerzo para ir a juntarse a Walker a cualquier costo y riesgo, ya fuese por la vía de Panamá o subiendo el Sarapiquí y por ese rumbo abrirse camino a través de Costa Rica hasta llegar a San Juan del Sur. Unos seis oficiales y cien rasos se le ofrecieron; los demás se embarcaron en el **Rescue**, el cual llevaba ya doscientos enfermos, y partieron a San Juan del Norte. Viendo al **Rescue** alejarse río abajo con el agua hasta la borda, lleno de enfermos y desilusionados, Hornsby exclamó: "¡Llevo ya veinte años de ser soldado, y ésta es, créanmelo, la escena más triste que

(1) Ver **Overland Monthly**, N. S., XX., Págs. 517 - 23.

jamás he visto!". El **Scott** iba detrás, y al llegar a La Trinidad ambos vapores pararon para enviar un piquete de reconocimiento a ver si los costarricenses habían vuelto a ocupar el lugar en ausencia de Lockridge. Para esa operación bajó la mayoría de los hombres del **Scott**, y fue gran suerte que así fuera, ya que a poco rato estalló su caldera matando a varios e hiriendo gravemente a Anderson, Marcellus French, y Doubleday entre otros. Hornsby, Wheat, y Norvell el hermano de Walker, salieron ilesos. Llevóse a los lesionados a un lanchón que el **Scott** traía a remolque, y a los que pudieron acomodarse en el **Rescue**, junto con los enfermos que ya llevaba, se les condujo a toda prisa a San Juan del Norte. Muy descorazonados se sintieron al saber que sólo dos horas antes el **Tennessee** había zarpado hacia Colón. Los médicos de la escuadra inglesa atendieron a las víctimas, y puesto que el **Tennessee** volvería a tocar San Juan del Norte de regreso a Nueva York, Lockridge corrió a traer el resto de su gente para reembarcarlos con destino a Estados Unidos. Morgan había ordenado al capitán del barco recoger en San Juan del Norte a los filibusteros que quisieran regresar. Ya todos, después de la explosión del **Scott**, habían perdido la esperanza de incorporarse a Walker. Cuando el **Rescue** volvía al puerto vieron sus hombres alejarse al **Tennessee** dejándolos a la buena de Dios. Pocos momentos antes se soñaban encontrar allí un hermoso vapor esperándolos para devolverlos a la civilización y a sus hogares. ¡Cuán tristes veían ahora al barco perderse de vista! No llegaría otro en todo un mes. Al capitán del **Tennessee** le habían rogado llevarse a todos los americanos, pero sólo se fueron cincuenta, pues traía órdenes de ir a Cayo Hueso a embarcar un destacamento de tropas estadounidenses de guarnición allí.

En su campamento de Punta de Castilla esa pobre gente sufrió lo indecible. San Juan del Norte era un poblacho sumamente pequeño para encontrar allí que comer, y ni los enfermos ni los quemados, aun teniendo con qué pagar, hallaban donde alojarse. Los sanjuaneros se vieron obligados a

pedir protección a los barcos de guerra británicos contra los desmanes de algunos filibusteros ya casi enloquecidos, y a tal grado llegaron las cosas que fue forzoso poner guardias a fin de impedir que entraran en el pueblo sin permiso de las autoridades. Esto no obstante, debe dejarse constancia de que algunas familias porteñas llevaron a sus casas a oficiales quemados en la explosión del **Scott**, y los curaron sin deseos ni esperanzas de recibir compensación. (1). Muchos de los hombres murieron a causa de pasarse días y días a la intemperie, sin asistencia médica y sin que comer. Y para colmo de males Cauty se apareció un día con soldados costarricenses en el único vaporcito del río que les quedaba, los amedrentados filibusteros creyeron que les había llegado su último día. Pero no, la escuadra británica mandó colocar una hilera de botes entre el vapor de Cauty y Punta de Castilla, y atracó además el **Rescue** al costado de uno de sus barcos de guerra, reiterando de esa manera su decisión de no permitir que en el puerto de San Juan del Norte estallaran hostilidades ni se destruyera propiedad alguna. Luego el Capitán inglés Cockburn convocó a una conferencia a Cauty y a J. N. Scott, agente éste de Morgan y Garrison, y les anunció su intención de llevarse a los hombres. Pidió a Scott que librara contra Morgan una letra de cambio por el costo de los pasajes, a lo que el agente, no sin refunfuñar, accedió. Como garantía de la libranza pidióse a los filibusteros la entrega de sus armas y del vaporcito **Rescue**; en seguida pasaron los 375 que eran ellos a bordo del **Cossack** y fueron llevados a Colón. Allí trató Cockburn de conseguirles pasaje en un vapor de Estados Unidos, pero tropezó con dificultades. En primer lugar, el agente rehusó aceptar la libranza de Scott contra Morgan; en vista de ello Cockburn ofreció hacerse responsable por la cantidad de doscientos pasajes a razón de veinte dólares cada uno y recaudar el resto del dinero mediante la venta de las armas dadas a él en garantía. Pero surgió otro obstáculo: entre los filibusteros había brotado el

(1) Entre las buenas samaritanas mencionaremos a Miss Roberts, neoyorquina, quien curó de las quemaduras a French y al Teniente Sistere, de Luisiana. Doubleday fue asistido por una familia alemana de buen corazón.

sarampión y el capitán del vapor se negó a tomarlos a bordo. Las autoridades municipales, por añadidura, prohibieron el desembarco de los hombres manifestando que no querían verse invadido por gente de esa calaña, y cerraron las puertas del hospital a los enfermos. Y no solamente eso, se les negó también sepultura en tierra; sólo el mar parecía dispuesto a recibir sus cuerpos ulcerosos plagados de gusanos y de piojos. Al fin pudieron ser transportados a Nueva Orleans a bordo del barco de guerra inglés **Tartar**. (1).

Puesto que era imposible ya recuperar el Tránsito, Morgan y Garrison vieron que el retiro de sus vapores oceánicos era inevitable. Ni reclusas ni pertrechos podían llegarle más a Walker por la vía de San Juan del Norte, y tampoco podían llevarse pasajeros de Nueva York a California a través de Nicaragua. No le quedaba otra cosa a la compañía naviera que paralizar sus barcos y abandonar a Walker a su propia suerte. Así se hizo en abril de 1857. El fin, pues, era cuestión de días. El hombre de Vanderbilt había hecho lo que no pudieron hacer los gobiernos aliados de la América Central. Fueron capitalistas americanos los que impusieron el régimen filibustero en Nicaragua, y fue también un capitalista americano quien lo derrocó.

Digno de mencionarse es que uno de los oficiales de Walker tuviera el suficiente coraje para ir a reunirse con su antiguo jefe a despecho del bloqueo del río y del lago. Este fue Rogers, el "confiscador general". En vez de seguir a Lockridge se fue a Colón, se cruzó a Panamá, y al no encontrar allí vapor para San Juan del Sur, contrató una lancha y dos marineros simulando querer ir a las Islas de las Perlas, cincuenta millas mar afuera, pero en verdad con el propósito de dirigirse a San Juan del Sur, quinientas millas más allá. Ningún marinero se hubiera atrevido a hacer semejante travesía, de ahí que Rogers tuviera que recurrir a ese ardid.

(1) Manuscritos, Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II., Pág. 27 y siguientes; el *Delta*, de Nueva Orleans, 28 de abril de 1857; *Tribune*, de Nueva York, 7 de mayo de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 221.

Después de cargar la embarcación con bastimentos para varios días de navegación, se hicieron a la vela, y estando ya a cierta distancia de la costa, Rogers encañonó a los marineros con un par de revólveres obligándolos a tomar otro derrotero, en busca de Walker. Y durante días y días permaneció frente a los hombres armas en mano, sin atreverse a dormir un solo instante, hasta que los forzados tripulantes le llevaron sano y salvo a su punto de destino: San Juan del Sur. Rogers tenía agallas de filibustero de verdad. Añádase que era irlandés. Podemos condenar la conducta indómita de tales hombres, pero debemos admitir que, por lo menos, la raza que los dio a luz no era degenerada. Roja era la sangre que corría por sus venas. (1).

---

(1) **Patriots and Filibusters**, Págs. 226 - 7, por Oliphant. Este escritor inglés venía en el mismo barco que Rogers y llegó con él hasta Panamá; allí Rogers lo invitó a correr la misma aventura. Ver el **Times**, de Nueva York, 9 de marzo de 1857.

## CAPITULO XIX

### En la última trinchera

Por el tiempo en que Spencer iniciaba sus operaciones en el San Juan, Walker comenzaba a concentrar sus tropas en Rivas, pequeña ciudad con casas de gruesas paredes de adobe convertida en plaza fuerte por los costarricenses cuando su invasión del pasado abril. Era ideal como plaza defensiva. Una legua al Este queda el puertecito de San Jorge, en la ribera del Lago de Nicaragua. Al Sur corría la ruta terrestre del Tránsito, hacia la cual partían desde Rivas tres caminos divergentes; gracias a ellos los filibusteros controlaban la ruta. El total de las fuerzas de Walker acuarteladas allí el 3 de enero de 1857 ascendía a 919 hombres, 197 de los cuales se hallaban enfermos. Con los encargados del abastecimiento de la tropa y los de otras dependencias, más los destacados en diversas comisiones, el número de combatientes se reducía a 519. Dos semanas después de la ocupación de Rivas el **San Carlos** zarpó de La Virgen con los pasajeros procedentes de California, pues los filibusteros ignoraban todavía que Spencer había capturado todos los otros vapores. Pasados varios días sin que ninguno de los vapores del lago apareciera, los hombres concentrados en Rivas comenzaron a preocuparse, pero nadie había soñado siquiera que el enemigo pudiera haberse apoderado de todos los barcos, y se pensaba que de haber sido vistos los costarricenses en el río la noticia habría sido llevada a Rivas. Los más optimistas, por tanto, atribuían el retraso a cualquier causa fácilmente imaginable en relación con el transporte de pasajeros de y para San Juan del Norte.



Fueron días largos de vigilancia y desvelos, y ningún vapor aparecía. Luego un día de tantos se vio venir sobre el lago y hacia La Virgen al tan largamente esperado **San Carlos**, pero al acercarse al muelle no hizo las señas convenidas ni devolvió las que se le hicieron desde tierra. Sólo echó un vistazo al lugar y enfiló rumbo al Norte. Muchos americanos que allí residían recogieron apresuradamente sus enseres, los metieron en sacos y partieron a pie a todo escape a San Juan del Sur con la esperanza de tomar el vapor de California que aguardaba todavía a los pasajeros que debían llegar procedentes del Atlántico. Destacóse en el acto a un piquete de soldados a impedir que el enemigo desembarcara en La Virgen; y allí esperaron una semana entera, sin noticias de los costarricenses, hasta que de nuevo apareció el **San Carlos** fondeando en Ometepe a plena vista de los filibusteros acantonados en La Virgen. Pocos días después amaneció allá también el vapor **La Virgen**; y entonces se supo toda la triste verdad. (1). Los dos vapores del lago y probablemente todos los del río habían caído en poder de los aliados. Pero no fue sino hasta el 24 de enero que de Panamá le llegó información fidedigna a Walker de todo lo ocurrido en el Río San Juan. (2).

Poco antes de emprender Spencer su campaña habían los filibusteros traído de San Juan del Norte una pequeña goleta que para echarla al lago reparaban en La Virgen, cuando aparecieron los vapores frente a la playa de la isla de Ometepe. Walker pidió su opinión a Fayssoux sobre la posibilidad de utilizarla en un intento de volver a tomarse los vapores; había quienes ardían en deseos de cruzarse por la noche a Ometepe en la goleta con viento favorable y recapturarlos. Fayssoux opinó en contra del plan, y para que la goleta no cayera en poder de los aliados se le pegó fuego.

<sup>15</sup> El General Mora no hizo por donde comunicarse con los aliados acuartelados en Masaya hasta que hubo llevado to-

(1) "Experience of Samuel Absalom, Filibuster", Atlantic Monthly, IV., Págs. 651 - 65.

(2) La Guerra de Nicaragua, Págs. 356 - 7, por Walker.

das sus tropas a San Carlos, dejando así asegurada la defensa del río. Estaban ya los aliados casi a punto de abandonar la campaña cuando les llegó la noticia del triunfo costarricense. Esto dio a Mora y a Cañas prevalencia ante los generales aliados, de lo cual salió Cañas con el nombramiento de Comandante en Jefe, y se ordenó acto seguido marchar de frente sobre Rivas. Henningsen, entre tanto, había consolidado las defensas de esa ciudad. Walker pensaba mantenerse siempre a la ofensiva, pero antes quería poner la ciudad en tal estado de defensa que una pequeña guarnición pudiera retenerla y conservar a salvo sus víveres y pertrechos, mientras él, con el grueso de sus fuerzas, saldría a darle batalla al enemigo. Los filibusteros pegaron fuego a los ranchos de las rondas de la ciudad y desbrozaron sus montuosos alrededores para que los aliados no pudieran emboscarse allí. Hiciéronse nuevas trincheras y se reforzaron las viejas. El Coronel Swingle montó talleres de mecánica en la ciudad y en San Juan del Sur se apropió de una maquina de vapor que acondicionó como taller de fundición para fabricar balas de cañón, quizá la primera fábrica de ese género montada en Nicaragua. Apropióronse igualmente los filibusteros de todas las campanas de las iglesias de Rivas y su inmediaciones para convertirlas en balas.

El 26 de enero ocuparon los aliados el pueblo de El Obraje, (+) unas tres millas al Norte de Rivas, y se atrincheraron tan perfectamente allí que Henningsen aconsejó no atacarlos a fondo. Dos días más tarde se trasladaron a San Jorge, en las orillas del lago, desde donde podían comunicarse con Mora. Aquí también levantaron rápidamente trincheras. (1). El 29 salieron Henningsen y Sanders a desalojarlos de ese punto. Pero los celos que Sanders y otros oficiales tenían de Henningsen motivaron la desunión de las fuerzas. Y hubo más todavía: varios oficiales bebieron tanto

(+) Hoy Belén (N. del T.).

(1) "La rapidez con que los soldados centroamericanos construyen barricadas es casi increíble; una larga práctica los ha hecho en esto más diestros que el mismo poblacho de París". *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 360, por Walker.

aguardiente antes de entrar en combate, que se les fue a la cabeza y no entendieron ni pudieron ejecutar fielmente las órdenes de sus superiores. En el ataque —que fue un desastre— Walker perdió casi ochenta de los cuatrocientos hombres que mandó allá. Los aliados estaban en superioridad numérica de cinco a uno, y de tal manera atrincheros que el éxito habría sido imposible aun cuando la proporción entre filibusteros y aliados hubiese sido a la inversa. A causa de aquellos celos Walker relevó a Henningsen, y a las cuatro de la mañana del 4 de febrero a la cabeza de doscientos hombres atacó San Jorge. Y por segunda vez no pudieron los filibusteros tomarse las trincheras. Volvieron a sufrir un desgaste que no podían permitirse en esas circunstancias; veinticinco hombres perdieron, incluso algunos de sus mejores oficiales.

El Presidente Mora recurrió a nuevas tácticas para urdir la ruina de los filibusteros. El año anterior, cuando entró en Nicaragua, amenazó con fusilar a todo filibustero que fuese tomado con las armas en la mano. Esto no había hecho más que enardecer la resistencia de ellos, haciéndoles pelear con más fiereza. Ahora en cambio Mora hacía circular hojas impresas en las afueras de Rivas prometiendo protección y pasaje gratis hasta Estados Unidos a todo aquel que desertase de las filas de Walker. Ya no quería acabar con todos los invasores, únicamente con su líder. En 1856 había declarado guerra a todos los filibusteros; en 1857 se la hacía a uno solo. Los efectos de la promesa de Mora se hicieron sentir en breve. La desertión brotó como epidemia. Se hizo cosa de todos los días y más principalmente entre los californianos, cuya vida libre en el Oeste los había hecho menos dóciles a los rigores de la disciplina militar que los oriundos de los estados americanos del Atlántico. Cerrado el Río San Juan, ya sólo llegaban reclutas de San Francisco, y muchos de ellos, amargamente desilusionados por no haber encontrado la situación como se las habían pintado, y no sintiéndose ya obligados moralmente a servir una causa que parecía agonizar, se pasaban en la primera oportunidad a los

aliados. No tenían con Walker lazos que los ligaran, como los que ataban a los sobrevivientes de "aquellos cincuenta y seis primeros" y a otros llegados al principio.

Tras de cada rechazo de los filibusteros, los aliados peleaban con más confianza. Entonces fue que éstos empezaron a salir de sus trincheras, y el 5 de marzo llegaron hasta el propio camino del Tránsito donde inflingieron una tremenda derrota a los rifleros de Walker jefeados por Sanders y Waters, enviados allá con la misión de hacer retroceder a los aliados a San Jorge. (+). Esta vez ambos bandos pelearon en números casi parejos (160 rifleros contra 200 aliados); el efecto de esta derrota deprimió mucho a los americanos. Viendo que algo serio debía hacerse para vivificar el abatido espíritu de su gente, Walker planeó hacer un último esfuerzo lanzando todas sus tropas contra los aliados atrincherados en San Jorge. Cuatrocientos hombres era todo de lo que podía disponer para el empuje. Henningsen sacó su artillería, que eran siete cañones de diversos tipos. La marcha sobre el puertecito comenzó a las dos de la mañana del 16 de marzo, y al amanecer la artillería rompió los fuegos. El cañoneo obligó a los aliados a desocupar la plaza, y se metieron en gran número entre el tupido monte de las afueras con el fin de picarle la retaguardia a Walker y cortarle la retirada a Rivas. Este movimiento obligó a Walker a dar media vuelta y presentar batalla en el camino que conducía a su cuartel general. Durante su ausencia los aliados habían tratado de entrar en Rivas, pero Swingle los mantuvo a raya. Sin embargo, a media legua de la ciudad habían ellos levantado una trinchera, y los filibusteros tuvieron que pelear un día entero para poder volver con su artillería y heridos al lugar de donde salieron. Setenta y seis de los cuatrocientos fueron muertos o heridos, y no hicieron nada digno de mención. San Jorge seguía en poder de los aliados y éstos continuaban recibiendo refuerzos, mientras que los filibusteros, tras de lanzar contra aquéllos lo más de las fuerzas que pu-

(+) Fue esta la batalla de El Jocote, ganada por el General nicaraguense Fernando Chamorro. (N. del T.).

dieron, estuvieron a punto de ser envueltos y exterminados. Este asalto del 16 de marzo fue el último golpe que descargó Walker. De ahí en adelante se mantuvo estrictamente a la defensiva. Aun habiendo sufrido los aliados en cada uno de los encuentros bajas mucho mayores que los filibusteros, podían seguir dándose el lujo de perder cinco hombres por uno de Walker, y aun así pelear en términos iguales.

Justamente una semana después, con los primeros indicios del amanecer del 23 de marzo, los aliados tomaron la ofensiva atacando a los filibusteros en Rivas. Fueron repelidos con fuertes pérdidas y el cañón de a cuatro libras de Cañas, que un artillero italiano manejaba con pericia, les fue tomado y llevado en triunfo a la ciudad. Pero seguían empleando dos arqueológicos cañones de a veinticuatro libras del tiempo de la colonia que habían llevado allí por el lago. A intervalos irregulares lanzaban con ellos balas rasas sobre la plaza, las cuales recogían Swingle para refundirlas y devolvérselas en balas de a seis.

Un rol de las fuerzas, enviado al día siguiente por Walker a Edmund Randolph, revela que en Rivas había un total de tal vez ochocientos hombres, 332 de los cuales eran aptos para pelear, y 224 yacían enfermos o heridos. El resto se componía de empleados de los almacenes de guerra, de la intendencia y de los hospitales, de soldados con licencia y de civiles. Walker aseguraba que bastaría un leve empuje para desalojar al enemigo; pero que no quería desperdiciar hombres innecesariamente, de modo que se limitaría a retener la ciudad en espera de saber algo definitivo acerca de Lockridge. Había enviado a éste por la vía de Panamá un mensaje diciéndole que viniera a juntársele en Rivas, y que él no evacuaría la ciudad mientras tuviera esperanzas de que los americanos se abrirían paso por el río. (1).

Ya no podían hacerse salidas de aprovisionamiento lejos de Rivas, pues corrían el riesgo de una emboscada. El

[1] Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 235.

27 de enero los sitiados probaron por primera vez la carne de mula en su menú. (1). Matáronse las primeras secretamente por la noche junto con unos bueyes, y nadie sospechó lo que se estaban zampando. Pero al día siguiente se descubrió la engañifa, y entonces algunos rehusaron comer su ración de carne hasta que se les dijo que sin darse cuenta habían estado comiendo mula desde días antes. Junto con esa carne dábase a la tropa plátano y chocolate. Los animales comían hojas de mango. Mas no fue la carne de mula ni fueron los cañones de a veinticuatro libras lo que abatió a los filibusteros en Rivas, sino el constante pasarse a los aliados. Unos cuantos desertores, seducidos por la promesa de garantías dada por Mora, lanzaron mensajes dentro de las líneas de Walker haciendo saber a sus excamaradas que los costarricenses habían cumplido estrictamente su palabra. Algunos de esos mensajes llegaron a su destino y las deserciones aumentaron grandemente. Por ejemplo, de la última compañía de californianos llegada el 7 de marzo a Nicaragua (setenta Guardias de la Estrella Roja) no quedaban a principios de abril más que doce. (2).

Los filibusteros tenían que para el 11 de abril, aniversario de la segunda batalla de Rivas, los aliados lanzaran otro asalto a la ciudad, y su temor se hizo realidad antes de clarear el día. Por tres puntos embistieron los aliados, y por los tres fueron rechazados. Unas tropas guatemaltecas llegadas el día anterior, arremetieron de frente ignorando por completo el alcance de los rifles, y se acercaron tanto a las trincheras filibusteras que a éstos casi les daba lástima matarlos. Walker sólo tuvo tres muertos y seis heridos, en tanto que los aliados perdieron de 600 a 800 hombres. Walker, no teniendo qué dar de comer a los heridos aliados que después del frustrado asalto quedaron dentro de sus líneas, se los devolvió al enemigo bajo bandera de tregua. Durante

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 154, por Jamison; el *Delta*, de Nueva Orleans, 28 de mayo de 1857.

(2) El capitán de esta compañía escribió un relato de su corta e ignominiosa carrera. Ver *Last of the Filibusters*, por William Frank Stewart. (Sacramento, 1857).

la lucha los filibusteros hicieron también sesenta prisioneros. Walker propuso a los aliados canjearlos por ganado vacuno, pero su propuesta fue rechazada. Insinuó en seguida que les mandarían de comer mientras los tuviera él en su poder. Esta propuesta fue igualmente rechazada, pues los aliados dudaban, y con razón, que los víveres llegaran a manos de los prisioneros. El asalto del 11 de abril fue la última acción de la guerra. De ahí en adelante los choques fueron sólo tiros sin ton ni son y escaramuzas entre piquetes y retenes.

Por la noche del día del ataque despachó Walker a San Juan del Sur al Capitán Hankins a pie con dos muchachos del país a recoger la correspondencia de Panamá. Regresó a caballo el 14; el solípedo llegó a incrementar la escasa provisión de comestibles. Este incidente demuestra que los aliados no tenían cercada toda la ciudad, y que de haberlo querido, la fuerza entera de filibusteros pudo haber salido de Rivas a la costa del Pacífico sin estorbo ni tropiezo. A decir verdad, esto era precisamente lo que Walker tenía en mente hacer tan pronto como la falta de víveres le hiciera imposible seguirse sosteniendo por más tiempo en Rivas. Seguía él en la ciudad en parte porque esperaba que llegara Lockridge, a quien había ordenado juntársele allí, y en parte también porque no quería que los centenares de enfermos y heridos cayeran en manos de los aliados. Su propósito era, en caso de que fuese necesario evacuar Rivas, dirigirse a San Juan del Sur y embarcar toda su tropa en la goleta **Granada**, bien perrechada entonces. Hankins trajo cartas informándole de la llegada a San Juan del Norte de los "Batidores del Alamo" y de una compañía de Mobila en refuerzo de Lockridge. Esto inyectó cierto aliento, pero Hankins trajo también cartas de Nueva York haciendo saber que Morgan y Garrison habían resuelto retirar sus vapores oceánicos de la línea de Nicaragua. De manera que aun cuando Lockridge coronase sus esfuerzos, ya no podría esperarse la llegada de más reclutas de Estados Unidos hasta que se hiciesen otros arreglos para su transporte, lo cual ponía de manifiesto que los días del régimen filibustero estaban contados.

Walker achaca a debilidad y timidez el hecho de que la compañía naviera lo abandonase, y declara que si bien él creía que Morgan y Garrison le serían fieles solamente hasta cuando conviniese a sus propios intereses, por lo menos esperaba de ellos mayor osadía y sagacidad que las demostradas en esos críticos momentos. (1). Pero, a decir verdad, esos hombres revelaron sensatez percatándose de lo inútil que era seguir peleando con Vanderbilt; y puesto que los barcos de ellos no servirían sino para llevar refuerzos y pertrechos a Walker —empeñado en esos momentos en una causa perdida— el retiro de sus vapores no solamente era necesario como cuestión de política económica de la compañía, sino también un acto humanitario, ya que a todo nuevo recluta que llegara a Nicaragua no le esperaban más que muchos sufrimientos y tal vez la muerte; sólo embaucados podían ir allá. No fue pues traición de parte de Morgan y Garrison lo que hizo zozobrar la empresa de Walker. Los vapores de esos señores continuaron prestándole servicios en el Pacífico hasta más de tres meses después del cierre del Tránsito, y de los puertos del Atlántico siguieron también llevándole reclutas mientras hubo esperanzas de reabrir el río.

Y he aquí que otro actor entra entonces en escena. A principios de febrero ancló en San Juan del Sur la corbeta americana **Saint Mary**, al mando del Capitán Charles H. Davis. El Comodoro Mervine le ordenó el 19 de enero de 1857, en Panamá, dirigirse a aquel puerto y adoptar allí las disposiciones pertinentes para proteger la vida y la propiedad americanas mientras durase la precaria situación de Nicaragua. (2). Poco después de haber arribado Davis, los aliados le pidieron que impidiese en San Juan del Sur nuevos desembarcos de reclutas para Walker, basando la solicitud en que tal medida estaría de acuerdo con la política del gobierno americano que en numerosas ocasiones había impedido la salida de expediciones filibusteras de Estados Unidos. Da-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 391 - 2, por Walker.

(2) House Doc. 2, 35 Cong., 1 Sess. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 203.



vis respondió que si bien era deber de los funcionarios de su gobierno aplicar la ley de neutralidad dentro de las jurisdicción territorial de Estados Unidos, ello no obligaba a los oficiales navales a aplicarla en territorio de naciones extranjeras. Y les manifestó además que su gobierno sabía de la guerra civil que desguazaba a Nicaragua, pero que era neutral en ella. En consecuencia, dijo él, no podía prestar ayuda a ninguna de las partes beligerantes, pero sí la debida protección a la propiedad y la vida de norteamericanos.

Como protector de la propiedad americana Davis desplegó encomiable celo. Cuando la captura de los vapores del lago, por ejemplo, hallábase en el puerto de San Juan del Sur el barco americano **Narragansett**. Walker se apoderó de sus botes llevándoselos al lago con el propósito de utilizarlos en la recaptura de los vapores. Davis hizo que los devolviera. En otra ocasión, una patrulla costarricense disparó en aquel mismo puerto contra un grupo de marineros del vapor **Orizaba**, de Morgan y Garrison. Se les había enviado a tierra a surtirse de agua potable y uno de ellos fue apresado. Davis intercedió consiguiendo que lo soltaran. (1). El 24 de abril, con el consentimiento de los beligerantes, envió Davis al Teniente Huston y a un cabo de marinos a Rivas a evacuar de allí a las mujeres y a los niños para llevarlos a San Juan del Sur bajo protección de las bandera americana.

En esa situación las cosas, convínose en una cesación de hostilidades durante la cual filibusteros y aliados fuera de las trincheras se confundieron en regocijada camaradería. Los aliados obsequiaron aguardiente y tabaco a los filibusteros, lo que fue una bendición para los adictos al fumado y la bebida; y eso fue también probablemente ocasión para que muchos incrédulos viesan la conveniencia de desertar. Sea como fuere, de ahí en adelante las desertiones se hicieron más comunes todavía, hasta el punto de que durante la semana siguiente llegaron a ser de quince y veinte al día. El colmo

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 229.

fue que uno de los médicos del hospital desertó y por la noche se acercó a las trincheras a distancia de ser oído, y desde allí exhortó a los filibusteros a pasarse al campo aliado— todos los que pudieran hacerlo— asegurándoles que serían bien tratados. Dábales su palabra de honor, como francmasón que era, de que al tomar la ciudad los aliados no harían ningún daño a los enfermos y heridos que encontraran allí. (1). Esta última consideración había hecho que muchos filibusteros siguieran todavía leales. El temor de que el enemigo degollara a sus camaradas y heridos, como lo habían hecho el año anterior los costarricenses, daba fuerza a muchos para pelear hasta morir. Titus, el "Matón de la Frontera" que después de su chasco de El Castillo se había incorporado a Walker por la vía de Panamá; Bostic, Secretario de Estado de Walker; y Bell, Mayor de Infantería, fueron algunos de los que se pasaron a los aliados. El mal ejemplo dado por los oficiales cundió entre los soldados. Unos cuantos desertores fueron tan desconsiderados que se llevaron sus caballos, empobreciendo aún más los ya menguados comestibles. Noche a noche Titus y otros desertores se encaramaban en las trincheras aliadas instando a sus ex-camaradas a venir a juntarse a ellos, llamándolos a veces por sus propios nombres y haciéndoles agua la boca con descripciones de comida, tabaco y guaro en abundancia. Los americanos no peleaban allí por su patria; poquísimos lo hacían por algo que no fuese el amor a la aventura —causa que en verdad no tiene nada de sagrado— de modo que nada de extraño tenía que en la primera oportunidad escapasen de los tormentos del hambre y la sed de guaro que a los más de ellos mortificaba, y bajo las copiosas lluvias de la noche buscaban el amparo de los que habían sido sus enemigos. Finalmente Walker expidió un comunicado diciendo que todo aquel que así quisiera podía irse solicitándole a él salvoconducto. De esa manera no se les consideraría desertores. Sólo cinco aprovecharon la ocasión, y cuando salían de la ciudad fueron rechiflados y

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 212.

escarnecidos con gritos de irrisión. A uno que le faltó coraje y se volvió del camino, Walker lo echó del campo.

El 28 de abril Walker visitó a la tropa en sus cuarteles. Les habló asegurándoles haber recibido noticias de Lockridge, quien llegaría, les dijo, de un momento a otro. Sabíase que ese día Walker había recibido correspondencia, lo que dio a los hombres esperanzas de que lo dicho por él fuera cierto. Sin embargo nada ocurrió, salvo tiroteos esporádicos hasta el anochecer del 30 en que un ayudante de campo del General Mora llevó a Walker una carta del Capitán Davis. Este, viendo que la situación de Walker era insostenible, se presentaba en carácter de mediador entre filibusteros y centroamericanos con miras a poner fin al conflicto llevándose del país a los primeros. Mora, rechazado dos veces en intentos de tomarse por asalto la ciudad, estaba convencido, según propia confesión de que el logro de su objetivo costaría mucha sangre, pues había descubierto que el enemigo era mucho más fuerte de lo se le había hecho creer. Estaba resuelto a obligar a Walker a rendirse por hambre cuando intervino Davis manifestando que si se salvaba la vida de los americanos él conseguiría la capitulación del líder filibustero. A cambio de salvarles la vida Mora recibiría todas las armas y demás pertrechos que aquéllos tenían en San Juan del Sur y Rivas. (1). De buen grado aceptaron los aliados la propuesta, pues merced a ella ganarían la guerra sin tener que seguir peleando ni gastando más dinero. Davis envió a Walker la citada carta. Cruzáronse varios mensajes antes de entablar en firme las negociaciones. Se arreglaron los preliminares en las primeras horas de la noche y Walker envió a Henningsen y Waters como delegados ante Davis en el campo aliado. El oficial naval les dijo que tenía pleno conocimiento de la situación de Walker, quien sólo podía sostenerse a lo más unos días. Les informó asimismo que Lockridge había abandonado la campaña del San Juan regresándose

(1) El informe oficial de Mora lo reprodujeron varios periódicos americanos que lo tomaron de *Crónica*, de San José de Costa Rica. Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 215.

a Estados Unidos, y que ya no volverían vapores a San Juan del Sur. Sabía además, añadió, que los americanos carecían de víveres y desertaban en gran número. Proponía, en consecuencia, que los sobrevivientes se rindieran a él y que Walker y dieciseis oficiales de su elección subieran a bordo del **Saint Mary** con destino a Panamá; los demás oficiales y soldados serían llevados también allá, pero por otra ruta, acompañados de un oficial de la marina americana y bajo la protección de su bandera. Henningsen discutió al principio diciendo que no se sabía aún con certeza si Lockridge había abandonado su intento, y que aun así bien podía Walker abrirse paso por entre las líneas enemigas y embarcarse en San Juan del Sur en el **Granada**. A esto último Davis replicó que no permitiría salir del puerto a la goleta, y que la apresaría antes de partir él de San Juan del Sur. La entrevista duró hasta las dos de la madrugada, hora en que Henningsen y Waters regresaron a Rivas, no sin antes prometer a Davis traerle la respuesta de Walker a las diez de la mañana, siempre y cuando las negociaciones no se rompieran.

La determinación de Davis de apoderarse de la **Granada**, matándole con ello a Walker toda esperanza de escape, no significaba para el filibustero más que un ultimátum que debía aceptar o perecer. Redactóse en el Cuartel General de Walker el convenio de capitulación, incorporando en él las propuestas de Davis, y se le añadió una cláusula tocante a las garantías que debían darse a los naturales del país que habían abrazado la causa de Walker, y de quienes nadie se había acordado en la entrevista. Walker se negaba a firmar ningún convenio que no consignara tales garantías. A la hora fijada Henningsen llevó el documento a Davis con la referida cláusula de Walker. Aprobado que fue por Davis, volvió Henningsen donde Walker por su firma. Durante su entrevista con Davis esquivó Henningsen en lo posible a los oficiales aliados, limitándose a un cambio de saludos protocolarios con dos de ellos, y esforzándose por hacer ver que él sólo trataba con el capitán de corbeta americano. Waters

volvió con el documento a donde Davis, con quien se estuvo hasta que Walker le mandó a decir que estaba listo para irse.

Entre tanto, por órdenes de Hennigsen destruíanse el arsenal y los cañones. La máquina de vapor, el fuelle y el cubilete del taller de fundición fueron también destruidos. Los filibusteros inutilizaron trece cañones rompiéndole los muñones aserraron por el medio las cureñas, y en los pozos de la ciudad echaron 1.500 libras de pólvora, 55.000 tiros, y 300.000 fulminantes. No fue pues por falta de pertrechos que los filibusteros capitularon. Sólo quedaron sin ser destruidas las armas manuales y unas seiscientas balas rasas de cañón, junto con las granadas.

A las cinco de la tarde del 1º de mayo entraron en la plaza Davis y Zavala, éste iba como escolta personal de Walker y de su estado mayor, y él mismo los haría pasar por entre las líneas aliadas. Hízose formar la tropa filibustera en la plaza para leérseles la última orden día (la No. 59). Decíales Walker en ella haber firmado el convenio en razón de solemnes seguridades dadas a él respecto de que Lockridge había renunciado a sus esfuerzos de llevarles ayuda por el San Juan, habiéndose regresado ya a Estados Unidos. Añadía que por el momento se separaba de ellos, y expresaba su agradecimiento a los oficiales y soldados que militaron bajo su mando, manifestándoles que las cosas habían llegado "a la presente situación por la cobardía de algunos, la incapacidad de otros, y la traición de muchos", pero que "pese a todo, el ejército ha escrito una página en la historia americana que será imposible olvidar ni borrar jamás. Esperamos que el futuro, si no el presente, nos juzgue con justicia". Después de este mensaje de despedida se leyó a la tropa el texto del convenio firmado por Walker y Davis. Acto seguido avanzó Hennigsen para notificarles que desde ese momento quedaban todos al mando del Capitán Davis y bajo la protección de la bandera americana, y que era de esperarse prestaran al capitán de la marina la misma ciega obediencia que habían rendido a su general en jefe. Luego

Henningsen entregó el mando de la guarnición a Davis, quien también les habló pidiéndoles ayudarlo en el desempeño de su espinosa tarea. El marino y el filibustero se encaminaron hacia el Cuartel General de Walker, y lo encontraron vacío. Walker y su Estado Mayor, mientras ocurría lo anterior, habíanse escabullido a caballo y tomado el camino de San Juan del Sur escoltados por el General Zavala. (1).

La precipitada partida de Walker resintió mucho a la tropa. Lo acusaron de haberlos abandonado en la desgracia, y de pensar sólo y antes que todo en su seguridad personal. Consideraban que, al igual del capitán de un barco que se hunde, debió haberse quedado hasta no ver al último a salvo. Pero en vez de ser así, fue el primero en buscar como salvarse abandonando a una tercera parte de sus partidarios enfermos y heridos. Fue también censurado por haber tomado una ruta de regreso a su patria distinta de la de ellos, y algunos de sus críticos dijeron que tuvo miedo de enfrentarse a otros que no fueran sus oficiales de mayor confianza, cuando había desaparecido toda sujeción a la disciplina militar. El evidente desempeño en que Walker dejó a sus soldados se hizo más ostensible aún a poco de la ocupación de la plaza de Rivas por los aliados. No había él dicho nada a Davis respecto de su arsenal, y es probable que el marino no supiera de su existencia. Los aliados, por tanto, consideraron la destrucción del arsenal una flagrante burla del convenio de capitulación, y tanto enfureció eso a los soldados que mucho costó a sus oficiales impedir que desahogaran su rabia en los ya indefensos filibusteros. (2). La rabia de los aliados, sin embargo, no tenía razón de ser, puesto que Walker no se había rendido a ellos sino al capitán de un buque de guerra americano, quien nada había estipulado acerca del armamento, como no fuera que los soldados filibusteros debían entregar sus armas; que todos los oficiales

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 202; **La Guerra de Nicaragua**. Págs. 403 - 9, por Walker.

(2) Data dado personalmente al autor por el General John T. McGrath. Ver también el Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler, Pág. 215.

podían conservar sus armas de cinto y que Walker y sus dieciseis oficiales seleccionados por él llevaran sus espadas y revólveres. Uno de los artículos del convenio estipulaba que los hombres aún fieles a Walker no serían transportados en los mismos barcos que los desertores.

Al momento de capitular, los filibusteros tenían todavía víveres para dos o tres días, y esto era: dos bueyes, dos mulas, y algo así como diez quintales de azúcar. Durante más de un mes su dieta fue principalmente de carne de caballo y de mula, azúcar y chocolate. Con gran riesgo de sus vidas podían hacerse de unos pocos mangos en las rondas de la ciudad; pero como había quienes deseando pasarse al enemigo se hacían "capturar" cuando recogían la fruta, los que no querían manchar su reputación con sombras de sospecha no se acercaban a los mangos.

En Rivas se rindieron en total 463 hombres, clasificados así: oficiales y soldados en servicio activo, 164; heridos, enfermos, médicos y asistentes de hospital, 173; empleados de diversas dependencias y civiles armados 86; tropa nicaragüense, 40. (1). Estas cifras hablan con mayor elocuencia de lo que pudiera decirse con palabras acerca de la muerte, enfermedades y las deserciones ocurridas durante el sitio de Rivas. Cuando Walker concentró allí sus fuerzas para librar su última batalla contaba con 919 hombres. El 1º de febrero le llegaron cuarenta reclutas de California, y el 7 de marzo setenta más. Tenía por lo tanto en Rivas un total de 1.026 hombres; y como el día que capituló no le quedaban más que 463, el número de muertes y deserciones en cuatro meses de sitio alcanzó a 566, o sea el 55% del total de sus fuerzas. Digno de atención es el hecho de que cuarenta soldados nicaragüenses estuvieran con Walker hasta el último momento, sirviéndole voluntariamente. Al contrario de los generales centroamericanos, Walker nunca obligó a engrosar sus filas a ningún hijo del país, y era precisamente su temor al reclu-

(1) Tomado del informe de Henningsen que figura en el Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler.

tamiento forzoso lo que hacía que la gente más pobre lo considerara al principio como su libertador. Por mucho tiempo la oposición a los filibusteros en Nicaragua se circunscribió principalmente a las clases superiores, que eran los **calzados** (así en el original inglés). Fue sólo hasta cuando aparecieron los de la proveeduría montada llevándoseles sus caballos, mulas, ganado, y víveres, que los más pobres se volvieron contra los filibusteros. La visita de uno de esos de a caballo significaba para ellos el hambre, lo cual era peor que el reclutamiento durante sus guerras intestinas. Es verdad que también los jefes militares nicaragüenses se les llevaban sus víveres, pero en mucha menor cantidad que los filibusteros. El soldado del país requiere un mínimo para su manutención; a él le bastan sólo plátanos y tortillas de maíz, y en tan mínima cantidad que con esa magra dieta un filibustero se moriría lentamente de necesidad. Por su parte, el filibustero exigía sus diarias raciones de carne, y la porción que consumía de bebidas y comida era tal que los nicaragüenses la consideraban enorme. Su apetito, pues, les obligaba a saquear el país.

Los soldados nicaragüenses que Walker tenía en Rivas, en los intervalos de la lucha conversaban a menudo con sus paisanos de las trincheras contrarias. Algunos de los que estaban con los aliados decían a sus compatriotas haber sido **agarrados** (así en el original inglés) y llevados allí a la fuerza. Walker dice en su libro que de las trincheras leonesas nunca dispararon contra los americanos. (1). Walker y los oficiales de su Estado Mayor seleccionados por él, con excepción de Henningsen, se alojaron en camarotes del **Saint Mary** en la noche del día de su rendición. Davis no llegó sino hasta la mañana siguiente, cuando pidió a Walker entregarle la goleta **Granada** sin oposición alguna para no tener que hacer uso de la fuerza. El convenio de capitulación no mencionaba el barco, por consiguiente, Walker se negó a entregarlo; pero Davis, poniendo oídos sordos a los argumentos

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Pág. 395, por Walker.



del filibustero, ordenó a su Primer Teniente Maury abordarlo y apoderarse de él. Este oficial llegó a la **Granada** exigiéndole a Fayssoux su entrega. El valeroso capitán respondió que sólo ante fuerza superior la entregaría. La **Saint Mary** apuntó entonces sus cañones a la goleta y embarcó a gente armada en sus botes. Realizada esta operación Maury intimó a Walker diciéndole que si quería evitar un derramamiento de sangre ordenara a Fayssoux rendir el barco. El filibustero vencido escribió entonces esta nota a Fayssoux: "Entregue la goleta **Granada** a Estados Unidos". Al poco rato fue arriada la bandera de Nicaragua y la de Estados Unidos subió al tope del palo mayor. La marina nicaragüense había dejado de existir. Y para colmar la copa de la amargura del filibustero, el 4 de mayo, segundo aniversario de la salida del **Vesta**, Davis entregó la goleta a los costarricenses, quienes la pusieron en manos de un negro jamaicano ayudante del General Cañas. Días después desplegó sus velas repleta de guatemaltecos con rumbo a El Realejo. Una tormenta la hizo pedazos contra los arrecifes de la costa, pero la gente se salvó. Así terminó la breve carrera del primer barco de guerra nicaragüense. (1).

Davis no tenía más autoridad para intervenir que las instrucciones recibidas de Mervine sobre la protección de la vida y propiedades de ciudadanos norteamericanos. El Secretario de Marina, sin embargo, había enviado instrucciones a Mervine de ofrecer a Walker y a los que siendo ciudadanos americanos fuesen también partidarios suyos, la oportunidad de salir de Nicaragua; pero Davis, sin conocer tales instrucciones, actuó en conformidad con ellas. El Departamento de Marina aprobó todo lo hecho por él, salvo la aprehensión de la goleta **Granada** y su entrega a una de las partes beligerantes. (2). Los sobrevivientes de la expedición, 364 en total, fueron llevados a Panamá, donde Mervine los atendió. Las mujeres y los niños evacuados de Rivas por Davis duran-

(1) Carta de Walker a Buchanan publicada en el *States*, de Washington, el 17 de junio de 1857; *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 410 - 11, por Walker.

(2) Informe al Secretario de Marina, 1857, en House Ex. Doc. 2, 35 Cong. 1 Sess.

te las hostilidades pasaron los días críticos en casa del cónsul americano en San Juan del Sur; para su manutención los oficiales de la corbeta **Saint Mary** contribuyeron con unos cuatrocientos o quinientos dólares. Esta gente, junto con los enfermos y heridos, más los oficiales que Walker dejó, fueron enviados a San Juan del Norte, donde los médicos ingleses del **Orion** asistieron a los enfermos. El barco de guerra americano **Cyane** se los llevó a todos a Colón, 142 en total, incluyendo trece mujeres y cinco niños, a donde llegaron el 16 de junio. El **Orion**, habiéndole precedido, volvió a prestarles ayuda. El Comodoro Hiram Paulding, Comandante de la Flota del Caribe, gestionó su transporte hasta Nueva York a bordo de uno de los vapores de esa ruta, pero la compañía naviera sólo accedió a llevarlos a Nueva Orleans. Sin embargo, habiendo insistido los médicos en que debía llevarseles a un clima más septentrional, Paulding se encargó de transportarlos hasta Nueva York a bordo del **Wabash**, su barco insignia. Más de la mitad de la gente estaba enferma, y todos, cuando subieron a bordo de los barcos americanos, iban en estado de indigencia, faltas de ropa adecuada y plagados de chinches y de piojos. De los almacenes del barco se les dio lo que se pudo. El Capitán Erskine, de la armada inglesa, ofreció el **Tartar** para llevar a los sobrevivientes a Estados Unidos tan pronto como ese barco volviese de su viaje a Nueva Orleans a donde había conducido a los hombres de Lockridge, pero Paulding declinó el ofrecimiento. (1). El **Wabash** entró en Nueva York el 28 de junio con 138 refugiados; cuatro habían muerto en el viaje.

El Comodoro Mervine, entre tanto, se las veía negras con más de trescientos hombres de Walker; las tribulaciones de éstos eran también grandes y constituían además un peligro para la salud de la marinería. Los envió por tren de Panamá a Colón, de donde fueron transportados a Estados Unidos.

[1] Manuscritos de los Archivos de la Secretaría de Marina, Flota del Caribe, II, Pág. 33 y otras.

La invasión de Nicaragua no fue una excursión campestre. Se ha calculado que, en proporción numérica, las bajas de los filibusteros fueron así como el doble de las sufridas por el ejército americano en la guerra con México. El 11 de abril de 1856 los filibusteros perdieron en Rivas el veinticuatro por ciento de sus combatientes; en la segunda batalla de Masaya, el 17 de noviembre, perdieron el treinta y cinco por ciento; en el sitio de Granada el cincuenta y siete por ciento; en la primera batalla de San Jorge, el veintitrés por ciento; y en la última, el dieciocho por ciento. (1). Varios son los cálculos hechos de las bajas que por una u otra causa sufrieron los filibusteros. Monsieur Felix Belly, publicista francés que estuvo en Nicaragua poco después de la caída de Walker, y que dejó un muy entretenido aunque no muy exacto relato de lo que vio y supo allá, dice que en Nicaragua murieron catorce mil filibusteros. (2). Según otro cronista, de los estados americanos del Atlántico salieron siete mil aventureros hacia Nicaragua y unos tres mil quinientos de California. (3). Ambos datos son burdas exageraciones. La fuerza efectiva de Walker nunca pasó de mil doscientos hombres, y el mayor número que lanzó al combate fue de ochocientos, en su primera batalla de Masaya. De acuerdo con un informe que se dice preparó el ayudante general de Walker, el total de soldados enganchados hasta el 24 de febrero de 1857, con exclusión de los del país, empleados de las diversas dependencias, y ciudadanos voluntarios, fue de 2.288. (4). Después de esa fecha sólo le llegaron setenta reclutas más. Henningsen, que relata pormenores con precisión militar, fija el total de enganchados desde el desembarco de Walker hasta el día de su rendición en 2.518 hombres. Este dato incluye los contingentes omitidos en el informe del ayudante general del líder filibustero. Como puede verse, ambos informes concuerdan. Henningsen da cuenta también de lo que ocurrió a los filibusteros enganchados: Mil murie-

(1) Informe de Henningsen. Ver Vol. 4, Pág. 208 del libro de recortes de Wheeler.

(2) *A Traverss l'Amérique Centrale*, Vol. 1, Pág. 285, por Felix Belly.

(3) *Dublin Review*, XLIII, Pág. 375.

(4) *Nicaragua*, Págs. 209 - 10, por Peter F. Stout (Filadelfia, 1859).

ron en combate o de enfermedades; 700 desertaron; 250 fueron dados de baja; 80 cayeron prisioneros estando de guardia en poblaciones o en vapores, y el resto se rindió en Rivas, con excepción de unos pocos más de quienes no se da cuenta. El treinta y cuatro por ciento de las fuerzas fue muerto o herido; el cuarenta por ciento cayó víctima de las balas aliadas o de las enfermedades; el veintiocho por ciento desertó; el diez por ciento fue dado de baja; el cuatro por ciento fue hecho prisionero o no se supo nunca de ellos. Tan sólo quedó el dieciocho por ciento que se rindió en Rivas.

Los cálculos referentes a las bajas sufridas por los centroamericanos son sólo presunciones, pero no es muy aventurado decir que fueron cuatro o cinco veces mayores que las de los filibusteros. No tenían armas de precisión ni eran duchos en el manejo de las suyas, mientras que los otros eran en gran parte expertos tiradores. El francés M. Belly ardiente simpatizador de los aliados en su lucha contra Walker, describe con gran elocuencia los horrores que los atormentaban. "El cólera y las plagas", dice, "junto con los rifles americanos hacían de cada ciudad una tumba y de cada jornada una hecatombe . . . Aquello no fue una guerra, fue una carnicería". (1). Y también el Presidente Mora, después de la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856, declaró que los filibusteros pelearon más como demonios que como hombres, y que el peor enemigo, tanto de los filibusteros como de los costarricenses, había sido el clima de Nicaragua, al que atribuyó la pérdida de mil soldados suyos. (2). Henningsen, cuyos cálculos son tan buenos como los mejores, pone en 17.800 hombres la fuerza total lanzada por los aliados contra Walker. De esa cifra, 11.550, dice, eran soldados centroamericanos llegados a Nicaragua. El total de aliados muertos y heridos en combate lo calcula en 5.860, pero no se arriesga a estimar cuántos murieron del cólera y otras enfermedades.

(1) Obra citada de Belly, Pág. 285 del Vol. I.

(2) *Times*, de Nueva York, 9 de marzo de 1857.

(1). Los cálculos de Henningsen respecto al número y a las pérdidas de los aliados son mucho más moderados que los remitidos por corresponsales de periódicos cuando ocurrieron los sucesos; de manera pues que estos reportajes deben leerse con cautela. Las cifras de Henningsen, en cambio, provienen de un avezado observador militar, quien nada ganaba con exagerar el número de las fuerzas contrarias ni con empequeñecer las propias, y son por consiguiente más dignas de fe que las calculadas al buen tuntún por los reporteros.

No hubo regocijo en Estados Unidos por la caída de Walker, como no fuera de parte de los acérrimos opositores a la extensión de la esclavitud. De mucho consuelo fue el hecho de que Walker hubiera sido derrotado gracias sólo a la ayuda facilitada por Vanderbilt, Spencer, y Davis, americanos todos. (2). El más fuerte calificado opositor del filibusterismo fue Horace Greeley, cuyo diario **Tribune**, de Nueva York, si bien expresaba contento por el desenlace, decía: "En vano buscamos en toda su carrera un solo acto de cordura o perspicacia. Todo su éxito se debió a la absoluta postración en que a causa de las guerras civiles se encontraba el pueblo de Nicaragua y al querer vivir en paz a toda costa". (3). Por otro lado, el **Harper's Weekly**, que en varios artículos censurara diversas fases de la campaña de Walker, pedía al **Tribune** mostrara la forma en que el cierre de la ruta del tránsito interoceánico, que causó el debilitamiento de Walker, había redundado en beneficio de la civilización o del comercio, y añadía que si un considerable sector del pueblo nicaragüense pidiera a Walker volver al país, y él viese la conveniencia de ligar sus intereses a los de la Compañía Accesoria del Tránsito que lo había arruinado, su segunda toma de

---

(1) Atribúyese al Presidente Mora haber dicho que los estragos del cólera y la proximidad de las lluvias había hecho inevitable la disolución del ejército aliado en veinte días si Walker hubiera podido sostenerse durante ese tiempo. Vol. 4 de los libros de recortes de Wheeler, Pág. 249.

(2) Vol. 4, Pág. 239 de los libros de recortes de Wheeler.

(3) **Weekly Tribune**, Nueva York, 3 de julio de 1857.

posesión de la presidencia de la república no sería causa de hondas lamentaciones. (1).

La prensa británica, desde luego, exteriorizó su regocijo al ver que Walker había dejado de ser elemento perturbador en la América Central. Pocos ingleses, si es que sus diarios eran fiel reflejo de la opinión pública, parecían haber comprendido los propósitos de Walker. Para ellos fue siempre un bandido, un granuja, un desalmado saqueador, y cabecilla de una chusma armada. El **Times**, de Londres, deploró que Davis hubiera intervenido y evitado "el ignominioso fin de la carrera de los filibusteros, como no fuera que el estado de desesperación en que se hallaban les hubiese hecho ver que la muerte era lo único que les esperaba a todos". Y a continuación: "Que Estados Unidos pelee y conquiste si ve razón para ello y está dispuesto a asumir la responsabilidad; pero es un oprobio que una nación celosa de su buen nombre se convierta en patrocinadora —aunque solapada— de bandidos tales como esos filibusteros y su jefe". (2). Después de medio siglo la idea de que los gobiernos de Pierce y de Buchanan utilizaron a Walker como instrumento para efectuar la anexión de partes de la América Central aún persiste, y sólo entre los escritores ingleses.

---

[1] **Harper's Weekly**, Vol. 1, Pág. 530.

[2] **Times**, de Londres, del 18 de junio de 1857. Hermosas palabras, esas, de una nación que salió a dar sus primeros pasos por el mundo con las expediciones piráticas de los vikingos y normandos, y que debe su imperio de Oriente y el dominio de los mares a los bucaneros de los siglos XVI y XVII. Y más aún: La invasión del Transvaal, encabezada por Jameson, (+) está todavía fresca en la memoria de los hombres.

[+] Sir Leander S. Jameson, inglés nacido en 1853 y muerto en 1917, invadió ese territorio del África del Sur en 1906 y logró al fin extender de esa manera el imperio colonial de la Gran Bretaña. (N. del T.).

## CAPITULO XX

### Más desventuras de los filibusteros

Mientras el filibusterismo disparaba en Rivas sus últimos cartuchos, la atención pública se había fijado de nuevo en Sonora. Hacia allá iba otra expedición californiana. Era el líder Henry Crabb, cuyo nombre ha figurado en estas páginas. Crabb, originario de Nashville, Tennessee, había sido condiscípulo de Walker. Se graduó de abogado y comenzó a ejercer en Vicksburg, Misisipí. En 1848, en el curso de la campaña presidencial, tuvo un altercado en un mitin político con un hombre apellidado Jenkins, Director del **Sentinel**, y al otro día, al encontrarse ambos en la calle, volvieron a discutir y terminaron baleándose; del lance resultaron herido Crabb y muerto Jenkins. Crabb fue procesado por homicidio y luego absuelto. Poco después se trasladó a California en una caravana de buscadores de oro. Se estableció en Stockton donde reanudó su carrera de abogado y al poco tiempo fue electo procurador de la ciudad. En 1852 era miembro de la cámara legislativa del estado y en los dos años siguientes fue senador del estado. En 1855 se afilió al partido "Know-Nothing" (+) y fue postulado para senador de Estados Unidos, pero se retiró de la lucha cuando se vio perdido. (1).

(+) Partido secreto político que tuvo su apogeo entre 1853 y 1856. Tenía como lema negar empleo gubernamental a todo aquel que no fuese nacido en Estados Unidos, y hacía la guerra a los católicos. Estos "no-sé-nada" decían no tener conocimiento de las actividades de su partido; de ahí su denominación. (N. del T.).

(1) *Casket of Reminiscences*, Págs. 385 - 7, por H. S. Foots, (Washington, 1874; y *Bench and Bar of the South and Southwest*, Pág. 144 (St. Lous. 1876; O'Meara, Broderick y Gwin, Págs. 47 - 8; *Reminiscences of a Ranger*, Pág. 217, por Bell; *History of California*, Vol. III, Pág. 806 y siguientes, por Hittell.

Decepcionado de la política, Crabb comenzó a buscar dónde volcar el sobrante de sus energías. Al igual que Walker, se interesó tan vivamente en los planes de los franceses en Sonora que en octubre de 1853 tomó pasaje en el bergantín **Caroline** que iba de San Francisco a Guaymas; quería echarle un vistazo al país. Se había casado con la hija de un español de Manila, Islas Filipinas, de apellido Aínza. Esta familia, radicada en Sonora, había sido en un tiempo bastante acaudalada, pero habiéndose empobrecido a causa de revoluciones y confiscaciones, emigró a California en calidad de refugiados. El viaje de Crabb tenía como fin ver la manera de conseguir la restitución de las propiedades de los Aínza. Sucedió, sin embargo, que el **Caroline** era barco contratado por Walker para llevar sus filibusteros a Baja California, y cuando la heterogénea multitud de esos aventureros subió a bordo, Crabb pensó que si llegaba a Sonora en semejante compañía fracasaría en sus gestiones. En consecuencia, bajó su equipaje y pospuso su viaje para una ocasión más propicia. (1).

Pasado algún tiempo Crabb partió al Este de Estados Unidos, y al cruzar por la vía de Nicaragua —según vimos en el Capítulo VIII— concibió la idea de llevar a ese país tropa californiana a tomar parte en la lucha empeñada entre legitimistas y democráticos. En su viaje de regreso a California le acompañaban C. C. Hornsby y Thomas F. Fisher, a quienes indujo a incorporarse a la empresa. Por mediación de Fisher firmó un contrato con Jerez para llevar quinientos hombres a Nicaragua, pero cuando Crabb llegó a California le tentó la idea de hacerse elegir senador de Estados Unidos, y viendo en esa coyuntura la posibilidad de alcanzar ahora su ambicionada meta, abandonó su propósito filibustero para lanzarse de nuevo a la política. El contrato que tenía con Jerez se lo ofreció a su amigo Walker; pero éste prefirió el que Cole había firmado con Castellón. A la influencia de Crabb debióse en parte que Walker y sus hombres se embarcaran en el **Vesta** para Nicaragua.

(1) *Alta California*, 21 de octubre de 1853.



Su nueva incursión en la política produjo a Crabb desilusiones y humillación únicamente, y las noticias del éxito de Walker en Nicaragua le provocaron otro ataque de fiebre filibustera. A Nicaragua no podría ir sino como subordinado de Walker; Sonora, en cambio, seguía pidiendo la llegada de un "regenerador", y su matrimonio con una mujer de familia sonorenses le ataba con fuerza a los intereses de esa región. De consiguiente, a principios de 1856 se organizó un grupo colonizador de unas cien personas, ex-sonorenses en su mayoría, con los cuales partió Crabb a México. Acompañábanle su esposa y varios familiares de ella, lo cual daba a la empresa visos que no eran de filibusterismo. Cuando hubieron llegado todos a Los Angeles, la mitad se desalentó ante la perspectiva de un tedioso viaje a través del desierto, y abandonaron el intento; pero el resto cruzó la frontera. Encontraron Sonora en su estado normal de turbulencia; contra el Gobernador Gándara se había alzado en armas Ignacio Pesquiera. Los insurgentes pidieron ayuda a Crabb ofreciéndole incentivos para que pudiera llevar colonos al país, y le manifestaron el deseo de que una vez obtenida su independencia, Sonora fuese anexada a Estados Unidos, pero que para poder realizarla consideraban indispensable efectuar antes la colonización americana.

Crabb regresó a California en el otoño preñada la mente de un vasto plan de colonización, pero estando la ciudadanía demasiado inmersa en la campaña de las próximas elecciones presidenciales para prestar atención a su proyecto, se vio obligado a posponer por varios meses su intento de realizarlo. En el interín, las dos facciones habían hecho las paces olvidando sus rencores. Ahora, considerando Pesquiera que la invitación hecha a los americanos le perjudicaría ante el gobierno con el cual ya estaba en paz, quiso purgar su pecado de deslealtad acusando de ser filibusteros a los mismos hombres que había querido llevar al país. (1).

(1) House Ex. Doc. Pág. 64, 35 Cong., 1 Sess.

Disipada en California la excitación política, Crabb comenzó a organizar lo que llamó "Compañía Colonizadora de Arizona", y muchos señalados políticos californianos apoyaron la empresa. En enero de 1857 se reunieron en asamblea en el pueblo de Sonora, condado de Tuolumne, unos cincuenta o sesenta expedicionarios, los que el 20 de ese mes se dirigieron a San Francisco donde les esperaba otro contingente. Juntos todos (sumaban unos cien individuos) tomaron un barco hacia San Pedro, a donde llegaron el 24. De allí siguieron hasta el Monte, condado de Los Angeles, donde se pasaron una semana comprando bestias, carros y provisiones. El 27 de febrero llegaron a Fort Yuma; y allí se estuvieron otra "reclutando animales".

La compañía se organizó militarmente, y durante su permanencia en Fort Yuma hacían a diario los ejercicios de rutina y también montaban guardia; los oficiales ponían esmero en mantener una férrea disciplina. Crabb era el General en Jefe; R. N. Wood, su ayudante de campo, era ex-miembro de la legislatura estatal de California, y en ese mismo estado había sido uno de los electores de la nominación de Fillmore; T. D. Jones, con el cargo de Jefe del Cuerpo de Artillería, era graduado de West Point, y había sido teniente del ejército regular; el Doctor T. J. Oxley, Jefe del Cuerpo Médico, había pertenecido al partido "Whig" y figuró como líder de los "Know-Nothing" y fue también miembro de la legislatura; J. C. Crosby, con grado de General de Brigada, seguía siendo miembro del senado estatal; William H. McCoun, el Jefe Superior de Administración Militar, era también ex-legislador de California; y Henry P. Watkins, ex-socio del bufete de abogacía de Walker y colaborador en la "regeneración" de Sonora, tenía el cargo de Intendente del Ejército.

A principios de marzo Crabb y su gente salieron de Fort Yuma hacia Sonora tomando el camino del desierto. El 25 llegaron al poblado de Sonoyta, al borde de la frontera de México. El Alcalde del pueblo notificó en el acto al Prefecto de

El Altar que los hombres iban armados de dagas, revólveres, y rifles, pero que se habían comportado respetuosamente con las familias, las personas y la propiedad. La noticia de que iban en camino la sabían ya las autoridades mexicanas, y se disponían a resistirlos. En su llamamiento a los sonorenses el Prefecto de El Altar instábales a tomar las armas contra "los bandidos". Ignacio Pesquiera, Vice-gobernador del estado y General en Jefe de las fuerzas de la frontera, hizo más que el mismo Herodes en querer demostrar su lealtad y su rotunda execración de los hombres a quienes antes indujera a invadir Sonora. En una engolada proclama pedía: "Volemos a castigar, con toda la furia que a duras penas pueden contener nuestros corazones llenos de odio, a la opresión, a los salvajes filibusteros que en mala hora intentan hollar el suelo patrio y provocar ¡insensatos! nuestra ira. ¡Ni piedad ni sentimientos generosos para con esa chusma! ¡Que mueran como bestias salvajes quienes pisoteando la ley de las naciones y despreciando el derecho de gentes y todas las instituciones sociales, se atreven a invocar como su única norma la ley de la selva, y a valerse sólo de la fuerza bruta". (1).

La hostilidad demostrada por las autoridades pareció sorprender mucho a Crabb, quien apenas llegó a Sonoyta se presentó ante el custodio del pueblo dándole palabra de sus buenas intenciones, y protestando al mismo tiempo contra los actos hostiles y acusaciones lanzadas contra él. También escribió al Prefecto de El Altar manifestándole que él y su gente había llegado en conformidad con las leyes de colonización de México inducidos por muy influyentes ciudadanos, "con miras a fundar hogares más felices con ustedes y junto a ustedes". A la gente que llevaba, añadía, se agregarían novecientos hombres más. Sus propósitos eran "simplemente pacíficos", ajenos a ideas hostiles. Cierto era que iban armados, cosa usual cuando se tienen que atravesar regiones infestadas de indios bravos; y grande era su sorpresa al ver que las autoridades tomaban una actitud bélica

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong., 1 Sess.

amenazándolos con envenenar los pozos, e incitando a los indios en su contra. Terminaba su carta con la advertencia de que "si ha de verterse sangre, con todos sus horrores, sea usted el responsable, no yo". (1).

Crabb se estuvo sólo dos días en Sonoyta y luego siguió rumbo a Caborca, pequeña ciudad cercana a Punta Lobos, en el Golfo de California. A eso de las ocho de la mañana del 1º de abril, estando a media milla de la ciudad y yendo descuidados por los trigales, los filibusteros recibieron una repentina descarga de mexicanos emboscados. Continuaron avanzando sobre la ciudad al tiempo que respondían al fuego; los mexicanos los acosaban por los flancos. Pudieron tras una hora de lucha guarecerse en unas casas de adobe mientras los mexicanos se hacían fuertes en la iglesia de enfrente. En el encuentro murieron dos de los filibusteros y dieciocho resultaron heridos, tres de los cuales fallecieron la noche siguiente. Unas horas después de haber entrado en las casas, Crabb y otros de los suyos arremetieron a través de la calle con un barrilito de pólvora en intento de volar las puertas de la iglesia. Fracasaron; murieron varios, y algunos, junto con Crabb, quedaron heridos. Estaban los americanos estrechamente cercados cuando el 6 de abril una flecha encendida prendió fuego al techo de su casa. Hicieron los sitiados estallar un barrilito de pólvora bajo el techo de paja en llamas con el propósito de apagar el fuego. Habiéndoles fallado esto también, Crabb hizo propuestas de paz.

Poco antes de las once de la noche enviése un hombre a la iglesia bajo bandera de tregua. No se le permitió volver, pero desde allí llamó a sus compañeros diciéndoles que Gabilondo, el jefe, les prometía enviarlos a El Altar para ser juzgados conforme a las leyes si salían todos de la casa uno por uno dejando sus armas adentro. Luego Crabb hizo que su cuñado, un hispanoamericano apellidado Cortlezón, entablara a larga distancia pláticas de paz con Gabilondo. El

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong. 1 Sess. Págs. 29 - 30.

militar mexicano hablaba desde el campanario de la iglesia y Cortlezón desde la puerta de la casa de adobes. Volvió a prometer Gabilondo un juicio ajustado a la ley, y Crabb dijo a Cortlezón que preguntara cómo iban a ser tratados los heridos. Gabilondo respondió que tenía un buen médico para atenderlos. Hecha esta promesa Crabb resolvió rendirse, bien que algunos de sus hombres desconfiaban de la promesa mexicana. Los americanos atravesaron de uno en uno la calle dejando sus armas en la casa, y apenas entraban en la iglesia eran amarrados y llevados al cuartel. Se separó a Crabb de sus hombres y no le permitieron comunicarse con ellos. A la una de la mañana del 7, a dos horas justas de su rendición, se presentó un sargento con un papel que comenzó a leer en español y Cortlezón a traducir al inglés. El papel decía que al amanecer todos serían pasados por las armas.

La sentencia se ejecutó pocas horas después. Los fusilaron en grupos de cinco y diez. Los soldados destinados a esa tarea estaban tan nerviosos y les temblaba tanto el pulso que a la primera descarga caían más filibusteros heridos que muertos. Los estertores de los heridos los ponían más nerviosos todavía. Entonces voltearon a los prisioneros de espaldas para que los soldados no tuvieran que mirar las caras de los hombres a quienes estaban tirando; así pudieron hacer mejor su trabajo. A Crabb se le aplicó un tratamiento especial. Se le amarró con la cara vuelta a un poste frente a la casa que había ocupado, y le ataron las manos bastante más arriba de su cabeza. Se dice que le dispararon cien tiros a su cuerpo que maniatado quedó colgado. Cortáronle la cabeza, y después de exhibirla varios días en el pueblo la conservaron en mezcal como macabro trofeo de su victoria sobre los filibusteros americanos, y en prueba de lealtad de los pesquieristas al gobierno. Los mexicanos dejaron los cadáveres podrirse al sol, y se jactaron de haber cebado a sus cerdos con carne de americanos. Y también Gabilondo se jactó de haber cumplido su palabra de ponerles un buen médico. La masacre fue sin duda instigada por Pesquiera, quien

para entonces se enfrentaba de haberse relacionado con Crabb; bien sabía que los muertos no hablan. Con los filibusteros iba un muchacho de catorce años llamado Charles Edward Evans. Le perdonaron la vida y reveló la historia. Gabilondo lo llevó a su casa en donde lo tuvo de sirviente hasta que el vice-cónsul americano en Mazatlán pudo obtener su libertad. (1).

Según la versión mexicana, los hombres de Crabb se rindieron a discreción, pero aún cuando esto fuese cierto, la matanza de los prisioneros no tiene justificación. Concediendo que esos hombres fueran bandidos o piratas, el hecho en sí no es razón suficiente para que sus captores los fusilaran en el mismo lugar de los sucesos. Eso fue igual que lincharlos, y es en verdad extraño que un historiador americano justifique tal hecho. (2). El fusilamiento de Crabb y sus compañeros conmovió hondamente los sentimientos en Estados Unidos, sobre todo en California en donde el líder y sus principales asociados eran muy conocidos y estimados, y en donde en cambio los mexicanos eran cordialmente detestados. El Ministro Forsyth pidió al gobierno mexicano efectuar una investigación de los hechos y castigar a los responsables de tan inicua medida, pero la característica demora de las tramitaciones en la América Hispana hizo que el asunto se estancara para siempre en los cenagales de la diplomacia.

No cabe duda, desde luego, de que Crabb llevaba en mente desarrollar algo más que una simple empresa de colonización. Lo que en verdad quería era emular las hazañas de Sam Houston y de Walker en Nicaragua. El periódico **San Joaquin Republican**, publicado en Stockton, donde en un tiempo vivió, decía después de dar cuenta de su muerte: "Nadie que conozca la integridad de los hombres que organizaron y dirigieron la empresa podrá jamás creer que sus propósitos fueran infames o sórdidos . . . Creemos que ni su

(1) House Ex. Doc. 64, 35 Cong., Sess. I.

(2) **North Mexican States and Texas**, Vol. II, Págs. 694 - 5, por H. H. Banco Bancroft (San Francisco, 1889).

más acérrimo enemigo podrá decir que hay o ha habido en California un hombre de más limpia reputación que él". (1). Aunque valiente, honrado y resuelto, Crabb no tenía la fibra de que están hechos los verdaderos filibusteros. Walker y Henningsen se vieron a menudo en más precaria situación que los hombres de Caborca, sobre todo en la primera y en la segunda batalla de Rivas y en el sitio de Granada, y siempre salieron adelante. El haberse fiado de las promesas mexicanas habla bien de su corazón, pero no de su cabeza.

Volvamos a Walker, a quien dejamos a bordo de un barco de guerra americano en San Juan del Sur. De ese puerto el filibustero y su Estado Mayor caído fueron llevados en el **Saint Mary** a Panamá, de donde siguieron a Estados Unidos; llegaron a Nueva Orleans el 27 de mayo. Allí fueron recibidos entusiastamente. Tan pronto como Walker bajó del pasamano sus simpatizadores lo alzaron en hombros llevándolo al coche que lo esperaba. La excitada multitud le siguió en procesión hasta el Hotel Saint Charles, desde cuyo balcón se vio obligado a hablar. El gentío, negándose a dispersarse, le pidió con tanta insistencia que hablara otra vez, que al fin bajó a la rotonda, se subió a una mesa, y volvió a hablar. Celebróse un mitin público el 29 por la noche en la "tierra neutral" de la calle Canal. (2). Walker y su Estado Mayor subieron a un tablado decorado con la bandera de las barras y las estrellas y de su bandera de Nicaragua. El general filibustero habló durante dos horas; hizo un resumen de su carrera en Nicaragua, defendió su actuación, y rindió tributo de admiración a los hombres que lu-

(1) **San Joaquin Republican**, 17 de mayo de 1857.

(2) Una señora de Nueva Orleans, Mrs. V. E. McCord, compuso un poema a Walker cuando éste llegó a la ciudad. La composición carece de valor literario, pero la última de sus quince estrofas es interesante porque expresa la idea que el americano común y corriente tenía de los planes de William Walker:

¡Salve a tí, Paladín! Corone el cielo  
tu frente de caudillo nacional  
y vea pronto volar sobre el mar  
al águila emblemática  
llevando en su pico un ramo  
del árbol americano.

charon contra él. (1). De Nueva Orleans siguió a Memphis, de allí a Louisville, en donde visitó a su hermana la señora de Richardson, luego pasó a Cincinnati y por último a Washington. El 12 de junio, previa cita, fue recibido por el Presidente Buchanan, y tres días después le expuso por escrito su caso contra el Capitán Davis, protestando especialmente por la aprehensión del **Granada**. (2).

Walker llegó el 16 de junio a Nueva York. Un comité de simpatizadores lo recibió en Amboy y cruzando la bahía llegaron a Battery Park, donde bajo un aguacero pronunció un discurso. La noche siguiente asistió al Teatro Wallack, ocupando un palco con Henningsen y su esposa. Al entrar ellos, la orquesta tocó "¡Hail, Columbia!", y Walker se vio obligado a hablar desde su palco. Una muchedumbre de curiosos lo acosaba de tal manera que tuvo dificultad en salir del teatro, y al llegar a su hotel una banda le puso una serenata. A nadie más que a él contrariaban semejantes demostraciones, y tanto que para poder descansar desocupó el hotel y se retiró a un lugar apartado donde sólo sus íntimos podían visitarlo. Henningsen, quien había salido de Colón directamente a Nueva York, fue recibido con más afectuosidad aún que su jefe. (3).

Pero el culto rendido al héroe en Nueva York no había de durar. Las muchas críticas que Walker hiciera a Davis no fueron bien recibidas por la ciudadanía que veía en el oficial de marina al salvador del filibustero. Además, el **Wabash** llegó en seguida repleto de desdichados cuya terrible indigencia, padecimientos, y desamparo total fueron ampliamente descritos, y tal vez hasta con exageración, por los diarios y revistas. Muchos relatos de esos hombres daban cuenta de la indiferencia y las crueldades de su líder; y esto adquirió más vivos colores cuando se supo que Walker ni si-

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 208.

(2) *States*, de Washington, 17 de junio de 1857.

(3) *Herald*, de Nueva York, 17 y 19 de junio de 1857; Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 202.



quiera visitó a los que tanto habían sufrido peleando por su causa, ni jamás hizo nada por aliviar su situación. Más bien sucedió lo contrario: tres días después de haber llegado ellos a Nueva York él salió apresuradamente rumbo a Charleston. De aquí partió a su casa de Nashville cruzando en cortas etapas el estado de Georgia, y luego llegó a Mobila donde ya habían comenzado los preparativos de una nueva expedición a Nicaragua. En agosto habló la prensa de una organización denominada "Liga Centroamericana", con ramificaciones en todas las grandes ciudades de Estados Unidos, creada con el fin de organizar y equipar una segunda expedición en escala mucho más grande que la primera. Walker no ocultaba su propósito de regresar a Nicaragua, y Henningsen, al despedirse de Lockridge en Nueva York, le dijo afirmativamente: "Nos veremos otra vez en Filipos". (+). Al llegar el otoño, Henningsen en Nueva York, Waters en Misisipí, y Rogers en Nueva Orleans, fueron vistos como sospechosos de ocuparse activamente en el enganche de voluntarios y en la compra de armas. (1).

El conocimiento de estos hechos y rumores hicieron que Irisarri y Molina dieran cuenta al Secretario de Estado Cass de la expedición que se planeaba, así como de las colectas que ellos creían se estaban haciendo en Nueva York para comprar armas; por consiguiente, rogaban al gobierno americano impedir el desembarco de tal expedición en cualquier puerto de la América Central en caso de que no pudiera evitarse su salida de Estados Unidos. (2). Inmediatamente Cass envió una circular a todos los jefes de policía de Estados Unidos, a los fiscales de distrito, y a los administradores de aduana de los estados litorales, poniéndolos en autos de

---

{+} De Shakespeare, JULIO CESAR, Acto IV, Escena III: "Casio. Entonces vamos, como deseáis. Nos pondremos en marcha y los encontraremos en Filipos". Filipos, ciudad de Macedonia, en los confines de Tracia, no lejos del mar. En la Ilanura que rodea la ciudad de ese nombre en el año 42 antes de C., se libró la batalla llamada de Filipos entre las fuerzas de Bruto y Casio por una parte y las de Octavio y Marco Antonio por otra. La batalla se prolongó por varios días y terminó con la derrota y la muerte de los primeros. (N. del T.).

{1} **Herald**, de Nueva York, 14 de diciembre de 1857.

{2} Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Notas, América Central, II.

la proyectada expedición, y encareciéndoles el rígido cumplimiento de la ley. Terminaba instándoles a remitir rápidamente al Departamento de Estado cualquier informe que obtuvieran sobre dicha expedición. El Secretario de Marina expidió las mismas órdenes a los capitanes de barcos en aguas centroamericanas. Las autoridades de Mabila y Nueva Orleans acusaron recibo de la comunicación de Cass, pero no remitieron ningún dato referente a expediciones filibusteras. El Fiscal Federal de Nueva Orleans, no obstante, notificó a Cass que dado caso saliera de ese puerto una expedición no habría manera de impedirlo, pues la fuerza naval de allí era completamente inadecuada. Cass transmitió en el acto la nota al Secretario de Marina, Isaac Toucey, quien ordenó al **Fulton** recalar en Mabila y Nueva Orleans antes de zarpar hacia aguas centroamericanas. No fue éste un método muy eficaz para suprimir el filibusterismo, pero era más o menos todo lo que la Secretaría de Marina podía hacer con las fuerzas de que disponía.

El 30 de octubre el fiscal federal en Nashville participó a Cass que no cabía duda del reclutamiento de gente en su distrito, y que ya había hecho comparecer ante el juez federal a personas supuestamente sabedoras de los planes de Walker, pero que no había podido reunir suficientes pruebas para entablar acusación contra ellas. Las actividades de los partidarios de Walker han disminuido últimamente, decía, y la expedición sin duda ha sido abandonada o su salida pospuesta. Diez días después llegó noticia de Charleston, Carolina del Sur, respecto de que un ex-capitán de Walker, J. T. Mackey, tenía lista una compañía de cien hombres en la región septentrional del estado, la cual llegaría a Charleston para sumarse a otra compañía de Savannah. El Fiscal de Distrito de Charleston decía estar aguardando el momento en que se juntaran para efectuar detenciones. (1).

Cuando Toucey ordenó al **Fulton** entrar en Mabila y Nueva Orleans de paso para las costas de la América Cen-

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 13, 14.

tral, dio instrucciones a su comandante, Teniente de Navío John J. Almy, de informar al Departamento todo lo que pudiera averiguar en esas ciudades sobre la probable salida de filibusteros. Las instrucciones dadas a Almy incluían también las que ya tenían los demás oficiales de marina en aguas del Caribe referentes a la aplicación de la ley de neutralidad. Estas recomendaciones eran ambiguas, pues iban dirigidas primordialmente a las autoridades civiles de los puertos estadounidenses, así que Almy, antes de partir, pidió por escrito se le dijera de manera concreta cómo debía ejecutarlas. Lo que él preguntaba debe haber estado también en la mente de todos los oficiales estacionados en puertos centroamericanos. Puesto que la ley de neutralidad es aplicable únicamente en los puertos de Estados Unidos o los comprendidos dentro de su jurisdicción, ¿podía él apoderarse de un puerto extranjero de un barco sospechoso —preguntaba— o sólo debía impedir el desembarco de sus pasajeros? Y en seguida ¿qué debía hacer en caso de que los pasajeros alegaran ser viajeros con destino a San Francisco o simplemente colonizadores pacíficos? La respuesta de Toucey no fue muy explícita: los oficiales de marina, era su respuesta, no deben actuar arbitrariamente ni basarse en simples presunciones, y han de tener cuidado de no intervenir en cuestiones de legítimo comercio; pero si se tratara de un barco dedicado a actividades filibusteras debían emplear la fuerza bajo su mando para impedir el desembarco de hombres y de armas. (1). A decir verdad, el estacionamiento de barcos de guerra en puertos extranjeros para hacer cumplir las leyes de Estados Unidos, era un procedimiento tan anómalo que ningún funcionario del gabinete habría podido dar indicaciones concretas respecto de lo que en tal caso debía hacerse.

Llegado que hubo a Mobila, Almy oyó rumores de una expedición filibustera, pero no eran lo suficientemente positivos como para que pudiera él tomar cartas en el asunto. Observó sí una simpatía general en favor del movimiento, y

(1) Senate Doc. 13, 35 Cong., 1 Sess.

también que se tenía la impresión de que Washington lo toleraría. El trató de borrar dicha impresión, pero la ciudadanía hacía hincapié en el muy repetido decir de Cass respecto de que los americanos podían en cualquier momento emigrar llevando sus armas consigo. Si bien pudo observar que toda la gente simpatizaba con los filibusteros, notó asimismo que los apuros económicos que entonces pasaban eran tan agobiantes que la empresa estaba a punto de zozobrar. (1). De Nueva Orleans envió Almy el 1° de noviembre un informe similar. La crisis económica, advertía, era tal allí que el entusiasmo filibusterista se había debilitado grandemente y prevalecía la creencia de que ninguna expedición podría salir antes de un año. Walker permanecía en la ciudad, pero parecía relativamente quieto, y los filibusteros violentos que vivían exteriorizando sus opiniones en la prensa y causando agitación, eran sólo violentos de palabra y pluma. (2).

El oficial de marina no indagó como debía. Porque, al momento de escribir su informe, los preparativos para el regreso de Walker a Nicaragua llegaban ya casi a su fin. Las autoridades civiles federales del puerto estaban más al tanto de la situación, de ahí que el 10 de noviembre fuera detenido Walker bajo acusación de infringir la ley de neutralidad. La detención tuvo efecto poco antes de media noche en su alojamiento de la Calle de la Aduana; de allí fue conducido al Hotel Saint Charles, donde el Juez de Distrito lo esperaba para intimarlo a comparecer al día siguiente por la mañana en el juzgado. Y allí se presentaron también Pierre Soulé y el Coronel S. F. Slatter, el primero en carácter de asesor y el segundo como fiador. Dejóse en libertad a Walker hasta para la mañana siguiente que se vería su caso; Slatter lo afianzó por la suma de dos mil dólares. Compareció Walker a la hora indicada y otra vez se le dejó en libertad para que volviera a comparecer el 19, día en que se le enjuiciaría. El

(1) Esto ocurría en medio del pánico financiero de 1857.

(2) Manuscritos; archivos del Departamento de Marina, Cartas de los oficiales, noviembre de 1857.

Fiscal de Distrito pidió al Juez elevar la fianza a Walker, pero la solicitud fue denegada.

El arresto de Walker se debió en parte a un telegrama procedente de Nueva York que los periódicos de Nueva Orleans publicaron; decía que en el curso de la semana saldría de esta última ciudad una expedición a Nicaragua. Antes de aparecer esa noticia pocos eran en verdad los que sabían de la presencia de Walker en Nueva Orleans. Las autoridades federales se reunieron en consulta a las diez de la noche del 10, y resolvieron arrestarlo. Acentuáronse sus sospechas al saber que el vapor **Fashion**, surto en la bahía, había recibido gran cantidad de provisiones. Hasta muy recientemente este buque-transporte había sido propiedad del gobierno; luego por una suma irrisoria pasó a manos de J. G. Humphries, de quien se sospechaba era amigo de Walker. Su día y hora de salida de Mobila para San Juan del Norte, como barco de pasajeros de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua, fueron anunciados públicamente: de ahí que las autoridades federales lo tuvieran estrechamente vigilado. Enteradas éstas de que la tripulación y cargamento estaban ya a bordo, procedieron a arrestar a Walker. El **Fashion** fue registrado, pero al no encontrarse nada en él no se le detuvo; de modo que pocas horas después del arresto de Walker levó anclas y zarpó río abajo hasta Mobila. A la tarde siguiente Walker, a pesar de estar bajo fianza, se embarcó con su Estado Mayor y gran número de partidarios en un paquebote rumbo a Mobila, y llegado allí abordó el **Fashion**, fondeado a cierta distancia de la bahía. Para salir de Nueva Orleans sin despertar sospechas, sus hombres abordaron el paquebote en pequeños grupos y por diversas vías.

Tan pronto como se supo que Walker había salido de Nueva Orleans, el Fiscal de Distrito Clack puso al tanto del hecho a Cass participándole al mismo tiempo que nada podían hacer las autoridades por falta de un vapor para perseguir a los filibusteros hasta donde se suponía que iban. (1).

[1] House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess, 14.

Al mismo tiempo pidió al Fiscal de Distrito de Mobila vigilar al **Fashion** en caso de que llegara a ese puerto. Al darse cuenta Cass de la evasión de Walker telegrafió a Clack ordenándole tomar un vapor y con el Jefe de Policía y fuerzas suficientes dar alcance al **Fashion**; pero el mensaje, por una razón u otra, nunca le fue entregado. Ahí terminaron las actividades federales de Nueva Orleans. En Mobila las autoridades federales fueron más indulgentes. El Fiscal de Distrito, al recibir el mensaje de Clack, remitió el caso al Administrador de la Aduana, Thaddeus Sandford, quien ordenó registrar el barco. El registro fue pura farsa; en el cargamento no vieron nada sospechoso, y los 250 pasajeros pasaron por emigrantes comunes y corrientes. De modo que se permitió al barco zarpar hacia San Juan del Norte, por más que se daba por seguro que Walker iba en él. (1). Por no haber detenido al **Fashion**, Howell Cobb, Secretario del Tesoro, reprendió severamente a Sandford. El Administrador de la Aduana respondió con una larga y floja aclaración tratando de demostrar tal candidez que hasta los mismos angelitos del cielo hubieran envidiado. El punto de su defensa era no haber sabido nada del caso hasta cuando el vapor había prácticamente salido. Que el vapor estaba anclado a seis millas de la ciudad, añadía, y que cuando el inspector bajó del barco ya éste se preparaba para zarpar y zarpó al momento de entregar él su informe a Sandford. Cobb aceptó tan desmañada disculpa pero le advirtió que debía evitar se repitiera un caso semejante. La reprimenda surtió efecto, pues el 16 de diciembre el dueño del **Fashion** solicitó permiso de salida para la goleta **Queen of the Sea**, con cargamento y mercaderías destinadas a San Juan del Norte. A Mobila había llegado días antes una partida de emigrantes que se suponía querían embarcarse en la goleta. Sanford le retuvo sus documentos de embarque, a pesar de las fuertes críticas de la opinión pública. La noche después de esto se celebró un mitin en el que un ex-gobernador y otros prominentes

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 24 - 27; 39 - 44.

ciudadanos fustigaron con aspereza la política del gobierno. Y fue tan fuerte la grita popular que el Administrador pidió al Secretario del Tesoro respaldar públicamente su conducta. Cobb respondió diciéndole: "Los motivos que tuvo usted para negar la salida justifican su actitud, y este Ministerio lo respalda plenamente. (1).

La evasión del **Fashion** hizo que el gobierno aumentara la vigilancia para impedir el envío de refuerzos a Walker. El Capitán J. C. Mackey, ex-filibustero de quien se venía sospechando que reclutaba gente en Carolina del Sur, fue arrestado en Charleston, pero al permitirle salir del juzgado en busca de fiador desapareció sin dejar huella. Cobb recomendó a los Administradores de la Aduanas de Galveston y Nueva York vigilar de cerca al **Fashion**, que se esperaba volvería pronto a llevar más filibusteros a Nicaragua; y Toucey ordenó a la fragata de vapor **Susquehanna**, estacionada en Cayo Hueso, partir en el acto a Cabo de Gracias a Dios, y desde allí bordear la costa hasta San Juan del Norte. (2).

El **Fashion** zarpó el 14 de noviembre. Apenas entrado en aguas internacionales, los hombres se organizaron en un batallón de cuatro compañías. De los filibusteros a bordo treinta habían estado con Walker en su última campaña, y seis pertenecían a la Falange de "aquellos cincuenta y seis primeros". Hornsby, Anderson, Fayssoux, Swingle, Bruno von Natzmer, y el infatigable luchador y muchas veces herido Henry eran del número de los que iban dispuestos a volver a encarar los infortunios de una campaña tropical. Volvía también con ellos John Tabor a reanudar sus labores periodísticas en **El Nicaragüense**. Henry, ahora con grado de coronel, ejercitaba diariamente a los reclutas poniendo especial empeño en los detalles rutinarios del servicio militar, como decir montar guardia y colocar centinelas; Swingle, por su parte, les enseñaba a fundir balas y fabricar cartuchos. Avistaron tierra el 23, pero el vapor, en vez de aportar en

(1) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 44 - 46.

(2) House Ex. Doc. 24, 35 Cong., 1 Sess., 29 - 32; 49 - 56.

San Juan del Norte se dirigió a la boca del Río Colorado, ramal meridional del San Juan. En este punto echáronse al agua tres botes y se ordenó a una de las compañías, la de Anderson, desembarcar armada. Remaron río arriba bajo un copioso aguaje, y el **Fashion** volvió al mar. Toda la noche el vapor bordeó la costa y a las siete de la mañana del 24 entró resueltamente en la bahía de San Juan del Norte poniendo proa a Punta de Castilla. Atracó el vapor al costado del casco de un viejo barco varado de la Compañía del Tránsito que ahora hacía de muelle, y cinco minutos después todos los filibusteros pisaban tierra. (1).

Todo esto se realizó ante los propios ojos de los oficiales de la corbeta americana **Saratoga**, estacionada allí precisamente para impedir el desembarque. Parece que el Capitán Chatard no vio nada anormal cuando el vapor entró intrépidamente y pasó por su lado con sólo unos quince hombres en cubierta; supuso que el barco traía una cuadrilla de trabajadores americanos a reabrir la ruta del Tránsito. (2). Grande fue su contrariedad cuando vio a varios centenares de hombres armados de rifles saltar de la borda al casco del viejo barco. Se vio en el acto ante el problema que antes atormentara a Almy. Estando como estaban en puerto neutral no quiso disparar contra el vapor para impedir el desembarco, y viendo a los hombres ya en tierra no tenía ningún poder sobre ellos. Muy angustiado escribió en seguida a su jefe superior, el Comodoro Hiram Paulding, entonces en Colón, pidiéndole con urgencia venir a San Juan del Norte. Unos días después de la llegada de los filibusteros arribó el vapor de pasajeros inglés **Dee**, al que Chatard consiguió hacer salir varias horas antes de la hora señalada con su mensaje a Paulding, todavía en Colón. Junto con el despacho oficial enviaba Chatard a Paulding una carta privada lamentándose de su propia estupidez al dejar que los filibusteros burlaran la vigilancia del **Saratoga**. "Por no sé qué causa debo

(1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 276, 280; **Herald**, Nueva York, 14 de diciembre de 1857.

(2) Manuscritos; Archivos, Departamentos de Marina, Flota Doméstica, II, 58.



haber estado como aturdido, y parece que así también mis oficiales . . . Le ruego, señor, venga a aconsejarme. Bailan en mi cerebro las ideas como locas y sólo veo ante mí un tenebroso futuro". (1).

El **Fashion**, que arribó a Colón casi juntamente con el **Dee**, llevó a Paulding una carta de Walker en la que se quejaba de que Chatard lo importunaba con pequeñeces. Este oficial, le decía, so pretexto de proteger la propiedad americana impidió a los filibusteros ocupar los edificios de la Compañía del Tránsito en Punta de Castilla; algunos de sus oficiales, en traje civil, se habían introducido al campamento de Walker sin acatar el ¡quién vive! de los centinelas; los marinos de la corbeta americana, en sus prácticas de tiro al blanco, disparaban sus obuses tan cerca del campamento que un tiro mal dirigido o una bala perdida podía causar graves daños; y Chatard, terminaba diciendo la carta, le había notificado que, por tener su campamento en la línea de tiro del **Saratoga**, debía trasladarse a otro lugar, ya que si el barco tuviera que disparar contra una nave sospechosa los filibusteros peligrarían. Walker, habiendo antes removido de allí a una parte de su gente para no estorbar las prácticas de tiro de Chatard, no hizo caso de esta última notificación. Ardido por la burla que de él habían hecho los filibusteros, Chatard desahogaba su rabia con nimiedades irritante provocándolos a cometer torpezas que justificaran su intervención para aplastar la expedición, y de esa manera borrar en parte la pifia cometida al dejarlos desembarcar. No bien recibió las cartas de Chatard y Walker, Paulding dispuso salir para San Juan del Norte, a donde arribó el 6 de diciembre.

Después de asentar su campamento en Punta de Castilla, Walker se quedó allí esperando la llegada de refuerzos que debía traerle Henningsen, así como noticias de Anderson, a quien dejara con una compañía en la boca del Río Colorado. El plan de Anderson era tomarse los vapores del Río

(1) Manuscritos, Archivos, Departamento de Marina, Flota Doméstica, II, 58.

San Juan para que embarcándose en ellos Walker y sus hombres pudieran seguir al interior del país. Llegó Anderson a la bifurcación del San Juan antes de que la otra gente desembarcara en Punta de Castilla; gracias a ello pudo impedir que la noticia de la llegada de los filibusteros se supiera en los fortines de río arriba y en los vapores que lo surcaban. Anderson tuvo éxito desde el principio. Para el 1º de diciembre tenía en sus manos tres vaporcitos del río y el vapor **La Virgen**, así como la fortaleza El Castillo. Walker, entre tanto, esperaba ávidamente noticias de los hombres que operaban en el río, ya que su fracaso significaría la muerte de sus esperanzas. El 4 de diciembre, sin noticias aún, se pasó la noche en vela y muy inquieto esperando saber de Anderson. Y luego todo el santo día estuvo al acecho y aguardando; y nada de noticias todavía. Los hombres comenzaban a desanimarse; Punta de Castilla era, cuando más, un melancólico y desolado arenal que las torrenciales lluvias caídas desde su llegada habían convertido en un puerco lodazal. Sin embargo, ya entrada la tarde de ese día, se vio venir un bongo sobre el río, y al acercarse pudo distinguirse a uno de los hombres de Anderson sentado en la popa, mientras que los dos bogas eran prueba de la victoria de Anderson; se trataba de prisioneros de guerra costarricenses. "¡Viva Frank Anderson!", gritó aquél cuando vio que podían oírle. "Nos tomamos El Castillo, los vaporcitos del río, y el vapor **La Virgen** sin perder un solo hombre". El mensajero contó que habían llegado hasta doce millas de San Juan del Norte en uno de los vaporcitos capturados, pero que habiéndose varado éste allí lo mandaron a él con la noticia del triunfo. Esto reavivó el abatido espíritu de los filibusteros, cuyo campamento rugió toda la noche en jolgorio y algazara. (1). Pronto creían ellos, dejarían ese inhóspito paraje para irse al paraíso terrenal del interior.

Pero al romper el alba surgió como del fondo del mar la magnífica y nueva fragata de vapor **Wabash**, de cin-

(1) **Herald**, de Nueva York, 28 de diciembre de 1857.

cuenta cañones, ondeando en su proa la insignia del Comodoro Paulding. Ancló fuera del puerto por tener esas aguas poco fondo; quedó exactamente frente al campamento filibustero. Al día siguiente amaneció allí también el **Fulton**, llegando a ser con éste tres los buques de guerra americanos en Punta de Castilla. Y ese mismo día apareció en la bahía el omnipresente pabellón británico enarbolado en la fragata de vapor **Leopard**, de veinte cañones, que fondeó cerca del **Saratoga**, y también el **Brunswick**, monstruo de los mares de noventa bocas de fuego. Este se colocó junto al **Wabash**. Ese día Paulding invitó a su mesa al cónsul de la Gran Bretaña y a los capitanes de los barcos de guerra británicos. (1).

La presencia de tantos barcos de guerra inquietó bastante a los filibusteros, pero a medida que las horas pasaban sin ocurrir nada extraordinario, se hizo creer a la gente de Walker que los barcos americanos estaban allí solamente para vigilar a los ingleses e impedir que intervinieran. Durante el día se desprendieron del **Saratoga** varios botes que remontaron el río; estos movimientos no llamaron la atención de los reclutas que simplemente creyeron se trataba de botes aguadores, pero sí preocupó a los oficiales veteranos quienes notaron que los botes no regresaban. Pasada la media noche Walker envió río arriba y en secreto a Fayssoux a ver qué hacían aquellos botes allá. Descubrió que cortaban el paso del río. De esto no se dijo nada a la gente, pero por la mañana fueron enviados Fayssoux y Hornsby a protestar ante Paulding. El Comodoro les informó que había bloqueado el río para impedir que Walker lo remontara, y que haría prisioneros a todos los filibusteros para llevarse los a Estados Unidos. Los dos oficiales filibusteros quedaron detenidos en el barco insignia, y Paulding hizo los preparativos para desembarcar fuerzas en Punta de Castilla. (2). Trescientos ma-

---

(1) **Life of Hiram Paulding, Rear-Admiral U.S.N.**, por Rebecca Paulding, Pág. 183 y siguientes, (Nueva York, 1910)

(2) **Herald**, de Nueva York, 28 de diciembre de 1856.

rineros e infantes de marina fueron transbordados al **Fulton**, el más pequeño de los barcos, al cual Paulding trasladó su insignia, y lo atracó al muelle de la Compañía del Tránsito. Allí desembarcaron los hombres que tomaron posiciones a retaguardia del campamento de Walker. En el entretanto el **Saratoga** se colocó entratégicamente apuntando sus cañones sobre los filibusteros, y botes pequeños con obuses en la proa se alinearon a la orilla de la costa directamente frente al campamento. La demostración de superioridad de fuerzas era más que palmaria, y a Walker, conocer de los acontecimientos de la noche anterior, no le sorprendió la maniobra. Antes de que Paulding hubiera terminado de tomar esas medidas, Walker había dado de baja a su guardia y disuelto a la demás gente diciendo a los más exaltados —los que ardían en deseos de pelear— que resistir sería la mayor de las locuras. Paulding envió al Capitán Engle con un mensaje escrito a Walker intimándole la rendición. Ambos, al encontrarse, se dieron la mano, y Engle le entregó la nota. Walker la leyó sin inmutarse, y habló: "Me rindo a Estados Unidos". Engle le pidió arriar su bandera; Walker dio la orden a un oficial. Durante la conversación que ambos sostuvieron Engle le dijo: "General, me duele ver a un oficial de su temple metido en esto. Nada me gustaría más que verlo a la cabeza de tropas regulares". Engle ordenó a sus hombres reembarcarse y volver al **Fulton**. Varios mensajes verbales se cruzaron Paulding y Walker, y uno de tantos, tergiversado por el emisario, ofendió grandemente al Comodoro. Queriendo él mostrar consideración a Walker, le mandó a decir que sus oficiales y soldados serían alojados aparte. Walker respondió que no le estaba pidiendo ningún privilegio, a lo que Paulding, tomando eso como altanería, ordenó lo embarcaran inmediatamente en el **Fulton**. Los que después ocurrió lo diría mejor el propio Paulding en carta a su esposa: "Después que dí la orden (la de embarcarlos) vino a verme, y este demonio corajudo, que había segado tantas vidas, vino a mí, se humilló y sollozó como un niño. Comprenderás que

me enternecí como una mujer, y desde ese momento lo he tenido como huésped en mi camarote. Ahora conversamos y reímos como si nada hubiera ocurrido, y tú dirías, al verlo departir con el capitán y conmigo, que es uno de los nuestros. En un tipo listo y hay que serlo igual para tratar con él. Lo saqué de territorio neutral tomando una medida extrema. Esto puede llevarme a la presidencia o costarme mi destino". (1).

Fue impresionante el encuentro de estos dos hombres que se veían por primera vez, y los oficiales y tripulantes apenas pudieron disimular su asombro cuando en la cubierta del **Fulton** apareció el filibustero. La gigantesca estampa del Comodoro en uniforme contrastaba extrañamente con la diminuta figura del General en oscuro traje de civil; y los allí presentes notaron que los ojos de Walker rojeaban de sangre, claro indicio, según testimonio de Paulding, de que había llorado.

Fue una ironía del destino que al momento de rendirse Walker a Engle, y de ser arriada su bandera de la estrella roja, el retrasado vapor del río que encallara doce millas río arriba, apareciera con doce filibusteros que traían a bordo treinta prisioneros costarricenses. Un pelotón de marinos se apoderó del barco, liberó a los prisioneros, capturó a los filibusteros, y puso el vapor bajo la guardia del Agente Comercial de Estados Unidos en San Juan del Norte. C. J. McDonald, el agente de Morgan y Garrison que acompañaba a Walker en su viaje a Nicaragua, reclamó el vapor en nombre de sus jefes, pero Paulding se negó a ejercer funciones salomónicas.

Cuando Walker se rindió, unos cuarenta filibusteros se enmontañaron con la idea de seguir río arriba en busca de Anderson. Al siguiente día salieron marinos a buscarlos al monte; al anochecer habían hallado a treinta y dos. Los otros remontaron el río en un bongo. La noche después de la rendición los sanjuaneños invadieron el campamento y lo sa-

(1) **Life of Hiram Paulding**, Pág. 183 y o t ras, por Rebecca Paulding Meade.

quearon lindamente. Mucho de lo que no pudieron llevarse lo enterraron para sacarlo después. Lo que de provisiones quedaba en el campamento pasó al **Wabash** para ser entregado a las autoridades estadounidenses. Más de un filibustero, encolerizado por el triste desenlace, hizo añicos su arma contra el suelo.

Los oficiales y soldados, a excepción de Walker y John Tabor, fueron embarcados en el **Saratoga**, y el 12, a menos de un mes de su salida de Mobila, iban de vuelta a Estados Unidos. A Walker no lo embarcaron en esa nave debido a su enemistad con el Capitán Chatard. El **Saratoga** llevó a los soldados y oficiales a Norfolk, Virginia, y el **Wabash** se dirigió a Colón, lugar de su estacionamiento. (1).

Walker dio palabra a Paulding de regresar a Estados Unidos en un barco de pasajeros y presentarse a su llegada a Nueva York ante el jefe de policía federal. Su comportamiento a bordo del **Wabash** fue muy diferente del que tuvo con los oficiales del **Saint Mary** cuando después de capitular en Rivas lo abordó en San Juan del Sur. Con éstos fue hurraño, pesado y altivo, mientras que ahora era jovial y condescendiente. Como llegó cinco días antes de la salida de su vapor para Nueva York, Paulding hizo todo lo posible por que se quedara a bordo con él, donde tendría mejor alojamiento que en tierra, pero una vez que el barco hubo echado el ancla, Walker rehusó permanecer allí ni siquiera para una comida más, y tomó un cuarto en un hotelucho del puerto. En él se pasó lo más del tiempo encerrado y escribiendo; a ratos, para entretenerse, se iba a pie a los talleres de reparación de la compañía del ferrocarril.

Cuando el **Wabash** zarpó de San Juan del Norte Anderson andaba todavía río arriba. El **Fulton** fue enviado a la boca del Colorado, y el **Susquehanna**, que acababa de

(1) Entre los "filibusteros" que regresaron en el **Saratoga** iban Mrs. Buttrick y sus tres niños. Su esposo era capitán en las filas de Walker.

llegar, se apostó en la desembocadura del San Juan para impedir la evasión de Anderson y sus hombres, así como el desembarco de refuerzos que para Walker pudieran venir en camino de Estados Unidos. Al saber Anderson la noticia de la captura de Walker abandonó El Castillo clavando antes los cañones y desmantelando las defensas de la fortaleza; acto continuo embarcó a su gente en el **Odgen**. El 20 de diciembre escribió al Capitán Sands, del **Susquehanna**, diciéndole que estaba dispuesto a desbandar sus fuerzas quería saber si podían entrar en San Juan del Norte. La mayoría, decía, deseaba regresar a Estados Unidos. Sands le contestó prometiéndole enviar allá a todo aquel que se entregara. (1). El 24 Sands destacó a sus hombres río arriba en botes remolcados por el vaporcito recién capturado por Paulding, e hizo prisioneros al resto de los filibusteros del **Odgen**. Anderson se rindió bajo protesta. Sus hombres, que sumaban cuarenta y cinco, fueron llevados en el **Fulton** a Colón y de allí transbordados al **Wabash**. Paulding llevó a los prisioneros a Cayo Hueso. La tercera expedición filibustera de Walker era ya cosa del pasado. (2).

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, Págs. 67 y siguientes.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, Págs. 71'-74 - 6; Senate Ex. Doc. 63, 35 Cong., 1 Sess.

## CAPITULO XXI

### El embrollo Walker-Paulding

Walker llegó a Nueva York procedente de Colón el domingo 27 de diciembre, a bordo del **Northern Light**, y del muelle pasó directamente a casa de Henningsen en la Calle Doce. Su viejo compañero de armas se encontraba en Washington, pero en casa estaba Mrs. Henningsen. A la mañana siguiente, haciendo honor a su palabra, se presentó al Jefe de Policía Federal, quien no era otro que aquel su gran amigo y simpatizador Isaiah Rynders; el mismo que el año anterior fuera entusiasta promotor de varios mítines celebrados en Nueva York en pro de Walker. Acompañaban a éste sus abogados Francis Meagher, Malcolm Campbell, y el General Wheat. Al entrar en el despacho Rynders estrechó la mano de Walker diciéndole: "Como Capitán Rynders, General, estoy encantado de verle, pero como Jefe de Policía no puedo decir lo mismo". El líder filibustero le retornó calladamente el saludo y le entregó la carta en que Paulding ponía a Walker bajo custodia del Jefe de Policía. Pero no teniendo Rynders orden de captura contra Walker ni mandamiento judicial para arrestarlo, se quedó perplejo sin saber qué hacer. Se llevó al prisionero aparte, y después de un rato de conversación convinieron en ir juntos a Washington y exponer el caso al propio gobierno. Luego Walker concedió una entrevista a los periodistas. Aun cuando es mucho lo que hay que hacer para asombrar a gente de esa línea, todos se quedaron pasmados al oírle hablar fríamente de la invasión de Paulding a territorio de una nación amiga y de ultraje a su bandera. Es deber del gobierno americano afirmó, restituir "a mis hombres al mismo lugar de donde



fueron sacados a la fuerza, y también saludar a la bandera de Nicaragua por la ofensa que se le hizo". (1). Era Walker en la sala la persona más aplomada y dueña de sí misma, como también la más insignificante, en cuanto a apariencia personal.

A poco de haber llegado a Washington, Walker y Rynders visitaron al Secretario de Estado, Cass, a quien el Jefe de Policía explicó cómo y por qué llevaba prisionero a su amigo. Cass manifestó que el Poder Ejecutivo no tenía derecho de detener a Walker, y que antes de arrestársele por haber violado la ley de neutralidad debió abrirse proceso. El Jefe de Policía notificó entonces a Walker que quedaba en completa libertad. La libertad en que quedaba el filibustero fue considerada por la ciudadanía como una desautorización de la medida adoptada por Paulding. El hecho de que un oficial americano hubiera arrestado a los hombres de Walker en territorio nicaragüense dio lugar a una bulumba de opiniones encontradas. Los abolicionistas, naturalmente, aplaudieron lo hecho, y se explayaron diciendo que el Comodoro había actuado en cumplimiento de una "Ley Superior". Por otra parte, en todas las principales ciudades del Sur sus habitantes tronaron contra Paulding y celebraron mítines de protesta aprobando resoluciones más que todo restallantes de epítetos violentos. (2). Varios congresistas sureños manifestaron que presentarían una moción a fin de que un barco de guerra llevara a Walker de vuelta a Nicaragua. Sus líderes, sin embargo, se encontraban ante un dilema: temían enfrentarse al gobierno con demasiado vigor por miedo a perder su apoyo en la cuestión de Kansas.

(1) **Herald**, de Nueva York, 29 de diciembre de 1857.

(2) En un mitin celebrado el 31 de diciembre de 1857 en Nueva Orleans se resolvió que: "Este unánimemente condena en este caso la conducta de Paulding por no tener excusa, ni precedente en la historia de ninguna nación civilizada, es contraria a las leyes internacionales, y merece el condigno castigo de Estados Unidos", y "en opinión de este mitin es deber imperativo de este gobierno restituir al General Walker y sus hombres al país del cual fueron sacados tan ilegalmente con fuerzas incontrastables; y también indemnizarlos por entero de todas las pérdidas sufridas por causa de su captura, detención y privación de su libertad y propiedad", **Times**, de Nueva York, 9 de enero de 1858.

(1). A todo el país desconcertó la resuelta oposición de Buchanan y de su gabinete a la empresa de Walker. Habíase predicho a tambor batiente que al terminar el período de Pierce y Marcy los filibusteros serían mejor tratados. Buchanan, como uno de los firmantes del Manifiesto de Ostende, (+) insinuó la adquisición de Cuba, aun por la fuerza, de ser ello necesario, con tal de mantener la paz interna y la preservación de la Unión Federal. Y más todavía, había aceptado su postulación y resultó electo en virtud de una plataforma en que expresaba su simpatía por los esfuerzos que se hacían para "regenerar" a la América Central. "¿Quare te, genitor, sententia vertit?" (¿Quién eres tú, padre, para dictar sentencia?) era una pregunta que agitaba la mente de los estadistas sureños.

La primera pública y auténtica opinión que el Presidente vertió acerca de la empresa de Walker se oyó el 8 de diciembre de 1857 en su primer mensaje anual al Congreso, a poco de haberse evadido el **Fashion** de Mobila. En referencia a este incidente dijo: "En nada benefician a la nación empresas de esa índole, antes bien le han causado ya mucho daño, en lo político y en lo moral. Pido al Congreso dicte leyes que impidan a nuestros compatriotas cometer esos desafueros que las más eminentes autoridades en derecho internacional califican sin rodeos de robo y asesinato". (2). Más adelante Buchanan tendría oportunidad de exponer sin ambages su opinión al respecto. El 4 de enero de 1858 el Senado aprobó una resolución destinada a "expedir órdenes y recomendaciones a las fuerzas navales de Estados Uni-

(1) Ver las cartas de Alexander Stephens a su hermano Linton, en la obra **Life of Alexander Stephens**, Págs. 328 - 9, por Johnston and Browne, (Filadelfia, 1878).

(+) Fue este un documento firmado el 18 de octubre de 1854. Por James Buchanan, J. Y. Mason y Pierre Soulé, como Ministros de Estados Unidos en Inglaterra, en Francia y en España, quienes por orden del Presidente Pierce se reunieron en Ostende, puerto de Bélgica, con el fin de adoptar las medidas pertinentes por supuestos perjuicios causados por España al comercio de Estados Unidos con Cuba. Recomendaba el manifiesto que "Estados Unidos, de ser posible, compre cuanto antes Cuba", y que si España se niega a vender la isla, "las leyes humanas y divinas nos darán la razón si se la arrebatamos a España". Sin embargo, el Secretario de Estado, Marcy, repudió el documento. (N. del T.).

(2) **Messages and Papers of the President**, Vol. V., Págs. 447 - 8.

dos en aguas centroamericanas relacionadas con el arresto de William Walker y de sus partidarios". (1).

El despacho de estas órdenes fue motivo para que el Presidente emitiera un mensaje especial declarando que Paulding, al desembarcar fuerzas armadas en suelo nicaragüense, había cometido "un grave error" que debía ser sancionado para que no se repitiera. Era evidente, no obstante, continuaba diciendo, que el Comodoro, a quien calificaba de "valiente oficial", había actuado bajo el influjo de "sentimientos nobles y patrióticos y sinceramente convencido de que intervenía en pro de los intereses y el honor de su patria". Aun cuando el hecho constituía una violación de su soberanía, Nicaragua no sufrió por ello ningún perjuicio, antes bien se vio libre de un invasor; y sólo esa nación tenía derecho de quejarse. Walker, invasor como lo era no tenía derecho a protestar por la invasión de Paulding. Si el oficial de marina hubiera arrestado a Walker antes de entrar al puerto, habría actuado en legítimo derecho y su conducta hubiera sido elogiada, pues el Artículo 8º de la ley de neutralidad concede al Presidente facultad para emplear fuerzas terrestres y navales de Estados Unidos a fin de impedir que se "lleven a efecto" expediciones filibusteras aun después de haber salido de territorio estadounidense. El Presidente aprovechó la oportunidad para manifestar su resolución de aplicar la ley. Reiteró su creencia en el "destino manifiesto" del pueblo americano para regir los asuntos del hemisferio occidental, pero calificó de criminal la empresa de Walker, "que destruye el mismo objetivo que se propone alcanzar" . . . "Si la mitad del número de ciudadanos americanos muertos miserablemente en la primera desastrosa invasión del General Walker se hubieran establecido como emigrantes pacíficos en Nicaragua, el fin que todos perseguimos se habría logrado en gran parte". Mejor sería, indicó, que fuese el propio gobierno el promotor de tales empresas y no que las acometiesen aventureros irresponsables.

(1) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess. Pt. 1, 179.

Esas expediciones atentatorias, terminaba diciendo, entorpecen el desarrollo de las relaciones exteriores con los gobiernos de la América Central. (1).

A nadie más que al propio Walker sorprendió la declaración del mandatario. Al momento de ser arrestado había asegurado solemnemente a Paulding que su empresa contaba con el completo apoyo del Presidente; pero el Comodoro no le creyó. (2). Poco después de haber llegado a Estados Unidos y de verse públicamente calificado en Washington de aventurero, salteador y asesino, dirigió a Buchanan una carta abierta de protesta por las acerbas críticas que de él y de los suyos hacía. Recalcaba el hecho de que muchos de sus oficiales se habían distinguido en la guerra méxico-americana, y que uno de ellos "hasta fue condecorado por haber sido el primero en plantar la bandera de usted en las cumbres de Cerro Gordo" (3). Decía en la misma carta que la documentación del barco que lo llevó a Nicaragua era de legalidad a toda prueba, y que aun cuando los hombres transportados hubiesen ido en son de guerra contra una nación con la cual Estados Unidos estaba en paz, habían salido ya de los límites territoriales de Estados Unidos para que esa nación tuviera derecho a intervenir, pues "los propietarios de un barco neutral están en completa libertad de transportar combatientes y armas de contrabando a cualquier parte, sujetos sólo al riesgo de ser capturados por barcos enemigos". Terminaba la carta manifestando abiertamente su determinación de volver a Nicaragua. (4).

(1) *Messages and Papers of Presidents*, V., Págs. 466 -'9.

(2) *Life of Hiram Paulding*, por Rebecca P. Meade, Pág. y otros.

(3) Esto fue Thomas Henry, sargento entonces del 7º de Infantería del ejército americano en los años de 1838 a 1847, ascendido a Teniente Honorario por arrojo y conducta meritoria en Contreras y Churubusco, el 20 de agosto de 1847. *Historical Register and Dictionary of the United States Army*, Vol. I, Pág. 524.

(4) "Hasta tanto haya un centroamericano desterrado de su solar nativo, y que hubiere sido despojado de sus bienes y derechos civiles por habernos prestado sus servicios en la derrota y en la victoria, dedicaremos nuestro tiempo y nuestras energías a la obra de restituirle sus bienes y derechos. Mientras los huesos de nuestros compañeros de armas, asesinados en razón de un bárbaro decreto del gobierno de Costa Rica, blanqueen insepultos en las Serranías de Nicaragua, nuestros corazones se esforzarán y nuestros brazos lucharán por la justicia que yo sé se nos hará algún día". Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 283; y *Harper's Weekly*, Vol. II, Pág. 38.

En Washington estuvo Walker sólo unos pocos días, y de allí siguió al Sur. Únicamente en ese sector del país podía seducir al pueblo. En el Norte se daba por seguro que no sobreviviría a su último revés. La generalidad de los norteros creían que sólo el éxito era prueba de la rectitud de una causa, y que dos fracasos consecutivos convertían al filibustero en un criminal. Y esta idea no se limitaba sólo al Norte. Un periódico de Florida, por ejemplo, editorializaba así: "Al principio le deseamos buena suerte, pero ahora comiéntase a creer que al "hombre del destino" le ha llegado su hora, y que no se le dará otra oportunidad de desperdiciar la vida y la fortuna de sus compatriotas. Teniendo, como tuvo, todas las ventajas a su favor, su presente situación y la de Nicaragua son prueba fehaciente de que no era el hombre del momento. Esperamos que el gobierno aplique, al pie de la letra, nuestra ley de neutralidad". (1).

De manera similar en un mitin democrático convocado en Montgomery, Alabama, el 26 de enero, Henry W. Hillard, ex-congresista de ese estado y ex-encargado de negocios en Bélgica, declaró que aun cuando Walker fuera presidente **de jure** de Nicaragua no tendría derecho a reclutar gente para su ejército ni a organizarlo dentro de las fronteras de Estados Unidos, y que era *deber del gobierno americano impedir se infringiera la ley de esa manera*. William L. Yancey, empero, quien representaba el ala sureña del partido democrático, rebatió ese punto de vista. "Cualquier ciudadano americano", afirmaba, "tiene derecho a expatriarse. Si uno puede irse también pueden mil, con tal, sí, de que no se organice una expedición armada aquí. El embasamiento republicano del estado de Texas se asentó y se cimentó sobre este gran principio americano, y creo que el General Walker y sus compatriotas han tenido el cuidado de mantenerse dentro de la letra y del espíritu de tal principio. De modo pues que el Presidente no tenía derecho de arrestarlo, ni aun en alta

(1) Párrafo del *Advertiser*, de Apalachicola, Florida, reproducido en el *Herald*, de Nueva York, el 14 de diciembre de 1857.

mar". (1). Pocos eran, evidentemente, los sureños que estaban tan seguros como Yancey de que Walker no fuese culpable de violar la ley de neutralidad, porque de otro modo la prensa sureña no hubiera alzado el grito al cielo pidiendo su derogación. (2).

La jira de Walker por el Sur parecía más de un héroe conquistador que de un filibustero derrotado. En Richmond, Montgomery, y Mobila, se le dieron fiestas y banquetes, y prominentes ciudadanos se disputaban el honor de agasajarlo. Declaró que se dirigía a Nueva Orleans donde pediría se le enjuiciara por el delito que se le imputó al ser arrestado en la víspera de su partida. En Mobila pronunció un discurso cuyo punto medular fue la revelación de sus nexos con el gobierno de Buchanan y la explicación de la reciente hostilidad de éste a su persona. Habló de su cita privada con el presidente el pasado junio, y se preguntaba cómo era que siendo él un desafortunado, según decía ahora el presidente, lo había éste recibido de igual a igual en la Casa Blanca. El Presidente y su gabinete fueron amigos suyos, dijo, hasta en septiembre cuando repentinamente cambió el gobierno su política respecto de Nicaragua. Manifestó que los motivos del presidente y de su gabinete no eran desinteresados; que Buchanan tenía puestos los ojos en el proyecto de ferrocarril y canalización a través del istmo de Tehuantepec, fomentado en el verano de 1857 por Emile La Sére y Judah P. Benjamin, de Nueva Orleans; que Pierre Soulé, compañero de estos caballeros en un viaje a México, había puesto obstáculos a la realización del proyecto, y que el gobierno trataba ahora de vengarse de Soulé, a quien consideraba el principal defensor de Walker, entorpeciendo todo esfuerzo encaminado a americanizar Nicaragua, donde Soulé había hecho fuertes inversiones. (3). Pero no fue ésta la única recriminación hecha

(1) *Advertiser*, de Montgomery, 28 de enero de 1857.

(2) Véase, por ejemplo, el *Advertiser*, de Montgomery, fechado al 14 de enero de 1858.

(3) *Mercury*, de Mobila, 26 de enero; Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 295, *Herald*, de Nueva York, 2 de febrero de 1858.

por Walker en su discurso de Mobila. El gobierno combatía, dijo, la idea de la empresa filibustera en Nicaragua, pero no se opondría a que se la llevara a otro país, y que el mismo gobierno no cortaría las alas a Walker si éste actuara en conformidad con las ideas del Presidente. Walker afirmó que John B. Floyd, el Secretario de Guerra, había hablado con Henningsen instándole a que por el presente los filibusteros se olvidasen de Nicaragua y concentraran su atención en México. Que se enrolaran en el ejército de ese país y provocaran una guerra con España atacando en alguna forma a esa nación, y que tan pronto como las hostilidades estallasen se apoderaran de Cuba. (1) Walker manifestó que el cambio de actitud del Presidente, así como sus denuestos públicos contra él, no le podían seguir obligando a guardar esos secretos, y consideraba justo que el pueblo conociera ambos lados de la cuestión. El entusiasmo demostrado por Buchanan acerca del proyecto de Tehuantepec, y su parecer respecto a la anexión de Cuba concordaban tan bien con la revelación de Walker que hasta muchos de los adversarios del filibustero se inclinaban a creerle. De las conversaciones habidas entre Henningsen y el Secretario Floyd no cabe ninguna duda, pero que si Henningsen captó fielmente el sentido de las sugerencias del Secretario y que si Floyd tenía autorización para hablar en nombre del Presidente, aun cuando él así lo manifestara a Henningsen, son ya cuestiones de las cuales necesitamos tener documentación más fidedigna para poder emitir un juicio concreto sobre la veracidad de las "revelaciones" de Walker. Floyd las desmintió categóricamente. (2)

Entre tanto, el embrollo Walker-Paulding seguía ventiliándose en ambas cámaras del Congreso. El Senado, como hemos visto, había pedido al Presidente mostrar la correspondencia e instrucciones dirigidas a los oficiales de la marina americana en aguas de la América Central relacionadas

- (1) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 295; **Times**, de Nueva York, 2 de febrero de 1858; **Edinburgh Review**, CXII., Págs. 566 - 7.  
 (2) El **Picayune**, de Nueva Orleans, 22 de julio de 1858.

con el arresto de Walker; y el 12 de enero la Cámara Baja le pidió más todavía: toda la documentación que el Presidente tuviera referente a la segunda expedición de Walker a Nicaragua, siempre y cuando ello no fuera en perjuicio del bien común. Los debates habían comenzado en la Cámara ocho días atrás, y habrían de continuar allí y en el Senado, con ciertos intervalos, durante cinco meses. No hay para qué detenerse en pormenorizar los diversos alegatos presentados. Los argumentos de quienes criticaban al gobierno pueden resumirse así: 1) Walker no era culpable de infringir la ley de neutralidad porque sencillamente la expedición no había sido organizada en forma militar dentro de territorio estadounidense. 2) Aun cuando éste hubiera sido el caso, estando ya los emigrantes en alta mar no podía detenerseles legalmente, por cuanto las leyes internacionales son inaplicables más allá de tres millas de la costa. 3) En consecuencia, ni Chatard ni Paulding tenían derecho alguno a molestar a Walker en el puerto de San Juan del Norte ni en alta mar, (1) y en eso de destituir a Chatard por no haber actuado y de censurar a Paulding por haber actuado, el gobierno era culpable de una torpe paradoja. 4) El hecho de desembarcar fuerzas armadas no constituía un mayor atropello a la soberanía de Nicaragua que el impedir su desembarco por la fuerza. ¿Qué habríamos dicho nosotros si un oficial inglés hubiera obrado como Paulding? Ahora existía el peligro de que Gran Bretaña tomara ese acto como precedente. 5) El hecho de que Nicaragua no hubiese protestado no justificaba en nada a Paulding. Eso no venía al caso. Tampoco Luis Felipe habría protestado si un oficial americano hubiera desembarcado fuerzas en Francia para ayudarle a debelar la revolución de 1848. 6) Y, en resumidas cuentas, aun cuando Nicaragua hubiese previamente autorizado el arresto de Walker, ello no facultaría **ipso facto** al Presidente para ordenarlo sin que antes el Congreso lo autorizara mediante resolución expresa.

1) Recuérdese que el Capitán Davis, cuando los aliados le pidieron en San Juan del Sur impedir el desembarco de reclutas para Walker, se negó a ello basándose en que no podía aplicar la ley de neutralidad de Estados Unidos en jurisdicción territorial de una nación extranjera.



Es interesante observar que muchos de quienes sostenían estos puntos de vista simpatizaban poco, o nada, con Walker. El Senador Stephen A. Douglas, por ejemplo, en una bien definida manifestación de su criterio, dijo: "Ninguna gracia me hace este filibusterismo. Creo más bien que tiende a destruir lo que pretende realizar, que es: ensanchar los ámbitos de la libertad y la bandera". (1). Jefferson Davis se expresó de manera similar. Aun en el caso queuviésemos un tratado de extradición con Nicaragua, declaró, no podríamos haber hecho lo que hizo Paulding. Pero parece que tenía, no obstante, muy pobre opinión de Walker. "No sé nada de él. No puedo simpatizar con semejante clase de expediciones. Creo que debemos poner en práctica nuestra ley de neutralidad dentro de nuestras fronteras únicamente". Si conviene que el Presidente ordene patrullar los mares, débese reformar la ley para que lo pueda mandar a hacer, terminó diciendo. (2). El Senador Pugh, de Ohio, no creía mucho en Walker, pero decía que los peores hombres suelen encarnar grandes principios, y que Walker representaba el derecho de todo americano a expatriarse. Los principales defensores de Walker fueron Brown, de Misisipí, y Toombs, de Georgia, en el Senado; y Stephens, de Georgia, Clingman, de Carolina del Norte, Warren, de Arkansas, Taylor, de Luisiana, y Quitman, de Misisipí, en la Cámara. (3). Entre los representantes del Norte y del Sur había críticos de Walker. Lo mismo puede decirse de los defensores de Paulding, aunque éste sólo raras veces fue elogiado por los del Sur. El Senador Mallory, de Florida, fue uno de los más ardorosos defensores del Comodoro. Lo conocía personalmente y lo consideraba una de las personas de mayor honra y prez de la marina americana. "Las instrucciones que recibió eran imprecisas y bien podían interpretarse para actuar en la forma que lo hizo", argumentó en cierta ocasión. Mr. Zollicoffer, de Tennessee, culpó asimismo al autor de las instrucciones y no al hombre que se dispuso a ejecutarlas conforme a su leal

(1) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess., Págs. 223.

(2) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess., Págs. 217.

(3) *Congressional Globe*, 35 Cong., 1 Sess., Págs. 217.

saber y entender. (1). Si Chatard podía legalmente impedir el desembarco en un puerto neutral, Paulding podía también desembarcar fuerzas y disolver la expedición que ya había desembarcado, fue su razonamiento. Wright, de Georgia, propuso que se aprobara una resolución declarando que el arresto había sido ilegal, pero de acuerdo con las instrucciones del Secretario de Marina. (2). El Senador Crittenden, de Kentucky, se contaba entre los que negaban que Paulding hubiese cometido "un grave error". Otros de los defensores del Comodoro fueron Ritchie, de Pensilvania, Thompson, Pottle, y Palmer, de Nueva York; Curtis, de Iowa, y Montgomery, de Pensilvania. En el Senado, Doolittle, de Wisconsin, presentó un proyecto de resolución tendiente a otorgar una medalla de oro a Paulding por haber removido de Nicaragua a los filibusteros. Brown, de Misisipi, surgió acto continuo que se tachase todo el texto del proyecto excepto la cláusula del decreto sustituyéndolo con la resolución de repudiar y condenar el proceder del marino. (3). Siempre que se discutía este proyecto precipitábase tal diluvio de debates que su examen tenía que posponerse; y finalmente expiró sofocado bajo una avalancha de palabras.

Los defensores de Paulding basaban sus argumentos en los siguientes puntos: (1) Walker era fugitivo de la justicia, y cualquier oficial americano tenía derecho de arrestarlo en donde quiera, con el consentimiento de la nación en que se hubiese internado. (2) Este consentimiento estaba tácitamente dado en la comunicación del 14 de septiembre de Molina e Irisarri, en la cual pedían a Estados Unidos estacionar frente a la costa una fuerza naval capaz de impedir el desembarco de filibusteros. Es verdad que en aquellos días ninguno de esos dos caballeros podía hablar como representante oficial de Nicaragua, pero el 15 de noviembre, tres semanas antes del arresto de Walker, Irisarri había sido recibido oficialmente como representante de ese país. (3) Aun

(1) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 217.

(2) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Apéndice, Pág. 45B.

(3) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Apéndice, Pág. 465.

sin previo consentimiento, el lugar donde Walker desembarcó era una estéril y desierta punta de arena sobre la cual nunca ningún país había extendido su jurisdicción, y el desembarco de una fuerza armada allí no podía considerarse como verdadera violación de territorio extranjero. (4) Por último, Estados Unidos era responsable ante una nación amiga de cualquier invasión armada que ciudadanos americanos llevaran a su territorio, y esa misma responsabilidad justificaba la adopción de las medidas adecuadas para desbaratarla.

Palmer, de Nueva York, recalcó que si acaso Paulding cometió un "grave error" fue el no haber dejado a Walker en manos de la justicia del país al que emigró. (1). Montgomery, de Pensilvania, decía que si el haber removido a Walker de Nicaragua constituía una invasión, igual cosa sería el restituirlo, como algunos de sus amigos pedían se hiciera. Y más todavía, en su opinión, el gobierno haría bien en llevarlo allá y dejar que los nicaragüenses le demostraran su cariño. Si ellos en realidad querían que él regresara no tenía por qué hacerlo con gente armada. (2). Hubo la mar de opiniones discrepantes. Ni los amigos de Walker ni los de Paulding aceptaron el punto de vista del gobierno, de manera que Buchanan fue blanco de críticas mordaces. Por otra parte, muchos que aplaudían al Presidente por haber condenado al filibustero y al Comodoro reprobaban la forma en que el gobierno trató el caso. Aunque parezca extraño, uno de los pocos que apoyaron al Presidente fue William H. Seaward, quien en todo punto y siempre defendió a Buchanan, salvo en lo de haber dejado en libertad a Walker cuando éste se presentó voluntariamente como prisionero en Washington. Seaward hizo estallar al senado en risas diciendo que se alegraba de ver que en su mensaje el Presidente hablara elogiando una "Ley Superior", expresión que el Senador neoyorquino consideraba de su exclusiva propiedad.

(1) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 300.

(2) **Congressional Globe**, 35 Cong., 1 Sess., Pág. 281.

Lo más extrañamente revelador de los debates fue que Walker no contaba con el apoyo unánime de los representantes del Sur. De esto ya se habrá podido colegir leyendo los párrafos anteriores. De nadie recibió más duros e hirientes latigazos que de ciertas lenguas sureñas. Lamar, de Misipi, dijo: "Si bien yo soy del Sur, y estoy plenamente compenetrado del espíritu de mi región, jamás permitiré que el destino de nuestras nobles instituciones caiga en manos de pandillas de salteadores, ni que se violen sus virtudes identificándolas con el éxito de expediciones ilegales". Declaró que no aprobaría nuevos proyectos de adquisición territorial hasta que se hubiese solucionado práctica y satisfactoriamente la cuestión del derecho del Sur o extender sus instituciones a territorios ya confinados dentro de los límites de la Unión americana. Esto era una cuestión "ante cuyas colosales magnitudes los desafueros de Walker y la criminalidad de Paulding son una nonada". (1). Hawkins, de Florida, se expresó en este tono: "Poca es la fe que tengo en la estrella del "predestinado de los ojos grises", pues alumbra difusa y pálida, sin brillo que le dé ni le preste su talento militar o cívico. Que posee un raro valor personal y fuerza de voluntad, y que ha demostrado entereza de ánimo en momentos críticos, nadie lo duda; pero no acompañan a estos atributos del carácter el conocimiento del arte de la guerra, el don de saber granjearse el afecto de sus tropas ni tampoco sabe cómo implantar una saludable disciplina si no es con actos de extremo y probablemente innecesario rigorismo". (2). Winslow, de Carolina del Norte, habló de manera parecida, manifestando que empresas de tal naturaleza tendían a devaluar el carácter americano e indisponer contra nuestra nación a las débiles repúblicas del continente. "Si la adquisición de Nicaragua es indispensable para nuestra seguridad y bienestar, adquirámosla en guerra viril y franca, no le echemos los perros". (3).

(1) **Congressional Globe**, 35 Cong., I Sess., Pág. 279. En el Apéndice del **Congressional Globe** aparece esta intervención, pero en forma resumida y en tono mucho más moderado.

(2) **Congressional Globe**, 35 Cong., I Sess. Apéndice, Pág. 461.

(3) **Congressional Globe**, 35 Cong., I Sess. Apéndice, Pág. 504.

Sin embargo, fue el Senador Slidell, de Luisiana, considerado el portavoz del gobierno de Buchanan, quien disparó la más demoledora andanada. Censuró con cierta dureza a Paulding, pero con Walker fue despiadado. El Comodoro, extralimitándose, dijo, sólo consiguió despertar una falsa simpatía por el filibustero y le dio el lábaro del martirio. "En todo tiempo los pseudo-mártires han encontrado devotos que les rinden culto". Llamó sarcásticamente a Walker "nuevo Guillermo el Conquistador"; (+) afirmó que una farsa electoral lo llevó a la presidencia, "farsa que fue representada con el reconfortante acompañamiento de las bayonetas", y que un estigma de sangre y de rapiña manchaba toda su carrera. Que no era soldado, añadió; que denigró al hombre que lo había salvado de una muerte ignominiosa; y que su nombre se pronunciaba con espanto en toda la América Central. Por un lado, Slidell defendía al gobierno que destituyó a Chatard por no haber actuado contra los filibusteros, y, por otro, censuraba a Paulding por haber actuado. Chatard, decía el Senador, debió arrestar a Walker y a sus partidarios a bordo del **Fashion**. Este era un barco americano con bandera americana, siendo por tanto un trocito de territorio americano en donde quiera que estuviese. El organizar una expedición armada a bordo de este vapor constituyó una violación de la ley de neutralidad, y su viaje fue ilícito. Se pudo haber arrestado a los filibusteros a bordo del **Fashion**, añadió, más al momento de pisar ellos suelo extranjero estaban ya fuera de la jurisdicción de Estados Unidos. (1). Tómese esto como la respuesta del gobierno a sus muchos críticos, pero lo más interesante de ello es que lo decía un Senador representante de la región en donde hasta entonces el filibusterismo había contado con el más fuerte apoyo.

La reacción del Norte y del Sur contra Walker respalda de lleno la verdad de aquel viejo adagio: "El éxito engendra el éxito". Cuando Slidell pronunciaba su discurso en el Senado no habían pasado doce meses del día aquel en que

(+) Duque normando conquistador de Inglaterra. Vivió de 1.027 a 1.087. (N. del T.).

(1) **Congressional Globe**, 35., Cong. I Sess., Apéndice, Pág. 1538.

Lewis Cass, ahora Secretario de Estado, vertiera su ya citada frase: "Los heroicos esfuerzos de nuestros compatriotas en Nicaragua encienden mi admiración y simpatía. Y no habrán de disuadirme las burlas, ni los reproches, ni las palabras injuriosas. Quien no simpatice con esa empresa tiene poco en común conmigo". (1). Esos pocos meses habían producido cambios. Ya no querían los políticos atar su carro a la cauda de una estrella fugaz. La documentación remitida por el Presidente a las dos Cámaras del Congreso pasó en el Senado a manos del Comité de Asuntos Exteriores y a un Comité semejante en la Cámara Baja, con excepción de la parte referente a las órdenes y recomendaciones impartidas a los oficiales de la marina; éstas fueron remitidas al Comité de Asuntos Navales. Los informes de estos comités fueron simplemente eco del criterio expresado por el Presidente en su mensaje. (2).

Después de haber sido censurado por el Presidente, Paulding fue relevado de su cargo y subrogado por el Comodoro McIntosh. Durante el resto del período presidencial de Buchanan, permaneció prácticamente en retiro, y varias veces fue demandado por los frustrados filibusteros. (3).

Sin embargo, consoló un poco a Paulding el saber que Nicaragua le estaba agradecida. Antes de regresarse a Estados Unidos, el General Jerez, ex-compañero de armas de Walker y Ministro de gabinete, visitó al Comodoro a bordo del **Wabash** y le agradeció con el corazón en la mano que se hubiera llevado de Punta de Castilla a los filibusteros. (4). El Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, en nombre de su gobierno, le escribió expresándole igual sentimiento. El señor Irisarri manifestó asimismo a Cass la gratitud del

(1) *Times*, de Nueva York, 24 de mayo de 1856

(2) Ver Informe No. 20 del Senado, y el Informe No. 74 de la Cámara, 35 Cong., I Sess. Tres miembros del Comité de Asuntos Navales de la Cámara sin embargo, presentaron un informe de minoría elogiando a Paulding.

(3) Senate Doc. 10, 35 Cong., I Sess., Pág. 1539.

(4) *Congressional Globe*, 35 Cong., I Sess., Pág. 357.

gobierno de Nicaragua por la conducta de Paulding. (1). La República de Nicaragua otorgó por decreto a Paulding una espada con incrustaciones de piedras preciosas y veinte caballerías (670 acres) de tierras nacionales. El Congreso de Estados Unidos de 1861 le permitió aceptar la espada pero no la tierra, ya que la aceptación de lo último podía sentar un precedente. (2). Aun cuando apreciamos los móviles que impulsaron a este oficial, debemos reconocer que el gobierno hizo bien en tachar su conducta, y ésto haciendo caso omiso de toda cuestión de méritos o deméritos del filibusterismo. El propio Paulding, como ya se ha visto, en carta a su esposa reconocía haberse excedido. En su informe oficial al Secretario de Marina no intentó justificar su intervención basándose en las instrucciones recibidas, más bien manifestó "que no podía mirar a Walker y a sus partidarios bajo otro aspecto que el de forajidos que habían burlado la vigilancia del gobierno, que salieron de nuestro territorio con el deliberado propósito de entregarse a la rapiña y al asesinato; y no ví otro medio mejor de vindicar la ley y redimir el honor de nuestra patria que desarmarlos y devolverlos a Estados Unidos. Asumo de lleno la responsabilidad por lo hecho y confío en que el gobierno justificará mi proceder . . . El humanitarismo, así como la ley, la justicia y el honor de la nación, exigían la dispersión de esos forajidos" (3). Si Paulding creía sinceramente que Walker era un pirata y forajido dedicado al asesinato y al pillaje ¿por qué entonces le llamó "general", compartió con él su mesa y camarote, y le permitió irse desde Colón a Nueva York bajo su sola palabra de honor? Varias publicaciones atribuyeron la acción de Paulding a simple animosidad por la burla hecha a su escuadra, y al haberse el filibustero atrevido a "responder" a un capitán de la marina americana. (4). Hubo quienes la achacaron a influencia ejercida por los dos comandantes ingleses que ce-

(1) Notas al Departamento, Legación de Nicaragua, 1862 - 67); *Life of Hiram Paulding*, Págs. 198 - 9, por Rebecca P. Meade.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II, II., Pág. 61.

(3) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Marina, Flota del Caribe, II.

(4) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Págs. 273 - 278 - 9.

naron con el Comodoro el día antes del arresto. Verdad es que el Capitán del **Brunswick** había ofrecido a Paulding cooperar con él en la remoción de los hombres de Punta de Castilla, pero Paulding rehusó la propuesta. Se ha dicho también que Paulding era muy amigo del Capitán Davis, y que se sintió ofendido por la crítica que Walker hizo de ese oficial. (1). Entre los oficiales de la marina existía un bien cimentado **esprit de corps**, y eran muy sensitivos a las críticas de un intruso. Debe recordarse asimismo que el verano anterior Paulding había llevado de Colón a Estados Unidos a un gran número de los sobrevivientes de Rivas, cuyos sufrimientos y penurias eran aún cuadros vívidos en su memoria. Es probable que todos estos hechos hubieran en cierta medida contribuido a regir su línea de conducta, y que sus motivos fueran realmente más complejos de lo que él admitía. En todo caso, su proceder, cualesquiera fuesen los motivos, debía ser reprobado. Con la censura de Paulding el gobierno no hacía sino seguir el precedente establecido en el caso del Comodoro David N. Porter, quien en 1825 desembarcó tropas en Puerto Rico para obligar al alcalde de un pueblito a dar explicaciones por insultos proferidos a un oficial de la marina americana. Este desplante costó a Porter una reprimenda y el relevo de su cargo. Hay, realmente, momentos en que se excusa que un oficial desacate las órdenes recibidas, pero sólo en trances en que sea imperativa la acción inmediata y en que el acatamiento de órdenes pudiera llevar a un desastre. Paulding no afrontaba entonces tal situación. Pudo, al llegar al puerto y encontrarse con que los filibusteros habían desembarcado, cortarles su línea de abastecimiento; y pudo igualmente, cuando Anderson se apoderó de los vaporcitos y los envió río arriba al interior del país con los filibusteros, prenderlos conforme a órdenes recibidas, como protector de la propiedad americana. Con la adopción de esa medida los filibusteros hubieran tenido que someterse, y nunca se les habría considerado mártires.

[1] *Byways of War*, Págs. 213 - 4, por Roche.



Cabe observar aquí que un poco más de dos años antes del arresto de Walker, a William L. Marcy, en esos días Secretario de Estado y por ningún punto amigo de los filibusteros, se le presentó la oportunidad de expresar su opinión en un hipotético caso muy similar al relacionado con la tercera expedición de Walker. El señor Marcoleta, Ministro de Nicaragua, a mediados de 1855 y poco después de la partida de Walker y de Kinney, se dirigió al Departamento de Estado pidiéndole estacionara un buque de guerra en la bahía de San Juan del Norte con órdenes de impedir el desembarque de armas y provisiones para los filibusteros americanos en Nicaragua. Marcy le contestó el 11 de agosto diciéndole que dado caso saliera de territorio estadounidense una expedición armada y traspasara las fronteras de otro estado, no podría él mandar a perseguirla y capturarla estando ya dentro de territorio extranjero. Si un barco de Estados Unidos estuviera anclado en el puerto de San Juan del Norte, en Nicaragua, "no podría, sin arrogarse facultades ilegales que afectarían los derechos de ese estado, interponerse para impedir el desembarque de armas, municiones, u otros materiales que fuesen motivo de sospecha". El cumplimiento de tal solicitud "constituiría un patente atropello de los derechos soberanos de Nicaragua, y provocaría la comisión de actos contra individuos estadounidenses que ninguna ley municipal ni internacional justificaría". (1).

Como se habrá visto, las ideas de Stephen A. Douglas y Jefferson Davis en 1858 eran las mismas que Marcy tenía en 1855. De ninguno de estos hombres habría podido decirse que fuesen acólitos del filibusterismo. Nótese asimismo que el Secretario de Marina Toucey ordenó a sus oficiales hacer lo que Marcy decía explícitamente no había derecho de hacer; o sea, interceptar las expediciones ilegales a la América Central e impedir su desembarco. A ojos vistas está que el gobierno dio un paso de avance encaminado a reprimir el filibusterismo, y tenía la plena aprobación de Buchanan. Y,

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Notas del Departamento América Central, I., Págs. 85 - 7.

sin embargo, específicamente y muchas veces se acusó a este Presidente de haberse hecho de la vista gorda ante la salida de tales expediciones. A decir verdad, el líder filibustero no lo consideraba partidario de su empresa. Ni tampoco el Ministro de Gran Bretaña. El 16 de noviembre, apenas supo de la evasión del **Fashion**, Lord Napier, Ministro británico en Washington, escribió a Lord Clarendon: "Creo que el Presidente y el General Cass reprueban y lamentan sinceramente este intento de perturbar la paz en la América Central". (1). Por venir de donde venía, ésto, si no elogio, era cuando menos disculpa del trono. Dos meses más tarde Sir William Gore Ousley, en viaje a la América Central como comisionado especial del gobierno británico, se detuvo en Washington para conversar con Buchanan. Su impresión fue la misma de Napier. El Presidente reafirmó su determinación de acabar con el filibusterismo, manifestándole que contaba para ello con el apoyo de la mayoría de los hombres inteligentes y respetables del país. "Tengo todas las razones para creer", escribió Sir William, "que es verdad lo que el Presidente me dijo respecto de sus sentimientos personales sobre el filibusterismo; y mis observaciones particulares confirman plenamente el aserto de Su Excelencia referente a la opinión de la mayoría de los hombres influyentes de este país, incluso los de los estados esclavistas del Sur que están dispuestos a respaldar sus actos". (2).

Un año después vemos a Buchanan no sólo condenando el filibusterismo sino también ridiculizando la idea de anexionar cualquier parte de la América Central a Estados Unidos. "¿Qué haríamos con esa gente?", preguntaba a Napier "No podríamos incorporarlos; y si lo hiciéramos, nos despedazarían". Napier contestó que conocía perfectamente los impedimentos constitucionales y políticos que afrontaba la anexión en términos de igualdad de una región poblada por una raza mestiza, pero creía que algunos americanos consideraban la posibilidad de crear colonias o dependencias en

(1) *British State Papers*, XLVII, Pág. 742.

(2) *British State Papers*, XLVIII, Pág. 632.

algunas partes de la América Central. Buchanan refutó la posibilidad de injertar esa novedad en las instituciones de Estados Unidos, y repitió la frase que el Ministro británico le había oído decir muchas veces: "Sólo podemos anexar territorios sin dueños". (1). Y esto lo decía uno de los firmantes del Manifiesto de Ostende.

---

[1] **British State Papers**, XLVIII, Pág. 754.

## CAPITULO XXII

### Dificultades del Tránsito

En mayo de 1857, después de haber sido Walker removido de Nicaragua, los Generales Martínez y Jerez, jefes de los partidos legitimista y democrático respectivamente, se pronunciaron contra el gobierno de don Patricio Rivas, el cual había sido reconocido por todas las repúblicas centroamericanas, y se pusieron a la cabeza de un nuevo gobierno que fue una especie de duunvirato. (1). No obstante ser éste producto de una revolución, unió a las parcialidades políticas antagónicas del país. Haciendo honor a la costumbre centroamericana, los dos jefes desterraron al desafortunado Rivas, a cuyo llamado los ejércitos aliados habían marchado contra los filibusteros; el ex-mandatario huyó a Inglaterra. Convocóse luego una Asamblea Constituyente en la que el General Martínez fue proclamado Presidente por unanimidad. Este gobierno no era más constitucional que los recién pasados, incluyendo hasta el de Walker. Ninguno de los dos jefes militares tenía autoridad para convocar una constituyente, y ningún oficial del ejército con grado más alto de teniente coronel en servicio activo podía ser electo presidente. (2).

Entre tanto, el Tránsito seguía cerrado con gran perjuicio de los intereses financieros americanos. Muchas fueron las personas de diversos sectores que se acercaron al go-

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índice y Archivos, América Central, Notas al Departamento, II.; Legaciones de Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Legaciones de Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.; Notas al Departamento, II.

bierno de Nicaragua insinuándole reabrir la ruta interoceánica, lo cual provocó dificultades entre esta república y Costa Rica. Este último país, aunque ya habían terminado las hostilidades, retenía los vapores de la Compañía del Tránsito y exigía que Nicaragua le reconociera derechos sobre toda la margen meridional del Río San Juan. La exigencia incluía además la posesión de las fortalezas de El Castillo y del puerto lacustre de San Carlos. Nicaragua cedió la de El Castillo por un período de veinte años pero no la de San Carlos. Resultado de esta disputa fue que ambos países se vieron en el acto envueltos en una guerra de papel y tinta. La disputa se ahondó al convertirse la ruta del Tránsito en manzana de discordia. Costa Rica, en fuerza de su ocupación militar y pretensiones sobre la margen meridional del río, reclamaba ciertos derechos sobre la ruta interoceánica, y reforzaba su reclamo basándose en que la ocupación era de necesidad porque en caso de otra invasión Nicaragua no podría defenderla y entonces la ruta volvería a ser el camino real de los filibusteros.

Tres grupos de capitalistas se disputaban la concesión: el primer concesionario, o sea la Atlantic and Pacific Ship Canal Company, cuyo presidente era H. G. Stebbins y su principal proyectista Joseph L. White (generalmente conocida como la Compañía de Stebbins y White); la Compañía Accesorio del Tránsito, encabezada por Vanderbilt, la cual nunca había admitido la legalidad de la revocación de su contrato decretado por el gobierno Rivas-Walker; y Morgan y Garrison, quienes naturalmente sostenían que sus derechos recién adquiridos eran todavía válidos.

El inglés Webster, el mismo que ayudara a Spencer en la planificación de las operaciones en el San Juan, aprovechó su permanencia en San José para obtener una especie de concesión del gobierno de Costa Rica, y habiendo reñido con Vanderbilt se asoció a Morgan y Garrison. Pero debía también adquirir una concesión igual de parte de Nicaragua, cuya gestión fracasó. Entre tanto, la Compañía de

Stebbins y White pretendía que el señor Irisarri, recién nombrado Ministro de Nicaragua pero no reconocido aún en Washington, le ayudara a obtener una nueva concesión de la ruta. Irisarri había caído por completo bajo los halagos de Joseph L. White, pero Vanderbilt, cuya influencia era suprema en los altos círculos políticos, trataba de impedir que fuese reconocido. El General Cañas, todavía en Nicaragua al mando de las tropas costarricenses, complicaba aún más la situación con su plan de crear una nueva división política que comprendiera los departamentos de Rivas, Guanacaste, y el Río San Juan. Planeaba, según parece, un **coup d'état** que esperaba ejecutar con la ayuda de Vanderbilt a quien compensaría dándole la concesión de la ruta del Tránsito. El financiero rechazó el plan del golpe porque la región escogida para fundar el nuevo estado era sumamente despoblada, pero en cambio pidió a Cañas le pusiera los vapores en sus manos para poder reabrir la ruta, asegurándole que Estados Unidos apoyaría de lleno la empresa, pues el gobierno americano había manifestado estar dispuesto a proteger a cualquier gobierno que volviera a poner en movimiento el Tránsito. Logrado esto, Cañas se haría nombrar ministro de Nicaragua y de Costa Rica en Washington en sustitución de Irisarri, de quien los especuladores habían hecho un instrumento suyo. Vanderbilt obtuvo también los servicios de De Goicouría, quien trató de armarle zancadillas a Irisarri en Nicaragua y de ayudar a su amo escribiendo cartas al General Jerez, amigo que había sido suyo cuando en la primavera de 1856 ambos militaban en las filas de Walker. (1). Webster, cuya concesión costarricense no le sirvió de nada, abandonó a Morgan y a Garrison y se pasó de vuelta a Vanderbilt. Regresó a Costa Rica en el otoño de 1857 en compañía de Daniel B. Allen, yerno de Vanderbilt, con el propósito de obtener una concesión otorgada conjuntamente por las dos repúblicas centroamericanas.

---

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas al Departamento.

Pero ya Irisarri había firmado contrato el 27 de junio con Stebbins y White, el cual contrato ratificó Nicaragua en julio. Vanderbilt protestó en el acto alegando que la Compañía Accesoria del Tránsito, con arreglo al contrato original, poseía todavía derechos exclusivos, y que la revocación decretada en febrero de 1856 por el gobierno filibustero era nula y sin valor alguno. Morgan y Garrison peleaban también por lo que decían ser sus derechos y privilegios, pero en vista de sus viejos nexos con Walker el gobierno de Nicaragua no atendía sus reclamos. (1).

El gobierno americano, grandemente interesado en la reapertura del Tránsito, envió a William Carey Jones como representante especial a Nicaragua con el encargo de hacer allí un estudio de la situación. Difícilmente pudo haberse hecho un nombramiento más desacertado. Si los periódicos no mienten, rara vez se le vio sobrio y nunca como el diplomático que debía ser: (2). se le llamó de vuelta y jamás presentó ningún informe que valiera la pena.

El interés del gobierno de Buchanan en reabrir la ruta motivó el reconocimiento de Irisarri como Ministro el 16 de noviembre, es decir al día siguiente de la salida de Walker de Mobila en el **Fashion**. Inmediatamente después de haber sido recibido en la Casa Blanca, él y Cass sometieron a la consideración de sus respectivos gobiernos un proyecto de tratado sobre la reapertura de la ruta; este documento fue probablemente formulado con anterioridad al reconocimiento del nuevo Ministro de Nicaragua. Dado que durante años Irisarri había representado a Guatemala y El Salvador cerca del gobierno americano, es de suponer que antes de presentar sus credenciales como Ministro de Nicaragua hubiese hablado indirectamente con Cass, sobre los asuntos de ese país. El tratado hablaba de una ruta abierta y neutral de tránsito a través de Nicaragua, con poderes concedidos a

(1) **British State Papers**, XLVII, Pág. 710.

(2) **Herald**, de Nueva York, 1º de enero de 1858.

Estados Unidos para, si fuese necesario, emplear fuerzas militares destinadas a proteger pasajeros y carga que se transportasen por la ruta. (1). La idea de Buchanan y Cass era mantener abierta una línea interoceánica neutral y segura, accesible a todas las naciones del mundo en términos de igualdad y no expuesta a interrupciones causadas por las desdichadas guerras civiles de la América Central. Grande fue su sorpresa cuando, muy recién firmado el tratado, Irisarri informó a Cass que la Compañía de Stebbins y White era la única en Nicaragua con derecho a utilizar la ruta interoceánica.

Los rivales de esa compañía, naturalmente, deseaban impedir la ratificación del tratado Cass-Irisarri, y los delegados de Vanderbilt en Nicaragua hacían todo lo posible en ese sentido. También Vanderbilt continuaba adulando a Costa Rica —maniobra que implicaba sus gajes, pues ese país retenía los vapores y controlaba el río y el lago— y parece que abrigaba la esperanza de lograr, en favor del General Cañas, la destitución de Irisarri como Ministro en Washington. Rechazado en Nicaragua el tratado Cass-Irisarri, el magnate creía que el gobierno americano, deseoso de reabrir la comunicación interoceánica, entablaría negociaciones con Costa Rica, y que con Cañas de Ministro vería realizado su proyecto. (2).

Las relaciones entre Nicaragua y Costa Rica eran muy tensas. Desde tiempo atrás la línea divisoria de ambos países venía siendo objeto de litigio, y Costa Rica vio en ese momento la ocasión propicia para imponer su exigencia. Nicaragua, exhausta, no podía oponer resistencia eficaz; más aún, se sentía en deuda con su vecina del Sur por haberla librado de los filibusteros. Ante la negativa de Nicaragua a entregar la fortaleza de San Carlos, el Coronel Cauty fue enviado a ponerle sitio con tropas costarricenses para ren-

(1) El texto completo del tratado figura en: Senate Ex. Doc. 194, 47 Cong., 1 Sess., Págs. 117 - 25

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas al Departamento, II., III.



dirla por hambre; la guerra parecía inminente entre ambas naciones. El panorama político, sin embargo, cambió de pronto con la reaparición de Walker. Su desembarco en Punta de Castilla en noviembre de 1857 causó tal pánico en los dos países que por mutuo acuerdo olvidaron la discordia para hacer causa común con los filibusteros. Tras el arresto de Walker por Paulding volvió la armonía al istmo. El propio día de su captura ambas repúblicas firmaron un pacto poniendo fin al litigio fronterizo. (1).

El tratado Cass-Irisarri volvió al tapete en Nicaragua. Los agentes de Vanderbilt, con el propósito de impedir su ratificación, usaron como espantajo el reciente regreso de Walker. El Presidente Martínez, que aborrecía a los americanos y por nada del mundo quería que fuese reabierto el Tránsito, sometió el tratado a la consideración de la Asamblea firmemente convencido de que sería rechazado; pero cuando, para gran sorpresa suya, fue ratificado, lo vetó. (2). No se atrevió, sin embargo, a divulgar el veto, y más bien dio pábulo a la impresión de que había firmado el documento. Y llegó hasta a entregar un paquete lacrado al representante de la Compañía de Stebbins y White, (quien no era otro que aquel cobarde de Louis Schlessinger de Santa Rosa), diciéndole que contenía el tratado. Schlessinger era pues el encargado de llevarlo a Estados Unidos, y obtuvo de Mister Mirabeau B. Lamar, el nuevo Ministro americano, una carta para el capitán del **Fulton**, en San Juan del Norte, en la cual le pedía el favor de llevar a Schlessinger a Colón para que pudiera llegar rápidamente con la noticia a Estados Unidos. Por suerte el barco de guerra no estaba en el puerto cuando el emisario llegó a San Juan del Norte; gracias a lo cual la marina de Estados Unidos se libró de ser involuntariamente cómplice de una indignidad inferida a la diplomacia americana, (3).

(1) **British State Papers**, XLIX., Págs. 1222 - 24.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua, y Costa Rica, Despachos, III.

(3) **Herald**, de Nueva York, 31 de mayo de 1858; **A Travers l'Amérique Centrale**, Vol. II, Pág. 160 y siguientes, por Belly.

La infame treta jugada al Ministro de Estados Unidos provino de la llegada a Nicaragua de un francés fantasioso: Monsieur Felix Belly. Aunque no más que agente de un grupito de anónimos especuladores parisienses, vio con ojo rapaz las posibilidades que ofrecía la ocasión y, siendo hábil actor, se las ingenió, envolviendo su misión en equívocos aires de misterio, para hacer creer a periodistas americanos y franceses que era representante oficial del Emperador de Francia. Al llegar a San Juan del Norte el 14 de marzo de 1858, escribió a los Presidentes Mora y Martínez en términos más o menos herméticos dándoles a entender que su visita tenía relación con vastos proyectos que le agradaría poner en conocimiento de sus excelencias. "Por varios años he consagrado mis energías a la causa de la prosperidad e independencia de la América Central, y no será culpa mía si de mi viaje no resulta el triunfo de esta causa", decía. Se dirigió primero a Costa Rica, y al saber Mora que iba a verlo a él ordenó a media noche que de la capital salieran a encontrarlo con mulas y un guía. El Coronel Barrillier, el zuavo francés, fue también enviado para acompañarle, y en todos los pueblos del camino fue agasajado cordialmente. Esto ocurría tan sólo pocos meses después de que Walker y Kinney volvieran a San Juan del Norte, y mientras los agentes de Vanderbilt mantenían alarmados a los centroamericanos con la amenaza de posibles invasiones filibusteras. La afabilidad del francés cautivó plenamente a Mora, quien dio un gran baile en su honor. Belly negaba que su misión fuera oficial, pero lo hacía en tal forma que se entendiera que lo ocultaba por razones diplomáticas. Declaró además que no podía garantizar el permanente interés de Luis Napoleón en el proyecto canalero, y hasta tuvo el tupé de presentar un proyecto de tratado entre Nicaragua y Costa Rica estipulando el mutuo control del canal y el disfrute de sus privilegios. En cosa de una semana logró no sólo que Mora firmara el tratado sino también que fuese con él a Rivas a convencer a Martínez de que hiciese lo mismo.

En esos momentos los sueños del sibilino personaje estuvieron a punto de irse a pique. Se encontró de pronto con su billetera exangüe porque los especuladores que lo respaldaban se habían olvidado de mandarle los fondos prometidos. Para suerte suya, sin embargo, un paisano radicado en Costa Rica acudió en su auxilio, y así pudo seguir con su carnavalada. El 24 de abril los dos presidentes se encontraron a una milla de Rivas, donde doce meses antes las tropas nicaragüenses y costarricenses habían peleado hombro a hombro, y juntos entraron en la ciudad en ruinas. Iniciaron las negociaciones en una casa acribillada a balazos. Belly se salió con las suyas. Se puso a trabajar y redactó un "tratado internacional" mediante el cual se otorgaba a la compañía que debía formar "Monsieur Felix Belly, publicista", la concesión exclusiva para construir y administrar el canal de Nicaragua.

Y no paró ahí el francés. Logró también que ambos países firmaran un tratado de límites, en virtud del cual Nicaragua cedía una buena parte de su territorio a Costa Rica en consideración a la ayuda que esta república debía prestar a Nicaragua en caso de controversia con Estados Unidos. De esta suerte Costa Rica pasaba a ser condueña de un trecho de la ruta del Tránsito, y el Tratado Cass-Irisarri, aun cuando finalmente fuese ratificado, sería de muy poco valor sin el asentimiento de Costa Rica. Belly garantizó a los dos presidentes que Francia, estando una compañía francesa asociada a Costa Rica y Nicaragua en la construcción del canal, protegería los intereses de ambos países. (1).

Belly asestó entonces lo que tal vez él considerara su golpe maestro: Indujo a Mora y Martínez a firmar una declaración conjunta mediante la cual Nicaragua y Costa Rica se ponían bajo la protección de Gran Bretaña, Francia y Cerdeña, declaración que en su parte resolutive daba a "Monsieur Belly plenos poderes para pedir en nuestro nombre el

[1] Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.

auxilio inmediato de todos los barcos de guerra europeos que encuentre. Le encargamos especialmente que solicite el envío a San Juan del Norte de uno o dos barcos de la estación francesa en las Antillas. Y ponemos a las repúblicas de Costa Rica y Nicaragua, en la América Central, bajo la garantía del derecho de gentes europeos, y de la legislación especial contra piratas y bucaneros". Daban como razón de esta insólita actitud la inminente invasión filibustera y el agotamiento de la América Central que sin la ayuda europea no podría defenderse.

Junto con estos poderes dados a Belly, los dos presidentes lanzaron un bien calculado manifiesto enderezado contra Estados Unidos y para consumo europeo. Decíase en él que una nueva invasión, bajo el patrocinio del gobierno de Estados Unidos, pondría en peligro la independencia de Nicaragua y Costa Rica; que Estados Unidos amenaza abiertamente con la anexión de la América Central por la fuerza si esas repúblicas no se sometían de buen grado; que todos los representantes diplomáticos de Estados Unidos en Nicaragua habían actuado siempre en complicidad con los invasores; y que el actual Ministro americano en Nicaragua se jactaba en público de haber presentado el siguiente ultimátum: Posesión legal de Nicaragua mediante la ratificación del Tratado Cass-Irisarri, o nueva invasión filibustera organizada ya en Mobila bajo la bandera americana. Y decía también la declaración que el gobierno de Estados Unidos había confesado al Ministro de Costa Rica su incapacidad de impedir nuevas salidas de expediciones filibusteras, y que tampoco podía garantizar la seguridad de la América Central. Y, por último, que por estar las repúblicas centroamericanas tan agotadas después de tres años de guerra devastadora, no podrían soportar un nuevo ataque, por lo cual "tendrán que sucumbir ante la superioridad del número si la Europa no se digna defenderlas contra tentativas sin ejemplo en el siglo diecinueve". Así fue como Mora y Martínez pusieron sus países bajo la protección de Gran Bretaña, Francia, y Cerdeña, las tres potencias que hicieron respetar la

independencia y nacionalidad del Imperio Otomano, y pedían a las citadas naciones no dejar por más tiempo indefensas las costas de la América Central ni sus "ricos terrenos a merced de los bárbaros". (1). Atento siempre a causar efectos teatrales, Belly arregló las cosas de manera que los documentos en referencia fueran firmados en Rivas el 1º de mayo de 1858, primer aniversario de la rendición de Walker ante Davis. Creyendo ingenuamente en lo que Belly aparentaba ser, Martínez pensó que con su ayuda podía jugarle las barbas al Ministro Lamar que se afanaba en esos días en obtener la ratificación del Tratado Cass-Irisarri, y desafiar a la Asamblea que lo había aprobado contrariando su voluntad. Cuando Belly se despidió para volver a Europa con su concesión canalera en el bolsillo, Martínez llegó hasta pedirle que al llegar a San Juan del Norte hiciera una investigación oficial de la reciente intrusión de Kinney y relatara a Luis Napoleón el caso. (2). Pocas páginas de la historia hay que registren un episodio de ópera bufa tan jocoso como este de las negociaciones de Belly con los presidentes en Rivas.

Engreído con su éxito, el francés se dirigió a Colón para de allí seguir a Nueva York. Al entrar su barco al puerto americano arrimó un bote con los últimos diarios. Entre ellos el **Herald** de Nueva York destacaba en llamativos caracteres este título: "Monsieur Belly desautorizado". El informe decía que el gobierno de Francia había declarado no tener ningún vínculo con él, y lo calificaba de simple aventurero. Sus misteriosos manípuleos en la América Central durante varias semanas habían alarmado a todos los expansionistas americanos y a los epígonos de la Doctrina Monroe, y hasta habían reavivado la menguante llama de simpatía por el filibusterismo. Habíase temido que fuera él emisario secreto del emperador de Francia. Pero habiéndose conocido la verdad, la colosal ballena se redujo a una mísera sardina. Belly llevaba el plan de personificar en Washington el mismo papel

- (1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.  
(2) Obra citada de Belly, Vol. II, Pág. 178.

que tan bien representara en el istmo, y pensaba hacer que su proyectada compañía y el gobierno de Estados Unidos llegaran a un entendimiento. La desautorización, empero, arrebató a sus velas todo el viento, y ni Cass ni el Ministro de Francia fueron complacientes con él. Tomó un barco para su patria y llegó a Liverpool con dieciocho francos en el bolsillo. El Secretario de la legación de Honduras le prestó dinero para que pudiera llegar a París, en donde fueron pocos los hombres de reputación que lo recibieron. Algunos promotores de dudosa responsabilidad le facilitaron al fin medios para volver a Nicaragua y comenzar el reconocimiento topográfico del proyectado canal; pero a su llegada se encontró con que los diplomáticos centroamericanos en París habían escrito a sus respectivos gobiernos diciendo que los promotores eran unos bribones; y en Nicaragua cundió la noticia. Los fondos para continuar los estudios topográficos de la ruta le fueron en breve negados y su hermoso plan de canalización pasó a ser un sueño más. Lo único que logró hacer fue obstaculizar los esfuerzos que los capitalistas americanos hacían por reabrir el Tránsito.

La declaración conjunta de Martínez y Mora irritó a Cass. No sólo se acusaba en ella al gobierno americano de debilidad y mala fe en el caso de los filibusteros, sino que menospreciaba a la Doctrina Monroe con el establecimiento de un protectorado europeo sobre la América Central. El Secretario de Estado pidió en seguida a Lamar averiguar si la declaración, era auténtica o no. Si lo era, Estados Unidos tratarían la provocación con tolerancia; aunque "si Francia o Gran Bretaña o bien cualquier otra nación con gobierno normalmente establecido y consciente de sus deberes para con las potencias extranjeras, fuere la instigadora de la ofensa", se cortarían en el acto relaciones diplomáticas con tal gobierno. Ordenóse a Lamar notificar a los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica que si el contrato con Belly redundaba en perjuicio de derechos adquiridos por los americanos, se exigiría completa indemnización. En cuanto a la intervención europea en los asuntos americanos, años hacía que Estados Unidos había

manifestado su oposición a una política de esa naturaleza, cualesquiera fuesen las circunstancias. Por último, Lamar debía hacer ver a los citados presidentes que de no haber sido por la ley de neutralidad de Estados Unidos, la invasión que fue corolario de un malhadado contrato firmado por ciudadanos nicaragüenses habría triunfado, y que el poder de que ahora disfrutaban lo debían a la aplicación de dicha ley. En pago del fiel cumplimiento de sus obligaciones, el gobierno americano había sido puesto indignamente en la picota ante los ojos del mundo. Ya había pasado por alto los frecuentes descomedimientos de las repúblicas centroamericanas, pero ahora, sin que esto fuera cometer una injusticia con ellas, el gobierno americano exigiría justicia. Y en prevención de las medidas que tal actitud demandara —terminaba diciendo el oficio de Cass a Lamar— Estados Unidos estacionaría barcos de guerra en San Juan del Sur, El Realejo y San Juan del Norte. (1).

Con estas instrucciones en su poder, Lamar notificó al gobierno de Nicaragua que esperaba que el acuerdo suscrito con el francés no habría de poner en peligro los derechos previamente adquiridos por ciudadanos americanos, y quería saber si la declaración Martínez-Mora era auténtica o no. Al día siguiente recibió respuesta de que no se había pensado en privar de sus derechos a los ciudadanos americanos; pero se pasaba por alto la pregunta referente a la autenticidad de la declaración de los presidentes. Días más tarde el Ministro repetía la pregunta y pedía respuesta concreta e inmediata. Al no recibirla esta vez tampoco, volvió a la carga de manera más enfática preguntando: "¿Es auténtico o no el documento?". Que sí lo era, fue la respuesta, pero que Martínez lo había firmado en Rivas como ciudadano particular y no como presidente. Era sólo, por lo tanto, la manifestación del deseo de un ciudadano que quería ver a su patria libre de filibusteros. (2).

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Estados americanos, Instrucciones, XV.

(2) El traspiés de la declaración lo confirma el preámbulo que dice: "Los Jefes Su-

El 8 de agosto llegó Lamar a San José y presentó sus credenciales ante el gobierno de Costa Rica. Mora le explicó que la declaración había sido mal interpretada, y que cuando fue redactada eran tan grande los temores de una invasión filibustera, que su país se habría echado en brazos de cualquier nación, aun en calidad de colonia, con tal de obtener su protección. El 16 de septiembre el Presidente costarricense dio nuevas explicaciones manifestando que los temores que habían sido causa de la declaración eran infundados, y que confiaba en la buena fe y rectas intenciones del Presidente de Estados Unidos. (1). El 25 del mismo mes Martínez hizo igual cosa.

Ni aun con la entrada de Belly en Nicaragua abandonaron su lucha los capitalistas americanos que se disputaban la concesión de la ruta del Tránsito. El contrato firmado por Stebbins y White el 27 de junio de 1857 fue revocado el 28 de enero de 1858 a instancias de los agentes de Vanderbilt, y el 8 de marzo siguiente se traspasó la concesión al financiero neoyorquino. Stebbins y White impugnaron la legalidad de la revocación, pidieron la protección de Estados Unidos, y continuaron sus preparativos para inaugurar una línea de vapores (2).

Pronto se hizo evidente que Vanderbilt no tenía intenciones de reabrir la ruta, y que había obtenido la concesión sólo para que ningún otro pudiera explotarla. Se supo que la línea de Panamá, o sea la Pacific Mail Company, queriendo monopolizar el tránsito entre Panamá y California, había accedido a pagar a Vanderbilt \$ 56.000 dólares mensuales, con tal de que no le hiciera competencia a esa compañía ni

---

premos de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, reunidos en Rivas, después de haber arreglado las diferencias que dividían a las dos Repúblicas, y restablecido la paz y la más completa armonía entre ellas, de común acuerdo, y para afianzar la independencia y seguridad de los países y de toda la América Central . . . ” Etc. En la citada obra de Pérez, Pág. 608.

- (1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.
- (2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Nicaragua y Costa Rica, Despachos, III.



permitiera que tampoco ningún otro se la hiciese. (1). En consecuencia, hizo las paces con Morgan y Garrison, quienes dejaron de porfiar. Con eso sólo quedaban litigando Vanderbilt y la organización Stebbins-White. Estos siguieron en la brega; tal vez Vanderbilt creyó que nunca tendrían dinero suficiente para hacerle mella. Así pues, toleró su existencia.

Es significativo, sin embargo, que Irisarri, defensor de la causa de Stebbins y White, fuera reemplazado en octubre de 1858 por Jerez, quien, según revelan los Archivos del Departamento de Estado, antes de su nombramiento se carteaba con los agentes de Vanderbilt. (2). Y lo es también que tan pronto como se anunció que el primer vapor de Stebbins-White saldría para San Juan del Norte, Jerez publicó un aviso en los periódicos de Nueva York aconsejando no embarcarse por esa ruta a California, debido a que la compañía, decía, no tenía vapores en el río ni en el lago, y los pasajeros tendrían que hacer el viaje en bongos. Se dio por sentado que el Ministro puso ese aviso por insinuación de Vanderbilt. (3). Cass le llamó la atención por esa indiscreción diplomática. (4).

El “**Washington**”, primer vapor de la Stebbins and White Company, zarpó cumplidamente el 7 de noviembre para San Juan del Norte con 320 pasajeros. A su llegada al puerto un oficial del barco de guerra estadounidense **Savannah**, de acuerdo con instrucciones al respecto, subió a bordo a practicar una inspección ocular, pero no encontró nada sospechoso. El gobierno nicaragüense, no obstante, había notificado al agente de la compañía en San Juan del Norte que no permitiría a los pasajeros cruzar el istmo. El agente tomó un vaporcito del río y partió en él para Granada con el objeto de pedir al gobierno que modificara la orden. En San Carlos se obligó al vaporcito llevar a un pelotón de soldados

(1) **Harper's Weekly**, Vol. III., Pág. 114; **Herald**, de Nueva York, 5 de junio de 1858.

(2) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central Notas al Departamento, 11.

(3) **Evening Star**, de Washington, 4 de noviembre de 1858.

(4) Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 336.

antes de permitirle surcar el lago. El agente encontró inflexibles a los funcionarios gubernamentales y supo que el vapor de California que había arribado a San Juan del Sur había zarpado ya. Mientras esperaba el regreso del agente, el "Washington" fue abordado por oficiales de la marina británica y registrado por segunda vez. En vista de que no podía enviar a sus pasajeros por la vía de Nicaragua, el vapor zarpó hacia Colón y los mandó a California en barcos de la compañía rival. Unos noventa rehusaron seguir el viaje y se volvieron a Nueva York. (1). Este fue el Alfa y Omega del negocio naviero de los señores Stebbins y White; y el Tránsito siguió cerrado. El espectro de Walker y sus hombres regresando a Nicaragua era suficiente garantía para que el Tránsito continuara paralizado y Vanderbilt siguiera percibiendo por muchos meses más su mesada de \$ 56.000 dólares.

Finalmente, en el otoño de 1859 Vanderbilt decidió poner fin a su alianza con la Pacific Mail Company. Y entonces anunció su propósito de restablecer el tránsito de mar a mar a través de Nicaragua. Se oyó luego el rumor de que si el gobierno nicaragüense le ponía obstáculos, se serviría de los filibusteros para lograr su objetivo, y con este fin uno de sus vapores salió con armas de Nueva York a Nueva Orleans; allí intentó zarpar hacia Colón, pero se lo impidió el gobierno. (2). Por una razón u otra Vanderbilt abandonó sus planes de reabrir la ruta. Varios proyectos de esa naturaleza surgieron en la siguiente década, pero ninguno salió de la incubadora. Por último, la construcción de la línea férrea a través de Estados Unidos restó al istmo centroamericano mucha de su importancia. El cierre del Tránsito fue quizá el efecto de mayor consecuencia en la carrera de Walker en Nicaragua. Antes de aparecer él veinte mil americanos atravesaban el país cada año. La entrada en escena del filibustero desvió el tráfico para otras partes, y tal vez cambió el destino de Nicaragua.

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Flota de Aguas Territoriales, 1858 - 9, Pág. 129. Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 336.

(2) Véase en el siguiente capítulo la detención del *Philadelphia*.

## CAPITULO XXIII

### Fin del Filibusterismo

Se recordará que cuando en noviembre de 1857 partió Walker de Nueva Orleans a Nicaragua, estaba en libertad bajo fianza acusado de haber infringido la ley de neutralidad. Apenas de regreso en Estados Unidos manifestó que iría a Nueva Orleans a pedir se le juzgara por el delito imputado, y esto salvó tal vez a su fiador de tener que pagar los dos mil dólares de la fianza por incumplimiento del filibustero. Cuando Walker llegó a Mobile fue arrestado a solicitud de las autoridades federales de Nueva Orleans, pero quedó en libertad por haberse interpuesto recurso de **habeas corpus**, (1) y al llegar a esta última ciudad se le abrió juicio, junto con Anderson, por infracción de la ley de neutralidad de 1818. (2). Allí pasó la primavera, recluso lo más del tiempo en su alojamiento del número 184 de la calle Custom House, atareado en la preparación de su libro que sería "**La Guerra de Nicaragua**". El 31 de mayo él y Anderson comparecieron ante el Juez de Distrito Federal. Los defendió Pierre Soulé. El gobierno presentó como testigos de cargo a Bruno von Natzmer, Jules Hesse —representante éste de J. G. Humphries y secretario de la recién organizada Sociedad de Emigrantes Sureños— a los señores Pilcher y Slatter, quienes tenían a su cargo la venta de bonos nicaragüenses, y al Capitán Chatard, ex-Capitán del **Saratoga**. Presentáronse

(1) Louisiana Courier, 26 de junio de 1858.

(2) Al desembarcar Anderson y sus hombres en Cayo Hueso fueron detenidos para ser interrogados por un Juez de Distrito Federal, quien rehusó presentar la cuestión de si el gobierno tenía o no jurisdicción en alta mar; se basó únicamente en que habiendo suficientes pruebas para acusarlos de haber violado la ley de Nueva Orleans debía enviárseles allá para someterlos a juicio.

pruebas concretas, y la acusación del Juez Campbell fue directa y fuerte contra los enjuiciados. Walker, como en el juicio de California, se defendió a sí mismo. Después de deliberar hora y media, informó el jurado que no había podido ponerse de acuerdo, por lo que fue relevado. Diez votaron por la absolución, y dos por la condena. Walker, seguro de ser absuelto al fin, exigió nuevo juicio, pero el Fiscal de Distrito optó por suspender el proceso. (1).

Pasado esto, Walker se quedó en Nueva Orleans. Pre-gonaba su propósito de volver a Nicaragua, y prometió que comería la cena de Navidad en Granada. (2). Durante meses se habían estado haciendo preparativos. El 8 de febrero la Asamblea Legislativa de Alabama aceptó la incorporación de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua con capital autorizado de cien mil dólares. (3). Un mes más tarde se fundó, con el objeto de "colonizar" Nicaragua, la Sociedad de Emigrantes Sureños con sucursales en todo el Sur, pero con más fuerza en Alabama, Misisipí, y Carolina del Sur. En el transcurso de la primavera y el verano Walker hizo una jira por varias ciudades y pueblos del Sur dictando conferencias con el fin de despertar interés en su empresa y recaudar fondos para otra invasión. (4). El vapor **Fashion** había vuelto a Mobila y por haber zarpado bajo registro falso fue condenado y puesto en subasta pública; por doscientos dólares pasó a manos de la Compañía de Vapores Mobila y Nicaragua.

A principios de abril Henningsen hizo un viaje a México que nada tenía que ver con los planes de Walker. Se supuso

- (1) **Commercial Bulletin**, de Nueva Orleans, 1º y 3 de junio de 1858; **Louisiana Courier**, 1º y 3 de junio de 1858; **Picayune**, de Nueva Orleans, 1º y 3 de junio de 1858.
- (2) **Harper's Weekly**, Vol. II., Págs. 626, 706, 802.
- (3) Actas de Alabama, 1857 - 8, Págs. 216 - 9; Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, América Central, Cartas del Departamento, I., 138 - 9; Notas al Departamento, III.
- (4) "El General Walker podría conseguir un millón de dólares en el condado de Dallas para americanizar a la América Central", escribió el entusiasta director del **Sentinel**, de Selma, Alabama, poco después de haber oído pronunciar un discurso a Walker. **Advertiser**, de Montgomery, 21 de mayo de 1858.

que había ido allá a ofrecer sus servicios al General Santiago Vidaurre, jefe del partido liberal alzado entonces en armas. Lockridge también le había ofrecido los suyos el 29 de marzo al mismo Vidaurre prometiéndole hombres y armas a condición de que, una vez hecha la paz, se le permitiera organizar en alguno de los puertos mexicanos del Golfo una expedición para ir a "liberar" Cuba. Al saber Lockridge que Henningsen había ido a Monterrey, Cuartel General de los liberales, se inquietó mucho por temor de que éstos prefirieran a la suya la espada de aquel eminente soldado. Además, le dolían todavía las críticas hechas por Walker y Henningsen respecto de su fracasada expedición en el Río San Juan. Dispuso entonces adelantársele a Henningsen y al mismo tiempo cobrársela por haber devaluado sus capacidades militares. Escribió en seguida una carta a Vidaurre diciéndole que Henningsen no era sino un agente de Walker con quien seguramente maquinaba algún proyecto pirático. Al contestarle Vidaurre le citó una gacetilla publicada por el propio Lockridge en un periódico de Galveston, la cual demostraba que los motivos de éste para llevar tropas a México eran muy otros de los que hablaba en su correspondencia con los líderes mexicanos. Henningsen, al enterarse de lo aseverado por Lockridge, negó ser instrumento de Walker y también que estuviera planeando una invasión; manifestó, además, que de tomar parte en la revolución mexicana sería sólo por invitación expresa de Vidaurre. (1). La discordia de los dos filibusteros metió tan en sospecha a los mexicanos que desistieron de la ayuda extranjera.

A su regreso de México Henningsen se detuvo en Nueva Orleans en donde por un tiempo se le vio visitar casi diariamente a Walker. En el otoño supieron las autoridades que en Mobila estaba tomando cuerpo una nueva expedición. La oficina de la Sociedad de Emigrantes Sureños, de Mobila, expidió el 8 de octubre una circular informando a los que quisieran emigrar que el 10 de noviembre saldría de ese puerto

(1) Libro de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 323.

un barco a Nicaragua. (1). Ordenóse a la marina de guerra americana del Caribe mantener atenta vigilancia, y el 30 de octubre el Presidente Buchanan emitió un comunicado mandando a los funcionarios gubernamentales estar alertas a suprimir toda tentativa de expedición filibustera; también advertiría a todos los que estuviesen planeando sumarse a la empresa que ya no les valdría decir que iban como emigrantes pacíficos (2). Tres días antes Irisarri había notificado a Cass que a ningún extranjero, a excepción de los pasajeros que fuesen en viaje a California, se le permitiría entrar en Nicaragua sin pasaporte visado por el ministro o cónsul general residente en el país de donde el pasajero hubiese salido. (3). Por ese mismo tiempo Lord Napier advirtió a Cass que todo intento filibustero de desembarcar en San Juan del Norte o en la Costa Mosquitia sería repelido por la marina británica, y también que todo intento de desembarcar en territorio de Nicaragua o Costa Rica sería igualmente repelido si los gobiernos de esos países lo pidieren (4). Malmesbury comunicó en Londres al Ministro americano, George M. Dallas, que se había ordenado el envío de dos barcos británicos a San Juan del Norte con instrucciones de interceptar a los filibusteros, y sugería se ordenara a los barcos americanos en aguas de la América Central cooperar en igual forma. (5). Lo mismo se pidió al gobierno francés, el cual accedió a enviar barcos de guerra allá. (6).

- 
- (1) El texto de esta circular apareció en varios periódicos del Sur, como decir el *Advertiser*, de Montgomery, octubre de 1858; y también en el *Gulf State Historical Magazine*, Vol. II, Pág. 184.
- (2) *Works of James Buchanan*, Por Moore, Vol. X., Pág. 230.
- (3) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas del Departamento, I., Pág. 148; Cartas al Departamento, I., Págs. 147 - 8.
- (4) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Estados Americanos Instrucciones, XVI., Pág. 23 y otras; *British State Papers*, XLVIII., Pág. 699.
- (5) *British State Papers*, XLVIII., Págs. 711 - 2.
- (6) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Estados Americanos, Instrucciones, XVI., Pág. 23 y otras. Quizá sea innecesario decir que Cass, con sus bien conocidas antipatías europeas, no vio con buenos ojos las medidas adoptadas por Inglaterra y Francia, y notificó a Lord Napier y a Monsieur Sartiges que dichas medidas suscitarían animosidad en Estados Unidos, y que acabarían de complicar los actuales problemas de la América Central.

El Secretario de Marina Isaac Toucey ordenó el 17 de noviembre al Comodoro James H. McIntosh, sucesor de Paulding en el cargo de Comandante de la Marina de Guerra Americana en el Caribe, mantenerse ojo alerta y detener cualquier expedición ilegal con destino a Nicaragua. Se le advertía que, para evitar la repetición de un caso semejante al de Paulding, interviniera sólo en **alta mar**. "No haga usted eso en ningún puerto, ni desembarque un solo hombre con tal objeto". (1). El hecho de que el Departamento de Marina estacionara barcos de guerra en puertos centroamericanos para impedir el desembarco de filibusteros y luego ordenara a sus capitanes actuar únicamente en alta mar, fue causa de mucha confusión entre la oficialidad. Con frecuencia escribían ellos al Departamento de Marina pidiendo más claras instrucciones respecto de sus atribuciones, y hasta anticipaban casos hipotéticos acerca de los cuales querían que el Departamento les señalara una línea de conducta. Excusado es decir que nunca pudo Toucey aclarar cómo podría un barco de guerra, anclado en la bahía de San Juan del Norte, por ejemplo, interceptar una nave filibustera antes de acercarse a tres millas de la costa. A los oficiales se les advertía, por otra parte, que no debían proceder basados únicamente en simples sospechas, y que tampoco debían intervenir en cuestiones de comercio legal, prohibiciones éstas que enmarañaban más todavía a los cerebros náuticos.

El 16 de octubre Thadeus Sanford, Administrador de la Aduana del puerto de Mobile, informó al Secretario Cobb de la reciente visita de William Walker, quien había llegado a manifestarle que alrededor del 15 de noviembre saldría de Mobile para San Juan del Norte un barco con unos trescientos emigrantes pacíficos, sin armas. Le dijo el filibustero que si se objetaba a que él saliera como emigrante, no se embarcaría. Cobb le contestó diciéndole que sí le pedían permiso para zarpar remitiera la solicitud directamente al Departamento del Tesoro. El 9 de noviembre se pidió el tal permiso

(1) House Ex, Doc. 24, 35 Cong., 2 Sess.

para el buque **Alice Tainter** con trescientos o más pasajeros; Cobb ordenó retenerle su despacho de aduana. Algunos de los pasajeros tenían pasaporte visado por Irisarri, que al principio se creyó fuesen falsificados, pues el Ministro decía haber expedido solamente doce a personas que el 6 de diciembre tomarían el vapor **Washington** de la compañía de Stebbins y White. Por extraño que parezca, esos pasaportes aparecían ahora en manos de los filibusteros de Mobila, sin que nadie supiera decir cómo habían llegado a poder de ellos. Al ser detenido el **Alice Tainter** muchos de los aventureros que iban a Nicaragua se volvieron a sus casas. El 30 de noviembre Walker fue intimado a comparecer ante un tribunal federal de Mobila, pero no se pidió nada contra él. (1).

En esos mismos días varios periódicos del Sur comentaban a banderas desplegadas los preparativos que se hacían. El **Crescent**, de Nueva Orleans, decía que en esa ciudad se estaba organizando una compañía de milicias, y el **Despatch**, de Augusta, estado de Georgia, publicó que el Coronel A. F. Rudler, ex-miembro del Estado Mayor de Walker, había salido para Mobila, de donde partiría a Nicaragua. (2).

El 4 de diciembre varias personas involucradas en proyectos de expediciones filibusteras pidieron al Administrador de la Aduana Sandford permiso de salida para la goleta **Susan** con destino a Cayo Hueso. Como antes, le negó y remitió la solicitud al Secretario del Tesoro. Humphries, dueño del barco, amenazó al Administrador con demandarlo por daños y perjuicios, y varios amigos de aquél trataron también de intimidarlo con amenazas de violencia. Al fallarles esas táctica resolvieron hacer zarpar la goleta sin despacho de aduana. Entre diez y doce de la noche del 4 de diciembre ciento veinte emigrantes al mando de Anderson y Doubleday abordaron la goleta que fue remolcada de la bahía de Mobila hasta Dog Bar, donde quedó a sus propias velas. Inmediatamente enderezó hacia la América Central. Entre los

[1] House Ex. Doc. 25, 35 Cong., 2 Sess.

[2] Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 336.



oficiales iban hombres avezados a las balas como eran los conocidos Coroneles Bruno von Natzmer y Rudler, el Mayor Hoof, y los Capitanes McMichael, Rhea y McEachern. Todo el día 5 la goleta se la pasó sin pizca de viento, y el 6, estando aún en la bahía, un guardacostas le dio alcance. Subió un oficial a bordo pidiendo ver su despacho. El Capitán de la goleta, Harry Maury, alegó no haber zarpado todavía y que iba al embarcadero que la flota tenía en la bahía, de donde sí se haría a la mar. El oficial llevó a su comandante la explicación de Maury y volvió en seguida declarando que la goleta era desde ese momento presa de Estados Unidos y que debía volver inmediatamente a Mobila. Maury se negó rotundamente a obedecer y echó ancla al fondo. Entonces el Capitán del guardacostas y seis hombres se dirigieron a la goleta. Cuando su bote se acercaba, los filibusteros se aliniaron en la barandilla sacando sus revólveres y cuchillos, y al tiempo que Anderson y Maury parlamentaban con los oficiales del guardacostas proferían amenazas diciendo que no dejarían al Capitán volver a su barco. El Capitán ordenó al oficial del bote atracado a la goleta irse al guardacostas y cañonear al **Susan**, sin miramientos a su propia vida. Esta decisión del Capitán enfrió la furia de los "pasajeros" que entonces le permitieron volver sano y salvo al guardacostas. Antes de irse declaró que si la goleta se movía de allí la echaría a pique. Por desgracia quedó uno de sus oficiales a bordo, y Maury lo tomó en rehén. Convencido de que en tales circunstancias el guardacostas no dispararía contra su barco, levó anclas en el acto y comenzó en la bahía una persecución de pantomima. Era inútil que el guardacostas tratara de abordar la goleta, pues ésta llevaba cinco veces más hombres de los que tenía aquél y muy fácilmente podían los filibusteros echarlos al agua sin tener para qué hacerles otra cosa. El agente fiscal del guardacostas tenido en rehén fue invitado a pasar al camarote del **Susan**, y, según las malas lenguas, como todo marino que se las pica cedió a la tentación de catar todas las botellas.

Una espesa niebla envolvió al rato a los barcos que se perdieron mutuamente de vista. Los filibusteros desplegaron todo el velamen y pusieron proa al Golfo de México, pero, de pronto, de entre la bruma surgió como una aparición el guardacostas. Volvieron a fondear los filibusteros y lo mismo hizo el barco del gobierno. Reanudaron los dos capitanes su parlamento esa noche, sin llegar a nada positivo. Al día siguiente Maury intentó escurrirse por el Estrecho de Grant, pero viró en redondo cuando el guardacostas despejó los puentes llamando a zafarrancho de combate. Los dos barcos se estuvieron al paio hasta entrada la noche, cuando Maury subió a bordo del guardacostas para sugerir que ambos anclaran como la noche anterior. Acordóse hacerlo así, más cuando Maury regresó hizo que deslizaran la cadena por un escobén y la subieran por el otro. El Capitán del guardacostas, al oír rechinar la cadena creyó que la goleta estaba en efecto anclando, y entonces echó su ancla al fondo. El **Susan** aprovechó el momento para internarse en las tinieblas, cubierto su fanal con una manta y además protegido por la bruma. Percatándose de la treta, el Capitán del guardacostas reanudó la persecución, pero encalló en un bajío, y cuando logró zafarse ya el **Susan** iba muchas millas mar afuera. El oficial del guardacostas, a bordo aún de la goleta fugitiva, ordenó a Maury anclar y no salir de la bahía. Maury respondió calmadamente que no pensaba hacerle caso; así que el guardián del honor de la nación volvió al camarote a diluir su contrariedad en la filosofía de Omar Khayán. (†) Dos días después el **Susan** se puso al habla con un barco que iba rumbo a Nueva Orleans y transbordó al funcionario del gobierno. Al dejar la goleta los "pasajeros" lo despidieron con tres vítores y a coro le cantaron: "Que él es un buen compañero nadie habrá que lo niegue".

Doubleday describe a los que iban en la goleta como "gente en su mayoría de la clase que merodea por los muelles de las ciudades del Sur, con uno que otro tipo de cajero

{†} Refiérase a los versos de este poeta persa: "Bebamos y cantemos que mañana moriremos". [N. del T.].

de banco que de pronto hubiera cambiado de profesión" (1). Llevaban órdenes selladas que debían abrir dos días más allá; ordenábasele a Anderson desembarcar en el puerto hondureño de Omoa, y apoderarse allí del Castillo de San Fernando, poderosa fortaleza que sería el punto de reunión de expediciones que seguirían después. Así no serían vistos por los barcos de guerra surtos en puertos nicaragüenses. Walker creía justificado su desembarque de fuerzas armadas en cualquier parte de la América Central porque todos esos estados le habían hecho la guerra. Sin embargo, ese intento de los filibusteros fracasó antes de llegar a la meta, debido a que en la mañana del 19 de diciembre el **Susan** encalló en unos arrecifes de coral a sesenta millas de Belice. Después de pasarse tres días varados allí se trasladaron los hombres a un islote en donde estuvieron una semana o poco más viviendo de pescado, frutas y también de algo de las provisiones que pudieron rescatar del barco. En el único botecito de la goleta Anderson y Maury se fueron a Belice donde infructuosamente trataron de conseguir otra embarcación que los llevara a su destino. Por suerte apareció el barco de guerra inglés **Basilisk**, cuyo capitán se compadeció de ellos. No sólo tomó a los naufragos a bordo, sino que se ofreció a llevarlos a Estados Unidos, viéndolos más como naufragos de una nación amiga que como filibusteros. El **Basilisk** entró en Mobila el día de Año Nuevo, y a menos de un mes de su partida estaban los "pasajeros" de regreso en el lugar de donde habían partido. Al entrar en el puerto pasaron muy cerca del guardacostas que fuera para ellos causa de tantas tribulaciones, y su capitán debe haber sentido poca o ninguna lástima. La ciudadanía dio un banquete en honor de los oficiales del **Basilisk**, y les entregó las llaves de la ciudad en reconocimiento de buen trato dado a los desilusionados y desventurados partidarios de Walker. (2).

(1) **Reminiscences**, Pág. 201, por Doubleday.

(2) Para la odisca del **Susan** véanse el **Harper's Weekly**, Vol. III., Págs. 22 - 39; Libros de recortes de Wheeler, Vol. 4, Pág. 335; **Reminiscences**, por Doubleday, Págs. 192 - 216; **British State Papers**, XLVIII., Pág. 756; y el **Register**, de Mobila, 4 de enero de 1859.

El Secretario Cobb, recién vueltos los filibusteros náufragos, ordenó fuesen enjuiciados, así que el 19 de enero los principales actores del episodio del **Susan**, como Anderson, Maury, Von Natzmer, y otros, comparecieron ante el comisario de Estados Unidos, quien les impuso fianza de \$ 2.500 dólares a cada uno por violación de la ley de neutralidad. El Tribunal Federal, no obstante, declaró que no había lugar a causa, y los hombres no volvieron a ser molestados. (1). Julius Hesse, el agente de J. G. Humphries, dueño éste del **Susan**, del **Fashion**, y del **Alice Tainter**, demandó ante un tribunal estatal o Sanford por la suma de \$ 25.000 dólares por daños causados al negarse autorizar la salida del **Alice Tainter**. El Administrador de la Aduana alegó haber actuado como funcionario de Estados Unidos, y consiguió que su caso fuera remitido a la corte de circuito federal, en donde Hesse suspendió su demanda. (2).

Con la noticia de la insistencia de Walker en querer volver a la América Central cundió el pánico allí, no obstante la protección de los barcos de guerra franceses, americanos y británicos. El 18 de enero el gobierno de Nicaragua pidió el desembarco de marinos británicos para ayudarle a expulsar a los filibusteros que lograran desembarcar burlando la vigilancia de las flotas combinadas. El Comodoro McIntosh, Comandante de la flota americana, insinuó al gobierno que a él también le agradaría se le solicitara desembarcar sus fuerzas si se creyese necesario. (3). Los nicaragüenses no se sentían garantizados con esta protección, pues recelaban grandemente un ataque por la costa del Pacífico que estaba indefensa. Decían temer que los filibusteros, viendo la imposibilidad de desembarcar en ninguno de los puertos de la costa atlántica, fuesen a Colón, cruzaran el istmo, tomaran un vapor en Panamá y desembarcaran sin oposición en San Juan del Sur o El Realejo. En vista de tan apremiante soli-

---

(1) House Ex. Doc. 25, 35 Cong., 2 Sess.; **Register**, de Mobile, 20 de enero y 2 de junio de 1859.

(2) **Register**, de Mobile, 26 de mayo de 1859.

(3) **British State Papers**, L., Págs. 150 - 1.

cidad, Sir William Gore Ousley, quien entonces se hallaba en el país negociando un tratado, pidió al Capitán del barco de guerra británico **Vixen** visitar todos los puertecitos de la costa del Pacífico nicaragüense e impedir el desembarque de filibusteros en ese litoral. Ousley procuraba concertar en Nicaragua un tratado de comercio y navegación, y también tramitaba lo concerniente a la renuncia que Gran Bretaña haría de su protectorado de la Mosquitia; la demostración de poderío naval inglés en el Caribe tenía por objeto hacer gala de protección a esa zona. Malmesbury había declarado que mientras Ousley permaneciera en la América Central los barcos de guerra británico repelerían cualquier invasión filibustera. El diplomático fue para Nicaragua una especie de seguro contra el regreso de Walker, y los marrulleros funcionarios nicaragüenses alargaban las negociaciones tanto como podían con el fin de hacer que el Ministro permaneciera allí cuanto más tiempo posible y hasta que el gobierno británico tolerase su demora. Cada vez que las negociaciones iban viento en popa sonaba la arma de estar los filibusteros a las puertas, y eso bastaba para suspenderlas. Algunas de esas alarmas eran de lo más tonto. En marzo, por ejemplo, se publicó en el extranjero que Walker, bajo el supuesto nombre de Wilson, había cruzado el istmo de Panamá con ciento cincuenta hombres en viaje a California, donde organizaría otra expedición. Se dijo además que Henningsen y un numeroso contingente de partidarios iban de cruzada en México para juntarse con Walker en California, de donde con más de mil hombres saldría por mar a Nicaragua. Y, aunque parezca extraño, Sir Ousley daba crédito a todos esos infundios para luego volver a la carga afanado siempre en lograr la concertación del tratado. Malmesbury al fin le indicó que estaba siendo víctima de una jugarreta, pues las explicaciones no eran satisfactorias. Esto era prueba de que los nicaragüenses no querían que Gran Bretaña dejase de proteger la costa de la Mosquitia, porque de lo contrario quedarían por ese flanco más expuestos a las invasiones filibus-

teras. En agosto fue llamado Ousley por su gobierno, habiendo sido su misión de poquísimos valor. (1).

En septiembre de 1859 los filibusteros, que durante todo el año se habían estado sosegados, volvieron a dar muestras de actividad. Walker pasó buena parte del verano en Nueva York, y se dijo que había conseguido de George Law el ofrecimiento de más armas. Sea como fuere, en septiembre el vapor **Philadelphia** tomó un fuerte cargamento de elementos bélicos y zarpó de Nueva York a Nueva Orleans, donde estaban concentrándose los filibusteros. En el día fijado para su partida se fueron los hombres, para evitar sospechas, varias millas abajo de la ciudad donde abordaron el remolcador **Panther** que los desembarcó en Southwest Pass. Allí esperarían al vapor que debían tomar después de salir éste del puerto. Se pidió para el **Philadelphia** permiso de zarpar con destino a Colón, pero las autoridades, habiendo sospechado del movimiento de los partidarios de Walker, lo negaron. El Alguacil de la Corte Federal, con una compañía de artillería de la guarnición de Baton Rouge, se dirigió a Southwest Pass, donde arrestó a los filibusteros. Estos tomaron el arresto con jovialidad, y tanto así que al acercarse las tropas hicieron guasa de ello izando una bandera negra; al ser interrogados dijeron ser pescadores de paseíto por el río. Fueron llevados de vuelta a Nueva Orleans en donde se les impuso fianza de \$ 3.000 dólares a sus jefes, que eran: Anderson, Maury, Fayssoux, y William W. Scott, pero fueron luego excarcelados cuando el Tribunal Federal no pudo presentar acusación. (2). A los demás se les internó en los cuarteles de abajo de la ciudad, de los cuales se escaparon porque los dejaron sin resguardo. Los policías que registraron el **Philadelphia** no encontraron nada sospechoso. Sin embargo, a la noche siguiente, fueron echadas las armas al mar. Al saber esto, las autoridades entablaron demanda contra el barco, y al efectuar un segundo registro descubrieron una escotilla secreta untada de alquitrán que la ocultaba y unos barriles

(1) *British State Papers, L.*, Págs. 147, 186, 189-90, 215 - 48.

(2) *Picayune*, de Nueva Orleans, 18 y 25 de Octubre de 1859.

encima para mayor disimulo. Al ser abierta la escotilla apareció otro escondrijo repleto de pertrechos. (1).

Durante el tiempo que Walker se vio obligado a estarse quieto bajo la mirada del gobierno, no estuvo ocioso. Aunque forzado a poner a un lado la espada, tuvo la oportunidad de esgrimir un arma más poderosa todavía, la pluma, en cuyo ejercicio se había amaestrado como periodista. Se ocupó entonces en la preparación de la historia de su actuación en Nicaragua, y en la primavera de 1860 apareció su obra en Mobila en tamaño octavo y de 431 páginas titulada **La Guerra de Nicaragua (The War in Nicaragua)**. Es este libro un relato muy cabal de las peripecias de los filibusteros en Nicaragua desde la salida del **Vesta** hasta su rendición al Capitán Davis. Sus previas aventuras vividas en Baja California las reseña en seis páginas del primer capítulo, y es manifiesto, por la forma cautelosa en que trata de esta primera parte de su carrera, que ese no era para él tema de su agrado. En todo el libro habla de sí mismo en tercera persona. El estilo es claro, parco y directo, y la dicción es pura. A enemigos y amigos los trata con admirable ecuanimidad, y su pluma revela muy poco de la emoción que debe haber sentido cuando en su escritorio recordaba los acontecimientos de sus días de triunfo y de fracaso. Narra los sucesos con escrupulosa exactitud, y el mayor elogio que a este respecto se le ha hecho proviene de los historiadores centroamericanos que, aun cuando por ser naturalmente hostiles a él in-pugnen sus motivos y sus actos, aceptan como verídicos los sucesos que refiere. (2).

(1) **Register**, de Mobila, 5, 9, 20, 22, y 26, de octubre de 1859; **Herald**, de Nueva York, 6, 7, 8, y 10 de octubre de 1859; **Harper's Weekly**, III., Pág. 663; **British Accounts and Papers**, 1860, LXVIII, Págs. 295-7. El 7 de octubre de 1859 Howell Cobb escribió al Presidente Buchanan diciéndole: "Le agradecerá a usted saber que según toda probabilidad, y gracias a la energía de nuestros funcionarios, la expedición de Walker ha sido frustrada. Al enterarnos de que (ilegible en el original) doscientos hombres saldrían de Nueva York en el **St. Louis**, dí los pasos conducentes para impedirlo. En consecuencia, negué permiso de salida al **St. Louis**." **The Correspondence of Robert Toombs, Alexander H. Stephens, and Howell Cobb**, Pág. 447, editado por U. B. Phillips. En **Annual Report of the American Historical Association**, 1911, II).

(2) Montúfar por ejemplo, cuando se encuentra ante versiones antagónicas acepta

Pocos escritores han logrado, como él, relatar los acontecimientos en que tomaron parte destacada dejando traslucir tan poco de su propia personalidad. Quien lee ve en el autor la fría encarnación de una idea o propósito en vez de un individuo dotado de todos los rasgos característicos de la naturaleza humana. Un metódico análisis de la obra revela que el propósito primordial de su autor no fue únicamente historiar su lucha por el dominio de la América Central, sino también hacer a los sureños una solicitud de apoyo moral y material en pro de sus nuevos esfuerzos para hundir el platillo de la balanza a favor suyo. En el Capítulo VIII se presenta como el salvador potencial de la causa del Sur, y asegura que su empresa de Nicaragua ofrece a esa región la última y única esperanza de poder preservar sus instituciones económicas y sociales. Este capítulo es el que ha hecho aparecer a Walker ante los ojos de muchos que han estudiado su libro, como uno de los más señalados apóstoles de la propaganda esclavista. Justo será, sin embargo, tomar en consideración las circunstancias bajo las cuales lo escribió.

Por ese tiempo Walker dio otro paso que muchos consideraron no más que parte de sus preparativos para volver a la América Central. Aunque nacido y criado en un severo ambiente protestante, y habiendo manifestado en su mocedad un profundo espíritu religioso, anunció que se había convertido al catolicismo. Sus amigos creyeron en la buena fe de su conversión; sus enemigos, en cambio, lo ridiculizaron juzgando su abjuración de ardid para desvanecer los prejuicios que a causa de su protestantismo pudieran tener los centroamericanos.

Poco después de la detención del **Philadelphia**, de Honduras llegaron noticias a reanimar las desfallecidas esperanzas de los filibusteros. Por casi una década venía siendo motivo de litigio entre Gran Bretaña y Estados Unidos el destino de ciertas islas de la costa Norte de Honduras. En 1841

---

por lo general la de Walker, aun siendo las otras productos de sus propios paisanos centroamericanos.



el Coronel McDonald, Superintendente de la Gran Bretaña en Belice y forjador del reino de la Mosquitia, arrió la bandera de Honduras en la Isla de Roatán para izar la británica, reclamándola como dependencia de Belice. Esa isla tiene excelentes bahías —que en Honduras casi no las hay— y su posición geográfica es dominante. No era difícil, pues, adivinar los designios de Gran Bretaña. El Tratado Clayton-Bulwer de 1850, conforme a la interpretación americana, estipulaba la reincorporación de Roatán de Honduras; pero el gobierno británico no sólo retuvo su posesión sino que en 1852 agregó a ella cinco islas más que llamó colectivamente "Colonia de las Islas de la Bahía". (1). Esa medida causó profundo enojo en Estados Unidos, cuyo senado aprobó una resolución declarando que con tal acto Gran Bretaña violaba el Tratado Clayton-Bulwer. En 1856 el Senado americano enmendó unilateralmente el Tratado Dallas-Clarendon insertándole una cláusula que prescribía la devolución de las islas a Honduras. El gobierno británico rechazó la enmienda sugiriendo en cambio que Gran Bretaña y Honduras concertaran un tratado que determinara su posesión. El gobierno de Estado Unidos no quería ver a Honduras enajenar ninguna parte de su territorio mediante tratado con ninguna potencia europea. El litigio continuó hasta el 28 de noviembre de 1859 cuando Charles Wyke, sucesor de Sir William Gore Ousley, firmó un tratado con Honduras conforme al cual se reincorporaban a esta nación las llamadas Islas de la Bahía. (2).

Muchos de los habitantes de Roatán, en donde todos eran súbditos británicos, se opusieron enérgicamente al traspaso de la isla a Honduras, y hasta enviaron una petición a la reina Victoria rogándole no ratificar el Tratado Wyke. Pese a ello, el 21 de mayo se participó a los isleños la ratificación, por lo que celebraron un mitin del cual salió una declaración respecto de ciertas garantías referentes a la pro-

(1) *British State Papers*, XLVI., Pág. 246 y otras.

(2) *The Trans-Isthmian Canal: A Study in American Diplomatic History*, Pág. 12, por C. H. Huberich, (Austin, Texas, 1904).

tección de sus derechos civiles y a la libertad de cultos. (1). Los informes de estos sucesos publicados en los diarios americanos alentaron grandemente a los filibusteros que con eso vieron venir otra revolución centroamericana.

A comienzos de la primavera de 1860 uno de los descontentos isleños llegó a Nueva Orleans en busca de Walker a pedirle fuese a Roatán en ayuda de ellos contra los hondureños. Pero el líder filibustero se encontraba en Louisville, de manera que el comisionado habló con Fayssoux a quien encargó decirle a Walker llegara a la isla en cuanto no más pudiera. En abril cuando Walker regresó a Nueva Orleans se enteró de la invitación, y en el acto vio otra oportunidad de reconquistar su poder perdido en Nicaragua. Resolvió entonces ponerse a la cabeza de otra banda de partidarios, expulsar de Roatán a los hondureños, y hacer de esa isla una base desde donde recomenzar su tarea de "regenerar" a la América Central. Puso en seguida manos a la obra, y el 20 de abril envió allá a un pequeño grupo de avanzada a preparar el camino para los que debían seguirles. Iba entre ellos uno de sus ex-oficiales, el Capitán West. En mayo y junio salieron otros como simples pasajeros de los barcos fruteros; los isleños descontentos les costeaban su manutención. El creciente número de extranjeros hacía sospechar de algo a los nativos. Muchos de éstos eran negros a quienes los individuos leales a Gran Bretaña decían que los americanos querían hacerlos esclavos. (2).

El presidente de Honduras era en ese tiempo nada menos que el General Santos Guardiola, aquel a quien en 1855 la Falange Americana derrotara en La Virgen. Tan pronto como él y las autoridades hondureñas supieron de la llegada de filibusteros a Roatán, resolvieron posponer el traspaso de las islas mientras durase la amenaza de invasión. En junio Rudler y Dolan, ex-oficiales de Walker, con unos veinte más,

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, Notas al Departamento, América Central, III; Notas del Departamento, I, Págs. 177 - 96.

(2) *Herald*, de Nueva York, 25 de julio y 1 de septiembre de 1860.

embarcaron en Nueva Orleans a bordo de la goleta **Clifton** rumbo a la isla. En ese barco iban armas y otros materiales de guerra manifestados como mercaderías corrientes. Walker y Henry se embarcaron en la goleta **John E. Taylor** junto con otros filibusteros. El **Clifton** llegó a Belice el 14 de junio y procedió a descargar parte del cargamento destinado al puerto. El gran número de pasajeros que llevaba hizo sospechar a las autoridades, por lo que un oficial subió a bordo a registrar el barco; encontró que algunas de las cajas manifestadas como mercaderías contenían armas. Las autoridades las decomisaron como contrabando y se negaron a darle al barco permiso de zarpar hacia Roatán. El capitán de la goleta protestó, arrió su bandera, y abandonó el barco. Ante semejante situación los filibusteros contrataron otra goleta y partieron a Roatán. Frente a la isla encontraron al **Taylor** con Walker, Henry y los demás. Todos pasaron al **Taylor** que los llevó a la isleta de Cozumel, en donde levantaron una barraca para guarecerse de las lluvias; allí esperaron la llegada de municiones de guerra y de boca procedentes de Nueva Orleans. Grande era su desilusión al ver todavía flotar la bandera británica en las islas, así que no podían hacer otra cosa que esperar el traspaso. Tras una semana en la isleta se reembarcaron todos y por tres semanas más peinaron las aguas en busca del barco con las provisiones que nunca aparecía, y en espera de que fuese arriada la bandera británica, lo cual tampoco ocurría. (1).

Al cabo se resolvió Walker por el temerario plan de asaltar la fortaleza del puerto de Trujillo, en tierra firme de Honduras. Como este país le había hecho la guerra cuando él era presidente de Nicaragua, creyó justificada la toma de represalias. Se trazó un plan muy similar al que puso en efecto cinco años antes para tomarse Granada. Cruzaron frente al puerto por la noche y desembarcaron en la obscuridad tres millas más arriba. Marcharon en seguida sobre

(1) Manuscritos de los Archivos del Departamento de Estado, América Central, Notas al Departamento, III; *Herald*, de Nueva York, 25 de julio y 18 de agosto de 1860; *British State Papers*, L., Págs. 327 - 8.

la fortaleza, pero alguien que presenció el desembarco había puesto sobre aviso a los hondureños. Los filibusteros llegaron a las afueras de la población al amanecer, y tuvieron allí una escaramuza. Luego se lanzaron sobre la fortaleza defendida tan sólo por un cabo y su escuadra; se adueñaron de ella y de la plaza sin perder un hombre, aunque varios salieron heridos. La fortaleza era una buena muestra de aquellas de los días coloniales de la América española, y sirvió de excelente albergue a los filibusteros que en su santabárbara encontraron armas. Improvisaron allí un hospital para los heridos y dos o tres más que habían contraído fiebres. En la población —sin que sepamos cómo— se abastecieron de víveres.

Trujillo fue tomado el 6 de agosto, y al día siguiente Walker lanzó la siguiente proclama:

"Al Pueblo de Honduras. Hace más de cinco años que yo juntamente con otros fuimos invitados a la República de Nicaragua con la promesa de ciertos derechos y privilegios, bajo la condición de que debíamos prestar ciertos servicios en el Estado. Nosotros desempeñamos los servicios que se nos pidieron, pero las autoridades existentes de Honduras se unieron a una combinación para arrojarnos de Centro América.

"En el curso de los acontecimientos el pueblo de las Islas de la Bahía se encuentra ahora en casi la misma posición en que se hallaban los americanos en Nicaragua en Noviembre de 1855. La misma política que condujo a Guardiola a hacernos la guerra lo inducirá a arrojar fuera de Honduras al pueblo de las islas. El conocimiento de esta verdad ha inducido a varios residentes de las Islas a hacer un llamamiento a los ciudadanos adoptivos de Nicaragua para que presten su ayuda en el mantenimiento de sus derechos de persona y bienes.

"Pero no bien habían algunos de los ciudadanos adoptivos de Nicaragua respondido al llamamiento de los resi-

dentes de las Islas con ocurrir a Roatán, cuando las actuales autoridades de Honduras, alarmadas por su seguridad, pusieron obstáculos que estorbaban el cumplimiento del tratado del 28 de Noviembre de 1859. Guardiola demora el recibo de las Islas por razón de la presencia de algunos hombres que ha perjudicado, y así por motivos de partido, no sólo arriesga los intereses territoriales de Honduras, más entorpece por el momento un objeto cardinal de la política centroamericana.

"El pueblo de las Islas de la Bahía puede únicamente ser incorporado a vuestra República por medio de sabias concesiones (pero) las autoridades existentes de Honduras han dado pruebas por sus actos pasados de que no harán las concesiones necesarias. La misma política que Guardiola observó hacia los nicaragüenses naturalizados le impedirá adoptar el único curso por el cual Honduras puede retener las Islas.

"Viene a ser, por tanto, un objeto común con los nicaragüenses naturalizados y con el pueblo de las Islas de la Bahía el colocar en el Gobierno de Honduras a personas que concedan derechos legítimamente adquiridos en los dos Estados.

"De esta manera los nicaragüenses asegurarán su regreso a su patria adoptiva, y las Islas de la Bahía obtendrán plenas garantías de la soberanía bajo la cual deben ser colocadas por el tratado del 28 de Noviembre de 1859.

"Sin embargo, para obtener el objeto que llevamos en mira, no hacemos la guerra contra el pueblo de Honduras, sino solamente contra un Gobierno que sirve de estorbo a los intereses, no sólo de Honduras sino también de todo Centro América.

"El pueblo de Honduras puede por tanto descansar en que tendrá toda la protección que necesite, tanto para sus

derechos de persona, como para los de sus bienes". (1). (+).

A los hombres de Walker se les había hablado de que Cabañas probablemente se les juntaría. Se recordará que en noviembre de 1855 Cabañas visitó a Walker en Granada con el objeto de pedirle ayuda para derrocar al gobierno legitimista de Honduras. La negativa de Walker fue causa de que Cabañas y Jerez rompieran con él, (2) y más tarde ambos usaron su influencia y poder para expulsarlo de Nicaragua. Cabañas se encontraba ahora exiliado en San Salvador, y es de suponer que no le alegraría la noticia del retorno de los filibusteros, a pesar de lo mucho que pudiera detestar a Guardiola.

Tan pronto como los filibusteros se hicieron dueños de Trujillo comenzaron a poner la fortaleza en condiciones de defensa reparando los cañones, remontando muchos de ellos en cureñas, convirtiendo la vieja prisión militar en proveeduría, y, en fin, arreglándola de modo que pudiera servirles indefinidamente de cuartel, caso de ser necesario. Walker expidió un decreto aboliendo los derechos aduaneros y convirtiendo a Trujillo en puerto libre; un error más, como se verá, de los muchos que cometió. Tuvo la desgracia, a pocos días de su llegada, de perder a su oficial de más confianza. Este fue Thomas Henry, quien durante la guerra de México y después en la de Nicaragua demostró sus cualidades de guerrero, (fue herido ocho veces en otros tantos meses de guerra con los aliados centroamericanos). Tomado de licor entró en la santabárbara con un cigarro encendido. Ganoso siempre de pelear —en la línea de fuego o fuera de ella— y sobre todo si achispado, le cayó a golpes al oficial que le ordenó salir; éste, en defensa propia, le pegó un tiro destrozándole la mandíbula. Durante todos los días de agonía estuvo Walker a la orilla de su cama siempre que su pre-

(1) Tomado de la "Gaceta de Honduras", Tomo 3º, No. 93. Comayagua, agosto 31 de 1860.

(+) Las razones dadas en apoyo de su invasión no son típicas de la claridad conceptual de Walker, (N. del T.).

(2) Véase el segundo párrafo del Capítulo XIII de esta obra.

sencia no era necesaria en otro lugar. La pérdida de ese hombre fue para Walker más grande que la de cincuenta tipos de prosapia filibustera. (1).

El 19 de agosto entró al puerto la fragata de guerra británica *Icarus*, al mando de su Capitán Norvell Salmon. (2). De él recibió Walker dos días después una notificación haciéndole saber que los ingresos de la aduana de Trujillo estaban hipotecados al gobierno británico en garantía de una deuda de la cual se había hecho responsable el gobierno de Honduras, pero que con la llegada de Walker los fondos de la aduana habían desaparecido, el comercio estaba paralizado, los intereses de los comerciantes sufrían menoscabo, y que la presencia de los invasores demoraba la devolución de las Islas de la Bahía a Honduras. En vista de tales razones, él consideraba de su deber exigir la entrega de sus armas, la restitución de los fondos tomados de la caja fuerte de la aduana, y el reembarque de su gente, dejando en el puerto todos sus pertrechos como garantía de que no volverían a la costa hondureña. A los oficiales, sin embargo, se les permitiría llevar sus armas al cinto. Cumplidas estas demandas, la bandera de Gran Bretaña respondería por la seguridad personal y pertenencias de los invasores.

Walker respondió inmediatamente negando saber nada de la sustracción del dinero de la aduana, y declarando que de haber conocido él los hechos expuestos por Salmon en su notificación, jamás hubiera alterado el régimen aduanero del puerto. Su tono era por entero apologético, muy diferente del asumido en ocasiones anteriores en su trato con otros oficiales navales. Su presencia en Trujillo, explicó a Salmon, obedecía simplemente "a compromisos de honor contraídos con gentes deseosas de vivir en la América Central conforme a las leyes y costumbres del antiguo reino, y

(1) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 168 y otras, por Jamison.

(2) Las autoridades españolas de la Habana enviaron también un barco de guerra a Trujillo, pero llegó cuando ya todo había terminado. *British State Papers*, LL., Pág. 1288.

con quienes me ligan intereses comunes bajo las instituciones derivadas del Código del Rey Alfredo. (1). No he creído hacer un mal ayudándoles a conservar sus derechos legalmente adquiridos". Finalizaba diciendo que no tenía a deshonra entregar sus armas a un oficial británico, pero sí quería saber lo que Salmon haría en tal caso. (1).

El Capitán le contestó agradeciéndole que no considerara un deshonor rendirse a él, y se extendió en razones que reforzaban su intimación. El Gobierno de Honduras, "que yo sepa, no desea implantar el Código del Rey Alfredo en la forma que usted lo intenta". Que numerosas solicitudes de protección, añadía el Capitán, había recibido de parte de habitantes de Trujillo y del puerto de Omoa, y entre estos últimos mencionaba al cónsul de Estados Unidos; que él estaba dispuesto a dárselas conforme al derecho internacional. Agregaba que, a riesgo de ser reprendido por sus superiores, se haría responsable de la seguridad personal de Walker y de sus hombres poniéndolos bajo la protección de la bandera británica, pero que debían abandonar el país costeándose el pasaje. En el puerto estaban dos goletas con cuyos capitanes podían hacer los arreglos pertinentes. Los fondos de la aduana, que ascendían a más de tres mil dólares en moneda y billetes, habían sido sustraídos por alguno de los hombres de Walker, y su jefe debía responder por esa suma. Por otra parte, decía no reconocer a un individuo particular el derecho de hacerle la guerra a un gobierno constituido, ni alcanzaba a comprender qué derechos políticos pudieran haber adquirido legalmente las personas que como sostenía Walker, estaban deseosas de vivir en la América Central. (2).

Esta nota llegó a su destino en las últimas horas de la tarde, y se le dijo al portador que volviera por la respuesta a las diez de la mañana del siguiente día. Acto continuo

(+) Alfredo el Grande, rey de Inglaterra, intelectual y guerrero, (848 - 99). Conócese, entre otras, su obra "El Código de Leyes de Alfredo el Grande". (N. del T.).

(1) *Herald*, de Nueva York, 28 de septiembre de 1860.

(2) *Herald*, de Nueva York, 28 de septiembre de 1860.



comenzaron a hacerse preparativos para abandonar la fortaleza. Los rifles Minié que sobraban fueron destrozados, y la pólvora que no pudieron llevarse la echaron al agua. En el hospital había seis enfermos y heridos, el moribundo Henry entre ellos. Todos quedaron al cuidado del médico y de un asistente de hospital, y a eso de media noche el resto de la tropa, ochenta en total, salió furtivamente de la fortaleza rumbo al Este, costeano en dirección a Cabo de Gracias a Dios. Los hombres hospitalizados pasaron una noche de angustias, esperando por momentos que los hondureños entraran a asesinarlos. Muy temprano de la mañana siguiente el Doctor E. H. Newton dio a conocer el estado de ellos a Salmon; éste puso a los heridos y enfermos bajo la protección de la Gran Bretaña antes que los hondureños se dieran cuenta de la evasión de Walker. (1).

Las tropas hondureñas comenzaron la persecución de los fugitivos. El 23 les dieron alcance atacándolos en La Ceibita (o Cotton Tree), sobre el Aguán (o Río Romano). Los hondureños fueron rechazados, pero Walker tuvo un muerto y varios heridos. El sufrió una leve herida en la cara. Siempre huyendo y perseguidos llegaron a un abandonado campamento de corte de caoba llamado Limón (o Limas), en donde los indios caribes, enemigos jurados de los hondureños, les suministraron provisiones. Llegados al Río Negro (o Tinto) siguieron orillándolo hasta unas cuatro millas de su boca. Allí acamparon en la factoría de un inglés apellidado Demsing.

Entre tanto Salmon a bordo del **Icarus**, había llegado a la desembocadura de ese mismo río, cuya barra él sabía que los filibusteros no podrían vadear. Le acompañaba una goleta con doscientos cincuenta hondureños al mando del General Mariano Alvarez. El 3 de septiembre Salmon se embarcó en dos botes con cuarenta hombres y remontó el río. Al llegar a la factoría emplazó a Walker a conferenciar con

(1) **Herald**, de Nueva York, 28 de septiembre de 1860.

él y le intimó la rendición. En típico estilo inglés, ampuloso y fanfarrón, advirtió al filibustero que en la desembocadura del río aguardaba una numerosa fuerza hondureña, y que agradecería a los ingleses el estar vivo todavía. Dos veces le preguntó Walker a quién se rendiría, y Salmon le contestó que a un oficial inglés. (1).

Toda la banda de filibusteros pasó en seguida a bordo del **Icarus** que los llevó a Trujillo, donde desembarcaron en calidad de prisioneros. Walker y Rudler fueron entregados a discreción de las autoridades hondureñas, pero los otros, alrededor de setenta, quedaron como prisioneros bajo la protección británica, para ser, tan pronto como fuese posible, repatriados a Estados Unidos. Salmon amenazó con ahorcar al primero que tocase a cualquiera de los hombres amparados bajo la bandera de Gran Bretaña. Y a decir verdad los hondureños estuvieron de lo más solícitos con ellos, no por lo de la amenaza, sino por pura compasión humana, pues la mayoría de los prisioneros se encontraba en el más lastimoso estado, y sin un real.

Al llegar a Trujillo Walker parecía ser el único de los filibusteros que no daba muestras de abatimiento. Habló detenidamente con un periodista que abordó el **Icarus** y le entregó la correspondencia cruzada con Salmon, la que, dijo, quería fuese publicada. Acto continuo le dictó la siguiente protesta:

"A bordo del **Icarus**.

"Sep. 5 de 1860.

"Por la presente declaro y protesto ante el mundo civilizado, que cuando me rendí al capitán de la fragata de guerra **Icarus** de Su Majestad Británica, este oficial recibió personalmente mi espada y mi pistola, lo mismo que las armas del Coronel Rudler, y al rendirme le manifesté clara y concreta-

[1] **Herald**, de Nueva York, 4 de octubre de 1860; **Tribune**, de Nueva York, 4 de octubre de 1860; **Harper's Weekly**, IV., Pág. 647.

mente que me entregaba al representante de Su Majestad Británica.

(f.) William Walker'' (1)

Walker fue luego recluso como prisionero en la misma fortaleza abandonada por él dos semanas antes. El cuarto que había convertido en almacén de abastos era ahora su calabozo. Allí permaneció seis días. Tan pronto se vio preso mandó traer un sacerdote a quien dijo quería prepararse para bien morir. Mostrábase insólitamente preocupado por la suerte de sus hombres, y rogaba no les hiciesen ningún daño; declaró que ellos nada sabían de la repentina decisión suya de llegar a Nicaragua entrando por Trujillo, y que él era el único culpable. (2). El 11 de septiembre de 1860 se le leyó la sentencia de muerte, notificándosele que sería fusilado a la mañana siguiente. La escuchó sin siquiera pestañear. A las ocho de la mañana del 12 un piquete de soldados lo condujo de la prisión al lugar fatídico. Acompañado por dos sacerdotes caminaba Walker erguido y resuelto, aparentemente inmerso en fervientes meditaciones religiosas. Parecía tener puesta la mente sólo en la confortación que le daban los padres. Un genio seguía al grupo, y en todas las puertas y ventanas de las casas había gente mirándolo pasar. Los hondureños parecían jubilosos al ver que pronto el temible Walker habría dejado de existir. Frente a las ruinas de un viejo cuartel, a un cuarto de milla más o menos de la población, escolta y curiosos hicieron alto. Colocóse a Walker de espaldas a uno de los muros, y los soldados, dividiéndose en tres pelotones, cerraron el cuadro. Los sacerdotes le administraron los últimos sacramentos y se apartaron; uno de los pelotones dio un paso al frente y sonó una descarga. Otro hizo fuego también sobre el cuerpo caído, y en seguida se adelantó un soldado que, colocándole el cañon del fusil en la cabeza, le disparó el tiro de gracia desbaratándole la cara

(1) *Herald*, de Nueva York, 26 de septiembre de 1860.

(2) Esto es lo que dice Joaquín Miller, el poeta americano que obtuvo el relato de las últimas horas de Walker de boca de uno de los sacerdotes que lo confortó espiritualmente. Ver *Sunset Magazine*, XVI., Pág. 564.

ya sin vida. Formó después la tropa en columna y se marchó dejando el cuerpo inerte allí donde cayó. Los sacerdotes y unos americanos llevaron un ataúd y dieron a sus restos cristiana sepultura. (1).

A la vuelta de un tiempo unos americanos trataron de exhumar los restos para llevarlos a enterrar a Tenesí, pero las autoridades hondureñas no lo permitieron. (2). Entre las pertenencias de Walker se encontró el Gran Sello Oficial de Nicaragua, que le fue devuelto al Presidente de esa Nación General Tomás Martínez junto con la espada que el filibustero entregó al rendirse a Salmon. Esta le fue más tarde dada en guarda a la ciudad de Granada para ser conservada allí como símbolo del hombre que la había reducido a cenizas. (3).

Walker había dejado de existir. La pena de muerte que tan implacablemente decretara a Mayorga, Corral, y Salazar, le fue aplicada a él, y nadie podrá decir que no la mereciera; su asalto a la inofensiva guarnición del puerto de Trujillo es inexcusable. Pero, al mismo tiempo, no habrá quien apruebe los medios empleados para darle muerte. La acción de Salmon de recibirlo como prisionero bajo su palabra de honor como oficial británico para luego abandonarlo a la piadosa

(1) Hay varias versiones referentes a la ejecución de Walker. La única admisible es la que acabamos de narrar. Según dijo alguien, Walker habló para declarar que moría como católico romano; que reconocía haber hecho mal en traer la guerra a Honduras y pedía que lo perdonaran; que sus hombres no tenían ninguna culpa, y que estaba preparado para morir. (*Harper's Weekly*, IV., Pág. 647). Según otra versión, habló en español (*With Walker in Nicaragua*, por Jamison); y otra más dice que un sacerdote habló por él. Pero en verdad no habló a nadie más que a los sacerdotes. Todo lo dicho por Jamison, quien como uno de los sobrevivientes de la última expedición de Walker narró el caso cincuenta años después, es erróneo e imaginario. La versión que el autor de esta obra juzga verdadera es la relatada por dos oficiales de Walker, Dolan y West (*Herald*) de Nueva York, 4 de octubre de 1860], inmediatamente después de su regreso a Estados Unidos, cuando los acontecimientos estaban aún frescos en su memoria. Esto, además, lo corroboran otros dos contemporáneos: William S. Elton, maquinista del Ferrocarril de Panamá quien por casualidad se encontraba en esos días en Trujillo y aseguró haber presenciado la ejecución, y un filibustero desertor apellidado Scheffe; éstos dieron informes muy similares a los de Dolan y West. Ver el *Delta*, de Nueva Orleans, del 15 de octubre de 1860.

(2) *American History Magazine*, III., Pág. 219.

(3) Memorias, por Jerónimo Pérez, Parte 2, Pág. 216.

merced de los hondureños, no puede calificarse más que de traición de la más baja especie y de todo punto inconsecuente con la tradicional hidalguía que ha caracterizado siempre a la marina británica. De haber sabido el caudillo filibustero cual era la verdadera intención de Salmon, seguramente que habría peleado hasta el final y muerto como soldado, no como criminal. Y aun concediendo que Walker no fuese más que un pirata, Salmon le había dado su palabra de oficial británico, y faltando a ella pringó de infamia sus charreteras.

Por una extraña coincidencia, el propio día de la muerte de Walker, su amigo Edmund Randolph, al pronunciar en San Francisco un discurso durante las celebraciones del décimo aniversario de la admisión de California en la Unión Federal, hizo una alusión a Walker que en parte resultó casi profética: "Nadie puede decir qué pino canta hoy, ni en qué remoto lugar, su responso por algún pionero. Unos han caído al pie de su bandera; y anhelos aún insatisfechos han llevado a otros a renovar su carrera de aventuras en tierras extranjeras. Peleando allá por gentes extrañas cuyas querellas hicieron suyas en las junglas tropicales abonando esas feraces tierras con la sangre preciosa de sus venas. O bien en las arenas de un desolado yermo han sido atacados y sacrificados por hombres sin entrañas que los sedujeron con ofrecimientos y por toda retribución les dieron una muerte ignominiosa. (1).

Fue ironía del destino que el Presidente Mora, alma de la resistencia aliada contra los filibusteros, cayera en el mismo mes y de la misma manera que Walker. Había sido reelecto presidente de Costa Rica en mayo de 1859, pero una conspiración del partido derrotado lo arrojó del poder en agosto del año siguiente condenándolo al destierro. Vino a Estados Unidos y después compró una finca de café en El Salvador. Algunos de sus viejos partidarios y desafectos al nue-

[1] La última frase se refiere a Crabb. *Representative Men of the Pacific*, Pág. 597, por Schuck.

vo gobierno le aconsejaron volver a Costa Rica a recobrar su mando. En septiembre desembarcó en Punta Arenas y reunió a trescientos o cuatrocientos simpatizantes, pero fue atacado antes de emprender la marcha sobre la capital. Sus hombres huyeron en el acto y él se rindió. Juzgado por un Consejo de Guerra en campaña el 30 de septiembre, fue condenado a muerte y ejecutado tres horas después de habersele leído la sentencia. De ahí a dos días su cuñado, el General Cañas, sufrió la misma suerte. (1).

Todos los hombres de Walker, salvo Rudler, quedaron bajo custodia de los ingleses; once fueron enviados a Estados Unidos vía la Habana, y a cincuenta y siete los llevó directamente a Nueva Orleans el barco de guerra británico **Gladiator**. (2). Rudler fue sentenciado a ser pasado por las armas, pero por intercesión de Salmon le conmutaron la sentencia a cuatro años de prisión. Más tarde, por gestiones de algunos amigos suyos de Estados Unidos, fue indultado. (3). A poco de la partida de Walker a Honduras salieron tras él dos contingentes más. El primero, compuesto por treinta y cinco hombres, partió de Nueva Orleans el 31 de agosto, y el segundo, algo más numeroso, dos semanas después. Este último se cruzó en alta mar con el vapor de pasajeros que llevaba la noticia de la captura de Walker, pero no habiéndose puesto al habla, no la supieron hasta al llegar a Roatán. No les quedó otra cosa a estos aventureros que volverse a Nueva Orleans.

La noticia de la muerte de Walker fue recibida en Estados Unidos con indiferencia casi. Sus repetidos fracasos habían hecho que millares de los que antes le desearon buen viaje y buena suerte mirasen su última tentativa con el ceño fruncido. Y hasta en Nashville, su propia ciudad natal, en donde en lo personal se le tenía en la más alta estima y respeto como

- 
- (1) *Central America*, III., Págs. 372 - 5, por Bancroft; *Harper's Weekly*, IV., Pág. 679.
  - (2) *Times* de Londres, 12 de octubre de 1860; *Herald*, de Nueva York, 4 de octubre de 1860.
  - (3) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 176, por Jamison.

hombre de irreprochable conducta y sólida cultura, sus paisanos pensaban que debió aplicar su talento a causas de mejor provecho. El periódico de la localidad, al comentar su muerte, dijo: "Millares en este país recibirán con pesar la noticia de su muerte por tratarse de un hombre cuya capacidad y cualidades le hacían digno de mejor suerte. A lo largo de su carrera demostró siempre entereza de ánimo e inquebrantable tenacidad frente a los más desalentadores reveses, cualidades éstas que, de haberlas ajustado a la ley y en beneficio de sus semejantes, lo habrían llevado a una elevada posición". (1) De igual manera en Nueva Orleans, en donde sus partidarios llegaron a contarse por millares, sus constantes descalabros quebrantaron la fe de los que habían creído en su destino, y un periódico de allí, que antes lo apoyara, comentó: "La descabellada e injustificable empresa del gran filibustero ha terminado en desastre y en derrota. Es muy probable que a estas horas otra legión de americanos jóvenes y valientes, pero temerariamente impulsivos, haya corrido la misma suerte que sus predecesores en la América Central". (2). Es interesante comparar el tono de estos juicios vertidos sobre Walker en esas dos ciudades del Sur en donde se le conocía mejor, con las críticas que le hicieron en Nueva York, ciudad del Norte en donde era también mejor conocido. Léase, por ejemplo, el **Times** de allí: "Cualesquiera sean las durezas dichas contra el General Walker —y muchas de ellas, no lo dudamos, habrían quedado sin decirse si la fortuna le hubiera sonreído— debe decirse asimismo que no fue un vulgar aventurero, ni por su cuna ni por sus hábitos, ni tampoco por las nobles miras que fueron norma de su vida. Era de estirpe sin manchilla, su conducta privada y su temperancia eran incuestionables, profundos sus conocimientos, y sus designios originales, aunque distorsionados más tarde por una ambición desenfundada, le hacían merecedor del éxito; contaba, además, con el aprecio de numerosos amigos. Y aquellos que le niegan conocimientos militares y sagacidad

(1) **Republican Banner** de Nashville, 30 de septiembre de 1860.

(2) **Commercial Bulletin**, de Nueva Orleans, reproducido en **Republican Banner**, de Nashville, el 16 de septiembre de 1860.

política de líder, rinden los más altos elogios tanto a su fuerza moral como a su integridad personal, ya que sin estas cualidades su primer fracaso como aventurero habría sido indefectiblemente su última jornada". Y otro diario neoyorquino atribuyó el fin de Walker a que no pudo obtener el apoyo de sus conciudadanos ricos e influyentes. En vez de ver cómo ganar amigos, sólo confió en la necia y ciega creencia de un destino insigne. A pesar de lo anterior, afirmaba este periódico que "si Walker hubiese nacido en Inglaterra o en Francia nunca habría sido "filibustero" porque allá hubiera encontrado amplio campo para el ejercicio de sus extraordinarias cualidades en positivo servicio de su patria". Por último comparaba el sambenito que a él impuso el gobierno americano con el tratamiento dado por la Iglesia Anglicana a Knox, Whitefield, y Wesley. (1). (+).

Y poco faltó para que el Presidente Buchanan, en su mensaje anual al Congreso en diciembre de 1860, diera parabienes a la nación por la muerte de Walker. "Os felicito porque sé que ahora prevalece en el país un sentimiento general de repudio contra el delito de organizar expediciones militares dentro de los límites territoriales de Estados Unidos para ir a hacerle la guerra a estados inofensivos con los cuales estamos en paz. A este respecto se ha efectuado un cambio favorable desde el comienzo de mi período gubernativo. Y debiera ser ferviente deseo de todo cristiano y patriota que nunca jamás vuelvan esas expediciones a recibir apoyo ni salgan de nuestras playas". (2). Henningsen, en cambio, manifestó una opinión diametralmente opuesta en una larga carta escrita en defensa de su ex-jefe muerto: "Estamos lejos de creer que el filibusterismo descanse ya para siempre en la tumba de William Walker. Podemos predecir, sin temor a equivocarnos, que de cada gota de sangre brotada de las mortales heridas que recibió, según se ha informado "entre

(1) *Harper's Weekly*, I., Págs. 200 y 332.

(+) John Knox: Reformador protestante escocés de la primera mitad del siglo XVI. George Whitefield: Predicador protestante inglés (1714 -70). John Wesley: Clérigo inglés fundador del Metodismo (1703 -96). (N. del T.).

(2) *Messages and Papers of the Presidents*, V., Pág. 649.



vítimas de los nativos" a quienes lo entregó atado la infamia de Norwell Salmon, de cada gota de su sangre, repito, surgirá un nuevo y ardoroso filibustero". (1). Pero Henningsen se equivocó. Su difunto jefe fue el último, y también el más grande, de todos los filibusteros americanos. El excedente de energías de la joven nación, causa motora de tales empresas, hallaría pronto otra válvula de escape en cuatro años de espantosa guerra civil; y el resultado de esta lucha fue eliminar otra causa de filibusterismo: la esclavitud africana.

Ya desde antes de la muerte de Walker se había desvanecido toda posibilidad de regenerar a la América Central. Y en verdad que una región devastada por veinte años de guerras intestinas, y cuya heterogénea población había demostrado ser incapaz de gobernarse a sí misma ni de impedir su disolución política, necesitaba la introducción de un elemento nuevo que pusiera allí las cosas en orden. Los emigrantes que de Estados Unidos partían para Nicaragua pertenecían a la dura raza de laboriosos pioneros que habían conquistado las inmensidades del Oeste en un lustro desarrollando en la lejana California una civilización superior a la de dos terceras partes del continente europeo. A Walker se le presentó una espléndida ocasión. Si bien nunca tuvo el apoyo del gobierno de Estados Unidos, muchos de los más relevantes líderes políticos de la nación y los gigantes de la industria americana se interesaron por su suerte. Y no obstante, fracasó. Porque no tenía la talla del hombre que tal empresa requería. En seis meses movió contra sí elementos de los que debió servirse para robustecer su causa. Las cualidades que le habían hecho fuerte resultaron a la postre ser factores de debilidad. Más esclavo que amo de sus sueños, poseído de fe ciega en su destino, incapaz de oír consejos ni indicaciones de nadie (salvo cuando provenían de hombres mucho más fuertes que él deseosos de que les sacase las castañas del fuego), dueño de muy limitados conocimientos de la naturaleza humana, y también de una codicia voraz para

(1) *Republican Banner*, de Nashville, 10 de octubre de 1860.

adueñarse del poder supremo; falta de habilidad para atravesarse a la oposición, pero sí capaz de vencerla mediante el terror, carente en absoluto de tacto y diplomacia, su ruinoso fin era ineluctable. Con menos dotes intelectuales, pero con un más profundo conocimiento de la naturaleza humana y con mayor bagaje de sentido común, pudo haber puesto fin a la anarquía y fundar un imperio tropical sobre las ruinas de un desdichado ensayo de democracia. Que su triunfo hubiera redundado en provecho de la civilización, pocos habrá, tal vez, en vista de la actual situación de la América Central, que se atrevan a negarlo.

Por haber sido un fracaso, la empresa que acometió sólo tuvo consecuencias funestas para todos los que tomaron parte en ella. Fue perjudicial para el capital privado de Estados Unidos; causó enorme destrucción de vidas y de propiedades en Nicaragua; creó en la América Central recelos que aún perduran contra los norteamericanos; produjo efectos adversos en las relaciones de Inglaterra y Estados Unidos; y, por último —lo que parece ser más importante de todo— destruyó la comunicación interoceánica por la vía del Río San Juan, lo cual retardó indefinidamente la "regeneración" de Nicaragua que siempre dijo era el más caro anhelo de su corazón.

**FIN .**

413



# INDICE ONOMASTICO

- Aarón 5  
Adams, John 178  
Adams, Samuel 10, 89  
Adán y Eva 36  
Adler, George F. 165  
Africa 221, 223  
Aguán (o Río Romano) 404  
Aínza 323  
Alabama 21, 246, 383  
Allende, Capitán 265  
**Alice Tainter** 387, 397  
Allen, Daniel B. 369  
Almy, John J. 334, 335, 339  
**Alta California, diario** 36, 57, 62  
Alvarez, General Mariano 404  
América 5  
América Central 1, 2, 10, 75, 82, 87, 101, 112, 125, 135, 138, 169,  
170, 172, 179, 182, 183, 189, 191, 194, 214, 221, 223, 225, 226,  
241, 255, 297, 321, 350, 334, 360, 364, 365, 371, 376, 387, 392  
América Hispana 21, 23, 329  
América del Norte 4, 5, 103  
América del Sur 64, 75, 103  
**American Historical Review** 1  
American Atlantic and Pacific Ship Canal Company 83, 84  
Amboy 331  
Anderson, Frank P. 10, 93, 116, 235, 237, 249, 290, 292, 295, 338,  
339, 340, 341, 344, 345, 387, 390, 391, 393  
**Anita, buque** 42, 44, 56  
Andrews, Mayor 38  
Antillas 99  
Año Nuevo 175  
"Aquí fue Granada" 280  
Aquiles, de la Ilíada 69  
Archivos del Departamento de Estado 2, 380  
Arispe 25, 34  
Argelia 26, 250  
Argüello, Manuel 170, 171  
Arizona 25  
**Arrow, bergantín** 38, 39, 52, 53  
Asamblea Constituyente 367  
Asamblea Federal Constituyente 219  
Asamblea Legislativa de Alabama 383  
Atila 136

**Atlas 155**

- Atlantic and Pacific Ship Canal Company 368  
Atlántico 75, 78, 97, 126, 161, 162, 199, 229, 241, 278, 287  
Auburn 34  
Augusta, Georgia 246  
Avignon 26
- Bailey, Thomas L. 152  
Baja California 39, 40, 41, 42, 43, 51, 53, 55, 58, 63, 93, 115, 116,  
123, 190, 323  
Baird, Mayor 56  
Baker, Coronel E. D. 62  
Baldwin, Capitán John M. 270  
Baltimore 183  
Bank of Louisiana 218  
Baton Rouge, La. 2, 393  
Barillier, Teniente Coronel 189, 284, 373  
**Basilisk** 390  
Batidores del Alamo 306  
Battery Park 331  
Beach, calle 248  
Bell, Mayor de Infantería 309  
Bell, Alex 21, 22  
Belloso, General Román 259, 263, 265, 275, 281  
Belice 101, 103, 390, 396  
Bélgica 352  
Belly, Felix 318, 319, 373, 374, 376, 379  
**Bermuda** 81  
Benham, abogado de Walker 66, 67  
Benjamin, Judah P. 353  
Biblioteca del Congreso 2  
Bingham, Edward 27  
Birdsall, Hosea 162, 163  
Blanco, Capitán General Miguel 25, 28, 29, 34  
Bluefields 77  
**Boletín Oficial** 169, 186, 189, 198  
Boca del Toro 103  
Bolton and Barron, casa bancaria 28  
Bonham, jr., Milledge 2  
Borland, Solon 79, 80  
Bossuet de Nicaragua 180  
Bostic, Secretario de Estado de Walker 309  
Brito 254  
Broderick, David C. 70, 72, 13, 176, 236  
Broadway, calle 247, 248  
Brown, John 236  
Brown, Senador 356,357

Brooklyn 290, 291  
Brownsville 112  
Bulwer, Sir Henry 78  
Bugeaud, General 26  
Burnett, General Ward B. 247  
Buchanan, James 182, 321, 331, 349, 353, 358, 360, 361, 364,  
365, 370, 371, 285, 411,  
Burton, Capitán H. S. 50

Caborca 327, 330  
Cabo San Lucas 39  
Cabo de Hornos 75  
Cabo de Gracias a Dios 77, 99, 338, 404  
Cabañas, General Trinidad 90, 120, 167, 168, 190, 259, 401  
Calvo, Joaquín Bernardo 202, 203, 260  
Calle de la Aduana 335  
Cañas, General José María 2, 198, 199, 265, 266, 272, 280,  
282, 301, 304, 316, 369, 371, 409  
Carnegie, Institución 2  
Canal, Calle de 16, 330  
**Caroline, bergantín** 39, 41, 43, 323  
California 4, 18, 22, 26, 41, 47, 52, 63, 65, 70, 71, 75, 76, 83, 92,  
94, 133, 147, 151, 153, 176, 200, 246, 252, 287, 297, 299, 300,  
314, 322, 325, 279, 381  
Caribe 8, 99, 203, 288, 334  
Carolina del Sur 16, 73, 338, 383  
Cavallier 58  
Calvo, Joseph, vice-cónsul de Francia 64  
Cámara de los Comunes 202  
Carrascosa, Manuel 215  
Capitán General 226  
Cauty, Capitán y Coronel 284, 286, 287, 292, 293, 296, 371  
Cárdenas, bahía de 256  
Cazneau, William H. 246, 349  
Castillo de San Fernando 390  
Cámara Baja 355  
Cass-Irisarri, tratado 371, 372, 374, 375, 376  
Campbell, Malcom 347, 383  
Carta Magna de Estados Unidos 87, 147  
Castellón, Don Francisco 90, 92, 115, 116, 117, 118, 119, 120,  
121, 122, 167, 168, 323  
Casa Blanca 175, 353, 370  
Cass, Lewis (Secretario de Estado) 181, 182, 332, 333, 335, 337,  
348, 361, 365, 370, 371, 377, 385  
Carrera, General Rafael 168, 259  
Carter, W. H. 95  
Canterbury, Arzobispo de 102

Cayo Hueso 295, 338, 346, 387  
 Cerdeña, cónsul de 60  
 Central American Company 106, 108  
 Cerdeña 374  
 Cervantes 43  
 Cerro Gordo 351  
 Cole, Byron 10, 73, 74, 75, 89, 91, 118, 119, 120, 121, 237,  
 253, 323  
 Cicerón, discursos de 13  
 Circasia 239  
 Cincinnati 181, 182, 331  
 Clack, Fiscal de Distrito 336, 337  
 Clayton-Bulwer, Tratado 77, 214, 386  
 Clayton, Mr. John M. 78  
 Clingman, Representante 356  
**Clifton, vapor** 398  
 Clarendon, Lord 201, 202, 365  
 Club de Jóvenes Pioneros Americanos 153  
 Cockburn, Capitán 290, 291, 292, 296  
 Cobb, Howell 337, 338, 391  
 Clinton, Capitán 237  
 Colón, puerto 83, 140, 162, 163, 240, 295, 296, 297, 317, 331, 339,  
 345, 347, 376, 381  
 Colonia de las Islas de la Bahía 396  
 Código de Napoleón 16  
 Colorado, río 49  
 Colombia, 183, 184, 225  
**Columbian, diario** 156  
 Comité de Asuntos Exteriores 361  
 Comité de Asuntos Navales 361  
**Commercial Advertiser** 72, 73, 74  
 Collectanes Graeca Minora 13  
 Comité de Asuntos Militares 176  
 Compañía de la América Central 176  
 Compañía Colonizadora de Arizona 325  
 Compañía de Stebbins y White 369, 371, 372, 387  
 Compañía de Vapores Móviles y Nicaragua 336, 383  
 Commercial Insurance Company 12  
 Comentarios de las Guerras de las Galias 13  
 Congreso Federal 219  
 Congreso 9  
 Convención Democrática 71  
 Compañía Accesorio del Tránsito 78, 79, 81, 84, 86, 88, 95, 97, 108,  
 112, 120, 123, 124, 133, 137, 141, 142, 143, 145, 146, 147, 148,  
 149, 153, 154, 156, 159, 162, 164, 166, 187, 190, 194, 200, 227,  
 235, 240, 289, 320, 339, 343, 367, 368, 370  
 Corte Suprema de California 20

Corona Británica 100  
 Corte de Circuito de Estados Unidos 17,, 164  
 Corral-Walker, convenio 128  
 Corral, General Ponciano 125, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 137, 172,  
 173, 224, 158, 407  
 Corpus Christi 105  
 Costa Mosquitia 77, 78, 82, 99, 101, 104, 106, 107, 385  
 Coitrell, señor 285  
 Crabb, Henry A, 66, 91, 92, 96, 322, 323, 324, 326, 327, 328,  
 329, 330  
**Crescent**, 16, 72, 387  
**Creole, vapor** 356  
 Cortlezón 327, 328  
 Crittenden, Senador 357  
 Crocker 43  
 Crosby, J. C. 325  
 Costa Rica 2, 103, 163, 169, 170, 171, 181, 182, 185, 186, 187, 188,  
 190, 191, 194, 198, 199, 201, 202, 203, 260, 262, 289, 294, 366,  
 Crittenden, Alexander P. 93, 141  
 368, 371, 379  
 Cromwell, Oliver 9  
 Cozumel, isla 398  
 Crocker, Timothy 93, 115, 116  
 Crowe, Frederick 136  
**Cossack, vapor** 290, 291, 296  
 Cuba 1, 10, 16, 52, 53, 93, 159, 183, 189, 190, 214, 226, 233,  
 235, 237, 250, 256, 290, 349, 354, 384  
 Cuvillas, Gobernador 25  
 Cuerpo de Voluntarios de Nueva York 247  
 Curtis, Representante 357  
 Cushing, Fiscal General Caleb 107, 148, 149, 151, 157, 176  
**Cyane**, 80, 82, 317  
  
 Chagres 240  
**Challenge** 58, 62, 63  
 Chamorro, Don Fruto 89, 90, 168, 180, 209  
 Charleston 332, 333, 338  
 Chateau 58  
 Chile, Cámara de Diputados de 183  
 China 53, 107  
 Chinandega 118, 119, 120, 206, 209, 211  
 Chontales 107, 172, 200, 204, 210, 211, 253, 254  
  
 Daily Herald 18  
 Dalzel 13  
 Dallas-Clarendon, Tratado 396  
 Dallas, George M. 109, 385  
 Davidson, Capitán 45, 46, 56, 57

Davis, Capitán Charles H. 307, 308, 310, 311, 312, 315, 316,  
 320, 321, 331, 363, 376, 394  
 Davis, Jefferson 52, 53, 55, 356, 364  
 De Brissot, Julius 92, 116  
 Declaración de los Siete Prisioneros 243  
**Dee, vapor** 339, 340  
 DeKalb 178  
 Demsing, un inglés 404  
**Democratic State Journal**  
 Departamento de Guerra 176, 201, 202  
 Departamento de Estado 81, 133, 160, 173, 174, 225, 333, 364  
 Departamento de Marina 316  
**Despatch, diario** 387  
 Despointes, Almirante 67  
 Destino Manifiesto 4  
 DeWitt, Capitán 237  
 Diehl, Reverendo Israel S. 252  
 Dillingham, Daniel H. 151  
 Dillon, Patrice, Cónsul de Francia 27, 28, 31, 58, 59, 60, 61, 62,  
 63, 64, 65, 66, 67  
 Discípulos Cristianos 15  
 Director Supremo del Estado 121  
 Director Provisorio 122  
 Diríomo 263, 265  
 Divisiones de Walker 252  
 Dixon, Teniente Coronel M. H. 201  
 Doctrina Monroe 77, 376  
 Dog Bar 387  
 Dolan, oficial 397  
 Doubleday, Charles W. 10, 116, 243, 290, 292, 294, 295  
 Douglas, Senador Stephen A. 356, 364  
 Doolittle, Senador 357  
 Duque de Normandía 7  
 Dusenbury, Henry 152  
 Dorninn, Capitán George R. 46, 123  
  
 Ecuador 22  
**Echo du Pacifique, diario** 60  
 Edad Media 23  
 Ejército de Estados Unidos 2  
 El Altar, México 326, 327  
 El Castillo, fortaleza de 92, 208, 217, 286, 292, 293, 294, 309,  
 341, 346, 367  
 El Iris (tesis de graduación de Walker) 15  
 El Monte, California 325  
**El Nicaragüense, diario** 135, 136, 137, 177, 179, 210, 212, 215,  
 216, 231, 254, 264, 285, 338



El Obraje 301  
 El Predestinado de los Ojos Grises -36, 137  
 El Presidio 65  
 El Principal 206  
 El Realejo 84, 115, 117, 120, 200, 217, 258, 316, 378, 391  
**El Rol, periódico** 167  
 El Rosario, hacienda 274  
 El Tempisque 255  
 El Toro, raudal 286  
**Emboscade, vapor** 65, 260  
**Emma, goleta** 111, 112, 115  
 El Salvador 130, 167, 168, 182, 191, 206, 209, 224, 256, 260, 370  
 Emory, Frederick, 34, 42, 55, 57, 66, 67, 157  
 Enfield 201  
 Engle, Capitán 343, 344  
 Emperador de Francia 373  
 Ensenada 41, 42, 43, 47, 56  
 Erickson, capitán danés 287  
 Erskine, Capitán 317  
 Escocia 12  
 España 1, 87, 100, 101, 183, 189, 226, 239, 260, 290, 354  
 Espinosa, Gobernador 41, 92  
 Escoto Don Nazario 122  
**Esk, vapor de guerra británico** 256, 257  
 Estado de Greytown 78  
 Estado de Nicaragua 87, 160  
 Estados Unidos 1, 3, 4, 6, 8, 24, 43, 47, 50, 56, 59, 65, 66, 67, 75,  
 76, 77, 78, 79, 85, 89, 98, 105, 106, 107, 109, 112, 113, 119, 123,  
 125, 126, 135, 139, 145, 146, 148, 153, 174, 175, 178, 180, 183,  
 185, 188, 193, 199, 202, 213, 215, 221, 222, 224, 226,  
 228, 231,  
 232, 233, 237, 239, 240, 288, 306, 308, 311, 317, 320, 321, 395  
 Estrada, General José Dolores 263, 264  
 Estrada, Don José María 173, 209, 212  
 Estero Real 255  
 Estrecho de Grant 389  
 Estrella Solitaria de Cuba 213  
 Europa 3, 5, 10, 15, 17, 21, 186, 213  
**Eurydice, barco de guerra** 163  
 Evans, Charles Edward 329  
 Ewing, Edwin H. 16  
  
 Fayssoux, Teniente de Navío Callender Irvine 255, 256, 257, 258,  
 266, 273, 274, 275, 300, 316, 338, 342, 393, 397  
 Fabens, Joseph W. 80, 81, 107, 109, 110, 111, 137, 138, 176, 237  
 Falange Americana 115, 118, 119, 122, 132, 138, 338, 397  
**Fanny, vapor** 256

Farnum, Capitán J. Egbert 291  
**Fashion** 336, 337, 338, 339, 340, 349, 360, 365, 370, 383, 391  
 Federación de los Estados Unidos de la América Central 219  
 Ferguson, William J. 264  
 Ferrer, Fermín 169, 191, 206, 208, 209, 210, 213, 215, 222, 225,  
 239, 246  
 Field, Stephen J. 20, 178  
 Filadelfia 106, 109, 110, 254  
 "Filibustero", perrito 254  
 Fillmore (Millard) 325  
 Filipos 332  
 "Five or None" 255  
 Fisher, Thomas F. 91, 92, 138, 323  
**Flag, diario** 112  
 Flemming, Walter L. 2  
 Flores, Juan José 21  
 Florida 7, 352  
 Floyd, John B. 354  
 Foote, Henry S. 56  
 Fort Yuma 325, 326  
 Fowler, Gilbert 151  
 Forsyth, Ministro 329  
 Francia 1, 59, 60, 65, 203, 213, 221, 374, 376  
 French, Parker H. 94, 95, 121, 125, 126, 145, 146, 149, 150,  
 151, 154, 155, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 180  
 French, Marcellus 294, 295  
 Fremont, Coronel John C. 94  
 Fry, Birkett D. 125, 126, 135, 137, 264, 271  
**Fulton** 333, 342, 343, 344, 345, 346, 372

Gabilondo 327, 328, 329  
 Gadsen, James, Ministro de E.E. U.U. en México 33  
 Galeno 15  
 Gándara, gobernador de Sonora 31, 34, 37, 234  
 Galveston 247, 338, 384  
 Garrison, C. K. 95, 123, 132, 133, 141; datos biográficos 142;  
 143, 145, 146, 147, 157, 159, 160, 161, 164, 166, 190, 193  
 Georgia 240, 246, 332  
 George III 178  
 George-Clarence, rey niño 104  
 Gilman, Coronel Charles H. 42, 123, 133, 190  
 General Scott 149  
 Gobierno de Nicaragua 105, 108, 141, 143, 145, 146, 174  
 Goicouria, Domingo de 10; 159, 190, 194, 200, 223, 225, 226,  
 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 239, 241, 254, 369  
 Golfo de California 327  
 Golfo de Fonseca 255, 257, 260

Golfo de México 389  
 Golfo de Nicoya 189, 203  
 Guadalupe Hidalgo, tratado de 8, 75  
 Guardiola, General Santos 117, 121, 122, 129, 136, 259, 397, 400  
 Guanacaste 191, 369  
 Guatemala 117, 120, 130, 168, 182, 191, 201, 206, 209, 224,  
 256, 259, 260, 370  
 Guayaquil 22, 37  
 Guaymas, Sonora 25, 28, 29, 31, 39, 51, 58, 63, 64, 67, 323  
 Guardias de la Estrella Roja 305  
 Güell, Antonio 2  
 Granada 88, 89, 90, 118, 119, 121, 122, 124, 126, 128, 129, 130,  
 131, 132, 135, 136, 137, 138, 139, 141, 146, 147, 153, 157, 167,  
 168, 169, 171, 173, 177, 180, 186, 190, 191, 194, 195, 200, 204,  
 205, 206, 208, 209, 210, 212, 216, 223, 225, 228, 241, 242, 261,  
 262, 263, 264, 265, 266, 275, 276, 282, 318, 330, 380  
 Graham, John 111  
**Granada, goleta** 255, 256, 257, 258, 260, 273, 274, 306, 311, 315,  
 316, 331  
 Gran Corso 45  
 Gran Bretaña 1, 8, 76, 77, 78, 82, 101, 103, 172, 182, 202, 230, 231,  
 232, 342, 355, 365, 374, 392, 395, 402, 405  
 Gran Sello Oficial de Nicaragua 407  
**Gladiator, barco británico** 409  
 Grecia 13  
 Greely, Horace 320  
 Green, General Duff 247  
 Greytown 78, 105  
 Guillermo, el Conquistador, nuevo 360  
 Gwin, Senador 70, 236  
 Guerra Civil, 6, 11, 13, 236

Habana 107, 241  
 Habeas Corpus, recurso de 19, 382  
 Hail Columbia 135  
 Hall, Coronel George B. 291  
 Haly, Stanislaus Thomas 105, 113, 138  
 Hammond, R. P. 38  
 Hankins, capitán 306  
 Harcourt, Sir 177  
**Harper's Weekly** 155, 320  
 Harris, yerno de Morgan 287, 291  
 Hart, Profesor Albert Bushnell 2  
 Harvard, Universidad de 2  
 Heiss, Mayor John P. 2, 184  
 Hemisferio Occidental 4  
 Henningsen, Frederick 10, 237, 239, 240, 241, 252, 266, 267, 272,

275, 276, 278, 280, 301, 303, 311, 312, 318, 319, 320, 330, 331,  
332, 347, 354, 384  
Henry, Thomas 401, 404  
**Herald** 161, 175, 274, 376  
Herdocia, Monseñor José Hilario, Vicario Capitalar 171, 173  
Hermosillo 30, 63  
Herodes 326  
Hesse, Julius 382, 391  
Hijos de la Temperancia 252  
Hillard, Henry W. 352  
**History of the War in Spain** 239  
Hitchcock, General Ethan Allen 38, 42, 52  
Hodges, Teniente Campbell B. 2  
Hoge, Doctor 56  
Hoffman, Juez 56, 57, 60, 61, 65, 66, 68  
Hollins, Capitán George H. 80, 81, 112  
Honduras Mining Trading Company 89  
Hodgson, Robert 100  
Hoof, Mayor 388  
Hawkins, Representante 359  
Hotel St. Charles 330, 335  
Houston, Sam 329  
Howland y Aspinwall, casa bancaria 176  
Hoyos, Enrique 167  
Humphries, J. G. 336, 382, 387, 391  
Houston, Teniente 308

**Icarus, fragata británica** 402, 404, 405  
Iglesia Anglicana 411  
Iglesia de Guadalupe 275, 277  
Imperio Otomano 376  
**Independence** 65  
India 53  
Inge, S. W. 56, 68, 92, 149  
Inglaterra 100, 102, 173, 178, 203, 225, 228, 367  
Instituto Politécnico de Alabama 2  
Irisarri, Antonio José 148, 182, 209, 224, 332, 357, 361, 369,  
370, 371, 380, 385  
Irlanda 264  
Isla del Coco 93  
Islas de la Bahía 396, 400, 402  
Islas de las Perlas 297  
Isla de Roatán 396  
Isla del Turco 112  
Istmo de Tehuantepec 353

Jaiteva 92



Jamaica 100, 104  
**James Alger, vapor** 249, 287  
**Jamestown** 140  
 Jamison, Capitán James C. 237, 252  
 Jenkins, Director del **Sentinel** 322  
 Jerez, General Máximo 92, 129, 168, 190, 204, 205, 206, 262,  
 272, 280, 323, 361, 367, 369, 380  
**John E. Taylor, goleta** 398  
 Jones, Doctor Alexander 93  
 Jones, T. D. 325  
 Jones, William Carey 370

Kabylia 26  
 Kanaka John 279  
 Kansas 247, 250, 292, 348  
 Kansas-Nebraska 72  
 Kearny, calle 41  
 Kennedy, Capitán C. H., 140  
 Kentucky 12, 292  
 Karrigan, James E. 152  
 Kewen, E. J. C. 165, 246, 247  
 Kinney, Coronel Henry L. 97, 98, 99, 101, 105, 106, 107, 108, 109,  
 110, 111, 112, 113, 114, 115, 136, 137, 138, 139, 140, 176,  
 202, 285, 364, 373, 376,  
 Know-Nothing, partido político 322, 325  
 Knox (John) 411

La Ceibita, Honduras 404  
 Lafayette 178  
 La Falange Americana 115  
 Lago de Nicaragua 76, 83, 84, 107, 187, 228, 299  
**La Guerra en Nicaragua** 235, 382, 394  
 Laguna de Bluefields 99  
 Laguna de Chiriquí  
 Lainé, Francisco Alejandro 214, 226, 265  
 La Liberté 26  
 Lamar, Mirabeau B. 372, 376, 378, 379  
 Lamar, Representante 359  
 La Patria 18  
 La Paz 39, 40, 41, 51, 67  
 La Sére, Emile 353  
 La Restauradora 28, 34  
 Larue, J. C. 16  
 La Trinidad (o Punta Hipp) 189, 190, 201, 284, 285, 292, 295  
 La Unión, puerto 256  
 Lavasseur, Ministro de Francia 28, 32  
 La Virgen, bahía y puerto 85, 115, 122, 124, 126, 144, 152, 192,

194, 197, 198, 200, 266, 272, 274, 275, 279, 282, 287, 288, 299,  
300, 397

**La Virgen, vapor** 279, 280, 286, 287, 300, 341

Law, George 240, 241, 252, 393

León 88, 115, 117, 118, 119, 120, 123, 129, 171, 190, 191, 194, 195,  
200, 204, 205, 206, 208, 21, 224, 259, 261, 262

Leonard, calle 248

Legitimistas 118

**Leopard, vapor** 342

Liga Centroamericana 332

Limón, Honduras 404

Liverpool 377

Livingston, Doctor Joseph W. 117, 258

Lockridge, S. A. 246, 247, 272, 285, 291, 292, 294, 295, 297,  
304, 306, 310, 311, 317, 332, 384

Los Angeles, California 324

Los Batidores del Alamo 294

Londres 231

López, Narciso 93, 226, 256, 290, 291

Los Inmortales 87

Louisville, Ken. 12, 331, 397

Luis Felipe (II, de Francia) 355, 373, 376

Luisiana 7, 16, 17, 40, 53, 294

Luisiana, Universidad del Estado de 2

Luis Napoleón 54, 65

Lusk, Mr. Robert 2

Mackey, Capitán J. C. 338

Mackey, J. T. 333

Madrid 260

Mair 13

Malacatoya 253

Male, Joseph R. 150

Malmesbury, Lord 172, 385, 382

Mallory, Senador 356

**Mana, chalupa** 258

Managua 130, 261, 262

Manifiesto de Ostende 349, 366

Manila, Islas Filipinas 323

Manning, Thomas 258

Marcoleta, José T. de 107, 108, 110, 173, 174, 175, 183, 364

Marcy, William L. 80, 107, 133, 157, 160, 165, 174, 175, 178,  
182, 185, 188, 222, 223, 224, 225, 349, 364

Margarita, isla 63

Marié, francés 189

Martin, Miss Helen 17

Marysville 19, 20, 53, 70, 178

Masaya 127, 128, 255, 261, 262, 263, 265, 272, 275, 281,  
282, 288, 318

**Masaya Herald** 172

Matagalpa 172

Martínez y Mora, declaración conjunta de 375, 377, 378; su  
rectificación 379

Matamoros 140

Matón de la Frontera 309

Maury, Primer Teniente 316, 388, 389, 390, 391, 393

Maximiliano 65

Mayflower 7, 68

Mayorga, Cleto 165

Mayorga, Mateo 127, 137, 407

Mazatlán, Sinaloa 31, 329

McArdle, Capitán 237

McCoun, William H. 325

McClure, Sir Robert 256, 257

McDonald, Coronel Charles J. 103, 104, 123, 132, 133, 141,  
142, 146, 147, 157, 344

McDonald, Coronel, Superintendente de Belice 396

McEachern, Capitán 388

McGrath, General John T. 2, 251

McKeon, John 109, 148, 149, 150, 153, 154, 155, 156, 175,  
176, 246, 248, 249

McKibbin, Teniente 43; Fuerte 43

McKinstry, Mayor J. 50

McLaughlin, Profesor Andrew C., Director del Departamento de  
Estudios Históricos de la Institución Carnegie 2

McIntosh, Comodoro 361, 386, 391

McMichael, Capitán 388

Meagher, Francis 347

Meagher, Thomas Francis 182

Medio Oeste 246

Michigan 181

Memphis 331

Medicina, Facultad de 15

**Mercury**, diario 177

Melendrez 44, 49, 50

Mervine, Comodoro 307, 316, 317

Metropolitan, Hotel 247

México 10, 24, 27, 32, 34, 37, 40, 41, 43, 45, 58, 59, 61, 65,  
68, 72, 105, 183, 290, 318, 324, 353, 354

Minié, rifles 239, 240, 241, 252, 286, 404

Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua 361

Misisipi 3, 16, 56, 70, 76, 226, 246, 247, 249, 383

Mississippi Valley Historical Review 1

Misuri 72, 247, 256

Moisés 5  
 Mobila 21 306, 332, 333, 345, 353, 354, 375, 382, 384  
 Molina, Luis 148, 157, 182, 185, 332, 357  
 Molina, Felipe 185  
 Montúfar, Lorenzo 198  
 Monterrey, 384  
 Montgomery, Representante 357, 358  
 Montgomery, Alabama 352, 353  
 Morton, Gilbert 255  
**Morning News** 4  
 Mora, Presidente Juan Rafael 2, 169, 170, 186, 187, 188, 192,  
 193, 195, 196, 201, 265, 266, 282, 284, 302, 304, 319,  
 373, 379, 408  
 Mora, General José Joaquín 189, 197, 798, 285, 286, 288, 289,  
 300, 301, 310  
 Morazán, General Francisco 167  
 Morgan, Charles 133, 142, 143, 145, 146, 147, 157, 159, 160,  
 162, 164, 166, 190, 193, 241, 247, 248, 249, 287, 288,  
 291, 295  
 Moyogalpa 269, 270, 271  
 Mosquitia, territorio de la 100, 138  
 Mungo Park 45  
 Muñoz, General Trinidad 116, 117, 118, 121  
  
 Napier, Lord 365, 385  
 Napoleón 45  
 Narrangansett 308  
 Nashville, Tenesí 2, 12, 15, 16, 66, 246, 249, 290, 322, 332, 333  
 Nashville, Univesidad de 13  
 Natzmer, Bruno von 10, 118, 205, 206, 338, 382, 388, 391  
 Navarra, Don Carlos de 239  
 Negro (o Tinto) río 103  
 Nelson, Teniente de Navío Horacio 292  
 Newton, Doctor E. H. 404  
 New York Times 156, 178, 321, 410  
 Nicaragua 10, 43, 73, 77, 83, 84, 86, 87, 89, 90, 92, 93, 94, 97, 98,  
 101, 107, 108, 110, 115, 119, 120, 121, 124, 130, 131, 133,  
 138, 146, 147, 148, 149, 150 y sigs.  
 Nightingale, Florence 277  
 Niquet, Paul 24  
 Noroeste 8  
 Norte 8, 9, 10  
 Norfolk 249, 345  
**Northern Light** 79, 80, 149, 150, 151, 152, 156, 162, 170, 347  
 Norvell, Mary, madre de William Walker 12  
 Novara 250  
 Nueva Inglaterra 10, 73, 237



Nueva Orleans 10, 16, 17, 18, 39, 52, 54, 57, 73, 84, 147, 149, 157,  
159, 169, 178, 179, 218, 228, 247, 256, 272, 280, 287, 289, 294,  
297, 317, 330, 331, 335, 336, 382, 384  
Nueva York 4, 10, 57, 83, 84, 106, 107, 109, 110, 133, 143, 147, 149,  
150, 151, 152, 154, 157, 161, 162, 163, 164, 167, 175, 176, 177,  
178, 179, 181, 200, 223, 225, 226, 228, 229, 240, 241 249, 287,  
289, 295, 297, 317, 320, 331, 336, 347  
Nuevo Mundo 4

Oaksmith, Appleton 223, 225, 230, 237, 247

Océano Pacífico 203

Ocho, calle 248

**Odgen 346**

Oeste 3, 5, 18, 42

Ogier, Juez J. S. K. 66, 68

Ohio 10

O'Keefe, Capitán 237

Olancho 89, 118

Oliphant, Laurence 249, 250

Omar Khayám 389

Ometepe, isla de 269, 272, 300

Omoa, puerto de 390, 403

**Once de Abril, bergantín 273, 274**

Oriente 223

**Orion 317**

**Orizaba, vapor 162, 163, 308**

O'Sullivan, John L. 4 nota

Ousley, Sir William Gore 172, 365, 392, 393

Pacífico, océano 23, 75, 78, 84, 114, 199, 229, 241, 278

Pacific Mail Steamship Company 83, 240

Pacific Mail Company 379, 381

Padilla, Coronel Justo 169

Palmer, Representante 357, 358

Palmer, Cook and Company 94

Palmer, Joseph C. 93

Palacio de Justicia 101

Palmerston, Lord 202

**Panther, remolcador 393**

Panamá 22, 75, 83, 84, 103, 161, 162, 183, 240, 241, 287,  
294, 297, 300, 304, 306, 311, 316, 317, 330, 339, 391

Parsons, Levy 18, 19

París 15, 65, 377

Paredes, General Mariano 259, 275, 278

Patuca, río 103

Paulding, Comodoro Hiram 317, 339, 340, 342, 343, 344, 345,  
347, 350, 355, 356, 357, 358, 360, 362, 371, 386

Pensilvania, Universidad de 15  
 Pensilvania 15, 105, 291  
 Pérez, Jerónimo 172, 199, 212, 264  
 Perú 183  
 Petrie, Profesor Georgie 2  
 Petit Loup (Lobato) 26  
 Pesquera, Ignacio 324, 326, 328  
 Pierce, Presidente Franklin 53, 107, 139, 148, 152, 173, 175,  
 179, 180, 181, 182, 224, 248, 321, 349  
**Picayune** 54, 247  
 Pindray, Marqués Charles de 23, 24, 25, 27, 28, 29, 39, 54  
**Philadelphia, vapor** 393, 395  
 Pilcher y Slatter, señores 382  
 Piñol, Monseñor 180  
 Pilcher, M. 218  
 Pineda, Mateo 215  
 Poitou 24  
 Poder Ejecutivo 90  
 Pollard, E. A. 182  
 Portsmouth 46  
 Portland, Maine 223  
 Porter, Comodoro David N. 363  
**Post** 235  
 Pottle, Representante 357  
 Pugh, Senador 356  
 Punta Lobos 327  
 Punta Arenas 78, 187, 189  
 Punta de Castilla 78, 291, 292, 295, 296, 339, 340, 341, 342,  
 361, 371  
 Placer, condado de 34  
 Primer Batallón Independiente 39  
**Prometheus** 78  
 Pro tempore pestilentiae, oración 199  
 Price, Rodman, Gobernador de New Jersey 182  
  
**Queen of the Sea** 337  
 Quitman, General John A. 9,226  
 Quitman, Representante 356  
 Quito 22  
  
 Randolph, Edmund 17, 39, 56, 62, 66, 70, 93, 141, 146, 147,  
 157, 158, 160, 200, 229, 230, 231, 232, 304, 408  
 Raousset-Boulbon, Conde Gastón de 23, 24, 25, 26, 27, 29, 30,  
 31, 32, 33, 34, 39, 54, 55, 58, 60, 61, 62, 63, 64  
 Rayón, pueblo de 25  
 Rebolledo, Coronel 41  
 Reino de la Mosquitia 99

Regimiento del Coronel Stevenson 38  
 Renwick, John Sebastián 103  
 República de Baja California 39, 40, 45  
 República de México 40  
 República de Nicaragua 120, 143, 167  
 República de Sonora, bonos de la 37; decretos de la 45; 48, 49, 57  
**Rescue, vapor** 291, 294, 295, 296  
 Rey Alfredo, Código del 403  
 Rey de la Mosquitia 100  
 Rhea, Capitán 388  
 Richardson, señora de 331  
 Richmond 353  
 Río Colorado 44  
 Río Este 248  
 Río Negro (o Tinto) 404  
 Río Romano (o Aguán) 404  
 Río San Carlos 284, 285  
 Río San Juan 76, 77, 894, 92, 103, 126, 186, 187, 189, 194, 201, 208,  
 217, 228, 265, 283, 284, 285, 286, 287, 297, 300, 302, 309, 340,  
 341, 367, 369, 384, 413  
 Río Sarapiquí 189, 284, 294  
 Río Tombigbee 21  
 Ritchie, Representante 357  
 Rivas 92, 115, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 124, 125, 126, 191, 193,  
 194, 195, 196, 197, 198, 200, 211, 212, 216, 254, 261, 263, 266,  
 280, 299, 301, 302, 303, 304, 305, 308, 310, 311, 314,, 316, 317,  
 319, 321, 330, 369, 376  
 Rivas, don Patricio 127, 129, 138, 139, 141, 145, 158, 163, 174, 177,  
 180, 188, 193, 194, 200, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211,  
 218, 223, 224, 255, 256, 259, 260, 367  
 Rivas-Walker, gobierno 167, 168, 169, 170, 171, 178, 180, 181,  
 224, 368  
 Roatán 397, 398, 400, 409  
 Robert Charles Frederick, rey 101, 103, 104, 105  
 Rocallosas, montañas 3  
 Rogers, William K. 215, 253, 270, 285, 286, 291, 297, 298, 332  
 Roma 13  
 Rossiter, Padre 264  
**Routh** 79  
 Rudler, Coronel A. F. 387, 388, 397, 405, 409  
 Rusia 240  
 Rynders, Isaías 182, 247, 347, 348  
  
 Sacramento, calle 41; ciudad 71, 73, 95  
 Sagradas Escrituras 180  
**Saint Mary** 307, 311, 315, 316, 317, 330, 345  
 Saint Nicholas, hotel 149, 247

Salazar, Mariano 204, 210, 255, 258, 407  
 San Antonio, Texas 176, 294  
 San Carlos 85, 126, 284, 286, 287, 289, 293, 301, 367, 380  
**San Carlos, vapor** 275, 287, 299, 300  
 Sandford, Thadeus 337, 386, 387, 391  
 San Diego, California 41, 46, 50, 55  
 Sands, capitán 346  
 San Francisco 10, 17, 18, 22, 24, 28, 31, 37, 41, 42, 46, 50, 51, 55, 57, 58, 60, 61, 73, 83, 85, 92, 95, 97, 107, 121, 123, 125, 135, 141, 147, 149, 157, 161, 162, 163, 164, 240, 287, 302, 323, 325  
**San Joaquín Republican, diario** 329  
 San José 188, 189, 190, 197, 198, 201, 282, 368, 379  
**San José, goleta** 177, 255  
 San Jorge 269, 272, 280, 299, 301, 302, 303, 318  
 San Juan del Norte 77, 78, 79, 80, 81, 84, 92, 105, 106, 107, 108, 109, 112, 113, 114, 137, 138, 139, 140, 146, 151, 152, 162, 178, 217, 261, 281, 286, 289, 290, 291, 294, 295, 296, 297, 299, 300, 306, 317, 338, 346, 364, 372, 375, 378, 380  
 San Juan del Sur 84, 85, 89, 115, 116, 117, 120, 121, 122, 123, 125, 141, 161, 198, 199, 209, 217, 255, 257, 265, 266, 273, 282, 287, 289, 294, 297, 298, 300, 301, 307, 310, 311, 317, 330, 345, 378, 381, 391  
 San Lucas cabo de 39, 51, 51  
 San Pedro 325  
 San Salvador 258  
 Santo Tomás, pueblo de 44, 47  
 San Vicente 47, 48  
 Santa Rosa, hacienda 192, 193, 243  
 Santa Ana, General Antonio López de 32, 45, 58, 63  
 Santo Evangelios 128  
 Salmon, Capitán Norvell 402, 404, 405, 407, 412  
**Saratoga, vapor** 339, 342, 343, 345, 382  
**Savannah, vapor** 380; ciudad de 333  
 Schlesinger, Louis 170, 171, 187, 191, 372  
 Schleswin-Holstein 250  
 Scott, General Zachary 53  
**Scott, vapor** 293, 294, 295, 296  
 Scott, William W. 393  
 Sebastopol 262  
 Secretaría de Marina 2, 316, 333, 357, 362  
 Sanders, General 237, 301, 302  
 Segedin 250  
 Seaward, William H. 358  
 Segovia 172, 200, 204  
 Selva, Buenaventura 131, 168  
 Shepherd, Samuel y Pedro 103, 105, 113, 138  
 Siglo XVI 99

Siglo XVII 14  
 Siglo XVIII 292  
 Siglo XIX 4  
 Siglo XX 7, 268  
 Sioussat, S. George L. 2  
 Slatter, S. F. 218, 335  
 Slidell, Senador 360  
 Snow, Hubbard A., Secretario de Marina 66  
 Sociedad de Emigrantes Sureños 382, 383, 384  
 Sonora 24, 26, 28, 33, 37, 38, 39, 44, 48, 49, 58, 61, 68, 70,  
 71, 73, 92, 321, 323, 324, 325  
 Sonoyta 325, 326, 327  
 Soulé, Pierre 179, 218, 221, 223, 234, 235, 253, 382  
 Southwest Pass 393  
 Spencer, Herbert 6  
 Spencer, Sylvanus H. 282, 284, 285, 286, 287, 288, 290, 291,  
 299, 300, 320, 368  
 Squier, George Ephraim 105  
**Star of the West**  
**State Journal** 94  
 Stebbins, H. G. 368  
 Stebbins y White 370, 379, 380, 381, 387  
 Streuben 178  
 Stockton, California 322, 329  
 Sudoeste 5  
 Sur 4, 5, 8, 9, 10  
**Susan, goleta** 387, 388, 389, 390, 391  
**Susquehanna, vapor** 338, 346  
 Sutter, W. A. 170, 171  
 Swingle, Coronel 301, 303, 304, 338  
 Swift, Capitán 137

Tabernacle 247  
 Tabor, John 264, 338, 345  
 Tarleton, Capitán 163  
**Tartar** 297, 317  
 Taylor, General Zachary 22  
 Taylor, Representante 356  
**Taylor, vapor** 398  
 Teatro Wallack 331  
**Te Deum** 129  
 Tegucigalpa 129  
**Tennessee, vapor** 249, 250, 287, 289, 290, 292  
 Tejada, joven venezolano 276  
 Texas 7, 10, 105, 110, 112, 140, 246, 247, 256, 294, 352  
**Texas, vapor** 249, 250, 287, 289, 293, 294, 309  
**The Central American, periódico bisemanal** 113

**The Gospel in Central America** 136

Thomas, Carlos 138

Thomas, Miss Jane H. 12

Thompson, Representante 357

Tierra del Fuego 183

Tigres de Luisiana 290

Tinkelpaugh, Capitán E. L. 151, 152, 162, 163

Titus, Coronel H. T. 247, 249, 292, 293, 294, 309

Toombs, Senador 356

Toucey, Isaac 333, 334, 338, 364, 386

Trafalgar 293

Tránsito, ruta del 118, 119, 120, 122, 126, 162, 186, 193, 194,  
196, 223, 241, 265, 266, 303, 339, 367, 369, 379, 381

**Tribune** 320

**True Delta** 53

Trujillo, puerto de 398, 402, 403, 405, 407

Trujillo, proclama de 399

Tuolumne 325

Turquía 203

Unión Americana 169, 233, 359

**Unión, diario** 69

Unión Federal 9, 220, 233, 349

**United States, vapor** 107, 110, 111

Valderrama, Teniente Coronel 265

Valle, Luis del Cónsul Mexicano en San Francisco 58, 59, 60,  
61, 66

Vanderbilt, Cornelius 83, 84, 143, 146, 159, 160, 161, 162, 163, 164,  
165, 169, 179, 227, 228, 229, 230, 231, 241, 282, 283, 286,  
297, 307, 320, 368, 360, 370, 371, 379, 380

Vanderbilt, Universidad de 2

Vattel 248

Veracruz 249, 290

Victoria, Reina 396

Vicksburgh, Miss 322

Vidaurre, General Santiago 384

Vijil, Padre Agustín 125, 171, 180, 181, 182, 183, 205, 209,  
222, 223, 224, 225, 239, 264, 281

Valle, José María 120, 130, 200

Virgilio 13

Virginia 17

**Vixen** 392

**Wabash, barco insignia** 317, 331, 341, 342, 345, 346, 361

Walker, fusilamiento de 406

Walker, James, padre de W. W. 12, 13, 200, 290



Walker, juicios sobre 410  
 Walker, Norvell 193, 246, 291, 295  
 Walker, Patrick 104  
 Walker-Paulding, embrollo 347, 354  
 Walker, protesta de 405  
 Walker, William 1, 2, 9, 10, y siguientes  
 Wall Street 143, 160, 161, 164, 288  
 Wallace, William Walker 136  
 Wallerstein, E., Cónsul General de Costa Rica en Londres, 201, 202, 203  
 Warren, Mr. T. Robinson 35; descripción de Walker por 35, 37  
 Warren, Representante 346  
 Warwicks 101  
 Washington 2, 52, 62, 65, 69, 106, 107, 109, 110, 133, 173, 174, 175, 180, 183, 185, 205, 209, 222, 223, 224, 225, 240  
 Washington, Hotel 232  
**Washington, vapor** 380, 381, 387  
 Waters, Coronel John 261, 262, 279, 303, 311, 332  
 Wattson, Coronel 251  
 Watkins, Henry P. 19, 32, 34, 37, 42, 44, 45, 55, 57, 61, 62, 67, 68, 157, 325  
 Webster, Fletcher 107, 111, 368, 369  
 Webster, Sidney 176  
 Webster, William Robert C. 282, 283  
 Weller, Senador 192  
 Wells, William V. 10, 89, 118  
 Wesley (John) 411  
 West, Capitán 397  
 West Point 325  
 Wheat, General Robert Chatham 249, 290, 292, 294, 295, 347  
 Wheeler, D. H. 264  
 Wheeler, Mr. John H. 125, 127, 133, 177, 213, 222, 224, 225, 239, 258, 264  
**Wheeler, vapor de río** 163  
 Whig 325  
 White, Joseph L. 83, 108, 110, 149, 151, 152, 153, 154, 160, 368, 369  
 Whitefield (George) 411  
 Williamson, Capitán 237  
 Wilson, nombre supuesto de Walker 392  
 Wilson, W. F. 16  
 Winslow, Representante 359  
 Wolfe, Nathaniel J. 83  
 Wood, R. N. 325  
 Wool, General John E. 42, 50, 53, 55, 58, 63, 68, 69, 92  
 Wright, Representante 357  
 Wyke, Charles 396

Xatruch, General Don Pedro 130

Yancey, William L. 352, 353

Yankee Doodle 135

Yáñez 63

Yuba 71

Yuma, Fort 325, 326

Zavala, General Víctor 263, 264, 265, 278, 312, 313

Zollicoffer, Representante 356

Zumalacárregui, General (Tomás de) 239

